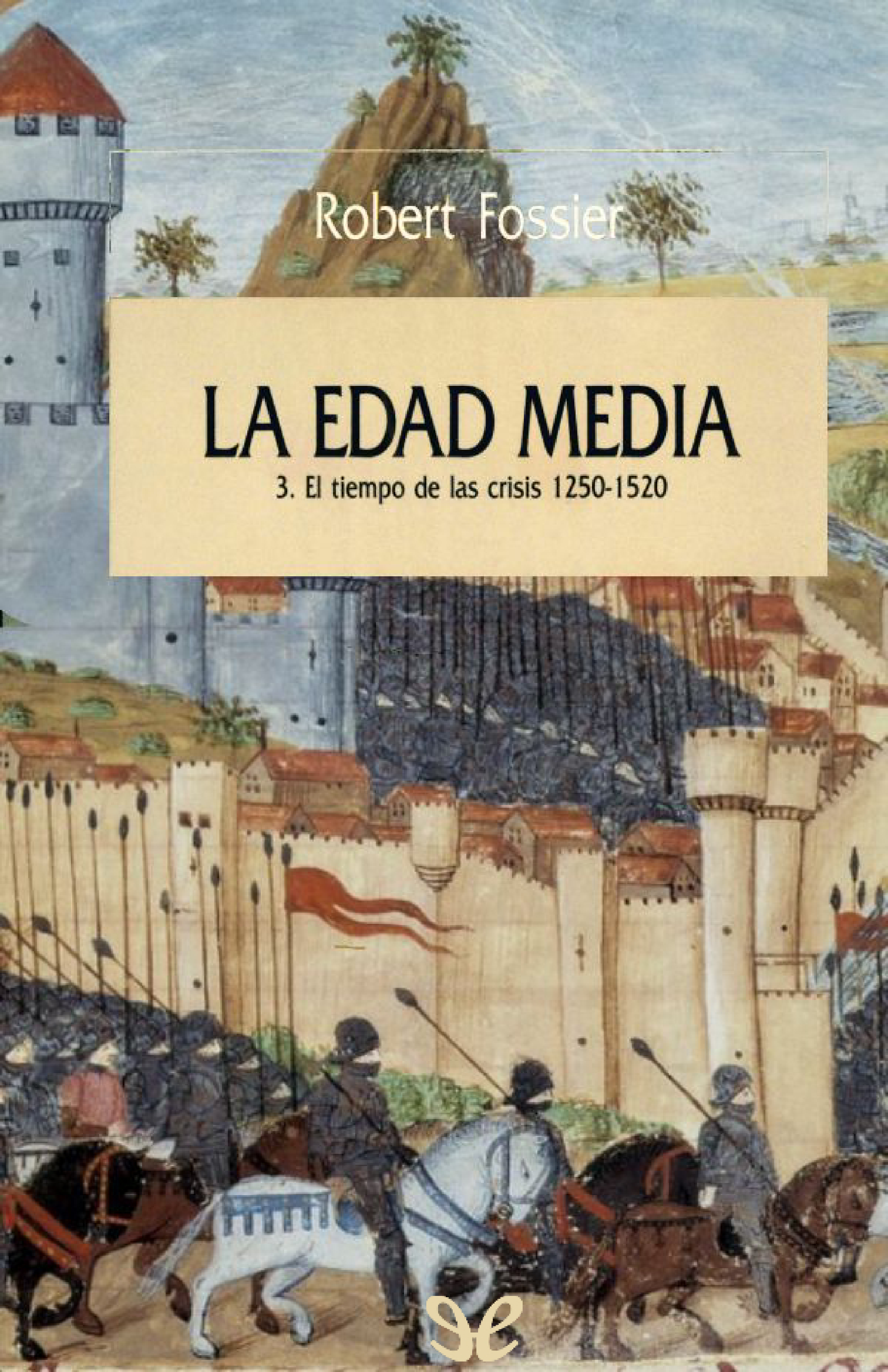

Robert Fossier
LA EDAD MEDIA
3. El tiempo de las crisis 1250-1520

Los tiempos de prueba le llegarán a Europa en la segunda mitad del siglo XII. La Europa cristiana conocerá ahora el desfallecimiento económico y las tensiones sociales, y sufrirá los efectos de las guerras, la peste y el hambre. La producción se estanca y los ejes comerciales se desplazan. Las confrontaciones de clase se traducen en revueltas campesinas y urbanas. Ante esta crisis general, las defensas tradicionales flaquean. Al debilitamiento del magisterio eclesial, sacudido por los cismas, se añade la aparición de nuevos protagonistas: notarios y abogados, ligados al Estado y a la ley; aventureros y soldados de fortuna, ligados a la guerra; prestamistas, comerciantes y especuladores, ligados a la coyuntura; bastardos y cortesanas, ligados a la liberalización moral. Es la edad de los excesos en las formas de vida, como en la literatura y en el arte. Mientras tanto, los mundos orientales se desmoronan: Bizancio se hunde y su herencia se refugia en Occidente; expulsado de España y de Sicilia, el Islam abre caminos nuevos hacia el África negra, a la vez que se desplaza, en Oriente, hacia el Océano Índico.

En el siglo XV, sin embargo, Europa adquiere un segundo impulso y se dispone a conquistar el mundo. Las monedas se recuperan, la producción agrícola y artesanal recomienzan su ascenso. Se asientan las estructuras del capitalismo, mientras se produce una reestructuración social y el poder, del rey o de la ciudad, se refuerza. Occidente logra resistir a la amenaza turca y cobra una nueva imagen: rechaza lo viejo, lo «gótico», y redescubre la juventud del Mundo Antiguo. Con el humanismo adopta una cultura aristocrática y se equipa con un utillaje intelectual nuevo gracias al acceso directo a los textos sagrados y a la difusión de la imprenta. En todo se busca la novedad: una nueva salvación en el protestantismo, un nuevo horizonte en los descubrimientos y la expansión colonial, un poder nuevo en las monarquías absolutas, un beneficio nuevo en la explotación capitalista y la dominación económica del mundo.



Robert Fossier

LA EDAD MEDIA: T.III.

EL TIEMPO DE LAS CRISIS, 1250-1520

ePub r1.1

Titivillus 08.11.2021

Título original: *LE MOYEN ÂGE 3. Le temps des crises*
Robert Fossier, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







INTRODUCCION

La fe, el amor de la creación, la filosofía, que es poesía y razón en el hombre, conducen al cristiano del Infierno al Paraíso: Bernardo, Beatriz y Virgilio guían a Dante Alighieri a través de los círculos de la Condenación Eterna, de la Penitencia y de la Beatitud. «Comedia», sí, pero «divina» gracias a la inspiración que le da vida, el grito desgarrador de Dante que a principios del siglo XIV simboliza mejor que ningún otro poema la angustia de un mundo que ha llegado al límite de sus posibilidades y que súbitamente se encuentra con las tinieblas, los miedos y las calamidades de las que creía haberse librado definitivamente. Qué otro siglo podría comprenderlo mejor que el nuestro, enfrentado también bruscamente a los confusos terrores del vacío, del hambre y de la muerte que ni su técnica impotente, ni sus bellos razonamientos, ni siquiera su fanatismo voluntariamente ciego logran conjurar.

Los tres siglos que transcurren desde san Luis hasta la Reforma no son más de «transición» que cualquier otro período histórico. Tampoco merecen los juicios instintivamente peyorativos que implican las expresiones de «baja Edad Media» o de «ocaso». Nosotros, que tenemos el privilegio de conocer la continuación, podríamos proferir las expresiones de «tiempos difíciles» o de «crisis de crecimiento» que también se les ha atribuido. Pero estos títulos no tienen importancia. Ni tampoco los límites más allá de los cuales serían caducos: ¿escogeremos acaso la rutina política, la que en 1453 señala, con la caída final de Bizancio, la desaparición de esta última parte del tejido antiguo?; ¿o un gesto simbólico, cuyo aspecto coyuntural no podemos ocultar, como el salto de Colón hacia el desconocido Atlántico en 1492?; ¿o el estallido provocador de Lutero enfrentándose abiertamente, en 1517, al edificio carcomido de la cristiandad tradicional?; ¿o, como desean cada vez más los in-

vestigadores, retrasaremos la fecha hasta el año 1540 o 1560, momento en que ya son evidentes los efectos de los «descubrimientos» sobre la economía o sobre las divisiones sociales? A idénticas preguntas planteadas en la linde del camino, ninguna respuesta convincente fue dada: mantengamos, pues, la misma prudencia. Carlos VII es medieval, Enrique II ya no lo es, he aquí nuestros límites.

Por lo demás, lo importante es el carácter general de esta parte de la historia: una depresión, la primera pendiente de esta «hondonada» de la «historia moderna» cuyo otro extremo está muy lejos, cerca de dos siglos más allá. Descender significa recuperar nuevas fuerzas para subir más alto a continuación; no es un signo de debilidad ni de retractación. Michelet, que ya lo había comprendido, escribía: «El "gran siglo", quiero decir, el XIV…». Pocos períodos en la historia de Europa, aparte de los siglos X y XI, a veces también vilipendiados, han acumulado más vigores contenidos, más riquezas prestas a desarrollarse, más fuerzas de futuro, todo aquello que servirá de resorte para los tiempos de expansión que vendrán. Porque ahora podemos discernir cuál es el momento crucial, no solo en la historia de Europa —que fue hacia el año mil— sino también en la historia del mundo: el que conducirá a los herederos de Dante hacia la conquista de otros continentes a lo largo de cuatro siglos. El interés se centrará aún más en Europa: en ella se forjará el instrumento de la conquista entre convulsiones aparentes que no son más que un reajuste y una adaptación del bagaje legado por los siglos precedentes. No olvido la Alhambra, ni Ibn Jaldûn, ni Solimán, ni otros nombres del este o del oeste; pero seamos sinceros: todos ellos tienen tendencia a gravitar desde entonces en torno al mundo europeo, y este es el resultado del movimiento esbozado en el volumen precedente.

Pero este movimiento se acelera, en todos los aspectos, como veremos, a partir de la segunda mitad del siglo XIII, aunque de-

sórdenes internos o importantes alteraciones provocaran las ruinas tan lamentadas por el poeta florentino. Independientemente, sin ningún estímulo externo, la cristianidad, en sí misma, engendró los factores de su mutación. Es bastante tentador intentar eludir el problema recurriendo a los caprichos del Sol para dar una explicación a la ruptura; más tentador aún cuando hoy poseemos suficientes pruebas verificadas de que hubo un recalentamiento sensible del hemisferio: avance del mar, retroceso de los hielos, lluvias torrenciales, temperaturas extremas… lo cual pudo hacer pudrir el grano, proliferar el bacilo de la peste y arrastrar a la nobleza a la guerra y al campesino al hambre. ¡De acuerdo! Pero aunque hubiéramos podido invocar tales causas para los siglos IX y X, nos encontramos ahora con muchos obstáculos para hacerlo: contradicciones de los testimonios que constataron olas de frío en el norte de Europa, contradicciones en los efectos esperados que, por ejemplo y *a contrario*, deberían haber reanimado el Islam; o, incluso, plantea problemas la relativa brevedad de estos fenómenos, que desaparecieron hacia 1520 o 1550, mientras que la evolución que habrían desencadenado proseguiría. Dejemos esta vía abierta y vayamos por otras.

La cristiandad, sensible y frágil coloso

Bello edificio esta Europa triunfante de santo Tomás o de san Luis, que ha reconquistado sus orillas, su libertad y el tiempo, que ofrece al viajero llegado de África un rostro plácido y pulido como el del *Beau Dieu* de Amiens, que mantiene una comunidad de expresión, de pensamiento, de lengua casi, bajo un consenso dogmático y moral garantizado por la Iglesia. Naturalmente, los espíritus afligidos lamentan que el papa Inocencio IV lleve a cabo verdaderas guerras y oprima a sus fieles, o que se esfuercen en hacer callar a aquellos que no quieren detenerse en el camino como los «espirituales» franciscanos; algunos se preocupan, como Jacques de Vitry, por el laxismo cre-

ciente de las costumbres; algún otro, como Jean de Meung, se dispone a estigmatizar la degradación de una sociedad que se corrompe. Y, además, subsiste aún en España una verruga musulmana, mientras que en Oriente se resignan a llevar luto por Jerusalén; aquí y allá hay amplias bolsas de miseria; incluso hay países sin fe como Lituania. Pero esto seguramente es solo el polvo del camino: el orden reina.

¡Ciertamente! Este orden cristiano se basa en unos cuantos elementos consensuales y técnicos cuya implantación en el siglo XII permitió que tres o cuatro generaciones alcanzaran un cierto nivel de estabilidad social, económica o moral. Algunos de ellos están en relación con las condiciones de la producción y de los intercambios: el hombre, cuya fuerza de trabajo se ve consolidada por el perfeccionamiento de sus herramientas y por la ampliación de los recursos accesibles, sigue siendo el elemento principal del sistema económico; la máquina, tanto en la ciudad como en el campo, solo le ayuda a ganar tiempo, no a disminuir gastos, sino al contrario. La escasa circulación de numerario le permite solo una simple renovación de su capital mobiliario. El equilibrio de la «célula señorial» es, pues, muy frágil: socialmente hablando, los censos y las prestaciones al señor no tienen justificación si no aseguran al trabajador justicia, protección y garantía de un mínimo vital; económicamente, el sistema implica la conservación de tierras libres y labradas, delicado equilibrio cuya ruptura puede ser provocada por una excesiva preferencia hacia la ganadería o por una demanda urgente de cereales. Las condiciones climáticas y las condiciones demográficas pueden ser, pues, elementos muy sensibles de ruptura. Ahora bien, parece ser que la producción, en su madurez, hacia 1220 o 1260, alcanza un límite en cuanto al volumen que ninguna técnica nueva podrá superar en mucho tiempo. Si el señor, con el fin de conseguir dinero para equiparse o para servir al soberano, multiplica sus máquinas, se inclina por el

cultivo especulativo o los pastizales, cerca sus tierras o aumenta sus multas, la presión ejercida sobre el campesinado se hará intolerable: el pacto se quebranta. Y peor aún porque la importancia del señor se ve debilitada ante el despertar de los reyes y de sus gentes de guerra y de justicia.

Donde aún hay tierra, como en Alemania o en España, se prosigue el impulso del siglo XIII. En el resto hay mucha gente y las parcelas son demasiado pequeñas para poder resistir. Y lo que es peor es que quien resiste es precisamente una élite campesina, agentes del señor privilegiados, mayordomos de parroquia que se han apoderado de los útiles de la cofradía local, gente de la ciudad, antiguos hidalgüelos caídos en desgracia, hábiles arrendatarios. Estos son capaces de introducirse entre el señor y la mayoría, arrendar a precios altos, prestar con fianzas, volver a comprar parcelas abandonadas… De esta manera se destruye la comunidad aldeana y se acelera su disociación en dos grupos rústicos. Rústicos o urbanos, porque es fácil ver cómo en la ciudad se manifiesta la misma fragilidad entre los trabajadores, los gremios, los maestros y los poderes establecidos en ella.

Estos son datos materiales que revelan la proximidad de un bloqueo en la producción y en el marco señorial. Pero el oído atento del autor del *Román de la Rose* percibió otros crujidos en la armonía cuya impresionante fachada gótica la constituían el latín, el derecho, las universidades y las escuelas o el principio de los «órdenes» queridos por Dios. El magisterio ejercido por los ministros de la divinidad sufrió duros golpes: es cierto que la herejía fue aplastada, e incluso en 1254 fue restablecida la unidad de las dos partes rotas de la túnica de Cristo, entiéndase la negación del cisma oriental. Pero la autoridad del pontífice de Roma sufrió interminables problemas con el soberano germánico; y la actitud tan reservada a las totales prohibiciones expresadas contra el pensamiento aristotélico, de una parte, y

de otra el impulso del misticismo, empiezan a levantar sospechas sobre la lucidez y el espíritu de progreso de la Iglesia establecida. Quizás era más peligroso aún el progresivo abandono de un ideal de «beneficio común» que sostenía al mundo del trabajo y, también, al mundo de los ociosos: visión tal vez angelical de una sociedad de ayuda mutua en la que cada uno tenía su papel y su responsabilidad, pero únicamente en interés de la mayoría. A mediados del siglo XIII este ideal recibió tantos golpes por parte de los clérigos, de los comerciantes, de los «labradores» e incluso de los reyes, que ya no era más que un tema para juristas o canonistas. Sin embargo, no existía para la mayor parte de los categorías sociales ningún resorte moral de substitución, como tampoco existía una madurez de reflexión abstracta para poder forjar otro nuevo. La desaparición de una noción unitaria de este tipo tenía que hacer estremecer a la cristiandad.

La metamorfosis de Occidente

Mostrando su interés por el tránsito de los mundos medievales a un mundo europeocentrista, Pierre Chaunu dio el título de «De los universos al Universo» a uno de sus ensayos. Yo invertiré estos términos, porque lo que me llama la atención de los últimos siglos de la Edad Media europea es lo contrario, es decir, la fragmentación del universo cristiano. Esta ruptura no es tanto geográfica como estructural; lo que la define es más el abandono de las reglas de vida, que en su conjunto constituían el corsé del mundo cristiano, que una dispersión de los esfuerzos. Pero cada uno de los elementos procedentes de la comunidad medieval conservó su dinamismo y vigor. Es este trastorno el que provocó superficialmente la sucesión de desastres y de calamidades que marcaron esta época y que le han valido el tener una mala reputación. Quizás los coetáneos sean también responsables porque en las guerras continuas, las pandemias recurrentes, las carestías repetidas, el hundimiento de fortunas,

la ruina, la huida y la muerte, vieron únicamente los signos de la ira divina o, en el mejor de los casos, un desastroso cúmulo de circunstancias. Su actitud ante lo inmediato puede ser disculpada, pero no se puede decir lo mismo de muchos historiadores que aún hoy apenas ven más allá.

En medio de este caos, los cambios empiezan antes de la muerte de san Luis, crecen a principios del siglo XIV, entran en su fase más importante entre el primer asalto de la peste (1348) y mediados del siglo XV, y después se apaciguan o, mejor, se organizan entre ellos durante cien años más. Intentemos destacar lo esencial: dos categorías de hechos parecen agrupar las principales características.

La cristiandad ha dejado de existir. No le fallan la fe ni las obras, al contrario: nacen las misiones, la santidad, «oficial» al menos, sigue en buen estado y hay miles de signos que muestran el fervor de los fieles. Pero el espíritu de unidad ha cedido el paso a las iglesias nacionales; la enseñanza universitaria se ha recogido en un local público; el latín, vehículo de la expresión cultural y base de un pensamiento común, se debilita frente a las lenguas populares. Un obispo ya no buscará una sede episcopal en tierras lejanas, un predicador o un maestro ya no tendrán otros oyentes que los del terruño; el libro ve cómo su audiencia es cada vez más territorial y no se ha destacado lo suficiente el hecho de que la imprenta agrava primero y posteriormente congela este retroceso. ¿Esta compartimentación es causa o efecto de la emergencia de los intereses «nacionales»? Lo analizaremos más adelante, pero los dos hechos están relacionados. Aún hay algunos proyectos de cruzadas en común, débiles y últimos coletazos de los «francos». Tras el fracaso de Nicópolis en 1396 ya no hay más que preocupaciones locales; el interés de una dinastía, de una ciudad, de una «compañía», de un partido político incluso, bastan para desgarrar la capa de la cristiandad: los historiadores del siglo XIX y muchos de sus su-

cesores actuales aplaudieron y aplauden el «nacimiento de las naciones», cuyos primeros indicios buscan con un celo casi enfermizo tras los pasos de Juana de Arco, de Wat Tyler o de Hus. ¡Bello progreso cuyos frutos hemos ido probando unos tras otros hasta ayer! Es difícil hacer creer a un medievalista que la expansión colonial de la Inglaterra moderna, o el pangermanismo, o el empuje ruso en Asia, o cualquier otra manifestación de dinamismo «nacional» sean de una calidad superior a las *Gesta Dei per Francos* de los siglos XI o XII.

Hay cosas más graves aún, aunque quizás menos lamentables. Si un movimiento como este pudo acelerarse hasta llegar a no ser controlable, es porque a esta cristiandad le falta súbitamente la cabeza. Es inevitable hablar de los dos traslados a Aviñón, los dos y tres papas rivales, la humillación en los concilios, la corrupción de los asuntos temporales en Italia. ¡Ciertamente!, pero yo me pregunto si esto no afectaría más a las convicciones religiosas que a la unidad de la Iglesia, de lo que ya hablaré más adelante. En cambio, fue la clara dimisión del papel de pastor del rebaño por parte de la jerarquía y del papa lo que golpeó más duramente la unidad de la fe: cuando en el concilio de Vienne de 1311 el papa Juan XXII no dejó entrar en el cuerpo eclesial las corrientes profundas y nuevas de la espiritualidad franciscana, por primera vez los obispos y su jefe dejaron pasar sin asimilar una poderosa corriente de piedad ortodoxa, y sin ni siquiera esperar un tiempo o intentar, como antaño, recuperarla, la condenaron. Esto significaba que la esperanza ya no pasaría por la Iglesia, que el cristiano privado del magisterio que le abría el camino debería él mismo ir en su busca, y quizás muy lejos. Se abrió la puerta al «espíritu laico», por donde podía precipitarse tanto lo mejor como lo peor.

Otra serie de hechos son testimonio de un nuevo mundo en formación, esta vez más cerca del suelo, en el centro mismo de la vida cotidiana. Aquel equilibrio frágil entre los intereses de

los señores y los de los hombres, entre una producción amenazada y unas necesidades apremiantes, se rompe. No en seguida ni en todas partes. Algunos frenos pudieron, aquí o allí, retrasar su efecto: la reducción del número de hombres, cuyo efecto de descompresión fue seguido de una mayor dificultad de recuperación y de un fortalecimiento de los acaparadores; el desarrollo de cultivos especulativos en países de escasas necesidades alimentarias, lo que permitió la circulación de numerario y posibilitó la «reconstrucción» y la expansión. En otras partes, al contrario, el deterioro se vio empeorado por exigencias o por prácticas que arruinaron el sistema de producción: cercados ingleses, ganadería especulativa, concentración de viñedos. Forzadas en el aspecto económico, las relaciones entre los hombres lo fueron también en el aspecto humano: para satisfacer sus necesidades, el señor arrastra a su rey hacia la guerra esperando que sea fructífera; vencido, arrasadas sus tierras, o peor aun, sometido a tributos, eleva sus exigencias, tanto más cuanto que el impuesto real aparece en el horizonte. Pero sus hombres, ricos o pobres, este no es el problema, resisten y se sublevan o huyen si no tienen otra salida. La nobleza, políticamente preponderante, resulta económicamente frágil y socialmente parásita. Los campesinos, a pesar de las sangrías humanas, tampoco se ven favorecidos por el hundimiento del sistema que solo es beneficioso para los arrendatarios, los agentes de los dominios, los «labradores», pero no para los demás, arrastrados a la miseria. En las ciudades, a una evolución similar se añade otra dimensión que explicaría quizás la mayor frecuencia y también la mayor gravedad de los levantamientos urbanos: el paro, y por lo tanto el hambre que en el campo el bosque ayuda a mitigar. El éxodo hacia la ciudad de muchos campesinos en épocas de dificultades o de epidemias incrementó la masa de trabajadores sin cualificación ni empleo, en el momento en que los patronos multiplicaban los perfeccionamientos

técnicos, fuente de una creciente división del trabajo, y que para realizar obras menores preferían contar con algunos aldeanos fijos a los que podían pagar poco. De esta manera, la hostilidad entre el mundo urbano y el mundo rural creció aún más.

La división de la célula señorial y la ductilidad de la masa de trabajadores subempleados de la ciudad desempeñaron un papel en la última de las características del cambio estructural: entre la cristiandad que ya no existe, el Estado que apenas está naciendo y el señorío que expira, se interponen el principado, la concentración alrededor de una ciudad dominante, como ocurrió en Alemania o en Italia, o alrededor de una familia de la alta nobleza o de rica «mercancía», de aldeas y de tierras de miles de kilómetros cuadrados. La mayor parte de las veces se trataba de un micro-Estado cuyos mecanismos imitaban los de un gran rey, pero que aseguraba una difusión más amplia de los excedentes obtenidos por los trabajadores. A pesar de la similitud no se produce un desmembramiento del poder público comparable al del siglo X, salvo en el caso de vastas construcciones territoriales que por ellas mismas ya son «estados», como el que abarca de Borgoña a Frisia, el de Milán y su entorno o el de las marcas galesas. La autoridad ejercida por estos señores tenía una dimensión más económica que política. Sirvió de enlace entre el Estado real y un campesinado dividido.

Nuevos amos

Si un hombre puede reivindicar su derecho al trabajo, si en un mismo momento parecen aceptables una pluralidad de verdades, una pluralidad de mundos, una pluralidad de caminos que llevan a Dios o a la felicidad, es que ya no queda gran cosa del corsé de los «órdenes» que mantenían única y estable la sociedad de los cristianos; el conservadurismo, regla de oro de la Iglesia triunfante, cede su lugar al espíritu de progreso, y el espíritu de beneficio, inherente a la ambición humana, se desata sin límites desde entonces: en la escala oficial de los pecados, el

orgullo desaparece frente a la codicia, la *superbia* frente a la *avaritia*. Si añadimos a esta derrota del inmovilismo la mezcla de hombres y de ideas, y un mayor y más profundo contacto con otras maneras de creer o de sentir, la Jerusalén terrestre estalla.

No faltarán buenos propósitos para que el hombre tome conciencia de aquel momento, para enseñarle una nueva dirección en su comportamiento, una *vía moderna*, desde Guillermo de Ockham o Duns Escoto a mediados del siglo XIV. Es el camino que va desde el *homo faber* de los tiempos románico y gótico, el artesano de un mundo cuyo amo era Dios, hasta el *homo sapiens* del «prerrenacimiento», como se dice habitualmente, aquel que se considera digno de un destino personal y se prepara para llevarlo a cabo. Al final del camino, el humanismo podrá expansionarse con todo egoísmo; el hombre, objeto de su curiosidad y de sus atenciones, llegará a ser el centro de la creación y aspirará a dominarla: es él, ahora, quien cuestionará a Dios. Pero, en un sentido más modesto y más cotidiano, este deslizamiento fuera de las ataduras de los «órdenes» libera energías individuales, la aspiración a promocionarse dentro de la sociedad de la que salen hombres «nuevos» y también nuevos amos. Es entonces cuando se desarrollan en Europa tipos sociales o relaciones humanas que aún hoy caracterizan nuestro entorno; es necesario detenernos un momento sobre esto.

Lo que parece más claro, más visible y también lo más duradero es el triunfo del dinero y de aquellos que lo controlan. Es evidente que en sí mismo este fenómeno es antiguo, pero ahora adquiere el valor de un resorte social capital. Una sociedad cuya potencia y riqueza se basaban en la tierra pasa a una fase de predominio de los bienes muebles. ¿Acaso la clave esté en el refuerzo de los controles públicos sobre los hombres, origen del despertar del Estado como gran consumidor de dinero? ¿O bien en la penuria del metal precioso, un «hambre de oro», o de

plata, que originará la expansión colonial posterior, estimulada también por una mayor necesidad y unos accesos a las minas más difíciles? Desde entonces, la jerarquía económica, la de la riqueza, se hace cargo —¡y qué minuciosa es la técnica de su gestión!— de las rentas mobiliarias inmediatas o lejanas; y, como antaño ocurría con la aristocracia territorial, el resultado es que el poder está en manos de los «hombres de negocios», de los comerciantes, de los «banqueros» de la ciudad, de los arrendatarios que ofrecen empleo asalariado o de los burgueses que compran en el campo los pagos de viña rentables, la lana de los corderos o el encinar que será substituido por coníferas de fácil explotación. La reorganización de la autoridad derivada de esta transferencia de fuerzas no tiene otros efectos inmediatos que los de un predominio de los proveedores de fondos de príncipes o de reyes, o del gobierno de las ciudades, hasta que en el siglo XV conseguirán desempeñar un papel dirigente, siendo los Medici un ejemplo entre cien. No, lo esencial es la provocadora introducción en los espíritus de que la *Res publica* no es más que una *res privata,* que su gobierno, del que depende la suerte de millones de hombres, debe servir al interés de un puñado de ellos, que lo privado domina sobre lo público, que «lo que es bueno para la banca Medici es bueno para Florencia».

La imagen del horrible Boinebroke de Douai, explotando a sus obreros más allá de lo que se permitieron explotar los industriales del siglo XIX, es seguramente una caricatura y una excepción. El naciente paternalismo curará muchas heridas. Pero esto no impide que el «patrón», dueño de los instrumentos, del poder de contratación, del alojamiento y a veces también de la ley, aparezca en un primer plano desde el momento que la figura del asalariado se desarrolla ampliamente entre los trabajadores. Y, en su mismo origen, esta relación social o económica es principio de alienación y de rebelión. Ya no comporta la parte de reciprocidad de servicios que justificaba, en principio, la ex-

plotación señorial. La importancia y la gravedad del fenómeno se hacen notar en la presión constante de las «agitaciones» urbanas, de los «terrores» campesinos que sacuden sin cesar Europa, desde 1285-1290 hasta la explosión alemana de 1525. Todo aquello que caracteriza el «problema obrero» aparece ya en ciernes en los sobresaltos del siglo XV: una creciente división del trabajo que polariza hacia sus extremos al mundo manual, un desarrollo de técnicas que el marasmo o la depresión transforman en catalizador del paro, una competencia entre oficios y entre maestros de la ciudad, entre subempleados y trabajadores «clandestinos» del campo cercano, un trabajo asalariado que no se ajusta a las variaciones de los movimientos monetarios incontrolados e incontrolables de aquel momento.

«Problema obrero» pero no «problema campesino», a pesar de las concentraciones de tierras o de la degradación jurídica de la que ya he hablado. En efecto, la ciudad se ha convertido en el centro del poder económico y político: es ella ahora quien absorbe los productos de la tierra y sus hombres, huyendo de la guerra o de la peste. Un movimiento milenario había despojado a la ciudad, desde la época de Roma, de su prestigio, la había desposeído de su dominio, pero ahora la situación se invierte y la ciudad adquiere quizás la misma importancia que nosotros le damos hoy. Sin duda, los príncipes continuarán durante mucho tiempo prefiriendo su morada casi rústica de Melun. Plessis o Chinon, al menos en la Europa media y nórdica; ¿pero acaso los nobles apiñados en torno a los príncipes se encargan de las cosechas y de los arados?

Junto a cambistas, patronos, oficiales de corte, que ocupan la primera fila, otros tipos sociales, casi todos palaciegos o urbanos, irritan la pluma de Chaucer, de Alain Chartier o de Villon: el hombre de ley, ensorbebecido a ritmo de procesos, no ya el notario menesteroso y servicial, o el auxiliar de justicia de antaño, sino el procurador, el abogado, el ujier; o el hombre de

guerra, metido «en cualquier baza y en cualquier bajo trabajo», en el peor de los casos un truhán estipendiado, en el mejor un capitán de fortuna, un Sforza, un Chandos, un La Hire que destierran a un pasado casi mítico a Lancelot, a Corazón de León o a Guillermo el Mariscal; finalmente, el intelectual que ejerce la profesión de pensar por los otros y de exponer en su nombre lo que solo él ha concebido: ya no se trata, a partir de 1410 o 1450, del maestro universitario, bastardo de santo Tomás, petrificado en una escolástica que desde entonces adquiere el sentido peyorativo que aún conserva, sino más bien del «hombre de letras», querido en cursos y «academias», liberado de toda preocupación vulgar gracias a la adulación de los espíritus bienintencionados, y que, desde Petrarca hasta el esplendor del humanismo de finales del siglo XV, hará florecer por toda Europa la crítica, el lirismo y el «buen hablar», sin olvidar tampoco el egoísmo, la suficiencia y la palabrería.

Como telón de fondo —¿lo estaremos menospreciando?— el Estado: el Estado, asomando al fin tras sus mudas sucesivas, con sus reglas y sus servidores comprados y adictos, que inicia su marcha hacia el absolutismo o la burocracia. El «funcionario» está surgiendo y ya el oficial o el agente existentes se sienten depositarios de una parte de la República. El camino por el que avanzan aún está entorpecido por muchas escorias: justicias señoriales, obligaciones feudales, comunidades locales, enclaves de la Iglesia, depositarios principescos de los derechos reales, pero estos obstáculos son como el testimonio erosionado de una época desaparecida. La noción de una responsabilidad real frente a aquellos sobre los que tiene poder, que incumbe al soberano, se enraíza en los espíritus: cien años más y ya no habrá nadie entre el rey y los súbditos.

El «áspero sabor de la vida»

Este célebre título de un capítulo de Huizinga define cuál sería el sorprendente clima psicológico de los últimos tres siglos

europeos de la Edad Media: justifica también la atracción que estos siglos han ejercido en los investigadores o los curiosos, sobre todo desde que, amenazada de muerte, con el alma desgarrada, dividida entre el heroísmo y la desesperación, la Europa del siglo XX se encuentra de nuevo ante la angustia y las situaciones que ya conocieron los hombres de aquella época. Este «realce» mental y psicológico que nos cautiva ha suscitado, no hace mucho e incluso actualmente, más lamentaciones y sarcasmos que alabanzas o comprensión: se ha destacado la degradación de la moral establecida, el desprecio por los hábitos adquiridos, el triunfo del capricho y la violencia. Todos los sentimientos tenían entonces «aquel grado inmediato y absoluto del placer y de la pena en el espíritu de un niño». Y no fue así sin motivo alguno. Lo que nos llama la atención es el aspecto juvenil de la época. Primero porque a pesar de las sangrías catastróficas de la peste, o quizás a causa de ellas, la edad media de la población activa baja sin que se vea modificado el «modelo matrimonial» que une a una mujer joven con un hombre de treinta años, lo que hace aumentar el volumen del grupo de edad de los solteros varones de veinte años o más, núcleo principal del ejército, de los motines, de la fiesta o de las rebeliones campesinas. La violencia de las exaltaciones, de las tomas de posición, de las acciones se ve incrementada. Pocos períodos han conocido tal yuxtaposición de sentimientos exagerados: desconsideradas clemencias tras una fría injusticia, cóleras dementes que suceden a la postración, apetito de lujo y de placer, excesos sexuales o alimentarios, indumentarias locas. La taciturnidad, la desmesura, el deseo de sorprender, el amor por lo inútil se llevan bien con la ternura, la severidad, la renuncia total o el espíritu de beneficio. Los príncipes viven rodeados de astrólogos, charlatanes, predicadores inagotables…; la muchedumbre pasa de la devoción al desenfreno, de la fiesta a la violencia. Todos estos altibajos que indignan a los bienpensantes

son al fin y al cabo una muestra de una gran riqueza afectiva y de una tensión psicológica y nerviosa que justifican suficientemente los peligros del siglo y el milenarismo. Es el signo de una maduración dolorosa de la que surgirá el mundo moderno.

A primera vista es el miedo lo que predomina. El hundimiento del magisterio de la Iglesia, las notorias pruebas de que ya no responde al llamamiento de los creyentes abrieron la vía hacia la incredulidad y el misticismo. Los patéticos traspiés de la fe, que deberá esperar un siglo y medio más antes de dar a luz una Reforma, ponen de relieve sobre todo una angustia de la muerte desconocida para los hombres del siglo XI o del siglo XII. Esta muerte, presente en todas partes, horrible en sus manifestaciones, la guerra, la epidemia o el hambre, inevitable y aceptada, obsesionan a los artistas, a los predicadores, a los poetas: ahorcados de Villon, cuerpos «transidos» de nobles yacentes, danzas macabras… En esta vida más corta, los vicios y las virtudes se encuentran más próximos, y el camino a seguir es menos claro, sobre todo cuando se ignora quién es el verdadero jefe de la Iglesia, qué valor tiene el bautismo o el viático recibidos. Ante la duda uno se encierra en sí mismo: el pobre ya no es el enviado de Dios, sino un holgazán; el enfermo ya no es un hermano que sufre, sino una boca inútil; el hombre de buena voluntad ya no tendrá paz en este mundo, porque es un tímido o un traidor.

Y sin embargo, en este escándalo de inútiles fiestas, en estas lamentaciones constantes, en estos excesos del cuerpo y del alma, ¿quién no ve la esperanza de la renovación? No solamente la de una Catalina de Siena o de un Vicente Ferrer, profetas y apóstoles, o la de un Jan Hus o incluso la de un Lutero deseoso de echar por tierra todo aquello que impide construir de nuevo, sino simplemente un empeño incansable de «reconstrucciones» sucesivas, unos progresos irreprimibles del conocimiento, un espíritu de empresa estimulado por la dificultad, lodo aque-

llo que, a partir de 1500, estallará en un potente impulso conquistador.

Primera parte

CRISIS DE CRECIMIENTO EN EUROPA

(1250-1430)

Capítulo 1

EN OCCIDENTE SE ANUNCIA UNA TORMENTA

El historiador de los últimos siglos de la Edad Media, sensible a los hechos políticos y militares, o a las reacciones espirituales, o atento también a la queja de los más humildes, ha definido desde hace tiempo los rasgos más claramente visibles de la «crisis» con la que termina esta época: la caballería real cayendo por los suelos ante las flechas inglesas, los ennegrecidos muertos yaciendo por las calles de las ciudades, los campesinos harapientos y con el estómago vacío corriendo, alzada la horca, contra los nobles, la muerte omnipresente, dos o tres papas enfrentados al mismo tiempo, la hoguera de Juana o la de Hus, y mucho más. Todo esto es cierto. El que los discípulos de Simiand, moviendo doctamente la cabeza, vean en ello una dimensión económica general, una «fase B», según dicen, una fase de depresión, esto no es más que añadir una hoja al retablo. Pero todos estos hechos, todos estos rasgos que caracterizan durante «Cien Años» —y más todavía— el destino de Occidente, tienen lugar entre 1330 o 1350 y 1440 o 1460. Asimismo, la tradición historiográfica, en Francia o en Inglaterra más que en otras regiones, ve una marcada inflexión a mediados del siglo XIV cuando estallan las guerras, las epidemias y las carestías. De este modo no se da importancia a la causa; pero incluso los mismos hombres de la Edad Media se preguntaban qué podía haber suscitado hasta tal punto la ira divina y miraban hacia atrás. Desde hace un cuarto de siglo los historiadores se han acercado a las preocupaciones de aquellos: la guerra continua no es el fruto de bruscos caprichos principescos, la carestía no se produce sin motivo alguno y el virus de la peste necesita también de un terreno propicio; si queremos conocer hasta

dónde se hunden las raíces, estamos obligados a incluir en la «crisis» una parte del siglo XIII, arrancándole su beatífica máscara de «siglo de las catedrales y de las universidades» para poder ver mejor cómo se marcan ya las arrugas que revelan la fatiga y el envejecimiento de la cristiandad, antaño esplendorosa.

«Los buenos tiempos de monseñor San Luis»

Como es habitual en períodos difíciles, tanto los pensadores como la gente corriente suspiran por los tiempos pasados a los que se les atribuyen virtudes imaginarias; en la historia existen numerosas «Belle Époque», que se caracterizan más por su apariencia engañosa de estabilidad y de esplendor que por su dinamismo creador o sus dudas fecundas; al estudiarlas fácilmente se deja al margen, por ejemplo en el París de 1900, la miseria obrera, el freno económico y la preparación de una masacre. La Edad Media no se libra de ello: los hombres del siglo XIV, incluso fuera de Francia, se remiten a los tiempos del buen rey Luis: la justicia del príncipe, el orden reinante, las obras catedralicias, la palabra de santo Tomás, las naves surcando los mares; se olvidan de la marca de los judíos, de las malogradas cruzadas, de la persecución a los cátaros o de los municipios oprimidos. Al historiador le corresponde no dejarse engañar por este triunfalismo.

Hermosa apariencia...

La Europa de 1260 o de 1280 ofrece a primera vista un aspecto agradable, como aquel personaje del *Román de la Rose*. El esfuerzo iniciado aquí y allí desde hacía unos dos siglos continúa su andadura: incluso en las zonas que lo habían experimentado más precozmente, Cataluña, Flandes, las campiñas de Padua y de Bolonia, los Fens ingleses, Kent, al-Andalus, y con mayor motivo en los márgenes del mundo occidental, más allá

del Elba, en Suecia, en Moravia, en plena montaña delfinesa o piamontesa, progresan los cultivos y se extiende el uso de abonos. Incluso se constata un interés por adaptar los productos a las aptitudes particulares del suelo, lo que beneficia a las especies nuevas o poco conocidas que desde entonces aparecen en las listas de los tratados de agricultura que enloquecen a los príncipes: el lúpulo crece a orillas del Rin, se obtiene arroz en Lombardía, la espinaca se implanta en Italia, el alforfón inicia una duradera carrera en el frente atlántico de Europa. La diversificación de la demanda, de la que ya volveré a hablar, explica la gran atención prestada a la huerta: las cuentas de la condesa de Artois, así como las que nos han dejado los burgueses o gestores de Milán, Burdeos, Poitiers, Pisa, nos hablan de fresas y de albaricoques, de hortalizas y lechugas, y también de plantas tintóreas, cuyo desarrollo aumenta, pastel tolosano, rojo de Spira… La viña, sobre todo, procede a esta adaptación a las condiciones geográficas, lo que demuestra, por el momento al menos, más clarividencia que espíritu especulativo: hacia 1300 retrocede en Inglaterra, en Alemania, pero hacia 1320 o 1330 se selecciona en Limaña, Borgoña y Languedoc. El gusto se refina entre príncipes y burgueses deseosos de ofrecer su vino: la *Disputoison du vin et de L'eau* revaloriza los productos de Beaune, Auxerre, Angers, Burdeos, y devuelve a su justo y mediocre nivel los vinos de Laon o de París, apreciados antaño por los contemporáneos de Felipe Augusto.

Por otra parte, el equipamiento campesino prosigue. Las prácticas de rotación de cultivos o de tierras labradas en arriate, de lo que ya hemos hablado en un volumen precedente, ganan indiscutiblemente terreno: entre 1250 y 1290 la rotación trienal se va estableciendo en todos los buenos terrenos cerealísticos de la cuenca parisiense y de la de Londres: alcanza hacia 1320-1328 Normandía e incluso la Toscana. En Alemania, habrá que esperar hasta 1325 para que los tres *Zeigen*, los tres *Fel-*

der, superen las rotaciones individuales o parciales; por otra parte, no hay que olvidar que en muchas otras regiones la agricultura no alcanza este nivel: las tierras hercinianas, frías y húmedas, siguen con el *outfield* de los cultivos temporales y débiles, reservando el abono y los cultivos rotativos para una pequeña zona cercana a la aldea. Lo mismo ocurre con los utensilios: ciertamente el arado de vertedera avanza hacia el sur, pero hay que tener en cuenta la gran sensibilidad campesina hacia las posibilidades locales. No es la rutina ni la ignorancia las que han conservado el arado común o la yunta de bueyes en amplias zonas de tierras ricas, sino más bien la configuración de un relieve demasiado inclinado, la naturaleza de un suelo muy pedregoso o el coste inútil de un caballo demasiado frágil. En Inglaterra, en Brie, en el norte de Borgoña, se ara aún con bueyes hacia 1290 y se desconoce la avena que necesita el caballo.

¿Será posible superar el «sector primario» de los economistas modernos? En este momento el artesanado rural se nos presenta en pleno crecimiento. La principal prueba que tenemos es el desarrollo de las ferias rurales que se multiplican y se especializan: ferias de ganado en Saboya, en Provenza, en el Delfinado, en Portugal, ferias de tejidos y de cueros en Cornualles, en Irlanda o en Soloña. Por otra parte, la calidad y el volumen de la producción campesina crecen simultáneamente: hacia 1300 se introdujo el torno a pedal en los hogares campesinos con el consiguiente tiempo ganado e igualdad de trabajo (y seguramente también se introdujo la alienación femenina en el interior de la choza). De cualquier manera, se produce un excedente en el campo que podrá ser llevado a la ciudad, incluso antes de que la ciudad lo haya exigido; el célebre fresco de Lorenzetti conservado en el Palacio Comunal de Siena nos muestra hasta la saciedad cómo llegaban los productos del campo a la ciudad, trigo, ovillos, madera.

... y su reverso

«El buen gobierno», dice Lorenzetti al describir esta conmovedora armonía. No nos engañemos: bajo esta eventual realidad empiezan a crecer los gérmenes de destrucción. Solo algunos hombres de Iglesia lo perciben, pero ellos son moralistas profesionalmente huraños; es el historiador quien debe percatarse de los chirridos de la máquina.

Ya hemos hablado ampliamente, más arriba, de un «ecosistema» medieval en el que bosques y tierras labradas se repartían el paisaje y los intereses; difícil equilibrio, abierto fácilmente a los golpes de una coyuntura mal controlada o a las necesidades imprevistas. En la fase de expansión que tiene lugar en todas partes antes del 1200, el espacio vacío es suficientemente amplio para poder paliar las sorpresas; a partir de 1250, el mundo está ya «lleno», teniendo en cuenta los medios de la época. Pero, en primer lugar, lo está muy desigualmente. La economía medieval ha estado compartimentada, no ha tenido reservas de emergencia, no han sido regulados los flujos productores; si el desarrollo aumenta sin detenerse, esto no ocurre en todas partes ni de un mismo modo: en la Île-de-France, o en la Champaña y en el valle del Saona, en Hurepoix o en la Brie oriental, en la Puisaye y las Dombes, la tierra está saturada de cosechas y de hombres; lo que se conoce del número de hombres y de la superficie de las tierras labradas de un condado inglés como el de Warvick muestra que en el sur permanecen en el nivel alcanzado en la época de la conquista normanda, mientras que en el norte, en dos siglos, han conseguido un crecimiento de un 100 por 100 y a veces incluso de un 750 por 100. En estas condiciones, el tejido social es inconexo, muy vulnerable y no existe ningún poder, incluso a escala provincial, que sea capaz de hacer frente a una carestía o a una revuelta.

Además, la parte de bosque, o al menos de las tierras no labradas, tiende a aumentar. Sin duda, como ya he dicho anteriormente, el vigor conquistador del arado prosigue; pero en

muchas regiones las roturaciones se detienen: en los alrededores de París hacia 1230, en 1250 en Poitou, en Picardía, en Normandía, en Provenza, en 1270 en Inglaterra, en Soloña, o en Lombardía, en 1290 en Limusín, en el Bordelés, en los Pirineos, en 1320 en Forez, en Escocia, en el Delfinado, porque se ha alcanzado un límite más allá del cual los aldeanos no encontrarían ya bosque para el pastoreo, o para otros usos, y el señor no podría practicar la caza o sus ejercicios guerreros. Lo que se conserva como bosque es desde entonces escrupulosamente explotado: los primeros reglamentos de tala y de regeneración fueron hechos antes de 1200 por los cistercienses; pero luego pasó a ser competencia de todos, de los reyes entre otros, como el rey Capeto que creó en 1317 unos jefes de las aguas y de los bosques, persiguió a los cazadores furtivos y dobló los derechos de uso, o el rey Plantagenet cuyo «bosque» se fue extendiendo sin límites, desde 1275, por los alrededores de Windsor, de Chiltern Mills, de los macizos de Sherwood y de Dartmoor, o en los condados de Devon y de Lancaster; o, incluso, de emperadores como Enrique VII que, hacia 1309, se apodera de los alrededores de Frankfurt y de Nuremberg, ricas zonas de bosque. Naturalmente, es fácil relacionar esta «política» con una demanda creciente de los astilleros navales, de las minas, de las construcciones urbanas. Los ingresos obtenidos del bosque son mucho más importantes que los del alquiler de tierras: por eso será posible establecer la pensión de viudedad de una reina de Francia solo con lo obtenido en el Gâtinais en 1332.

Pero en estas condiciones, a pesar de que se multiplican las prohibiciones o las limitaciones de los usos campesinos del bosque —de lo cual no se privan—, se provoca una grave alteración del equilibrio agrario, toda vez que, en el mismo momento, los progresos de las técnicas de cultivo permiten utilizar el barbecho en cultivos secundarios como guisantes, lentejas, vezas, como ocurre en Flandes ya en 1270 y más adelante

en otras regiones. Entonces ¿dónde se instalará el ganado si simultáneamente crece la demanda de carnes rojas en la ciudad cercana? Para hacer frente a esta amputación y a esta demanda solo hay una solución: convertir en pastos zonas de huerta y, además, cercarlas para evitar sorpresas o robos. Se crían bovinos en Albigeois, Cantal, Ponthieu y en Midlands desde 1290; en los alrededores de Toulouse, hacia 1320, los rebaños son lo suficientemente abundantes para poder abastecer a más de cien carnicerías de la ciudad; en Flandes, las majadas, condales o no, se instalan antes de 1320 sobre antiguos campos de trigo; en Inglaterra, Picardía, el sur de la Champaña, los más ricos, príncipes, señores e incluso gente de las ciudades, construyen «parques» de varios centenares de hectáreas, rodeados de setos.

La situación es más dramática para el aldeano modesto ya que, además de la privación de concesiones de uso (hay una disposición de Felipe VI de 1346 en este sentido), o de la pérdida del barbecho para pastos, desaparecen los bienes comunales que con tanto esfuerzo reunieron las comunidades de habitantes en formación en el siglo XIII. Aunque este tema es mal conocido, se tiene la impresión de que hubo un reparto sistemático de las superficies comunitarias, al menos en el norte y este de Francia, entre 1295 y 1325, favorecido sin duda por la necesidad de tierras arables que generaba la presión demográfica.

Los «grandes» y los «menudos»

Estos dos términos, procedentes y generalmente referidos al mundo de las ciudades, caracterizan perfectamente al campesinado de Europa de los años 1320-1325. Todos estos elementos que he mencionado, que en principio son una consecuencia lógica y positiva del desarrollo anterior, contribuyeron, precisamente a partir de 1260 o 1280, a dividir en dos, primero económicamente y después socialmente, el mundo campesino hasta entonces más consciente de las oposiciones en base al derecho. En primer lugar, el acotamiento de bosques o incluso de

tierras de cultivo, en un momento en que la demanda de tierras para cultivo de plantas comestibles era fuerte, tuvo como consecuencia la elevación del precio de las parcelas aún disponibles: se calcula que esta alza fue de un 100 por 100 en Chartrain, entre 1240 y 1280, y de algo menos, de un 30-35 por 100 en el valle del Mosa, donde había mayores posibilidades; alza del precio de las parcelas, pero también de su tasa de alquiler: siempre que han podido —arriendo, aumento del censo, etc…— los señores han emprendido alzas que a veces han sido estimadas, como en Normandía, en un 500 por 100 entre los años 1260 y 1300; en realidad, el señor hace sentir su presión, sobre todo, en los derechos de mutación y en las multas de la justicia. Esto explicaría por otra parte la dureza con la que la nobleza territorial ha defendido sus diversos derechos señoriales frente a la intrusión de la autoridad o de la fiscalidad real, como por ejemplo ocurrió en Francia a finales del reinado de Felipe el Hermoso o en Inglaterra en la época de Eduardo II.

El fenómeno de concentración de tierra en manos de antiguos señores o bien en manos de recién llegados de origen urbano se realizó de dos distintas formas. En algunos casos el señor se inclinaba principalmente por la explotación directa: en Alemania e Inglaterra, en este caso, la preocupación esencial fue producir para abastecer el mercado local, sin los riesgos que conllevaban las percepciones de censos; indiscutiblemente, en el origen de esta reconversión estaba el interés por un beneficio inmediato, teniendo además la ventaja de no erosionar los derechos de justicia. De esta manera, el obispo de Winchester, entre 1208 y 1299, consiguió aumentar de un 31 a un 46 por 100 los granos cosechados en sus tierras que luego vendió en su propio terreno. Sin embargo, un sistema como este implicaba el empleo de un personal asalariado, resultando el recurso eventual a las prestaciones personales arcaico y arriesgado como veremos más adelante; pero como la variación del salario

podía depender de la coyuntura demográfica, esta práctica estaba también expuesta a sorpresas. Pronto pareció más segura la solución del arrendamiento: el frecuente alejamiento y la rápida renovación de los dueños, que distendían los lazos afectivos entre ellos y los explotadores, lo hacía preferible a una administración directa que incurriera en los riesgos de fraude o de negligencia por parte del administrador, o al tradicional sistema «dominical» poco ventajoso. Por otra parte, incluso los más tenaces campeones de la explotación directa, los cistercienses, pasaron a este tipo de arrendamiento antes de 1325. Nuestros ejemplos son frecuentemente eclesiásticos, como ocurrió con los premostratenses en Auvernia, los hospitalarios en la Alta Provenza, el abad de Ramsey o el obispo de Ely en Inglaterra, o en San Denís, San Martín de Tournai…, entre 1270 y 1350. Pero también parece seguro que la práctica se extendió en el mundo laico: en Alemania, en la región de Badén o en Wurtemberg; en Suiza, en el Bordelés, tenemos ejemplos laicos, apenas algo más tardíos, como también en la región de Lieja, en Île-de-France, a partir de 1350. Primero se arrendó a corto plazo y generalmente los campos más alejados o periféricos, posteriormente el sistema se extendió hasta la reserva central, a veces hasta sus dos tercios, pero dejando al dueño la satisfacción de conservar su coto de caza, su vedado o su huerta cercada. El arrendamiento vitalicio tuvo mayores dificultades para imponerse, sobre todo a partir del estallido de las crisis. El interés de este proceso salta a la vista: asegura al propietario, sin problemas, una entrada regular de ingresos; permite a los campesinos más ricos, los «labradores» del siglo XIII, explotar bloques de 50 o 60 hectáreas a su conveniencia. En cambio, la aparcería —en la zona de Toulouse a los Alpes la llaman *facherie* y *mégerie*, y en Italia, *mezzadria*— predominó allí donde el rendimiento del suelo, más aleatorio, hacía correr riesgos desastrosos al arrendador en caso de mal año; además, la práctica de

la aparcería, de duración breve y acompañada de la entrega por anticipado de semillas o de utensilios, representaba una especie de asociación entre el capital y el trabajo, como las que se podían apreciar fácilmente en la ciudad —y se trata en este caso de una zona de fuerte urbanización—. Sin embargo, otras regiones, menos urbanizadas, como el Limusín o el Poitou, utilizaron también este sistema, sin duda porque debido a un mayor fraccionamiento de los lotes entregados era más fácil encontrar aparceros que no habrían sido capaces de tomar en arriendo una tierra de mayor extensión.

Así pues, es en la misma clase campesina donde se percibe una ruptura; los más humildes apenas tienen otro recurso que amontonarse en sus tenencias, y el aumento de los derechos de justicia o de mutación les impide extraer el mínimo indispensable para poder introducirse en una economía de mercado en formación. Peor aún: ya sea por las prácticas hereditarias o por el progresivo fraccionamiento de la célula familiar, la pulverización parcelaria alcanza proporciones casi caricaturescas; así, se ha podido calcular que a lo largo del Escalda o del Mosa, hacia 1300 o 1310, los colonos de parcelas —franjas de algunos metros de ancho, cuyo total no alcanza las tres hectáreas por «fuego», es decir, lo justo para no morirse de hambre— representan el 70 o el 80 por 100 de las familias conocidas. Por otra parte, los salarios complementarios parecen ser poco importantes: únicamente los pastores, gracias al progreso de la ganadería, consiguen ganar hasta 4 libras al año hacia 1335; pero el campesino solo puede esperar ganar algunos denarios al día o, en el mejor de los casos, 1 «sueldo», menos de la mitad de lo que conseguiría en la ciudad, donde la mano de obra no es tan densa como en el campo.

La amenazadora sombra de la ciudad

He aquí otra de las características importantes de nuestro período. El que hacia 1250 las ciudades italianas, como Siena,

realicen sobre su *contado* verdaderas operaciones militares para conseguir reservas de víveres en el período de «soldadura» entre dos cosechas, o que en la región de Toulouse, antes de 1300, el área de extensión de los asuntos comerciales vaya desde Bayona a Puy, y desde Agen a Béziers, es normal puesto que son zonas de fuerte urbanización y de pocas aldeas. Pero en estos momentos se extiende el control urbano por toda Europa y el inicio de este proceso es bastante anterior a 1350.

En primer lugar, el impulso urbanizador, aunque iniciado más tarde, no desmerece el grado alcanzado por el desarrollo agrícola en las últimas décadas del siglo XIII. La Europa cristiana de 1300 nos ofrece una imagen casi adulta; con el mayor rigor y prudencia posibles, se pueden contar seis ciudades con más de 50 000 habitantes, más de treinta con unos 20 000 o más, y casi ochenta con más de 10 000 almas; con muy pocas variantes, la red urbana y el volumen de población no cambiarán hasta el nuevo crecimiento del siglo XVII. Pero, en esta situación, la ciudad medieval ya no es una excepción en el océano rural. No tanto por el peso demográfico: la gente procede del campo, es verdad, y seguirá llegando a la ciudad hasta el punto de exigir —en los momentos de levantamiento armado — la reparación y la extensión de las murallas; sino más bien por su acción directa, debido a las crecientes exigencias de la ciudad sobre su entorno, llegando a predominar sobre esta zona rural de la que durante mucho tiempo solo fue un cuerpo extraño.

El historiador concede fácilmente una mayor atención a los comerciantes, a la banca, a los navíos. Yo también lo haré más adelante, pero me parece que esto es una consecuencia de la irradiación urbana, del mismo modo que tampoco le concedo una mayor importancia al desarrollo de una escuela o a la sede de un príncipe. Lo que me parece esencial, en cambio, es la sangría que cotidianamente ejerce la ciudad sobre los hombres y

sobre los víveres del mundo rural. Efectivamente, en la ciudad y desde mediados del siglo XIII, se apiña una clientela exigente y voraz cuya satisfacción de las necesidades pasa por un severo control de la región vecina. Sin duda han existido siempre en la ciudad, tanto más cuanto más hacia el sur nos dirigimos, aquí un obispo, allí un conde, y sus clientelas, o incluso las sólidas «familias» nobles de Italia o de Provenza; ya hemos hablado de ello. Pero este grupo crece en gran manera en el siglo XIII: incluso allí donde hasta entonces no se les veía apenas, Países Bajos, zona del Rin, Inglaterra, los señores prefieren la vida urbana a su residencia rural. El éxito del arrendamiento rústico está muy en relación con este deseo de comodidad; el despilfarro y la vanidad inherentes a la clase nobiliaria se trasladan a Gante, a Estrasburgo, a París, o a Londres, como ya se conocían en Génova o en Florencia. Si un príncipe, su corte, sus hombres de armas, y peor aún la nube de plumíferos que les acompañan, escogen Milán, Aviñón o Frankfurt, la demanda se decuplica. Entre los grandes, los *magnati* de Italia, los *rikes hommes* del norte de Francia, aparecen naturalmente los comerciantes y los artesanos de los gremios de alto copete. La masa de esos ciudadanos no es numéricamente muy alta, un centenar de familias, como en Florencia cuando son expulsados, o menos seguramente en otras partes; pero sus demandas de vino, ropa, monturas, carne, armas, vajillas, criados de todas clases, son enormes. Se ha calculado que una ciudad de 10 000 habitantes para alimentarse necesitaba ir a buscar sus víveres más allá de sus muros hasta unos 20 kilómetros y sus clientes hasta unos 50 kilómetros. Se inicia una «división por zonas» del campo, y aunque hasta entonces era la aristocracia quien poseía tierras o palacios en la ciudad y en el campo, ahora vemos cómo empieza a despuntar el día en que el burgués comprará también tierras.

Por el momento, atrae hacia él la mano de obra que las dificultades campesinas expulsan de las aldeas: lo que se conoce

del origen de los «hombres de oficios» de los talleres urbanos confirma que hay muchos obreros poco especializados, recién llegados y con un nivel de vida de los más bajos; en Aquisgrán, hacia 1322, los oficios de la madera y de curtidos, o las panaderías, estrechamente relacionados con las actividades campesinas, reúnen las tres quintas partes de los trabajadores urbanos. Por otro lado, se observa en todas partes una multiplicación del artesanado rústico, carpintería de obra, tejería, molinería, talleres de zuecos, desde entonces implantado en la ciudad en detrimento de los talleres rurales: su proporción aumenta, en la mayor parte de los casos estudiados, de un 15 o un 20 por 100 a un 40 o un 60 por 100 en las actividades urbanas.

Se trata todavía, en este caso, de hombres admitidos, en principio incluso registrados en un gremio, adscritos a una de estas asociaciones de vecinos o de devoción de las que ya hemos hablado, con banderas o insignias, *connétablies o pairages, consorterie o vicini*. Sin embargo, muchos de ellos son mantenidos en dependencia y se ven excluidos de cualquier adscripción a un gremio si antes no han pasado por un largo período de prueba, como ocurre en Pisa en 1277, o concentrados en barrios especiales o incluso en los fosos de la ciudad como ocurre en Lieja o en Montpellier hacia 1330. Esta mano de obra flotante y temporal, que, tras habérsela disputado los patronos, ahora se ponen de acuerdo para pagarle lo menos posible, como sucede entre Lieja y Huy en 1348, para evitar que cambien de trabajo, constituye una masa marginada de límites imprecisos, fácil de exaltar y de explotar.

De esta manera, el control que los maestros de los gremios esperan ejercer sobre el campo se dobla y se concretiza en una presión reglamentaria y política sobre aquel. Y esta influencia va más allá del área territorial en la que domina el derecho urbano y adquiere múltiples formas. Primero porque este derecho, como en Alemania del Este o en los Países Bajos, puede ser

propuesto o impuesto por una ciudad, Colonia, Magdeburgo, Lubeck; pero también porque los pesos y medidas de la ciudad se convierten en los de su región, porque los precios fijados en la ciudad para los granos por la *Amandellerie* de Metz o los *Capitouls* de Toulouse, por ejemplo, son impuestos a los mercados locales, porque se prohíbe dentro de un cierto radio la competencia de un artesanado rural, por ejemplo en Gante en 1314, y, si es necesario, se destrozan los talleres rebeldes de los pequeños burgos vecinos. ¿Por qué no hacerlo si la aristocracia comparte el poder con los maestros de los gremios?

El falso esplendor de la mercancía

He aquí al mercader, tan caro a los eruditos apasionados por los números y admiradores de los destinos individuales. Porque en definitiva no son más que individuos marginales. Sin duda lo que atrae de ellos es el espíritu de empresa, el gusto por el riesgo, el dinamismo de esos hombres lanzados desde Londres a Novgorod, desde Lisboa a Alejandría, en grandes barcazas de 300 toneladas o guiando a 20 mulos. Italianos, desde hace tiempo, aquitanos, alemanes, catalanes, ingleses. Los progresos en la navegación, el mejor estado de los caminos, todo un sistema de salvoconductos y de albergues han hecho retroceder el espectro del riesgo; solo en el mar el riesgo permanece, más aún cuando se trata de un mar peligroso por el acecho de los genoveses a los pisanos, de los venecianos a los genoveses, de los turcos a los venecianos, de los berberiscos a los catalanes, de los catalanes a los marselleses, sin contar la gente de Bayona o de Bretaña. Ante este peligro se desarrolla desde antes de 1250 un sistema de seguros con primas que, en Génova, alcanzan hasta un 30 por 100 del precio del navío y un 10 por 100 del valor de las mercancías, y de un importe anual sorprendente: 100 000, 200 000 florines, tres o cuatro veces el total de los recursos de una ciudad consular. De esta manera, la telaraña de las sociedades mercantiles puede fijarse en los puntos más ex-

tremos del mundo cristiano, y sin ruptura, ya que la llegada de los primeros navíos italianos a Brujas a partir de 1270 nos muestra la solidez de los vínculos y la magnitud de los negocios.

De todas maneras hay que prevenirse de las sorpresas. Los mercaderes, durante mucho tiempo considerados sospechosos o al menos envidiados por otros, han conseguido penetrar ampliamente en el tejido urbano: en Florencia, se han infiltrado en todas las «artes mayores», los gremios de gran clientela, la lana, la seda, las especias, la medicina, la mercería, y naturalmente el cambio y los «negocios» que se tratan en la Calimala; desde 1308 en esta ciudad tienen su propia jurisdicción, la *Mercanzia*; y ya que más o menos en el mismo momento el Capeto Felipe el Hermoso los declara bajo su protección, no tienen apenas dificultades para apoderarse de la *signoria*, la regiduría, el consulado o el *Rat* alemán: para ellos es del máximo interés establecerse allí donde se fijan las listas de precios y los impuestos; ¿por qué sorprenderse, pues, de que el público, que estaba al acecho, no haya podido descubrir o denunciar los fraudes fiscales y los tráficos de influencia que dieron una sospechosa gloria a Boinebroke en Douai, a Crepin en Arras, a Acciaiuoli en Florencia, por citar solo algunos casos? Dueños del tráfico, lo son también del dinero y prestan sumas enormes: los Bardi adelantan 900 000 florines y los Peruzzi 600 000 al Plantagenet Eduardo III a cambio de unas fianzas sobre los ingresos reales, diez veces lo que costó Aviñón cuando un papa la compró a la reina Juana de Nápoles.

En Florencia, cuando los Peruzzi hacen sonar las espuelas que tienen la osadía de llevar, parecen querer abrir una vía señorial a una categoría triunfante de hombres nuevos. Pero solo lo parece, ya que todo esto no es más que una fachada. Las compañías del siglo XIII y de principios del siglo XIV permanecen como asociaciones provisionales, durante diez o doce años

como máximo, disgregables, inciertas; los Scali llegaron a durar 100 años, pero los Peruzzi solo 60, a pesar de que 11 de sus socios, la mitad, eran de la familia; los Bardi emplearon hasta 380 personas y abrieron 20 sucursales con un capital depositado de 700 000 florines, pero las desavenencias nacieron en el corazón de estas empresas sin organización racional, sin un fondo de provisiones: a unos beneficios anuales de un 20 a un 50 por 100 suceden malos años sin aviso previo. Cuando los deudores se niegan a pagar es la ruina, la de toda la empresa, ya que todos son solidarios; cuando Eduardo III deja de cumplir su palabra es la bancarrota total en Florencia. Sin duda alguna, aún no ha llegado el momento en que el banquero dominará sobre los príncipes.

El nacimiento de los Estados

Este otro aspecto de la cristiandad también evolucionó y sería posible considerar que se produjo un cambio fundamental en el cual el poder delegado por Dios a los reyes dejó de estar vinculado a lo sagrado para convertirse en político. En ningún otro momento el rey cristiano ha parecido tan importante como en esta segunda mitad del siglo XIII. Ha conseguido acumular el carisma del rey judío y del jefe bárbaro, el control de una clientela y de una familia que prolongan su poder, poder que ha heredado de los tiempos romanos la justicia suprema y la base de un fisco compuesto de tierras, molinos, castillos y peajes, lo que significaba un incierto sistema de impuestos. Por supuesto, en esta autoridad principesca hay distintos niveles —el rey polaco no es como el Capeto—, distintos aspectos —un cuerpo urbano en Italia no es un palacio real inglés—. Sin embargo, en todas partes, aunque sin pretender llegar al altar como Luis IX, el Estado cristiano está en su apogeo. Es importante detenerse a conocer cuáles son sus cimientos, porque mirándolo de cerca veremos cómo se prepara el derrumbamiento del edificio.

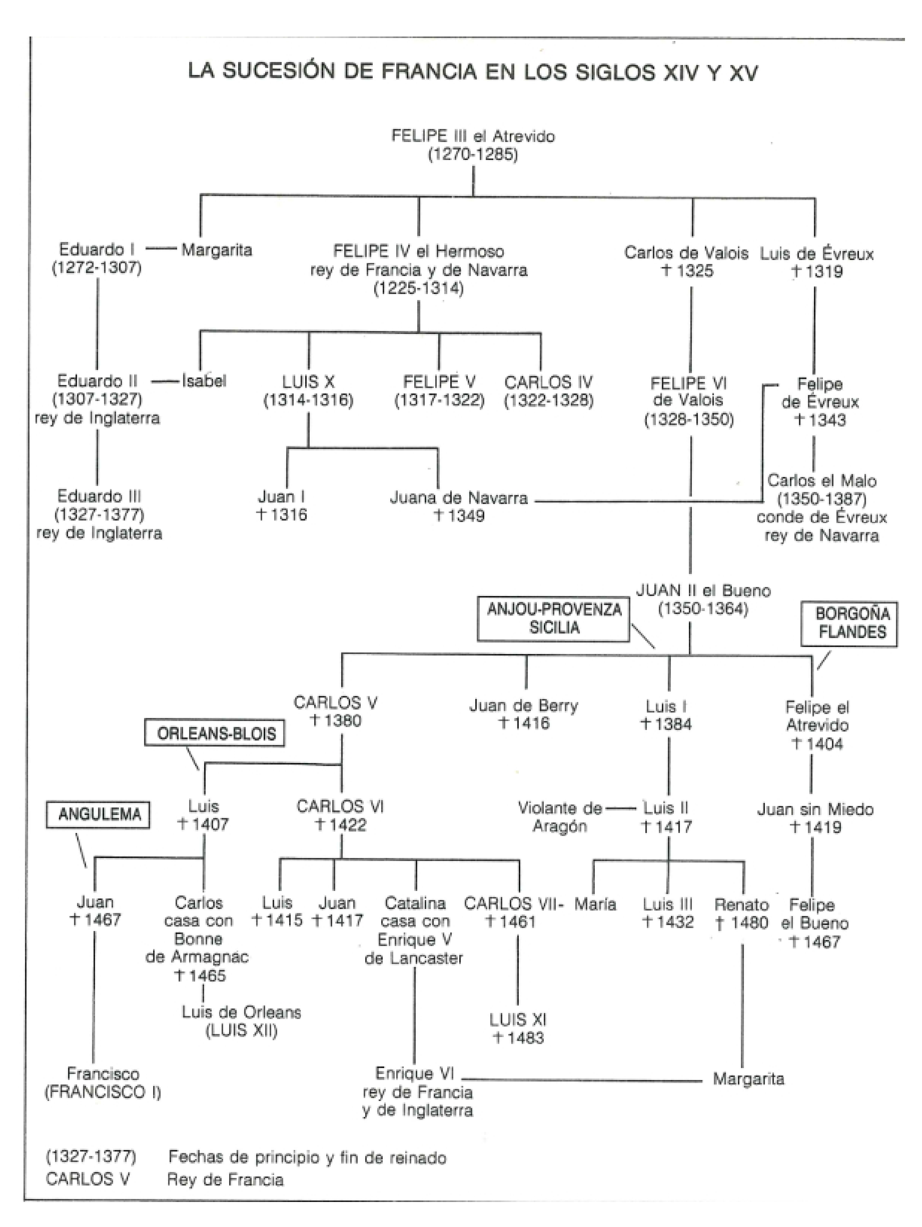
El poder del rey o del señorío urbano no tienen límites. Ha absorbido la vieja noción romana de la cosa pública, del bien común encarnado desde entonces en la persona o en la entidad real. Los «hombres de leyes» que rodean al Capeto o a los pálidos soberanos alemanes lo repiten hasta la saciedad: Jacques de Revigny, Pierre Dubois, Marsilio de Padua afirman que «el rey es emperador en su reino». Y, como la desaparición material de las pretensiones germánicas con el fin de los Hohenstaufen, o el descrédito moral de un papado triunfante pero deshonrado por sus medios y sus fines, no se oponen a los monarcas o a las ciudades-Estado, el universalismo se concentra en manos de uno solo o de un equipo. El estado se convierte en un Estado. Es un resultado sorprendente de la evolución política: por su juramento en la coronación, el rey es el brazo de Dios y, gracias a esto, puede hacer detener al papa, rechazar la autoridad imperial, imponer cargas a sus súbditos y destruir los poderes de la nobleza. Pero lo que caracteriza esta época de finales del siglo XIII no es tanto esta tendencia progresiva hacia el Estado, aún faltan años, como la concentración de poderes cada vez más eficaces en manos de una persona. Si un príncipe del siglo XI o del XII era incapaz el mal era menor: los obispos le tendían la mano, la aristocracia lo rodeaba, el aura de su función impregnaba a sus consejeros o a sus parientes. Pero si lo es en el siglo XIII, se da pie a la formación de camarillas, a las presiones, a los abandonos; el riesgo es tanto mayor cuanto que los reyes, en Francia sobre todo, son fieles a la práctica de los «privilegios familiares» (*apanages*), especie de herencia avanzada concedida a un hijo menor, como medio de controlar una región desde su conquista hasta su incorporación directa a la administración central, y este uso es aplicado en las regiones más alejadas o de difícil asimilación como el Languedoc, la región de Toulouse, las marcas galesas, etc. El riesgo es evidente: ver nacer una din-

astía principesca que se perpetúa sobre un fondo local original en el que hunde sus raíces a pesar de tener un origen real.

Además, el príncipe que es puesto a la cabeza de estos «Estados», nuevos y antiguos a la vez, no pretende ser un muñeco: refuerza o crea mecanismos de decisión, «cámaras de asesoramiento», bailías, como ocurre en Borgoña o en la Aquitania inglesa entre 1290 y 1335. Por otra parte, se toma como ejemplo lo que subsiste de los antiguos feudos: Flandes tiene su «audiencia» desde el año 1309, Bretaña sus senescales, y la dinastía del terruño puede así aspirar a ser autónoma. Esta concentración en manos de uno solo tiene su corolario en una bella fachada: nacen las capitales con su palacio, el del rey o el del señorío, en Londres, París, Sevilla, Aviñón, Milán e incluso Lubeck o Florencia. Allí se apiñan una multitud de pedigüeños y de servidores, ya que el príncipe renuncia a ir al encuentro de sus súbditos como antaño. Pero como él no puede hacerlo todo, una característica de este momento es la multiplicación de grupos de fieles a su alrededor. En la tradicional y repetida afirmación de los historiadores del «refuerzo de la administración real» no se insiste sin duda lo suficiente en lo que para nosotros significa esta segunda palabra de ciega rutina y de fría crueldad. La «administración» ha nacido, y es peor que la de la baja Antigüedad porque es eficaz y está especializada. Veamos algunos de sus aspectos más destacados.

No es el dominio personal del rey el que ocupa el centro de la escena desde entonces. Esta base esencial del poder de un Capeto o de un Plantagenet sigue siendo indiscutiblemente el soporte de la fuerza principesca; para calcular su importancia solo hay que ver cómo se ha debilitado aceleradamente el prestigio imperial en Alemania, debido precisamente a la carencia de un dominio sólido. Tampoco ocupan el primer plano los otros dos pilares reales, la Iglesia y la aristocracia. El príncipe es un miembro de la Iglesia a la que protege tanto como se

aprovecha de ella. Los ingresos obtenidos de las sedes vacantes, las décimas imperiosamente recaudadas entre los clérigos, son bazas substanciales, pero en realidad su aura espiritual procede más bien de la «religión real» que está surgiendo: los súbditos se sienten unidos al rey de la misma manera que los cristianos se sienten unidos a Cristo; ¿qué importancia tiene entonces la Iglesia terrenal?: cuando Eduardo II o Eduardo III saquean impunemente los bienes de la Iglesia, o cuando Felipe el Hermoso hace comparecer ante la justicia al papa, la opinión pública les apoya con devoción. En cuanto a la aristocracia «feudal», fiel guardiana de las teóricas virtudes de antaño, poco a poco va deslizándose hacia un segundo plano, político o militar, tal como la encontraremos en la época moderna; su fidelidad hacia aquel que según ellos es su jefe natural persiste, pero su fuerza de acción se ve limitada por sus propias debilidades económicas: los problemas «baroniales» que la agitan reflejan más su preocupación que su ambición, de ello ya hablaremos más adelante. Por otra parte, desde 1281 en Francia el rey inicia una política de «ennoblecimiento» de los recién llegados y si la vieja nobleza se conforma es porque se abre exclusivamente para ellos una nueva sección de juguetes de alto precio: las «órdenes» de caballería, en las que ahogará su pena.



Quedan, pues, los que mueven la pluma y los que llevan la cola. El príncipe, a pesar de toda su aura, es un hombre que come, duerme, circula y medita: dogo o Capeto necesita su «hôtel», su «casa», a veces aún ambulante pero siempre «familiar» en el sentido amplio y antiguo del término; los viejos oficios de cámara y de mesa ya no tienen mucho sentido; sin embargo, la

«guardarropía» (*wardrobe*) del Plantagenet o la «cámara de cuentas» del Capeto, que se imponen entre 1280 y 1303, no se limitan a administrar la ropa o el dinero personal del rey. También el número de documentos reales aumenta en función de las intervenciones principescas o de las oleadas de pedigüeños: 35 000 documentos al año en París en 1332, casi 100 al día (aunque, en Sajonia, solo se emitían 12 al día); el canciller ya no es el hombre sospechoso al que Felipe Augusto había considerado oportuno eliminar, ahora es un jurista, un burgués, un fiel, como Guillaume Flotte, Pierre d'Orgemont, encargados de dar forma a las *ordonnances* en las que el rey trata ahora de aspectos muy generales y no domésticos sobre los precios, el duelo, la seguridad o la moneda. Clérigos, «caballeros de la Casa Real», como el célebre Marigny, constituyen un grupo móvil de consejeros y de ejecutores; entre ellos se mezclan primos, sobrinos del príncipe y sus camarillas, y es curioso ver cómo se suceden y se enfrentan entre ellos los clanes borgoñón, poitevín, provenzal o picardo. En total son varios centenares de individuos, entre los que se distinguen los pesquisidores (*enquêteurs*) de justicia: en 1314 hay en París cuatro *maître de requêtes* y en 1343 habrá 29.

Por lo que se refiere a la «corte», la *curia regis*, hace tiempo que la aristocracia ya no acude. Ahora encontramos a agentes locales que rinden cuentas y, cada vez más, a clérigos especializados en tai o cual asunto: se reúnen para hablar, *in parlamento*. Pero ni siquiera en Inglaterra, donde los barones, hacia 1260, impusieron sesiones regulares, el «Parlamento» no es una asamblea representativa, es una asamblea de técnicos: el King's Bench y el Exchequer en Inglaterra donde, desde mediados del siglo XIII, se administraba justicia en apelación y se llevaban las cuentas respectivamente, Grand Chambre y Chambre des Comptes en Francia en 1315-1320. Estos hombres al servicio

de la cosa pública, asalariados, jerarquizados, de ciega devoción, son nuestros funcionarios. Ya han nacido.

Sombras sobre las coronas

El cuadro que acabo de esbozar, destacando el carácter inglés o francés porque son dos polos esenciales de la autoridad del Estado en la cristiandad de 1300, tiene también sus puntos oscuros que es conveniente mencionar. En primer lugar, teniendo en cuenta que en principio todo depende del rey, es importante que este esté a la altura de una función que ahora es terrenalmente abrumadora. Ahora bien, la herencia tiene sus sorpresas: a un Eduardo I de valía excepcional sucede un Eduardo II inseguro y poco hábil; Felipe el Hermoso ha planteado a sus contemporáneos y plantea aún a los historiadores un cruel dilema: ¿fue un impasible artífice de una política ambiciosa o un incapaz manejado por unos bribones? Por otra parte, la figura de un príncipe electivo como en el Imperio o en Venecia asegura más el triunfo de una camarilla dinámica que la elección del mejor. Y si el hilo se rompe, lo que podría ser simplemente un accidente se convierte en un problema capital: la dinastía capeta, regularmente afortunada durante tres siglos y medio, se vio abandonada en 1328 tras una sucesión de breves reinos cuya corona recaía solo en hijas. Aunque ahora nadie, por lo menos eso espero, ya no ve el origen de una guerra de cien años en el enfrentamiento de los Valois, primos por línea masculina, y los reyes ingleses herederos por línea femenina, pretexto que fue invocado posteriormente. Pero esto no impide que un «rey encontrado», con unos derechos discutibles, no pueda verdaderamente pretender ser el sucesor de san Luis. En estas condiciones, en lomo a Felipe VI de Valois o de Eduardo III, anciano disminuido, surgirán intrigas en la corte y presionarán los intereses provinciales. Reaccionando frente a las camarillas juveniles, se les opondrán un cordón de fieles adictos: la gerontocracia defenderá así sus posiciones ante las ávi-

das jaurías de «jóvenes lobos». Sin embargo, no durará mucho tiempo.

En realidad hay algo peor. La creciente masa de asuntos que hay que gestionar en palacio, cuando la situación económica está bastante degradada, significan una agobiante carga de gastos públicos: organizar y pagar un ejército aparte de la breve obligación «feudal», levantar fortalezas, asumir las decadentes finanzas urbanas desde 1256-1260, pagar un salario a muchos oficiales y agentes…, todo esto no puede ser sufragado únicamente por los ingresos «ordinarios» obtenidos del dominio y de los derechos reales, que apenas son suficientes para cubrir los gastos de la Casa Real. La «gente de las cuentas» se convierte desde entonces —¡y por mucho tiempo!— en personajes de primer plano. ¿Qué se puede hacer? En primer lugar, gravar las actividades comerciales, imitando a ciudades como Génova desde 1274: así lo hacen Felipe III en 1277 y Eduardo I en 1275. A continuación, imponer una tasa sobre el valor de cualquier producto, una *maltôte,* como se la denomina en Francia. Felipe el Hermoso y Eduardo II se deciden a aplicarla hacia 1305 o 1320, también a imagen de las ciudades-Estado de Italia. O, también, apoderarse de un monopolio: ¿y qué hay más necesario que la sal? Los reyes de Nápoles controlan la venta desde 1259; en todas partes les imitan: en Francia en 1341, en Castilla en 1338, en Venecia en el mismo momento. Pero la «gabela» no tiene buena reputación. Aunque hay que decir que su importe, así como el de la *maltôte,* estaba muy por debajo de nuestro IVA moderno, como máximo era de un 2 por 100. Y esto no es suficiente. Las décimas de la Iglesia tienen también sus lados malos, y confiscar a los judíos y a los prestamistas lombardos no aporta mucho. Evidentemente, era necesario organizar algo «extraordinario», en resumen, reintroducir el impuesto. Pero los espíritus no están aún suficientemente maduros y Eduardo II o Felipe IV se inclinan por la manipulación moneta-

ria desde 1295: modestas desvalorizaciones y paliativos mediocres porque el mismo rey se ve afectado por la baja del valor de la moneda. Los coetáneos reaccionaron con violencia y, desde Dante a nuestros días, hablar de «falsificadores de moneda» acompaña el recuerdo de los reyes de aquel tiempo, abocados a estas artimañas ante la alza irresistible de los precios del metal precioso.

Queda la posibilidad de una recaudación extraordinaria como presunta excepción; pero no puede ser obtenida a la fuerza, hay que hacer que los súbditos consientan en ello; de esta manera, a partir de unas finanzas demasiado frágiles se llega a la consulta popular, situación muy contraria a los principios en que se arropa la majestad. Sin duda, convocar a los obispos o a la nobleza puede parecer natural; lo que escandaliza a los teóricos de la autoridad real es que se pretenda reunir al estamento de los trabajadores, o mejor, a la gente de la ciudad, aquellos que tienen dinero. Pero hay que decidirse: el ejemplo de los *brazos* ibéricos, este embrión de las *cortes* posteriores, era tranquilizador; desde 1240 o quizá antes, consintieron en dar subsidios al rey. Pero el infiel estaba aún presente y la demanda era específica. Es evidente que Carlos de Anjou en Nápoles y su sobrino Felipe III podían disfrazar con el nombre de «cruzada» sus ambiciones catalanas, y obtener de este modo algún dinero, como lo había hecho inversamente contra ellos el rey de Aragón, en 1283. Pero en realidad las dos articulaciones esenciales están antes y después de esta fecha: los barones ingleses y los delegados de ciertas ciudades impusieron al rey Enrique III, a partir de 1265, la obligación de ser consultados para cualquier recaudación de dinero; en 1302, en Francia, Felipe el Hermoso, enzarzado en una guerra en Flandes y en un grave conflicto con el papa, tiene que convocar a los hombres de los tres estamentos: se trata de asuntos generales, pero en 1308 y 1321 será por problemas de dinero en concreto. ¿Acaso no hay en esto,

además de una flagrante contradicción con la idea de una realeza administradora y triunfante, el inicio de reivindicaciones «populares» limitadas aún al nivel de lo inmediato, pero cuyas primicias, frecuentemente olvidadas, aparecen en todo el período de 1280-1330?

Los primeros fragores

Cuando estalló la *Jacquerie* de 1358, la aristocracia pareció muy sorprendida, por lo menos esta es la impresión que nos transmiten los cronistas. Y sin embargo, no faltaron advertencias previas. Quizás se las había considerado como manifestación de exaltación escatológica o confundido con las «agitaciones» urbanas. Como es su obligación, el historiador lo ve más claro, a menos que haya decidido definitivamente que —como podemos leer en algunos casos— no hay disturbios sociales en la Edad Media. No obstante es bastante fácil poner de relieve cuáles fueron los puntos sensibles de la vida campesina, aquellos cuya irritación ocasional pudo provocar una explosión. No hay que negar que las alteraciones rurales que anunciaban los levantamientos de los siglos XIV y XV tuvieron una dimensión religiosa, pero considerar esta forma de expresión del malestar campesino como una simple manifestación de exigencia espiritual sería cerrar los ojos ante la realidad. Intentemos destacar lo esencial.

El principal elemento que yace en la base de la actividad productora rural es la *necessitas,* es decir, la producción de un mínimo vital para la familia campesina. Esta parte de la producción depende de las aptitudes del suelo, de los utensilios del trabajador y del nivel de exigencias del señor. Los elementos susceptibles de amenazarla, como por ejemplo la negativa de un señor a aceptar la redención de las prestaciones personales, o la restricción de los derechos de uso en el bosque, constituyen una incitación a la protesta, incluso para, por no decir sobre todo, los campesinos acomodados; ¡las oposiciones de cla-

ses no enfrentan únicamente a los bien provistos y a los miserables! Y las ocasiones de producirse «desgarros» similares en el contrato tácito entre señor y aldea son frecuentes en un momento en que se renueva ampliamente la clase de los señores. Naturalmente, en el caso de que la *necessitas* disminuya, surge el problema del nivel de vida, tanto más cuanto la parcelación del terreno adquiere, como ya hemos visto, proporciones abusivas. Hacia 1330 o 1340, una familia campesina de Inglaterra o del norte de Francia entrega de un 15 a un 20 por 100 en virtud de diversos impuestos señoriales; un 10 por 100 en concepto de diezmo, un poco menos por el censo, y alrededor de un 20 por 100 se destina a la siguiente siembra. En una zona provista de utillaje suficiente y según el precio de los granos en la época, esto significa que más de la mitad de lo que ganan se les va de las manos. Si el campesino no puede vivir con lo que le queda, se endeudará y el problema de las deudas campesinas es uno de los más complejos. Primero porque el interés exigido por el prestamista, un vecino, el cura, un judío de paso, o un hombre de la ciudad, es muy alto: el *denier vingt* es de un 5 por 100 del capital, pero el más frecuente es el *denier douze* que llega a un 8,33 por 100. Si tenemos en cuenta que el alquiler de un caballo de labranza se calcula en un «sueldo» al día, lo que significa dos jornadas de pleno rendimiento, podemos ver en que círculo vicioso se encierra al pobre campesino; intentará huir de él realizando prestaciones personales gratuitas en servicios que lo dejan a la merced del más rico y que pronto lo convertirán en un hombre no libre.

Hay muchos más puntos de fricción. Por ejemplo, la diferencia de salarios según el sexo o la edad: las mujeres de Provenza hacia 1300 cobran menos de la mitad, igual que los hombres jóvenes. La falta de tierra obliga a que muchos vivan bajo un mismo techo, hace codiciar las tierras de la Iglesia insuficientemente ocupadas, incita a exigir el fin de las desigualdades. Aquí

es donde hunde sus raíces la esperanza escatológica de una Edad de Oro, sin Iglesia, sin señores feudales, sin ricos ni pobres, remota idea evangélica que, en los momentos difíciles de la vida social, reaparece inconscientemente como una promesa de exaltación del pobre al final de los tiempos. En 1249, cuando san Luis fue capturado en Egipto, se formaron bandas de pastores, de porqueros, de artesanos, los *pastoureaux*, guiados por un iluminado, el «señor de Hungría»; hacia 1270, algunos campesinos lombardos siguieron a un «apóstol», Segarelli de Parma, y hacia 1305, un franciscano radical, fra Dolcino, acabará en la hoguera. Otras alteraciones fueron más concretas: en Sicilia, cerca de Nápoles, en Provenza y a lo largo del Rin, fueron arrancados los mojones de las tierras de la Iglesia, hacia 1310-1313; en 1318, unas comunidades rurales, *università* de los Apeninos, se rebelaron contra los impuestos señoriales y se negaron a pagarlos. Casi siempre estos movimientos eran zanjados violentamente. Y es que la Iglesia establecida desconfía de los profetas y de los igualitarios. En 1323, Juan XXII, interesado en desprestigiar a los franciscanos más rigurosos, los «espirituales», niega incluso la pobreza de Jesús. Cuando, precisamente en 1322-1323, en el Flandes marítimo, los campesinos constituyen bandas que atacan los castillos, ensayo general de la *Jacquerie*, el asunto es más preocupante puesto que entre los cabecillas hay ricos labradores, como un tal Nicolás Zannequin; ahora ya no se trata de estómagos vacíos o de falsos profetas: los flamencos exigen cartas de garantía. Pero, como en Flandes no se puede hacer mucho sin contar con la gente de las ciudades, el movimiento se funde en una amplia protesta del condado: intrigas principescas, ambiciones reales, oposición antifrancesa…, y el historiador, como los contemporáneos, ya ha perdido de vista el movimiento rural; ahora ya no ve más que el final: su sometimiento en Cassel, en 1328, por parte del

ejército de Felipe VI que inaugura de este modo su reinado mediante la represión.

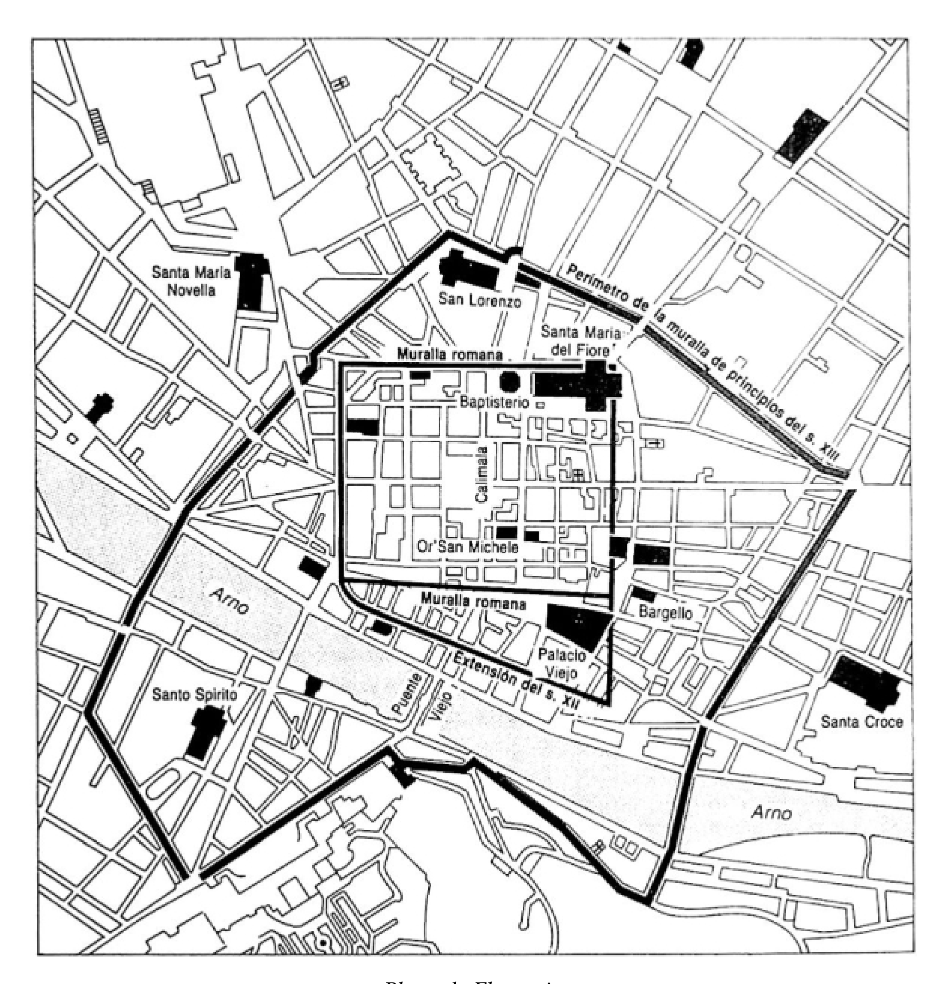
Los cronistas detectaron en seguida la intervención de las ciudades en estos movimientos, porque están habituados a ello y su psicología es más aguda cuando hay una «agitación» en un medio urbano; están ya avezados en ello desde la época de las «comunas» o incluso antes. Sin embargo, su análisis, una vez más, se queda corto: mezclan dos tipos de disturbios, de interés muy desigual, las luchas intestinas de las facciones para apoderarse del gobierno de la ciudad y las reivindicaciones sociales. Sin duda —como ocurría con la dimensión religiosa de los disturbios rurales— las facciones urbanas instigan, captan y posteriormente abandonan los movimientos profundos. La historia de los disturbios de la época, aparentemente, no es más que una lucha de clanes; algunos historiadores —los mismos de siempre — afirman que esto es lo único evidente. Sin embargo, nosotros iremos más lejos.

Es cierto que en el interior de las ciudades, en Italia sobre todo, se constituyen unas clientelas de protegidos, desde el pariente necesitado al truhán estipendiado, que estarían dispuestas a apoyar cualquier movimiento; incluso podemos demostrar que en Génova, en Metz, en Barcelona, la influencia de ciertas familias sobre algunos barrios pone bajo su control ciertos oficios y ciertas capas sociales que aparecerán en un primer plano cuando haya un ajuste de cuentas entre *case* o entre *junkers*; por lo tanto, acontecimientos como los disturbios de 1293 en Florencia, o de 1297 en Venecia, que logran poner al frente de la ciudad a los «menos ricos» en sustitución de los «más ricos», no están dentro de nuestro objetivo. En cambio, hay que destacar tres planos en los que el descontento urbano se acumula y aumenta. En primer lugar, el suelo urbano está confiscado; y no solo el de la ciudad sino también a veces el de más allá de sus muros hasta varias leguas, como ocurre en los alre-

dedores de Toulouse, de Reims, de Metz o de Lyon en Francia: las casas, los puestos de los mercados, los huertos, las galerías de las plazas, los muelles, pertenecen a unos cuantos, ya sea de la Iglesia o no. No se consigue alojamiento ni contratación sin pasar por el control de estos *magnati*, que, además, son regidores o cónsules. La evidencia es patente allí donde se han podido realizar estimaciones: hacia 1335, en Toulouse, un 7 por 100 de los habitantes detentaban un 65 por 100 del suelo; en Reims era un 18 por 100 el que poseía la misma proporción; son simples detalles. Nos encontramos, pues, con una situación paralela a la atomización parcelaria del campo. En segundo lugar, ante las dificultades de salida de productos que en una coyuntura mediocre se acrecientan, como ocurre a partir de 1310 o 1320, se tiende hacia una concentración de las empresas mediante la compra de los talleres en dificultades o mediante la «coalición» de los propietarios que se ponen de acuerdo para mantener los salarios de sus servidores a un nivel bajo. El primer caso es el de Florencia, donde los talleres de paños pasaron de 325 a 50 entre 1235 y 1300; el segundo caso es el de los maestros herreros de Espira o de Worms. Finalmente, y como consecuencia, en el mismo cuerpo obrero aparecen fallas: un patrón puede ofrecer salarios que van desde 7 a 300 florines al año, puede hacer contratos tácitamente prorrogables o contratos al día. El mundo de los desocupados, de los despedidos, de los marginados, aumenta y no están dispuestos a dejar pasar ninguna oportunidad.

Fueron las presiones fiscales, reales o no, las que generalmente desencadenaron las revueltas. El proceso es similar en todas partes: la prédica de un «hermanito franciscano» formulada a tiempo, la provocación más o menos fuerte de un patrón, palabras insultantes de un oficial público; se cierran los postigos, se coge un palo y se corre hacia la plaza; por poca hambre que haya aparece la violencia: en 1267, el alcalde de Pontoise es

masacrado, en 1279 lo fue el de Provins; de 1280 a 1292 el Languedoc, Normandía, la Toscana, sufren continuos incendios. En Cataluña, un cabecilla, Berenguer Oller, consigue mantenerse en Barcelona durante un año, en 1285, frente a las tropas del rey, antes de perecer junto a algunos centenares de personas. París en 1306, Toulouse en 1335, Lyon en 1347. Sin hablar de los Países Bajos, como siempre a medio camino entre la reivindicación política y las exigencias sociales, ya que cuando en 1302 en Brujas, Pierre Deconinc grita: «Todos, unos y otros, debemos poseer lo mismo», se trataba también de masacrar a los detestados franceses, y en Lieja, en 1253-1256, el *conductor populi* Enrique de Dinant, que hace desfilar al grito de «trabajo y libertad», era tan hostil a su obispo como a los ricos.



Plano de Florencia

Bien mirado, pocas tormentas tan amplias como la de la «guerra de los Cien Años» han sido precedidas de tantos signos precursores. Pero también es verdad que después de más de 200 años de expansión casi continua, el observador del momento no podía comprender muy bien lo que pasaba. Incluso para nosotros no es fácil discernirlo.

¿Una o más «crisis»?

Para terminar con la facilidad de las explicaciones unívocas, Edouard Perroy intentó, hace un tercio de siglo, seriar los fenómenos perturbadores de aquella época. Merece la pena detenernos en analizar las diversas explicaciones que vislumbramos a través de los indicios precursores, aunque ninguna sea totalmente satisfactoria, relacionándolas entre ellas.

Eliminemos primero dos hipótesis que antaño eran artículos de fe y que hoy no resisten un análisis serio. La primera es de tipo psicosociológico: «la traición de los clérigos», en decir, un fenómeno de debilitación, de rechazo por parte de una cristiandad que había alcanzado su apogeo y que desde entonces se abandonó en su «decadencia»; los guías del espíritu son, pues, responsables de esta relajación de las energías, de este «apoltronamiento» que va acompañado de violencia, pereza, desorden. Es una fácil excusa para huir de la responsabilidad económica; frecuentemente nos han servido este caldo frío para explicar la caída de Atenas o de Roma, o incluso para justificar las desgracias más recientes de Francia: es muy cómodo señalar con el dedo a los intelectuales, esta gente que no tiene la «energía» de los militares, ni la «lucidez» de los hombres de negocios. En el caso que nos ocupa, esto es un escarnio como veremos ampliamente más adelante. Pero digamos ya que, aunque la cabeza de la Iglesia vacile, pocas épocas han tenido tal riqueza de nuevos proyectos, de reflexiones audaces, de obras admirables como el siglo XIV. Pasemos pues a otra cosa, abandonemos este camino —¿lo seguían verdaderamente?— del miedo, de la toma de conciencia, de la asimilación, de una identidad «nacional» que más tarde representarán Jan Hus o Juana de Arco, cómodos símbolos que defienden hombres de ideas opuestas.

Subsiste también, en los manuales y fuera de ellos, la explicación política y guerrera. Dos realezas estrechamente emparentadas, que hablan la misma lengua, que tienen las mismas insti-

tuciones o casi, no pueden coexistir: la larga rivalidad desde la formación del «imperio» de los Plantagenet y la paz entre Enrique III y san Luis, que son cuñados, no ha solucionado nada desde 1153 a 1259; se reanuda la guerra en Aquitania y en Flandes en la época de Felipe el Hermoso; la mala sucesión de 1328 agrava la situación y —¡con tiempo para reflexionar!— Eduardo III, en 1338, reclama la corona de Francia. Sin duda, había aquí una trama esencial de la vida cotidiana, al menos en Francia, pero nada justifica los saltos de tregua en tregua. Y, por otra parte, ¿por qué se terminó al cabo de cien años, cuando en realidad hasta nuestro siglo los reyes de Inglaterra no han renunciado a invocar el título de rey de Francia en el momento de su coronación? Aún más ¿por qué la sucesión de Francia implicó a Castilla, a Florencia o al Imperio? Y, sin dejarnos llevar por lo absurdo, ¿acaso para muchos, desgraciadamente, la guerra no era una cosa buena y fructífera, una «escuela del espíritu», según dicen, y no un signo negativo? Vamos a las cosas serias.

Fuera del alcance de los hombres

Es tan poco satisfactorio valorar una causa humana que el historiador actual se siente tentado a buscar una explicación más allá de nuestra especie, de nuestras voluntades o de nuestros errores. Esta tendencia es antigua, ya que los hombres medievales pensaban lo mismo viendo en las desgracias de su siglo los signos de la ira divina y el anuncio del fin de los tiempos. Hoy el historiador substituye el dedo de Dios por los granos de polen y, fijándose en las turberas o en los glaciares, va en busca de los signos de una ruptura climática importante: si el desarrollo de Europa entre el año 1000 y 1250 fue debido a un óptimo hidrológico y térmico en el que las plantas comestibles pudieron desarrollarse, el final de este período podría explicar perfectamente cien fenómenos que no sabíamos cómo justificar. De todas formas, esta ruptura es innegable: la transgresión

dunkerquiana que ataca las costas flamencas, el movimiento, de los hielos, el descenso de las altitudes máximas en las que crecía la haya, el avance del polen de abedul y el retroceso del trigo, todo esto se puede calcular y no es necesario ir a buscar pruebas fuera de la Europa Occidental. Por otra parte, los mismos textos confirman estos hechos: las colonias danesas de Groenlandia fueron evacuadas entre 1345 y 1380 ante el descenso de los esquimales y de los osos blancos: un banco de hielo cortaba regularmente la ruta hacia Islandia; Froissart describía lluvias estivales constantes en las que se enfangaban los ejércitos; un escribano del parlamento se excusaba de su torpeza debido al frío que paralizaba su mano; y todos sabemos que, si creemos al «burgués de París», el invierno de 1410 fue tan riguroso que en la plaza de Grève el vino que se vendía era cortado con un hacha y la gente se llevaba su parte dentro del sombrero. Las cuentas de la explotación señorial nos aportan también indicaciones comparables en Winchester, en Ratisbona, y en ellas aparecen cuidadosamente anotadas las fechas de inicio de las vendimias. Por otra parte, lo que parece más evidente es la irregularidad del clima: veranos húmedos y bochornosos, inviernos muy fríos; por el momento limitémonos a recordar que la experimentación en laboratorio ha demostrado que la proliferación del virus de la peste era activada por oscilaciones de la temperatura media de 0,8° C…

Es evidente que este trastorno de las condiciones bióticas —cuya causa, por otra parte, se nos escapa totalmente— tuvo rápidos efectos sobre los hombres. En primer lugar, porque parece posible atribuirle dificultades en la producción cerealística, fuente inevitable, en la economía compartimentada de la Europa medieval, de graves carestías y altibajos de los precios. Tenemos constancia de ello en Île-de-France desde 1305, en Alemania en 1309 y 1311; el espectro del hambre, más o menos conjurado desde hacía más de un siglo, aparece de nuevo en el ho-

rizonte humano. Hoy en día se considera que la grave crisis de subsistencias de 1315-1317, que parece haber afectado por lo menos a toda la Europa del noroeste, tiene un valor de potente señal de alarma. Una serie de malos veranos, que impidieron a los ejércitos del rey de Francia salir en campaña y que ocasionaron unas cosechas tan escasas que fue necesario recurrir a la parte de la semilla que era destinada para la siembra del año siguiente, con las consecuencias negativas que esto implica, fue sin duda el origen del desastre: las cuentas de Winchester muestran un descenso de la producción en dos tercios; en Ramsey murió casi todo el ganado. Y, sabiendo que con ayuda de la especulación el precio del grano en París pasa de uno a cuatro en 1315 y de uno a ocho en 1316, podemos pensar que en la ciudad la penuria adquiriría aspectos catastróficos, porque allí estos precios son más frágiles en relación a otros productos menos vitales, como el vino o la carne. Si nos atenemos a los registros de la ciudad de Ypres, 2800 personas, es decir de un 10 a un 15 por 100 de la población, murieron de inanición en aquellos dos años, y en Brujas, cerca de un 6 por 100. Las autoridades locales, mal preparadas ante estas situaciones, no intervinieron y se limitaron a realizar pesquisas para descubrir los stocks de los especuladores; en Escandinavia, se bloquearon las exportaciones de mantequilla y de pescado como reserva de las importaciones de grano.

Naturalmente, estas alteraciones bruscas del abastecimiento, y todas las que siguieron, en 1332-1333 en España, en 1340 en Provenza, en 1348 en la región de Lyon, etcétera, afectaron mucho a los contemporáneos debido a su novedad y a su concomitancia con las guerras y pronto también con las epidemias. Pero tampoco hay que exagerar. Cuanto más avanzamos en el siglo XIV y hasta mediados del XV, menos impresionados aparecen los cronistas; el hombre se acostumbra a todo y probablemente la periodicidad de las carestías provocó poco a poco una

adaptación; en el campo se recurrió al bosque y en la ciudad se construyeron graneros públicos.

Relacionado con esto, aparece otro problema fundamental, en el que interviene la responsabilidad personal del hombre: se trata del debilitamiento demográfico espontáneo que puede frenar el impulso productivo. Primero hay que tener en cuenta que entre 1310 y 1320, o incluso antes, entre 1280 y 1290, la Europa cristiana parece estar en el apogeo de su crecimiento demográfico, incluso casi en un estado de superpoblación en relación con sus posibilidades alimentarias. Esta sobrecarga puede explicar los fenómenos, regionalmente desiguales, de multiplicación de las parcelas o de acaparamiento del suelo urbano. En esta época tenemos ya buenas informaciones sobre la población de Europa. Al margen de la polémica erudita suscitada por expresiones que son discutibles, como las de «fuego» o de «familia», los datos lombardos, provenzales, del Languedoc, toscanos, napolitanos o ingleses, son bastantes precisos: de 13 a 15 «fuegos» por kilómetro cuadrado en la Italia media, esto es, cerca de 70 habitantes, probablemente el doble en Picardía, en la zona de Béziers, o a lo largo de Po, y la mitad en el sur de Italia. El célebre *État des Feux* elaborado por orden del rey de Francia en 1328, que abarca unas 24 000 parroquias en una superficie de más de 300 000 km^2, nos proporciona unas medias de 8 a 15 «fuegos», y hasta 30 en Île-de-France, medias mucho más altas que las que posee nuestro campo hoy en día o incluso en 1900. Por lo tanto, se puede afirmar que el reino capeto tendría unos veinte millones de almas, bastantes más que la Francia de Luis XIV, Italia y Alemania tendrían unos diez e Inglaterra cuatro millones.

Ahora bien, esta población presenta ya antes de 1320 signos evidentes de inflexión. Las muertes que provocan por añadidura las carestías o las epidemias ocasionales, como el tifus en Turingia y en Hesse hacia 1322-1323, no son más que coyuntura-

les. Las estimaciones calculadas a partir de los índices de reproducción de las generaciones, en Picardía, en la zona de Winchester, entre 1290 y 1340, reflejan una disminución notable del número de hijos por pareja fecunda; por otra parte, el índice de mortalidad aumenta: se considera que ha aumentado hasta cerca de un 50 por 100 de los niños nacidos y fallecidos antes de los cinco años. El único registro de bautizos y de fallecimientos que se ha conservado en Francia de aquella época, el del pequeño pueblo de Givry, en Borgoña, confirma que desde unos diez a quince años antes de que arrasara la peste, la cifra de muertes había aumentado regularmente de año en año. No es fácil interpretar estos hechos; la mayor mortalidad no puede ser voluntaria: habría que relacionarla con un debilitamiento biológico. Si se considera que las carestías, las masacres o las epidemias aceleraron una evolución ya iniciada, estamos obligados a hacer valer la hipótesis de una menor resistencia humana a las variaciones climáticas o a los ataques microbianos clásicos. También se ha considerado la idea de una alteración dietética, un abuso de lípidos y de glúcidos, comprobado en el régimen alimenticio medieval, que habría podido a largo plazo hacer crónicas diversas afecciones de naturaleza diabética. Pero nada nos impide afirmar que esta inflexión, sobre todo por lo que respeta a los nacimientos, no se deba a una reacción propiamente humana: ya sea una autorregulación de tipo malthusiano ante un exceso de bocas a alimentar en relación con las posibilidades alimentarias, o bien un retroceso progresivo, seguramente voluntario, del «modelo matrimonial» muy natalista de la época precedente: retrasar la edad de matrimonio para las mujeres podría ser un freno al exceso de procreación. Desgraciadamente no poseemos la suficiente información para afirmarlo. En cualquier caso, voluntario o no, con intervención sobrehumana o no, el freno de la expansión pasa seguramente por el cuerpo de los hombres.

¿Acusar a la coyuntura?

Muchos historiadores, fanáticos de explicaciones economicistas, tras conocer las hipótesis precedentes prefieren decantarse por el contexto de la producción. Ya que la producción experimenta, como ahora veremos, indiscutibles altibajos, parece normal buscar en ella la explicación esperada. Durante mucho tiempo se ha atribuido una gran responsabilidad al «bloqueo técnico»: tras haber recuperado y difundido muchos inventos antiguos u orientales, ya sea en la producción como en la transformación o en el transporte, la cristiandad habría alcanzado un umbral imposible de superar, lo cual no se conseguirá, en lo que se refiere a la técnica y su aplicación, hasta la época de la máquina de vapor, cuatro siglos más tarde. Y así, la imposibilidad de hacer frente a una demanda, que hacia 1300 llega a ser excesiva y cada vez más diversificada, provocaría un fenómeno de «recalentamiento» en la economía: los mecanismos de la producción y de la difusión se habrían agarrotado, provocando un retroceso de los cultivos alimentarios y, a pesar de ello, una venta de estos productos en el momento del descenso demográfico en inferiores condiciones de precio y de calidad.

Esta explicación «mecanicista», característica de una «fase B», según la jerga de los economistas, está fundada en ciertos aspectos comprobados que voy a reconsiderar, pero no justifica suficientemente la complejidad de los fenómenos. Por otra parte, y a un nivel general, manifiesta ciertas contradicciones. Si la reactivación de la invención técnica data de Newton o de Papin, ¿cómo se explican las fases de indiscutible «reconstrucción» que se multiplican y permanecen entre 1450 y 1550? Si la máquina productiva no puede satisfacer el incremento de la demanda por no saber inventar, la brusca sangría de población a partir de 1350 debería haberlo solventado completamente; y sin embargo no fue así. En cuanto al retroceso de la producción

alimentaria, matemáticamente indiscutible, esto debería haber implicado un salto del precio de los cereales más escasos en el mercado. Pero ocurrió precisamente lo contrario, y lo que se constata es un marasmo persistente. Y más aún: no hay ninguna prueba de que se produjera una inflexión en las aptitudes técnicas en los hombres de la época, sino al contrario. Por lo que atañe, por ejemplo, al rendimiento de los granos, se conservan en Inglaterra, en Francia, tanto en el sur como en el norte, en los Países Bajos, bastantes fragmentos de cuentas señoriales de los que se deducen índices elevados, con frecuencia más altos que poco tiempo atrás: en el siglo XIV es corriente producir un cuatro, un cinco o un seis por uno, cosa poco frecuente antes de 1300, incluso en la Alta Lorena, en el Perigord o en las tierras mediocres de Provenza o del Languedoc; en las tierras de Saint Denis, en la Île-de-France, de Flandes, de Forez, o de Merton College, Winchester y Ramsey en Inglaterra, la media es de un ocho o diez por uno; y en Artois, en un buen año, se podía llegar al trece o al quince por uno, unos catorce quintales por hectárea, cifra nada frecuente en la Francia de 1900. Además, ya he hablado anteriormente de los cultivos secundarios y de la horticultura; más adelante hablaré del gran desarrollo de las plantas industriales. También se sabe que el suelo se vio revalorizado por siembras más seguidas, un desarrollo de la rotación trienal y un esparcimiento más general del abono. Salla a la vista, pues, que el hombre no ha faltado a su herencia: si el trigo se vende mal es sobre todo por culpa de la demanda; si el precio de la tierra se estanca y baja, es por el mismo motivo. Las dificultades no proceden de una falta de producción sino de una distorsión entre el volumen vendible, aproximadamente del mismo valor comercial que poco tiempo atrás, y el incremento de las cargas salariales y fiscales que la inflexión de la mano de obra comporta.

Dicho esto, aunque esté más en relación con un estudio de las estructuras de producción de las que hablaré más adelante, no podemos marginar dos elementos de bloqueo que tienen un efecto claro sobre la coyuntura. El primero de ellos se refiere al artesanado, de cuyos aspectos sociales ya he hablado. La transformación de los productos brutos, tanto en el campo como en la ciudad, tiene la particularidad, que ya he mencionado, de conservar fuertemente la noción de producción familiar, de no división del trabajo y de exclusivismo, por no decir de monopolio en un sector de la actividad. Únicamente el trabajo de la lana no se ve afectado por esto, aunque solo en parte, puesto que los acuerdos entre señores y la reglamentación urbana proscribiendo la competencia se aplican con toda rigurosidad.

Naturalmente, podemos adornar esta actitud de nobles móviles: desprecio por un beneficio abusivo, preocupación por la calidad, protección al comprador, temor a una sobreproducción que arruinaría el mercado, etc… Estos motivos sin duda existen. Pero indiscutiblemente frenan el espíritu de empresa o limitan el volumen trabajado: se ha calculado que 600 obreros del textil, por tanto de un sector «productivo», solo podían introducir en el mercado, en Prato o en Toscana, 20 000 retales al año de unos cuatro metros por uno, es decir, unos 30 por obrero, apenas unos 100 m^2 al año; esta lentitud podía ser una garantía, y lo era en efecto, de un estricto control en favor de una «buena mercancía». En una fase de crecimiento y de venta regular en el mercado, el mal no era muy grande. Pero si la llegada de materia prima tenía problemas, si los flujos de la oferta y de la demanda variaban sin tener organizados los stocks, si la disminución de trabajadores obligaba a subir los salarios, se desencadenaba una desorganización del sistema. Y esto es precisamente lo que ocurre a partir de 1270 o 1290: ya se trate de la extracción de hierro o de la venta de lana, las rivalidades principescas, en Alemania, entre Francia e Inglaterra o en la Pe-

nínsula Ibérica, detienen las corrientes comerciales. Cuando la «cruzada de Aragón», queda suspendida la producción de hierro catalán; los desórdenes toscanos bloquean Porto Pisano, donde desembarcaba el hierro de la Isla de Elba; el «gran interregno» del Imperio de 1254 a 1273 paraliza los convoyes procedentes del Harz. Además, la fiscalidad galopante de los reyes complica aún más las cosas; al decidir, por ejemplo, recaudar fuertes impuestos sobre la exportación de lanas, o al fijar unas «etapas», puntos obligados de descarga en Flandes, los Plantagenet frenaron el transporte de la lana y posibilitaron el lanzamiento de una industria de paños inglesa autónoma; además, en Flandes se vivió en guerra desde 1292 a 1359, lo cual no mejoraba en absoluto la situación. No hay que olvidar tampoco que el transporte marítimo, aunque no estaba directamente afectado por estos riesgos coyunturales, seguía siendo de una desoladora fragilidad; tanto su volumen como su organización nos parecen hoy ridículos, el flete de vuelta no estaba asegurado, ciertos empresarios mantenían un monopolio descarado (con el apoyo de una piratería oficializada) sobre ciertos productos, como los Zacearía de Génova que controlaban el alumbre que procedía de Focea, en Asia Menor; pero además, por lo menos en el Mediterráneo, el deterioro de las posibilidades de navegación salta a la vista: el duelo entre Venecia y Génova en el Egeo, en el mar Negro y hasta en el mar Tirreno, de 1204 a 1284, el de los catalano-aragoneses y los angevinos para controlar grandes islas del oeste, hasta llegar a la forzada repartición de 1282-1285, la pérdida en 1291 de las últimas «escalas» del Levante, el aislamiento de Constantinopla asfixiada por los turcos, la agresividad de los mamelucos en Alejandría…, todo esto hizo disminuir el tráfico. Las consecuencias no se hicieron esperar. Durante mucho tiempo nos hemos preguntado por qué desaparecieron progresivamente las ferias de Champaña, invocando la guerra o la rivalidad de París; si se las abandona a

partir de 1285 o 1290, ¿no será acaso porque se inicia una alteración de los itinerarios de intercambio, dirigiéndose hacia el Atlántico —¡ya!— o hacia el Imperio las vías tradicionales de los comerciantes? A todo esto, que incide sobre la producción, se añade una evolución frecuentemente constatada hacia lo bello, lo rico, la apariencia, la mentalidad característica de las fases de substitución de una capa social dominante por otra: una nueva clientela, exigente, gastadora, vanidosa, presiona sobre los vestidos, los muebles, las joyas e incluso sobre las armaduras que alcanzan precios exorbitantes. El aumento de los salarios para gratificar a los obreros de gran cualificación y la concentración de los talleres en manos de los más audaces son consecuencias evidentes de ello. Algunos príncipes, conscientes de la situación, intentaron, como lo hizo Felipe el Hermoso en Francia, bien aumentar el tiempo de trabajo o bien bloquear los precios según la ciudad, con el fin de diversificar la producción y mantener el mercado; esfuerzos teóricos ya que, en general, la oposición de los propietarios, obsesionados por el espíritu de beneficio, y de los regidores que temían el exceso, anularon estos intentos.

La traición del metal precioso

En otro terreno la coyuntura fue progresivamente desfavorable de un modo indiscutible: en el de la acuñación de metales preciosos. Recordemos que tras la reactivación de la llegada de oro a Occidente, por medio del Magrib y de Sicilia, o desde el Oriente griego y egipcio, la puesta en circulación de monedas de oro de buena ley, el florín de Florencia, el escudo de Francia, el ducado de Venecia, el penique inglés, se vio acompañada de la emisión bastante generalizada en toda Europa de monedas de plata cuyo valor era doce veces superior al del antiguo denario: *gros, groschen, groat,* etc. Este sistema bimetalista era el único que podía hacer frente a la expansión de los negocios y a las necesidades de las administraciones en auge. Descansaba sobre

dos nociones consideradas como dos postulados: no hay freno en la disposición creciente del metal precioso y la relación entre oro y plata, fijada entre 1270 y 1280 en un índice de un 1 por 9,65 en función de lo que se obtenía, desde Inglaterra a Sicilia, es inmutable.

¡Cuántas ideas teóricas! En una economía, y en este caso más que en otros, desprovista de medios que regulen los precios, siendo el príncipe el único que puede hacer moneda, lo importante es evidentemente el mecanismo del mercado. La llegada de oro era lo más vulnerable: desde 1275-1280, los imperios negros del Níger y del Senegal sufrieron profundos trastornos políticos de los que los occidentales no tuvieron conocimiento; la progresiva islamización del África negra desde Dakar al Chad fue acompañada de un relajamiento en las relaciones con el Magrib, el cual por otra parte estaba afectado por la difícil liquidación del dominio almohade. Desde entonces, los reyes de Malí, los amos de la región de Bambuk o incluso de Gao dirigieron sus miradas, y pronto sus caravanas, hacia el Nilo: en relación con esto, la desaparición de los fatimíes chiíes, obstáculo difícil de evitar si se quería ir de Tombuctú a la Meca, tuvo una gran importancia hacia 1160. Posteriormente, los mamelucos ortodoxos, relativamente interesados en los beneficios comerciales obtenidos de las relaciones directas con el Sahel africano, atrajeron a comerciantes y peregrinos. A partir de 1275 la llegada de oro a Marruecos y a Argel disminuye, pero hay muchos negros en El Cairo: un suntuoso peregrinaje del emperador de Malfí la Kaaba en 1325 confirmará este fundamental cambio. Evidentemente, durante un tiempo, por ejemplo en la Península Ibérica mientras se termina, o casi, la reconquista del territorio, es decir hacia 1270, los productos de las correrías en las ciudades andalusíes conquistadas, o algunas audaces empresas de los catalanes en Ceuta o Bona, compensarán en el Oeste la inflexión de la llegada del oro. Y en Oriente, las posiciones eu-

ropeas siguieron siendo de calidad, sin hablar del comercio, hasta 1280. Desgraciadamente, al crecer la demanda la impresión de escasez se hace más sensible: los períodos de *strettezza*, de estrechamiento del mercado del oro en Italia, se multiplican y el precio del lingote sube: fijado en el momento de la emisión del florín en 1253 a 45 *gros* la onza, en 1271 el oro está en Nápoles a 50 *gros*, entre esta fecha y 1290, la relación entre la plata y el metal amarillo pasa de 1/9,65 a 10,5 o incluso 11,4 en la curia romana.

La distorsión hubiera sido sin duda mayor si, al mismo tiempo, el metal blanco no hubiera conocido también, aunque menos fuerte, una alza notable: pagado en 1266 a 54 sueldos torneses, el marco está a 55 en 1285, a 58 en 1289. En este caso las causas fueron el agotamiento de las minas, sobre todo las de Melle, en Poitou, la especulación —de la que se tiene mucha información— y las dificultades de llegada del metal alemán. Hacia 1290 en Francia e Inglaterra, fue necesario hacer un reajuste en la relación de los metales a un 1 por 10,15, lo que era bastante inferior a la cotización comercial. No se comprende muy bien, con los conocimientos de la época, qué podían esperar los fabricantes de moneda. Los que intentarán, un poco más tarde, desmontar los elementos de la crisis monetaria, como Nicolás Oresme en los medios allegados a Carlos V, seguirán pendientes de los derechos del príncipe y las consecuencias sociales: pasará un tiempo antes de que puedan comprender sus mecanismos económicos.

Sin embargo, para nosotros, hombres del siglo XX, estos mecanismos parecen evidentes porque estamos acostumbrados a estos altibajos que nuestros antepasados atribuían a la codicia de los reyes. Si no existe una reserva importante de metal disponible, la moneda depende de su afluencia al mercado y de la suerte que allí se le reserve. Esta afluencia disminuye, pero no en las proporciones que justificarían la frecuencia o la amplitud

de las desvalorizaciones; la sed de oro o de plata empieza a hacer estragos, es cierto, pero no arrastra aún a los europeos al mar o la conquista de las minas de África o de Asia. Lo que provoca pánico es la anarquía de la demanda: anarquía en el tiempo, en las épocas de recaudación de impuestos y de pago de salarios, en el período entre cosechas, en las campañas militares; anarquía en el espacio, debido a la cotización paralela de las diversas monedas cuya competencia —en el sentido original de la palabra— favorece lógicamente a la menos buena, apartándose la mejor para ser atesorada, fenómeno que más adelante será observado por Gresham, consejero de Isabel de Inglaterra, y que en ocasiones ha sido formulado de una manera simplista al decir que «la mala moneda ahuyenta la buena». Los príncipes intentaron primero, como muchos de nuestros ministros actuales, hacer una reglamentación: declaración de los bienes en metal precioso, cierre de las fronteras, listas de precios máximos, condena de la especulación; si estas medidas han tenido un efecto mediocre en el siglo XX, juzguemos, pues, *a posteriori* la vanidad de su aplicación en el siglo XIV. Es preciso en este caso mantener y ajustar la moneda al valor en el que la toman y la dan sus usuarios; no hay nada mejor para librar a los príncipes de la acusación de malversación monetaria que esta simple constatación: si una moneda mediocre substituye a una mejor, el objeto puesto a la venta será valorado más alto a fin de que su vendedor pueda recibir la misma cantidad de buen metal; con este sistema ganan aquellos cuyos ingresos siguen el curso de las ventas, comerciantes, maestros de gremios, y los campesinos más ricos; pierden sin duda alguna aquellos cuyos ingresos, fijados por el uso o por contrato, no pueden aumentar: obreros de las ciudades y del campo, rentistas, es decir, nobles, y sobre todo el principal de ellos, el rey.

Las «mutaciones» fueron, pues, impuestas a los fabricantes de monedas debido a la cotización de los metales; y estas coti-

zaciones se vieron muy influidas por las categorías sociales que podían aprovecharse del cambio. Pero estas variaciones, a las que el príncipe intenta poner fin cada vez que surge algún factor favorable, acaban por desorganizar el funcionamiento de la máquina administrativa y por perturbar precios y salarios más allá de lo que normalmente debieran de haber provocado. Sería inútil y pesado seguir paso a paso el desencadenamiento de este enloquecido mecanismo, pero al haberse iniciado bastante antes de la «crisis», que los manuales sitúan en 1350, es preciso recordar lo más esencial. El fabricante de moneda, viéndose obligado a pagar el marco de plata o de oro más caro que el año anterior, tiene tres salidas si quiere poder cubrir su desembolso y sus gastos: disminuir el peso de las monedas, alterar su ley o encarecer el valor de su cotización; ¡tengamos en cuenta que además es posible combinar las tres! Fijándonos solo en la plata, que está más al alcance de todos y que, por otra parte, se presta más fácilmente a recortes y a aleaciones, observaremos que el marco, vendido a 58 sueldos torneses en 1289, está a 61 en 1295, a 68 en 1296, a 75 en 1298, a 85 en 1299, a 104 en 1303, a 120 en 1304, a 145 en 1305. En 1306 y 1313 retrocede a 65 sueldos torneses, vuelve a saltar hacia adelante posteriormente y hacia 1330 se estabiliza. Al mismo tiempo, la cotización del oro sufre grandes y bruscos altibajos de manera que la relación de los dos metales se nos presenta bajo el aspecto de una curva en dientes de sierra que va del 1/11 al 1/ 18,65; en 1330 está en 1/13,90.

Los fabricantes de moneda reaccionan e incluso intentan anticiparse a fenómenos que se les escapan de las manos: la alteración del oro puede llegar a ser de un 25 por 100 (monedas de 18 quilates en vez de 24), pero los cambios realizados consisten sobre todo en poner en circulación nuevas monedas, *chaise, agnel*, el franco de oro entre los Capetos, el noble en Inglaterra, varios tipos de florines en la curia aviñonesa, en Brabante, en

Holanda, en Lubeck. Por lo que se refiere al metal blanco, sin tener en cuenta la libertad de cotización de la pequeña moneda fraccionaria que por su aspecto demasiado mediocre fue calificada de «moneda negra», el reajuste se hizo sobre la cotización «proclamada» con ocasión de las nuevas emisiones (el *gros* de un valor teórico de 12 *deniers* pudo de este modo subir a 39), sobre el peso (una misma moneda pasó de 4,22 gr a 3,50) y sobre todo en la disminución de su ley en un 30 por 100; en el caso francés, a las principales desvalorizaciones de 1295, 1303, 1311, 1318, 1322, se intercalan intentos de volver a la «buena moneda de monseñor san Luis» en 1306, 1313, 1329-1330. En esta última fecha se alcanza un umbral que los príncipes y las ciudades creen que es sólido; pero, al no haber desaparecido ninguna de las condiciones de la contracción monetaria, es evidente que hay que atribuir esta tregua a una breve pausa de la demanda monetaria. Como ocurría con la explicación demográfica anteriormente expuesta, el examen de la coyuntura económica hacia 1300 desemboca en una constante incertidumbre, causa o consecuencia del desorden, y obliga al historiador de hoy a fijarse más bien en las propias estructuras de la producción.

«Crisis del feudalismo»

Esta fórmula, cuyos términos ya he dicho que no aprobaba en absoluto, prefiriendo la de «debilidad del señorío», tiene, por lo menos, el mérito de aclarar el funcionamiento mismo del sistema de producción de bienes en el período que precede inmediatamente a la crisis.

Ya hemos esbozado someramente el esquema. La célula de producción de base, el grupo familiar sin diversificación de trabajo o especialización, se inserta junto a otras en un amplio conjunto del que vive su propietario, un señor. Los elementos que le ayudan a mantener a todos aquellos que le rodean, le sirven, viven con él y contribuyen en principio a su gloria, proce-

den en parte de lo que él mismo puede conseguir a partir de sus bienes propios, de sus parientes, de sus «domésticos», pero sobre todo procede de lo que extrae del esfuerzo del productor, en días de trabajo, en dinero o en especie; esta «renta señorial» se justifica, en principio, por las costosas y necesarias funciones que ejerce el señor: la defensa y la justicia. Este sistema proporciona evidentes ventajas a ambas partes y se ha mantenido mal que bien durante dos siglos, con algunos reajustes, garantías escritas y enfrentamientos coyunturales: la oposición de las dos clases sociales en presencia, desde 1050 a 1250, adquiere muy excepcionalmente un aspecto violento; por eso es difícil descubrirla detrás de una prestación personal saboteada o un retraso en el pago.

No obstante, este «sistema» descansa sobre una especie de apuesta: por una parte, el señor está obligado a realizar a cambio de lo que pide las tareas que los hombres han abandonado tácitamente en sus manos; por otra, el trabajador puede satisfacer al señor y preservar su *necessitas* sin alienar ni su persona ni sus útiles. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que incluso en «estado puro» una organización como esta presenta debilidades estructurales evidentes. Sin hablar de las desigualdades regionales basadas en la mejor o peor aptitud de la tierra para proporcionar los granos o el lino que se le pide, hay que destacar las desigualdades entre los mismos señores; la Iglesia no puede asegurar una protección militar, y no por ello aligera más su sangría: en los textos que nos ha dejado, muestra su ingenuidad, falsa o verdadera, al atribuir a la maldad de los otros las desagradables sorpresas que, en la ciudad o fuera de ella, le han causado las reivindicaciones de sus hombres. También hay que señalar que en una época en que los trabajadores se están equipando progresivamente y aspiran a obtener un beneficio del excedente producido, este sistema provocaba malestar entre los trabajadores más acomodados, sobre todo cuando se

mantenía el principio de hacer jornadas de servicio en casa del señor en detrimento del trabajo personal. Y los menos ricos sufren evidentemente el peso de las mayores exigencias del señor debido a la elevación del nivel de vida. Finalmente, la introducción del dinero en esta maquinaria vicia el principio y perturba los engranajes, porque implica una relación con el mercado, cuyos tipos de transacciones y de relaciones sociales, muy alejadas del «contrato» casi carnal, se interponen entre los hombres y su señor.

Estas debilidades del sistema productivo no fueron evidentes ni graves durante el período anterior a 1250 porque iban creciendo de un modo regular la producción, la disponibilidad de suelos y la mano de obra numéricamente apropiada al volumen consumible. La situación cambia en el último tercio del siglo XIII. Los defectos inherentes a este tipo de producción aparecen como una consecuencia flagrante del crecimiento que se había producido: la pequeña explotación campesina alcanza en su equipamiento y en sus aptitudes para producir un nivel superior al del dominio del señor y se ve capacitada para vender en el mercado una parte importante de lo que produce. En estas condiciones, el señor pierde casi el monopolio de venta y de control que ejercía en este terreno: ante él se está formando una clase de *kulaks* que, como ya hemos dicho, lucharán para que sean reconocidos los derechos de uso y la fijación y la limitación de las tallas y de los diversos impuestos. Ante este ataque el señor no está preparado para resistir: administra su propia explotación como sus vecinos campesinos, limitándose a cubrir la insuficiencia de brazos recurriendo al trabajo asalariado —que vacía sus arcas— y a las prestaciones personales que los campesinos rechazan cada vez más. El problema fundamental será entonces poder mantener la «renta señorial».

Muchos señores intentaron primero aferrarse a los usos antiguos: hacia 1340, en Inglaterra, el obispo de Ely exige aún

prestaciones personales sobre un 43 por 100 de sus dominios, lo que le proporciona 3700 trabajadores disponibles que en realidad no son sus empleados; en la misma época, el abad de Ramsey es aún más tradicional: 44 dominios estaban sometidos a prestaciones personales completas, 15 a prestaciones fijadas y limitadas y 22 debían algún servicio. De todas formas son casos bastante arcaicos. En el continente, el rescate de corveas es casi general, pero pronto la disminución de la mano de obra hará difícil el reclutamiento de obreros asalariados: habrá que parcelar la reserva y de esta manera el contrato de arrendamiento del que ya he hablado será una consecuencia de estas dificultades. Sin embargo, si el señor quiere conservar su tren de vida frente a la mejor situación de los labradores deberá presionar aún más sobre sus hombres: ya no es posible aumentar el censo o los alquileres en especie, los *champarts,* los *agrietes,* etc. El tradicional montante de estos pagos ya no representa nada en el presupuesto del hidalgo campesino: observemos que el señor, al dejar introducir en el espíritu del tenente la idea de un derecho eminente sobre su parcela, ha contribuido a socavar las otras pretensiones a presionarle; de cualquier modo, la falta de pago o los atrasos se amontonan y afectan en Normandía, hacia 1330, a la mitad de las parcelas, lo que demuestra el desdén del señor hacia este tipo de ingresos y la mala voluntad del explotador. Se aumentará pues la presión sobre los derechos de mutación y los laudemios; se mantendrán los diezmos (o los «treceavos»); y sobre todo se pedirán fogajes, substitutos de una talla frecuentemente intocable porque está fijada y limitada y se perseguirá al delincuente para arruinarlo por medio de la justicia. Finalmente se incrementará el aspecto alienante de ciertas exigencias personales sobre el matrimonio o la herencia, como ocurre en los Pirineos, para poder a continuación exigir un alto precio por su liberación.

Ante esta actitud agresiva del señor cuya renta se ve amenazada, más aún cuando la «crisis» se desarrolla, el campesinado reacciona de dos maneras: si recae una mayor presión sobre los pobres que ya no pueden ni satisfacer su *necessitas*, se deriva de ello una alienación del hombre; se desarrolla una «nueva servidumbre» de origen exclusivamente económico: afecta a aquellos que no pueden pagar la moneda exigida por la conmutación de las corveas o por la fijación de la talla, pagar la molienda o hacer frente a la presión fiscal; apartados progresivamente de la comunidad, obligados —casi los únicos desde entonces— a prestar los servicios personales pendientes, dejan de ser hombres libres y por eso ven caer sobre ellos nuevas obligaciones: punción sobre su herencia, limitación de su libertad de movimiento, incautación de sus utensilios; los salarios complementarios que esperan obtener del señor o del labrador vecino les encadenan todavía más. O bien, si esta presión se dirige hacia los labradores ricos, estos reaccionan violentamente: la imposibilidad del señor de extender sus bienes, en ocasiones sus prolongadas ausencias, su desaparición virtual cuando arrienda, dejan el campo libre a la explotación campesina. Al hundirse la razón de ser del antiguo sistema, es decir pagar para ser defendido y juzgado, al tiempo que progresa la justicia pública e incluso el ejército real, el señor ya no puede justificar sus exigencias: es un parásito, un aprovechado, un inútil. Tenemos razones para decir que la crisis interna del sistema señorial, de carácter estructural en su origen, adquiere toda su importancia al haberse extendido en el aspecto social: la ruptura del mundo campesino, implícita ya en el desigual desarrollo del equipamiento y del nivel de vida, se ve acelerada frente a las exigencias de una clase señorial amenazada en su mismo principio de supervivencia; estómagos vacíos apiñados en ínfimas parcelas, ricos labradores, arrendatarios o no, que tienen lo mejor de la tierra, y frente a ellos hidalgüelos ávidos y sin dinero o señores

que prefieren la corte al campo…, de esta manera el mundo campesino de 1300 se encuentra indiscutiblemente con grandes dificultades.

¿Quién no es capaz de ver que estas nubes cada vez más densas ensombrecen también la ciudad? Si me refiero menos a ello es porque ya hace tiempo que en esta franja de la sociedad se perciben los mismos fenómenos; la ciudad es un señorío colectivo cuyos señores son los comerciantes, los maestros de los principales gremios y los nobles que viven en ella; también aquí la masa de trabajadores se escinde entre los oficiales que se especializan e intentan hacer la obra maestra y una cantidad creciente de marginados; también aquí el problema de un asalariado alienado existe y ello no solo desde hace diez años; también aquí, la presión fiscal de los ricos o del príncipe se ejerce desigualmente. La diferencia —que no es poca— está en la mayor gravedad de las dificultades de los más pobres, lo que sin duda explica los trastornos urbanos violentos que tuvieron lugar en los años que siguen.

Las páginas precedentes, me dirán, son muy pesimistas. ¡Pues claro! ¿Cómo puede ser que hubiera tantos fallos, debilidades, señales de alarma, profecías alarmantes, y que nadie se diera cuenta de nada? Prácticamente nadie, ya que no podemos considerar que las vociferaciones moralizantes de algunos dominicos fueran análisis clarividentes. Y los hombres que lo vivían no veían más que, como buenos juristas, las formas externas, las palabras, los principios. Sin embargo, esta falta de lucidez no es condenable. Cualquier mutación económica o social, y también cultural, que haya marcado la historia de los hombres no ha parecido evidente más que a la gente que ha vivido más de cinco siglos después; los coetáneos solo perciben lo inmediato: así, algunos «romanos» que vivían en la época de Dagoberto seguían pensando que estaban en los tiempos de los Césares. Pero en este caso hay un elemento nuevo: acostumbra-

dos gracias a la enseñanza de la Iglesia a juzgar los hechos bajo el aspecto de la voluntad divina, los hombres del siglo XIV permanecieron atónitos ante la catarata de desgracias inexplicables y encadenadas, que mezclaban lo económico, lo espiritual, lo social y lo político, que les asaltó a partir de 1340; ¿cómo es posible explicar por voluntad de Dios la subversión de su propia obra? La brutalidad, la generalización del movimiento, cuyas causas no discernían, les hundieron, y por mucho tiempo, en la «conmoción» y el «temor».

Capítulo 2
LA GRAN PRUEBA

El período de apenas un siglo que transcurre entre 1340 y 1430 comparte con los siglos X y XX la dudosa gloria de haber sido uno de los más violentos de la historia de Europa, no tanto por la sangre derramada, la ciega crueldad o la absoluta injusticia, que están presenten no obstante, como por la dureza de la vida cotidiana, la total incertidumbre respecto al futuro y las profundas conmociones de los ambientes en que se mueven los hombres. «Nunca vi en mi pueblo un año sin tumulto, sin guerra o sin mortalidad», dirá poco antes de morir un anciano de la época de Carlos VII. Estos períodos suelen ser los más fecundos de la aventura humana, como veremos más adelante. Pero, para el campesino o el habitante de las ciudades que se tambalea entre guerras y pestes, entre príncipes y papas, hecho picadillo por las «tijeras de los precios», que deleitan a los economistas, la vida nunca fue más dura desde las *dark ages* del siglo X.

Sin duda, esta es la razón del interés que suscita en los historiadores, más allá incluso de las cifras que escudriñan hoy día con pasión y que aparecen —¡efectivamente y por fin!— en nuestros archivos. Pero no solo en los historiadores sino también en las demás personas: en un país como Francia, al igual que en Inglaterra, Alemania, Bélgica, e incluso en la brillante Italia de Florencia y Venecia, lo que subsiste de la «Edad Media» en la memoria colectiva pertenece en gran medida a esta época; la peste, los ingleses, Juana en la hoguera o Esteban Marcel, si nos limitamos a Francia, se superponen, o casi, al recuerdo de san Luis, Carlomagno o Bouvines.

Un mundo de mal alimentados, que tal vez son muy numerosos, en las ciudades sobre todo; una estructura de producción que se deteriora sin provecho para nadie; una lenta contracción que los recursos de los príncipes, por otra parte poco clarividentes, no pueden impedir. Es tentador, y fácil, imaginar si las cosas hubieran sucedido de otra manera en el caso de que… en el caso de que Bonaparte hubiera seguido siendo capitán de artillería o en el caso de que la peste no hubiera azotado.

La muerte negra

Los ataques de peste no habían estado ausentes de Occidente en la alta Edad Media: según parece, la «peste justinianea» azotó dura aunque muy desigualmente; la plaga era endémica en Oriente Medio y más al este aun; es posible que los mongoles, como se les acusa, hubieran catapultado adrede por encima de las murallas de Caffa, factoría genovesa de Crimea que asediaron en 1344, cadáveres de apestados. Este detalle no es relevante. A primeros de octubre de 1347 algunas naves genovesas desembarcaron en Mesina su cargamento y sus enfermos. El contagio es fulminante en las siguientes semanas, y en toda Italia; en diciembre otro navío lleva el mal a Marsella. A partir de entonces se puede seguir su implacable marcha, favorecida por los meses cálidos: en junio de 1348 está en París, en diciembre alcanza el canal de la Mancha y los Países Bajos; en 1349 asola Gran Bretaña y pasa a Alemania y Austria; en diciembre de este mismo año está en Escocia, en Escandinavia y llega también a la Europa atlántica, los Pirineos y España. Apenas asestado este golpe, vuelve en 1360 para abatir a los más jóvenes, unida posiblemente a la gripe; hizo estragos durante dos años, desapareció y volvió a aparecer con extremo rigor en 1368, 1369, 1370 y de nuevo de 1375 a 1378, de 1380 a 1383 y de 1399 a 1400; en 1418 su nuevo asalto es tanto o más fuerte cuanto que se es-

taba un poco deshabituado a su presencia, pero no así a la del tifus y la gran tos ferina de 1408, esa *huquette* ante la que, en los sermones que llegan a ser inaudibles, se impacienta el «burgués de París»; 1420, 1421, 1433, 1438 a 1441, esta lamentable letanía es casi centenaria ahora.

¡Cien años de peste! ¡Y qué peste! La peste bubónica con complicación pulmonar hace que el enfermo, según describen todos los cronistas de la época, se cubra de pústulas, sus miembros se ennegrezcan, su cuerpo sea agitado por convulsiones, vomite sangre y muera, sin remedio posible, al cabo de «tres días cabales». Quien supera este período se cura; pero el contagio es imparable: el aliento a varios metros de distancia, y con mayor razón el tacto, así como la ropa, propagan la plaga; y el cadáver ennegrecido que yace en la calle sigue siendo peligroso durante 48 horas al menos. Los procedimientos profilácticos, aún con la ayuda de la experiencia, son irrisorios: máscaras para los médicos, enfermeros y enterradores; fuego para los vestidos del difunto, cal en los cuerpos; algunos judíos asesinados; acciones que no producen un efecto notable. La regresión de la plaga después de 1440 (¡que solo durará hasta 1510!) parece debida, más que a una progresiva inmunización, a la competencia de la tuberculosis y el cólera.

Las razones del «éxito» del mal negro no están aún claras hoy día. Hemos hecho alusión a condiciones climatológicas tal vez desfavorables; hemos observado que la situación sanitaria de las poblaciones se degradaba desde hacía veinte años: en Givry, el número de defunciones anual pasa de 10 a 18 entre 1334 y 1340, aunque estamos lejos de los 750 del año 1348; en Lyon, el número de testamentos registrados aumenta fuertemente a partir de 1343, y en 1392, cuando vuelve la plaga, la cifra es enorme. Se tiene la impresión de que las explicaciones provienen más de los fracasos que del progreso de la peste: evidentemente, la aglomeración, urbana sobre todo, es causa de la am-

plitud numérica de la catástrofe, lo que, sin duda, no habría sucedido en la alta Edad Media: todos los franciscanos de Carcasona son abatidos en su convento; doce de cada veinte canónigos de Saint-Sernin de Toulouse, una cuarta parte de los agentes de la curia en Aviñón, y las ciudades pagaron más caro, como se verá. Por otra parte, el mal es selectivo: los primeros en ser afectados son los adultos; pero luego lo serán, y en mayor medida, los niños, probablemente más frágiles que sus predecesores de 1348 o 1350. Los pobres, menos alimentados, más hacinados, son alcanzados antes; pero, además de víctimas de alto rango, como un duque de Borgoña, muchos burgueses de alto copete, notarios y regidores sucumben, instalados en la ciudad a causa de sus funciones, sin hablar de los médicos, por supuesto. Pero lo más interesante es tal vez la presencia de manchas blancas en ese océano de cadáveres ennegrecidos: Bearn, Rouerge. Hungría, una parte de Hainaut y de Brabante, una ciudad aquí y otra allí, sin que se pueda invocar al azar o a la previsión; posiblemente la ciencia moderna dará una solución cuando ponga en evidencia sin ningún género de duda que los individuos del grupo sanguíneo 0 se salvaron, al parecer, de la peste; aunque no hay ninguna duda sobre la predominancia de este grupo entre los húngaros de instalación, en suma, reciente en el corazón de Europa, se ven los horizontes que abriría esta hipótesis en Francia y en otras partes, respecto a la repartición de los grupos serológicos, allí precisamente donde la muerte no llegó.

¿Qué valoración se puede hacer? Los datos son puntuales, poco ejemplares, casi únicamente urbanos; además, la exageración provocada por el terror falsea mucho las cifras. La única estimación global se refiere a Inglaterra a través de los impuestos de capitación que se recaudaron de 1338 y 1415 y más adelante: en vísperas del primer asalto epidémico la población sería de 3 125 000 almas, sin duda menos ya que una o dos gene-

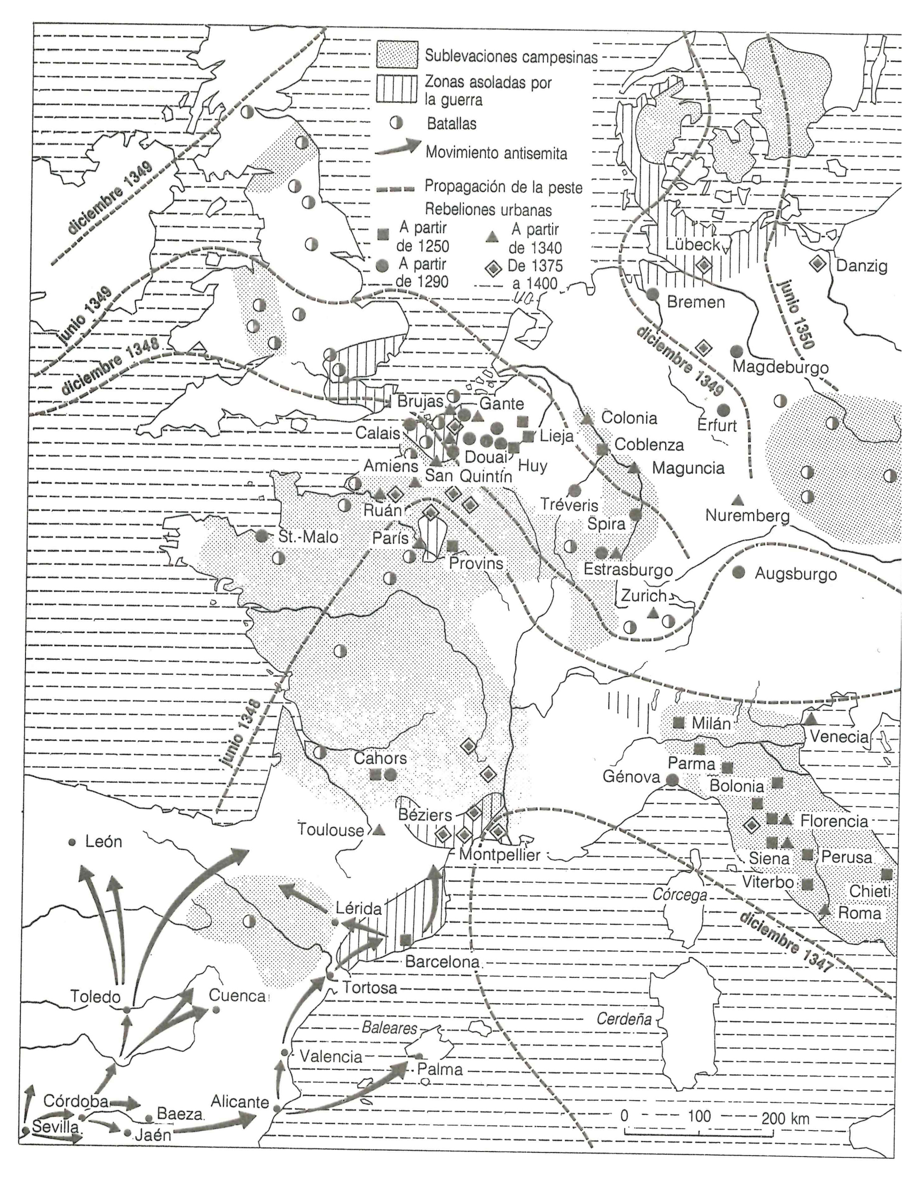
raciones antes; en 1358 baja a 2 745 000, en 1377 a 2 250 000 y apenas supera los 2 millones al advenimiento de los Lancaster a principios del siglo XV, es decir, una punción de un buen tercio de la población, ciudades y campos mezclados, pero mezcladas también las demás pandemias, la inanición o las consecuencias del malthusianismo. Aquí y allí las circunstancias son espantosas: en Givry, en 1348, se entierra a 750 muertos de los 1800 habitantes del pueblo; en Westminster la media de defunciones salta de 25 a más de 700 en la corte real; en Périgueux, Lyon, Reims, Ypres y Florencia mueren del 25 al 35 por 100 de los habitantes; en Aix, Apt, Toulouse y Bourges la mitad, y se dice que un 70 por 100 en Bremen; Jean Thevenel habla de 20 000 muertos en Ruán y Gilíes li Muisis de 25 000 en Tournai, aunque estas cifras parecen exceder el número total de habitantes. En el curso de una etapa más larga, y gracias a los inventarios de fuegos que la fiscalidad real o urbana multiplicará a partir de 1380, se pueden observar enormes bajas: Languedoc, que contaba con 210 000 «fuegos» en 1328 no tienen más que 90 000 en 1370 y 75 000 en 1382; el Delfinado habría perdido 60 000 fuegos; Provenza un 60 por 100, Borgoña un 40 por 100; la verdad es que Francia se vio tal vez más afectada, a excepción de Inglaterra, que otras zonas: en Cataluña, por ejemplo, la cifra de fuegos se mantiene casi estacionaria entre 1350 y 1378, en que descendió; en el Imperio parecen probables unas pérdidas del orden del 20 al 35 por 100. Por otra parte, aunque la epidemia recurrente azotó de nuevo con gran violencia en 1360 o 1418, trató con indulgencia cada vez a más regiones; pasado 1390 Alemania del sur, los Países Bajos y España parecen salvados. Lo que no impidió que la extraordinaria punción causara la muerte de probablemente uno de cada tres o cuatro hombres, una proporción seis veces superior a la alcanzada en algunos de los años más sangrientos de los conflictos bélicos del siglo XX.

Naturalmente, el historiador, impávido, observa que se descarga así un peso demográfico que se ha hecho demasiado pesado. Pero los efectos de la desorganización no son menos evidentes: en primer lugar, y como en todo movimiento de población, las consecuencias sobre la mano de obra o sobre la nupcialidad no se dejan sentir hasta las siguientes generaciones; es el fenómeno de las «generaciones huecas», que las dos últimas conflagraciones mundiales hicieron familiar a los historiadores: aunque la pandemia retrocede, la «reconstrucción» carece de brazos y pierde de pronto el aliento, volviendo a abrir el camino a un nuevo asalto del mal. Pero se pone de manifiesto en el instintivo sobresalto de la especie: en Givry, se calcula que hubo de diez a quince bodas el año anterior a la peste; en 1348 el párroco no celebró ninguna, mientras que al año siguiente celebró 86. Esto no quiere decir que el número de solteros no fuera elevado; además, la inflexión del «modelo familiar», a la que hemos hecho alusión, acelera su decadencia; la gente se casa más larde: en Champaña del sur la edad media de la esposa pasa de los 18 a los 22 años, y hacia 1430, a los 24; la prostitución y las relaciones prematrimoniales se afianzan sólidamente en las costumbres; y los bastardos se multiplican hasta el punto de que el derecho, renunciando a excluirles de la sociedad, los admite como herederos o en las carreras profesionales: ¡cuántos de ellos, hijos naturales de príncipes, desempeñarán entonces un papel político o militar de primer orden! En cuanto al número de hijos por matrimonio, la cifra desciende bruscamente: en Champaña el 48 por 100 de las parejas campesinas no tienen progenie, al menos viva en el momento en que pasa el empadronador; además, el encarecimiento de las nodrizas obliga a la madre a nutrir por sí misma, lo que espacia los nacimientos; finalmente, se sospecha la vuelta a la práctica del abandono de los hijos, de las niñas sobre todo, en Italia y alrededor de París, por ejemplo.

Uno de los más sobresalientes efectos del gran impacto de la peste es haber acusado las desigualdades de densidad entre la ciudad-refugio, o bosque protector, por una parte, y las tierras devastadas por otra. En Francia, las disparidades que observaba ya el *État des feux* de 1328 llegan a ser más evidentes: se huye de ciertas zonas, mediocres o asoladas. Este desplazamiento de población modificó la imagen de la economía europea; volveremos a referirnos a él. Además, es preciso saber dónde huir; escapando de la muerte negra, los hombres desembocan en la guerra, su refugio, su cómplice.

Siempre la guerra

Al decidirse a tomar el 7 de octubre de 1337 el título de rey de Francia, al que había renunciado antes sin demasiados ambages, Eduardo III de Inglaterra abría —tradicionalmente— la «guerra de los Cien Años». No acabó nunca, ni siquiera en 1475 en Picquigny, cuando un lejano sucesor del Plantagenet, Eduardo IV de York, tuvo a bien otorgar el título a Luis XI. A lo largo de este amplio período solo se luchó, en realidad, entre reyes o capitanes o príncipes interpuestos, una treintena larga de años, uno de cada cinco. Por otra parte, se había guerreado ya sin interrupción entre los dos países de 1292 a 1327. Las guerras de Escocia o de Castilla, las de Italia entre ciudades y la del Báltico con la Hansa son paralelas y no tienen a menudo más que una lejana relación con la gran rivalidad franco-inglesa. La expresión no tiene, pues, en buena lógica, ni realidad, ni valor universal. Y sin embargo conviene conservarla.



Disturbios y calamidades en los siglos XIV y XV

Es preciso porque, durante cien años y pico, la guerra fue en todas partes el lúgubre horizonte cotidiano. Thomas Basin nos describe a los centinelas apostados en lo alto de los campanarios o en las salidas de los senderos forestales, alertando con el sonido de la trompa a los segadores o labradores en el momento en que es avistada una tropa, a fin de llevar en seguida a los

animales y las personas a la iglesia fortificada, en el interior del recinto del castillo, o de huir a los bosques, desde donde se veía a lo lejos a los soldados saqueando y quemando, *ardre et rober*. La ciudad resiste mejor, al menos cuando no hay alguna complicidad para abrir una puerta, pero la huida es imposible y la vida es sacrificada en un trágico doble o nada. No es seguro que esta guerra permanente, si exceptuamos algunos saqueos de ciudades, en ciertos casos salvajes, como el realizado en Limoges por el Príncipe Negro en 1370, que indignaron a los hastiados contemporáneos, causara por sí misma y directamente muchas muertes de hombres. Pero sus efectos secundarios son capitales; además de agotar las reservas, hace padecer hambre a la población y abre paso, como hemos dicho, a la peste; causa estragos cuyo efecto indirecto se prolonga durante años. Que las cosechas o el heno sean quemados o robados, en el campo o en el granero, es una grave pérdida, pero la tierra producirá al año siguiente, y tal vez más, alimentada por las cenizas; el incendio de las chozas o la destrucción de las máquinas es más lamentable: para volver a hacer utilizables estos elementos vitales no será suficiente un año entero; pero la catástrofe es la muerte o el robo del ganado, la destrucción del bosque o de la viña, pues hacen falta diez años para reconstituir la riqueza pecuaria o el monte bajo, mucho más sin duda del tiempo que transcurrirá antes de la vuelta de los soldados. Como puede observarse, en este caso el desastre tiene mayores probabilidades de afectar al amo que al humilde campesino, ya que a él pertenecen esencialmente los animales, el bosque y los molinos; la Iglesia, entre otros señores, pagó más caro aún dado que ni siquiera disponía de un recinto fortificado, aunque esto no fuera una absoluta garantía de inviolabilidad. En cuanto a cobrar a los hombres, no se podía ni soñar: estaban arruinados y no pagaron nada.

Si a pesar de tantas «treguas», «paces fingidas» u otras, que hacen las delicias de los diplomáticos, que empiezan a ejercer

sus funciones en esta época, la guerra reina de este modo, se debe a su propia naturaleza. Un rey o una ciudad pueden tener un pretexto para poner en marcha una campaña: no lo tendrían si no hubieran sido obligados a guerrear. En efecto, la guerra del siglo XIV es una manifestación social como lo había sido en la alta Edad Media; es un recurso vital para la aristocracia. Mientras esta última pudo sobrevivir de los beneficios de su «renta», no hubo necesidad de recurrir a pillajes por la fuerza; desde que el «sistema» vacila no le queda otra salida que tratar de restablecer sus negocios por medio de la guerra. Sin duda, armarse es caro, y cada vez más a medida que se extiende el uso de las corazas completas, el armamento pesado, los caparazones metálicos para el caballo; pero se cuenta con hacerle pagar la factura al enemigo, o en todo caso viviendo de la tierra que se recorre y saquea. Así, la guerra nutre la guerra; la guerra da nacimiento a la guerra y así sucesivamente: pues la fortuna de las armas es incierta y una captura que implique rescate arruina al guerrero y a sus hombres, a los que se trata de imponer el pago; por poco dinero que haya en juego, la cuestión financiera se convierte en cuestión de Estado, como se verá en el caso de Juan el Bueno; los súbditos pagan si pueden, si no el amo permanece en prisión, y durante mucho tiempo, sea cual sea su rango, como fue el caso de Carlos, duque de Orleans, que solo debió a su musa poética soportar diecisiete años de prisión, confortable por lo demás, en Londres. Entonces la nobleza incita al príncipe a la guerra, o arrastra a ella a la ciudad; cuando no se tiene éxito o es demasiado costoso provoca un desquite o un mayor esfuerzo, y así se va reanudando año tras año «la guerra de los Cien Años», a costa de todos.

Ya no se trataba, en efecto, de contentarse con rápidas incursiones, las «cabalgadas» de uno a otro punto, cuyo objeto era impresionar al adversario, e instalarse en la tienda de campaña en posición de fuerza frente a la palabrería que transmiten los

oficiales reales y los clérigos. Sin duda, esta antigua faceta de la guerra no desapareció nunca: así actuaron Eduardo III y su hijo el Príncipe Negro de 1340 a 1356, o los pretendientes al ducado de Bretaña, o todos los guerreros del siglo XV; más tarde, se discute a lo largo de 11 meses en Leulinghem en 1385 y en Arras en 1435, 14 meses en Londres entre 1358 y 1360, e incluso 31 meses en Troyes de 1417 a 1420; nada es definitivo nunca, razón por la que la paz jurada es inaplicable, al ser incapaces los responsables de hacerla ejecutar, incluso los capitanes más fieles. El papa ofrece su mediación, los banqueros intervienen también, pero ¿cómo apremiar a un jefe de banda que opera por su cuenta? Las «batallas» se evitan, en la medida de lo posible, a causa de su carácter si no decisivo al menos, al mismo tiempo, destructor, oneroso y fácilmente explotable por el vencedor. Es cierto que todas las de Francia, Castilla o Italia, que salpican el siglo, tuvieron resonancia y efecto: muerte de un pretendiente bretón, asesinato del rey de Castilla, captura de un rey de Francia, muerte de un rey de Bohemia; todos estos acontecimientos tuvieron consecuencias dinásticas, financieras y psicológicas. Pero estratégicamente hablando, Nájera, Auray, Poitiers, Crécy e incluso Azincourt son accidentes que no resolvieron nada. Solo hay dos ámbitos en los que esta «guerra clásica» sale un poco de la rutina: la reanudación de la guerra naval, de la que los italianos dan ejemplo desde mediados del siglo XIII y que desencadena importantes modificaciones en la vida de las poblaciones costeras; gallegos, vascos y bretones se transforman de pescadores en corsarios; en Ruán, Harfleur, Brujas y Southampton salen de los astilleros «galeras», como las de Génova, Barcelona o Venecia; y algunas acciones, como la de la Esclusa en 1340 a la altura de Brujas, en la que los genoveses al servicio de Eduardo III derrotan a los normandos de Felipe VI, producen efectos en los transportes de tropas. No obstante, el hecho capital fue la aparición de la artillería con

pólvora, que estaba aún en sus inicios: las máquinas de sitio heredadas de la Antigüedad y perfeccionadas por el contacto con los orientales tendían más bien a arrojar por encima de la muralla bloques de piedra para derrumbar las casas o vasijas inflamadas que provocaban incendios. La artillería con pólvora pretende derribar la muralla; apenas importa seguir el camino de las recetas para la fabricación de la pólvora de cañón de China a Egipto y de allí a Sicilia: en 1304 se advierten piezas de fuego en Lombardía y en 1315 en Florencia; en Ruán se funden en 1338; están presentes en el sitio de Calais y tal vez en Crécy y Hennenbout entre 1342 y 1346. Estas bombardas lanzan balas de piedra que durante mucho tiempo se consideraron más peligrosas para el «artificiero» que para el enemigo; pero en 1374 la plaza de Saint-Sauveur es tomada tras un cañoneo, Auray lo será en 1385, y tanto en Ruán en 1418 como en Orleans en 1429 ya nadie se burla de la artillería; en el momento del segundo ataque a Burdeos, en 1453, la artillería francesa es decisiva para la victoria en Castillon, y el viejo jefe inglés Talbot se hace matar apoyado en su último cañón.

Los mercenarios

Tal vez se piense que un año de guerra cada cinco era soportable; pero esto significaría olvidar que los cuatro restantes, en que hay «paz», los hombres de armas conservan una absoluta libertad de acción. Efectivamente, el tiempo en que estos asuntos eran patrimonio exclusivo del noble ha pasado: los príncipes convocan a «sus amigos» feudales y a los contingentes de hombres libres como antaño. El *fyrd* inglés, las milicias italianas y la leva general francesa están siempre presentes: algunos millares de hombres a caballo, bien adiestrados en la carga pesada, que siguen estando seducidos por las hazañas individuales, y que se exponen en línea de combate, con un sentido del deber, un valor y una «caballería» que el ejemplo del rey Juan, capturado tras cinco horas de lucha en Poitiers, demuestra que no

son una mera apariencia. Contrariamente a lo que creen y declaran sus hombres, los nobles de esta época siguieron siendo dignos de sus antepasados de Bouvines o de las Navas de Tolosa. Sin embargo, en estos ejércitos ahora muy divididos en grupos rivales, la infantería tiende a desempeñar un papel cada vez mayor: como los ballesteros, italianos en su mayoría, que manejan un arma mortífera que puede atravesar una coraza a cien metros, o al menos derribar el caballo y destrozar su carga; verdaderos especialistas, «asoldados», que se pagan muy caro y a los que apenas se les puede pedir que actúen como soldados de la guardia móvil, ya que su arma pesa varios kilos. Pero junto a los que van a pie se multiplican, despreciados aunque esenciales, los cuchilleros, los piqueros, que durante mucho tiempo se encargaron solamente de saquear las tiendas enemigas, pero que desde el principio del siglo XIV cumplen otra función. Acabó el tiempo de las locas huidas ante la línea de los caballeros a la carga; las milicias resisten, con la lanza al frente, protegidos, si han tenido tiempo para ello, por una zanja o venablos con la punta hacia arriba; entonces la caballería tiene la amarga sorpresa —como antaño Barbarroja en Italia— de estrellarse contra la infantería, como ocurrió a la caballería de Alemania en el lago Peipus en 1242, y más tarde en Tannenberg en 1410, a la de Inglaterra en Bannockburn el año 1314, frente a los escoceses, y a la de Francia en Courtrai en 1302 ante las milicias flamencas, hasta que aparecen los arqueros de Crécy en 1346. El arco se convierte, junto a la pica, en el arma esencial de los que van a pie: los galeses y los escoceses demostrarán tan bien su eficacia a Eduardo III que, a partir de 1334, dota de estas armas a sus infantes. La flecha no puede rivalizar ni en potencia ni en alcance con el cuadrillo del ballestero genovés; solo es eficaz para lastimar al caballo si está a menos de cincuenta metros, y no se debería olvidar la tensión nerviosa del arquero que ve como se le viene encima un monstruo de chatarra y que co-

rre el riesgo de ser pisoteado o traspasado por la espada si erra el tiro. Será precisa una mayor constancia aún de los piqueros formados en cuadrados, la primera fila rodilla a tierra, una especie de erizo que solo el pánico puede desunir, y del que los suizos hicieron una especialidad a partir de 1420 o 1430, que se prolongó a lo largo de más de cien años.

Entre los galeses, los genoveses o los suizos aparece ya la evidente consecuencia de estos nuevos procedimientos. Todos estos hombres no son de la tierra; se han formado en el oficio de las armas y alquilan sus servicios; son campesinos que huyen de un campo que se va quedando vacío, marginados expulsados de las ciudades, pequeños nobles apartados de feudos o cargos, bastardos, aventureros o suicidas. A menudo se ha dicho que son gascones, navarros, brabanzones, genoveses, napolitanos, piamonteses, bávaros y tal vez estas diversas regiones aportaron en su momento un excedente de hombres a estas bandas. Su aparición en forma de «compañías», palabra mercantil y familiar a la vez que aclara dos aspectos esenciales del mercenariado, se remonta al siglo XII. pero se generaliza en Italia y Cataluña en los últimos años del siglo XIII, en el momento de los disturbios que implicaron la partida del papa o los últimos intentos de aventura en Oriente. Por lo general, están sometidos a un contrato, una *condona*, con un capitán, un *condottiere* que les conducirá al servicio de un patrón, a expediciones que carecen, a todas luces, de una motivación política o espiritual. Las bandas agrupan de 100 a 400 hombres de armas, seguidos de médicos, prostitutas, sacerdotes más o menos disidentes del orden eclesiástico y «abastecedores» responsables de los carros que escoltan la tropa. A la compañía le es indiferente servir un día a Venecia y otro al rey de Francia, el final del pacto o el acuerdo de paz. Prosigue por sí misma su vida errante y saqueadora.

Es evidente que aquí se encuentra la razón de la guerra permanente. Los mercenarios ignoran las treguas y no obedecen más que a su capitán. Este se pone más bien al servicio de un príncipe que al de cualquier otro por una simple cuestión de sueldo. Jean Chandos, Robert Knolles y John Falstaff están con los ingleses; Du Guesclin, Gressart y Cervolles sirven a los Valois; Hawkood trabaja para el papa de Roma; Colleone para Venecia, Campo Basso y Villandrando para quien sea y Francisco Sforza para él mismo. Sin tener en cuenta a pequeños jefes, emboscados en una torre fuerte, desde donde subyugan la región hasta que se les prende y decapita, como es el caso de Aymerigot Marches cuyas lamentables proezas describió ampliamente Froissart. Pocas zonas se salvan: las más ricas, Île-de-France, Picardía, Alsacia, Provenza y Lombardía, sufren más, sobre todo durante las «treguas» en que los mercenarios, sin trabajo concreto, se desquitan en todo el país, no dudando en asaltar las ciudades o, como sucedió en 1362 cerca de Aviñón, en saquear los bienes del papa.

¿Qué hacer?, ¿llevarlos a otros lugares? A Du Guesclin, conocido por su influencia, se le encomendó una misión en Castilla el año 1365, y el delfín Luis intentó la misma operación en Alemania en 1444; el éxito duró poco. La represión parecía imposible. Por otra parte, estos hombres eran útiles; hacían la guerra, daban golpes de mano, preparaban emboscadas, engañaban al enemigo; nadie superaba a Du Guesclin aplicando al pie de la letra la vergonzosa política de la tierra quemada; «más vale suelo quemado que tierra perdida», decía Carlos V. al que tanto elogiaron los historiadores del siglo XIX, pero no sus escandalizados contemporáneos. ¡Qué poco peso tenía la decapitación de Marches frente a Chandos, consejero íntimo del Príncipe Negro, Du Guesclin, condestable, o Sforza, duque de Milán!

Pero ¿qué era de los hombres de la ciudad y del medio rural? «Oprimidos, robados», padeciendo una «gran pena y miseria»,

sometidos a los pillajes del enemigo y de las tropas indistintamente, adoptaron poco a poco, en medio de la tormenta, una doble actitud que la mayoría de sus contemporáneos no comprendieron en seguida: ya que las autoridades responsables eran incapaces de protegerlos, lo hicieron por sí mismos, y sobre todo allí donde desde hacía tiempo las comunidades eran fuertes y estaban bien arraigadas: concertaron *pâtis*, acuerdos entre pueblos, a veces con los jefes de los mercenarios dueños del país, para defenderse hasta un cierto punto; incluso obtuvieron del rey, a partir de 1350, el derecho de poseer armas, y sus hazañas, individuales y sin consecuencias pero engrandecidas poco a poco por el folklore, van desde las del Gran Ferré a las de Guillermo l'Aloue luchando contra los ingleses; la Jacquerie vendría después y Juana de Arco también. La otra actitud tendrá también resonancia en el futuro. El rey no ejerce sus funciones, pero el señor aún menos: sospechoso ya de abuso de poder, el «noble» es considerado ahora como un peligro; está ausente, derrotado, expoliado; ¿con qué derecho podría regentar aún una comunidad? Hay que subrayar la importancia de esta erosión de la autoridad de la nobleza no solo por sus consecuencias económicas, a las que nos referiremos más adelante, sino porque hace desaparecer paulatinamente la pantalla existente entre el príncipe y sus súbditos; la realeza moderna pasará por esta senda, al precio de atroces tumultos.

El desorden político anterior a 1380

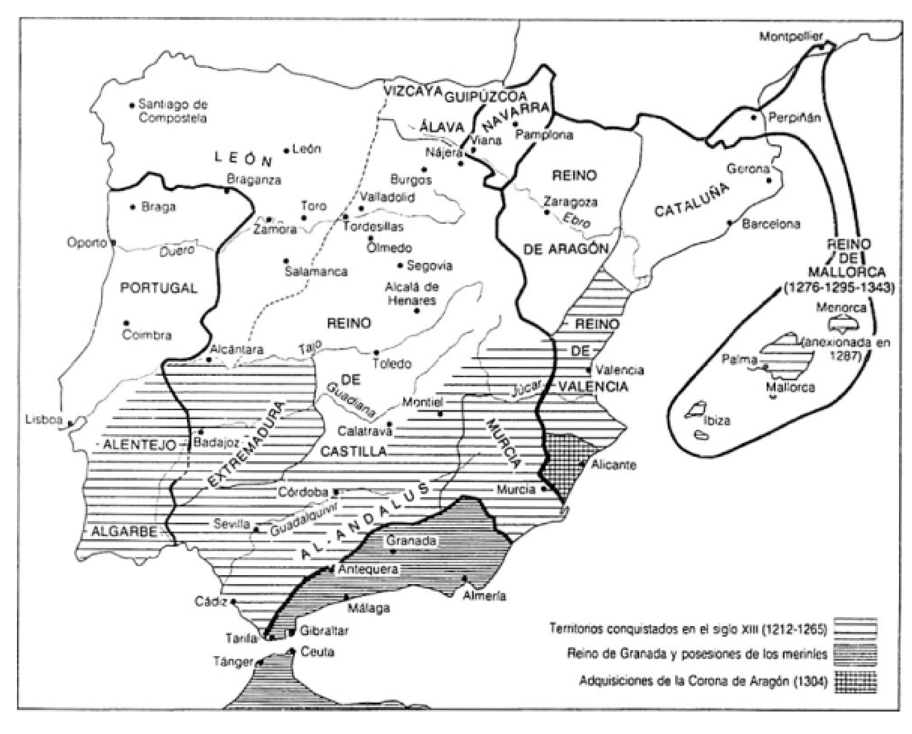
Una exposición algo detallada de los sobresaltos guerreros y de los desmanes dinásticos de los que surgirá la Europa moderna indispondría al lector, sin informarle de nada realmente útil, acerca del interés de tal o cual etapa. Más valdrá, a nuestro entender, apuntar a grandes rasgos las articulaciones y el sentido general de la evolución. Los coetáneos no lo vieron sin duda, como suele suceder.

La liquidación de la cristiandad del siglo XIII es indiscutiblemente lo que distingue todo un primer período que se puede extender de 1320 a 1380. Lo que configuraba hasta ese momento el marco político de Europa se viene abajo y desaparece en una serie de desastres, cuyo aspecto imprevisible es lo único que resaltaron entonces los cronistas. Del papado se hablará dentro de poco a placer, aunque ocurriera un hecho determinante y capital: el magisterio romano, incluso después de sus dudosos éxitos sobre el Imperio, podía contar con una audiencia aún segura; en el concilio de Lyon de 1274, y más tarde en Vienne el año 1311, el papa hablará alto. Pero una audiencia que impugnaría a un pontífice cuya política fiscal y dominadora, su visión conservadora del mundo y su devoción a un príncipe que le toleraba en sus fronteras eran evidentes: desde la humillación padecida en 1303 en Anagni ante la nobleza romana y los agentes de Felipe el Hermoso, la sede apostólica, envilecida, no es ya el refugio de los humildes; el papa, errante en Francia, instalado en Aviñón, puede seguir siendo un pastor atento y un hombre de bien, aunque sus legados, como Albornoz, intenten recuperar Roma por medio de las armas; y, vuelta a ocupar por fin su sede en 1378, el papado se parte en dos, precipitando su descrédito. ¿Podrá el Imperio salvar la barca cristiana? A partir de 1273 se puso fin a la comedia de los usurpadores extranjeros, pero el soberano germánico no consigue olvidar los sueños de los Otones y de los Barbarroja: conquistar Italia e instalarse en Roma, de donde ha huido el papa. Luis de Baviera lo intentó quince años antes de renunciar; más tarde habría de nuevo un intento por parte de la casa reinante, la de Luxemburgo, para repetir los antiguos ritos: pero en realidad estas quimeras no inquietaban ya a las ciudades lombardas. Por lo que hay que considerar como un gesto de gran sabiduría el realizado por Carlos IV cuando en diciembre de 1356, a través de una bula de oro, dotó al Imperio de lo que seguirá siendo la

regla hasta Napoleón: el emperador será elegido por los príncipes alemanes, y estos electores serán siete, los arzobispos de las viejas sedes de Tréveris, Colonia y Maguncia, el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el margrave de Brandeburgo y el conde palatino del Rin, que está en Baviera. Más vale renunciar a Italia; más vale renunciar a todo, como Wenceslao el Borracho, como Roberto 1, como Alberto de Habsburgo; en esta galería de sombras, Segismundo se distinguirá en 1411 por su celo cristiano: no es mucho para el jefe del Santo Imperio.

En realidad, lo que explica este declive, tan cargado de futuros acontecimientos, es la pulverización interna de la tierra alemana, el desenlace de la política de concesiones de libertades locales practicada desde hacía dos siglos por soberanos hipnotizados por Roma. A la que se dejará de recordar. Tal vez, después de todo, esta atonía política fuera el precio con el que Alemania pagó su poderoso resurgimiento económico del siglo XV. Por lo demás, no sería justo dejar de subrayar dos particularidades del descompuesto espacio germánico: al norte, la Hansa de las ciudades bálticas, que extiende su control sobre las costas y a lo largo de los ríos de Riga a Bremen y hasta Colonia, se elevó al nivel de una liga política sin escatimar los medios: cuando, intentando perturbar la tutela aduanera de los alemanes o su lenta inmigración, el rey de Dinamarca, Waldemar Atterdag, ocupa Gotland o se abre camino en Mecklemburgo, es atacado, Copenhague es incendiada y en 1370 debe conceder a los hanseáticos, en Stralsund, el libre paso por los estrechos. Por otra parte, para mayor seguridad, son los alemanes quienes controlan y protegen desde 1397 la «unión perpetua de Kalmar», que pone a toda Escandinavia y Dinamarca bajo una misma mano que tiende la Hansa. Al sur tiene lugar un fenómeno muy diferente que, de no haber perdurado con brillantez, no valdría la pena recordar, referido al hecho de que en 1291, hartos de pagar impuestos a los Habsburgos en la desembocadura del maci-

zo de San Gotardo, los montañeses de los valles de Uri se rebelan, y después de ellos sus vecinos de Schwyz y Unterwalden. Precisamente Suiza surge del nombre de uno de estos «cantones» en 1318. Posiblemente Guillermo Tell no existiera jamás, pero su aventura es la de millones de hombres de Lucerna, Glaris, Zurich, Berna y más tarde de Saint-Gall, del Tesino y Valais que, en menos de cincuenta años, se agrupan en una dieta de cantones federados que no se identifica con ningún señor. Cuando en 1386, Leopoldo de Habsburgo pretende poner allí orden, hombres con hachas y picas, con toscas chaquetas de cuero hacen cambiar de rumbo a sus vasallos y mercenarios: el soldado de infantería suizo hace una entrada triunfal en la historia militar.



La Península Ibérica en el siglo XIV

La Europa de los siglos XII y XIII se había acostumbrado a oír resonar en su flanco sur los gritos de la guerra santa: el «moro» retrocedía paso a paso y el espectro de un Islam instalado en

Europa desaparecía lentamente. Aquí también la detención es patente: pasado el año 1280, en que cae el pequeño reino de Murcia, la Reconquista cesa, abandonando Granada y Málaga a los musulmanes. Una extraña prórroga, cuando no hubiera costado mucho acabar la operación. Pero las tres potencias ibéricas parecen de repente sorprendidas por otras preocupaciones: Castilla, que habría debido asestar la estocada final, ya que tiene puesto cerco a Granada, se desgarra en conflictos dinásticos a la muerte de Alfonso X en 1284. Parece como atraída hacia los Pirineos, al pequeño reino de Navarra cuya sucesión es discutida, al golfo de Vizcaya donde sus marinos son cada vez más numerosos y audaces. El interés de esta inversión de planes no está nada claro: ¿es acaso el metal de Asturias?, ¿los negocios de Gascuña?, ¿el deseo de suplantar a Bayona y Burdeos? Sin embargo, uno de sus reyes parece volver a la situación anterior: Pedro el Cruel (1350-1369) se instala en Sevilla, se rodea de africanos y mira hacia Marruecos y hacia el futuro; esto bastó para suscitar el odio de la Iglesia y la inquietud de la nobleza castellana; se le opone un rival, su hermano Enrique de Trastámara. El rey de Francia apoya, a través de Du Guesclin, al rebelde, y el Plantagenet corre en ayuda de Pedro. Tras diversos contratiempos, se llega a un incierto compromiso en Montiel al cabo de un conciliábulo celebrado en la tienda de Enrique, que apuñala allí a su hermano. Así acaba por cien años el sueño castellano respecto al Atlántico: con Enrique triunfan los ganaderos de carneros y los «grandes» de España.

Portugal al oeste y la Corona de Aragón al este se jactan de llevar a cabo esta «misión» marítima. Aunque en realidad. Lisboa apenas cuenta: los ingleses conciertan en 1317 un pacto de alianza —¡que habría de durar siempre!— con los reyes portugueses. Estos últimos son poco activos antes de la implantación en 1385 de la dinastía de Avis: pero los italianos aprecian la extraordinaria posición del estuario del Tajo. Antes de

1345-1350, los Centurione abrieron allí una factoría: solo dista 500 kilómetros de Marruecos y 1200 de Madeira. Los catalanes, por su parte, avanzan más, pero Gibraltar les impide el paso al océano: llegan hasta Morea, donde sus aventureros entre 1303 y 1310 hacen más mal que bien, y sobre todo al Tirreno. Hasta entonces se había considerado a los catalanes como hombres apegados a la tierra, al Languedoc, a la región tolosana y a Provenza; Barcelona no tenía mucho peso frente a Génova. Nápoles o Palermo. Ahora bien, he aquí que desaparece este aspecto campesino: en primer lugar porque los príncipes renuncian a ir más allá de los Pirineos, de donde no les vienen o vendrán más que sinsabores. Después de su ocupación a los musulmanes, el reino de Mallorca se anexiona definitivamente a la Corona de Aragón en 1343; pero sobre todo atacan Cerdeña y Sicilia, donde provocan la brutal y sangrienta revuelta de las «Vísperas», en 1282, contra los angevinos. Se pone en marcha un engranaje que no se detiene hasta el siglo XIX con la expedición de Garibaldi. Cuando el conde-rey se apodera de la isla toma el título de rey de Sicilia; pero este título lo ostenta también el angevino Roberto, que sigue siendo el señor de Nápoles; y de este desdoblamiento procede la extraña expresión de «reino de las Dos Sicilias», que perdurará a través de los tiempos.

Hablemos ahora de Italia. En el cuerpo de la madre de las artes y del comercio ocurren muchas transformaciones también. ¡Ya no hay papa ni emperador sino extranjeros! Los angevinos, que se harían con Roma y cuya familia, aliada a la que reina en Hungría, no parece que pueda conservar por mucho tiempo su lugar; los franceses, que llegan en 1323 y más tarde a restablecer, según dicen, los derechos de los papas de Aviñón; los catalanes en Sicilia; los griegos en busca de ayuda. Y por todas partes ciudades que se destrozan mutuamente cada vez más. ¿Una imagen tradicional? No, pues aunque tímidamente, los linea-

mientos de principados se abren ya paso: Venecia, amenazada hasta los bordes de su laguna por los genoveses, cree oportuno reforzarse en tierra firme y extiende sus posesiones hacia el Po; Florencia ocupa Arezzo, y en 1406 Pisa; Milán, dominada fundamentalmente a partir de 1354 por los dos hermanos Visconti, Bernabó y Galeazzo, se implanta en la Lombardía central. Este fenómeno de transformación del *contado* en Estado no cabe duda que se podía prever: pero ocurrió gracias al declive del papa y de Alemania.

«Los "angloys" en el reino de Francia»

Decididamente, lo más importante es el conflicto entre las dos grandes monarquías de Occidente, sin que en esto haya ninguna patriotería anacrónica. Importa por su duración, sin duda, y porque esta duración creó poco a poco un cierto sentido «nacional» en un problema de rivalidad entre dos dominaciones en que la mayoría de los súbditos y de sus reyes hablaban la misma lengua y tenían idénticas costumbres; pero importa también por su objeto real: en Europa no había lugar para dos reinos con intereses y desarrollo tan manifiestamente paralelos. Se ha sostenido sucesivamente que el declive francés era sorprendente considerando el peso demográfico, el desarrollo económico y la riqueza de la monarquía Valois, y más tarde, por el contrario, que un observador perspicaz habría dado a los ingleses como ganadores dado el carácter eficaz y compacto de sus medios de acción aunque más modestos. Estas profecías eran fáciles y de escaso interés.

Antes incluso de que estalle de nuevo el conflicto del siglo XIV. los dos poderes estaban enfrentados sin solución satisfactoria: los agentes del Capeto suscitaban dificultades en la Aquitania inglesa, que a partir de ahora se llamará Guyena, lo que implicó protestas y una ruptura; el rey de Francia se apoderaba sin demasiado trabajo de numerosas plazas, pero no quería o no podía tomar Burdeos y, por otra parte, no estaba segu-

ro ni de los barones del Sudoeste ni de los de los Pirineos; pero se transigía. Después se vuelve a emprender la guerra en un país vecino, pues, ya hacia 1300, cada reino lleva su cruz, que el otro se ensaña en hacer más pesada. Para el Plantagenet es Escocia, de la que Robert Bruce es proclamado rey en 1306 y quien aplastó al ejército inglés en Bannockburn el año 1314; Eduardo III apoyará a un pretendiente que se enfrenta a él, Balliol, y acabará en 1346 con el rey David, a quien ayudaba Felipe IV. Pero fue preciso inmovilizar a las tropas allá arriba, o peor aún, conceder amplios privilegios a los condes de las Marcas, potentados forzados a burlar también al soberano. El rey de Francia se enfrenta a Flandes, un condado con muchas ciudades, que habla una lengua extraña y que desde hace siglos rechaza la brida. Felipe el Hermoso es derrotado gravemente en Courtrai por los tejedores y los bataneros de Gante y Brujas (1302); se venga dos años más tarde, pero el condado no es sometido, atormentado por sobresaltos sociales y rivalidades; cuando decide hacer la guerra, Eduardo III se hace proclamar allí rey de Francia junto a Jacques van Artevelde, jefe de los ganteses rebeldes. Pero se puede combatir también en otros lugares: en Bretaña, de 1342 a 1365, en una confusa sucesión y un país propicio a las guerras de emboscadas; en Navarra o en Castilla, como se acaba de ver; e incluso diplomáticamente en torno a Luis de Baviera, al que se halaga, o al papa, sea el que sea.

Eduardo III cree en la eficacia de las cabalgadas rápidas; seguro, tras el episodio de la Esclusa, de poder cruzar fácilmente el canal de la Mancha, va de un lado a otro por el norte de Francia a partir de 1340, y su hijo, el Príncipe Negro, por el Languedoc. Felipe VI se impacienta y le persigue en su retirada de 1346 hacia Flandes, pero su caballería, aunque superior en número, sufre un penoso revés en Crécy, en el condado del que Eduardo es señor (26 de agosto). El inglés, una vez libre, mar-

cha rápidamente hacia Calais, que toma y donde podrá desde ahora desembarcar a sus soldados y sus fardos de lana; entre tanto, ha dejado asesinar a Artevelde que ya no le es útil. El segundo Valois. Juan II. parece al principio más preocupado por abatir a una aristocracia principesca molesta, sobre todo su primo Carlos, rey de Navarra, que posee indiscutibles derechos a la corona de Francia. Lo hace arrestar y corre a sorprender en Poitou al Príncipe Negro, que huye hacia Burdeos con una pequeña comitiva. Lo alcanza cerca de Poitiers el 19 de septiembre de 1356, en las peores condiciones; y es capturado, en tanto que su hijo mayor. Carlos, logra escapar.

Esta coyuntura es capital. En sí misma, la captura del rey, combatiendo heroicamente, le fue provechosa, pues Eduardo III se encontró en una posición muy difícil. Desencadenó en Francia una serie de dificultades y de intentos de poner bajo vigilancia a la monarquía, que por lo general se olvida que comenzaron ya en 1355. Pero lo esencial es que cuando después de largas discusiones y un cierto número de decepciones militares, Eduardo III aceptó una paz poco sólida en Bretigny en mayo de 1360, al ser las concesiones territoriales que le fueron hechas en Aquitania (una especie de vuelta a la situación de 1250) prácticamente inaplicables —los posteriores acontecimientos lo ponen de manifiesto—, el importe del rescate real, tres millones de escudos, una suma fabulosa, era lo que importaba; este dinero fue entregado, casi en su totalidad, incluso después de la reanudación de la guerra, como una deuda de honor; y es el origen del establecimiento de los impuestos regulares en Francia.

El nuevo Valois, Carlos V, dejó que se reprodujeran las hostilidades después de 1368 ya que la aplicación del tratado se había retrasado más de la cuenta en el sudoeste: golpes de mano, desaparición del rey de Navarra, guerra de hostigamiento a la manera de Du Guesclin. Cuando muere el rey en 1378, la situa-

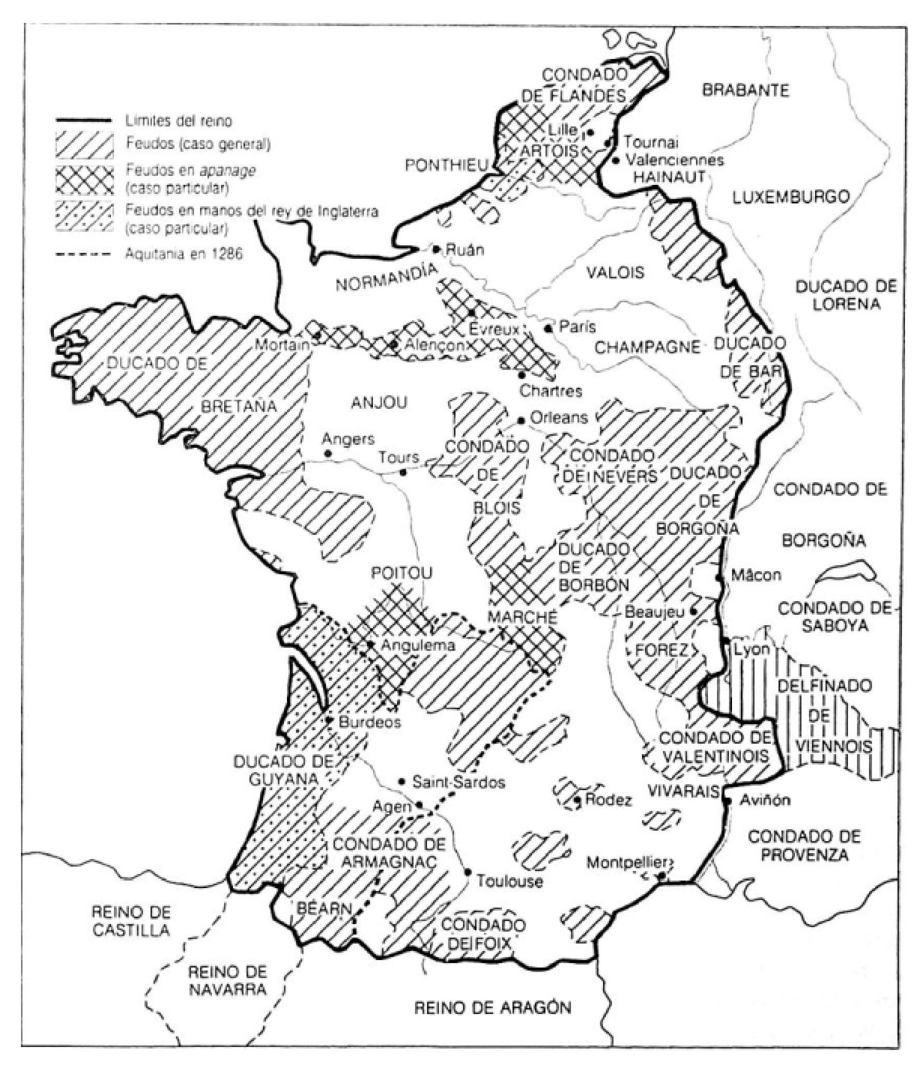
ción vuelve casi a su estado de 1338: Bretaña no obedece ya, pero el Delfinado ha sido heredado; hay ingleses en Calais, en Cherburgo y en Burdeos, pero el hermano del rey Felipe se convierte en conde de Flandes. Tras 40 años que no solucionan nada y que nada clarifican, los errores de un Eduardo III que envejece y la aplastante fiscalidad de Carlos V dejan dos reinos extenuados, una aristocracia descontenta y dispuesta a hacerse cargo de un poder que económicamente siente que se le va de las manos, burgueses cansados, una moneda que se devalúa, mercenarios y peste.

El desastre

El medio siglo que va de 1380 a 1430 se considera uno de los más sombríos de la historia francesa y lo es sin duda en todos los campos; pero Inglaterra e Italia sufrieron también en ese mismo período de tiempo. Dos generaciones de hombres cayeron allí en una noche sin esperanza.

Durante veinte años se salvaron las apariencias a pesar de los inicios de revuelta a la que nos referiremos más adelante. La dominación principesca tuvo sin duda algo de odiosa; los príncipes de las «flores de lis», hermanos de Carlos V, gobernaron en nombre de un joven descendiente, y solo les guio su propio interés; entre dos desvergonzados pillajes de Languedoc, Luis de Anjou parte a Nápoles para relevar allí a la primera casa de Anjou que estaba en situación desesperada; Juan de Berry, un ilustrado mecenas, interviene como árbitro y se aprovecha del Tesoro; Felipe de Borgoña teje la tela en la que aprisionará las posesiones de los bávaros, de Frisia a Luxemburgo, y arrastra tras él al joven Carlos VI; Luis de Borbón dota de tripulación flotas contra los berberiscos. Italia y el Rin son, por lo demás, los lugares privilegiados de estas intrigas, familiares y políticas, donde se querría encontrar, aunque sin creerlo demasiado, una grandiosa empresa o incluso un interés económico. Tal vez no sea una mera casualidad que los dos únicos príncipes franceses

que habían parecido ser capaces de ver claramente se enfrentarán allí: Felipe de Borgoña, señor de las dos Borgoñas, de Flandes y de Artois, tutor de Alberto de Baviera en Brabante, Hainaut y Holanda, que hizo que su sobrino, el rey, se casara con la princesa bávara Isabel, pero preocupado igualmente por el Piamonte y Milán; y Luis de Orleans, el hermano menor del rey Carlos, señor de Oise y del Marne, donde se alzan Pierrefonds, La Ferté-Milon y otros castillos defensores de París. Luis avanza hacia Luxemburgo, partiendo en dos las posesiones, y los propósitos, sin duda, de su tío; después se le vuelve a encontrar en Milán, donde se casa con Valentina Visconti, la hija de Juan Galeazzo, «duque» de Milán desde 1395, y más tarde junto a Carlos de Durazzo, pretendiente angevino de Nápoles y Génova, que pasa a estar bajo el dominio francés en 1396.



Francia en el siglo XIV

Pero en Inglaterra también crece la audacia de los príncipes: Juan de Gante, hermano del Príncipe Negro y tío también del joven Ricardo II, multiplica las *retenues*, es decir, las clientelas y tierras que dependen de él, hasta absorber la rebelión de 1381. Sin embargo, en este caso, las ambiciones no van más allá del archipiélago: solo existe una simple preocupación por dominar el Tesoro y controlar las aduanas. Habrá un breve intermedio en este dominio de los príncipes: de 1388 a 1392 en que Carlos

VI desafiando la tutela de sus tíos llama a los consejeros de su padre, los «monigotes», viejos gruñones cuyas arcaicas fórmulas les mantienen unidos; y de 1395 a 1399 en que Ricardo II intenta también destituir a sus consejeros principescos.

El desastre se entrevé ya. Ricardo II es eliminado en Inglaterra por el hijo de Juan de Gante, Enrique, duque de Lancaster, que acaba salvajemente con todas las oposiciones de 1400 a 1413, pero a tal precio que la guerra es la única salida que le queda a su hijo Enrique V. En Francia un drama más se añade a los que ya existían: afectado por un ataque de locura furiosa debida al calor durante un viaje a través del bosque, Carlos VI sale de la escena; o más bien, y ahí está la tragedia, su enfermedad se ve interrumpida por períodos de alivio, aunque cada vez más escasos, que impiden su evicción. Sigue siendo el rey, y las camarillas hablan en su nombre: en Borgoña cuando el príncipe, inconsciente o peligroso, debe ser encerrado; en Orleans cuando durante algunos días está lúcido, y más tarde solo algunas horas. El reino se precipita al caos. Cuando Felipe de Borgoña muere en 1404, sobreviene el desastre.

Se inicia la guerra familiar entre los dos primos: Juan de Borgoña, violento y sin escrúpulos, que se ha ganado en Oriente el sobrenombre de «sin Miedo», y Luis, aventurero y provocador, de quien se sospecha además que es el amante de su cuñada, la reina Isabel. Juan hace asesinar fríamente a Luis el año 1407 en pleno París, y él a su vez será asesinado, no menos cínicamente, en el puente de Montereau en 1419 por los seguidores de Luis. Entre tanto, los partidarios se azaran: la viuda de Luis obtiene la adhesión del condestable Bernardo de «Armagnac», y de muchos nobles y campesinos; los «borgoñones» son hombres de leyes, gentes de las ciudades. Se suceden los golpes de mano, los saqueos de ciudades, los asesinatos y, como se podía temer, la llamada a los ingleses. Enrique V reanuda las pretensiones de Eduardo III: en 1415 desembarca en Harfleur y, al

igual que sucedió en Crécy, es atacado y resulta vencedor cerca de Azincourt el mes de octubre. El desastre militar es completo pues Enrique V, acosado, hace asesinar a sus prisioneros, excepto los de más categoría, pero políticamente el golpe es nulo, pues el inglés vuelve a embarcar. Por otra parte, tras el asesinato de Juan sin Miedo, Felipe el Bueno, nuevo duque de Borgoña, es un aliado seguro, en quien la idea de vengar a su padre desborda todo sentimiento «francés»; la reina Isabel, en malas relaciones con su tercer hijo, Carlos, heredero desde la muerte de sus hermanos mayores, acepta refrendar en mayo de 1420 el tratado de Troyes, cosa que la historia tradicional de Francia consideró una infamia.

El delfín Carlos, que huye a Poitiers con un puñado de oficiales y magistrados, es excluido de la corona; su hermana Catalina la aporta en matrimonio a Enrique de Inglaterra con la bendición de Felipe de Borgoña. Aunque algunos acontecimientos recientes nos permiten sondear mejor que antes el inconsciente y calman una indignación primaria, conviene también pensar en la mentalidad de la época: se sabe que Enrique de Lancaster se sentía en parte francés; ¿cómo podría imaginarse que reduciría quince millones de franceses con dos millones de ingleses? Además, la mayoría de los intelectuales se entusiasmaban apoyando esta «doble monarquía»: un noble intento a fin de resolver el conflicto tres veces secular; una buena tentativa de sobrepasar la estrecha idea de «nación»; y el ganador de este juego fue sin duda Francia. A riesgo de caer en una paradoja, ¿se puede decir que hubo allí una «oportunidad»?

Pero las cosas suceden de otro modo. Mientras Carlos parecía dispuesto a todas las renuncias en Poitiers, Bourges y Chinon, su suegra Yolanda, sus primos de Anjou, uno de los papas, el emperador Segismundo, el duque de Bretaña y los príncipes españoles le animaban a conmoverse. Se resistirá, la guerra no se interrumpirá: «Mejor —dice Enrique de Francia e Inglaterra

—, la guerra sin fuego no vale nada, ni la salchicha sin mostaza». En febrero de 1421 resulta vencedor en Baugé y ataca el monte Saint-Michel. Pero la fatalidad acecha. La gripe se lleva al joven conquistador a finales de 1421, seguido poco después por el desgraciado Carlos VI, desecho real cuyos restos mortales son escoltados hasta su tumba por una muchedumbre lacrimosa que llora a este símbolo de las desgracias del país. El hijo de Enrique V tiene algunos meses; su tío, el duque de Bedford, toma las riendas: la esperanza recuperada por un momento se desvanece, pues el inglés es un excelente gestor y un buen hombre de guerra; su victoria en Verneuil (1424) le hace obtener todo el norte del Loira; en el sur, Carlos no se atreve a hacer nada con su tesoro agotado, sus consejeros huidos, su propia legitimidad puesta en cuestión. Bedford se envalentona: hace bloquear Orleans, contrariamente a la costumbre de la época, que proscribe el asalto de una plaza cuyo señor no puede hacerse cargo de la defensa, y en este caso es Carlos, el poeta, quien fue capturado en Azincourt.

El nuevo respiro que proporciona el destino es bien conocido: Juana no es la primera campesina inspirada que quiso salvar al «gentil delfín»; pero es la primera que ganó su confianza, subyugó a los capitanes y puso en movimiento a los hombres. ¿Es un signo de Dios el ímpetu que surge de Orleans?, ¿suponen la recuperación del país un paseo militar hasta Reims y la consagración de Carlos VII en julio? No. Juana se mete en un atolladero, fracasa en París, es sorprendida en Compiègne y quemada viva en Ruán en mayo de 1431, en la más estricta legalidad, como rebelde, relapsa y bruja, por un tribunal eclesiástico, obtuso pero puntilloso, escrupulosamente constituido. Carlos VII, aterrado, no reacciona, ni tampoco el papa, el emperador ni nadie. 1431: se ha llegado al fondo de la postración y la decadencia. La peste no cesa de azotar.

Es una tradición bien asentada, al menos a partir del siglo XVII, fecha en la que arraiga, que el mundo rural sufre más que cualquier otro las conmociones de los tiempos; que el hombre del campo está más expuesto que oíros a las dificultades económicas, a los asaltos guerreros, a los caprichos políticos; que sus revueltas no pueden ser más que un arranque de miserables. No será pues fácil empeño demostrar que «en los benditos tiempos de la peste», como dice un labrador hacia 1430, la situación de los campos había mejorado, o al menos se había clarificado, y que en medio de tormentas los rústicos, después de todo, estaban menos expuestos que los demás. Para ponerlo en evidencia es menester ir más allá de apariencias engañosas. Y este es el caso en primer lugar de las deserciones aldeanas.

Aldeas abandonadas, aldeas reforzadas

Hace quince años, aún afectada por las indiscutibles investigaciones inglesas que enumeraban un asombroso número de emplazamientos medievales abandonados, los *lost villages*, y más tarde impresionada por el dramático balance de los *Wüstungen*, abandonos de tierras, determinado en Alemania, la investigación histórica había determinado que los siglos XIV y XV, a causa de las «pestilencias y mortalidades», habían visto estallar un amplio movimiento de abandono de las tierras y las zonas habitadas. Hoy día esta visión «catastrófica» no es ya creíble. En primer lugar, en la propia Inglaterra, tanto los que investigan sobre los textos como los que lo hacen sobre el terreno han subrayado el carácter muy tardío del movimiento, contemporáneo o posterior al cercado de los campos, lo que apenas sucede antes de 1420 o 1450, mucho después de la muerte negra; en Alemania, especialistas de períodos anteriores que han realizado excavaciones en Renania han observado idénticos aban-

donos masivos en pleno período de desarrollo agrícola y de equipamiento de los campos; en cuanto a Francia, los Países Bajos o Polonia, los «pueblos abandonados» que se han excavado cuidadosamente han mostrado, como en el caso de Rougiers, en Provenza, una tenaz vitalidad en pleno siglo XIV, incluso un cierto progreso; en otros puntos los abandonos son puramente ocasionales, y el pueblo es vuelto a ocupar veinte años más tarde; en Artois, Quercy e Île-de-France solo algunos lugares han permanecido desiertos hasta nuestros días. En lo referente a los suelos en sí mismos, convertidos en eriales, y de los que cabe decir, por otra parte, que no es difícil saber su duración y la naturaleza del abandono que los asola, los que se saben perdidos son indiscutiblemente los más mediocres, los más lejanos, los más expuestos; y el famoso dicho del siglo XVII; «Los bosques vinieron a Francia con los ingleses», por sorprendente que sea, ignora todo el interés que existía por tener un buen bosque y no una tierra pobre.

¿Qué se puede decir en estas condiciones? Que algunos pueblos o campos fueron abandonados por sus trabajadores, más bien después de 1400 aproximadamente; que en Alemania se creyó poder avanzar cifras elevadas de pérdidas que oscilaban entre un 10 y un 15 por 100 a lo largo del Rin, en Alsacia, en el Weser y en Pomerania, y que sobrepasarían un 20 por 100 en Alemania oriental y meridional, un 40 por 100 en el Harz y hasta dos tercios en Turingia, sumando un total de 40 000 localidades de 170 000 con que contaba el Imperio. En Gran Bretaña y en la Italia central habría del 20 al 25 por 100 de pérdidas, pero solo un 10 por 100 en Toscana, Lombardía y Normandía, y menos aún en Languedoc y en la cuenca parisiense. En Artois, en Champaña, en Entre-deux-mers y al sur de París, a excepción de Hurepoix, estas heridas se curan después de 1470. Picardos, bretones y angevinos se instalan en el valle de Biévre o de Chevreuse; gentes del Poitou y bretones, los «extranjeros»

(*gavaches*), como se les llama en Burdeos, pueblan el valle de Dordoña. Y aquí tenemos, sin ningún género de dudas, la explicación de la que carecíamos: los lugares y tierras abandonados lo son en provecho de poblaciones recién llegadas, o son puestas en manos de aldeanos vecinos. En otras poblaciones, lejos de aparecer como el testimonio de una huida o de un fracaso, este fenómeno es el signo de un fortalecimiento y de un dinamismo rural de buen agüero; la imagen del campo es remodelada en función de las realidades del momento.

La «desocupación», el *Entsiedlung* de los investigadores alemanes, es, pues, en primer lugar, el rechazo de los suelos que la presión demográfica de la época anterior había obligado a arrancar de la maleza; la disminución de esta presión y el descenso de los precios de las tierras permitieron devolver al bosque tierras mucho más apropiadas para el pastoreo o la tala que para pobres cosechas. Es por tanto una medida de vuelta al equilibrio, aunque implique, como se verá, una modificación substancial del trabajo agrario. En cuanto a los desplazamientos de hombres, no hay, sin duda, que reducir a la nada el pánico o las devastaciones. En primer lugar, el refugio en la ciudad o al menos en sus arrabales es un hecho frecuente, no solo si se espera que lleguen mercenarios, sino también ante la peste, reacción por lo demás absurda, pero todo el mundo no tiene el ingenio ni los medios de Boccaccio, que busca refugio para su Decamerón en el aire puro de Fiésole desde donde domina una Florencia asolada. Los barrios exteriores de las ciudades desempeñan el papel de una especie de pulmón que aspira y expulsa el excedente campesino, con todo lo que esto implica evidentemente de problemas de higiene o de abastecimiento. La historia demográfica de las ciudades, Reims, Périgueux, Chalon-sur-Saône, Montpellier, Metz o Ypres, por citar algunos casos estudiados en el área francesa, se trastorna absolutamente, pues las cifras no son pequeñas: unos 3000 campesinos son

echados en los fosos de Montpellier hacia 1380. Sin embargo, estos movimientos son allí de breve duración. Nos interesan más los desplazamientos duraderos como el que evocamos en relación a zonas muy afectadas, como la de Entre-deux-mers. Nos interesa aún más el fenómeno vinculado al abandono de caseríos, de aldeas, a la «deserción». Aquí y allí es posible seguirlo de cerca: en Provenza se baja de la montaña para estar menos aislado, para situarse al borde de las rutas de aprovisionamiento, y los pueblos se desdoblan, dos Rougiers, o Saint-Genis-Jonquiéres; en la Champaña del sur, alrededor de Clairvaux, los pueblos instalados en un calvero experimentan un aumento de su población entre 1370 y 1390 y posteriormente entre 1425 y 1450, en tanto que, por el contrario, el peligro hace que se abandonen los valles del Aube, del Marne o del Sena; el hecho de recurrir al bosque, nuevo o antiguo, ha sido observado en el Forez y en Brie; en el campo de Neufburgo, en Normandía, hacia 1400, al 25 por 100 de los habitantes se les califica como «del bosque»; en Alsacia se ha determinado la posición de 150 emplazamientos abandonados, pero 30 grandes villas aumentaron su volumen; además algunas nuevas creaciones dan testimonio de la vitalidad campesina; junto a las bastidas y *salvitates* del Quercy o gasconas abandonadas se expiden cartas de población, sobre todo a partir de 1420; e idéntica observación puede hacerse respecto al interior borgoñón. Incluso puede verse a los cistercienses parcelar y poblar sus propias granjas hasta ese momento al margen de cualquier contacto con los campesinos. Todavía no hemos hecho alusión a las «casas-fuertes», típicas del siglo XV. que surgen un poco apartadas de los pueblos, a veces allí donde existía un núcleo campesino, y que dan testimonio en este caso del dinamismo señorial.

Aun cuando se dudara del carácter finalmente positivo de esta reordenación, otra característica bastaría para subrayar el inquebrantable vigor del mundo rural: la indiscutible solidez

de las comunidades aldeanas de finales del siglo XIV. El reagrupamiento de hombres cada vez en mayor número en la ciudad trajo consigo toda una serie de consecuencias cuya concordancia muestran los textos y la arqueología: en primer lugar, una subdivisión interna del hábitat para permitir la vida de varias células vecinas bajo un mismo techo: tanto en Rougiers como en Wharram Percy, cerca de York, se ha comprobado con su corolario material, una menor superficie de vivienda por pareja. Por otra parte, es posible que un cierto hacinamiento revelado en Italia, al norte de Francia o en Quercy, provenga de la preocupación por no constituir más que un solo «fuego» sujeto a imposición; con esta unidad de percepción, puesta en práctica sistemáticamente en la ciudad y en todo el país, el contribuyente se aprovechaba de una concentración «fiscal». Observemos en seguida que el poder, urbano o real, se dio cuenta poco a poco del carácter fraudulento de esta costumbre y que la reimplantación de la contabilidad por cabeza, a fin de determinar el «fuego real», se inicia al final del siglo XIV: los ejemplos empiezan a multiplicarse en nuestros archivos para deleite de los demógrafos, hacia 1300-1385, en Hainaut. Países Bajos e Inglaterra, y alrededor de 1412-1418 en el Comtat, Provenza y Suiza, hasta llegar a esa obra maestra de la estadística medieval que es el *catasto*, el catastro florentino de 1427. Un segundo rasgo dará fe aún de la vitalidad rural: se observa un fortalecimiento en los pueblos de las cofradías religiosas, paulatinamente transformadas en grupos de presión; los «amigos» de Rouergue o de Suiza, los *bloetvrieden* flamencos, las «hermandades» del alto Aragón, los *casaleres* de Béarn, los *escarterons* del Briançonnais, los *fruitières* del Jura, las «mutualidades» del Delfinado, los *kedde* frisones, los *Gauerberg* de Baviera, los *poiles* de Alsacia, términos con sentido diverso pero con un único contenido: formar agrupaciones que abarcan a veces una decena de pueblos, dueñas de una parte de la tierra, de herramientas para alquilar, encargadas

frecuentemente, como en Hainaut, de llevar las cuentas, tanto las del grupo como las de la iglesia parroquial, y naturalmente de velar por la defensa de los derechos antaño adquiridos, las costumbres, las fijaciones y limitaciones de la talla, etc. En cierta medida en este tipo de estructura se basan los *pâtis,* que permiten a los campesinos franceses armarse, aunque a veces lo fuera con malos propósitos; y, en suma, el nacimiento de los «cantones» suizos, esos valles que aún hoy día agrupan diez aldeas en una sola comunidad, es el resultado político de esta emancipación.

¿Retroceso o progreso?

El panorama de la tierra ofrece al observador, como la distribución del hábitat, dos aspectos contrastados: el retroceso y el progreso. Pero ¿en qué proporción? Naturalmente se valora siempre más el primero, y los coetáneos eran, sin duda, sensibles a este aspecto. La disminución de los cultivos es un hecho cierto: en Winchester la mengua de superficies con trigo plantado es de un 24 por 100 en 1350 en relación a 1270, y de un 20 por 100 antes de 1400; el volumen de la producción bruta es indiscutiblemente afectado, y no solo con motivo de una crisis puntual: en Artois, cerca de Douai, una abadía que en 1330 cosechaba 300 moyos de cereales no reúne más que la mitad en 1350 después de la peste, y 175 hacia 1370: muy lejos de allí, en Schleswig, el capítulo catedralicio ve descender sus cosechas de 7600 toneladas de grano en 1352 a 2400 en 1437. En todas partes, las estimaciones hechas dan testimonio de pérdidas brutas que van del 35 por 100 en Austria, Île-de-France y Lombardía, al 50 por 100 en Normandía y Cambrésis, e incluso al 63-70 por 100 en Inglaterra, en el Main y en Alemania del norte. Por otra parte, los granos no son los únicos afectados: en términos generales lo mismo ocurre con todos los cultivos, que adolecen de bajo rendimiento, particularmente la viña allí donde las condiciones óptimas para su crecimiento apenas se cumplían, en

Anjou, en Île-de-France; aunque un burgués establezca un viñedo aquí y allí, el volumen de la producción, particularmente del excedente vendible, baja gravemente, como demuestran los beneficios del comercio del vino en París o en el peaje de Mantés, que descienden a la mitad entre 1338 y 1370, antes de experimentar una ligera recuperación entre 1375 y 1410 hasta los dos tercios de la suma alcanzada en 1340. Por otra parte, puede servir de satisfactorio «termómetro» del decrecimiento de los ingresos del suelo la observación de los datos que ofrecen los contratos de arrendamientos: la importante explotación de Tremblay, que depende de Saint-Denis y se alquila por 500 libras en 1335, solo puede serlo por 250 treinta años más tarde, apenas más que en 1400.

Ante este retroceso cabría esperar una subida del precio del grano; y, ciertamente, cuando hay un período de escasez o un asedio en la ciudad, la especulación dispara los precios vertiginosamente: se cuadriplican cuando el volumen de la oferta desciende a la mitad de lo necesario. Pero son hechos circunstanciales. Pues la tendencia general es, por el contrario, la de una baja continua después de 1350, que responde en líneas generales al siguiente esquema: de un índice 100 hacia mediados del siglo XIV se pasa a 70 hacia 1380, 76 en 1400, 70 en 1420 y 60 en 1440. Este fenómeno, aparentemente insólito, procede de tres datos concurrentes: un decrecimiento de la demanda a causa de una punción demográfica mayor que la de la producción; la puesta en pie por las potencias locales, las ciudades de Italia y de Flandes, los reyes ingleses o los príncipes alemanes, de un comercio de importación de cereales bálticos, polacos o de Oriente, comprados a bajo precio en estos lugares, menos afectados o tal vez menos exigentes, y vueltos a vender en Occidente en competencia directa con el trigo local, y en tercer lugar el aspecto indiscutiblemente más rentable de la venta de

otros productos de la tierra, muchos de los cuales no hubiesen podido crecer sin el reflujo del trigo.

Este aspecto completamente positivo de la situación de los campos se suele pasar por alto con demasiada facilidad; o bien se le atribuye esencialmente al final del siglo XV, aunque fue ampliamente iniciado a partir de 1380. Lo mismo puede decirse de las plantas tintóreas, cuya venta está asegurada, y de los cultivos de hortalizas, cada vez más apreciadas en la ciudad, a los que nos referimos más arriba. Conviene poner en su lugar la viña, pues aunque hemos observado hace un momento su retroceso en el nordeste de Europa, más al sur, por el contrario, la búsqueda de vinos de calidad, la «ofensiva de los vinos fuertes», como decía Roger Dion, impone la elección de cepas, la formación de especialistas, el principio de una seria vinificación; la tradición —que parece exacta— honra a menudo, por ejemplo, al duque de Borgoña, Felipe el Atrevido, por haber hecho seleccionar las plantas de Beaunois, haber iniciado el desarrollo de los viñedos de Arbois y haber «lanzado» el «borgoña» en la corte de los papas, todo esto a fuerza de ordenanzas y subvenciones hacia 1395. Pero el segundo apartado agrario que se revela remunerador es la ganadería, a la que nos tendremos que referir más ampliamente. Digamos por lo pronto que el consumo de carne roja, vacuna sobre todo, se extiende en la ciudad, hasta el punto de hacer del oficio de carnicero uno de los primeros de París, Gante o Milán; en el campo, el cerdo, tradicionalmente soporte de la civilización aldeana, cede su lugar a los productos lácteos, y a partir de ahora se cría en las pocilgas, donde adquirirá poco a poco los rasgos físicos con el que lo conocemos en la actualidad. A partir de entonces va desapareciendo de los bosques esa población porcina que los caracterizaba; he aquí un ejemplo entre los muchos que podrían ponerse: el *panage*, es decir, el impuesto pagado por el señor por los cerdos llevados en setiembre a la montanera, baja de 40 li-

bras en Neufburgo hacia 1360 a 23 en 1397, y a 4 en 1440. El consumo de productos lácteos cobra importancia; pero nada iguala en este campo a la irresistible ascensión de la ganadería ovina: esta última, que saca provecho de una extensión de la demanda de diversos tejidos de lana o de pieles, e incluso del principio de un consumo de carne de cordero hasta entonces poco apreciada, llegó hasta las orillas del Mediterráneo, cristiano o musulmán. Pero se debe tener en cuenta también que la ganadería ovina, que solo se concibe en grandes rebaños, sean o no transhumantes, ofreció una rápida alternativa a los grandes propietarios que renunciaban al trigo y consideraban que la mano de obra era muy cara: los *latifundio* de la Antigüedad tardía, tan penosamente eliminados, volvieron a ocupar un lugar en el paisaje rural de Occidente; en España, en la meseta castellana, la Mancha y la Rioja; en Sicilia y en Apulia, paulatinamente vueltas a la estepa, y también en Hannover a partir de 1375 y en el archipiélago británico, de Hull a Bristol o más al norte, hacia 1380-1390. Los efectos sociales o incluso botánicos no son aún sensibles en el momento en que cerramos este capítulo, pero no cabe duda que son apreciables sus inicios.

¿Crisis o mutación del señorío?

Nuestras fuentes, descriptivas y contables, de los siglos XIV y XV, siguen siendo en su mayoría archivos de señores, sobre todo de la Iglesia. Son una perpetua lamentación; los censos no se pagan, se debe reducir su acción, despedir al personal, vender parcelas contabilizadas desde hacía mucho tiempo como *nichil*, «nada», en los informes de los intendentes, poner fin a los derroches y luchar contra el fisco real. Las fases de «reconstrucción» entre dos infortunios no son más que llamaradas de esperanza, nunca coincidentes en una y otra región, lo que bastaría para subrayar su futilidad: 1360-1374 y 1379-1405 en el Bordelés o 1365-1378 y 1392-1410 en Île-de-France, pero, hasta el primer tercio del siglo XV, excepto en algunas zonas

muy excepcionales como Borgoña, el Piamonte o Auvernia, no hay una verdadera recuperación. Lo que no significa falta de interés por la gestión: Gilles li Muisis, abad de Tournai, se puede considerar el Suger del siglo XII; Carlos V hace redactar y difundir manuales, como el *Art de bergerie* de Jean de Brie, y esa enciclopedia rural, obra del italiano Pietro dei Crescenzi que es el *Ruralium commodorum opus*. En realidad, la estructura de la explotación señorial es demasiado rígida para soportar sin incidentes, al menos a un cierto nivel, los repetidos conflictos de una coyuntura tan agitada.

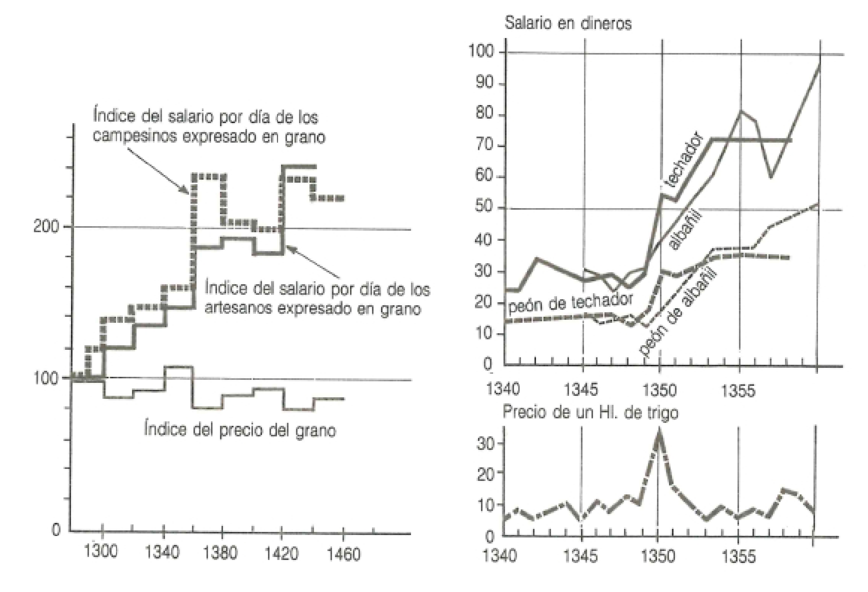
El esquema de una crisis agraria «clásica» es bien conocido: una cosecha mediocre (que, por otra parte, hipoteca la siguiente) implica un alza de los precios de los productos alimenticios; esta alza merma las posibilidades financieras de los compradores, rurales o urbanos, que se ven obligados a reducir otras compras, lo que entorpece y paraliza el artesanado o el comercio; a partir de entonces, tanto en este nivel como en el campo, los salarios, a falta de trabajo, siguen siendo bajos y limitan las posibilidades de compra del trabajador. Ahora bien, este orden de cosas, tan característico del período «moderno», no es aplicable a los siglos XIV y XV. En primer lugar, como hemos dicho, los salarios se mantenían e incluso aumentaban, a causa del poderoso desinflamiento demográfico, y a que la competencia de productos, de venta más segura y rentable, mantenía en el marasmo el precio del grano, excepto en caso de una brusca y violenta penuria. Las «tijeras» de los precios y de los salarios, al menos en el campo, no afectaban, pues, el aspecto de una curva de precios ascendente y de una curva de salarios decreciente, sino a la inversa. En todas las partes que se han podido analizar, estos movimientos son indiscutibles. En tres zonas del noroeste de Europa la situación estaría reflejada en el siguiente cuadro, expresado en índices aproximativos y sin matices:

	1300-1319	1320-1339	1340-1359	1360-1379	1380-1399	1400-1419	1420-1439	1440-1459
Precio del grano:								
Winchester	100	90	79	89	65	68	64	53
Región del Main	100	100	80	55	75	52	70	52
Île-de-France	100	90	78	56	60	56	70	70
Salario del jornalero:								
Winchester	100	124	117	237	151	184	130	125
Île-de-France	100	150	380	250	600	600	390	300

Naturalmente, la base de partida no es idéntica de uno a otro país, ni tampoco el valor de un salario obrero y del mínimo vital correspondiente. Muchos sondeos realizados en otros lugares mostrarían en Toscana, Namurois o Cambrésis imágenes algo diferentes. Diferentes también en relación al vino, a la carne; pero al menos es una visión general cierta.

Un segundo elemento corrige en gran medida este esquema. Afecta a las reacciones absolutamente opuestas que tienen, frente a las dificultades, las células de producción, según su nivel y su naturaleza. En períodos de producción media, si no decreciente, una explotación de corto alcance, un campesino de nivel medio o un hidalgüelo que coseche, por ejemplo, un valor de 250 quintales de grano, de los que él consume 200 obtendrá de la venta de los restantes 50 unas 1000 libras. Otra explota-

ción que coseche 500 quintales, pero solo consuma 300, pues a este nivel la relación no es ya la misma entre volumen producido y «mesnada» a la que hay que alimentar, obtendrá 4000 libras de los 200 quintales restantes. Por último, una tercera, propiedad de un señor de buena posición, un hábil burgués o un trabajador sin par, que coseche 1000 quintales y retenga de ellos 400, obtendrá 12 000 libras de los 600 quintales que pone a la venta. Como se observará, la reserva financiera generada en la célula más amplia es la única que permitiría una eventual reinversión. Ahora bien, en caso de una repentina penuria, hemos observado que una caída del 10 por 100 del volumen producido provocaría en el mercado un alza del 30 por 100 de los precios; menos del 20 por 100 dispararía los precios a más de un 80 por 100, y un 50 por 100 de déficit llevaría a un incremento de los precios del orden del 450 por 100, pues, a falta de reservas públicas, la especulación actúa a sus anchas. Si aplicamos a las tres células de producción escrutadas más arriba el principio de una baja del 20 por 100 en la producción, es decir, un alza del 80 por 100 para los precios, la pequeña explotación produce 200 quintales, los consume y no vende nada; la segunda cosecha produce 400 quintales, absorbe 300, y de los 100 restantes obtiene 3600 libras, un poco menos que en un año normal; pero la tercera, que cosecha 800 quintales y absorbe 400, obtendrá 14 400 libras, mucho más que en un buen año; para este tipo de explotación, una mala cosecha significa un gran beneficio: esta es la razón de «el bendito tiempo de la peste» del que hablábamos más arriba, y la explicación del suicidio de aquel arrendatario de Shakespeare que se ahorcó porque la cosecha era buena.



Precios y salarios en los manors del obispado de Winchester y en París

Pueden verse ahora, al menos así lo esperamos, los efectos de los fenómenos de contracción y venta inferior en cantidad y precio que caracterizan la «crisis». El pequeño campesino y el explotador de nivel modesto sufren poco la crisis, ya que no han de pagar salarios altos y pueden ir tirando «de lo suyo». Los explotadores muy importantes, los *landlords* de Inglaterra, los grandes burgueses de Francia y Alemania, así como los príncipes y sus agentes, apenas han de temer a la coyuntura: además de la ganancia por el grano, obtienen también beneficios por el cordero o la viña, cuyo rendimiento es del orden del 105 por 100. Pero en medio, o completamente abajo de la escala campesina, el desastre yergue su espectro. Conviene detenerse un momento ante cada una de estas categorías.

Que los grandes explotadores no se vean afectados e incluso lleven a cabo la concentración parcelaria, aprovechándose de los abandonos, de las imposibilidades de hacer valer un derecho no escrito conservado cuidadosamente, o más sencillamente por compra o expulsión, es lo que justifica este impulso y es-

te dinamismo agrarios frecuentemente olvidados. El gigantismo no ha llegado aún más que a Castilla o la Alemania oriental: los Haro, los Guzmán y los Mendoza, tras la victoria de Enrique de Trastámara, pero también Órdenes Militares como las de Alcántara, Calatrava y Santiago confiscan literalmente los llanos de la Meseta; en Brandeburgo, el *Landbuch* de 1375 muestra la formación de las primeras concentraciones de *Junkers*; en Prusia, la orden teutónica expropia a los mazovianos y los pomeranios, y será preciso el estallido de la rebelión polaca, a la vez campesina y nobiliaria, de 1410 para poner fin a la bulimia. Pero en Inglaterra también van apareciendo importantes fortunas territoriales como las de los Percy, los Mortimer, los Warvick y los Leicester: aunque es cierto que aquí la atormentada e imprevisible vida política puede muy bien provocar la ruina de alguien que en la década anterior fuera rico. En Francia la situación es más confusa: no lejos de las ciudades se establecen grandes dominios burgueses; en torno a París, cerca de Josas, se ha observado que, entre 1390 y 1430, 52 de los 65 señoríos territoriales pasaban a manos de togados, de comerciantes de vino o de oficiales del rey; se han estudiado los casos de los Ysalguier de Toulouse y de los Jossard de Lyon, sin contar las familias recientemente ennoblecidas por el rey, Orgemont, Dormans y otras. En los alrededores de Génova, los Grimaldi, Spinola, Doria y Speroni colonizan la montaña; y, aunque más solapada que otras, la insinuación de los Medici, de los Pitti o de los Strozzi en el *contado* florentino es de la misma especie.

Los futuros «príncipes» de finales del siglo XV se encontraban con pocos problemas. Pero, en cambio, eran muchos los que había de soportar esa «clase media» formada poco a poco desde 1200 a 1250: los hidalgüelos de Francia, los «yeomans» ingleses, los hidalgos de Castilla o hasta los grandes labradores que se mezclaban estrechamente cada vez más, incluso por lazos de sangre, con la plebe nobiliaria. Estas gentes poseían en-

tre cinco y doce hectáreas, algunos menos: en torno a Bar-sur-Seine y en torno a Lyon se han contabilizado más de un 50 por 100 de *fiefs* que proporcionan 15 libras al año. El declive de la «reserva» es patente entre estos pequeños explotadores. ¿Cómo se podía alimentar así a una «mesnada», aunque no fuera muy numerosa? La explotación directa es imposible; incluso los cistercienses deben parcelar a partir de 1340; por otra parte, los salarios que se han de pagar están fuera del alcance del explotador modesto. Por añadidura, hasta allí donde la mano de obra parecería que no faltaba, la atracción de la ciudad, donde los salarios son en conjunto más altos, absorbe a los voluntarios. Es preciso, pues, proceder al arriendo o a la aparcería lo que deparará el futuro. Pero ya nos hemos referido más arriba a la inevitable enajenación, en provecho del campesino arrendatario: pues el amo desea sobre todo arrendar las labranzas de las que él no se puede ocupar y el arrendatario cuenta, por el contrario, con los prados o los bosques. A este respecto, los conflictos entre la Iglesia y sus arrendatarios adquieren a veces un carácter de hostilidad sistemática. Además, no se puede contar, evidentemente, con los censos, que han descendido a un nivel puramente simbólico, ni tampoco con los beneficios «señoriales». Los documentos contables multiplican las menciones de retrasos en el pago: en Neufburgo hacia 1435, el 60 por 100 de este tipo de ingresos no son ya seguros; es menester conceder moratorias, rebajas; a veces incluso, para asegurarse de que se volverá a ocupar y trabajar una parcela abandonada, el amo acepta contratos excepcionalmente ventajosos para el campesino como sucede en la región bordelesa, en Normandía y en Sajonia: los *champarts* percibidos por las gavillas no son ya una sexta sino una duodécima parte en Saint-Denis; en Burdeos la *agriéve* baja de un tercio a un cuarto en 1394, y luego a una sexta parte en 1415, antes de ser decididamente concedida a cambio de un censo perpetuo, es decir, casi por nada. Respecto a las demás

exigencias, naturalmente ya no se trata de requerir prestaciones personales, excepto en el caso de algunas siegas de heno; además, se paga al hombre que se necesita. En Inglaterra, Enrique V proclama a principios del siglo XV el rescate general de las prestaciones personales; en Essex o en las cercanías de Ely, hacía mucho tiempo que los señores habían dejado de exigirlas por temor a ver huir a sus hombres. Aún habrá, empero, algunos amos aquí y allí muy satisfechos por poder disfrutar de ellas, como ocurre en Auvernia hacia 1422, pero no son más que enclaves, excepciones.

Este debilitamiento de la explotación señorial media, este «feudalismo en crisis», beneficia a los arrendatarios, a los labradores que rigen la cofradía, los «gallos», como se les comienza a llamar: los *censes* de Cambrésis, los *huis* de la alta Borgoña y los *mas* de Aquitania y Provenza agrupan fácilmente de 50 a 60 ha. La bajada de los arrendamientos rústicos alivia la carga de los arrendatarios, que pueden hacer frente a gastos no alimentarios, en alza, y pagar los salarios ante los que el hidalgüelo retrocede; mejor aún, se puede ejercer un control sobre el productor vecino, menos equipado, menos capaz de ahorrar: se le alquilan, caros y tarde, los instrumentos de que carece; se le compra, de antemano y forzosamente a bajo precio, su trigo antes de la cosecha o sus animales vivos para proporcionarle la liquidez que necesita. Esta clase campesina media —que pronto veremos blandiendo las horquillas— atravesó, pues, las crisis sin demasiados perjuicios, y si se la ignorara, no se podrían comprender ni la posterior reconstrucción, ni incluso la vivacidad de los intercambios locales que mantuvieron el comercio regional a un nivel muy satisfactorio: se afluye a las villas donde se venden el lino, el semental vacuno, los hierros del arado y los clavos; la permanencia en pleno siglo XV de tres activas ferias rurales en Perluis, Riez y Forcalquier, por tomar el caso provenzal, muestra el profundo vigor del mundo campesino.

Sin duda, no convendría generalizar. En las regiones donde llega a constituirse un grupo sólido, porque el suelo es demasiado mediocre o las «libertades» demasiado frágiles, son muchos los campesinos maltratados por la crisis; así, en Languedoc, en Navarra y Aragón y en el sur de Italia, pero más al norte también, allí donde la pulverización del parcelario impide la producción de excedente: hacia 1380 en Neufburgo, el 43 por 100 de los explotadores tienen menos de dos hectáreas; en Île-de-France, el 68 por 100 solo tienen una parcela y el 85 por 100 tienen menos de cuatro hectáreas. Los salarios adicionales pueden, tal vez, compensar entre los *brassiers* de Francia, los *Gärtner* bávaros, los *Kössliten* renanos y los *cottiers* ingleses la insuficiencia de recursos. Pero no para todos, y a fin de convencerse de ello baste subrayar la agravación de los estatutos jurídicos: en Inglaterra hay hacia 1370 un tercio de campesinos, de *villeins,* que no pueden abandonar sus tierras; hacia 1400 en Bearn, los «nuevos siervos» son los que no pueden pagar las cargas banales. Como hemos dicho más arriba la restricción o el bloqueo de los derechos de uso limitan por añadidura los recursos complementarios ofrecidos por el bosque.

En resumidas cuentas, la rotura que parte en dos el grupo de los amos y en tres el de los campesinos no puede producirse sin manifestaciones, llegado el caso, violentas. Pero sería demasiado simplista, obsesionados por los ejemplos de las crisis agrarias y de las revueltas campesinas de la época «moderna», ver aquí tan solo un panorama de miseria. La Jacquerie es otra cosa.

Los «jacques» y las «jacqueries»

La breve y violenta revuelta campesina de Beauvais impresionó tan profundamente a los contemporáneos que el término de *jacques* dado a los rebeldes, no se sabe bien por qué (¿se refería al nombre de un jefe?, ¿o a la chaqueta que vestían los campesinos?) y el de *jacquerie* a su movimiento, es aún hoy día sím-

bolo de revuelta rural. Pero todos estos «terrores» distaban mucho de ser similares. En primer lugar, como hemos visto, la masa campesina está escindida en varios elementos con destinos diferentes. La fracción dominante, cómplice de la aristocracia, está fuera de toda discusión; pero los explotadores de nivel medio, cuyo progreso o el temor que inspiran influyen a menudo en las desgravaciones o ventajas permitidas por los señores, están esencialmente preocupados por «conservar la costumbre»: están dispuestos, y en su mayor medida cuanto más fuertes son, a defender la «antigua ley», es decir, a oponerse a cualquier requerimiento, a cualquier punción fiscal que consideren ilegal, a cualquier intervención de individuos que representen a fuerzas igualmente externas, como la ciudad o el rey: en la sublevación flamenca de 1325 los insurrectos intentaron al mismo tiempo rechazar la fiscalidad condal y sustituir a los oficiales públicos por sus propios agentes, los *keuriers*. A esta preocupación por conservar los derechos adquiridos se añade el sentimiento de desprecio o simplemente de hostilidad que suscita una nobleza incapaz a todas luces de cumplir con el papel de defensa para el que se le paga. Podría bastar con tenaces procesos, como el que enfrentó a los hombres de Saint-Alban con su abad en Inglaterra de 1274 a 1381. Pero en un clima de dificultades económicas o de autodefensa las armas están disponibles.

En cambio, los más desheredados reaccionaron más «naturalmente» a las incertidumbres de la coyuntura. Pero su propia debilidad les impedirá siempre tomar las armas o recurrir a la fuerza: huyen, tienden emboscadas o asaltan, de modo que el cronista, guardián del orden establecido, y que no sabe qué efecto pueden provocar los «malos usos» y los abusos cuando afectan a los miserables, no ve en ellos más que bandidos, «terroristas» diríamos en la actualidad, pues no vamos mucho más allá en nuestras reflexiones. En compensación, estos movi-

mientos difusos, inasequibles, polimorfos, duran mucho más tiempo que los demás. Por otra parte, en los dos casos, y particularmente allí donde los vínculos familiares o de adhesión son fuertes, como en el área mediterránea, muchos de estos movimientos, al igual que en la ciudad, multiplican las tomas de postura y los ajustes de cuentas que no tienen una relación inmediata con las dificultades de la clase afectada; y este rasgo, típicamente medieval, bastó para hacer decir a algunos historiadores, voluntariamente ciegos, que no había nada de «social» en todo esto.

Dos series de observaciones ayudarán a juzgar por sí mismo al lector, que recordará que las agitaciones —por emplear un término suave— del mundo campesino empiezan en el siglo XIII, si es que alguna vez han cesado. A esto hay que añadir que un clima generalizado de aspiración milenarista, mantenido por la incertidumbre de los tiempos, tiende a impregnar la mayoría de las revueltas campesinas; se ha dicho de la jacquerie que era un avance de lo que sería el Terror de 1789, cosa que es acertada. Con mayor razón, pues, conviene tratar aparte las manifestaciones escatológicas, iluministas, de las que no faltan ejemplos antes de 1300, y que se prolongaron a todo lo largo del período, sin que su dimensión social esté muy clara: este es particularmente el caso de las bandas de «flagelantes», penitentes itinerantes, cuyas ruidosas manifestaciones de cantos místicos y de flagelaciones mutuas corren paralelas a la peste de Holanda a Suiza, entre 1349 y 1355; y a excepción de una reivindicación social más concreta proveniente de los discípulos de Wyclif que atacaban el orden eclesiástico, los lollardos de Inglaterra inundaron la cuenca de Londres entre 1408 y 1420 reclamando la abolición de toda jerarquía, hasta que el rey Enrique V y el arzobispo Arondel se deciden a eliminarlos físicamente.

Después del primer asalto de la peste comienza a expresarse el descontento del campesinado medio, en los mismos térmi-

nos que habían defendido los *karles* de Flandes en su revuelta atajada en 1328 por el rey. En Inglaterra las protestas tuvieron su origen en la ordenanza de 1351 adoptada por Eduardo III a fin de impedir o limitar una fulminante alza de los salarios provocada por la peste, mientras que numerosos *yeomen*, a quienes la desaparición de muchos de sus vecinos favorecía ya que podían iniciar las esperadas concentraciones parcelarias, se consideraban en condiciones de poder pagar tales salarios; la ordenanza real les privaba de una mano de obra indispensable; las misiones policiacas, desplegadas en seguida por todo el país para detectar los rechazos, provocaron entre 1352 y 1359 graves desórdenes en Cheshire y en el condado de Oxford. En Francia, la situación fue un poco diferente y el descontento se inició más bien en contra de la fiscalidad real, de la gabela, de los fogajes, con mayor razón a partir de 1360 cuando fue preciso pagar los tres millones de escudos del rescate real. Ahora bien, desde 1350, muchas comunidades aldeanas del norte del reino obtuvieron el derecho a llevar armas, a asegurar llegado el caso su autodefensa; y es cierto que el fracaso de la nobleza en Poitiers, el sentimiento de decaimiento del poder real y de la inutilidad de la guerra, desempeñaron también su papel en la rebelión de uno de los territorios más poblados, más ricos y no uno de los más devastados del reino.

El episodio de la Jacquerie duró quince días, el tiempo necesario para la agrupación de hombres armados que deseaban vengarse de la nobleza. Pero lo repentino de la situación y su carácter inexplicable entre hombres reputados, en parte tratados con indulgencia por el destino, son causas de la indignación y el terror de Froissart y otros: el movimiento estalla el 23 de mayo de 1358 en Saint-Leu d’Esserent y llega al cabo de una semana a Valois. Beauvaisis y Amienois; nace también en torno a Perthois y Vervins y encuentra algún eco en Berry y Borgoña. Los campesinos forman bandas al mando de antiguos soldados

como Guillermo Carie: son varios millones, saquean y queman castillos y asesinan a algunos nobles al tiempo que protegen y procuran la confirmación de sus costumbres. Las ciudades se mantienen a la expectativa, cierran sus puertas pero hacen pasar víveres, como Compiègne o Soissons; en París, donde el preboste Esteban Marcel está acorralado, tal vez se pensó en un acuerdo. Pero no se hace nada y los acontecimientos se suceden con rapidez: el rey de Navarra, Carlos el Malo, teme mucho por sus tierras normandas; no tiene ninguna dificultad para reunir 1500 caballeros; el 10 de junio Carie es traidoramente asesinado, las bandas son cercadas y destrozadas cerca de Mello o en Meaux, donde algunas se habían infiltrado. ¡Un completo fracaso! Se ahorcan grupos de campesinos; pero entre los que se salvaron mediante el pago de una multa hay muchos carreteros, toneleros, sirvientes del señor y viñadores: es un movimiento de privilegiados. La represión está al mismo nivel que el miedo, pero no se trata de privar a los campesinos, finalmente amnistiados, de las ventajas conseguidas. Además, no se producen ya idénticos movimientos en el norte: solo algunos sobresaltos entre 1378 y 1381, en pleno período de insurrecciones urbanas, en Flandes, cerca de Ruán y en Brie, y más tarde, entre 1390 y 1393 en Auxerrois. Pero las regiones cerealistas no parecen estar ya en condiciones de rebelarse, al menos en Francia.

En Inglaterra estalla un movimiento que se manifiesta como uno de los más poderosos y mejor coordinados, así como uno de los más conocidos de la historia rural. Como en el caso de la Jacquerie, el movimiento procede de las regiones más densamente pobladas y más ricas, Essex y Kent, en el centro y este respectivamente de la cuenca de Londres. Desde Enrique III, y sobre todo desde los Eduardos, se recaudaron tributos excepcionales y la fiscalidad aparece también allí como el catalizador del descontento; pero el bloqueo de los salarios de 1351-1359, las nuevas tasas, entre las que se cuenta la de 1377-1378, la *Poll-*

tax —que, por otra parte, nos proporciona abundantes datos demográficos—, incrementan el descontento del campesinado medio; en 1381, el tributo de un chelín por cabeza, el equivalente a doce jornadas de trabajo para un hogar, provoca en mayo la revuelta de Essex; en junio, bandas conducidas por Wat Tyler entran en Londres, donde los campesinos son acogidos con una simpatía distante; a lo sumo, lo que se ve en estos hombres brutales que se instalan en la Torre, que remedan las costumbres palaciegas, tiran de la barba a los consejeros e insultan a la reina, es un instrumento para vengarse de los favoritos del joven Ricardo II, entre otros Juan de Lancaster. Los acontecimientos se suceden tan rápidamente como en Francia: el 14 de junio Tyler hace detener al arzobispo de Canterbury y al tesorero de Inglaterra, pero al día siguiente es matado por el lord alcalde, y sus bandas evacúan Londres. Sin embargo, el movimiento de los «trabajadores», a la inversa de la Jacquerie, perdura. Tal vez porque la situación campesina es más confusa, tal vez a causa de una prolongada minoridad real. Surrey, las Midlands y Suffolk se inflaman; un sacerdote, John Ball, suscita un movimiento antijerárquico que desencadena un asalto contra los abades. Las ciudades están menos indecisas que en Francia; los artesanos de la lana se ven allí en dificultades; pero a pesar de su complicidad los «mecánicos» no son activos: bandas campesinas se introducen en Chester, en York y en Worcester en el otoño de 1381. Las demás clases sociales prácticamente no apoyan el movimiento: entre las víctimas de la represión hay sobre todo gente humilde, y son muy escasos los *squires* (hacendados), los miembros de la *gentry* como William Coggan, que respaldaron la «conmoción».

Este tipo coordinado de insurrecciones apenas se produce más que en Francia e Inglaterra; los movimientos italianos son en seguida captados por las ciudades; los de España se parecen a los tenues alborotos languedocanos de los que hablaremos.

En Escandinavia, hacia 1411, el movimiento del «rey David» parece tener alguna coherencia pero no obtendrá nada. Quedaría el caso alemán, del que no estuvieron ausentes ni los señores en dificultades ni los campesinos dinámicos: la ausencia de manifestaciones violentas hace temer una dura tutela señorial: después de todo, la terrible explosión de 1525, con todas las capas campesinas mezcladas, no es tal vez más que el efecto de una larga presión. Naturalmente hay que hacer aquí alusión a los movimientos checos, aunque será necesario volver a referirnos a ellos más adelante: en la revuelta que sigue a la ejecución de Jan Hus en 1415, existe un marcado talante antigermánico; las guerras «husitas» son guerras «nacionales» y «religiosas»; por ejemplo, desde 1399 y 1403, algunos franciscanos, monjes como Juan de Zeliv, se habían entregado a una predicación igualitaria y milenarista, bastante parecida a la de Ball en Inglaterra; el movimiento, llamado «taborita» a partir de 1420, y que consiguió auténticos éxitos militares, es tan poco clasificable como el de los lollardos de la misma época; algunos cabecillas como Martin Huska intentaron, con la ayuda de un clérigo separado de Roma, y de discípulos, llamados los *pikarts*, sin que se sepa por qué, poner en pie en Bohemia una sociedad igualitaria, practicante del comunismo primitivo que la aristocracia, germana o checa, aplastó no sin problemas.

Los «tuchins» y los «maquis»

Todos o casi todos estos campesinos saben lo que quieren y se creen capaces de conseguirlo. Por más que Froissart intentó hacer de ellos unos ignorantes que solo pensaban en hacer el mal, los campesinos claman, por el contrario, que ya no hay razón alguna para la dominación de los señores, y que cada cual debe cumplir su cometido y no estar a expensas de los demás; Gerson abona la misma idea hacia 1405 en sus hermosos sermones a Carlos VI. Otros campesinos están menos en condiciones de pensar, y aún menos de actuar, son los débiles, los

hombres de los bosques, las víctimas predilectas de la escasez y de los sobresaltos económicos; no tienen jefes, ni doctrina, ni objetivos; solo tienen hambre y miedo y por tanto huyen, se esconden y matan.

Este bandidismo social está prácticamente desprovisto de una real conciencia de clase; tal vez en Cataluña se verá aparecer lentamente la idea de una oposición contra los de la ciudad, pero bastante tarde, apenas antes de 1450. En otros lugares, se obedece a la presión de la necesidad, y no es especialmente al señor a quien se apunta. El campesino que toma la «tosca», la pica, y se echa al monte, aquí más bien la landa, saquea iglesias, roba al comerciante, ataca a los viajeros extraviados, pero apenas ataca a la aristocracia. Desde 1362-1363 se encuentran tuquiaos en Languedoc, cerca de Béziers o en las Cevenas; el movimiento, difuso e incierto, se estructurará un poco hacia 1375; se acuerdan entre los pueblos «sacramentáis», pactos de ayuda mutua: uno de cada tres hombres se hace guerrillero, los demás continúan el trabajo esperando su turno. No es extraño que algunos nobles se dejen tentar, como Pedro de Brés. Juan de Chalus o Mignot de Cardillac; en cambio, las ciudades son muy reticentes: Saint-Flour o Aubenas son favorables al movimiento hacia 1378 o 1379, pero Montpellier y Pont-Saint-Esprit le cierran sus puertas. Es posible que en las zonas asoladas por la aplastante fiscalidad de Luis de Anjou, nombrado gobernador de Languedoc, un cierto espíritu «occitano» animara a los grupos campesinos; viajeros, como fray Roquetaillade, invocan a veces la herencia carcomida de los cátaros. Es este un movimiento difícil de delimitar: en 1384 el ejército real captura varias bandas en Mentières, pero de hecho la landa y las Cevenas siguieron formando un mundo aparte de la llanura hasta 1415 o 1420, aproximadamente.

El movimiento catalán tiene una dimensión jurídica más asequible: el rescate de la libertad, la «remensa», muy poco al al-

cance de las posibilidades de un campesinado abrumado por «malos usos» e impuestos reales, obliga a un gran número de campesinos catalanes a vivir en una estrecha dependencia o a huir. Por otra parte, no existe allí oposición al orden social establecido, sino la simple preocupación porque el rey, el obispo de Gerona o el conde de Pallars garanticen la defensa y la *necessitas* de los campesinos; por añadidura, las tierras vacías, por lo general a causa de la peste, permanecen sin cultivar y sin propietario, incluso cuando se presenta un arrendatario. Esta desidia es a menudo compartida por la pequeña aristocracia arruinada: un Francesc Verntallat, caballero catalán devorador de novelas épicas, es una especie de anticipado Don Quijote. El movimiento de las «remensas» no está exento de sobresaltos: cobra importancia entre 1350 y 1388 y se extiende hasta el final del siglo entrecortado por expediciones represivas; sus formas son diversas: golpes de mano nocturnos en las afueras de las ciudades, huida ante los recaudadores, negativa a servir y éxodo, emboscadas en la montaña, etc. La situación, vinculada a una estructura señorial que evoluciona muy lentamente, no se desbloqueará hasta pasado mucho tiempo, por no decir nunca.

Las bandas errantes por el campo configuran otro aspecto de la inseguridad rural: ¿quiénes son esos «mendigos» de Borgoña, esos «caperuzas blancas» de Picardía, esos «caimanes» de Île-de-France que, a partir de 1390, y sobre todo de 1410, atacan a los transeúntes? El «burgués de París» narra horribles historias de niños comidos, de caballeros asados, de burgueses despojados de toda vestimenta. Como se sabe, se encuentran allí mezclados bandoleros y muchos mercenarios y truhanes. ¿Pero es eso todo? ¿Y las llamaradas de odio contra los judíos, están relacionadas con la xenofobia que avivan los infortunios de la época, o bien con el deseo de asesinar acreedores? En todo caso, los progroms se multiplican: desde 1350 en el valle del Rin, 1356 en Gerona. 1380 en la zona de Toulouse y sobre todo

a partir de 1390-1391, en que las matanzas cobran una importancia desconocida desde hacía dos siglos: toda España, a pesar de ser tierra de asilo, se cubre de sangre judía. ¿Tiene algo que ver en esto el movimiento campesino? Esta vez nos encontramos en los límites de las ciudades. Y. dejando madurar un campo donde lo peor y lo mejor van juntos, atravesamos las puertas celosamente cerradas de la ciudad.

«Bonnes villes» y grandes conmociones

En realidad, las ciudades de Europa del siglo XIV y principios del XV no se oponen a abrir sus puertas, pero el movimiento pendular que les asegurará pronto la dominación de todo el país apenas está esbozado. La fisionomía de la ciudad de la «baja Edad Media» es muy inquietante y hay que reconocer que es muy artificioso situar en este terreno un corte cronológico convincente hacia 1420 o 1440, como en el caso del campo: todo lo más existe una aceleración, no un cambio de sentido. Digamos solamente que hasta estas décadas las dificultades se equilibran hasta tal punto con los progresos que los observadores de la época dudan del sentido de la historia; los investigadores actuales —¡y en estos tiempos la ciudad, rica en cifras, es su presa favorita!— ven más claro; de monografía en monografía, Francia, Italia, los Países Bajos, el oeste de Alemania y menos afortunadamente el resto de la cristiandad, se iluminan y oscurecen ante nuestros ojos.

Un incremento demográfico

Las ciudades, víctimas preferentes de la peste, asediadas y luego saqueadas, abrumadas por un aumento de soldados, oficiales y fugitivos voraces, y más tarde desprovistas de sus parroquianos en el momento en que el rey recauda un fogaje, deberían ofrecernos más aun que los pueblos un panorama cons-

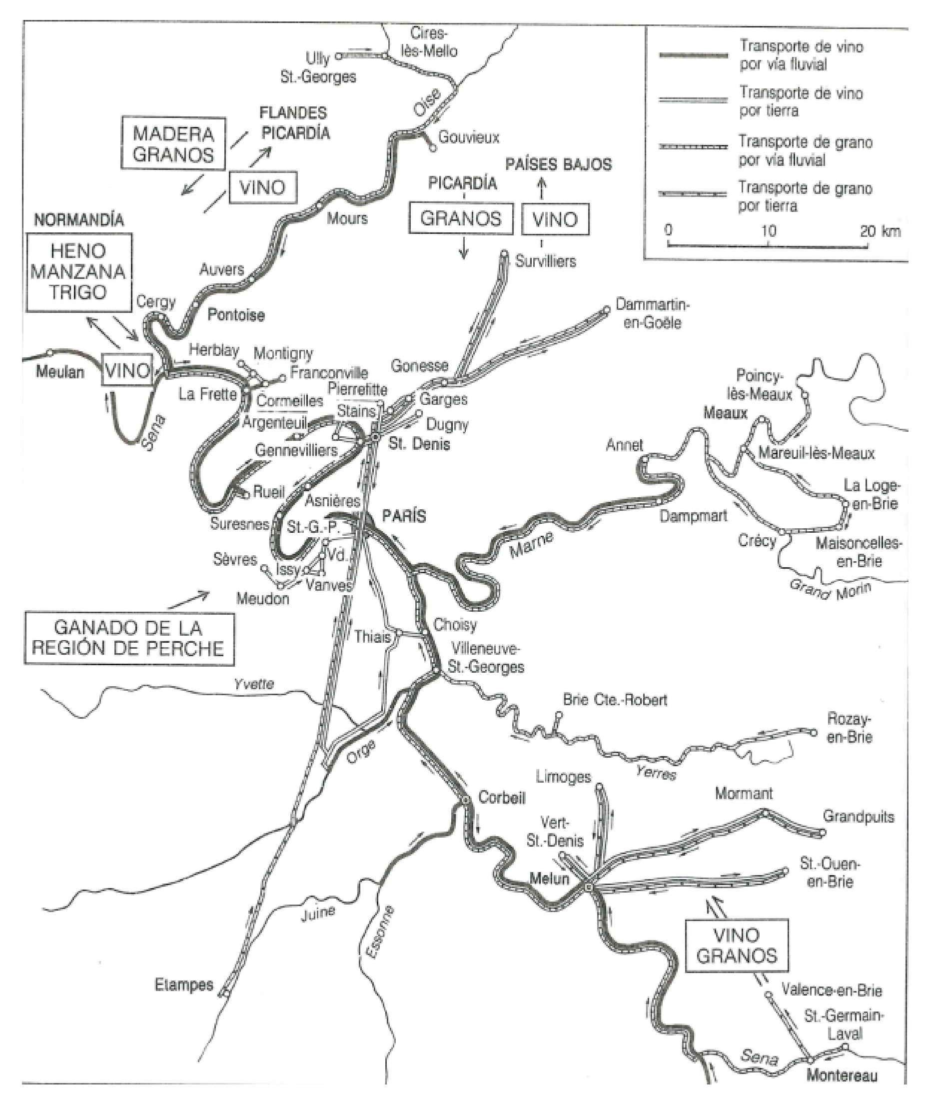
ternador. Pero no es así y, en resumidas cuentas, su vitalidad parece intacta, e incluso mayor.

En primer lugar, se crean ciudades nuevas, o más bien burgos rurales, donde se practica una actividad artesanal nueva, que alcanzan hasta varios millares de habitantes que las convierten en ciudades. Sería absurdo hacer una lista de ellas, pero se puede pensar en los centros de ferias rurales meridionales, Pézenas, Lunel, Pertuis, Sorgue, o en los 70 establecimientos creados por la Hansa. Por otra parte, es sorprendente el incremento de la población y la extensión de la superficie edificada: la inmigración rural, definitiva, es decir, por penetración e instalación a este lado de las murallas, ha sido estudiada en un gran número de ciudades de Francia y de los Países Bajos, así como en Barcelona o Florencia. En París, las corrientes de afluencia presentan grandes contrastes: un 53 por 100 de los recién llegados proceden del bajo Sena y del valle de Oise y un 26 por 100 del Mame y del Morvan; en cierta medida estas direcciones son bastante reveladoras de las zonas de influencia política o económica de la ciudad; en el caso de París es la época, en efecto, de la ocupación inglesa, fuertemente implantada en Normandía y Picardía; en Metz el movimiento de inmigración, esencialmente de Barle-Duc y de Champaña en el siglo XIII, es ahora originario del valle de Meurthe o del Mosela medio, eje de circulación muy activo. Por otra parte, se posee bastante información sobre las condiciones materiales de estas llegadas: en el Bordelés se impone a partir de 1370 la obligación de residencia, un «bando» probatorio de 40 días antes de la admisión en un barrio de la ciudad; en Florencia, desde 1315, es preciso inscribirse antes de un año en un gremio, incluso los nobles.

Es difícil medir la amplitud numérica del flujo. Hay períodos de acogida y otros de rechazo: en 1361 mueren casi cien personas víctimas de la peste o de otra cosa en los bordes de los caminos de París, al no haber podido ser alojadas; pero en Bur-

deos y en Reims, bastaba presentarse con herramientas para ser recibido. Las cifras de población siguen estando en discusión: París sin duda, Milán, Venecia, Florencia y muy probablemente Colonia, Londres, Barcelona y Génova tal vez rozaron en esa época la cifra de los 100 000 habitantes o la sobrepasaron; a menudo, es cierto, en detrimento de ciudades cuya caída parecía inevitable, como Brujas. Ratisbona, Roma y Burdeos. La superficie cubierta por las ciudades en crecimiento es también un testimonio positivo: París pasa de 275 a 450 hectáreas, Colonia o Lovaina de 300 a 500 y Bolonia y Milán de 250 a 800, lo que implica casi en todas partes la erección de una nueva muralla que contiene (¿por interés fiscal o militar?) zonas aún semirrurales con escaso terreno edificado. La gran fase de construcción data de 1350-1380 en la mayoría de ciudades de la época: París, Gante, Metz, Milán, etc. La afluencia de hombres nuevos, frecuentemente de inferior nivel social, implica desplazamientos de calificación en el interior de las ciudades, tanto en el plano de las actividades profesionales como del valor venal de la construcción; en París, por ejemplo, la isla de la Cité, desde que el poder real la abandonó en favor del palacete Saint-Paul en la orilla norte, y más tarde de residencias campestres, es testigo del derrumbamiento de un gran número de casas que ya solo ocupan pobres diablos; hacia 1420 un tercio de las parcelas construidas presenta un aspecto «desierto y ruinoso», una de cada tres casas del puente de Notre Dame es inhabitable y las restantes además son de mala fama; pero en la misma época el barrio de los Inocentes y el de Champeaux ven aumentar el valor de las rentas de las casas: se instalan allí armeros, ensambladores de brocado e incluso orfebres. Cabe añadir también que al construirse aceleradamente, dada la presión de la demanda, se creen descubrir en nuestros documentos signos de una rápida degradación del «patrimonio inmobiliario»: insectos en las maderas demasiado verdes, quebrazas y herrumbre en los hie-

rros, burbujas que revientan con el hielo en las tejas; la duración de las apresuradas construcciones no va más allá de los doce años.



Algunos itinerarios del aprovisionamiento de París

Nada podría mostrar mejor la poderosa vitalidad urbana que la salida en masa de las gentes de la ciudad al campo vecino, preludio de su domesticación. El punto de partida es antiguo y se ha señalado muchas veces: hay que comer y, a excepción de

algún pequeño partido sacado de la huerta como las verduras y algunos cerdos o ganado vacuno, el resto hay que obtenerlo de los campesinos. Ahora bien, en numerosas regiones el campo vecino no tiene suficiente capacidad para alimentar a los 50 000 hombres hacinados en el interior de sus murallas: Génova no tiene en Liguria más que tres meses de víveres y Venecia apenas más, pero incluso Londres o Barcelona no pueden contar con más de seis meses; cuando llega el momento de la «soldadura» entre las dos cosechas se pierde la cabeza, y ya hemos hablado de las incursiones efectuadas por los habitantes de la ciudad en las aldeas cercanas. En el siglo XIV y sobre todo al comienzo del XV el riesgo se ha incrementado hasta tal punto que es menester situar entonces el inicio de una política de dominación que se desarrollará en seguida; añadamos, por otra parte, que no hay, por así decirlo, ninguna idea verdaderamente sólida en las diversas medidas aplicadas, ninguna voluntad de constancia, ni ningún teórico de la compensación económica: un Juan Buridán o un Nicolás Oresme se limitan, en la época de Carlos V, a volver a tomar las teorías de Duns Escoto y de Tomás de Aquino sobre el precio moderado y sobre el derecho del príncipe a fijarlo; y un poco más tarde en Alemania, Enrique de Langestein (muerto en 1397), que llega a la noción de beneficio y de reinversión «automática», no consigue matizar este mecanismo en función del estado del mercado. Se sigue siendo fiel al limitado horizonte del interés urbano inmediato, de la subsistencia asegurada, guardiana del orden público. Las medidas son al principio puramente defensivas: tasación de los productos, alimenticios o no, llegados de lejos y que podrían sustentar un alza abusiva, como los vinos de Francia en Milán; bloqueo de los precios alimentarios, denuncia de los acaparamientos, lucha contra los especuladores; la ciudad italiana se otorga, por lo general, un derecho preferente de compra de los productos de primera necesidad con los que trafican los particulares. Se tien-

de así hacia la idea de un proteccionismo agresivo, base del posterior mercantilismo; y se acogerá con interés el primer acto legislativo que inaugura este deseo: en 1381 el rey de Inglaterra prescribe un «acta de navegación» antes de la verdadera, la del siglo XVI, que prohíbe la descarga en Inglaterra de cualquier producto procedente de un navío que no sea inglés; un propósito absurdo y, en efecto, inaplicado ya que no hay navíos, y normandos y flamencos se apresuran a apoderarse de la cuarta o la sexta parte de toda mercancía que navegue hacia el archipiélago.

Más vale, pues, asegurarse el campo vecino que las rutas lejanas; para conseguirlo se abren muchas vías: al imponerse desde el siglo XIII la venta de los productos rurales en relación al tamaño de la ciudad, esta última obliga a los campesinos a adoptar tal forma de sujeción; en Baviera, en Ulm, en Nuremberg, pero también en Italia, en Siena y en Florencia, sin contar con todas las tierras del interior de la Hansa, los agentes urbanos recorren los campos, valoran las cosechas, y bajo amenaza de intervención armada hacen contratos leoninos con los productores que les obligan sobre todo a vender en la ciudad una determinada parte de la producción. Como no faltan las resistencias, ya sea por inercia o por disimulación, el radio de «bombeo» en el que la ciudad ejerce sus demandas no cesa de crecer: en el norte de Alemania incluso se firman acuerdos entre ciudades, como es el caso de Lübeck y Hamburgo, Ulm y Ratisbona, Bruswick y Hannover, a fin de dividir en zonas el país; por otra parte, la demanda llega muy lejos, sobre todo con relación a productos relativamente escasos, como carnes y productos lácteos: en Provenza, Aviñón y Aix se recurre al Macizo central, al Delfinado; en Italia, Venecia absorbe la «tierra firme» hasta 50 kilómetros de profundidad; los barcos de Auxerrois, Laon y Ruán afluyen hacia París. Se pueden constituir a la sazón reservas relativamente importantes: un inventario de 1422 referido

a Reims en el mes de febrero, bastante lejos, pues, de la «soldadura», nos presenta el panorama de una ciudad en la que dos tercios de los habitantes conservan en su poder grano, jamones o vino, aunque parece ser que la mitad de ellos debieron comprar, en espera de la próxima cosecha, el grano que encontraron (¿pero, a qué precio?) en manos de algunos habitantes que tenían mucho más del que necesitaban.

Otra solución, individual y, por otra parte, sin relación tal vez con la preocupación alimentaria, consistía en adquirir bienes inmuebles. Esta situación es, por definición, la de la aristocracia hacendada instalada igualmente en la ciudad, que se encuentra en el flanco mediterráneo de Europa, pero también, y más de lo que se cree, en el norte de Francia, en Lorena y en Renania. La compra de tierras no tuvo en todas partes una importancia comparable: como se comprobará cada vez más a lo largo del siglo XVII, un gran número de poseedores de capitales en Francia y en España, rehúsan invertir en el comercio o en la tierra, pues prefieren los cargos; lo que intenta, por el contrario, el eventual comprador es la compra de partes comerciales. De modo que el poder de los «burgueses» en el campo sigue siendo aún rudimentario en el siglo XIV; o bien se para en seco muy pronto: los Ysalguier de Toulouse abandonan el comercio y el cambio a partir de 1380, se lanzan a la compra de bienes raíces y comienzan por adquirir tierras, viñas, bosques y más tarde molinos, casas de campo, etcétera; pero pasado 1420, vuelven a los derechos señoriales, los feudos y las funciones reales. Podrían encontrarse idénticos ejemplos en Inglaterra, donde los La Pole de Hull, enriquecidos a través de las explotaciones pesqueras, se abren camino en el campo en tiempos de Eduardo III y acaban siendo duques durante el reinado de los Lancaster; los Acciaiuoli poseen en Florencia una parte del *contado*, se lanzan a la compra de feudos en Morea y más tarde son los encargados de las finanzas de la Santa Sede, vicarios de Ná-

poles y embajadores del papa. Son solo tres ejemplos entre cien.

Los negocios

Muchos de los éxitos logrados en las actividades comerciales o en la compra de tierras por las clases dominantes de las ciudades provienen sin lugar a dudas del reforzamiento de los lazos de clientela o de agrupamientos familiares en las ciudades. Se produce aquí un fenómeno muy cercano al que hemos recordado más arriba en relación a los notables de los pueblos. En la ciudad, las «mesnadas» de los ricos y de los poderosos se ven reforzadas por la afluencia de inmigrados al interior de las murallas. Todas las *consorterie*, los *alberghi*, los *ostaux* y los *paraiges* italianos, languedocianos o loreneses a los que ya se ha hecho referencia, lejos de ser desbordados por los recién llegados, ven crecer su clientela: tras el acuerdo de tres de cada cuatro hombres de la *vicinia*, de la *connétablie*, de la «bandera», del barrio, o del *sestier*, como se dice, según las distintas zonas de Europa, después de la inscripción en un gremio, el hombre se convierte en uno de los *seguid*, uno de los seguidores del jefe de clan; puede ser tendero, hombre de armas, clérigo vagante, *sottoposto*, es decir, parado sin calificación… lo vemos integrarse en las bandas que, en provecho de las familias dominantes —y de paso de ellos mismos—, andarán a puñetazos en la ciudad, harán irrupción en el campo, apartarán a los competidores económicos o los rivales políticos y, en caso de revueltas, proporcionarán una tropa dispuesta a los tumultos y a los pillajes. Cabe añadir a estos vínculos ya sólidos los que mantenían, como en las aldeas, las asociaciones piadosas, a menudo establecidas en la iglesia del lugar, necrópolis de la familia dominante; las cofradías y agrupaciones benéficas del país de Oíl; las *frérèches*, hermandades meridionales y las *poetes* y *Zunftstube* de Lorena y Renania. El peso social de estas difusas corporaciones, en las que la autoridad de los más ricos no es siempre preponderante,

inquietó a veces al poder local: en Italia se las vigila muy de cerca; en Inglaterra, el rey hace en 1387 una encuesta para conocer su audiencia. Recordemos finalmente que la floreciente vida urbana se traduce entonces en la reanudación de los espectáculos teatrales durante tanto tiempo descuidados o reducidos al nivel de «juego» mímico en una esquina: surgen «milagros» y «misterios» en los atrios de las iglesias o en los mercados, y si nos referimos a ellos es porque, lejano, muy lejano ya el eco de las antiguas liturgias, estos espectáculos son encargados, pagados y montados por un barrio, una familia o un hombre, y porque la fuerza de su clientela o la importancia de su bolsa encontraron allí un brillante medio para darse a conocer.

Los «burgueses» se aseguran, pues, una ayuda humana para hacer frente al marasmo. Muchos otros elementos les apoyan. Eludiendo discusiones demasiado largas, hay que recordar hasta qué punto se mantienen e incluso se perfeccionan todas las técnicas que habían permitido el despegue del siglo XIII. Algunos ejemplos bastarán sin duda: el artesanado comienza a generalizar el empleo de mecanismos simples pero hasta entonces reducidos al nivel de prototipo: los telares de pedal manipulados por dos hombres; el torno cuya introducción en Alemania había hecho crecer en una cuarta parte el rendimiento de las hilanderas; el trabajo del metal, aun antes del gran boom minero del siglo XV, alcanzó un indudable nivel de perfeccionamiento: a partir de 1340, el fuelle conectado a la fragua permite la fundición, el *fer de porc* o el *fer de merde*, como se dice todavía en el siglo XV, pero que contribuirá al despertar de la metalurgia a través de los altos hornos de los tiempos modernos; en cuanto al bronce, desde 1290 en Devon, y más tarde en Italia, la perfección de su trabajo ofrecerá a los armeros fundidores de bombardas la elección entre tubos de bronce o de fundición. El papel empieza a suplantar a lo largo del Mediterráneo al pergamino; luego sus molinos se levantan cada vez más al norte. Está

hecho a base de «trapo», es decir, de pedazos de lino, de cáñamo, de fustán y de fieltro que los «regateros» y los traperos compran a los pañeros y a los sastres agobiados con estos desechos que la moda en el vestir, particularmente caprichosa y excéntrica, multiplica. Por último, aunque los progresos de los transportes terrestres no parecen proseguir, los de la navegación toman un sesgo que explica la importancia concedida por el comerciante a todo lo concerniente al armamento naval y al riesgo del mar en el siglo XIV: en primer lugar, la generalización del timón de codaste en el eje de la nave, utilizado en el Báltico desde 1242, y que llega al Mediterráneo hacia 1310; a continuación el tablazón a obra muerta y no ya a ras, en esta ocasión llegado de España y del Magrib al mar del Norte, y que permite mayores velocidades; la brújula oriental es adoptada antes de 1350 en casi todas las naves cristianas y hace necesaria y posible la utilización de cartas marinas. La cartografía, nacida hacia 1296 en España, y más concretamente en las Baleares, se introduce en las mentalidades y en las prácticas; un mapa pisano de 1300, los «portulanos» de 1325-1340 y sobre todo el famoso Atlas catalán encargado por Carlos V, que va de Dakar al Japón y de Suecia a Mali, dan testimonio de un paso decisivo dado en Europa que abre camino a los tiempos modernos.

En la ciudad o en el mar, estas refinadas técnicas repercuten en la marcha de los negocios. Socialmente hablando el resultado es ambiguo: como toda introducción de maquinismo, el progreso va seguido del despido o la descualificación de numerosos trabajadores, y los rechazados por razones de beneficio no tienen la intención de dejarse olvidar. En cambio, es evidente que la reducción de los gastos que gravan las operaciones es siempre en provecho del encargado del trabajo. La contabilidad de la familia Datini, en Prato, al norte de Florencia, muestra que en el precio de venta de un paño la compra de la lana representa un 38 por 100 y el acondicionamiento un 16 por 100,

proporciones bastante próximas de las señaladas más antiguamente pero que los costes de fabricación y los gastos generales bajan hasta el 35 por 100, lo que permite obtener alrededor de un 10 por 100 de beneficio neto sobre la venta. Se podrían hacer observaciones similares en relación al coste del transporte: los marítimos hacen bajar hasta un 10 por 100 el precio del vino transportado de La Rochelle a Brujas, mientras que los terrestres gravan de un 40 a un 60 por 100 el precio corriente del vino de Auxerre que llega a Flandes, según el itinerario seguido. ¿Cómo extrañarse de que las circunnavegaciones de Génova a Flandes, por ejemplo, fueran preferidas a los pasos alpinos, aun con grave perjuicio para las ferias campesinas?, ¿o de que las técnicas de seguros marítimos firmados ante notario se perfeccionen y mejoren? Citemos a este respecto el caso de Bagnaria, notario de Génova que aseguró en 1427 hasta 200 000 florines de mercancía.

Con más rapidez que en el campo, los «hombres de negocios» occidentales tomaron conciencia de la necesidad de adaptar su formación y sus proyectos a estas posibilidades. Los tratados sobre comercio, de los que los dos más célebres pertenecientes al período que estamos estudiando son el de Pegolotti, *Platica della mercatura* (1340), y el de Uzzano, *Libro di mercantie* (1432), van acompañados de la apertura de escuelas de contabilidad y gestión. Según Villani, en 1338 había seis en Florencia; y, en todo caso, a principios del siglo XV hay escuelas en Londres, Bristol, Brujas, Bremen, Milán y Génova. La mejor teneduría de libros es también un argumento en favor de este fortalecimiento mercantil: el uso de una contabilidad por partida doble que consta de un libro de caja corriente, un libro de clientes con el activo y pasivo de cada uno y un libro de cuentas corrientes permitía no solo detectar los descubiertos y remediarlos, sino también establecer balances a lo largo del ejercicio, transferencias de cuenta y liquidaciones entre cuentas de

una sucursal. Tal vez la «contabilidad por partida doble» es de origen veneciano; en Florencia se conocía hacia 1277-1280 y en Génova en 1339, pero durante mucho tiempo seguirá siendo una especialidad italiana: hasta el siglo XV no se verá en los Países Bajos o en Alemania.

Es sorprendente que este dominio de los problemas financieros no fuera paralelo a una mejor organización estructural de las empresas. Es cierto que se multiplican, pero, por lo general, a muy mediocres niveles: se ha observado, por ejemplo, que en Toulouse un 67 por 100 de ellas tienen menos de 200 libras de capital invertido, un 56 por 100 solo son concertadas por un año y sin contrato en firme. Incluso en Italia, patria de las sociedades y compañías desde el siglo X, las agrupaciones siguen siendo esencialmente familiares y breves: una decena de parientes con un fondo común, el *carpo*, y acciones a cambio de una aportación externa, el *sopra corpo*. El capital es moderado, menos de 100 000 libras en el caso de las más importantes; incluso en Génova o en Florencia se tiene aún la mala costumbre de no conservar en caja más que de un 25 a un 30 por 100 de liquidez: de sobrevenir el desastre de una sucursal o el pánico de los accionistas, la caja de la banca salta, se produce la *banca rotta*; la cascada de quiebras de 1340-1345, aproximadamente, de las que hablamos más arriba, parece ser que no sirvió de lección. Todo lo más se asiste a la creación de un mayor número de agrupaciones públicas coyunturales, vastas empresas en comandita y de corta duración como los *montes* florentinos o las *maonas* genovesas que concentran grandes capitales, como los 300 000 ducados de una empresa de alumbre en Génova. Portugal y Cataluña, hasta entonces poco tentadas por estas formaciones, esbozan algunas para la explotación del corcho, del mercurio y de los agrios, aunque sin la cobertura financiera representada en Italia por los recursos municipales. Si se añade que estas diversas empresas siguen estando sometidas a las

fluctuaciones del volumen de oro o de plata en venta, *larghezza* y *strettezza,* que acompañan la historia de la acuñación monetaria, y que aún no se ha llegado a la fase de la banca central, ni incluso a la de los efectos de crédito, letra de cambio o cheque, se reconocerá que quedan aún etapas por superar a los artesanos y los comerciantes de Europa para intentar la aventura mundial.

Los dolores de la ciudad

Por lo demás, este no es más que un aspecto del panorama: la ciudad crece, el campo cede, los negocios prosperan, las técnicas se refinan, es cierto, pero no lo suficiente para acallar los clamores de los amotinados y el rugido de los incendios. Pues la ciudad del siglo XIV, paraíso de los hombres de negocios, es el infierno de los pobres.

La estructura del trabajo artesanal en la ciudad no experimentó modificaciones comparables a las del señorío campesino. Los gremios, las *arti,* siguen siendo el marco normal de la concentración y de la seguridad. Se debe señalar solamente una creciente tendencia a la rigidez y a la esclerosis, tal vez porque los perfeccionamientos técnicos de los que hablábamos más arriba hacen necesarias la vigilancia de la buena mercancía y la competitividad, que constituyen los dos pilares del trabajo urbano. A esto corresponde en primer lugar la obligación reglamentaria en Italia, y prácticamente inevitable en otros lugares, de la inscripción en un gremio. En Alemania, en Colonia, Magdeburgo, Hamburgo y Lubeck hacia 1379 se cuenta con un 62 a un 70 por 100 de habitantes inscritos en un *Amt* o en un *Gewerke*; en Inglaterra un poco menos tal vez en las guildas; en Languedoc después de 1360, las ciudades se esfuerzan por seleccionar entre los trabajadores los inscritos en los gremios, pues, aquí, los bailes que representan a los maestros de taller en el consulado son a partir de ahora nombrados por ellos, de modo que conviene eliminar a los eventuales rebeldes. Existe aquí

una actividad «malthusiana», que se traducirá un poco más tarde, por ejemplo en Ulm, Alemania, en una obligación de residencia previa de cinco años y el pago de elevados derechos de entrada. El mismo estado de ánimo preside las crecientes exigencias impuestas a la promoción en el gremio: la obra maestra, forma de acceso normal a la maestría, se hace más difícil y costosa, y después se reservará preferentemente a los hijos de los maestros; esta «veda» se detecta excepcionalmente pronto en el norte de Alemania los años 1313, 1350 y 1360-1370 en ciudades como Stettin. Riga, Hamburgo y Lubeck; más tarde alcanza al noroeste de Europa, conduciendo hacia la herencia de la función de maestro: en Gante, a principios del siglo XV, 213 cerveceros de entre 250 son herederos de su padre. Por otra parte, la restricción del número de aprendices está en el mismo orden de cosas, solo se autoriza uno por taller en París a partir de 1351.

Se desembocó así en una situación extremadamente frágil: por una parte el artesanado sigue siendo la pieza capital de la actividad urbana, ya que debe inscribirse en él, y Villani no cuenta menos de 200 talleres textiles en Florencia hacia 1340, pero, por otra parte, las condiciones de trabajo en el taller, o incluso las condiciones de acceso, crean tensiones en la ciudad que proceden tanto de los *sottoposti* y de los parados, como de los obreros de base. En efecto, el aumento de los salarios, aun siendo cierto y situando al trabajador de la ciudad por encima del campo, se ve contrarrestado por el aumento de los precios de los objetos fabricados, mientras que el campesino paga su grano poco caro a causa del marasmo tan frecuentemente señalado, los precios en la ciudad están sujetos a súbitas alzas (¡800 por 100 en el del pan en París en 1419-1420!) que los ponen fuera del alcance del *popolo minuto*, de los «mecánicos», de la mayoría; por añadidura, otros productos, que como máximo fabricarían para sí mismos los pueblos, como objetos de made-

ra o de hierro, vestidos o herramientas, experimentan un alza regular, relativamente moderada, es cierto, pero más rápida que la de los salarios: 100 por 100 al principio del siglo XIV, 160 después de la peste y 350 al principio del siglo XV para el hierro trabajado. Y aquí también las ordenanzas de febrero de 1351, y de junio a octubre de este mismo año, en Inglaterra, Francia y Castilla hacen aún más tensa la situación en la ciudad, si bien en los dos últimos reinos se acepta un aumento del 30 al 50 por 100 en relación a los precios de 1347, cosa que Eduardo III rechazó en la isla. A poco que las agitaciones guerreras, que no hay que olvidar, bloquean la producción, aunque solo sea por un tiempo, la caída de los beneficios de los ricos, de los *poorters*, del *popolo grasso*. como se dice aquí y allí, puede ser importante; por ejemplo, en la industria textil italiana hay un descenso del 15 al 6 por 100 hacia 1375 y en la del armamento naval ruanés en 1380 del 50 al 7 por 100. En este momento una atmósfera de oposición de clases se abre paso: los maestros herreros renanos piden en 1383 el apoyo de las fuerzas urbanas para dispersar a los obreros que piden trabajo y, en la mayoría de los movimientos a los que nos vamos a referir, el poder público se ve llevado a intervenir.

A intervenir, o en ciertos casos a dejar hacer, sobre todo cuando se producen esas extrañas luchas en el interior del mundo de los trabajadores entre obreros bien pagados y obreros mal pagados, e incluso entre obreros y parados, absurdos arreglos de cuentas que, como en todos los tiempos, el empresario presencia con una evidente satisfacción: la desgraciada historia de Gante e incluso la de Lieja se ven así salpicadas de conflictos fratricidas, como en 1349-1350 en que bataneros y tejedores se asesinan por turno. Las disensiones son tan numerosas en las manifestaciones urbanas que es un artificio querer suponer allí un orden que los contemporáneos no vieron, tal vez porque no existía.

Aprendices de brujo

En primer lugar, creemos que es menester separar de esta masa los movimientos en que la dimensión política es más visible, e incluso la dimensión familiar, esas dos capas que algunos se limitan a describir sin averiguar lo que pueden recubrir. Por lo general, en las ciudades con un alto grado de exenciones se trata de obtener el acceso a la regiduría, al *Rat* o al consulado de representantes de los trabajadores de nivel medio, los gremios hasta entonces apartados, pues se consideraban, por la naturaleza de su producción o el nivel de su clientela, una ayuda inútil para el gobierno de los asuntos de la ciudad, sobre todo los oficios relacionados con la alimentación, los de base metalúrgica, o incluso los que representaban niveles modestos del trabajo de la lana. Pero es preciso ver que, muy a menudo, son las circunstancias locales las que desencadenan las agitaciones: un hecho externo, como la llegada de ejércitos extranjeros, o un sobresalto interno como la lucha entre dos facciones políticas puede bastar; frecuentemente aparece un cabecilla, miembro de un clase acomodada, un pañero, un pequeño noble o un clérigo, que se apoya en los humildes para hacer triunfar los intereses de su clase, si no de su casta; hace alarde de un lenguaje «democrático», pero todo lo más con miras a la ampliación de la base censataria del poder de los burgueses. Los ejemplos son muy numerosos aunque desigualmente conocidos; citaremos algunos de los más notables: el de 1293 en Florencia que trae consigo la expulsión de los Alberti, pertenecientes al partido «gibelino» teóricamente hostil a los papas y que, a través de las «Ordenanzas de justicia», da acceso a la señoría a algunos gremios nuevos pero la confía de hecho a una nueva capa mercantil, la de los Albizzi y los Strozzi; a principios del siglo XIV en Brujas, bajo el mandato de Pierre Deconink, levantado contra los franceses y sus «cómplices» en Flandes, los *leliaerts*, los partidarios de las flores de lis, un puñado de *poorters* y de pañeros son ma-

tados en su mayoría (1302) antes de que la hueste real pueda vengarse; se encuentran también ejemplos en Espira en 1304, en Bruselas en 1306 y sobre todo en Lieja, que Enrique de Dinant había ocupado durante algunos años. Estas zonas del noroeste siguen siendo muy sensibles hasta la llegada de la peste en 1350, acompañada de los progroms: Maguncia, Estrasburgo, Colonia y Basilea experimentan sobresaltos entre 1332 y 1336, al igual que Génova y Florencia en Italia. ¿Se puede dar un valor social a la adhesión del pañero Jacques van Artevelde a Eduardo II, que hará de él un «capitán de la ciudad» de 1338 a 1345? Artevelde hace promesas a los trabajadores de la industria textil, y precisamente porque no las mantiene es asesinado en el curso de un motín, antes de las luchas internas de 1349-1350 contemporáneas a la peste.

Tal vez se deba también a la peste uno de los más originales intentos de esta naturaleza: en 1347 en Roma, un notario que se considera un censor a la antigua, Cola di Rienzo, ante la desesperanza causada por la epidemia y la ausencia pontificia, pretende restaurar la República romana; esta vez el lenguaje empleado es «popular»; los hombres del Trastévere son invitados a saquear los palacios de la nobleza romana que huye; se intenta crear un gobierno directo, con elecciones en los *rione* (barrios) de la ciudad; pero, a la hora de la verdad, las ideas municipales prevalecen sobre la visión de Cola, que no tiene ni la madera de un emperador, ni los medios para hacerse dueño del castillo de Sant'Angelo; su caída en 1354 bajo el peso de la aristocracia latina deja indiferente.

El episodio de Étienne Marcel es de la misma naturaleza y muy conocido por los franceses, a quienes se ha hecho creer insistentemente que este pañero, egoísta y torpe, es una especie de fundador de la democracia popular, al menos la parisiense. Repasemos someramente los hechos. Los «estados» reunidos en 1355 por Juan el Bueno a fin de obtener algún dinero hacen

llegar al rey duras palabras; el obispo de Laon, Lecoq, y el preboste de los comerciantes de París, Marcel, de la familia más rica de la ciudad, dirigen sus críticas contra la fiscalidad real y la poca representación de los comerciantes ante el príncipe; en este asunto no hay ninguna alusión al pobre pueblo; la captura del Valois en Poitiers, la demagogia del rey de Navarra. Carlos, que quiere apoderarse del trono y la aparente debilidad del delfín Carlos incitan a Étienne Marcel a hablar alto: en 1357 impone un control sobre las finanzas públicas; pero solo piensa en París. Se comienzan a construir unas murallas que acabará Carlos V. se organiza una división por barrios y se recluta una milicia. Nada de esto hace vacilar al delfín ni contenta al pueblo; en febrero de 1358 Marcel intenta un último esfuerzo contra el joven Carlos y tiene lugar la famosa, aunque mal comprendida, escena del Louvre invadido, de la muchedumbre que asesina a los pies de un príncipe temeroso —y desde entonces mortalmente insultado— y de los consejeros reales, en tanto que Marcel, como Petion cuando el 20 de junio de 1792 ofrece un gorro a Luis XIV, coloca su caperuza en la cabeza del delfín, más sin duda para protegerlo que para humillarlo. Es evidente que el preboste no deseaba llegar a tales extremos. Lo que sigue se puede resumir en pocas palabras: el delfín huye, los *jacques* son aplastados, el rey de Navarra elude la cuestión y el pueblo engañado se aparta de Marcel, a quien un falso amigo asesina en julio en el momento en que, sin razón, el preboste se disponía a abrir la ciudad a los ingleses.

Pero no se cierra aquí la lista de movimientos urbanos en que el pueblo llano, arrastrado por los hombres de otra clase, fue embaucado por promesas no cumplidas: en Alemania, durante el poderoso movimiento revolucionario de 1378 a 1382, no se distingue otra cosa en Brunswick y en Maguncia, o más al oeste en Metz; en el momento de la insurrección de Gante en 1382, Felipe van Artevelde, el hijo de Jacques, atrae hacia él ar-

tesanos, como en 1302 o 1328, pero sus pretensiones son municipales: muere en el mes de noviembre en Roosebeke ante la armada real y, en las difíciles negociaciones que siguen hasta 1385, solo se habla del estatuto de la regiduría. En cuanto a los movimientos parisienses de 1413-1414, consecuencia de la rivalidad entre los partidarios de Bernardo de Armagnac y los de Juan de Borgoña, hay un «toque popular», mozos de carnicero, mandaderos, bataneros o almadreñeros se encuentran entre los que escoltan al duque, le estrechan la mano y siguen a Simón Caboche, rico maestro carnicero; pero se polemiza en torno al reino y los «estados». Los parisienses podrán continuar matándose entre sí hasta 1418 sin que la suerte de ninguno de ellos cambie. En Bruselas, los Hoeks opuestos a los Kabiljauws en el momento de la expulsión de Jacqueline de Baviera en 1423 o en Sevilla los partidarios de los Ponce opuestos a los Guzmán no son más que idénticos pretextos falsos.

Pero el Juego no se apaga

A la larga, la excitación repercute en las categorías sociales que tienen razones para quejarse. Cola, Marcel y Caboche, ya fueran demócratas de corazón o solo de palabra, pero de todo modos a la altura de su época, fueron un poco aprendices de brujo. Como lo fueron los hombres cultos, los hombres bienintencionados que, a principios del siglo XV, toman conciencia de la miseria del pueblo: Gerson, Jean Petit o Alain Chartier hacen llorar a los príncipes conmovidos; los franciscanos serán su eco: encaramados en un guardacantón o en una tarima, arengan a la muchedumbre durante horas, como fray Ricardo en París el año 1429. Se denuncia la corte que presiona, la nobleza conducida por el orgullo, la guerra que afecta más a quien no tiene ya gran cosa, la Iglesia que vacila, la riqueza que lleva al Infierno; no hay lugar para la esperanza de la paz.

Ahora bien, existen los marcos para el reagrupamiento: los talleres, las cofradías, las *vicinies* de barrio e incluso esos

colloquia, esas agrupaciones de oficiales más o menos ilícitas en que no son admitidos los maestros y que se denuncian desde el siglo XIII. Como siempre, el primer instrumento, el más accesible, es el sabotaje, la inercia, el rechazo del trabajo, el *ristoppio*, el *takehan*, como se dice en Italia o en Flandes, la huelga (la *grève*), como se dirá en Île-de-France, sin que se sepa a ciencia cierta si esta palabra proviene realmente de la plaza de este nombre (Place de Grève) sita en París: hay huelgas en 1311-1313 en Londres y en Flandes, en 1322 en Estrasburgo, en 1337 y 1345 en Gante, en 1346 en Florencia y durante los movimientos llevados a cabo de 1354 a 1358 tienen lugar idénticas manifestaciones en Siena, Colonia y Londres. El esquema es en todas partes el mismo: negativa a ser contratado por el salario propuesto y retroceso de los amos después de la incitación a la huelga ya fuera por determinados oficiales o por campesinos en apuros. La sangre rara vez corre, la represión está mal orientada, el resultado es insignificante.

Por esta razón, la fase que va de 1378 a 1383 cobra una gran importancia, aun cuando no será, después de todo, como la de Wat Tyler en Londres, la de las remensas de Aragón y la de las alianzas de señores a lo largo del Rin. Agitó, en efecto, espontánea y sincrónicamente a las gentes humildes de las ciudades europeas. Los puntos de partida varían: en Florencia es un bloqueo de los salarios decidido por los Albizzi y los Strozzi; en Metz es la prohibición de coaligarse hecha a los obreros del hierro y la expulsión de los marginales de Champ en Seille; en Ruán y en París es el restablecimiento de los fogajes que Carlos V moribundo había cínicamente suprimido. Pero en esta ocasión, con cabecillas o no, el grueso del motín parte de los humildes. En Florencia, el mes de julio de 1378, tras una ruptura entre los clanes güelfos dominantes, en que Salvestro de Medici desempeña un papel ambiguo, la agitación contra la Señoría alcanza a los tenderos, que se arman. Se forman bandas al

mando de un cardador, Michele di Lando: se reclutan 1500 ballesteros populares; el palacio del podestá es atacado, el de la Señoría invadido y los registros de impuestos quemados. Pero aunque el pueblo obtiene la entrada de tres nuevos gremios en el Consejo, de los que uno, el «gremio de los menudos», significa todo o nada, no consigue organizar ni su gobierno ni incluso su aprovisionamiento; por otra parte, Lando se adhiere a las autoridades y las artes mayores, cambistas y pañeros especialmente, sienten miedo y recurren a la aristocracia terrateniente, que regresa en gran medida a la ciudad. A finales de 1381 todo vuelve a la normalidad. Lo mismo sucede, en menos espacio de tiempo si cabe, en Francia: París se agita en el otoño de 1381, se apodera de los mazos emplomados de los que se sirven los agentes del orden; ante los «macillos» (*maillotins*), que reclaman solamente la supresión de los fogajes, un edicto de fijación de precios y un alza de los salarios, los duques regentes, tíos de Carlos VI, fingen reflexionar; de hecho, abatirán en primer lugar la *harelle* surgida en Ruán y más tarde se apresurarán a sofocar en Roosebeke la revuelta flamenca; de vuelta en París, la hueste real lleva a cabo una demostración de fuerza, pasando sobre las hojas abatidas de las puertas. La represión es relativamente suave; no hay que desesperar al Marais; y, por otra parte, el pueblo tendrá la ocasión de aplacar sus rencores, a falta de obtener libertades, en la larga guerra civil que comienza en 1407.

Las «conmociones» no siempre sorprendieron realmente a los contemporáneos; la ciudad está revuelta y poblada de gentes diversas e imprevisibles: no hay por qué sorprenderse de sus agitaciones. Si las cosas llegan demasiado lejos se recurrirá al rey. En cambio, los «terrores» campesinos, francamente menos graves, espantan, pues las reacciones de un campesino solo pueden ser peligrosas: se continúa, pues, viendo en los hombres del campo la base de la sociedad establecida. Los disturbios ur-

banos son meras agitaciones, los disturbios rurales auténticas perturbaciones. Contra unos y otros solo hay un remedio: la fuerza pública; pero ¿será esta capaz de cumplir su cometido?

El poder acorralado

¡Triste aspecto el que ofrece el Estado en este período! Pontífices honorables, pero controvertidos, y luego discutibles y odiados; emperadores henchidos de proyectos, pero cuyos nombres se ignoran; monarquías occidentales en pleno desconcierto; ancianos, menores de edad, locos, patentes o probables, y un caleidoscopio de podestás, príncipes y capitanes que solo tienen en común la brevedad de su poder y el irrealismo de sus proyectos. En medio de ese tumulto y de tales barbaridades se sientan, no obstante, algunas de las bases del Estado moderno.

Vuelta a la República

Un papa, un emperador, el viejo dualismo del siglo XII apenas se mantiene ya en pie a partir de 1250. Este símbolo del Occidente cristiano, esta teoría de los «dos poderes», del que estaban tan imbuidos los pensadores universitarios, ha perdido actualidad: ambos están hechos añicos. Se conserva a veces, es cierto, la nostalgia del emperador de Occidente, y ahí están Dante, Marsilio de Padua, Petrarca —¡todos italianos!— para confirmarlo; en el momento de la coronación de Enrique VII en 1312, en la de Carlos IV en 1355 y cuando se impone en 1416 la «rosa de oro» a Segismundo, los reyes se inclinan, incluso los que, como Carlos V de Francia, tenían el descaro de hacer cabalgar sobre un caballo negro a un emperador que estaba de visita. Pero el emperador no es ya nada en Italia: todos sus «vicarios» actúan a su modo, se hacen duques, como Visconti en Milán en 1395, o no responden a las órdenes como Amadeo VIII de Saboya en 1406; por otra parte, ¿qué podría

hacer el supremo soberano? En Alemania vende todo a las ciudades, a los 350 príncipes que se reparten las *regalías*, y vaga con algunos oficiales, sin ejército y sin dinero; se ha estimado su renta anual en 7000 marcos, la mitad de lo que cobra el rey de Sicilia.

Eran los reyes quienes encarnaban el Estado. El desarrollo del derecho romano jugó finalmente a su favor; helos aquí dueños de la *auctoritas* y de la *potestas* son, según dicen los legistas de finales del siglo XIII, «emperadores en su reino»; Raúl de Presles invoca la Ciudad de Dios y el Antiguo Testamento, Juan de Terrerouge y Felipe de Mézières hablan incluso ¡de la religión real! En tiempos de los envejecidos Carlos V y Eduardo III. al igual que bajo los reinados de Pedro de Castilla y Pedro de Aragón, los círculos reales bosquejan otra imagen del príncipe, bastante contrastada por cierto. Sin lugar a dudas, dice Nicolás Oresme y más tarde Juan Gerson, el príncipe es el garante de la «buena policía»; sobre él reposa la «República». Es desde entonces su provisional soporte y su contable, al mismo tiempo: su cargo es vitalicio y debe dar cuentas de él a Dios y a los hombres; sus acciones, a menos que «haga de perfecto tirano», no pueden ser más que el resultado del consentimiento general, aunque este consentimiento, en la práctica, no sea dado más que por los que representan a los demás, los clérigos y los nobles. Después de todo en Inglaterra, hacia 1260. Simón de Monfort apenas había deseado otra cosa, y si se le cortó en seguida en pedazos fue solo porque se había adelantado a su época. Es, pues, el cuerpo social el verdadero soberano: él delega al rey un poder casi universal sobre los cuerpos y los bienes; pero puede pedirle cuentas y corregir su conducta.

Prudentes o menores de edad, los reyes de esta época hicieron suya casi siempre esta idea del «oficio real». Pero se cuidan bien de llevarla hasta su término lógico, la elección o la adopción de un heredero como en tiempos de la «República roma-

na», de la que todo el mundo habla sin conocerla. Los reyes añaden algunas frases al juramento prestado en el momento de su consagración y reanudan —¿es quizás un signo de debilidad?— la vieja costumbre del poder itinerante; al ser el príncipe la encarnación del pueblo debe acercarse a él; Juan el Bueno circula sin cesar; en 1389 el joven Carlos VI se pasea por toda Francia; los propios emperadores no se quedan quietos; y la hostilidad frente al castellano Pedro el Cruel proviene en gran medida de que se aísla en Sevilla rodeado de moros. Bajo esta apariencia de delegación, por no decir de tutela, los reyes conservan aún la mayoría de las bazas de la antigua realeza. En primer lugar, su autoridad sigue siendo la de un clan, una familia, y en este aspecto solo hay diferencias de nivel entre ellos y los partidos urbanos; todo lo relacionado profundamente con el destino de la corona es solventado en familia; si el príncipe es menor, su madre y sus tíos gobiernan, como en Francia y en Inglaterra, y nadie lo critica; si la sucesión es discutida, hecho que ocurre en Francia, Inglaterra y Castilla, el asunto es zanjado por los parientes en favor de un hermano o un sobrino; las coronas de Hungría, Nápoles y Polonia y una infinidad de principados pasan así de mano en mano en virtud de matrimonios, herencias lejanas o ascendencia dinástica; se observará, por otra parte, que en esta ocasión familias como las de Anjou o los Wittelsbach de Baviera pudieron extender sus tentáculos sobre territorios muy alejados de su cuna familiar. Los arreglos de cuentas y los asesinatos de Pedro el Cruel, Luis de Orleans, Galeazzo Visconti. Ricardo II y Juan sin Miedo tienen visos de venganza. Se observará asimismo que aunque excluidas aquí y allí de sucesiones esenciales, como por ejemplo la de Francia en 1328, las reinas desempeñaron en realidad un papel más importante que antaño: su influencia sobre su marido, sus hijos, sus cuñados y sus amantes les abre carreras de intensa actividad política a Juana de Borgoña, Isabel de Baviera, Juana de

Penthiévre. Valentina Visconti, Violante de Aragón, Juana de Nápoles y muchas otras.

Aunque la familia del rey participa de su papel dirigente, hay ahora más contradicción en el apoyo que en principio el rey busca en la aristocracia y los consejos. Sin duda, como ya hemos expuesto, el viejo servicio feudal y los juramentos de vasallaje existen todavía y el príncipe puede contar con su nobleza; pero esta categoría social se parece cada vez menos a los fieles de los Capetos. El consejo que rodea al rey, además de algunos parientes, solo está formado por clérigos, técnicos, protegidos del monarca. No carece de interés estudiar las variaciones y los flujos de procedencia de este personal móvil; en Francia. Inglaterra y Baviera se suceden las clientelas, las preponderancias provinciales, sin hablar, naturalmente, de las ciudades de Italia. Cuando se reúnen auténticos miembros de la aristocracia, Châtillon, Brienne, Lorris, Dormans y Marigny lo son a menudo de dinastías de consejeros particulares, una cantera de oficiales de confianza o de embajadores. En realidad, la nobleza atrae por razones de pura fachada, entre otras, aquellas «órdenes», cuyo acceso es difícil y cuyos ritos son complicados, dan valor social y espiritual a los que las reciben: Jarretera, Dama Blanca, Toisón de Oro, San Miguel y muchas otras. Pero ¿se encuentra la «república» en este puñado de amigos, de personas agradecidas y de tecnócratas?

La república está también muy oculta en la dimensión religiosa, siempre profunda, de la autoridad pública. El propio Gerson dice que «el rey es sacerdotal» y, en efecto, la unción es un sacramento que distingue al rey del príncipe; puede decidir en materia de fe, como se lo permitía ya san Luis; el caso de los Capetos y de los Valois es, por otra parte, a este respecto completamente excepcional; la canonización de Luis IX en 1298 aureoló a la familia con un nimbo de santidad hereditaria; los príncipes franceses curaban enfermedades escrofulosas; en los

sínodos de Ruán y de Lyon de 1373 y 1374, tomaron resoluciones sobre puntos del dogma contrariamente a la opinión de Gregorio XI; en 1378 Carlos V desencadenará el gran cisma una vez que tomó abiertamente partido, y muy sinceramente sin duda, por Clemente VII contra Urbano VI. Tampoco la devoción popular abandonó nunca al rey, aunque fuera desmañado e injusto como Juan el Bueno, o inútil y loco como Carlos VI: sin duda, ningún príncipe fue más amado y compadecido que el desgraciado demente, cuya locura, no obstante, costaba bien cara a sus súbditos; y Juana de Arco, al llevar a la coronación de Reims en 1429 a un Carlos VII pusilánime, había comprendido que el «a sí mismo llamado delfín» se convertía desde ese momento en un hombre fuera de su alcance. Se comprueba, en efecto, que ningún príncipe vio levantar contra él la mano de ninguno de sus súbditos; ahora bien, no se puede decir lo mismo de los reyes ibéricos, ingleses o italianos. Tal vez solo el emperador comprende esta aura: Segismundo considera su deber convocar y dirigir el concilio de Constanza entre 1415 y 1418; pero ¿cómo comparar a este emperador «advenedizo» con los hijos de san Luis?

De modo que al acabar este examen general de la situación en que los reyes de Francia mantuvieron el primer lugar, ya que su situación era más característica que cualquier otra, nos encontramos ante una imagen muy confusa: los pensadores afirman y el pueblo cree sin duda que el rey encarna la cosa pública, el bien común; su sinceridad no es discutible, tampoco sus méritos: todo lo más está mal aconsejado. Pero, prácticamente, sus círculos allegados de familiares e íntimos y el aspecto religioso de su misión desvían de su meta la evolución que se iniciaba: la frenan por sus vinculaciones con un pasado aún no abolido del que son sus restos. Y al mismo tiempo, al perturbar un poco más su curso los instrumentos de los que el Estado tra-

ta con torpeza de apoderarse arrastran al poder hacia la «tiranía», como habían dicho los antiguos.

Algunas armas aún mal dominadas

Nadie dudó en el pasado ni lo duda en el siglo XV que la primera función del rey es el ejercicio de la «buena justicia». Es su principal razón de ser. Ya sea esta justicia administrada en el reducido ámbito de su palacete, de su audiencia o en el más amplio de las cortes y los «parlamentos», a cuyo desarrollo nos hemos referido en un anterior capítulo, o incluso que sea delegada en oficiales locales, sheriffs, senescales o bailes, acapara todos sus sentidos. O más bien los de los clérigos, a quienes en la práctica corresponde administrarla. La multiplicación de las transcripciones de derecho consuetudinario, la redacción de manuales o de tratados jurídicos, así como la de los «estilos» que permiten llevar a cabo las investigaciones judiciales, todo esto, además de la floración de una importante capa de «gentes de justicia», despoja al rey y a su puñado de consejeros de toda responsabilidad real en la aplicación de las reglas del orden social.

Si no existiera más que una fuente única de justicia, y un cuerpo competente y servicial de ejecutantes, el justiciable no se quejaría de la lentitud de los procesos que se hacen pesados, y de los gastos que trae consigo la entrada en juego de los ujieres, los procuradores, los defensores, los abogados y los plumíferos de todos los niveles. En principio era así: el *Exchequer* y el *King's Bench* del rey inglés, la *grand chambre* y *requêtes* (Tribunal Supremo) en Francia, y la audiencia y *amannies* de los Países Bajos deberían bastar. El príncipe tendría entonces en su poder un instrumento de control de primer orden. Ahora bien, la realidad es otra. En primer lugar porque es preciso que al nivel del justiciable «de base», el aldeano, por ejemplo, penetre la justicia pública: los sheriffs y bailes celebran en la ciudad, y con bastante regularidad, «audiencias» *(assisses), grands jours* y «dietas».

Además, las justicias señoriales locales se mantienen firmes; ya hemos recordado que en Inglaterra se cuenta aún con 350 «centenas» de un total de 620, en poder de los *landlords*\ en este reino, como en Francia desde san Luis, se envían pesquisidores (*enquêteurs*) que efectúan visitas de inspección y se esfuerzan por suscitar apelaciones a los tribunales reales, pero son pasos relámpago. Se asiste, pues, en el siglo XIV, y en contradicción con lo que desearía el poder, a un progresivo desmembramiento de la justicia real: en la mayoría de los principados se establecen órganos prácticamente liberados de todo control de la autoridad central a mediados del siglo XIV o en su segunda mitad; esto es lo que ocurre en las marcas galesas, en Baviera. Brandenburgo y en las tierras de los Habsburgo; en el ducado de Borgoña, los «*grands jours* ducales» aparecen en 1352, al igual que un «parlamento» en Bretaña el mismo año, los «estados» en el Delfinado el año 1357 y en la Guyena inglesa, la del Príncipe Negro, en 1366, un «gran consejo» en Gasconia, convertido en 1370 en «tribunal supremo» y un «consejo de los Estados» de Flandes en 1390. Es más, en el interior de su propio dominio, ya sea a causa de su alejamiento o de costumbres particulares, el príncipe desdobla los órganos centrales: ya entre 1291 y 1303 había sido útil organizar en Toulouse para las senescalías del Languedoc un «parlamento» de derecho escrito; a partir de 1319 se renueva, y más tarde, pasado 1355, celebra sesiones casi regulares, tratando causas referentes a veces incluso a Berry. El poder real efectúa alguna supervisión en 1366, 1369 y, sobre todo, en 1389 en que se llevan a cabo ejecuciones de jueces prevaricadores. Cuando el delfín Carlos busca refugio al sur del Loira tras el tratado de Troyes de 1420, trae consigo e instala en Poitiers casi la mitad de los funcionarios del Parlamento parisiense, dividido así en dos, ya que las vacantes fueron cubiertas por él y, a la inversa, en la capital, por el regente Bedford.

Aunque la aplicación y sobre todo la explotación de la justicia pública no proporcionan todos los medios de acción que deseaba el poder central, al menos cuenta con obtenerlos de la fiscalidad. Ya hemos dicho que mucho antes de 1300 la sobrecarga de gastos de todo tipo había hecho vana poco a poco, incluso para los mejor dotados de los príncipes, la vieja y sana práctica del «vivir de los suyo»; hacia 1340 se piensa que los gastos efectuados por el rey con su propio dinero, dotes, gratificaciones, mantenimiento del palacete, desplazamientos y guardarropa, absorbían la totalidad de los ingresos de su dominio; incluso se sabe que en algunas circunstancias difíciles recurrían a crueles soluciones, como la fundición de la vajilla o la enajenación de las propias rentas, prácticas frecuentes entre 1337 y 1355, pero evidentemente de corto efecto. En cuanto a los ocasionales embargos de un vasallo felón, de los banqueros o de los judíos, las medidas de retorsión eventual son temibles. Por lo que es obligado recurrir al impuesto.

Una de las principales características de la historia del siglo XIV es la reintroducción, lenta y penosa, de la noción de impuesto en la mentalidad de las gentes de Occidente. Sin embargo, la lógica, que subrayaba Oresme, de un rey responsable del bien público, debía conducir normalmente a la idea de una contribución de sus súbditos a sus obras. Como esta contribución no podía ser para la nobleza más que la de la sangre, para los demás evidentemente la fiscalidad es la vía de cooperación. Contrariamente a lo que se repite demasiado a menudo, es la Iglesia quien abrió el camino, no sin refunfuñar, es cierto. Pero las décimas exigidas por los reyes desde Felipe el Hermoso o Eduardo I o las incautaciones llevadas a cabo en Castilla y en Alemania son admitidas progresivamente; bien es verdad que a este nivel las exigencias del papado aviñonés son ya tan pesadas que a veces se tienen dificultades para obtener de las diócesis las contribuciones esperadas. Pero esto no es lo esencial. A los

que es preciso hacer pagar no es a los soportes del poder, sino a los otros, los campesinos, los habitantes de la ciudad. En primer lugar, se puso a prueba el impuesto indirecto, las tasas comerciales, la gabela, entre 1290 y 1340; en el mismo momento se establecen rigurosas oficinas de contabilidad central, tribunales de cuentas, tesorerías. Pero se conocía la incertidumbre de la fiscalidad indirecta; es menester dar en el blanco y poner un impuesto a los fuegos. El «fogaje», o como se dirá más tarde, la «talla real», es, pues, el origen de los ingresos seguros y amplios del Estado moderno. Vale la pena detenernos un poco en su nacimiento.

El primer rasgo es que se trata de una demanda «extraordinaria»: aunque hacia 1375 el 85 por 100 de los recursos del gobierno y de la guerra provienen en Francia de esta fuente regular, sigue siendo evidente que es una excepción. Luego, esta imposición es, en principio, aceptada: cuando en 1355 Juan el Bueno exige un gravoso fogaje se decide que unos «elegidos» (*élus*) se encarguen de repartir la base tributaria entre las diferentes partes del dominio; ¿por qué no conservar este principio? Hacia 1390, el país se dividirá en «elecciones», circunscripciones fiscales que agrupan algunas bailías en Francia, casi idénticas a los condados ingleses. La originalidad del vocabulario —que persistirá durante todo el Antiguo Régimen— es que los países de «elección» tienen recaudadores nombrados por el Estado, mientras que los «Estados», es decir, los *apanages* y los principados, eligen sus propios recaudadores. El sistema adquiere una gran fuerza y rendimiento en Francia por un motivo coyuntural: el abrumador rescate impuesto al rey Juan tenía que pagarse de una vez; hasta entonces se habían recaudado muchos fogajes por motivos diversos en 1337. 1342. 1349. 1350, 1355, 1356 y 1357; esta vez, a partir de 1360, y a causa de las anualidades previstas, el pago de esta deuda de honor, también deuda pública, impondrá fogajes anuales, y no pueden ser

más legales a causa de las obligaciones de fidelidad al príncipe, de 1361 a 1404, o sea, ¡más de 40 años sucesivos de imposición! Y para supervisar se crearán por encima de las «elecciones» cinco o seis «tesorerías generales de impuestos indirectos», inicio de las «generalidades» del Antiguo Régimen; un tribunal de impuestos indirectos flanqueará, pues, el tribunal de cuentas. Cuando el rescate sea pagado, la reanudación de la guerra justificará otras recaudaciones: a partir de entonces el impuesto se hace habitual.

Es, pues, Poitiers quien salvó la fiscalidad francesa, a la inversa precisamente de lo que sucede en Inglaterra, ya que los pagos franceses permitieron a los reyes mostrarse menos exigentes, sobre todo menos regularmente exigentes, que sus vecinos. Antes de la imposición regular que decidirá Enrique IV en 1405, los reyes se limitan a recaudaciones ocasionales, como en Francia antes de 1360, y ya hemos visto los desastrosos efectos de imposiciones excesivas como la *Polltax* de 1378. Para evaluar el desigual desarrollo de esta fiscalidad extraordinaria baste recordar que hacia 1420, y a juzgar por los sondeos que se han podido hacer, los ingresos anuales de las principales potencias políticas de la época se situarían en la siguiente escala: mientras el papado y el emperador representan un índice 100, el rey de Sicilia y la Corona de Aragón alcanzan el 150, el rey de Nápoles y el duque de Borgoña el 200, el rey de Castilla el 300 y el de Inglaterra el 500; pero el Valois percibe él solo tanto como todos los demás juntos, ¡un índice de 1500!

¡Una apariencia engañosa! El príncipe no solo no es capaz de utilizar plenamente su poder de justiciero, sino que no domina su fiscalidad. Sin insistir en los efectos económicos o sociales, a veces desastrosos, de sus exigencias, hay que añadir que ninguna política fiscal coherente le será accesible mientras no consiga controlar la moneda. Ahora bien, la situación cuyo origen y aspectos hemos descrito ampliamente más arriba no se modifi-

ca lo más mínimo a lo largo del período 1350-1420 y esta vez el desorden general no es extraño, todo se agrava. Los precios de los metales preciosos alcanzan cifras altísimas, y la relación entre oro y plata oscila en proporciones desastrosas de 1 a 11 o de 1 a 5, con su previsible secuela de especulación. En estas condiciones las manipulaciones monetarias se suceden a un ritmo acuciante en todas partes. Se señalan 85 en el reino valois de 1337 a 1360, y 30 entre 1417 y 1423. En Francia, la moneda real experimenta paso a paso una desvalorización que en 1359 desciende a menos de 0,1 gr de plata en una pieza de 4 gr correspondiente a un valor de 24 dineros en lugar de 12, y en 1422 a 0.02 gr correspondientes a 30 dineros; el oro resiste un poco mejor. Hay que tener presente que nuestros datos textuales nos proporcionan, por añadidura, menciones de precios establecidos no según las monedas utilizadas para los pagos sino según la escala libra-sueldo-dinero, cuyo valor práctico en el mercado del día no siempre se conoce. Los contemporáneos fueron, por lo demás, sensibles a estas imprecisiones: esta es sin duda la razón por la que se ve la introducción de la práctica de una referencia, a veces incluso de un cálculo de la suma en relación al florín de Florencia, una de las pocas monedas cuya relativa estabilidad podía servir de patrón de comparación.

Los «estados» y los Estados

Si el príncipe no es capaz de dominar ni a los mercenarios, ni la moneda, ni la justicia, y si se deja llevar por camarillas y vive mal al día, se abren dos vías a quienes desean un poder controlado, clérigos, burgueses y algunos nobles. Chartier, Étienne Marcel y Juan sin Miedo se encuentran buscando nuevas bases políticas.

En primer lugar, hay que consultar al «pueblo», es decir, a sí mismos, privilegiados por la fortuna o miembros de los «órdenes» dominantes, particularmente en los ámbitos que les interesan: la fiscalidad y los círculos gobernantes. El siglo XIII y el

principio del XIV habían sido testigos de episódicas convocatorias, «estados», cortes, audiencias (*assisses*) y dietas, pero los reyes habían evitado siempre hacer concesiones estructurales. Desgraciadamente, por efecto de las necesidades de la guerra, fue preciso multiplicarlas e, inevitablemente, oír severas palabras sobre el despilfarro del Estado, las campañas militares mal preparadas y la incompetencia de los oficiales de la corte. A partir de 1340 Eduardo III debe reunir su parlamento para mendigar subsidios; pero la tradición es antigua en la isla: basta con doblar el espinazo. Los Valois son menos dóciles: convocan «estados», por ejemplo de 1355 a 1357, y obtienen dinero pero también amonestaciones y largas ordenanzas de reforma; la de 1355 sobre todo, y luego, en 1413, la llamada «cabochiana» (muy absurdamente, por lo demás, ya que el carnicero aludido —caboche— no intervino) esbozan una especie de gobierno parlamentario tras haber obtenido la revocación de todos los hombres bien establecidos. Estos textos, como los que en 1381 arrancaron los sublevados a los consejeros de Ricardo II, son del mayor interés para el estudio de la evolución de las ideas políticas; ninguno se empezó siquiera a llevar a la práctica a falta, sin duda, de la buena voluntad real, pero también a falta de hombres, dinero y tiempo. Por otra parte, a partir de 1360, y a excepción de un corto período en Francia de 1407 a 1418, se evitó siempre sobrepasar el nivel de los «estados» provinciales a fin de limitar las concesiones, a riesgo, y no poco, de fomentar una visión local de los problemas. Las noticias que se tienen referentes a convocatorias de este tipo fuera del Occidente franco-inglés pertenecen al mismo registro: los duques de Borgoña, los del Tirol y Austria, el obispo de Lieja, el duque de Saboya y los reyes de Castilla convocan también «estados» entre 1362 y 1420, pero extirpan cuidadosamente cualquier germen de disolución.

La mayoría de los detentadores de un poder público importante se encuentran, en efecto, ante una situación que la propia tónica de estas asambleas regionales no podía más que favorecer: surgen en Europa, aunque más bien se debería decir que resurgen, «principados», micro-Estados autónomos, e incluso independientes, y este último fenómeno acaba por socavar la ilusión de una monarquía por consentimiento mutuo.

El origen de la mayoría de estos agrupamientos es en realidad bastante diferente del de sus lejanos predecesores del siglo X. Es cierto que no carecen forzosamente del asiento regional, pero si así ocurre es más bien a causa de la herencia de tiempos antiguos como en el caso de Lorena, Toscana, los valles pirenaicos y Bretaña; de hecho, la mano del hombre es allí más sensible: puede tratarse de una concentración de tierras próximas y de estructuras comparables pero hasta entonces desunidas, como el esfuerzo realizado por Gastón Febo entre Foix y Bearn; o bien es una conquista pura y simple, como las del marquesado de Brandenburgo o el ducado de Milán; o bien es un antiguo feudo salvado por los reyes a causa de su aislamiento o de sus especificidades, como por ejemplo, la Guyena inglesa o Bretaña; o bien, por último, es un infantado (*apanage*), unas veces simple gobernorado al que se le saca partido como el Languedoc de Luis de Anjou, y otras veces un delicado y lento ensamblaje de tierras sin vínculos entre ellas que une su príncipe a través de una fina urdimbre de matrimonios, alianzas e intercambios, cuyo ejemplo más evidentemente famoso es el de Felipe de Borgoña, desde las puertas de Lyon a las bocas del Rin.

Pero lo que asemeja todas estas construcciones es la instalación en su seno de un Estado equipado en todos sus detalles como un reino, con sus palacios principescos, su red de guarniciones, sus bandas de mercenarios, su casa y su tribunal de cuentas, sus audiencias o su parlamento, sus bailes y sus pro-

pios recaudadores, e incluso su cancillería, su sello secreto y su moneda. No ha de extrañar que una política personal acompañara esta emancipación: los condes de Armagnac-Fezensac, los señores de Albret, los reyes de Navarra y Gastón Febo (muerto en 1391), hacen el papel del Príncipe Negro contra Carlos V o a la inversa; el duque de Bretaña desdeña rendir vasallaje; el duque de Borgoña impulsa su política en Lorena. Esta descomposición interna es tanto más lamentable y sorprendente en cuanto que una vez más la evolución llevaba más bien hacia la concentración en torno a uno solo. ¿Hay que ver aquí un mero sobresalto antes de la caída en los brazos de un monarca indiscutido o bien bancos de prueba de la monarquía moderna? Hacia 1420, en el momento en que en Occidente todo parece estar en su punto más bajo, ningún pensador se arriesgaría a predecirlo.

Sin embargo, el «pueblo», menos indiferente de lo que creían los cortesanos de la época, tiene conciencia de esta incertidumbre. Así como el individuo intentará suplir las debilitadas instituciones espirituales y morales, del mismo modo se aventurará a reflexionar sobre el poder y la República. Al principio se limita a expresar su descontento contra los que gobiernan, antigua tradición que se remonta al *Román de la Rose*; incitado por los sermones al aire libre, vitupera a los príncipes que «arañan y atrapan», las «puterías de la reina Venus» (Isabel de Baviera) y a los consejeros carentes de «razón y de alma»; maldicen el «orgullo y la pompa» que guían el mundo; a Carlos de Navarra, Enrique de Lancaster y Juan sin Miedo les bastó un poco de demagogia para ser aclamados como reformadores. Sin embargo, todo esto no llega lejos; son los clérigos o los «estados» los que hablan de separación de poderes, de depuración. Ni el orden social ni la monarquía son cuestionados. En cambio, se despierta una cierta conciencia política; en Italia tiene lugar desde mediados del siglo XIII: ser güelfo o gibelino, «negro» o «blanco», no es solo ser partidario de un grande a quien

sus negocios han conducido a tal o cual opción; en Florencia en tiempos de Villani y Boccaccio se está a favor del orden y de la libertad; barrios y gremios se ven desbordados por estas divergencias sin un claro contenido social homogéneo; los Armagnacs y borgoñones en Francia ofrecen la misma imagen: tras la bandera blanca con la cruz de san Andrés de los primeros no se está a favor del duque de Orleans, pero se gusta del orden, la jerarquía, los príncipes, mientras que tras la bandera violeta de Borgoña se presume de mayor «democracia». Son los tímidos principios de los «partidos» políticos, que aunque no tienen doctrina, objetivos reconocidos, cabecillas ni consignas, suponen un prometedor principio del despertar popular. ¿Y por qué no incluir entre las virtualidades aun intermitentes un espíritu «nacional» hasta entonces tan típicamente desconocido en la Edad Media? Tal vez sea la religión la que lleva a los checos a seguir a Hus y la fidelidad al rey la que pone en marcha a Juana; pero detrás de estas borrosas reacciones comienza a surgir la nueva idea de que se pertenece a un conjunto concreto, a un grupo nacional. No es más que una pequeña paradoja de la época que en pleno desconcierto de los espíritus, en plena emancipación «humanística», una de las ideas más duraderas que nazca en su seno sea precisamente el sentimiento de formar parte de un todo.

Capítulo 3

VALORES Y AUTORIDADES DIFERENTES

La noción de crisis se aplica con poca fortuna en el campo de las mentalidades, de las creencias y de los valores. Manifestada por fáciles analogías es, sin duda, cómoda y sugestiva. Desde los historiadores románticos y desde J. Huizinga, se ha utilizado sin moderación para calificar los últimos siglos de la Edad Media. Esta noción permitía pintarlos con los colores crepusculares del «otoño» y sumirlos en el «olor mezclado de sangre y de rosas» sugiriendo, bajo la decadencia y la podredumbre, las subterráneas germinaciones del Renacimiento. Sin embargo, al tratar de comprender, en la medida de lo posible, las mentalidades y los comportamientos colectivos, esta manera de abordar la cuestión no solo era parcial, basada en algunos datos arbitrariamente escogidos y cotejados, sino que, sobre todo, procedía de un punto de vista bastante superficial, estético e incluso anecdótico. Ahora bien, aquí, menos que en ninguna otra parte, no sería posible quedarse en el nivel descriptivo, y los testimonios, ya sean los de la literatura y el arte o, esos otros más cotidianos, de las maneras de vivir, de las costumbres o de los ritos funerarios, no cobran sentido más que por el esfuerzo que trata de vincularlos con el complejo funcionamiento de las formaciones sociales, de las relaciones de clase, de las construcciones políticas, de los flujos económicos.

No se trata, pues, de negar la repercusión que los elementos, señalados más arriba en este libro, de la crisis del final de la Edad Media —conocida como «crisis del feudalismo» o de otro modo— pudieron tener en la mente de los contemporáneos, en sus convicciones religiosas, en sus representaciones de la vida y de la muerte. Al contrario. Pero hay que desconfiar de causali-

dades simplistas y buscar en múltiples niveles los resortes de la evolución mental colectiva. Es preciso también renunciar a hablar de época de transición y a querer presentar este período a través del estéril inventario de los «elementos antiguos» que «sobreviven» o «se derrumban» y de las «nuevas fuerzas» que surgen ya para alcanzar posteriormente su pleno desarrollo. Es menester tomarse la molestia de examinar los últimos siglos de la Edad Media en su especificidad, es decir, en su actualidad o si se prefiere, en su modernidad.

Caminos antiguos, caminos modernos

«Guerra, peste, hambre». No es a los historiadores de hoy sino a algunos contemporáneos a los que se les ocurrió colocar el siglo XIV bajo los auspicios de esta siniestra trilogía. Las grandes pandemias de 1348. 1360 y 1374 acabaron en algunos meses con la cuarta o la tercera parte, si no más, de los hombres de Occidente; después, la peste se asentó y, por epidemias más localizadas pero que se repetían con una sorprendente regularidad, la población se redujo en muchos lugares, a principios del siglo XV, a la mitad escasa de la que era cien años antes. Aunque la lucidez de algunos narradores o cronistas como Boccaccio o Jean de Venetta no debe hacernos olvidar que muchas fuentes más cercanas a la vida cotidiana y del hombre corriente, como los preámbulos de los testamentos o las deliberaciones municipales, son, a propósito de la peste, de una extraordinaria discreción, cuesta imaginar que las brutales llamaradas de la mortalidad, las siniestras imágenes que las acompañaban, así como el consecuente acortamiento de la esperanza de vida no hubieran impresionado fuertemente a los contemporáneos.

Del mismo modo, cuando, hacia 1390, un sacerdote de Cahors, interrogado por un investigador pontificial, respondía que «durante toda su vida solo había visto guerra en el país y en la diócesis de Cahors y que nunca había conocido la paz en estas regiones», se aprecia claramente que este hombre, como

muchos otros en la misma época, vivió en la dolorosa conciencia de que su tiempo era un tiempo de desgracias y de extrema incertidumbre de cara al futuro, en contraste con un pasado de paz y tranquilidad. Desde el principio del siglo XIV se echaban de menos «los buenos tiempos de monseñor san Luis» pero, 65 años más tarde, incluso la época de Felipe el Hermoso parecía una edad de oro.

Qué duda cabe, pues, que en la coyuntura demográfica, económica y política del siglo XIV hubo motivo para turbar las conciencias y para inducir a comportamientos de desasosiego o de resignación. Pero no reduzcamos estos procesos a someros determinismos.

En el campo de las mentalidades y de las actitudes religiosas, sobre todo en las sociedades tradicionales, las concepciones y los comportamientos evolucionan lentamente, a un ritmo secular o, incluso, plurisecular. Un acontecimiento, por espectacular que sea, no es nunca más que un acontecimiento, una peripecia exterior. Apenas tiene, por sí mismo, una repercusión directa e inmediata en la visión del mundo de los contemporáneos, tomada en su conjunto. Si se repite con una suficiente regularidad, puede, con toda seguridad, acelerar, frenar o desviar un movimiento iniciado anteriormente. Pero hace falta mucho tiempo para que se convierta en un dato verdaderamente permanente de la existencia, un elemento estructurante de las representaciones y de lo imaginario. Esto equivale a decir, en lo que nos concierne, que a menudo debemos buscar en épocas anteriores a nuestro período, más o menos en los siglos XII y XIII, el origen y la orientación fundamental de las grandes evoluciones de las que vamos a hablar y que los acontecimientos del siglo XIV solo son afectados parcialmente.

Por otra parte, el hecho de que lo que podemos considerar como una estructura sustentadora de las mentalidades colecti-

vas —un cierto «modelo» de la Iglesia, de la familia o de la muerte— acabe por derrumbarse, víctima a la vez de la erosión de los siglos y de los bruscos y violentos ataques de algunas catástrofes recientes (el final de la Edad Media experimentó sin duda tales sacudidas), no debe ser considerado solamente como una crisis, un fenómeno con consecuencias puramente negativas, generador de angustia y pánico. Con toda seguridad, el hundimiento de marcos sociales o políticos bien establecidos y la quiebra de las autoridades tradicionalmente reconocidas están siempre destinadas a desorientar. Algunos, en un caso semejante, prefieren negar la evidencia y esforzarse por mantener una apariencia de vida con formas en adelante vacías. Otros desesperan. Pero aún hay otros, sin duda los más numerosos, que reaccionan. Una reacción casi necesariamente torpe, a veces excesiva, a menudo insuficiente. Tratándose concretamente del final de la Edad Media, no es evidentemente la noción de progreso, en el sentido en que hoy lo entendemos, lo que pudo reunir las inquietas energías de los contemporáneos. Frecuentemente, trataron de situar los modelos y los valores que habían de sustituir a los que se hundían ante sus ojos, en un pasado más o menos lejano y mítico. La quiebra de la escolástica universitaria revitalizó la mística de san Bernardo y los vencidos de Poitiers desearon volver a aprender en las órdenes de caballería las virtudes de Carlomagno y de los hombres de pro de la epopeya en espera de que los humanistas resucitaran, a la manera de Tito Livio, Valerio Máximo y los «hechos de los romanos», los espejismos de la antigua grandeza. Pero no nos dejemos engañar por estos anacronismos. A pesar de todo se trata de una liberación. Frente al derrumbamiento de las viejas estructuras, en medio de las dudas y las lágrimas de unos y el sueño de otros, fueron abiertos nuevos caminos. Rompiendo, sin duda a pesar suyo, con las antiguas certidumbres y los equilibrios después de todo ilusorios, los hombres del siglo XIV no

eran esos últimos testigos de un mundo crepuscular que se describen a veces, sino hombres nuevos. *Via moderna, ars nova,* estas expresiones comúnmente utilizadas para designar las corrientes que renovaron la teología y la música, podrían de hecho servir para calificar el conjunto de las actitudes y de las representaciones mentales y religiosas de este tiempo.

La gran sacudida

Recordemos por último, si es que hay necesidad de hacerlo, que el «hombre del siglo XIV» no existió nunca. La legítima búsqueda de los esquemas explicativos globales no podría sustraernos de la diversidad de lo real.

Diversidad en el tiempo, a reserva de estar, como acabamos de decir, atentos tanto al ritmo largo de las generaciones y los siglos como al breve y jadeante de las catástrofes.

Diversidad en el espacio. En la Europa del siglo XIV había viejos países, de antigua prosperidad y densa población, ricos en cultura y en tradiciones artísticas. La crisis los azotó con mayor dureza, el estremecimiento de las estructuras establecidas fue experimentado allí más penosamente. La Francia del norte, la de los campos roturados, las tierras fértiles y las catedrales, o el Flandes de los paños son buenos ejemplos de esos países heridos en su antigua vitalidad. Pero había también países nuevos. Estas regiones —Castilla, Alemania del Sur, Bohemia y Polonia— no hace mucho un poco periféricas, pero relativamente salvadas de las pestes y los ejércitos, beneficiándose del desplazamiento de las rutas comerciales, de la evolución de las modas, de las minas al aire libre y de los descubrimientos técnicos, de la aparición de organismos políticos más jóvenes y más robustos, dieron origen a nuevos focos artísticos y culturales; allí se continuó creando universidades y levantando catedrales; volvieron a cobrar vida, con su acento propio, las tradiciones que se ahogaban en otras partes.

Y, finalmente, diversidad social. Como se sabe, el elevado índice de mortalidad y la crisis económica fueron factores de movilidad social, individual y colectiva. Grupos enteros vieron su posición tradicional —riqueza, poder, prestigio— gravemente amenazada; los desórdenes monetarios, la caída de las rentas agrícolas y la devastación de los campos, la exasperación de las luchas políticas de clanes y partidos afectaron en primer lugar a la nobleza feudal, al clero regular y secular tradicional y a las viejas familias del patriciado urbano. Aquí más que en otra parte, las dificultades de los tiempos pudieron engendrar una profunda perturbación del sistema admitido de valores, susceptible de manifestarse por el complaciente abandono a los excesos de toda índole y, sobre todo, por el irracional apego a representaciones cada vez más imaginarias en las que intentaban hacer sobrevivir ideales, de hecho, moribundos. Pero este siglo fue también un siglo de hombres nuevos: nuevos ricos, nuevos poderosos y, más ampliamente, laicos que accedían a territorios hasta entonces inaccesibles para la cultura, el arte y la devoción. Por la convergencia de estos dos movimientos —promoción social de numerosos nuevos ricos, ennoblecidos o enriquecidos de toda clase, y vulgarización de una cultura hasta entonces ampliamente clerical— nació y se estructuró una red de valores, de representaciones y de comportamientos adecuada para sostener la emergencia y la toma de conciencia de estos nuevos grupos. Mercenarios y capitalistas enriquecidos con los riesgos de las batallas y los rescates, improvisados comerciantes que abrían los nuevos caminos del comercio transalpino o de la navegación atlántica, manipuladores de plata hábiles para sacar partido del movimiento de monedas y de la aparición de la fiscalidad moderna, príncipes y rentistas ambiciosos rodeados de su corte y de su «servidumbre», predicadores que aprovechaban el éxito de la nueva devoción y, por último y sobre todo, abogados y funcionarios, escribientes, notarios y jueces, gra-

duados con nociones de latín y derecho, oficiales «presupuestívoros» que multiplicaban por todas partes la proliferación de las burocracias del Estado; la lista de estos recién llegados, que las transformaciones económicas y políticas propulsaron al primer plano de la escena, es larga. Con toda seguridad, tampoco aquí todo era nuevo: faltaba mucho aún para que así fuera.

La primera preocupación de estos hombres nuevos no era tanto inventar las formas culturales que hubieran traducido inmediatamente la originalidad de su papel y de su modo de vida como volver a investir el legado vacante de las élites tradicionales, encontrar en los fastos caducos de la caballería o las gracias rebuscadas de la cortesía las referencias míticas que pudieran hacer olvidar la novedad de su éxito así como la aspereza, e incluso brutalidad, que le había acompañado. Pero, bajo el encanto afectado de las formas lánguidas y de los mitos fingidos, hay que saber sentir el robusto dinamismo de grupos conquistadores, su sed de vida y de posesión del mundo y, en sus propias inquietudes, la voluntad de escapar a los antiguos reveses y a las viejas fatalidades.

La Iglesia, decapitada

Tras haber intentado, a través de estas observaciones preliminares, delimitar nuestro campo de estudio, pasamos al estudio concreto de las mutaciones que, en las mentalidades colectivas, la cultura y las prácticas y creencias religiosas, caracterizaron un siglo XIV que es preciso, en este caso, prolongar ampliamente en la primera mitad del XV. Las más sentidas fueron con mucho las que afectaron todo el ámbito de la vida cristiana.

Del siglo IX al siglo XIII —por dar su más amplia dimensión a la reforma gregoriana y a sus múltiples repercusiones—, el aspecto esencial de la historia del cristianismo occidental había

sido sin duda el fortalecimiento de las instituciones eclesiásticas, que permitían un encuadramiento pastoral más regular de los fieles. En tiempos de Inocencio III (1198-1216) y de sus sucesores, la victoria definitiva de los papas sobre los emperadores que se habían opuesto durante mucho tiempo a sus pretensiones al magisterio universal, los concilios ecuménicos (Letrán IV, Lyon I y II) que permitieron a la Iglesia dar un realce y una difusión excepcionales a su legislación reformadora, el fulminante éxito de las órdenes mendicantes, de las universidades y de la Inquisición y, finalmente, la publicación de grandes colecciones y comentarios de derecho canónico, pudieron crear el sentimiento de una especie de equilibrio alcanzado al cabo de dos siglos de esfuerzos por imponer en Occidente lo esencial de los valores morales y políticos defendidos por la Iglesia, para hacer de él una «cristiandad». Pero este logro, del que las catedrales góticas han quedado como una especie de símbolo para nuestros ojos, no había amortiguado todas las tensiones ni resuelto todas las contradicciones.

La historia religiosa de los siglos siguientes es, pues, en primer lugar, la del devenir de las estructuras así establecidas. ¿Resistieron la prueba de la «crisis»? ¿Supieron adaptarse a las nuevas condiciones económicas, sociales y políticas?

El último respiro de la Iglesia de antaño

Para comenzar, intentemos obtener una visión de conjunto. Esto significa necesariamente colocarse, más o menos, en el punto de vista de la institución pontificia ya que, precisamente, su exaltación y la multiplicación de sus medios de acción habían sido uno de los rasgos más sobresalientes de la época anterior.

El dramático pontificado de Bonifacio VIII (1294-1303) cierra la era de los grandes papas gregorianos. Como un signo precursor, el «gran rechazo» de Celestino V, ese ermitaño ele-

gido papa en julio de 1294 y que abdicó cinco meses después, abrumado por la amplitud de sus responsabilidades y el peso de las intrigas que se tramaban a su alrededor, reveló que la tensión había llegado a un nivel casi insoportable. Su sucesor, Bonifacio VIII, no era, sin embargo, una personalidad débil. Por otra parte, solamente afirmaba principios en adelante tradicionales, aunque lo hizo con una aspereza de tono que reflejaba, sin duda, tanto su temperamento personal como el mismo espíritu de la época: «Estar sometido al pontífice romano es para toda criatura humana absolutamente necesario para su salvación» (bula *Unam Sanctam* del 18 de noviembre de 1302). El jubileo de 1300 había demostrado, por lo demás, que el papado seguía siendo perfectamente ca paz de comprender las aspiraciones religiosas más profundas de los fieles y de hacerlas servir para su propia gloria. En estas condiciones revistieron una mayor gravedad el fracaso del papa frente al rey de Francia Felipe el Hermoso y el «atentado de Anagni» (7 de septiembre de 1303), del que los contemporáneos recordaron menos la escandalosa agresión de los secuaces de Guillermo de Nogaret y Sciarra Colonna que la humillación de la institución pontificial. El conjunto del sistema «teocrático» edificado desde hacía más de dos siglos estaba desde ahora socavado. Había bastado que un príncipe rico y audaz, celoso de su soberanía, decidido a toda costa a recaudar el impuesto y a controlar a sus obispos, orquestara hábilmente todas las quejas, nuevas o antiguas, cultas o populares, que corrían contra el papado y oponer, como una posible alternativa al abuso del poder romano, la convocatoria del concilio general, para que las sanciones espirituales que antaño habían permitido hacer fracasar a los emperadores llegaran a ser inoperantes, Frente a la ascensión de los Estados nacionales y de las administraciones monárquicas, la «libertad de la Iglesia» no podía ya ser defendida en el sentido en que lo habían entendido los reformadores de los siglos XI y XII, es decir,

como la afirmación de la absoluta primacía de la institución eclesiástica y de su derecho de control y corrección de toda actividad humana.

Por ahora, le correspondía al segundo sucesor de Bonifacio VIII. Clemente V (1305-1314), un aquitano, resolver, sin gloria aunque no sin habilidad, la crisis abierta entre el papado y el rey de Francia. Sacrificando a los templarios para salvaguardar la memoria de Bonifacio VIII de una condena formal, aceptó convocar a este fin el concilio de Vienne (1311-1312), llevado a cabo bajo la clara presión de Felipe el Hermoso.

Retenido por las necesidades diplomáticas y por los temores que le inspiraban las luchas de facciones que desgarraban a la sazón la ciudad de Roma, Clemente V llevó, a todo lo largo de su reinado, una existencia itinerante, primero en Aquitania y luego en Provenza. Rompiendo con este nomadismo que, por otra parte, no era nada nuevo, el siguiente papa, Juan XXII (1316-1334), fijó de manera estable y durante 60 años la sede del papado en Aviñón. Estos 60 años representan una fase original en la historia de la Iglesia.

No es este el lugar indicado para relatar detalladamente los seis pontificados —Juan XXII (1316-1334), Benedicto XII (1334-1342), Clemente VI (1342-1352), Inocencio VI (1352-1362), Urbano V (1362-1370) y Gregorio XI (1370-1378) — que ocupan este período. Trataremos tan solo de caracterizar globalmente lo que representó para el funcionamiento de la institución eclesiástica y la idea que se hacían de él sus contemporáneos.

La novedad no residía forzosamente en las palabras. Las afirmaciones tradicionales sobre el magisterio universal del soberano pontífice, la «plenitud de poder» de la que, en tanto vicario de Cristo, estaba investido sobre la totalidad de los fieles, comprendidos los príncipes, vuelven a encontrarse fácilmente

en los textos de estos papas y de algunos teólogos de la época. El bastante anacrónico conflicto que, de 1322 a 1346, enfrentó a los papas de Aviñón con el emperador Luis de Baviera muestra incluso que la vieja polémica entre el sacerdocio y el Imperio aún era capaz de levantar pasiones y de ocultar intereses políticos concretos. Sin embargo, la realidad de la cristiandad no estaba ya presente. Era la de los Estados monárquicos —Francia, Inglaterra y los reinos ibéricos—, la de los señoríos italianos, la de las ciudades libres alemanas, y el papado debía contemporizar necesariamente con estas nuevas entidades, decididas no solo a no someterse a la tutela de una autoridad espiritual suprema sino incluso a ejercer sobre la Iglesia, en su incumbencia territorial, un eficaz control político, y hasta, eventualmente, punciones fiscales. Abiertas o larvadas, las tendencias hacia la constitución de Iglesias nacionales se vuelven a encontrar casi por todas partes en Occidente durante el siglo XIV sin que los papas de Aviñón pudieran oponerse. En Inglaterra, dos estatutos adoptados por el Parlamento en 1351 y 1353 dieron al rey, al menos potencialmente, los medios para sustituir al papa en casi todos los asuntos relativos a los nombramientos o a la jurisdicción eclesiásticos. En Francia, el *Songe du Vergier*, redactado hacia 1376-1378 en medios allegados al rey Carlos V, expresa, en cuanto a la naturaleza de la soberanía real y al ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, un pensamiento claramente «galicano». Un galicanismo, por lo demás, moderado y muy respetuoso de la dignidad pontificia, aunque es cierto que el rey de Francia podía hacer alarde de privilegiadas relaciones con los papas de Roma, lo que reprendían con acritud tanto los ingleses, muy inclinados a sospechar en estos papas complacencias diplomáticas y financieras con respecto a Francia durante la guerra de los Cien Años, como los italianos, que denunciaban la «nueva cautividad de Babilonia» y el exilio del papado lejos de Roma y de la sede del apóstol. Estas acusaciones

encontraban, por otra parte, una cierta justificación en el mismo reclutamiento de los papas de Aviñón —todos fueron franceses, a veces antiguos servidores del rey— y de sus allegados: se ha calculado que un 83 por 100 de los cardenales, un 60 por 100 del personal administrativo y un 81 por 100 del personal palatino y doméstico eran igualmente de origen francés. Sin embargo, no olvidemos que otras nacionalidades, especialmente los italianos, continuaban accediendo con facilidad a la curia. En resumidas cuentas, debe reconocerse que los papas de Aviñón siguieron estando muy preocupados por su independencia.

En la práctica, aunque no en la teoría, el papado debió, pues, rebajar en gran medida, durante el siglo XIV, sus pretensiones «teocráticas» de la época anterior. Pero lo que perdía en fuerza política y en poder ideológico fue compensado, por así decirlo, en el plano de la eficacia propiamente administrativa, por la centralización pontificia.

La red institucional establecida por la Iglesia desde los siglos XI-XIII tenía aún mallas bastante anchas y demasiado flexibles. Los particularismos locales seguían siendo fuertes y la autoridad pontificia, aunque gozaba de un prestigio sin rival, tenía a veces, en la práctica cotidiana, cierta dificultad para hacerse notar; por lo que necesitaba recurrir a procedimientos excepcionales (las legaciones, los concilios ecuménicos) o a organismos especiales, centralizados, que duplicaban las instituciones existentes y dependían directa y solamente de Roma (las órdenes mendicantes, la Inquisición, las universidades).

Por el contrario, el siglo XIV que, por lo demás, no tenía necesidad de afirmar otros principios que los que habían sido enunciados en la época precedente, fue testigo de la puesta en pie de procedimientos y sistemas administrativos muy minuciosos que permitían al papado ejercer su autoridad centralizadora y monárquica de manera mucho más permanente y eficaz. En lo sucesivo, contó con los medios para intervenir práctica-

mente en todos los niveles de la existencia normal de las iglesias locales. Sin entrar en el detalle de esta organización, que debió mucho al verdadero genio administrativo del papa Juan XXII. recordemos que se desarrolló en tres planos, por lo demás, inextricablemente mezclados:

1) El nombramiento para los cargos y beneficios eclesiásticos: debido a la extensión de la «reserva» pontificia de categorías cada vez más numerosas de beneficios y la concesión cada vez más generosa de «gracias expectativas», los papas lograron designar un considerable número de cargos y funciones (canonicatos, prioratos, curatos, etc.), en detrimento, evidentemente, de los coladores ordinarios y especialmente de los obispos.

2) La fiscalidad: a causa y consecuencia al mismo tiempo de esta multiplicación de provisiones pontificias, los papas de Aviñón organizaron una compleja fiscalidad cuyos elementos más productivos («servicios», «anatas», «despojos», etc.) eran precisamente los percibidos de los beneficiarios nombrados por el papa.

3) La jurisdicción: a través de la práctica de las apelaciones y de los casos reservados, la competencia de los tribunales pontificios, Rota y la Penitenciaría, se extendió a una gran cantidad de asuntos.

El desarrollo de la centralización pontificia comportaba evidentemente un considerable crecimiento del personal administrativo, especialmente en el mismo Aviñón. Por no hablar de los cardenales y sus séquitos, la Cancillería, la Cámara apostólica y los tribunales pontificios que reagrupaban en el siglo XIV cerca de 300 clérigos.

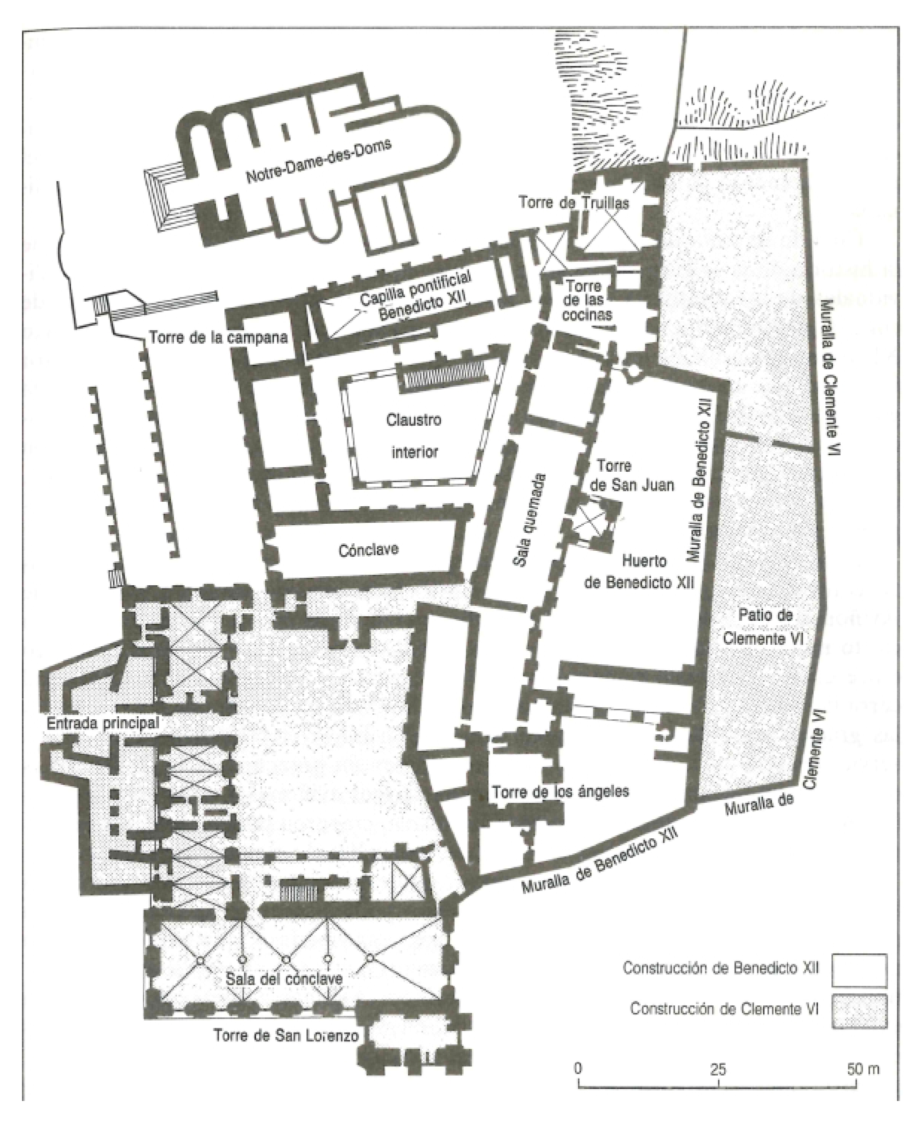
Vicios y virtudes de Aviñón

La obra de los papas de Aviñón no careció, sin duda, de mérito. Apoyados en un personal competente, a menudo formado en las facultades de derecho, consiguieron poner en pie, a una

inmensa escala, la de la cristiandad occidental, un aparato administrativo tan eficaz, si no más, que el de las monarquías más modernas de la época. Con, por supuesto, los mismos límites: aparecían las resistencias locales, aunque solo fuera por inercia, a las directrices de Aviñón; a pesar de su complejidad y de su aparente envergadura, la fiscalidad pontificia tenía, de hecho, un mediocre rendimiento y su impopularidad se debía más a los procedimientos frecuentemente puntillosos o arbitrarios de los recaudadores que a la importancia real de las punciones.

¿Se alcanzaron, en todo caso, los fines perseguidos? Los fines inmediatos, sí, sin duda. La centralización monárquica de la Iglesia, la afluencia a Aviñón de hombres y riquezas permitieron a los papas hacer de esta ciudad una verdadera capital. Sacando partido de su excelente situación, mucho más central que la de Roma en relación al conjunto de la cristiandad, hicieron de ella uno de los puntos de encuentro de Occidente, gran plaza comercial pero también ciudad universitaria y foco de arte y cultura donde confluían letrados parisienses, pintores italianos y músicos flamencos. El palacio pontificio, que ha llegado hasta nosotros prácticamente intacto, era sin duda el más bello de Europa.

Los recursos de su fiscalidad permitieron también a los papas de Aviñón, no sin dificultades, pacificar, en cierta medida, sus Estados italianos, en la perspectiva de una eventual vuelta a Roma.



El palacio de los papas en Aviñón

Pero estos logros no podían por sí mismos justificar el esfuerzo realizado. De hecho, el movimiento centralizador en la Iglesia era mucho más antiguo y se remontaba a los papas del siglo XI. En un principio, había sido concebido como vector de la reforma, un arma para defender la libertad de la Iglesia contra las intrusiones laicas. Pero en el siglo XIV la «reforma» no era ya la gran esperanza que había entusiasmado a los cléri-

gos y laicos de las épocas gregorianas sino una simple referencia ritualmente recordada, que solo daba pie a medidas reglamentarias particulares y de corto alcance. Desgraciadamente, por una especie de perniciosa desviación, la centralización se nutría de sí misma y se había convertido en un fin en sí misma. El talento propio de los papas del siglo XIV y la estabilización de la curia en Aviñón la llevaron a una perfección jamás alcanzada en el mismo momento en que la necesidad profunda, propiamente religiosa, se difuminaba.

Cuando se trata de emitir un juicio de conjunto sobre el período aviñonés de la historia de la Iglesia, destacan, pues, los aspectos negativos. Los méritos individuales de los pontífices y de sus auxiliares fueron notables. No carecían ni de cultura, ni de inteligencia, ni incluso de abnegación. Un Juan XXII, un Benedicto XII o un Urbano V hicieron gala de una profunda y sincera piedad. Pero su error fue dejar que el papado se convirtiera en la cabeza de una enorme maquinaria gubernamental. Preocupados, ante todo, por una buena gestión y una recta justicia, perdieron el contacto con las aspiraciones religiosas de los fieles y olvidaron el aspecto dinámico de la acción pastoral. En el sentido espiritual de la reforma, dejaron que se abriera paso una concepción administrativa y eventualmente represiva de la vida cristiana.

Esta evolución fue tanto más irresistible cuanto que se liberó de las formas de control y de puesta en guardia que la habrían podido frenar. Los papas de Aviñón dejaron de convocar los concilios ecuménicos en los que, al menos en cierto modo, podía hacerse oír la voz de las iglesias locales y trabarse el diálogo entre ellas y la Iglesia romana. La sociedad curial se convirtió en una sociedad cerrada. Abusando de las facilidades que le daba el desarrollo de las reservas y las gracias apostólicas, papas y cardenales retribuyeron espléndidamente a sus servidores con las rentas de múltiples beneficios sin preocuparse de los renco-

res que suscitaba, localmente, esta invasión de clérigos aviñoneses no residentes. Habituados al ejercicio de una autoridad exclusiva, creyeron poder entregarse impunemente a las delicias del nepotismo y de las luchas de clanes y facciones.

Es cierto que, durante mucho tiempo, esta evolución solo suscitó oposiciones limitadas, mientras el sistema, del que muchos podían sacar provecho, funcionaba con una cierta eficacia. Algunos franciscanos «espirituales», que habían roto con la orden y se habían reagrupado temporalmente en torno a Luis de Baviera, denunciaron al Anticristo que reinaba en Aviñón. Algunos intelectuales ponían en evidencia la perversidad de esta concentración de la *plenitudo potestatis* en manos del soberano pontífice y, pensando en el ejercicio de la autoridad de la Iglesia, pidieron que, en cierto sentido, fuera restituida al pueblo cristiano, eventualmente representado por el concilio general, en tanto que los príncipes serían puestos, en el dominio que les era propio, al amparo de los abusos del poder espiritual. Los autores más audaces como Marsilo de Padua y Juan de Jandum, en el Defensor de la Paz (1324), o el franciscano Guillermo de Ockham, en diversos tratados de los años 1330-1340, tendían incluso a una concepción puramente espiritual de la Iglesia: el ejercicio de la autoridad se limitaría a las funciones propiamente pastorales (predicación, sacramentos), mientras que todo tipo de poder coercitivo, incluso para la conservación de la disciplina eclesiástica, pasaría a manos del príncipe, «defensor de la paz» civil y religiosa.

No se trataba, pues, más que de críticas muy minoritarias, que emanaban de restringidos medios intelectuales o de herejes necesariamente aislados. A nivel de la masa de los clérigos y los fieles, no se encontraban más que actitudes sediciosas, pues una latente desazón iba sustituyendo paulatinamente la veneración por la desconfianza.

El hundimiento del papado

Al decidir, en 1376, llevar de nuevo la sede del papado a Roma, en contra del parecer de la mayoría de los curialistas, el papa Gregorio XI demostró que tenía una cierta conciencia de esta situación y que deseaba devolver a la Santa Sede una parte de su perdido prestigio satisfaciendo la profunda aspiración de un gran número de cristianos que, a semejanza de Catalina de Siena, siguieron siendo fieles a una concepción mística de la Iglesia y no concebían que el vicario de Cristo, jefe terrenal del Cuerpo místico, estuviera permanentemente separado de la ciudad santa, del lugar del jubileo, de las tumbas de los apóstoles y de los mártires.

La prematura muerte de Gregorio XI, el 27 de marzo de 1378, impidió que esta iniciativa diera sus frutos y precipitó, por el contrario, la crisis del cisma.

No era la primera vez que la Iglesia medieval veía enfrentarse a dos papas rivales, pero por su duración —cerca de 40 años — y la profunda turbación que produjo entre muchos clérigos y fieles, el cisma de 1378 —el «gran cisma»— fue de distinta naturaleza. Es uno de los elementos más evidentes de la «crisis» del final de la Edad Media y, con toda seguridad, uno de los factores constitutivos de la Europa moderna. Vale la pena, pues, detenerse en él un poco, aun dejando de lado las múltiples peripecias secundarias.

Poco importan aquí en particular las responsabilidades individuales —las de los cardenales, por una parte, y las de los príncipes cristianos y especialmente del rey de Francia por otra, son las más evidentes—, poco importa asimismo el detalle de los episodios que condujeron a la doble elección de abril-setiembre de 1378 y a la división de la cristiandad en dos obediencias sensiblemente iguales. Por un lado, Urbano VI y sus sucesores, prácticamente señores de Roma y de los Estados pontificios, de los que extrajeron la más importante de sus rentas, reconocidos en Italia, Alemania, Europa oriental e Inglate-

rra; por otro, Clemente VII (1378-1394), y después Benedicto XIII (1394-1417), que regresaron rápidamente a las orillas del Ródano y fueron herederos, por tanto, de la máquina administrativa y del sistema fiscal aviñonés y bajo cuya obediencia se encontraban principalmente Francia, Escocia y los reinos de la Península Ibérica y de Nápoles.

En su inicio, el cisma de 1378 fue, pues, una crisis de la institución pontificia, el desenlace casi previsible de los desequilibrios que los pontífices del siglo XIV habían dejado que se desarrollaran: el exceso de poder otorgado a los órganos de la curia y, esencialmente, del Sacro Colegio, cuyos miembros, verdaderos príncipes de la Iglesia, poco numerosos pero divididos por inexplicables luchas de clanes, estaban decididos a sacrificar todo para conservar sus posiciones; la zanja abierta entre la masa de los cristianos instintivamente fieles a la sede romana de Pedro y una corte pontificia que era incapaz de separarse de sus palacios aviñoneses, de sus hábitos administrativos y de sus amistades francesas.

El cisma, crisis del papado, fue pronto crisis de toda la Iglesia como consecuencia lógica de la sistemática centralización practicada hasta entonces.

¿En qué medida afectó verdaderamente al conjunto de los fieles? Sin duda, solo ocurrió así en las regiones fronterizas de las dos obediencias, como los Países Bajos, allí donde los laicos asistieron al espectáculo de los bruscos cambios de sus príncipes y de sus obispos y donde vieron a clérigos rivales disputarse cargos y rentas. Allí, el escándalo del cisma y el peligro que hacía correr a las almas preocupadas por su salvación debieron ser dolorosamente experimentados.

Pero, en toda la cristiandad, al menos los clérigos tuvieron conciencia del drama. La quiebra del papado fue percibida como la causa y el signo a la vez de una corrupción profunda de

todo el Cuerpo místico, al tiempo que pronto estuvo claro que los pontífices rivales, encerrados en su intransigencia y sustentados en obediencias y apoyos políticos más o menos equivalentes, podían acabar el uno con el otro. Especialmente en medios intelectuales y universitarios, se puso de manifiesto la idea de que sería necesario sobrepasar la simple «vía de hecho», único recurso oficialmente admitido por los papas, e imaginar soluciones nuevas que se pudieran imponer a los dos adversarios. Inspirándose en la eclesiología crítica de Marsilio de Padua y de Ockham, se admitió por lo general que estas soluciones implicaban necesariamente una activa intervención de los príncipes cristianos y el ejercicio, por la comunidad de fieles o, al menos, por los que se designaran como sus representantes, de una parte más o menos grande de esta «plenitud de poder» no ha mucho acaparada por el único soberano pontífice. Se admitió también que la extinción del cisma era inseparable de una reanudación global de la obra de reforma abandonada desde hacía tanto tiempo, lo que había comportado el desconcierto de los fieles y la perversión de tantas instituciones.

Una solución: el concilio

El primer intento, tardío por lo demás, llegó, lógicamente, del más poderoso príncipe de Occidente, del «muy cristiano» rey de Francia, incitado por la universidad de París y una buena parte de sus obispos. Consistió en las dos «sustracciones de obediencia» sucesivas de 1398 y 1408. Al privar a los papas de su autoridad jerárquica y de sus rentas, se esperaba forzarlos a abdicar o, al menos, a negociar. La intransigencia de Benedicto XIII, la negativa de los demás Estados a asociarse a la «sustracción» francesa y el rápido debilitamiento del gobierno de Carlos VI, socavado por la locura del rey y las querellas de los príncipes de sangre, implicaron el fracaso de este intento. Se estudió entonces otra solución, la del concilio, por la que se inclinaban desde hacía mucho tiempo los universitarios, a quie-

nes no faltaban argumentos para fundar su legitimidad ni para describir su idoneidad. El primer concilio, el de Pisa (1409), fue, no obstante, casi un fracaso. Al estar convocado por algunos cardenales disidentes de las dos obediencias, su autoridad era discutible. Pasando por alto la urgencia de la reforma, se limitó a condenar a los papas rivales, sin poder eliminarlos, y a elegir uno nuevo, Alejandro V (al que sucedió en 1410 Juan XXIII). En estas condiciones, el hecho de que el papa de Pisa consiguiera rápidamente hacerse reconocer casi en todas partes, no dejando a sus adversarios más que obediencias periféricas (España para Benedicto XIII, algunos principados italianos y alemanes para Gregorio XII), no permitía esperar el fin rápido de la crisis. Ni la aspiración de los fieles a la reforma ni la de las Iglesias nacionales a la restauración de sus «libertades» salieron ganando con esta chapucera solución y Juan XXIII, desacreditado además debido a su discutida personalidad y a sus torpes métodos, debió levantar acta rápidamente y convocar, en su propia defensa, un nuevo concilio general, en Constanza. El concilio de Constanza (1414-1418) obtuvo, no obstante, su legitimidad mucho menos de esta convocatoria pontificia o de la protección que le garantizó el rey de los romanos Segismundo, que del número de padres conciliares (los universitarios y los procuradores de los príncipes eran numerosos, junto a los abades, obispos y cardenales) y de su convicción de representar verdaderamente a la Iglesia universal en su diversidad y su unidad, como quedaba de manifiesto en la distribución por «naciones» que adoptó en sus sesiones. Habiendo comprobado rápidamente la mala voluntad de Juan XXIII para emprender la obra de la reforma, el concilio destituyó al pontífice y luego, en un acto sin precedente, decidió que continuaría celebrando sus sesiones con pleno derecho, afirmando así inequívocamente su superioridad con respecto al papa y su capacidad para sustituirle a fin de ejercer el poder soberano en la

Iglesia. En los años que siguieron, los Padres de Constanza llevaron a cabo simultáneamente una doble acción: la extinción del cisma (deposición o abdicación de los papas rivales y elección, según un procedimiento excepcional que subrayaba bien la soberanía del concilio, de un nuevo papa, Martín V) y la reforma de la Iglesia (lo que condujo, en la práctica, a diversos «concordatos» concertados entre Martín V y las «naciones» conciliares). El decreto *Frequens* (9 de octubre de 1417), piedra angular del sistema, estableció la celebración regular de concilios generales que controlarían y orientarían el gobierno de la Iglesia. De hecho, al dejar las manos libres a la Curia en el intervalo de las sesiones conciliares y al no establecer un procedimiento regular para zanjar las eventuales discrepancias entre el papa y el concilio, *Frequens* era la base de futuros conflictos.

El siguiente concilio, celebrado en Siena en 1423, fue eludido por el papado. En cambio, el de Basilea, inaugurado en 1431, entró pronto en conflicto con el papa Eugenio IV y acabó por estallar en dos (1438). En Ferrara primero y en Florencia después se celebró una asamblea fiel al papa, cuyos trabajos estuvieron dirigidos por el pontífice (1438-1445).

En Basilea y más tarde en Lausana tuvo lugar hasta 1449 un concilio que, una vez hubo depuesto a Eugenio IV y proclamado su superioridad sobre el papa (el sucesor que le asignó a Eugenio IV, Félix V, no fue nunca más que un fantoche), produjo una importante y a menudo interesante legislación reformadora (en materia de beneficios, de fiscalidad, de disciplina eclesiástica), pero perdió poco a poco toda autoridad y acabó por disolverse en la indiferencia general. Los Padres de Basilea habían sido víctimas de su intransigencia, de la confusión engendrada frecuentemente por interminables debates y de la habilidad de Eugenio IV que, a partir de 1439, pudo jactarse de su sensacional éxito, la restablecida unión con los griegos en Florencia, pero más aún, sin duda, de la ausencia de apoyo por

parte de los príncipes cristianos (mientras que en 1415 nadie había defendido a Juan XXIII). La principal preocupación de estos era afirmar en todo momento su autoridad sobre las Iglesias de sus Estados, pero, a partir de ahora, no asociaban ya esta política al éxito del conciliarismo. Por el contrario, antes que negociar con un concilio de Basilea inclinado a tomar en serio las exigencias de la reforma y su papel de representante de la Iglesia universal, preferían ahora hacerlo con un papado debilitado por «concordatos» ventajosos. La «Pragmática Sanción», promulgada en 1435 por el rey de Francia Carlos VII. es bien característica de este espíritu. Haciendo alarde oficialmente de su adhesión al concilio y a la reforma, este texto tendía sobre todo a reorganizar el gobierno de la Iglesia en Francia limitando al máximo las intervenciones pontificias a través del restablecimiento de los procedimientos y «libertades» tradicionales, lo que, prácticamente, tenía también y sobre todo como consecuencia abrir ampliamente el camino a las eficaces presiones del rey, de sus oficiales y de sus tribunales.

En resumidas cuentas, aunque permitió resolver la crisis institucional, el conciliarismo fue un fracaso en tanto que se quería que fuera un movimiento de reforma. Tras Constanza y, sobre todo, tras Basilea, volvemos a encontrar al frente de la Iglesia a un papado monárquico y, por tanto, aunque muy debilitado, expuesto a desviaciones análogas a las de los siglos anteriores. Para conservar el dominio de Roma y de sus Estados, los papas se veían obligados a una intervención directa y permanente en todos los asuntos italianos. Al casi no poder ya ejercer su tutela sobre reinos como Francia e Inglaterra, donde soberanos fuertes impulsaban la constitución de verdaderas Iglesias nacionales, estaban tentados de restaurar su autoridad y su fiscalidad en regiones políticamente menos coherentes como Alemania; además, era allí donde los rencores engendrados por el

fracaso del conciliarismo fueron más fuertes y los sentimientos antirromanos más virulentos.

No obstante, si no nos limitamos a un punto de vista finalista y retrospectivo, es menester subrayar que los concilios de Constanza y de Basilea representaron un momento único en la historia de la Iglesia. Los que participaron en ellos sintieron frecuentemente la exaltación; algunos, especialmente los universitarios, doctores en derecho o en teología de París o de otros lugares, concibieron incluso un desmesurado orgullo en tanto intelectuales embriagados por la experiencia de la acción y la posibilidad de acceder al ejercicio del poder soberano. En estas extraordinarias asambleas de hombres llegados de todo el Occidente (sin hablar de los griegos presentes en Florencia), de lejanos obispos e incluso de simples sacerdotes y clérigos, pudieron hacerse oír sus voces, antaño ahogadas por la pesada máquina de la administración aviñonesa. Durante una veintena de años, Constanza y luego Basilea fueron realmente puntos de encuentro en Europa, hirviente de cosmopolitismo, desde donde se difundían ideas y manuscritos. La experiencia intelectual de muchos humanistas, de Poggio a Enea Silvio Piccolomini, sin hablar del inclasificable Nicolás de Cusa, comenzó allí. Los concilios de Constanza y Basilea, manifestación de un universalismo que es a la vez el de la cristiandad medieval y el de una moderna «República de las letras», encarnaron también y más aun la aspiración, sincera aunque incompleta, de su tiempo a la reforma y el deseo de la comunidad de los fieles de participar, de algún modo, en el gobierno de la Iglesia en su obra de salvación. Su fracaso, sin duda inevitable, fue también un drama para la Iglesia en su conjunto, el signo de una grave debilidad en el proceso de autorregulación reformadora que le había permitido hasta entonces superar las crisis.

A pesar de todo, es cierto que solo una minoría de clérigos y de gobernantes podía realmente tomar conciencia de la importancia de lo que estaba en juego en el cisma. La masa de los fieles no era sin duda impermeable a las críticas más o menos virulentas dirigidas al papado y a sus agentes ni a las esperanzas que podía cristalizar la noción misma de concilio. No obstante, para los fieles, las estructuras eclesiásticas esenciales, las que enmarcaban la vida cristiana de todos los días, eran la diócesis y la parroquia, cuya puesta a punto y organización se habían consumado en el siglo XIII. ¿Resistieron estas estructuras durante la crisis del final de la Edad Media y, de todos modos, estaban capacitadas (aunque nunca lo estuvieron) para hacerse cargo de las más íntimas aspiraciones religiosas de los fieles?

El encuadramiento eclesial resiste

Hasta una fecha muy reciente, y siguiendo a P. Denifle, los historiadores insistían sobre todo en la «desolación de las iglesias», reflejo y consecuencia de las adversidades de la época, que habría caracterizado el siglo XIV y el principio del XIV e implicado una grave perturbación de la vida religiosa de los fíeles. Hoy, a la luz de trabajos aún muy poco numerosos, se empieza a matizar esta opinión tan pesimista.

No cabe duda de que las epidemias y las guerras hicieron estragos. Algunas iglesias fueron destruidas, dañadas o profanadas; algunas parroquias fueron despobladas o quedaron sin pastor; a causa de los disturbios, a algunos obispos les fue imposible visitar su diócesis o conferir las ordenaciones; la mengua de los ingresos eclesiásticos hacía largo y aleatorio cualquier esfuerzo de reconstrucción. No obstante, la importancia de tales perjuicios fue muy variable según las regiones y, por lo demás, nada prueba que ocasionaran automáticamente un enfriamiento del fervor religioso.

Pero, al margen de estas circunstancias, el medio pastoral seguía estando muy por debajo de las normas fijadas por los concilios y el derecho canónico. Sin duda, nunca hubo, hablando con propiedad, crisis en el reclutamiento de los clérigos. Por el contrario, al menos en la ciudad, sobre todo en torno a las grandes iglesias, se encontraba incluso un clero extraordinariamente pletórico; en muchas ciudades, sin hacer distinción entre las distintas órdenes, uno de cada diez o cada veinte habitantes, según los casos, parece ser que era clérigo. Pero este numeroso clero no estaba solamente mal repartido, estaba también a menudo, y a todos los niveles, mal reclutado y mal formado.

Los obispos, procedentes masivamente de la nobleza y de los cuerpos de oficiales, no eran necesariamente modelos de ciencia y menos aún de abnegación pastoral. En estos tiempos en que los episcopados nacionales tendían cada vez más a estar domesticados por los Estados, muchos obispos vivían en la corte y no residían en su ciudad ya que estaban muy preocupados por mantener su categoría de grandes señores, de situar a sus parientes y protegidos, y de ejercer su cargo en las mejores condiciones posibles salvaguardando sus rentas y prerrogativas. Por el contrario, a menudo olvidaban completamente o casi sus obligaciones de pastor (predicación, confirmación de los niños, celebración de los sínodos diocesanos, visita a las parroquias, organización de la escuela de la catedral, control de la formación y del reclutamiento de sacerdotes). Y los canónigos de la catedral, cuya principal ocupación era por lo general querellarse con su obispo, no podían ayudarles en este campo. Ciertamente, había excepciones y podrían citarse prelados que, al menos episódicamente, supieron mostrar su celo por restablecer la disciplina en su clero y mejorar la educación cristiana y la práctica de los fieles. Mucho más aun, podría hacerse mención de los que se entregaban, al menos por una cultura, sobre

todo jurídica, muy honorable, a costumbres dignas y a la práctica de algunas virtudes tradicionales de generosidad y beneficencia. Pero no hay indicios de que hubieran sabido animar verdaderamente su diócesis, sobrepasar el nivel de la buena gestión, impulsar, dando ejemplo, como lo habían hecho algunos obispos gregorianos y como lo hicieron algunos obispos de la Contrarreforma, un auténtico movimiento de renovación espiritual.

El clero parroquial, especialmente en el campo, se encontraba, pues, ampliamente librado a sí mismo. Este clero ha sido frecuentemente acusado, tanto por los moralistas de la época como por los historiadores actuales. Los «vicios» que se les imputan generalmente son, en primer lugar, el absentismo (la parroquia es servida por un vicario), la ignorancia y las malas costumbres. Un ejemplo: según una visita pastoral de 1411 a la diócesis de Ginebra, el 31 por 100 del clero parroquial era absentista, el 35 por 100 poseía una instrucción «mediocre» o «muy insuficiente» y el 40 por 100 tenía costumbres indignas de un clérigo (en casi la mitad de los casos se trataba de concubinato). Estas cifras son importantes y, en este caso, se elevaron aún más a lo largo del siglo XV. En otras partes se hallaban porcentajes menos inquietantes, pero el mal era muy real. Observemos, sin embargo, que las informaciones sumarias de las visitas pastorales, redactadas por instructores imbuidos de juridicidad y de prejuicios sociales, dan forzosamente una imagen pesimista de las cosas. Sería preciso, por otra parte, situar las responsabilidades: a la mediocre formación de muchos sacerdotes (que se reduciría a un simple aprendizaje con un sacerdote de más edad) hay que añadir la insuficiencia del encuadramiento diocesano y, más globalmente, todos los defectos propios del sistema beneficial (patrocinios laicos, colaciones pontificas, etc.). Por último, convendría preguntarse si los fieles se escandalizaban verdaderamente por lo que hoy se nos presenta

como faltas graves. En algunos casos, estos hechos eran sin duda una de las causas del violento y sumario anticlericalismo que estalla con motivo de tal o cual movimiento popular; «¡Basta de curas!», era el grito de guerra de uno de los jefes del levantamiento flamenco de 1323-1328. Pero, la mayoría de las veces, puede pensarse que incluso un sacerdote mediocre, es decir, cercano, de hecho, a sus fieles y accesible, proporcionaba a los fieles lo esencial de los servicios que esperaban de él, o sea, la distribución de los sacramentos, una especie de policía aldeana y de carácter civil, y la gestión cotidiana de esta célula social fundamental que era, tanto como comunidad espiritual, la parroquia.

Digamos para acabar que esta situación era sin duda muy antigua y que muchos de sus defectos, que una documentación más rica pone de manifiesto, existían en realidad desde hacía mucho tiempo, lo que no excluye evidentemente una cierta agravación al final de la Edad Media, especialmente durante el gran cisma, que desorganizó profundamente la maquinaria administrativa pontificia. Además, la Iglesia, desde los siglos anteriores, había comprobado la necesidad de reforzar el encuadramiento pastoral de los fieles apoyándose en otras estructuras que las de la diócesis y la parroquia. Pero ¿qué sucedió realmente, a este respecto, en nuestra época?

El relevo de los mendicantes

Las antiguas ramas de la orden monástica y canónica —Cluny, Cíteaux, Prémontré, etc.— apenas contaban ya. Desde luego, sus grandes abadías estaban aún en pie, sus múltiples prioratos rurales, aunque todos presas escogidas por los saqueadores de todo tipo, formaban todavía parte del paisaje familiar de los campos. El sombrío cuadro trazado habitualmente del monaquisino a final de la Edad Media (abandono de la regla y de la vida en comunidad, ruina de los bienes temporales, caída del reclutamiento) tal vez debería ser matizado. Hubo movi-

mientos al menos locales de reforma monástica. Pero es evidente que el monaquismo no ejercía ya sobre los contemporáneos la fascinación que había ejercido en la Alta Edad Media. Ya no era el lugar por excelencia de la santidad, ya no era capaz de animar grandes movimientos religiosos como Cluny o Citeaux lo habían podido hacer para el peregrinaje o la cruzada. Solo la Cartuja conservaba un prestigio intacto, pero, precisamente, se trataba de la orden más alejada del mundo, la más hostil a cualquier reforma de acción pastoral, y la influencia de sus autores intelectuales solo afectaba a una pequeña élite de devotos.

Dejemos aquí de lado, pues volveremos a hablar de estos temas más adelante, a la Inquisición (por lo demás poco activa en esta época y que había pasado en gran medida bajo el control de los obispos) y la Universidad (que, de todas maneras, nunca desempeñó más que un papel marginal en la edificación de los fieles y la formación de la masa de los clérigos).

El problema esencial es el de las órdenes mendicantes. Sus fundadores y los papas del siglo XIII las habían concebido como agentes directos de la acción pontificia, y por tanto de la reforma. Debido a la pureza de su modo de vida fundado en la pobreza voluntaria y el alto nivel de su formación religiosa e intelectual, los mendicantes debían estar no solo en la vanguardia del combate antiherético sino también hacerse cargo de una parte mayor de las responsabilidades pastorales; en tanto que predicadores y confesores, consoladores de los pecadores y de los moribundos, ofrecían su privilegiada mediación, cuando la criatura debe acercarse a su Creador. A pesar de las comprensibles reticencias de los curas y de los obispos, su éxito, sobre todo en el medio urbano, no cesó de afirmarse en el siglo XIII.

En el siglo XIV, las órdenes mendicantes sufrieron diferentes adversidades. Las epidemias asolaron algunos conventos; la regla primitiva había degenerado un poco y, especialmente entre

los franciscanos, una irremediable ruptura separó a los «espirituales», fieles al espíritu del fundador, a la letra de la regla y al valor de la superioridad de la pobreza, pero pronto condenados y acusados de herejes, y la mayoría de los «conventuales» que, en nombre de la obediencia a la jerarquía eclesiástica, aceptaban sacrificar una parte de su especificidad. En tiempos del gran cisma, aparecieron movimientos de reforma y de «estricta observancia», pero solo alcanzaron a una parte de las órdenes. Añadamos que la hostilidad más o menos abierta de los seculares respecto de los mendicantes apenas disminuyó. A pesar de todo, estos últimos continuaron desempeñando su papel. El extraordinario éxito de los grandes sermones de penitencia de un Vicente Ferrer o de un Bernardino de Siena que, a principios del siglo XV. arrastraban a inmensas muchedumbres, no era más que una extrema manifestación de la popularidad de la que gozaban en todas partes los predicadores mendicantes. La frecuencia de las «elecciones de sepultura» en sus iglesias es un signo en relación con los que buscaban consuelo en la proximidad de la muerte, ese terrible tránsito que tanto fascinó a los cristianos del final de la Edad Media. Incluso se ha llegado a decir que, en algunos casos, en la ciudad, los conventos mendicantes hacia los que afluían los fieles constituían especies de contra-parroquias, frente a las parroquias seculares tradicionales.

Estos éxitos ponen de manifiesto la eficacia de los métodos pastorales de los mendicantes pero no eximen de preguntarse sobre el alcance del mensaje. El hecho de que muy a menudo respondiera a un estricto conformismo social, pues le pedía a los ricos limosnas y a los pobres paciencia, no es nada sorprendente. Pero la banalidad y el carácter tradicional de muchos temas morales y religiosos, aunque hábilmente orquestados, sorprende más. Los mendicantes, pues, no solo no estuvieron igualmente presentes en todas partes, sobre todo en los cam-

pos, sino que su enseñanza no respondía necesariamente a todas las inquietudes manifestadas por los fieles.

En pocas palabras, las deficiencias del marco propuesto por la Iglesia a la vida cristiana en el siglo XIV son evidentes. Y es muy probable que se agravaran, sobre todo después de 1350, con las tribulaciones de la época y el cisma. Pero es menester incriminar la simple ausencia, incluso entre los mendicantes, de verdaderas novedades en el plano pastoral, el peso de la rutina, la tendencia a la perpetua reproducción de viejas estructuras y el abusivo recurso a la fácil arma de la reglamentación y la sanción. Los extravagantes abusos que se observan en el uso de la excomunión son una ilustración caricaturesca de estas tendencias. Cuando, a principios del siglo XV, se encuentran, en tal o cual aldea del Delfinado, siete o incluso nueve habitantes de cada diez excomulgados (uno «blasfemó», otro no pagó el diezmo, un tercero olvidó confesarse por Pascua a su correspondiente párroco, etc.), aunque sean ejemplos extremos y fueran cuales fueran, leves o graves, las consecuencias prácticas de estas excomuniones, ¿cómo no pensar que se trata de una situación anormal en la que se crean importantes desfases entre las tradicionales exigencias del derecho y la experiencia vivida por los cristianos?

Una aspiración hacia lo nuevo

Es sobre todo a este nivel al que conviene situarse para estudiar las actitudes religiosas concretas. Nos interesan menos los movimientos de desconcierto o cólera ante las catástrofes y los escándalos que las reacciones, o falta de reacciones, cotidianas frente al peso de la rutina, de la juridicidad y del funcionamiento mecánico de las instituciones.

El problema no era nuevo. Pero hasta entonces la reacción más corriente de aquellos a quienes no satisfacía el plan propuesto por la Iglesia —la única, en todo caso, que nos revela la

documentación— había sido el rechazo, la sublevación radical y sectaria, la herejía. Casi todas las herejías de la Alta Edad Media y hasta del siglo XIII tuvieron más o menos la ambición de constituir una Iglesia de puros, de perfectos, de pobres de Cristo, únicos verdaderos cristianos que vivían en el espíritu y la caridad, frente a la Iglesia del Anticristo, corrompida por la riqueza, la violencia y el sexo; ruptura total, tensión extrema, trastocación de los valores y esperanzas milenaristas, tal había sido la atmósfera mental de estos movimientos heréticos. Ahora bien, parece ser que tales movimientos se hicieron netamente más escasos en los siglos XIV y XV.

Pero aún coleaban. Se pueden considerar como heréticos a los «apostólicos», dos de cuyos predicadores populares, Gerardo Segarrelli y posteriormente fra Dolcino, se sublevaron en Lombardía de 1260 a 1307. Los grupos de franciscanos espirituales languedocianos e italianos, impregnados del milenarismo de Joaquín de Fiore, que, en el primer cuarto del siglo XIV, participaron, en nombre de la pobreza absoluta, en una abierta rebelión contra el papado, respondían también a este tipo de herejías. Tanto a unos como a otros, la certeza del próximo advenimiento de una edad de oro, que anunciaban en sus profecías y que se traduciría en una Iglesia completamente espiritual en la que las enseñanzas de san Francisco, casi tanto como los propios Evangelios, serían la regla, daba ánimos para afrontar el combate y, eventualmente, el martirio. Pero estos movimientos seguían siendo muy limitados y, al mismo tiempo, las grandes herejías de la era anterior acababan de decaer, víctimas del agotamiento de sus resonancias espirituales y de su base social tanto como de la represión. El catarismo estaba moribundo y la Inquisición acosaba a los últimos «perfectos» en los Pirineos del Ariège. Las comunidades valdenses, protegidas por el carácter relativamente discreto y pacífico de sus prácticas, sobrevivían en algunos valles alpinos, pero como enquistados en el

seno de una sociedad en declive. Por otra parte, pasada la mitad del siglo XIV, la Inquisición solo tuvo que perseguir ya a algunos «espirituales» y «fraticelos» aislados, cuyo rencor se manifestaba a través de profecías apocalípticas contra el papado aviñonense, y algunos individuos acusados de magia o de brujería fueron a partir de entonces su principal presa.

Los flagelantes, más característicos del siglo XIV y espectaculares pero, en definitiva, de importancia limitada, aparecidos en la Alemania renana y en los Países Bajos en 1349 con la gran peste y que experimentaron algunos resurgimientos posteriores, se presentan también como un gran movimiento espontáneo de masas. Algunos predicadores que habían quebrantado el destierro llamaban a los flagelantes a la penitencia, rehusaban ruidosamente el control de la Iglesia y sus sacramentos, se jactaban de realizar milagros y basaban en una supuesta «carta caída del cielo» la santidad de su acción, que proponía a las muchedumbres, víctimas del pánico y de la exaltación, padecer directamente los sufrimientos y las acciones propias de la pasión de Cristo. Bajo formas extremas e incluso extravagantes, este cristocentrismo sangriento estaba, a pesar de todo, muy en concordancia con las nuevas tendencias de la devoción; además, la Iglesia, aunque condenaba estas llamaradas místicas y violentas, por otra parte, limitadas en el tiempo y el espacio, aceptó tomar de ellas algunos aspectos en las prácticas penitenciales normales de cofradías debidamente encuadradas.

Todo esto no significa que la herejía, como actitud colectiva y radical de rechazo de la enseñanza y de las instituciones eclesiásticas oficiales, desapareciera. Pero, en sus manifestaciones más importantes, adoptó nuevas formas y llegó a ser mucho más política y culta.

Política, porque la herejía, inseparable en lo sucesivo del despertar, observado un poco por todas partes en el Occidente de entonces, de las conciencias nacionales, no era ya meramente

un movimiento popular, abocado no solo a la represión de la Iglesia sino al desprecio de las clases dirigentes y movimiento violento de oposición religiosa; era también una manifestación de las identidades nacionales que se buscaban; al tender a una Iglesia fuertemente centralizada, se afirmaba necesariamente antirromana (y antiaviñonesa) y cristalizaba fácilmente muchas de las xenofobias latentes (contra los teólogos alemanes en Bohemia, contra los clérigos italianos en Inglaterra); podía también, mucho más que en los siglos anteriores, suscitar simpatías en todas las capas de la sociedad y especialmente en aquellas cuyo desarrollo estaba ligado a la aparición de los Estados nacionales y asegurarse, como consecuencia, duraderos apoyos políticos y militares.

Culta, porque la herejía del final de la Edad Media no estaba ya conducida por perfectos procedentes de la plebe, sino por clérigos de elevada cultura, por universitarios formados en las facultades de artes y de teología, familiarizados con las especulaciones filosóficas y la exégesis bíblica, así como con problemas eclesiológicos. Su deseo de acción política y pastoral se injertaba, pues, en concepciones racionales de la reforma moral e institucional, en un programa preciso, en la convicción de que la exégesis cristiana fundamental consistía en dar, en primer lugar, a cada fiel el acceso directo al contenido auténtico de su fe, es decir a la Biblia, ampliamente difundida, predicada y traducida en lengua vernácula. Aunque, posteriormente, estas herejías podían engendrar en sus márgenes corrientes más populares, los jefes seguían desconfiando, por lo general, de estas, sensibles a los riesgos de radicalización social y de resurgimiento de tendencias mesiánicas más o menos aberrantes.

Wyclif y Hus: premisas

En el momento crucial de los siglos XIV y XV, las dos herejías más notables fueron la lanzada por Wyclif en Inglaterra y la resultante de las ideas de Jan Hus en Bohemia. Evidentemente,

ambas encontraron en el desconcierto suscitado por el gran cisma un alimento particularmente favorable a su desarrollo.

La de Wyclif fue la más rica en contenido doctrinal. A los casi 50 años, una vez que su pensamiento había madurado ampliamente, este célebre maestro en teología de Oxford, consejero del rey en diversas negociaciones financieras, se embarcó en una aventura intelectual excepcional. En el espacio de apenas seis años, produjo una obra extremadamente abundante e incluso redundante, pero frecuentemente estructurada por algunos temas centrales. El más importante era el de la absoluta grandeza de Dios, maestro y señor; frente a esta transcendencia, el hombre no podría prevalerse de ningún derecho propio ni de ninguna delegación del poder divino ni merecer de ningún modo su salvación por sus propios méritos; en el pensamiento de Wyclif, la mediación eficaz de la Iglesia y de las obras cedía, pues, el paso a las exigencias de una inmediatez que era la de la predestinación. A partir de aquí, todo el edificio eclesiástico se tambaleaba, la liturgia y los sacramentos perdían valor, principalmente por el rechazo de la transubstanciación eucarística; Wyclif acababa por hacer de la Sagrada Escritura la fuente y la medida únicas de la fe y afirmaba su inteligibilidad inmediata por todos los fieles. Como contrapartida a esta verdadera desacralización de la Iglesia-institución, la sociedad civil y el Estado se encontraban valorizados; representaban un orden cuyas coacciones se hacían necesarias por la propia existencia del pecado; la vida espiritual de cada cristiano debía desarrollarse respetando este marco.

Poco importa aquí el origen de las intuiciones fundamentales de Wyclif, donde, al menos, es preciso ver una manifestación del poderoso resurgimiento del agustinismo que caracteriza el final de la Edad Media. No es seguro que el propio Wyclif se diera cuenta de toda su fuerza destructiva y su alcance revolucionario, que solo aparecieron de lleno en la actualiza-

ción tardía que hizo de él la Reforma protestante, un siglo y medio más tarde. Por ahora, conviene antes que nada subrayar que el carácter seco y negativo del pensamiento de Wyclif, su poca preocupación por la ansiedad popular de salvación, la propia aridez de sus escritos y su poca difusión limitaron con mucho la repercusión directa del wyclifismo. Wyclif no era en absoluto un instigador de masas y se le ha imputado muy abusivamente una responsabilidad en el desencadenamiento de la gran «revuelta de los trabajadores» de 1381; aunque estas calumnias permitieron finalmente que se condenaran algunas de sus tesis (1382), el propio Wyclif, protegido por sus relaciones políticas, murió en la comunión de la Iglesia, el 31 de diciembre de 1384, en su parroquia de Lutterworth, donde se había retirado.

No obstante, en esos mismos años, habían aparecido en los campos ingleses predicadores populares, «sacerdotes pobres», «lollardos», entre los que había discípulos de Wyclif. Esto no es cierto más que parcialmente, pues si bien el movimiento lollardo tomó del wyclifismo una parte de sus hombres —antiguos graduados de Oxford—, de sus métodos —el recurso permanente y directo a la Biblia, a la que los lollardos proveyeron de traducciones íntegras al inglés— y de sus consignas —hostilidad a la riqueza eclesiástica, a la misa, a los sacramentos—, por otro lado era un movimiento popular y anticlerical bastante tradicional, lo que le valió de entrada un cierto éxito entre el pueblo humilde y la *gentry*. Hicieron falta muchas decenas de años a los obispos y al rey de Inglaterra para extirpar totalmente el lollardismo; por lo demás, los propios episodios de esta lucha, un asunto estrictamente interno del reino, contribuyeron a la toma de conciencia y a la estructuración de la Iglesia nacional inglesa.

Sin embargo, la descendencia más auténtica del wyclifismo se encuentra ante todo en Bohemia. Por razones bastante for-

tuitas, los principales escritos de Wyclif llegaron allí en los años 1390 y acabaron por injertarse en una corriente evangélica más tradicional de reformismo moral y eclesiástico, cultivada desde hacía algún tiempo por predicadores populares (aunque a menudo de formación culta) como Matías de Janow. Los devotos reunidos en Praga en torno a la capilla de Belén, la universidad de esta misma ciudad y especialmente sus maestros y estudiantes checos formaban la base social del movimiento. En estos ambientes se afirmó Jan Hus, hijo de campesino convertido en rector de la universidad y lector de teología. En el punto de partida de su acción hubo una atenta pero prudente lectura de Wyclif, del que retuvo sobre todo la crítica de la Iglesia-institución y la aspiración a una piedad más personal, menos mediatizada; pues, más abierto que su inspirador al sentimiento común de los fieles de su tiempo, dudó en cambio ante la predestinación y se mantuvo apegado al realismo eucarístico. Aunque radicalizara poco a poco su predicación en un sentido más popular. Jan Hus no carecía de apoyos en la sociedad checa y esta se sintió afectada en su totalidad cuando el concilio de Constanza, ante el que Hus se había presentado voluntariamente, le juzgó, condenó e hizo ejecutar con una implacable severidad (6 de julio de 1415). Algunos años más tarde, toda Bohemia se encontraba sublevada contra el emperador alemán y contra Roma al mismo tiempo. Ya en 1409, la expulsión de los alemanes de la universidad de Praga había hecho presentir la escalada del nacionalismo checo, estrechamente asociado a la idea de reforma religiosa. El programa del que se dotaron los husitas en 1420 ilustra bien el carácter complejo, nacional y religioso, culto y popular, de su movimiento; se encontraban en él al mismo tiempo algunas ideas nuevas ya formuladas por Wyclif, primeros pasos hacia el sacerdocio universal (rechazo de las mediaciones eclesiásticas, crítica del poder político de la Iglesia, papel reconocido al Estado nacional como garante del orden cristia-

no), y temas procedentes de un evangelismo mucho más tradicional. El husitismo extrajo lo esencial de su fuerza social y militar de su carácter nacional. Bajo la dirección espiritual de la universidad de Praga, reunió a una buena parte de la nobleza y de la burguesía checas y se constituyó en un auténtico aparato de Estado que resistió victoriosamente durante quince años las «cruzadas» alemanas.

El husitismo poseyó su rama radical, la de los taboritas (que había hecho de una montaña rebautizada como Tabor el principal lugar de sus reuniones); la vertiente popular y sectaria del movimiento se hizo más intensa allí, el anticlericalismo wyclifita se combinó con viejas esperanzas milenaristas resucitadas para dar origen a una especie de sociedad utópica hacia la que afluyeron, durante un tiempo, heréticos de todo tipo, valdenses, begardos y adamitas. Pero esta corriente extremista acabó evidentemente por romper con los «calixtinos» de Praga, llamados así porque hacían de la reivindicación de la comunión bajo las dos especies, del «cáliz», el símbolo de su movimiento; estos, tras haber aplastado el ejército de los taboritas en 1434, negociaron con el concilio de Basilea un acuerdo que les concedía lo esencial de los «cuatro artículos» de 1420, excepto la abolición de la propiedad eclesiástica (1436). Modesto e incluso decepcionante desenlace de un movimiento sin duda prematuro, aún muy marginal en la Europa de la época. Sin embargo, Lutero se considerará, y con toda razón, el heredero de Hus, cuyas ideas y predicación habían dado origen, por primera vez, a un movimiento de protesta religiosa capaz de sublevar a una nación entera y, en definitiva, parcialmente triunfante.

Una fe exigente y simple

En resumidas cuentas, la presencia de la herejía, que frecuentemente no era más que supervivencia del pasado o signo precursor de futuros movimientos, no parece que caracterizara verdaderamente la vida religiosa de Occidente en el siglo XIV y

principios del XV. Sin duda, las inquietudes que traducía eran compartidas por un gran número de fieles y, como veremos, muchos siguieron, aunque con menos audacia y sin salir de la ortodoxia, los caminos que abría. Pero nos parece precisamente significativo que la gran mayoría, incluso víctima del desconcierto, adoptara una actitud que no consistía en la ruptura colectiva radical. La angustia religiosa de los contemporáneos es, a pesar de ello, un hecho indiscutible. Como ya hemos dicho, tuvieron una conciencia más aguda que antaño de los vicios, tal vez agravados, de la institución eclesiástica. Las desventuras de la época, guerra y epidemias, la crisis social perturbadora del orden tradicional y, por último, el drama del cisma les hizo más obsesivo el problema de la salvación. Frente a un mundo más movedizo, menos coherente y, por consiguiente, más amenazante, tomaron conciencia de que las antiguas garantías podían ponerse en tela de juicio y que correspondía a cada uno, al menos en parte, abrir el camino de su propia salvación. Ya no se podía contar únicamente con las viejas solidaridades del linaje o con las plegarias de los monjes para «familiarizarse con la muerte» y conducir serenamente al alma hacia la morada del reposo y la espera del Juicio. Evidentemente, no habían desaparecido las estructuras sociales o eclesiásticas de encuadramiento, pero cada cual tenía más tiempo, el transcurso de toda su vida, para prepararse en el «arte del bien morir». Las relaciones con Dios, la vida religiosa e, indisolublemente, la vida social se convertían cada vez más en un asunto de opción personal. A menudo, entre las dudas y las lágrimas, en el seno de un mundo más cambiante y mas incierto, se abrían nuevos espacios a la libertad y la razón.

Con toda seguridad, los marcos y medios de salvación tradicionales propuestos por la Iglesia no fueron, salvo excepción, totalmente abandonados. Eventualmente vueltos a investir, a veces a espaldas de los clérigos, de significaciones inéditas, se-

guían siendo los fundamentos de la vida religiosa y los albergues del conformismo social.

La práctica sacramental, por ejemplo, que ha sido bien analizada, es significativa. Continuó siendo masiva y unánime en cuanto a los sacramentos que correspondían, además, a un rito de paso en la existencia (bautismo, matrimonio, extremaunción), y aunque la penitencia y, sobre todo, la eucaristía solo eran objeto de una modesta frecuentación, muy a menudo apenas conforme a las normas mínimas fijadas por el cuarto concilio de Letrán (una vez al año, por Pascua), no hay que ver en este hecho necesariamente un signo de indiferencia religiosa sino una señal, tal vez inoportuna pero sincera, de reverencia ante la transcendencia, una especie de vacilación ante el contacto directo, buscado y temido al mismo tiempo, con el misterio divino. Así se explica el permanente éxito de otras formas de prácticas y de devociones menos impresionantes y que desempeñaban a veces claramente el papel de verdaderos sustitutos de los sacramentos. El celo por la limosna, «que extinguía el pecado, como el agua extingue el fuego», apenas disminuyó, aunque su objeto y sus modalidades no fueran ya exactamente los mismos que en la época anterior. La liturgia, como se lince observar, apenas se enriqueció al final de la Edad Media y el conformismo dominical, muy empobrecido por la rutina y la mediocridad de la predicación al uso, estaba lejos de ser observada sin desfallecimiento; pero, por otro lado, los cristianos no dejaban de buscar en ciertas formas de oraciones y ceremonias eclesiásticas las vías de una intercesión de la que su inquietud les impedía prescindir. Ordenaban misas votivas por cientos y por miles. Participaban masivamente en las procesiones y en las peregrinaciones, llenaban las iglesias con ocasión de ciertas fiestas de gran resonancia espiritual y afectiva (viernes santo, todos los santos. Navidad, etc.) y participaban con un fervor in-

tacto en las múltiples manifestaciones del culto a la Virgen y a los santos.

En pocas palabras, nada indica que hubiera entonces un debilitamiento duradero en la práctica de los fieles, y si hubo flaquezas, fueron ante todo las de los clérigos, ignorantes, indignos o absentistas, y provocaron a este respecto el descontento de los laicos.

Sin embargo, las buenas obras y los sacramentos ya no bastaban, sin duda, para satisfacer la espera de estos. Además de que les mantenían en una estrecha y pasiva dependencia frente a un clérigo, cuyo papel mediador era, por otra parte, puesto en duda, no respondían a todos los interrogantes nacidos de una angustia más viva ante la muerte y la salvación.

Una exigencia fundamental de los cristianos del final de la Edad Media, expresada bajo una forma extrema, como hemos visto, en ciertas herejías, fue la de inmediatez, de contacto sin intermediario con la Divinidad, de aproximación, si no de identificación, con el Cristo sufriente y salvador. Y la primera condición de esta aproximación, cada vez más claramente percibida y expresada, era un mejor conocimiento de la Revelación y del contenido de la fe. Los siglos XIV y XV cristianos se caracterizan entre los demás, y a diversos niveles, por una inmensa sed de educación religiosa, colectiva e individual. A esta petición la Iglesia respondió muy desigualmente. Muy a menudo, los fieles solamente encontraron frente a ellos a clérigos ignorantes o refractarios, incapaces de asegurar la difusión de un mínimo de cultura cristiana. En tal caso, apenas tenían otras posibilidades que permanecer en su rutina y su ignorancia u optar por los recursos tradicionales del saber popular, muy lleno de folklore y de magia y que escapaba casi totalmente al control clerical. Pero en otros casos, la Iglesia supo emprender un verdadero esfuerzo de instrucción religiosa y moral de los laicos. Aunque aún era muy incompleta, la red de las pequeñas

escuelas controlada por la autoridad eclesiástica es claramente mejorada a partir del siglo XIV. Algunos doctores y prelados serviciales, de los que Gerson fue el mejor ejemplo, redactaron para el uso de los párrocos manuales sobre el arte de desempeñar su función y de predicar y, más ampliamente, para el conjunto de los fieles alfabetizados, cortos tratados en lengua vulgar sobre la meditación, la oración y la práctica de las virtudes cristianas. Lo más importante del trabajo pastoral eficaz seguía recayendo, no obstante, en los mendicantes, cuya implantación, al menos en determinadas regiones, se reforzó todavía, a pesar de las crisis internas de estas órdenes. Se dio el caso de que, especialmente en las ciudades, algunos cristianos tuvieron en lo sucesivo la suerte de escuchar, regular u ocasionalmente, una predicación de calidad y, poco más o menos, adaptada a sus preocupaciones; de asistir a las representaciones teatrales dadas en el atrio de las iglesias, «misterios» que recogían, desarrollaban y explicitaban los aspectos más dramáticos de la liturgia, especialmente los relativos a la Pasión; de contemplar imágenes, suntuosas o modestas, frescos de las iglesias o de los cementerios o humildes xilografías de uso doméstico, que ilustraban con un didactismo simple, a menudo, según parece, en relación con la predicación mendicante, los grandes temas de devoción que la Iglesia trataba de inculcar en los fieles. Había, por último, la élite privilegiada, aún poco numerosa, la de aquellos que, al saber leer y tener los medios para procurarse libros, podían acceder directamente a los textos sagrados de la liturgia y de la Escritura: es decir, a los libros de horas que permitían a los laicos piadosos apropiarse de los ritmos y los temas tradicionales de la devoción monástica y canónica; a los cortos tratados de espiritualidad cristiana que invitaban al examen de conciencia y a la oración personal; a las biblias traducidas, que abrían el camino a la meditación directa del mensaje revelado; los clérigos, no obstante, eran poco favorables a esta inmediata

difusión de la Escritura y, muy frecuentemente, los laicos no disponían de hecho más que de «biblias historiales», simples y pobres resúmenes de la historia sagrada.

Los marcos íntimos de la nueva piedad

Todo lo que acabamos de señalar —el apego de los laicos a determinados aspectos del conformismo tradicional pero también su decepción al verlos mal asegurados en el marco parroquial clásico, su apetito de saber religioso— explica uno de los rasgos fundamentales de la vida religiosa de los laicos al final de la Edad Media: la búsqueda de marcos sociales nuevos. Globalmente se podría hablar de atomización. La célula cristiana fundamental tendía a ser el individuo o, en todo caso, la familia, lugar privilegiado de la iniciación religiosa elemental, de los sacramentos esenciales y de las prácticas más cotidianas (ayunos, oraciones). Pero más allá de este nivel mínimo, a fin de cuentas difícil de captar concretamente, hay que señalar, sobre todo, que los cristianos de este tiempo trataron de dejar atrás el marco parroquial, del que los concilios habían confirmado, no obstante, su papel fundamental, en favor de otros marcos comunitarios, generalmente más restringidos y más aptos, según pensaban, para asegurarles condiciones satisfactorias de integración social, de vida religiosa y de edificación personal. Algunos pasaban a depender de congregaciones ya existentes afiliándose a las órdenes terceras de san Francisco y de santo Domingo. Pero lo más frecuente era la adhesión a una cofradía (o a cualquier forma análoga de asociación piadosa). Ya fueran urbanas, parroquiales, profesionales o de pura devoción, las cofradías se multiplicaron por todas partes en el siglo XIV. Su función social y política de estructuras de encuadramiento y de ayuda es evidente y permanecían sometidas al control, más o menos estricto, de la Iglesia y, sobre todo, a la dirección de las élites laicas locales. Al coordinar eficazmente las actividades caritativas de sus miembros, garantizaban a estos, en la miseria,

la enfermedad, la muerte y hasta en el más allá del Purgatorio, la solidaridad material y espiritual que a veces temían no encontrar ya, en estos tiempos turbulentos, al lado de su propia familia. Y si la función caritativa y funeraria era sin duda esencial, se puede también deducir que muchas cofradías trataban, a través de la organización de predicaciones y de liturgias propias, de estimular la piedad de los cofrades y de fomentar entre ellos la práctica de la oración y de los ejercicios religiosos personales. Lo que en las cofradías de reclutamiento popular o burgués era aún colectivo, se convertía en individual o familiar para los más ricos, patricios o nobles, capaces de asegurarse los servicios de un capellán y de un confesor, así como de poseer biblioteca y capilla privada, a la vez sepultura familiar y lugar de oración y meditación.

Aparte de estas formas, relativamente institucionalizadas y oficiales, el final de la Edad Media vio surgir muchos otros tipos de comunidades religiosas, más innovadoras, más informales, a veces incluso marginales y, eventualmente, sospechosas, al menos a los ojos de determinadas autoridades civiles o religiosas locales. Hubo embriones de congregaciones agrupadas en torno a algunos santos personajes —y se piensa en esa *famiglia* que rodeaba a Catalina-de Siena y de la que ella se consideraba la *mamma*—, que desaparecían con mucha rapidez, a menos que evolucionaran hacia una forma monástica más convencional. Hubo agrupaciones más o menos espontáneas de piadosos laicos que se encuentran un poco por todas partes en Alemania, en los Países Bajos y en la Francia del norte a partir del final del siglo XIII y que se conocían comúnmente bajo el nombre de «beguinos» y «beguinas». Los más estables, más o menos controlados por las órdenes mendicantes, fueron los beguinajes femeninos, que reunían, en pequeñas celdas a mujeres que vivían bajo la dirección de una de ellas, practicando la austeridad, el trabajo manual y la oración, pero sin pronunciar votos perpe-

tuos. Otros beguinos o begardos, en cambio, «funcionaron mal» y fueron condenados ya a finales del siglo XIII. y posteriormente en el concilio de Vienne (1312), al mismo tiempo que algunos grupos, sin duda semejantes, de «hermanos del Libre Espíritu». Sus adversarios, principalmente obispos renanos, les imputaban las peores infamias. Parece sobre todo que estos cristianos, inclinados a la meditación y que buscaban la unión directa con Dios, tendían a desvincularse de los sacramentos y de todas las formas institucionales de la mediación eclesial. Pero otros beguinos y beguinas escaparon a esta condena, así como esas muy informales comunidades de «amigos de Dios», que se reunían para practicar la oración y la meditación bíblica, y que se encuentran en Renania a mediados del siglo XIV. En realidad, a menudo es difícil comprender lo que, entre estos grupos, aparte de factores puramente locales y personales, opondría claramente a ortodoxos y heterodoxos. Tanto unos como otros parecían haber sido inspirados por los escritos de algunos dominicos alemanes. El más sobresaliente fue el maestro Eckhart (c. 1260-c. 1328), pero sus audacias le valieron —tardíamente— la condena del papa. En tanto que teólogo de la unión mística y de la transcendencia, se vio acusado de «deificar» al hombre y de tender a una cierta forma de panteísmo. Tauler (c. 1300-1361) y Suso (c. 1296-1366), más prudentes en su concepción de la unión con Dios pero expresando con más sensibilidad aún la incomparable riqueza espiritual de esta atención a la interioridad, fueron igualmente muy escuchados en los medios, ampliamente femeninos, de la «mística renana». Ruysbroeck el Admirable (1293-1381), más cercano a los simples laicos y a una ciencia teológica menos segura, pues, de nuevo por el riesgo de una cierta «glorificación» del alma humana que incorporaba en su interior la propia divinidad, desempeñó un papel comparable en los Países Bajos, donde beguinos y adeptos del Libre Espíritu eran igualmente numero-

sos. Su influencia vuelve a encontrarse entre los hermanos y hermanas de la Vida Común y los canónigos de Windesheim, fundados en Holanda, respectivamente hacia 1379 y 1386, por dos amigos, Gerardo Grote y Florencio Radewijns. Estas dos agrupaciones —la primera, asociación de laicos que llevaban una vida de austeridad y de trabajo bastante parecida a la de los beguinos; la segunda, orden canónica de estructura más clásica— pueden ser consideradas, en el marco de una evolución secular, como una perfecta realización, en un sentido ortodoxo, de las tendencias que, precisamente a este respecto, se definirán como constituyentes de la «devoción moderna» típica de la Europa del norte.

Los hermanos de la Vida Común y los canónigos de Windesheim tuvieron un considerable éxito en los Países Bajos en el siglo XV. Crearon numerosas comunidades, muchas de ellas dotadas de escuelas en las que los niños eran formados según los principios de la devoción moderna. Entre la abundante producción literaria de estos círculos destaca la Imitación de Jesucristo, probablemente escrita entre 1420 y 1427 por Tomás de Kempis, un canónigo de la congregación de Windesheim. El texto expresa perfectamente la espiritualidad de esta congregación, por su preocupación por la perfecta ortodoxia eclesiástica y sacramental (especialmente en el libro IV. consagrado a la eucaristía); por su elogio de la ascesis y de la renuncia, que permiten al alma aproximarse a Dios en la oración y la soledad; por su cristocentrismo; por la visión pesimista del mundo que la subtiende; y, finalmente, por su relativa indiferencia respecto a la dimensión social de los valores cristianos, especialmente de la pobreza. La Imitación, obra capital, es la primera ilustración de un cristianismo moderno que, mediante la austeridad, el retiro y la meditación, abre otros caminos de salvación que el del conformismo de las prácticas y de la acumulación de las obras.

Una inquietud, un temor latentes

¿Es posible hacer un balance, a nivel de las actitudes y las mentalidades religiosas concretas, de esta renovación de las formas de la piedad?

Muy a menudo, solo se han tenido en cuenta elementos relativamente externos, lo que ha falseado la interpretación, pues al privilegiar los aspectos excesivos, incluso extravagantes o barrocos de determinadas manifestaciones, se corría el riesgo de no ver más que aberración o perversión en lo que también era, incluso torpemente, un esfuerzo de liberación y de invención.

El deseo de contacto directo con Dios pudo comportar en determinados grupos reducidos de religiosos y laicos, a menudo con predominio femenino, el nacimiento de una especie de misticismo popular, susceptible de derivar en quietismo, e incluso panteísmo; apenas tenemos todavía sobre este asunto más que el testimonio de los adversarios de estos grupos, proclives a esgrimir las viejas armas de las polémicas patrísticas.

Más evidentes son los abusos a los que dieron lugar determinadas devociones y, ante todo, las vinculadas a la muerte y a la salvación. La obsesión por la muerte invadió la religión de este tiempo y se tradujo en una profusión de imágenes macabras (Cristo sufriente o muerto, apocalipsis, triunfo de la muerte, danza de la muerte, esqueletos y «transidos» de las tumbas) en las que se complacía una piedad dolorida. En sus testamentos, los cristianos de la época preveían legados piadosos y celebraciones de misas por decenas, centenas e incluso millares. Con un cuidado maniático y una precisión cuantitativa que rayaba a veces en lo absurdo, determinaban, si tenían medios para hacerlo, los detalles de sus propias pompas fúnebres y la ornamentación de sus tumbas. El éxito de la creencia en el Purgatorio, la búsqueda sistemática de las indulgencias ofrecidas por la Iglesia, el desarrollo del culto de un incesantemente creciente número de santos intercesores muy especializados, todas estas formas proliferantes, y un poco anárquicas, de la piedad del fi-

nal de la Edad Media responden a esa «contabilidad del más allá»; a esa «aritmética de la salvación» en la que los hombres de la época, al precio sin duda, como veremos más adelante, de una cierta declinación del sentido de la transcendencia y de lo sagrado, creyeron encontrar el ánimo para afrontar el misterio de las postrimerías. Tales prácticas no traducían necesariamente la angustia, el pánico, la delectación morbosa; expresaban también la mayor participación de los simples laicos, más allá del discurso tradicional y tranquilizador de la Iglesia sobre la muerte, en la tarea de su salvación personal. Aunque es exagerado decir que los cristianos del final de la Edad Media «no tenían ya confianza en nadie», es cierto que ya no aceptaban encomendarse totalmente a otros para preparar y acompañar su alma en su paso hacia el más allá. La obsesión de la muerte y del juicio individual, tan evidente en la devoción y el arte de este tiempo, no era solo, ni siquiera principalmente, el eco de las grandes mortandades sino, aunque sin duda acentuada por ellas, una consecuencia de la profunda sacudida de las estructuras eclesiásticas y sociales. Como escribió G. Duby, «no fue la miseria de la época, el incremento de las pestes, de la guerra o de la epidemia lo que aseguró el triunfo del nuevo sentimiento macabro sino el desarrollo del amplio movimiento que, desde hacía dos siglos, armonizaba poco a poco el cristianismo con las aspiraciones religiosas populares». Que hubiera en estas manifestaciones muchas torpezas y que acabaran, muy a menudo, por traer el desconcierto más que el consuelo no debe impedirnos discernir, tras el delirio cuantitativo, las primicias de una buscada razón individual, de una libertad que tiende a asumirse en medio de las ruinas del antiguo mundo.

Por lo demás, ¿es aún, en verdad, admisible hablar globalmente de los cristianos e incluso de los laicos de estos tiempos?

Lo que hemos tratado de analizar más arriba se aplica, sin duda, ante todo a los medios urbanos animados por las cofra-

días y la predicación mendicante. La aristocracia, particularmente afectada, también ella, por la crisis económica, social y política debió ser muy receptiva a estas nuevas formas de la inquietud religiosa y su fortuna le permitió desempeñar un papel capital en las transformaciones del gusto artístico y de los ritos funerarios que tradujeron y permitieron a la vez esta especie de privatización, de atomización y, en cierto sentido, de desclericalización del cristianismo del que hemos hablado.

Pero a una y otra parte, por así decirlo, de este nivel medio, y no sin comunicación con él, se perciben otros dos niveles. Por un lado, una élite religiosa, compuesta de clérigos, seculares o regulares, pero también de piadosos laicos, de devotos, a menudo agrupados en las pequeñas y discretas comunidades mencionadas más arriba (beguinajes, amigos de Dios, hermanos de la Vida Común, etcétera). Estos cristianos, adeptos de la lectura espiritual, de la dirección espiritual, de la meditación y de la oración personal, privilegiaban la exigencia de interioridad. de contacto más íntimo con Dios. La consecuencia de esta actitud era un ideal de vida austera, grave y muy ordenada, que les hacía muy reticentes con respecto a las obras más externas (como los peregrinajes) o las devociones ostentatorias de muchos de sus contemporáneos, no aprovechando de las mediaciones eclesiásticas más que lo que les parecía verdaderamente útil para su alimento espiritual; al mismo tiempo eran bastante indiferentes, hay que decirlo, a los problemas sociales de la caridad y, en todo caso, muy conformistas en el plano político. Estas actitudes, en las que es difícil no ver un cierto individualismo y una voluntad de apropiación personal del espacio y del tiempo de la piedad cristiana, sugieren el esbozo de una sociología de esta «devoción moderna». Es posible explicar su éxito vinculándola a determinados grupos sociales en pleno desarrollo y cuya ascensión es característica del final de la Edad Media: universitarios cansados de los resecos abusos de la escolástica, ofi-

ciales y juristas principescos, grandes comerciantes preocupados por definir una forma de vida cristiana que no comportará la inmediata condena de su actividad profesional, en suma, hombres que tenían en común, junto con el sentido del éxito personal, la práctica y el respeto de la reflexión y la escritura. No obstante, parece que el campo social de la devoción moderna se había extendido más allá de estos círculos «burgueses» y que había estampado también su marca en el cristianismo simple y austero atestiguado a la sazón en algunos ambientes populares y de los que las familias de Gerson y Juana de Arco son los ejemplos más conocidos. Sea como fuere, estos círculos de laicos devotos, que parecen haber sido más numerosos en la Europa del norte, comenzaban a forjar la base social del erasmismo y de la Reforma.

Pero no hay que olvidar que junto a esta élite y algunos fieles, ya mucho más numerosos, de las iglesias urbanas, había una inmensa muchedumbre, ante todo rural, muy a menudo analfabeta, de cristianos que permanecían consagrados a una religión mucho más tradicional y esencialmente colectiva. Sin duda, conviene ser prudente cuando se pretende atacar «la leyenda de la Edad Media cristiana». Las tendencias innovadoras que hemos estudiado más arriba acabaron por penetrar también en estos medios, aunque tardía e imperfectamente. La universalidad de la «crisis», económica y social, ayudó en cierto sentido. Por otra parte, habría que evitar a toda costa el anacronismo consistente en medir la piedad de los fieles por el rasero de las exigencias del cristianismo del siglo XX (e incluso, sin duda, de las formuladas por los concilios y los canonistas cultos de la época). Así pues, como consecuencia o no de la irregularidad de la práctica y de la mediocridad de la predicación, la religión popular seguía siendo, por lo general, una religión del miedo y de la inmanencia de las fuerzas oscuras que acababa por desviar de su sentido los dogmas cristianos más fundamentales. La au-

tenticidad del sentido religioso de estos cristianos es indudable y la indignación moralizadora de ciertos historiadores católicos está aquí fuera de lugar, aunque es cierto que en esta religión rural e inmóvil muchos de los aspectos del mensaje cristiano estaban totalmente ocultos.

Cualquiera que sea el nivel social considerado, se impone una última observación. Una vez puestos aparte algunos grupos ultraminoritarios y finalmente reprimidos, el marco eclesiástico, a pesar de las insuficiencias y las críticas, resistió mucho. Sin duda se podría perfilar una geografía diferencial, que prefiguraría la de la Reforma. La vitalidad del organismo eclesiástico en los países mediterráneos se oponía con toda seguridad a su ya avanzada ruina en los espacios germánicos y anglosajón, donde precisamente se desarrollaron la mayor parte de las herejías (lollardos, husitas), de los movimientos populares (flagelantes) y de las asociaciones informales de laicos. Habría que interrogarse sobre estas disparidades y examinar las respectivas responsabilidades del papado aviñonés y de su ceguera tecnocrática, de los Estados y de la evolución económica y social general que, en esta época, favorecía sin duda precisamente a las regiones nórdicas. Pero, en todo caso, en lo que respecta a nuestro período, las estructuras eclesiásticas resistieron e incluso dieron prueba de unas no desdeñables capacidades de adaptación. Los mendicantes siguieron estando, en líneas generales, a la altura de su vocación pastoral y misionera. En un sentido más amplio, la Iglesia, especialmente en las ciudades, al tener bajo sus órdenes las cofradías, al organizar la distribución de las indulgencias, al democratizar todas las formas de la piedad votiva y funeraria, supo tener en cuenta una buena parte de las nuevas aspiraciones religiosas, aunque no cabe duda que debió al mismo tiempo conceder a los laicos, y especialmente a los más ricos y a los más instruidos de entre ellos, un margen hasta entonces desconocido de iniciativa y de libertad. La Igle-

sia, que siguió siendo más o menos señora de la difusión del mensaje revelado (y lo sería durante mucho tiempo hasta que la imprenta no aportase en ese terreno su inmenso poder desmultiplicador) y de las mediaciones sacramentales, consiguió mantener a Occidente en una situación «de cristiandad». Una cristiandad atravesada de signos precursores de la Reforma, pero para el historiador es importante, tanto como descubrir esos signos, advertir que la Reforma no tuvo lugar en ese momento.

Un pensamiento más libre

Las estructuras profundas de la vida religiosa de los occidentales sufrieron, pues, una sacudida en los siglos XIV y XV. La misma sacudida se dejó sentir en el terreno del pensamiento, de la teoría y de la ciencia. Se ha llegado a definir esta época como la de la «disolución de la visión medieval del mundo». Es decir, que no se puede reducir a la «crisis de la escolástica» una evolución que, de hecho, representó una reorganización o, en todo caso, un inicio de reorganización de todo el campo de la actividad intelectual. Lo que supone que aún no se puede examinar aisladamente esta fase de la historia de las ideas y que es preciso situarla de nuevo en el marco más amplio del cambio de mentalidades y prácticas que hemos estudiado más arriba (lo que no debe hacer desconocer el carácter relativamente autónomo y a menudo innovador de la actividad propiamente especulativa).

La cristiandad de los profesores

El marco social e institucional de esta actividad experimentó en sí mismo algún pequeño cambio. Las grandes universidades de principios del siglo XIII —Bolonia, París, Oxford— y más concretamente sus facultades de arte y de teología siguieron siendo los focos más intensos de la vida intelectual, sin que, por

lo demás, sus programas o sus métodos pedagógicos hubieran evolucionado mucho. Todas ellas continuaban absorbiendo millares de estudiantes reclutados en una muy vasta área geográfica. Su prestigio se mantenía intacto y las diversas instancias sociales y políticas estaban de acuerdo en reconocerles una especie de magisterio superior, cuya autoridad efectiva era inmensa y susceptible de hacer nacer entre los universitarios las pretensiones más desmesuradas. Más que nunca, la universidad de París, sobre todo su facultad de teología, se consideraba «madre de las ciencias, luz de la fe», consejera escuchada y auxiliar inmediata del papado. El gran cisma llevó a su paroxismo esta alta idea que los doctores, los teólogos parisienses y los canonistas boloñeses se hacían de su papel en la cristiandad. Ya que todas las demás fuentes tradicionales de autoridad se derrumbaban, pensaron que les correspondía definir para la Iglesia universal la «vía» capaz de extinguir el cisma y llevar a cabo la obra dogmática del concilio. Al poco tiempo de ser honrados con favores pontificios, se convirtieron en los teóricos del conciliarismo. Sus pretensiones no eran menores en el ámbito jurídico o político. La opinión de los doctores era reconocida como fuente del derecho. Los reyes de Francia, durante las crisis graves, solicitaban la opinión y el apoyo de la universidad de París y esta afirmó repetidas veces su derecho a participar en la reforma general del reino. La universidad de Praga se hizo cargo de la dirección, al menos espiritual, del movimiento husita.

Podrían ponerse otros muchos ejemplos, pero ante todo conviene interrogarse sobre la eficacia real de este tipo de intervenciones. Traducen, sin lugar a dudas, una atención por el presente y un sentido de las responsabilidades políticas de los intelectuales de por sí estimables. Por lo demás, las universidades no eran en absoluto revolucionarias. Su ideal era más bien el de una reforma de la que serían sus inspiradoras y que restablecería la armonía de un orden social y político providencial.

Sin embargo, a medio plazo, parece que esta ampliación del campo de acción de las universidades apenas les fue provechoso. Al lado de otros factores más directamente vinculados a la crisis general y al anquilosamiento de las enseñanzas, contribuyó a perturbar su funcionamiento pedagógico normal, les indujo al error en opciones partidistas, a veces poco afortunadas (pensemos en los maestros proingleses de París que condenaron a Juana de Arco), y, en definitiva, llevó a los príncipes a reducir sus privilegios tradicionales y someterlos a un estricto control político.

Pero antes incluso de ser reducidos a esta situación de servidumbre, los maestros habían tenido mucho tiempo para dar pruebas de complacencia al poder establecido. A consecuencia de una evolución encaminada al cese del reclutamiento tanto de los escolares como de los profesores, iniciada desde el principio del siglo XIV, si no mucho antes, se acelera el ritmo de las dificultades económicas: como el resto de los «gremios», el de los universitarios avanza con mucha rapidez hacia la herencia o, al menos, hacia el rebajamiento de las exigencias para la familia del maestro. Por otra parte, los laicos acabaron por imponerse en el plano esencial de la remuneración: los estudiantes les pagaban, y mucho más en el caso de los juristas o los teólogos. El efecto era doblemente pernicioso. Cuando un Francisco Accursio en Bolonia o un Pierre d'Ailly en París poseen terrenos y palacetes, les es difícil hacer creer en la independencia de su palabra: habían escogido su terreno, el del orden establecido; más allá de su indudable honestidad, de su verdadera emoción, existiría siempre la barrera del rechazo de todo tipo de violencia, de toda turbación, y a Froissart le fue fácil al final del siglo XIV llamarles «caballeros de leyes», pues sin duda formaban parte de esta clase. En lo referente al segundo efecto es tal vez peor: no todo aspirante al conocimiento podía forzosamente pagar maestros; las diversas y bulliciosas universidades del si-

glo XIII veían ahora alejarse a los humildes; los que se aferraban allí eran los socorridos o los errabundos como Villon o bien los futuros funcionarios.

De todas formas, a pesar del prestigio que conservaban, estas grandes universidades no tenían ya el casi monopolio de la alta cultura que habían podido tener en tiempos de santo Tomás de Aquino. A lo largo de los siglos XIV y XV. fueron creadas más de cuarenta nuevas universidades un poco por todas partes en Europa, casi siempre por iniciativa de los príncipes. Las discordias nacidas del cisma, la escalada de los Estados nacionales y de los principados territoriales explican estas múltiples fundaciones. La mayoría de estas universidades recientes se limitaron a formar clérigos y juristas competentes sin pretender ningún tipo de originalidad intelectual. Lo hubo, no obstante, en el Imperio (Erfurt. Viena) o los reinos eslavos (Praga, Cracovia), y en el contexto de la toma de conciencia nacional de estos países, a fin de proseguir y profundizar determinados debates filosóficos o teológicos iniciados antaño en París u Oxford.

En el mismo interior de las antiguas universidades, pero de hecho muy autónomos en su reclutamiento y su funcionamiento, algunos colegios como el de Navarra en París, foco del «primer humanismo francés» en tiempos del rey Carlos VI, acogían enseñanzas, libros e ideas más o menos excluidas de las facultades tradicionales.

Más alejadas aún del mundo propiamente escolar, algunas nuevas comunidades por una parte, algunas cortes o cancillerías principescas o urbanas por otra, se convirtieron también en focos de vida intelectual y de creación literaria. Aviñón, donde los papas constituyeron la más grande biblioteca de su tiempo, rica no solo en obras religiosas sino también en obras clásicas; París, donde Carlos V hizo traducir al francés, para su «librería» del Louvre, la Biblia, la Ciudad de Dios de san Agustín, Aristóteles, Tito Livio, Valerio Máximo, etcétera; Munich

en tiempos del emperador Luis de Baviera, y Praga en tiempos del emperador Carlos IV; Nápoles; Milán; Florencia, cuya cancillería municipal fue, bajo el mandato de Coluccio Salutati y Leonardo Bruni, el centro del humanismo petrarquizante, y muchas otras capitales fueron en su época focos de arte y cultura, sin olvidar el papel, más efímero pero igualmente brillante, que desempeñaron Constanza y Basilea en el momento de los concilios.

En resumidas cuentas, al final de la Edad Media hubo, pues, multiplicación y diversificación de los lugares de elaboración de la cultura docta. Sin lugar a dudas, a menudo eran los propios hombres los que circulaban de unos a otros y el peso de las tradiciones universitarias estaba casi siempre presente. Sin embargo, se trataba de condiciones nuevas, más favorables a ciertas audacias intelectuales y a la expresión de las diversidades culturales nacionales, más propicias también, hay que decirlo, a las intervenciones más o menos interesadas de los poderes políticos laicos.

Fundar una nueva ética

La gran aportación del siglo XIII, de lo que se puede llamar propiamente la escolástica, no había sido solamente proponer, en la tradición patrística, una inteligencia de la fe que utilizara los modos de expresión de la cultura antigua (gramática, retórica, lógica) sino, mucho más ambiciosamente, intentar una auténtica conciliación de la fe y la razón, de la Revelación y la filosofía, la integración en un saber unificado, que Aristóteles atribuía en gran medida a la arquitectura, de la creación y del Creador, de la naturaleza y lo sobrenatural. No creemos que esta perspectiva, de la que santo Tomás de Aquino y sus Summa representan la mejor ilustración, fuera nunca en el siglo XIII la teoría dominante. Tropezaba con las resistencias de los teólogos más tradicionales, que permanecían fieles al agustinismo y a lo que implica de recelo respecto al mundo sensible. En el ca-

so del mismo santo Tomás no estaba desprovista de prudencias y remordimientos y tal vez, en efecto, conducía a ciertos estancamientos que el mérito —o el error— de los «averroístas» de la facultad de artes, como Siger de Brabante (c. 1240 —c. 1283), fue precisamente poner cruelmente en evidencia. Además, la condena del «averroísmo» por el obispo de París, en 1277, no afectó solamente a una enseñanza de todas formas llevada a la ruptura interna, sino también al tomismo, y los contemporáneos, ya estuvieran alegres o desolados por ello, fueron perfectamente conscientes. Más allá de la utilización más o menos hábil de los textos aristotélicos, toda una orientación filosófica era puesta en cuestión: la orientación optimista, que reposaba en la concepción positiva y dinámica de un saber que extendía su racionalidad a todo el campo de la Creación y de la Divinidad, un campo en sí mismo armoniosamente estructurado según las jerarquías y mediaciones necesarias; la orientación humanística, nutrida por su repugnancia a situar fuera del alcance de la razón tanto los fundamentos de la antropología y de la física como la economía de la gracia.

La condena de 1277, esencialmente local (aunque fue repetida un poco más tarde en Oxford), no hirió mortalmente ni al tomismo, que se continuó enseñando en la orden de los dominicos, ni incluso al averroísmo, cuyos principales focos se desplazaron hacia las facultades de artes de Bolonia y Padua. Pero hizo de ellas doctrinas consagradas a seguir siendo durante mucho tiempo minoritarias, si no marginales, y desde entonces los temas puestos en primer plano en la condena de 1277 fueron precisamente los que llegaron a ser los puntos de anclaje de los debates filosóficos y teológicos más innovadores.

Durante el siglo XIV hay que buscarlos más en París que en Oxford, aunque el primer gran teólogo de esta nueva era, el franciscano Duns Escoto (c. 1266-1308), enseñara sucesivamente en las dos universidades. Aunque acepta aún poner a

Dios como el ser necesario accesible a la especulación metafísica, Duns Escoto rehúsa ver en el mundo una emanación del entendimiento divino según las reglas de la causalidad aristotélica; al demostrar la vanidad del razonamiento filosófico que pretendía reducir a una dimensión en suma natural tal encadenamiento, restituye a Dios, como teólogo, «los plenos poderes tic una libertad sin límites»,

La crítica del tomismo, sutil en Duns Escoto, llega a ser radical en Guillermo de Ockham (c. 1290-c. 1349). Ya hemos hecho mención de este franciscano inglés en relación a su participación, a partir de 1328, en el movimiento de los espirituales y en la lucha del emperador Luis de Baviera, del que se convirtió en uno de sus consejeros, contra los papas de Aviñón. Sabemos que fue, en múltiples panfletos, uno de los críticos más virulentos de la omnipotencia pontificia. Aunque elaborada en el ardor de la lucha, la eclesiología que se desprende más o menos claramente de estos textos se apoyaba, por lo demás, como veremos más adelante, en las tesis filosóficas y teológicas que Ockham había enseñado en Oxford hasta 1324, fecha en la que, antes incluso de haber podido acceder al magisterio de la teología, fue citado a comparecer en Aviñón, de donde se escapó, cuatro años más tarde, para reunirse con Luis de Baviera.

En el punto de partida de la reflexión de Ockham hay una exigencia lógica, tomada de la tradición nominalista; todo conocimiento nos llega a través de los sentidos; únicamente el conocimiento inmediato, intuitivo, nos revela lo real, lo existente; el conocimiento teórico, fundado en las palabras y los conceptos, no nos muestra más que lo necesario, pero esta necesidad solo es la constituida por las propias reglas del discurso; es de hecho, en el plano ontológico, completamente confusa e incierta. La epistemología de Ockham desemboca en el empirismo. En estas condiciones, es evidente que cualquier intento filosófico por remontarse a la creación de Dios se viene abajo. Nin-

gún razonamiento, ningún concepto nos permite hablar de Dios, probar su existencia, describir sus atributos, restituir la economía de su gracia. Ockham afirma con una fuerza excepcional la absoluta libertad de Dios y deja de lado lo que le conviene, al nivel de la fe científica y moral, confiar al hombre. Pues, ¿para qué encerrar a este y a la naturaleza entera, donde no vemos más que contingencias más allá de las realidades individuales, las únicas accesibles a nuestro entendimiento, en instituciones, reglas y determinismos que no son más que vanas construcciones del espíritu y no las figuras de una jerarquía objetiva?

Se comprendió la potencia destructiva de tal concepción, que conduce, no sin duda, como se ha dicho, al escepticismo, sino, con toda seguridad, al individualismo, a la desvalorización de las mediaciones institucionales y, en primer lugar, de la Iglesia como sociedad visible, a una exigencia de inmediación asegurada a través del único canal cuya autenticidad parece garantizada a Ockham, es decir, el mensaje revelado, la Sagrada Escritura, que permanece indiscutiblemente fuera del alcance de su duda.

El ockhamismo, concebido según las necesidades cotidianas de la enseñanza, y posteriormente de la polémica antiaviñonesa, no es una doctrina coherente. Ockham estuvo lejos de haber extraído todas las conclusiones, tanto filosóficas como morales y religiosas, de sus premisas y de haber reemplazado todo lo que había destruido. Sintió la necesidad de dar una cierta cohesión a la cristiandad que tan totalmente había atomizado, pero solo propuso a este fin formulaciones carentes de vigor: el bien común, el consenso de todos los fieles. Menos familiarizado que Marsilio de Padua con el derecho y la teoría política, no supo poner de relieve las nociones de soberanía popular y de representación (por ejemplo, a través del concilio); mantuvo, pues, opiniones vacilantes sobre la institución pontificia, criti-

cándola duramente sin atreverse a negarle toda primacía; como muchos pensadores heterodoxos de su época, en definitiva no contó mucho con el príncipe (en este caso con el emperador) para asegurar la regularidad de la vida civil y religiosa y la preservación del bien común.

A pesar de sus limitaciones prácticas, el alcance del ockhamismo es inmenso. No es posible reducirlo a la vieja querella de los universales, nominalismo contra realismo, ni incluso a la crítica del tomismo. De hecho, Ockham desplaza todos los problemas, y pone en primer plano el del libre albedrío. Afrontando los riesgos simultáneos del escepticismo y de la autoridad, rechaza las añagazas de una teología racional y pone en el centro de su antropología un terrible dilema: da al hombre los medios filosóficos de su libertad, situándolo ante la indiscutible autoridad de la Revelación y bajo la abrumadora amenaza de la libertad y la omnipotencia divinas. Con Ockham se disuelve la visión medieval del mundo, se urde el drama de la época moderna, el de un pensamiento que libera y aplasta al hombre al mismo tiempo.

Aunque el propio Ockham fue condenado y murió hacia 1349, sin duda arrastrado por la gran peste, sin haberse reconciliado con la Iglesia, su obra tuvo una considerable influencia. A pesar de no compartir todas las audacias, una mayoría de teólogos acabó por adoptar sus orientaciones generales: desconfianza respecto a un acuerdo demasiado fácil entre la filosofía y la teología, sentido de la soberanía sin límites de Dios, atención privilegiada al problema de la libertad y de la justificación. Estos son los elementos de una especie de *koi'né* nominalista que se impuso, en la segunda mitad del siglo XIV, en la mayoría de las universidades europeas, tanto en Oxford y París como en las nuevas universidades alemanas. A los partidarios de esta *via moderna* evidentemente continuaban oponiéndoseles los partidarios de la *via antiqua* (por lo demás, ellos mismos

divididos en albertistas, tomistas y escotistas) pero, salvo algunas excepciones (por ejemplo, la universidad de Colonia, creada en 1388, que siempre fue un lugar destacado del tomismo), los *moderni* tenían preponderancia en todas partes. Ellos son, pues, los que, a los ojos de los humanistas, pronto encarnaron la escolástica medieval en su aspecto más árido, atrayendo sus quejas y sus sarcasmos. El proceso del ockhamismo prosiguió hasta nuestros días, añadiéndole, por su parte, los historiadores católicos, el reproche de haber preparado, directa o indirectamente, la reforma luterana.

¿Escolástica o antiintelectualismo?

Este debate tuvo el mérito de dejar bien clara la posición central de lo que se llama, de manera demasiado estricta, el nominalismo, aunque en realidad requiere apreciaciones más matizadas.

Es cierto que la escolástica del final de la Edad Media, encerrada en el marco de prácticas escolares inmutables —lecturas, repeticiones, «disputas»— pudo dar a menudo una impresión de esterilidad. La indefinida machaconería de los mismos problemas, el gratuito ejercicio sobre hipótesis cuyo carácter arbitrario era reconocido *a priori*, reducían a menudo la enseñanza de la teología a un mero virtuosismo dialéctico que se desarrollaba a través de ejercicios cada vez más formales. Es posible que el nominalismo, al asumir la tradición escolástica tras haber vaciado por adelantado de toda certidumbre y casi de todo contenido real los debates escolásticos y teológicos, precipitara esta evolución hacia la caricatura de lo que él mismo había denunciado. Pero los partidarios de otras escuelas no se libraron de este hecho. En todo caso, es cierto que muchos teólogos del final de la Edad Media parece que solo evitan el escepticismo por un eclecticismo bastante anodino. Sin ver ahí el punto de partida de una especie de indiferencia religiosa,, hay que reconocer que en esta época hubo un rebajamiento del nivel del

pensamiento teológico y una evasiva ante la síntesis, solamente compensados, incluso entre algunos de los más sabios, por la revalorización de formas más simples, afectivas y fideístas, de la piedad.

El ockhamismo tal vez habría podido volver a poner a la teología en el camino de la exégesis escritutaria ya que (sin, por lo demás, negar su valoración a la tradición y a la «regla de fe» elaborada por la Iglesia en el curso de la historia) Ockham había proclamado la primacía de la Revelación. No obstante, es obligado reconocer que, hasta principios del siglo XV, a pesar de algunos intentos interesantes, por ejemplo, para desarrollar el conocimiento de las lenguas griegas y orientales, este renacimiento bíblico no se produce entre los teólogos sino solamente, y sin grandes perspectivas, en algunos movimientos marginales o heterodoxos, como el wyclifismo. Esto será la gran aportación religiosa del humanismo, a partir de Lorenzo Valla, reactivar, en una perspectiva verdaderamente teológica, la edición y el comentario de la Sagrada Escritura.

Pero el nominalismo, entendido, repitámoslo, menos como una doctrina precisa que como una actitud intelectual global, tuvo también, más o menos directamente, evidentes efectos positivos. Al desembarazarse de las coacciones en las que había tendido a encerrarlo el sistema coherente, más o menos rigurosamente aristotélico, de las *Summa* del siglo XIII, el pensamiento pudo, al final de la Edad Media, aunque a menudo torpemente, liberarse y abrirse nuevos caminos. A pesar de que ninguno de estos desarrollos condujo, por sí mismo, muy lejos, y a pesar de que a veces se ha subrayado, no sin cierto anacronismo, su carácter «precursor», hay que mencionar, sin embargo, lo que, con todo y con eso, es una de las facetas de la profunda renovación de las estructuras mentales de Occidente en esta época.

Conviene aquí, más que nunca, no perder demasiado el tiempo en las etiquetas, siempre honoríficas —«realistas», to-

mistas, nominalistas, etc.—, ni en las querellas de escuelas u órdenes: franciscanos contra dominicos, seculares contra regulares; en este hervidero de tentativas más o menos acertadas, en esta multitud de obras en que la preocupación por el análisis supera manifiestamente al de la síntesis, cada cual, en realidad, trazaba su camino y se defendía como podía. Pero casi todos, y esto es lo que, desde el punto de vista histórico, nos interesa, expresaban a su manera algunas de las tendencias fundamentales de este tiempo.

Un primer aspecto a subrayar es la aparición, hasta entre los hombres de ciencia y los estudiosos, de un cierto antiintelectualismo, puesto de manifiesto por la irrupción en la teología culta de la mística, la moral y la pastoral, es decir, preocupaciones más inclinadas a la acción, la parte afectiva de la vida de la fe, la preocupación por la salvación personal, los poderes de la libertad y la voluntad, la espera de la gracia, las certidumbres de la intuición y la iluminación, recelosas del conocimiento discursivo y especulativo. De todo esto, es cierto, apenas se encuentra rastro en Ockham, que no parece haber sido un místico y cuya crítica de la teología racional mantuvo un talante muy dialéctico. Pero, de hecho, desde la generación anterior y en un contexto dominico, es decir, aún marcado por la visión racionalista y optimista de santo Tomás, habían aparecido las primeras reivindicaciones de una teología mística con el maestro Eckhart. La teología mística del maestro Eckhart, dialéctica del tiempo y la eternidad, del ser y la esencia, a costa de audaces reducciones, trataba de restituir las condiciones de la inmanencia y de la interioridad, del entorno, de la «penetración» amorosa del alma en Dios, del nacimiento del Verbo en el alma, intuición de lo increado en lo más hondo de la criatura. Estas extremas audacias, a cuyo eco en ciertos movimientos populares hemos hecho alusión y que, por otra parte, eran más sensibles en los sermones alemanes del maestro Eckhart que en sus obras

latinas, fueron condenadas en Aviñón. No se las vuelve a encontrar, pues, más que entre los maestros en teología de las siguientes generaciones.

Un hombre como Jean Gerson (1363-1429), profesor y posteriormente canciller de la universidad de París, es muy característico de esta orientación más moderada. Ponía en guardia, de buen grado, contra las ilusiones y los peligros del misticismo y no concebía más profundización de la vida espiritual del cristianismo que la estrictamente balizada por la práctica de los sacramentos y de obras pías recomendadas por la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, Gerson, heredero del nominalismo, proseguía las críticas contra la teología racional; negaba que simples razonamientos filosóficos pudieran querer poner a Dios en el orden natural, obstaculizar su libertad soberana, completar su Revelación; consideraba, por último, que el discurso teológico debía dedicarse menos a demostrar que a persuadir y conmover para conducir al alma a la contemplación y el amor de un Dios sensible, accesible a través de la meditación, la oración y la eucaristía. La doctrina de Gerson desembocaba, pues, en exigencias concretas y, como testimonia su obra en la que los tratados latinos van acompañados de una multitud de textos franceses (sermones, manuales pastorales y de espiritualidad, etc.), pensaba que la misión del doctor no era solamente de orden intelectual sino que tenía por objeto alumbrar la práctica de los fieles (comprendidos, en el plano político, los dirigentes del reino) para hacer penetrar en sus vidas las exigencias del Evangelio; y, en consecuencia, le correspondía también velar por la formación de los simples sacerdotes y prepararles para los deberes de su cargo. La acción personal de Gerson en el concilio de Constanza, donde fue al mismo tiempo el defensor de un conciliarismo moderado y el vigilante guardián de la ortodoxia dogmática, ilustra bien lo que fue la conciencia de sí de este teólogo que se sintió también pastor y moralista, hombre de ac-

ción y director espiritual, pero que, por lo demás, fue prudente y conformista.

Con Gerson y algunos autores contemporáneos de semejante inspiración, aunque no se puede hablar de misticismo, debe subrayarse, sobre todo, la aparición en la teología especulativa de una dimensión práctica, una nueva preocupación por la psicología y la espiritualidad, una atención a la persona (comprendidos los «simples», las mujeres y los niños) que permitió a algunos historiadores hablar a este respecto de «socratismo cristiano». Por lo tanto, no es sorprendente que buscaran a menudo su inspiración más en los Padres y en los autores espirituales del siglo XII como san Bernardo o los Victorinos que en los grandes escolásticos del siglo XIII.

La ciencia sacude sus cadenas

En el campo de la filosofía natural y de la ciencia, los efectos liberadores del nominalismo fueron igualmente sensibles. Suprimiendo a Dios de la Creación, negando las causalidades rígidas y los determinismos implacables que ceñían todo un universo a su causa primera, esta doctrina quebrantó el sentido de un orden necesario del mundo en que la filosofía no tendría otro propósito que descifrar, tras las múltiples apariencias de lo sensible y los enigmas del símbolo, las disposiciones preestablecidas del plan divino. En efecto, para los nominalistas, no existía, repitámoslo, más que la realidad concreta y singular. Las palabras, los conceptos, los símbolos y todas las formas ideales no comportaban la existencia. Corresponde, pues, al filósofo fijar toda su atención sobre el mundo sensible, captado en su diversidad y su contingencia. El conocimiento científico procederá de la observación minuciosa de lo real y de la experiencia, únicos capaces de poner de relieve no las causas o las leyes sino simples regularidades empíricas de los fenómenos físicos.

Como es bien sabido, a pesar de este favorable contexto, los progresos de las ciencias de la naturaleza fueron, no obstante, modestos al final de la Edad Media.

A partir de los años 1290, los sabios, haciéndose eco de la teoría ptolomeica del movimiento de los planetas, más compleja que la de Aristóteles, pero más exacta al dar cuenta de las apariencias, hicieron sensibles progresos en las mediciones astronómicas. Esforzándose por expresar matemáticamente algunas tesis de la física aristotélica. Thomas Bradwardine, maestro de Oxford (hacia 1328), y sus alumnos, los «calculadores» de Merton College y, más tarde, en París, Juan Buridán (antes de 1352) y Nicolás Oresme (hacia 1350-1377) llegaron a poner en evidencia el absurdo de algunas proposiciones del filósofo y el carácter experimentalmente erróneo de sus deducciones, por ejemplo en el dominio de la dinámica. Pero estas prometedoras intuiciones, estas veleidades de renovar los métodos de la física no condujeron muy lejos. La necesidad de recurrir a la observación directa y a la experiencia, claramente demostrada —«solo se puede alcanzar un cierto grado de certidumbre consagrando la mente al estudio de las cosas y no al del filósofo (Aristóteles) y el comentador (Averroes)», escribía Nicolás de Autrecourt, que fue hacia mediados del siglo XIV el más sistemático de los nominalistas parisienses, decidido precursor del empirismo moderno—, apenas se tradujo, en la práctica, en mejoras sensibles en las técnicas concretas de experimentación. Los progresos de la matematización siguieron siendo igualmente limitados, pues el esfuerzo de cuantificación también mantuvo un carácter marcadamente cualitativo, «tomando en consideración antes los grados de intensidad que las dimensiones extensivas relacionadas con el tiempo y el espacio».

En estas condiciones, solo bastante anacrónicamente, aislando de modo arbitrario algunas fórmulas tic su contexto, se pudo alabar a estos sabios, y especialmente a la «escuela de París»

de la época de los reyes Juan el Bueno y Carlos V. de las primicias de algunos descubrimientos fundamentales de la ciencia moderna. En realidad, no se puede atribuir seriamente la invención del cálculo infinitesimal al autor del *Centiloquium theologicum* (cuya identificación con Ockham es muy dudosa) ni la del principio de inercia a Buridán, ni la de la geometría analítica o la rotación diurna de la Tierra (hipótesis que formula, en efecto, pero para rechazarla explícitamente) a Oresme.

De hecho, se aprecia claramente que estos diversos autores, aunque beneficiados por la sacudida del aristotelismo que provocó el nominalismo, no supieron salir del marco cuyo poder lógico, añadiéndose a una tradición milenaria, continuaba imponiéndoles sus conceptos cualitativos. Debido, entre otras causas, al excesivo compartimentamiento mental y social que seguía separando las «gentes mecánicas» y los clérigos, estos últimos, víctimas de una cierta falta de audacia intelectual y de la imperfección de sus técnicas experimentales, no supieron romper esa «unión de una metáfora finalista con la experiencia del sentido común» que constituía la fuerza de la ciencia tradicional. Ni la Reforma religiosa ni la «revolución científica» moderna se produjeron en el siglo XIV.

No obstante, ¿no había algunos campos en que habrían sido posibles las convergencias entre ciencia y técnica, entre reflexión especulativa y práctica profesional? Al menos, según el estado actual de la documentación y de la investigación, es difícil contestar la pregunta. Aunque un cierto espíritu científico parece ser que penetró entonces en la arquitectura, el cuerpo de ingenieros militares o el arte de la navegación (piénsese en las cartas marinas genovesas o catalanas del siglo XIV. en las expediciones de los marinos portugueses en el XV), solo representó una excepción. Parece poco probable el mantenimiento de contactos directos importantes con la cultura universitaria; a pesar de la rehabilitación nominalista de la observación y de la expe-

riencia, los clérigos —tal vez por prejuicios sociales, por cuestiones de lenguaje— apenas comprendieron las posibilidades concretas que existían a su alrededor. La vena literaria del enciclopedismo, una vez pasado de moda el juego indefinido de los sentidos simbólicos, se consumió en obras menores y repetitivas, cuando habría podido dar a los escolares una ocasión de descubrir y teorizar el inmenso campo de las adquisiciones técnicas.

La medicina, representada en algunas reputadas universidades —Montpellier, Bolonia, Padua—, apenas se liberó del aplastante peso de las autoridades librescas griegas y árabes que constituían la base de su enseñanza. Los tímidos progresos que pudieron hacerse en anatomía y en cirugía se debieron a algunos médicos como Mondino dei Luzzi o Guy de Chauliac, que se atrevieron a vencer tanto las reticencias intelectuales de sus colegas y de la Iglesia como las, más interesadas, de los cirujanos y barberos de oficio, entregados a una práctica profesional empírica y rutinaria. Pero esto tampoco condujo muy lejos.

El Estado separado de lo divino

En la misma perspectiva de liberación del pensamiento científico y filosófico hay que considerar, a nuestro entender, los desarrollos del derecho y de la literatura política como disciplinas autónomas, si no laicizadas, al final de la Edad Media. Aunque no conviene simplificar excesivamente. La renovación del derecho romano, que contaminaba en gran medida el derecho canónico, databa del siglo XII; prosiguió durante el final de la Edad Media, precisándose y tratando de aplicarse de manera más específica a las realidades de la época. El aristotelismo político era conocido, al menos, desde el siglo XIII. La profundización de estas experiencias, a las que el naciente humanismo agregó el de los historiadores y oradores latinos, permitió, sin embargo, una reflexión más completa sobre la naturaleza y los fines del Estado (esencialmente del Estado monárquico) y sobre

los principios de organización de la sociedad civil. Por lo demás, no existe una teoría política única propia del final de la Edad Media. Ni la diversidad de las fuentes ni la de las condiciones de elaboración de la doctrina, que no nace solamente en las escuelas sino también en las cancillerías y los tribunales, lo habrían permitido. Aunque las influencias nominalistas subtendieron muy a menudo concepciones «democráticas» atentas a los derechos de los individuos, de los que el Estado no es más que su conjunto, y el «bien común» los intereses añadidos, otras insistían más en el carácter orgánico de las jerarquías sociales y la absoluta necesidad de la regla definida e impuesta por el príncipe. De todas maneras, nadie pensaba aún en elaborar la teoría pura del Estado natural. En la tradición agustiniana, todo se ordenaba para fines más o menos providenciales, compatibles en todo caso con la salvación de sus miembros. Incluso Marsilio de Padua, que se presenta precisamente como uno de los cantores de la soberanía del Estado laico y de la primacía del derecho natural, es también, en cierto modo, el heredero de una tradición política antigua que busca la figura ideal de un imperio cristiano y de una Iglesia absolutamente espiritual.

Los orígenes de esta liberación son remotos. Es fácil encontrar en pleno siglo XIII las premisas de tal concepción del bien común. Cuando los barones ingleses se indignan por las negligencias o el nepotismo de Enrique III, lo invocan; cuando Beaumanoir perfila el retrato ideal del príncipe, lo señala como marco. Pero estos hombres de acción o estos hombres de leyes no prescinden de la idea de una misión sagrada correspondiente por derecho al príncipe. En el momento en que pronuncia el juramento, el rey asume la *res publica*, convirtiéndose en su defensor y en su encarnación. Todo es ahí «gótico». Por el contrario, los «legistas» que paulatinamente invaden la corte del Capeto o del Plantagenet hacia 1300, esos hombres de Italia o de

los países del Languedoc imbuidos de derecho romano, conscientes de lo que es el *imperium* o la *potestas*, no se preocupan del dedo de Dios. Es del príncipe en tanto que juez, en tanto que legislador, en tanto que poder, de quien desean el éxito y a cuyos designios sirven; ¿qué temer, por lo demás, consumado el definitivo fracaso de los emperadores germánicos o la descalificación moral de un papado convertido en guerrero? El derecho soberano no actuará más que en favor de los reyes, y sin vacilación alguna, como puede bien suponerse, un Nogaret forzará la residencia de un papa y le levantará la mano. Los celosos servidores, un Pierre Flotte, un Guillaume de Plaisians, pueden sustituirse por un teórico: Pierre Dubois le traza al rey de Francia el camino de una dominación terriblemente material bajo las vestimentas de un jefe cristiano. Cosa fácil en París cuando reinan Felipe el Hermoso o incluso Felipe VI y Carlos V; pero se duda ante el dilema italiano: aquí, donde todo debería impulsar a la búsqueda de un poder centralizador, faltan candidatos; por definición el papa está excluido, y además se va; el angevino anclado al sur de las tierras disputadas y el Valois que acecha al norte una buena ocasión son los «bárbaros», y Dante, cuando escribe hacia 1315, en el exilio, su De la monarquía, no puede, con rabia en el corazón, más que apelar al emperador, como un gibelino de antaño, él cuya patria se declara güelfa. Pero su grito de dolor ante una Italia presa de todos los males no propone ningún programa. Es a Marsilio de Padua al que corresponderá, casi dos siglos antes de Maquiavelo, perfilar el retrato ideal del *Defensor pacis* en 1324, en el momento en que un emperador controvertido intenta revivir a los Hohenstaufen y los Otones: es preciso, de una vez por todas, liberar la política de la moral, separar lo temporal de lo espiritual; para la Iglesia la ley del corazón y del alma, para el príncipe los cuerpos y la ley social; pues la sociedad es legítima en sí misma, diferente según los lugares y los tiempos, independiente de la voluntad de la

Iglesia y, tal vez, de Dios. Es por tanto a los príncipes a quienes corresponde la plenitud de su control y, evidentemente, al emperador, añade Marsilio.

La elección no será en balde. Pues si el emperador no puede ya nada, los Estados, aún no se osa decir las naciones, se encorsetan en sus instituciones monárquicas así legitimadas. Podría irse tal vez más lejos: ya sea adaptándose rigurosamente, fecundando las ideas «democráticas» aparecidas en la ciudad a principios del siglo XIV; ya sea impulsando al príncipe hacia una «tiranía» a la antigua. Pero en la primera vía se erguía la aristocracia, una importante fuerza, siempre respetable incluso en medio de sus sinsabores financieros y de su decadencia guerrera. Por no haberlo comprendido, los Artevelde, los Marcel, los Rienzo, de Gante, de París o de Roma fueron destrozados a mediados del siglo XIV cuando pretendieron tomar el poder por la fuerza; fue necesaria toda la indulgente complicidad de la historiografía burguesa del siglo XIX para considerarlos «demócratas». Pasada esta alarma, los donadores de lecciones recuperaron su lugar: Nicolás de Oresme, Juan Gerson y Pierre d'Ailly se dedicaron a compadecer al pueblo y a aconsejar al príncipe entre 1370 y 1420; son hombres de labia escuchados con toda la emoción entonces de moda; incluso se puede, como Jean Petit, llegar a excusar el crimen por razón de Estado, o como Alain Chartier, condenar la aparente debilidad o la hipocresía de los poderosos: a estos últimos les trae sin cuidado pues los intelectuales son de los suyos, como se ha dicho. Comienza la marcha hacia la monarquía de los tiempos modernos. En cuanto a la vía tiránica, Italia no está madura para emprenderla; sin embargo, se la persigue ya en Milán en tiempos de los Visconti, y cuando en 1402 la condena Leonardo Bruni, el florentino «libre», teme el contagio. Por lo demás, tienta a más de un humanista. Es hermoso ser el hombre del que depende todo un mundo; el amable Salutati diserta sobre los atractivos comparados

de la *vita contemplativa* y de la *vita activa*; pero es un ejercicio de retórica: la época de Sforza no ha llegado todavía.

El hombre, centro del mundo

Hemos utilizado ya, en repetidas ocasiones, la palabra humanismo. Esencialmente, se trata de una corriente característica del período posterior. No obstante, también ella hunde sus raíces en la atmósfera intelectual de la crisis del siglo XIV. Incluso más lejos, en realidad, pues se ha podido subrayar, con toda razón, la permanencia, a todo lo largo de la Edad Media occidental, de una tradición humanística, unas veces casi silenciosa y otras, como ya en el siglo IX o XII, vigorosa y creadora. El humanismo del siglo XIV y de principios del XV, heredero en cierto modo de este legado, como queda de manifiesto al investigar los manuscritos carolingios y reconociendo el mérito de numerosos autores del siglo XII (san Bernardo, Juan de Salisbury), tuvo no obstante, además de un excepcional vigor, sus caracteres propios.

Geográfica y socialmente, se trata de un fenómeno bien localizado. Las primeras manifestaciones se encuentran en Italia y más concretamente en Florencia. Al margen de las universidades y de la Iglesia, más o menos vinculadas al mundo del comercio y de las cancillerías, en un medio, por tanto, relativamente laicizado, los primeros humanistas toscanos, Petrarca (1304-1374). Boccaccio (1313-1375), Salutati (1331-1406), fueron al mismo tiempo unos enamorados del buen lenguaje y de la retórica, así como unos cristianos sinceros que aspiraban, como todos sus contemporáneos, a la reforma de la Iglesia. El humanismo fue, pues, para ellos en primer lugar —y en este aspecto participa en gran medida de la atmósfera general de la época— una forma de protesta contra determinadas tendencias dominantes de la cultura «moderna» o heredada del pasado reciente: protesta contra las pretensiones de la filosofía aristotéli-

ca y averroísta de dirigir la teología; protesta contra el incorrecto latín de la escolástica; protesta contra los abusos en la Iglesia. A una cultura invadida por la confusión, el formalismo y los pretextos falsos, oponían la pureza de los textos antiguos que buscaban, casi con una especie de rabia, como el Pogge, en las bibliotecas de los monasterios, y cuyos manuscritos más auténticos «editaban» para impregnarse de ellos e imitarlos; le oponían también el positivo valor de la retórica hecha para conmover y convencer y no, como la dialéctica, para desorientar el espíritu en los recovecos de demostraciones y análisis necesariamente arbitrarios, y, finalmente, el retorno a la Biblia y a los Padres, encontrados en la misma belleza del texto, más allá de la pantalla de las glosas. Esta renovación de la bellas letras confrontaba evidentemente a los humanistas con el problema de la compatibilidad de los valores estéticos y morales del paganismo resucitados con la religión cristiana. Pero encontraban en seguida la respuesta en san Jerónimo y san Agustín: la ética pagana se cumplía en el cristianismo; el cultivo de la gramática y de la retórica permitía un mejor entendimiento de las Escrituras.

A partir de Aviñón, la corriente humanística alcanzó París donde, por otra parte, pudo incorporarse también a las tradiciones autóctonas. En tiempos del rey Carlos VI, especialmente en los años 1380-1410, floreció el primer humanismo francés. Su extracción social (pequeños cenáculos de amigos gravitando en torno a la corte real o al colegio de Navarra) así como sus preocupaciones esenciales subrayan suficientemente su parentesco con la corriente toscana que, por lo demás, imitaba abiertamente, con mayor o menor habilidad. Una preocupación aún mayor por la fidelidad cristiana conformaba su especificidad, junto con una indiscutible coloración nacional, que se expresaba al mismo tiempo por el interés manifestado por la lengua vulgar (enriquecida en contacto con el latín) y la exaltación, en

una perspectiva heroica cargada de reminiscencia de la grandeza antigua, de los valores nacionales, patrióticos y monárquicos; Gerson o Jean de Montreuil son buenos ejemplos de ello; ambos consideran la retórica al servicio de la acción política y, a pesar del apego del primero a un moralismo religioso bastante tradicional, no hay por qué negar, a otros niveles, su pertenencia a una misma corriente intelectual.

Podría hacerse mención de otros focos humanísticos, más modestos, en la Europa de esta época. Incluso los de Italia y Francia eran frágiles. Las últimas convulsiones de la guerra de los Cien Años interrumpieron durante una treintena de años la tradición humanística parisiense. Por todas partes se observaban vigorosas resistencias, provenientes de los universitarios averroístas o nominalistas o de los monjes y mendicantes, entre los que sobrevivía una tradicional desconfianza frente a la cultura «pagana» de engañosas seducciones. También, es cierto, se establecían connivencias, por ejemplo, con las comunidades de la *devotio moderna*.

En todo caso, en Italia, donde la corriente era la más fuerte, no cesó de crecer en la primera mitad del siglo XV. Las obras de un Lorenzo Valla (1405-1457), hijo de un notario romano, profesor de retórica en Pavía y consejero del rey de Sicilia, y posteriormente del papa, o de un León Battista Alberti (1404-1472), heredero de una dinastía del patriciado florentino, son características de esta evolución. A través de ellas, se ve a este humanismo llegar a la plena madurez filológica, favorecido, por otra parte, por el redescubrimiento del griego, enseñado regularmente en Italia a partir del final del siglo XIV por algunos refugiados bizantinos, cuyo modelo y protector fue el cardenal Besarión. Esto permitió a Valla, después de haber dotado al ciceronianismo de su breviario (las *Elegantiae linguae latinae*). de atacar el texto mismo de la Biblia poniendo crudamente al día las insuficiencias de la Vulgata y, aún más, algunas versiones

corrompidas que se solían utilizar; se ve también al humanismo constituirse como doctrina y método coherente, capaz de formular un proyecto de reforma global de la Iglesia y de la sociedad, poniendo de relieve, a través del magisterio de los textos y del redescubrimiento de los valores antiguos, los elementos de una crítica de las instituciones eclesiásticas y de las prácticas pedagógicas tradicionales, oponiéndoles un proyecto educativo nuevo, pronto encarnado en fundaciones pioneras (Alberti escribió su libro De la familia de 1433 a 1440), proyectos de paz universal, formulados tanto por el propio Valla como por el cardenal Nicolás de Cusa (1401-1464), e incluso, también por obra de Nicolás de Cusa, el esbozo de un vasto sincretismo, que reunía la sabiduría cristiana, la ciencia medieval y los valores universales de la latinidad en un inmenso saber que, sin embargo, lleva en sí la necesidad de su propia superación y la intuición de la transcendencia divina.

Pero, al mismo tiempo, algunos rasgos de este naciente humanismo se endurecían ya. Su carácter elitista se ponía de manifiesto en el elogio de la riqueza, del trabajo creador, de la acción armoniosamente combinada en los retiros (confortables) de la vida solitaria y en los cultos ocios de los espíritus aristocráticos. Su optimismo era a veces un poco escaso. Su conformismo social se acomodaba cada vez más a la escalada, tanto en las grandes monarquías como en los señoríos italianos, de los poderes «absolutistas», a poco que el príncipe tuviera el buen gusto de manifestar alguna consideración respecto a las bellas letras y sus heraldos.

Así pues, y según un proceso comparable al que observamos ya en otras corrientes intelectuales de la época, el humanismo perfilaba, con gran rapidez, los límites de una liberación de la que había sido en primer lugar exigencia y vector.

¿«Nacimiento del espíritu laico»?

Hemos tratado de restituir los diversos componentes, sabios y populares, religiosos e intelectuales, afectivos y racionales, que pudieron modelar las representaciones y los comportamientos de los hombres de Occidente al final de la Edad Media. Trataremos ahora de hacer una apreciación global a este respecto.

Si se piensa en el título del célebre libro de Georges de Lagarde, se puede caer en la tentación de hablar de «nacimiento del espíritu laico». La expresión solo es válida si se sabe bien qué hay detrás de ella.

Naturalmente, no se trata de ningún modo de significar una regresión de la fe, una escalada de la incredulidad. Aunque no sea necesariamente inconcebible en esta época, y no solo como parte de las baladronadas de algún condotiero o de algún «blasfemador», el hecho es que la documentación, lo mismo que en los siglos anteriores, nos pone esencialmente frente a una «cristiandad», es decir, una sociedad donde la Iglesia desea encuadrar la vida individual y colectiva en todo momento y donde las referencias morales y escatológicas del cristianismo continúan ocupando prácticamente todo el horizonte cultural. Añadamos también que los tímidos intentos de diálogo que el Occidente cristiano había podido esbozar en los siglos XII y XIII con el judaísmo, el islamismo o el «paganismo» (en este caso el de los mongoles), a través de la controversia y la misión, acabaron de malograrse en la primera mitad del siglo XIV. Las conmociones internas debidas a la crisis y la irresistible presión de los turcos en el Mediterráneo oriental hicieron más bien renacer, en un Occidente nervioso, los ideales de la cruzada, muy a menudo, es cierto, ineficaces o perdidos, y los fantasmas del antisemitismo cristiano, con su triste cortejo de pogroms y de conversiones forzadas.

Lejos de ser signos precursores de descristianización, las múltiples aspiraciones, que hemos observado, tendentes a una educación religiosa y moral más activa, a una piedad más personal y a la reforma de las instituciones eclesiásticas, ponen de manifiesto, por el contrario, que la gran mayoría de los hombres de la Edad Media continuaban buscando, del lado de la fe, la respuesta a las inquietudes existenciales avivadas por las adversidades de la época y la extinción de las antiguas estructuras sociales y políticas. Las diversas herejías no aparecieron ya como formas extremas de protesta auténticamente religiosa sino como resurgimientos de mentalidades populares tradicionales, «precristianas», rebeldes al discurso y al encuadramiento clericales.

Es cierto también que en esta época hubo una profunda reestructuración del campo de las representaciones y de las prácticas sociales e individuales, una nueva repartición de los respectivos sectores de lo profano y lo sagrado, de la preocupación por lo cotidiano y de la espera del más allá.

El ocaso de los símbolos

En numerosos ámbitos se tiene, en efecto, la impresión de una mayor toma de conciencia de la indispensable distinción entre lo temporal y lo espiritual, de los asuntos mundanos y las realidades celestiales. Esto era lo que ocurría, como vimos, en la cultura erudita donde la teología tendía a separarse claramente de la filosofía, de la física y del derecho. Lo mismo sucedía en la política, donde la soberanía de los Estados y la independencia de los príncipes respecto al papado se afirmaban casi por todas partes en Occidente. Se puede considerar también que los espectaculares progresos llevados a cabo entonces, especialmente en las grandes ciudades italianas, a través de las técnicas comerciales y financieras, eran, entre otras, una prueba de la regresión de las sospechas abrigadas durante mucho tiempo por la Iglesia contra este género de actividades, invaria-

blemente asimiladas a determinadas formas de pecado; por el contrario, a partir de ahora, veían en su única eficacia contable y en la evidencia de su utilidad social la justificación de su desarrollo autónomo. La evolución del gusto artístico y literario, como veremos más adelante, testimoniaba también, sin duda alguna, la aparición de registros de inspiración específicamente profana. Se podrían poner aún muchos ejemplos. En suma, se multiplicaban los indicios de una conciencia más aguda de la realidad concreta de la creación, de la singularidad irreductible de cada uno de sus componentes, de su resistencia, a veces intensa, y también de sus atractivos.

En lo referente a la otra vertiente de esta toma de conciencia, se halla evidentemente en las tendencias, ya mencionadas, hacia la profundización de la vida religiosa individual y al rebasamiento del simple conformismo social en favor de una adhesión vivida al mensaje revelado y a algunas prácticas concretas de santificación personal.

Puede hablarse por tanto, si se quiere, de desacralización o, como Huizinga, de «decadencia del pensamiento simbólico», en el sentido de que el universo dejó, en efecto, de ser percibido como un bosque de símbolos en cuyo seno el alma tenía por única vocación remontarse, por el amor y la iluminación, al misterioso movimiento que hace que, en cierto modo, el significante participe del significado y el «signo» de la «cosa» que representa. Esta forma de platonismo o, si se prefiere, de «realismo», tan típico de la Alta Edad Media y, especialmente, de la espiritualidad monástica, no correspondía ya del todo a las mentalidades comunes de los siglos XIV y XV, mucho más preocupadas, como hemos visto, por la práctica empírica, por la percepción concreta y singular, por el conocimiento inmediato.

Los hombres de este tiempo, aunque tuvieron una conciencia más clara de que naturaleza y sobrenaturaleza constituían dos órdenes de realidades distintos, teniendo cada uno su pro-

pia consistencia, no llegaron, sin embargo, a una separación radical de los registros. Por el contrario, los deslizamientos y contaminaciones de uno al otro siguieron siendo la regla. Desacralización no significa, pues, aquí, muy frecuentemente, verdadera laicización sino solamente desabrimiento y vulgarización de los antiguos simbolismos, proliferación barroca e incluso anárquica de los signos, aproximación torpe y reductora del misterio y confusión de los valores.

Volvemos a encontrar ahí, como puede verse, la noción de crisis. Pues en nuestra opinión, es solamente en este sentido en el que se la puede utilizar en el dominio de la historia de las mentalidades. No como simple eco, en el espíritu y los comportamientos de los contemporáneos, de los sobresaltos de la demografía y de la economía sino como la expresión de una tensión interna, resultante del estallido de una visión del mundo hasta entonces relativamente unificada. Nos contentaremos con señalar aquí solo dos casos ilustrativos pero que parecen característicos.

Los hombres nuevos

Suele hablarse, a propósito de la Edad Media, de «progreso del individualismo». En efecto, es cierto que hubo entonces un ensanchamiento del campo de la responsabilidad personal, una valoración del éxito individual. El individuo, objeto de la atención de los moralistas, como pone de manifiesto, en los tratados de devoción y los manuales de confesores, el nacimiento de la casuística, visto en su singularidad moral y física, adquiere ahora más iniciativa, tanto en su existencia cotidiana como en la preparación de su propia salvación.

Evidentemente, al menos por razones de documentación, los efectos sociales de esta liberación del individuo son más perceptibles al nivel de las clases superiores. Los príncipes dejan de ser meras figuras emblemáticas cuyas personalidades se

ocultan tras el carisma de su función y la perennidad de su raza para convertirse, tanto a nuestros ojos como a los de sus contemporáneos, en seres de carne y hueso; su poder se personaliza; tras su muerte e incluso en vida, se les representa no ya como figuras ideales, sino con sus auténticos rasgos, en las esculturas de las tumbas, los cuadros y las medallas. Las impresionantes estatuas yacentes de los reyes y príncipes de Inglaterra en Westminster y Canterbury, así como las estatuas ecuestres de los Visconti y de los Scaligero en Milán y Verona dan testimonio de esta nueva glorificación del príncipe.

El relajamiento de los antiguos compromisos, es decir, de las regulaciones de la sucesión y del providencialismo religioso, la sustitución, en las representaciones sociales comunes, de la jerarquía intangible de los «órdenes» por la compleja diversidad de los «estados del mundo», que la iconografía de la época reúne de buen grado, mezclados, bajo el manto de la Virgen de la Misericordia, a menos que los abandone en el torbellino de la danza de la muerte, contribuyen a explicar la multiplicidad de los logros individuales que constituyen uno de los rasgos de la historia social del final de la Edad Media.

Unos logros individuales, como el del graduado universitario, a veces de oscuro linaje, al que su ciencia y sus diplomas propulsan a la élite de los hombres de oficio y sobre todo de la Iglesia; o como el del comerciante genovés o el banquero florentino a quienes, en los buenos años, fructuosas especulaciones en el comercio de especias o el cambio de monedas les pueden asegurar una remuneración neta de su capital cercana a) 20 por 100. Quizá es menester más aún hablar de tres tipos sociales sobre los que pudo ejercerse la cáustica inspiración de Chaucer: el abogado llamó la atención de sus contemporáneos ya que la pululación de esta especie fue el signo visible de la alienación de los hombres; la generalización del notariado, pasado 1425 o 1450, en lo esencial de la Europa del nordeste, no

es su rasgo más sobresaliente, ya que la vieja institución de las oficinas de contratos parecía más útil que gravosa, sino, por el contrario, la multitud de abogados, ujieres, procuradores, guardias u otros, esas «gentes de justicia» voraces e imprevisibles que son, entre otras, la causa de la extravagante ampulosidad de las fórmulas en los textos y de los procesos en nuestros archivos. El alargamiento de los procesos, la inflación de los pleitos y la sobrecarga de los tribunales llegan a ser en la ciudad un aspecto de la vida cotidiana; y tanto el pleiteante como el oidor están obligados a remitirse al eminente depositario de una ley ininteligible hasta en lo vulgar. A través de su obsesiva presencia aparece el guerrero: en primer lugar, las bandas de aventureros pagados conforme a un contrato, una *condona*, que les vincula a su empleador, navarros, brabanzones, genoveses, que viven en el país y se dedican al bandidaje errante de las «compañías», pero también los capitanes de mercenarios que ricos botines, abundantes rescates y pensiones reales hacen elevarse rápidamente hasta los niveles superiores de la aristocracia: el caso de Du Guesclin es bien conocido en Francia, pero por todas partes en la Europa de entonces las incesantes guerras, las luchas de las ciudades italianas entre sí, las cruzadas prusianas y las primeras expediciones navales portuguesas, proporcionaron a aventureros o nobles apurados la oportunidad de obtener rápidas fortunas. Son todos desarraigados, apartados de su medio familiar por una fechoría, una aventura o una ruina; hidalgüelos rechazados por su linaje como Auberchicourt o Du Guesclin; audaces jefes de banda tales como Cervolles o Villandrando; «familiares» de un grande como Chandos, Talbot o Campo Basso; profesionales de la pelea callejera, como Colleone, Hawkood o Knolles; e incluso bastardos de alto copete, como Dunois o Malatesta. Solo Francisco Sforza llegó a tener un poder duradero, proporcionando la prueba de que, a mediados del siglo XV, al convertirse en duque de Milán, un aventurero

no es un fuera de ley. Finalmente, la importancia del literato, reconocida sobre todo por los príncipes, inaugura un nuevo tipo intelectual, cuya especie parece estar lejos de la extinción. Realmente, estos logros eran a veces precarios. Espectaculares *cracs* jalonan regularmente la historia financiera de Siena, Luca y Florencia. Y muchos *condottieri* no encontraban al final de su camino más que la muerte y el deshonor.

No obstante, en el espacio así abierto a la iniciativa personal llegan a introducirse, junto a una mayoría de individuos que gozan a pesar de todo de un mínimo de bazas iniciales, burgueses poseedores de un patrimonio familiar, pequeños nobles ambiciosos y algunos elementos claramente más marginales. Aunque el desarrollo del antisemitismo y de la xenofobia apenas daba oportunidades a los judíos y a los extranjeros, la relajación de ciertas obligaciones morales, el quebrantamiento de los linajes y las imperiosas necesidades de la guerra impulsaron al primer plano, particularmente en la alta aristocracia, a los bastardos (y, con ellos, a sus madres, cortesanas y amantes reales). Se les dispensaba casi el mismo trato que a los hijos legítimos, se les confiaba altos cargos —los bastardos de Borgoña, de Armañac y de Orleans son numerosos en el episcopado y la alta administración francesa a partir de los años 1370—, e incluso se llegaba a atribuirles, por el mismo hecho de su nacimiento irregular, alguna virtud misteriosa. Pero no hay que exagerar la amplitud del fenómeno. Nada indica que los bastardos fueran entonces más numerosos que anteriormente. Tampoco conviene olvidar las reticencias, burguesas y eclesiásticas, que este tema seguía suscitando. Pero es interesante observar, a través de los comportamientos de algunas grandes familias, si no «una verdadera exaltación de los frutos del pecado», al menos la toma de conciencia y la aceptación de una clara disociación entre las normas tradicionales de la Iglesia y las posibilidades de realización de determinados valores propios de un grupo social.

Solidaridades

Pero al mismo tiempo que la afirmación del individualismo, lo que se ve al final de la Edad Media, y que no es más que otro aspecto del mismo fenómeno, es la búsqueda de nuevas solidaridades. Y esto incita a pensar que la liberación individual fue a menudo más sufrida que querida, no exaltación prometeica del yo sino desarraigo y soledad resultante del hundimiento de las antiguas estructuras de encuadramiento. Ya hemos hablado de los fallos del marco eclesiástico. Los de las solidaridades rurales, campesinas o feudales, fundadas en la continuidad de los linajes y la relativa estabilidad de los patrimonios, no fueron menores. La crisis económica, la guerra, el éxodo hacia las ciudades, las tremendas epidemias y las nuevas forma del servicio, civil o militar, del Estado arrancaron a muchos individuos de sus referencias familiares. Esta situación trajo consigo el deslizamiento de unos hacia la marginalidad, mientras que otros por el contrario, recurrían a los poderes, hasta entonces constreñidos, del yo. Pero también y más aún dio lugar a la búsqueda, bajo múltiples formas, de solidaridades nuevas, que garantizaban ayuda mutua.

Hemos observado esta tendencia en el ámbito de la vida religiosa con la proliferación de cofradías y comunidades nuevas de todo tipo. Pero se trataba de un fenómeno absolutamente general.

Aunque, por ejemplo, el antiguo modelo de la familia, sólidamente anclado en la pareja, mantenido por la continua sucesión de las generaciones, resistió mal los reveses económicos, los sombríos golpes de las pestes y la ascensión de los hombres nuevos, como testimonia, sobre todo, una cierta degradación del estatuto jurídico y de la imagen de la mujer, otros modelos tendieron a sustituirlos, modelos resultantes tanto de los actos en la práctica como de la literatura genealógica de la época, bien representada por los «libros de razón» de los comercian-

tes-italianos. En todos los casos, más o menos claramente, se trataba de sustituir las antiguas continuidades verticales, más o menos confusas, por solidaridades horizontales eficaces, reagrupando, bajo la presidencia de un primogénito, al máximo de hermanos o de primos, extendiendo eventualmente sus ramificaciones, como hemos visto, hasta los bastardos o miembros completamente extraños al linaje, incorporados a él por vínculos artificiales, jurídicos, de clientela o de interés, como en esos vastos *alberghi* que, en los siglos XIV y XV, dominaban la ciudad de Génova donde controlaban barrios enteros. En los campos, de Aquitania a Toscana, se ha observado que los intentos de reconquista agraria, en los períodos de remisión de la crisis, provenían a menudo no de aislados sino de grupos amplios, hermandades o comunidades tácitas, que reunían hasta diez o veinte miembros, mucho más robustos que esos «fuegos» mutilados de viudas o de solteros que la peste o la miseria multiplicaban a su paso.

El mundo de los comerciantes, presentado a veces como el del individualismo triunfante, no escapaba a esta tendencia. Aquí también los aislados raramente sobrepasaban un nivel mediocre y desaparecían al primer revés importante. Los grandes negocios eran obra de sociedades de estructura esencialmente familiar.

Recordemos también que los siglos XIV y XV fueron un poco en todas partes la época de la multiplicación, en las ciudades, de los gremios o «artes» rigurosamente organizados, que aseguraban, al menos en teoría, la protección de sus miembros contra la competencia externa y regulaban, en su interior, las obligaciones recíprocas de los maestros, los mozos y los aprendices.

Ningún medio experimentó tanto como la aristocracia la proliferación de nuevas formas de asociación y solidaridad. Las órdenes de caballería y cortes de amor de los reyes de Francia e Inglaterra, las «libreas» y «séquitos» de los cardenales y de los

grandes señores, las facciones y partidos en las ciudades italianas o al servicio de los príncipes de sangre, eran asociaciones muy diferentes en sus pormenores. Unos privilegiaban la exaltación, más o menos mítica, de un pasado caballeresco abolido: otros, sólidamente fundados en contratos escritos y sueldos en metálico, poseían una indiscutible eficacia política y militar. Al igual que las organizaciones profesionales o confraternales ya citadas, la mayoría tenía sin duda un papel embaucador, el de hacer admitir mejor el endurecimiento de las jerarquías socioprofesionales o la domesticación de la aristocracia por los príncipes. Pero todas, como lo prueba la riqueza de sus rituales —ceremonias, insignias, uniformes, colores—, tenían también el mérito de asegurar a sus miembros una forma mínima de ayuda mutua y solidaridad, de representar un sustituto aceptable de los antiguos vínculos entre los hombres, de constituir en definitiva instrumentos eficaces de regulación social. Los Estados del final de la Edad Media, al igual que a través de los órganos de burocracias aún incompletas, se basaron en una compleja maquinaria de juramentos y contratos, repetición de las antiguas estructuras feudales, para asegurar la cohesión de los múltiples grupos heterogéneos que los constituían.

¿No podría interpretarse la emergencia de estos Estados como un último indicio, entre otros, de la búsqueda de solidaridad e identidad colectiva? Los principios del sentimiento nacional y del culto dinástico, como el creciente éxito de los mitos fundadores (el origen troyano de los francos, por ejemplo), ¿no traducirían también, a su manera, el deseo de restablecer la continuidad de los linajes quebrados y los antepasados perdidos?

El resplandor del arte

Los más notables testimonios que nos han dejado algunos logros individuales son los del arte. Hasta el siglo XIII, apenas hubo en Occidente otro arte que el religioso, es decir, el dedi-

cado a ensalzar a Dios, tanto desde el punto de vista de los comanditarios, prelados de elevada cultura, ordenadores rigurosos de los programas iconográficos, como del de los artistas, generalmente anónimos, cuyo trabajo era percibido como ascesis y obra de santificación. En cambio, el final de la Edad Media experimentó el rápido desarrollo del mecenazgo laico y la diversificación de los registros de inspiración. Sin duda, esta ampliación de la clientela no implicó a menudo más que la difusión y la vulgarización de los temas y las formas del arle religioso de la época anterior, con las consecuencias, a veces, de la estandarización y la mediocridad, o en el mejor caso, una acentuación estilística en el sentido del preciosismo, del lujo expresado en la profusión de oro, de gemas y marfil. El «gótico internacional», derivado del gran arte francés del siglo XIII, invadió así la Europa del siglo XIV, multiplicando, de Praga a Nápoles pasando por París y Aviñón, las obras, frescos, estatuas, colgaduras, piezas de orfebrería, en las que la gracia de las formas, el refinamiento de los coloridos y la perfección técnica no deben ocultar el carácter repetitivo de la inspiración. La construcción sigue estando, sin duda, próxima en sus planteamientos y principios a la de los tiempos «radiantes»; pero Ruán, las capillas de Amiens o de Le Mans, los edificios bretones o las hermosas capillas de los colegios ingleses no pretenden rivalizar con las colosales obras del siglo XIII. El arte solo sobrepasa las cimas conquistadas en la sobrecarga decorativa, en los límites, algunas veces, de la proeza técnica. Por una curiosa transferencia del interés la residencia individual, la del príncipe se entiende, parece concentrar toda la imaginación del artista: en ruinas o restaurados, pero intactos en los libros de horas del duque de Berry u otros mecenas, encontramos Pierrefonds, Mehum, el nuevo Louvre, pero también el palacio de Poitiers la residencia Coeur en Bourges, la residencia de Cluny en París y

tantos otros edificios levantados en ese excepcional medio siglo que va de 1400 a 1450.

No obstante, sería engañarse en cuanto al «flamígero» si lo redujésemos a los encajes de piedra de los gabletes «góticos». Italia, una vez más, hizo rancho aparte, y Florencia, no sin razón, absorbió hasta nuestros días la curiosidad y la admiración: a partir de 1350-1355 aparece una estética que mezcla la imitación de las técnicas romanas con los decorados románicos; se hace aún «gótico» en el Duomo de Milán, al mismo tiempo que se inicia la obra del de Florencia. Con la terminación de Santa María de las Flores hacia 1421 y San Lorenzo en 1432 sobre los planos de las basílicas orientales o paleocristianas, Brunelleschi inauguró el camino real del «Renacimiento». Por lo demás, en ese mismo momento, el humanismo despreciativo le pone al arte de Occidente original, el de Vezelay y Reims, el *opus francigenum,* la etiqueta de «bárbaro» o «gótico». Una precipitación, por otra parte, cuando se piensa en el valle del Loira, pero precipitación también en Italia, incluso en Florencia, donde el palacio de los Pitti, acabado en 1440, con sus elegantes plantas «a la antigua», ofrece a la mirada un poderoso basamento almohadillado, tan lamentablemente «feudal».

Esta doble evolución alcanza al propio decorado: sin duda, por todas partes, la estatua escapa ahora de su marco monumental; ella también se individualiza; también aspira a la semejanza. Pero, mientras que en torno a los duques de Borgoña Valois, Jean de Marville (m. 1389) y más tarde Claus Sluter (m. 1404) mezclan en Dijon, como otros en Poitiers, en Aviñón o en Amiens, la suntuosa gravedad flamenca con el detalle naturalista borgoñón, refinando los pliegues, las sonrisas o la gravedad, sobrecargando a duques y profetas con agobiantes telas y joyas cinceladas, en Florencia, por el contrario, en el baptisterio primero y luego en sus obras aisladas de Or San Michele o del Bargello, Donatello (m. 1412) o Ghiberti (m. 1424) tienden a la

desnudez, a la gracia, a los gestos vivos de una escultura que se despoja de todo símbolo para hacer vivir mejor la piedra. Dos visiones, dos pensamientos tal vez, ya se tratara de duques aquí, de «señoría» allá, pero no de una obra anónima, de una obra gratuita; sino de un pago, una labor, un comanditario.

En efecto, cada vez más el arte lleva la marca del donante o del patrón. Este inscribe su nombre y, fácilmente, su figura en las obras que adornan su residencia, su biblioteca o su capilla. Se instala complacientemente, con una familiaridad casi molesta, rodeado de sus allegados y cargado con lodos los atributos de su éxito social, junto a los actores divinos de la Natividad o la Pasión. Incluso se convierte a veces, llegado el caso, bajo los oropeles de los valientes caballeros o de los héroes antiguos, en la figura central de la obra, como el emperador Carlos V en los frescos de Karlstein o los duques de Borgoña en el pórtico de Champmol. Es la época de los retratos. Y como última consecuencia de esta celebración del yo, la pompa fúnebre, que tal vez fue el gran arte de estos tiempos. En la disposición de los funerales de los príncipes o los nobles todo está concebido para exaltar la persona del muerto y garantizar su supervivencia individual. Los detalles de la ceremonia habían sido determinados por él; el despliegue de boato recordaba su triunfo y fortuna. Las efigies presentadas sobre la carroza fúnebre, el escudo de armas y las estatuas esculpidas sobre la tumba, edículo a veces monumental, edificado si era posible en una capilla privada e, incluso, en algunas ciudades de Italia, al aire libre, le proporcionaban una supervivencia absolutamente terrenal, serenamente dormido en su lecho mortuorio o incluso con los grandes ojos abiertos, armado con todas las insignias de su poder y de su función.

Pero no se trata solamente de una nueva demanda social dirigida a la obra de arte. Hay que tener también en cuenta que existe una aprehensión diferente de las realidades terrenales.

Cortando el *continuum* creación-creador, el pensamiento nominalista había hecho del mundo sensible el dominio de lo contingente y de lo particular, pero también había restaurado un espacio de libertad o, al menos, de indeterminación. Había dado a cada ser singular su propia cualidad, haciendo de él no ya el signo material de alguna realidad inmaterial, misteriosamente participante de un orden providencial del universo, sino un existente concreto, conocible en su sustancia física y en esta solamente. El realismo analítico de tantas obras de arte del final de la Edad Media, que se entretienen en describir minuciosamente el decorado sensible —flores, follaje y fauna de los paisajes campesinos, muebles y utensilios de interiores, rostros a veces ingratos de los actores— revela, más allá de un pretendido espíritu «burgués», una filosofía ockhamista de la mirada.

Se puede establecer, por tanto, que el siglo XIV experimentó, estrechamente vinculado a esta laicización del arte y de la cultura cuyo componente social hemos indicado más arriba, no un descubrimiento de la naturaleza, ya presente en la poesía del siglo XII y las catedrales del XIII, sino un nuevo sentido de esta, menos cargado de simbolismo, más atento a los encantos inmediatos de la diversidad sensible, al abigarramiento de los colores, a la indefinida renovación de las formas. Entendámonos. Aunque esta época produjera un cierto número de obras bastante anodinas y afectadas, en las que la atención se dispersa en la confusión de una narración sin acento, como contrapartida de una cierta vulgarización artística, los mejores artistas y escritores conservaron el sentido del misterio y del estremecimiento sagrado sin los que no hay verdadero arte. La herencia gótica, con su larga tradición de idealización de las figuras y de virtuosidad en el empleo de los colores y las líneas, su sentido de la ligereza y de la luz, seguía estando presente, por otra parte, para garantizar la continuidad espiritual de la inspiración, como puede verse perfectamente en la tapicería del *Apocalipsis*

de Angers, dibujado hacia 1380 por Nicolás Bataille, o en las *Tres riches heures* del duque de Berry ilustradas por los hermanos de Limbourg (hacia 1415). El universo de estas obras no es el de lo cotidiano o lo trivial; es un mundo de elegancia y fantasía en el que la emoción religiosa y el misterio de las cosas son sugeridos con una infinita sutileza. Asimismo, en el arte italiano, aunque la segunda mitad del siglo XIV conoció una cierta regresión con el advenimiento de una clientela nueva, de menor cultura, y el restablecimiento de los programas iconográficos por las órdenes mendicantes, la lección de Giotto (c. 1266-1337), su sentido de la composición monumental y de la plasticidad de los cuerpos no fueron olvidados y se vuelven a encontrar en los frescos pintados por Masaccio (1401-1429) en la capilla Brancacci de Florencia, donde se hacen realidad a través de un despojamiento extremo de poderosas figuras, graves y trágicas. Por su parte. Van Eyck, que pinta hacia 1430-1434 la Adoración del Cordero o El matrimonio Arnolfini, compleja alegoría del matrimonio cristiano, expresa el moderado misticismo de una piedad devota muy característica de la Europa del norte.

Sin embargo, el simple placer de la contemplación y de la narración es evidentemente uno de los puntos dominantes del gusto de la época, que alcanza, en primer lugar, al arte que le permite ver las mil riquezas del universo sensible. Allí donde los arquitectos del siglo XIII mostraban en su desnudez las poderosas estructuras arquitectónicas de las catedrales, símbolos de la estructura del universo, los del XIV y principios del XV las ocultaban, como en las bóvedas del Ely o de Gloucester, bajo arabescos «flamígeros» de las nervaduras y la exuberancia de los follajes de piedra. Allí donde los imagineros parisienses de la época de san Luis dibujaban figuras simples y majestuosas que se destacaban sobre fondos simplemente geométricos, los de la época siguiente las insertan, e incluso las ahogan, en sun-

tuosos decorados —ciudades y campos de Toscana o de Flandes —, verdor de los espléndidos jardines cortesanos, bosques misteriosos de cazadores y caballeros errantes.

El nuevo espíritu de las antiguas letras

Existe un sorprendente paralelismo entre la expresión del arte y la de las letras, Quizá no pueda decirse de estas últimas que en el paso del siglo XIV al XV fueran «flamígeras», ya que no han llegado hasta nuestros días ni por su brillantez ni por su técnica; en cambio, están animadas por idéntico espíritu individualista y descriptivo, y esta vez es preciso tener muchos prejuicios para descubrir en ellas lo antiguo: los géneros se repiten pero un nuevo espíritu inspira las obras.

No obstante, el poeta o el novelista, aunque no sin discordias, tomó la decisión de «laicizar» su obra: la sombra de Dante se yergue sobre el umbral, y su grito de dolor es aún perceptible. Exiliado de Florencia porque piensa en italiano y no con partidismo, aspirante a la unidad cristiana pero no teniendo más esperanza que en algún mediocre alemán, devoto de un viejo orden imperial en medio del total derrumbamiento de los valores que podían sostenerlo, Dante Alighieri resume en sí mismo el pensamiento universal del siglo XIII y el cambio de un XIV resplandeciente. Su Divina Comedia, como se les llamó, más tarde, a los cien cantos de su viaje a ultratumba, fue redactada entre 1304 y 1320: es una obra de estructura escolástica en su armoniosa y sólida arquitectura, donde predomina el símbolo, donde triunfa la ordenación moral, pero también una visión absolutamente individual, absolutamente personalizada del hombre en relación tanto con la naturaleza como con el destino. Hay una especie de tiempo de silencio después de este «testamento». Los que toman la pluma a partir de 1350 o 1360 no han conocido ni a Dante, ni a santo Tomás: están como liberados de este peso metafísico y aportan aire fresco a los antiguos géneros; por otra parte, los agitados tiempos que corrían

impulsaban a forzar el tono, a ponerse de relieve, a servir de diversión, a hacerse partícipe. El mecenazgo de un Carlos V, de un Juan de Berry, de un Felipe el Bueno o de un Renato de Anjou, implica una parte teatral, emotiva, y finalmente bastante artificial, aun, y sobre todo, cuando los príncipes meten baza personalmente. El rondó, la balada y la canción bailable en Francia, y el soneto o la novela de *stil nuovo* en Italia por más que a veces pusieran en escena hazañas o temas cortesanos, son un juego de corte, una ostentación complaciente del yo: Guillaume de Machaut (hacia 1375). Carlos de Orleans (hacia 1425) y —¿por qué no?— el propio François Villon (hacia 1450), adulador de corte, príncipe de sangre y escolar delincuente, respectivamente, no cuentan otra cosa que sus sentimientos y sus angustias. ¿Hubo más recursos en Italia y más moderación en Inglaterra? Tal vez; pero con la misma dimensión egocentrista: Petrarca desgrana sus 317 sonetos de Florencia en la Fuente de Vaucluse, escoltado por lisonjeros murmullos y respetables prebendas de los príncipes; Boccaccio protegido por las rentas paternas pudo mezclar las aventuras escabrosas con el epigrama político: observa desde Fiésole cómo la peste asola Florencia. Y los 120 Cuentos de Canterbury de Chaucer (c. 1385), aunque son mordaces retratos de costumbres, provienen de una mano muy personal.

Podría pensarse que son géneros artificiales. Sin embargo, el desarrollo del teatro, que se fundamenta en las pretensiones urbanas, tiende a lo popular. Sin duda, el misterio religioso en el que triunfaba a la sazón Arnoul Gréban parecía ser cosa de tiempos pasados; pero en sus 80 000 versos —con los que había que entretener a la muchedumbre ¡tres días seguidos!— hay una profusión de escenas profanas, de rasgos humanos, de verdadera introspección. La historia aún escapa menos a la tónica general: en primer lugar, fija, sin duda, su mirada en lo inmediato; pero, fundamentalmente, se muestra pronto como el re-

flejo de la clase dirigente, la imagen que de ella se hace un autor a menudo polígrafo. Lo que no supone que bajara su nivel, todo lo contrario: un Villani en Florencia o un Froissart en Francia antes del final del siglo XV se cuentan entre los primeros observadores sociales; pero sus relatos son un medio para describir las personas, un medio para gobernarlas, un medio para servir al patrón.

Así pues, la literatura pone de manifiesto, al igual que el arte, el mismo gusto por el «entretenimiento de la gente», como lo prueba el éxito de la historia anecdótica y de obras técnicas tales como el célebre Libro de caza de Gastón Febo. Aquí también, con toda seguridad, el redescubrimiento de la naturaleza no tenía tanto por objetivo alimentar algún banal didactismo como proporcionar a un público esencialmente aristocrático (por su extracción social o, en todo caso, por sus gustos, ya que las modas aristocráticas marcaban la pauta en los medios burgueses) el soporte de sus nostalgias y el decorado de sus sueños.

A nuestro parecer, la cultura laica del final de la Edad Media, a la que acabamos de aludir, atestigua, pues, en primer lugar, nuevas actitudes frente al mundo, la vida y, por tanto, la muerte.

Hay actitudes de apertura hacia las realidades exteriores, ganas de vivir y sed de posesión. Algunos cronistas han observado, a veces con sorpresa, que las grandes epidemias de peste tenían como secuela no el abatimiento general sino llamaradas de energía vital, arranques de dinamismo social, el anhelo de placeres inmediatos. Boccaccio, en el prólogo del Decamerón. pone en boca de Pampinea que acaba de huir con sus compañeras de Florencia asolada por la peste, una admirable bucólica:

> Gocemos, con alborozo y solaz, de todo placer que no sobrepase los límites de la razón. Allá, se oye el canto de los pájaros, se ven las llanuras y colinas cubrirse de verdes frondosidades. Los campos de trigo ondulan como el mar. Hay árboles de mil tipos, y el cielo por más que se enfurece, no niega ese resplandor de belle-

za eterna cuyo espectáculo es más seductor que los muros vacíos de nuestra ciudad.

El gozo y la muerte

Las nuevas formas de la riqueza y el lujo, frecuentemente en manos de nuevos ricos, son también indicios de estas actitudes. Eran formas llamativas, ostentatorias. Hombres y mujeres se cubrían con suntuosas vestimentas, de brillantes colores, y joyas; adornaban sus casas con valiosos objetos. Cualquier cosa era susceptible de convertirse en objeto de colección, de posesión y de disfrute personales: las bibliotecas y, con ellas, el propio saber contenido en los libros, las piezas de orfebrería, los cuadros, las colgaduras y los objetos de arte, incluso los que tenían un destino religioso o litúrgico (relicarios portátiles, dípticos de marfil, libros de horas).

Evidentemente era en la vida de las cortes donde se ponía de manifiesto con más intensidad este gusto por el lujo y la apariencia. Las fiestas celebradas casi sin interrupción daban lugar a los desbordamientos más excesivos, donde se combinaban la práctica aristocrática tradicional del despilfarro y el nuevo placer de la posesión: fiestas y bailes campestres o nocturnos donde hombres y mujeres rivalizaban en elegancia, e incluso en extravagancia; cacerías y banquetes; presentaciones principescas y representaciones de todo tipo; torneos y desfiles; ceremonias de las órdenes de caballería, sin hablar de los extraordinarios fastos de las coronaciones y los funerales reales, eran las ocasiones propicias para hacer un exagerado alarde de oro, pieles, armas, banderas, vino y especias. Estas celebraciones, generalmente dispuestas en escenarios sobrecargados de alegorías y reminiscencias históricas, estaban destinadas evidentemente, en primer lugar, a honrar al príncipe y la ideología dinástica, pero su papel era también, simplemente, el de pregonar a los cuatro vientos todos los signos de su poder y de su riqueza. Sin duda fue en París, primeramente, en los tiempos de la juventud

del rey Carlos VI, donde la vida cortesana experimentó tal brillantez; más tarde el modelo se difundió por todas partes, comenzando, en la propia Francia, por los príncipes de las flores de lis y, especialmente, por los duques de Borgoña que, hasta la época de Carlos el Temerario (1467-1477), no dejaron de asombrar a sus contemporáneos por la suntuosidad de su corte, duplicada por un mecenazgo muy activo, aunque de gustos más bien tradicionales.

La gloria del príncipe, de su concreta influencia en el mundo, se expresaba también a través de sus edificios. A pesar de que el final de la Edad Media no vio ya alzarse muchas grandes iglesias, fue la época de los palacios principescos (y municipales), palacios que eran aún verdaderas fortalezas, sin duda, pero notables sobre todo por sus cortes, sus salas de ceremonias y sus capillas, como puede verse todavía en nuestros días en Mantua, Florencia. Siena o Aviñón.

Este último ejemplo es particularmente interesante, pues simboliza también la invasión, se podría decir la laicización, de los medios eclesiásticos por los modos de vida aristocráticos y todo lo que implicaban de voluntad de dominación y apego a los signos terrenales del poder. Al austero palacio cisterciense de Benedicto XII se yuxtapone la principesca residencia de Clemente VI; las escenas de caza de la Cámara del Ciervo tienen tanta importancia como los frescos religiosos de la capilla de San Marcial, del mismo modo que los clásicos se codeaban con los santos Padres en la biblioteca, o que las recepciones profanas alternaban con las ceremonias religiosas. Y tal vez, a pesar de la condena inicial formulada en 1332 por Juan XXII, resonaban en la capilla las composiciones de la Ars nova, esa «nueva» música cuyos autores, para sustraerse de los apremios de la polifonía tradicional, no dudaban en cambiar los ritmos y mezclar, en una inextricable confusión, los tenores tomados de los registros más diversos, tanto sagrados como profanos.

Las mismas tendencias, aunque de manera menos visible, eran seguidas en los medios burgueses y populares. En las ciudades italianas, las casas de los patricios estaban adornadas con altivas torres que rivalizaban con los campanarios de las iglesias y las atalayas municipales. Las fiestas, como las famosas carreras del Palio en Siena, eran la ocasión privilegiada en que se expresaba ritualmente el particularismo ciudadano. Por lo demás, se observa un poco por todas partes el creciente éxito de los juegos, deportivos o mundanos, cuyos reglamentos, cada vez más precisos, determinaban con exactitud su alcance simbólico y social.

En la civilización del final de la Edad Media hubo, pues —como patente forma de laicización—, una acrecentada voluntad del hombre por imponer a la naturaleza la marca, efímera o durable, de su presencia, por inscribirla en un espacio, e incluso en un tiempo concretos, ese tiempo cuyo dominio los siglos pasados habían creído que debían reservar solo a Dios y cuyos relojes mecánicos, en la fachada de los edificios municipales, acompasaban su marcha al ritmo regular del trabajo humano.

No obstante, sería paradójico pretender encontrar en tales actitudes, decididamente humanísticas, la última palabra de los siglos XIV y XV. En el gran fresco del Campo Santo de Pisa (hacia 1350), las felices escenas de la vida cortesana (el concierto en el jardín o la cabalgada en el bosque) se asocian a las terroríficas imágenes del triunfo de la muerte, una gran segadora alada, y del descubrimiento de tres cadáveres en descomposición en sus sepulcros abiertos. En su *Leyenda de san Jorge y la princesa* (fresco de San Anastasio de Verona, hacia 1-135). Pisanello puso en primer plano algunos personajes aristocráticos, ricamente vestidos, llenos de gracia y de distinción; pero el decorado es siniestro y cargado de amenazas; negruzcos matorrales, arquitectura de sueño —o de pesadilla—, ajusticiados colgados de la horca, mar agitada, cielo borrascoso. Estas célebres obras

nos recuerdan, si es que era necesario, que la conciencia de la muerte y el temor de las fuerzas oscuras y del Infierno seguían estando omnipresentes en el horizonte mental de los hombres de la época.

Esta obsesión se concretaba, en primer lugar, como ya dijimos, en la salvación individual, de la que cada vez se hacían peor cargo las estructuras sociales y eclesiásticas tradicionales, lo que obligaba a cada cual a considerar más directamente su responsabilidad individual y la inminencia de su comparecencia ante el tribunal celestial. Las antiguas reticencias ante esta angustiosa perspectiva, de las que el papa Juan XXII se hizo eco en 1332, sosteniendo que el juicio individual y el juicio final estaban separados por un largo adormecimiento y no por la visión facial de las realidades divinas, fueron barridas por los teólogos. La regresión del tema iconográfico del juicio final en favor del de la comparecencia del muerto, desnudo y solitario, ante su Juez, como en la célebre miniatura de las Horas de Rohan, da testimonio de esta evolución.

La angustia de la salvación, la crisis social y las mortandades eran las principales causas de estas obsesiones. Pero la conciencia más aguda de la individualidad y el creciente apego a las realidades terrenales, a la riqueza, al poder, a la belleza —pensemos en las «quejas» de Villon— contribuían también a hacer casi insoportable la idea de la «propia muerte» y del aniquilamiento corporal. Al siniestro desafío del *Memento mori,* se podía responder ya sea con la rechinante burla de la danza macabra, ya sea, al menos en el caso de los más poderosos, con la orgullosa reivindicación de la inmortalidad terrenal, la tentación de la heroificación. Sin embargo, para la mayoría, incluso los comerciantes o guerreros, por ejemplo, cuyo éxito social era el más brillante, es evidente que el último recurso seguía siendo la «conversión» *in articulo mortis,* la elección de sepultura cerca de las reliquias de los santos y las oraciones de los monjes o de

los frailes, la invocación a la Iglesia, a sus sacramentos, a sus liturgias fúnebres y a su discurso tranquilizador, a pesar de todo, en lo referente a las postrimerías. Como se sabe, la Iglesia se esforzó, con una dialéctica muy segura, por emplear la más brutal iconografía macabra —la del «Dicho de los tres muertos y los tres vivos» o del «Triunfo de la muerte»— para extraer de ella el inefable horror ante la putrefacción en favor de consideraciones más consoladoras sobre el desprecio del mundo, el valor de la limosna piadosa y la indulgencia. Un eficaz discurso, sin lugar a dudas, pero que, no obstante, debía compaginarse con el profundo cambio de las mentalidades y lo que esto implicaba de desplazamiento, al menos de acento, en la antropología cristiana. Como ha escrito A. Tenenti,

> … la propia religión aceptó algunas exigencias que imponían el cambio de sensibilidad. El fin del cuerpo conserva siempre su valor de liberación del alma, pero eso es todo, pues se trata ante todo de sacar el mayor provecho espiritual. Por una parte, se elabora un método capaz de asegurar al fiel —a través de una reglamentación piadosa de sus últimos instantes— la posesión del cielo; por otra, se trata de orientar su mirada hacia el más allá, a través del pensamiento de su disolución material. Pero, por lo demás, dar un sentido humano a la muerte y saberla expresar en imágenes suponía trastocar el esquema cristiano.

Ateniéndonos a la época aquí considerada, se tiene más la impresión de una yuxtaposición que de una síntesis. Se piensa en esas tumbas en las que el difunto era presentado simultáneamente bajo la forma del «difunto» macabro, imagen de descomposición, y bajo la de su cuerpo vivo, inmortal —¿pero de qué inmortalidad se trata? Es así como se nos presenta el hombre de Occidente en la crisis del final de la Edad Media, a medio camino entra la desazón y el placer de vivir, entre la imitación de Jesucristo y la posesión del mundo.

Segunda parte

UN NUEVO REPARTO AL ESTE Y AL SUR

(1250-1520)

Capítulo 4
BIZANCIO, ¿TODAVÍA?

Los dos últimos siglos de la vida de Bizancio (1261-1453) pueden dividirse *grosso modo* en dos períodos caracterizados por acontecimientos de una importancia decisiva para el destino final del imperio: de 1261, fecha de la reconquista de Constantinopla por los bizantinos, hasta 1354, fecha de la instalación, desde ahora permanente, de los turcos otomanos en el suelo europeo del imperio, y el período siguiente hasta su caída, en 1453. La dinastía de los Paleólogos que reina durante todo este período solo se interrumpe por la intercalación de los Cantacucenos, sobre todo de Juan VI que, una vez proclamado emperador, en 1341, en Didimoteicon de Tracia, consiguió acceder al trono constantinopolitano en 1347 y mantenerse en él hasta enero de 1355, en tanto que su hijo, Mateo, proclamado coemperador en 1353 y coronado en 1354, conserva el título hasta 1357. Dentro del primer período, es forzoso distinguir el reinado de Miguel VIII Paleólogo (1259-1282), caracterizado por un riguroso restablecimiento de la situación resultante de la ocupación latina, del de sus sucesores, dominados por la pérdida de Asia Menor, por las guerras civiles y por la hegemonía servia en los Balcanes. A partir de 1354, la historia de Bizancio no es más que una lenta progresión hacia la muerte, puntuada por aplazamientos tan sucesivos como inesperados y que servían de preludio al imperio otomano. Esta imagen es tanto más sorprendente cuanto que coincide con el tranquilizador panorama del mundo occidental que, a pesar, de las crisis del siglo XIV, proseguía su formidable desarrollo, lo que refleja con toda claridad la múltiple expansión de las ciudades italianas, cuyas potencias marítimas de Venecia y Génova, precisamente, serán, por su influencia en los mecanismos económicos de Bizancio, una de las causas de su decadencia.

Con la recuperación de Constantinopla, el imperio recobra sus dimensiones internacionales y su crucial importancia en la palestra política del mundo mediterráneo. Este objetivo, al que el imperio de Nicea, ese Estado periférico fundado en Asia Menor tras la conquista de Constantinopla por los latinos, no había cesado nunca de apuntar, estaba finalmente alcanzado. Pero, a pesar de ello, al imperio restablecido le faltaba cohesión territorial: en Asia Menor mantenía bajo su control Bitinia, con las islas adyacentes y la isla de Rodas. En tierra europea comprendía, además de Constantinopla y su región, Tracia con Andrinópolis, Macedonia con Tesalónica y las plazas fuertes del nordeste, el Epiro del norte y la Iliria. Como consecuencia de la batalla de Pelagonia (1259), obtiene de Guillermo II de Villehardouin, príncipe de Acaia, a cambio de su libertad, las plazas fuertes de Mistra, Monenvasia, Mane y Geraki, que constituyeron el núcleo de la futura reconquista del Peloponeso. Desde 1262-1263 se añadieron los importantes puertos de la costa occidental del mar Negro, Anquialos y Mesembria, conquistados a los búlgaros. Todo el resto de Grecia propiamente dicha y de las islas continuaba estando bajo el dominio latino, a excepción de las formaciones griegas independientes, es decir, el despotado de Epiro y la Tesalia (separada del Epiro en 1268); el norte de la península balcánica estaba repartido entre los dos reinos eslavos de los servios y los búlgaros. Por otra parte, Bizancio había perdido el dominio de las aguas en provecho de las ciudades marítimas italianas, cuyas colonias y factorías estaban esparcidas por toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Es más, Bizancio se encontró pronto envuelta en la áspera guerra que libraban en sus aguas territoriales Venecia y Génova, sin poder reaccionar e incluso sufriendo cada vez las consecuencias de las hostilidades. Lo que estaba en juego era el control del comercio

y de las vías marítimas que vinculaban a Italia con las posesiones latinas del Mediterráneo y con Constantinopla a través de los estrechos y, más allá, con las del mar Negro.

La «Restauración» y la «Unión»

Una vez en Constantinopla, Miguel VIII debía abordar lo más urgente, que era la reconstrucción y la repoblación de la capital, exangüe, devastada por la ocupación latina y abandonada por una gran parte de sus habitantes. La colonia de los zacones (habitantes del este del Peloponeso) que se instaló en un barrio de la ciudad para reforzar su población, le proporcionaba, además, las tripulaciones y los marineros necesarios para la puesta a punto de una nueva flota, capaz de hacer frente a la amenaza veneciana sin tener que recurrir, como siempre, a la flota aliada de los genoveses. Otra fuente del equipo de la flota, sobre todo en calidad de remeros, estaba constituida por los gasmulos (*gasniouloi*) de la capital, de doble origen franco y griego. Es significativo que, paralelamente a las medidas tomadas para almacenar grandes cantidades de provisiones en vistas a un eventual sitio, Miguel VIII había decidido hacer explotar una mayor superficie de los campos cultivados en la ciudad, lo que constituye una referencia a los rasgos rurales que presenta todavía la ciudad bizantina en esta época, una característica a la que no escapa la capital.

Los principales objetivos que se había fijado el emperador inmediatamente después de la reconquista fueron dos: hacer frente a la gran coalición enemiga que se preparaba en Occidente, encabezada por Carlos de Anjou, «rey de Sicilia y de Nápoles», teóricamente desde 1265, y efectivamente después de su victoria sobre Manfredo de Hohenstaufen en la batalla de Benevento (1266); y reconstituir el imperio sobre los territorios de antes de la conquista latina, a través de la eliminación del despotado de Epiro y de los islotes latinos de Grecia y, asimismo, a través de la nueva sumisión de Bulgaria y Servia. El

primer objetivo dependía principalmente de la diplomacia, mientras que el segundo presuponía ante todo la acción militar, sin olvidar, no obstante, también en este caso, el arma diplomática. En todo caso, Miguel VIII se destaca, en este último sentido, poniendo de manifiesto cualidades excepcionales para llevar a cabo tratados. Frente a él, Carlos de Anjou se muestra como un temible adversario; en su persona, la ambición desmesurada corría paralela a la política expansionista de los reyes normandos y de los emperadores germánicos que le habían precedido. Se puede, pues, hablar de un singular duelo mantenido durante casi veinte años entre estos dos hombres, pactando y rompiendo alianzas, y descomponiendo a cada momento los equilibrios en Europa.

Para Bizancio hubo durante este período dos momentos particularmente comprometidos, en los que la curva de los peligros se elevó bruscamente, rozando la catástrofe total. Estos puntos culminantes se sitúan en 1273 y 1281, cuando convergen contra el imperio los intereses de las potencias occidentales y los de los países balcánicos. Carlos de Anjou, que había conquistado Corfú a principios de 1267 e invadido las posesiones epirotas de Manfredo, consiguió por los dos tratados de Viterbo, firmados ese mismo año, asegurar su soberanía en las tierras de Guillermo II de Villeharaouin, por una parte, y participar, por otra, en un futuro reparto del imperio bizantino con el exemperador latino Balduino II, bajo la égida del papa Clemente IV y con la muy recabada ayuda de Venecia. Paralelamente, tras haber hecho todo lo posible por crear en los Balcanes una coalición que agrupara a servios, búlgaros, húngaros y albaneses, Carlos consiguió hacerse proclamar «rey de Albania» en 1272 y logró llegar a un acuerdo, en 1273, con el zar búlgaro y el rey de Servia.

Por su parte, Miguel VIII, con el fin de deshacer la coalición occidental, se entregó a una auténtica carrera contra el tiempo,

blandiendo frente a sus múltiples adversarios las armas convenientes en cada caso. Así pues, Miguel utilizó, en una primera fase, con los papas Urbano IV, Clemente IV y Gregorio X y, en la segunda, con Juan XXI, Nicolás III y Martín IV, el importante argumento de la unión de las Iglesias, que se había convertido, junto con el de la liberación de Tierra Santa, en el principal objetivo de la política oriental del papado en su conjunto tras la caída del reino latino de Constantinopla. La política de las alianzas matrimoniales fue empleada con Hungría y con los tártaros de la Horda de Oro (1272) para neutralizar respectivamente a Senda y Bulgaria, mientras que las embajadas bizantinas se sucedían en la corte del rey de Francia, Luis IX, que preparaba a la sazón una cruzada contra Túnez (1270). Además, se llevaron a cabo negociaciones, más adelante, con el rey de Castilla, Alfonso X, y con los písanos. Por otra parte, la continuación de la política de los tratados con las ciudades marítimas italianas, que llegó a ser casi obligatoria, introdujo a Bizancio cada vez más en el círculo vicioso de la dependencia económica: el tratado de Ninfaion (1261), por el que Génova sustituía a Venecia en la supremacía sobre el comercio oriental, fue prorrogado, tras un intento de anulación por parte de Miguel VIII, en 1267, con la concesión suplementaria del barrio de Galata, en el Cuerno de Oro, convertido a partir de ahora en el establecimiento genovés hasta la conquista turca. En el mismo sentido. Miguel se reconciliaba con Venecia por el tratado de 1265, ratificado en 1268, esta vez válido por un período de cinco años y revocable, según la nueva táctica practicada por la República. Mediante esta compleja política, el emperador consiguió deshacer las alianzas en Occidente e ir contra los proyectos de Carlos de Anjou, que se halló así neutralizado; pero, debido a las circunstancias, se va, implacablemente, camino del concilio de Lyon, celebrado en 1274, donde fue proclamada finalmente la unión de las Iglesias, que constituyó un triunfo espiritual de

Gregorio X así como un éxito diplomático de Miguel VIII. Por el lado bizantino, el gran logoteta Jorge Acropolita representó al emperador, en tanto que entre los occidentales se distinguió el teólogo franciscano Buenaventura.

El periodo que siguió al concilio de Lyon hasta la nueva escalada del peligro angevino fue una fase de contraataque de Miguel VIII en el plano diplomático (renovación, en 1275, del tratado con Venecia) y, sobre todo, en el plano militar: a excepción de los fracasos experimentados contra el sebastocrátor Juan Angel de Tesalia, que acabó por convertirse en el verdadero núcleo de la oposición al emperador, Miguel solo obtuvo éxitos en Epiro, mientras que la flota bizantina, tras su victoria sobre la flota franca en Demetrios (1275), con el almirante veronés Licario al frente, impuso su hegemonía en el mar Egeo y se apoderó de Eubea y muchas otras islas.

Pero, una vez más, los frágiles equilibrios tan difícilmente obtenidos cayeron bajo el peso de una nueva coyuntura; esta vez fue la curia romana la que dio luz verde a Carlos de Anjou; el nuevo papa Martín IV, en oposición a sus predecesores, siguió una política totalmente sumisa a los proyectos de Carlos. En 1281, se pactaron nuevas alianzas, en Orvieto, entre Carlos, el emperador latino titular Felipe, hijo de Balduino II, y Venecia que, bajo la presión del papa —que, por su parte, había denunciado a Miguel VIII como herético—, no quiso renovar el tratado que expiraba con Bizancio. Como en la primera fase, Juan de Tesalia, los servios y los búlgaros estaban de acuerdo. El imperio fue salvado en el último instante gracias a la «coincidencia», que en realidad no era tal (ya que, a decir verdad, había sido preparada desde hacía mucho tiempo), de la rebelión de los sicilianos contra los franceses durante las Vísperas Sicilianas (marzo de 1282) y de la intervención de Pedro, rey de Aragón. Estos acontecimientos simultáneos se debieron en gran parte a

la acción diplomática de Miguel VIII y a su ayuda, principalmente económica.

Aunque el primer objetivo del emperador se había cumplido plenamente, no ocurría lo mismo con el segundo, ya que el separatismo de los Estados griegos, de Epiro y, particularmente, de Tesalia, tierra de grandes magnates por excelencia, continuaba resistiéndose obstinadamente a la obra de reunificación. Después del concilio de Lyon, el sebastocrátor Juan se presentó como guardián de la ortodoxia e incluso convocó un sínodo, que declaró herético al emperador. Por otra parte, los eslavos de la península balcánica, que debían formar parte, según los proyectos iniciales, del imperio restaurado, no cesaban de oponerse a estos propósitos, sobre todo debido al amenazante desarrollo del Estado servio. En cuanto a la presencia latina, persistía en Ática, en Beocia, en las islas adyacentes y en una gran parte del Peloponeso, mientras que el dominio marítimo, tras un breve paréntesis, volvía a las repúblicas marítimas de Italia.

Liquidación de Oriente, agitación de Occidente

La política oriental de Miguel VIII no podía ser más que la consecuencia directa de su política occidental, hacia la que iba dirigido el peso de sus preocupaciones y que perturbaba el equilibrio del espacio bizantino en provecho de las provincias europeas. El resultado, nefasto más tarde, fue el progresivo abandono de Asia Menor. Es cierto que el emperador se había puesto muy pronto en relación con las potencias orientales, es decir, con los seldjûqíes, con los mongoles de la Horda de Oro en Crimea, así como con los mamelucos de Egipto, concertando tratados e incluso alianzas matrimoniales que hacían caso omiso de las consideraciones confesionales. Al actuar de este modo, el emperador perseguía un doble objetivo: neutralizar los ataques contra los territorios microasiáticos atizando el ánimo hostil de los mongoles de Hûlâgû contra el sultanato limítrofe de Qonya; y, siempre en el marco de su política occi-

dental, aniquilar la amenaza búlgara en los Balcanes poniendo contra ellos a los tártaros de Crimea, lo que, por otra parte, no consiguió siempre. Esa política, que no estaba exenta de consideraciones económicas, como se deduce de un tratado concertado con los mamelucos de Egipto en 1281, tuvo para estos últimos una importancia capital: al asegurarles la travesía de los estrechos y de la Propóntide hacia el mar Negro, les abría la única vía marítima posible hacia la Rusia meridional, principal depósito del tráfico al que se entregaban y fuente de aprovisionamiento de efectivos humanos que les permitía el mantenimiento de su equilibrio demográfico.

A pesar de estos aspectos positivos, la política oriental de Miguel VIII pecaba por falta de coherencia y de continuidad, pero esta negligencia de la gravedad del inminente peligro procedente del Oeste no permitía al emperador medir en sus dimensiones exactas la amenaza a largo plazo que representaba la situación en la frontera oriental, con las invasiones de los mongoles y el trastocamiento de los viejos equilibrios en las relaciones con los turcos. Hasta el final de su vida Miguel VIII no se dio cuenta de la magnitud de la catástrofe que había azotado a las poblaciones y ciudades del Asia Menor y que él trató de paliar aunque demasiado tarde. El hecho es que su manera de actuar había sido dictada también por los problemas eclesiásticos y dinásticos concernientes a su llegada ilegal al trono, pues es precisamente en las provincias orientales, y principalmente en Bitinia, donde había estallado la rebelión de los arsenitas, llamada así a causa del nombre del patriarca Arsenio, partidario del heredero legítimo Juan IV Lascaris. Esta rebelión, cuyo carácter fue abiertamente popular, iba dirigida contra la autoridad central y la alta jerarquía eclesiástica; generó una fuerte represión, que afectó con especial intensidad a los *akrites*, es decir, los soldados-guardianes de las fronteras orientales, así como a los grandes propietarios de Bitinia, que sufrieron la casi-

confiscación de sus posesiones, merced a las gravosas obligaciones fiscales y militares a las que fueron sometidos. De ello se deduce la destrucción del antiguo sistema de defensa del país, que se dejó llevar poco después por las oleadas otomanas.

El concilio de Lyon y la proclamación de la unión no hicieron más que cristalizar todas las tendencias de oposición contra Miguel VIII y exasperar al pueblo y a la mayor parte de la Iglesia, cuyo conservadurismo encontró un terreno favorable para expresarse con agresividad. Los *zelotes,* es decir, los miembros extremistas del clero, sacerdotes, monjes y otros exaltados, sublevaron a las muchedumbres de las ciudades poniendo en circulación panfletos injuriosos, mientras que los arsenitas se unían a los josefitas, partidarios del expatriarca ortodoxo, José. Pocos hombres, sobre todo entre las clases superiores, a excepción de algunos altos funcionarios como el cartofílax Juan Bekkos, elevado al trono patriarcal con este motivo, o Constantino Meliteniota y Jorge Metoquita, aceptaron los principios de la unión; pero, también ellos, en su mayor parte, se habían opuesto anteriormente, como lo hizo el propio patriarca. Según ellos, como según Miguel VIII, la sumisión a Roma no era más que un acto de *oikonomia,* o sea, una concesión menor que podía hacerse en materia política o eclesiástica como último recurso; formaba parte, pues, perfectamente de una estrategia oficial tanto del Estado como de la Iglesia. Pero no existía el consentimiento general: para el pueblo bizantino, infringir las reglas de la ortodoxia era sacrificar todo lo que había tenido siempre de sacrosanta; era atraer sobre su cabeza las iras divinas, un peligro, según él, mucho más grave que los ejércitos de Carlos de Anjou. Su emperador había traicionado la verdadera fe; era un *latinophron,* alguien que pensaba a la manera latina. El odio contra los francos, nutrido por la humillación experimentada a causa de la caída de Constantinopla, en 1204, así como por la cólera sentida frente a los nuevos proyectos de

conquista que surgían sin cesar en el Occidente cristiano, no se había consumido aún. En diciembre de 1282, el hombre que había sabido restaurar el imperio y devolverle su valor, al menos a los ojos del mundo occidental, a través de una política sin duda costosa pero de gran envergadura, y que lo había salvado de una segunda caída, murió en una aldea de Tracia y fue enterrado bajo un montón de tierra; al no haber desaprobado oficialmente el dogma de la unión, no fue honrado con una misa fúnebre por parte de la Iglesia ortodoxa, y la Iglesia latina no le levantó la excomunión.

Hundimiento de los cimientos del Estado

El éxito de la política occidental de Miguel VIII tuvo su revés en la lamentable situación en que se encontró Bizancio inmediatamente después de la desaparición de su emperador. El exagerado peso del esfuerzo acometido había acabado por agotar militar y económicamente al Estado, que avanzó un poco más por el camino de la decadencia. Pero, al mismo tiempo que aminoraba la gran actividad política de la época de Miguel VIII, ante la relativa inactividad y la evidente desorientación de sus sucesores, la vida cultural en Bizancio, como impulsada, por el contrario, por un reflejo de supervivencia, continuaba brillando más que nunca y cobraba incluso las características de un nuevo renacimiento.

El largo reinado de Andrónico II (1282-1328), que estuvo jalonado de grandes catástrofes y de pérdidas definitivas de territorios, había comenzado de hecho diez años antes con la proclamación de Andrónico como coemperador por un decreto de Miguel VIII (1272). Por este acto, de una alta significación constitucional, el rango de emperador-asociado revestía una particular importancia, tanto en el plano efectivo como en el jurídico: la participación del coemperador en las tareas del Estado aumentaba al mismo tiempo que se concedía el derecho de llevar, también él, el título de *autocrator*. En realidad, se trataba

de los comienzos de lo que más tarde habría de llegar a ser, en contra del poder estrictamente centralizado de entonces, el nuevo estatuto de la dinastía reinante, cuyos miembros deberían en el futuro repartirse la gerencia de las administraciones locales. Se ha de subrayar la influencia que ejercieron en este viraje las instituciones feudales de Occidente, preconizadas por la segunda mujer de Andrónico II, Irene de Montferrato, que exigió la parcelación del territorio teóricamente unido del imperio para que fuera repartido entre sus hijos, «cosa inaudita», como escribe el historiador contemporáneo Gregoras, en relación a la sacrosanta concepción romana de la indivisibilidad del Estado. Pero no podía ser de otro modo ante la cada vez más acentuada disminución de los vínculos entre el poder central y las provincias; la falta de cohesión del territorio imponía casi obligatoriamente la descentralización que, efectuada primeramente a través de los miembros de la familia imperial o los parientes más próximos del emperador, acabó por beneficiar también a los grandes propietarios locales que, más tarde, llegaron a ser totalmente, o casi, autónomos.

La victoria de la gran aristocracia bizantina, que fue consolidada por la llegada de los Paleólogos al trono, y la expansión del sistema de la *pronoia*, de la pronoia hereditaria, por supuesto, tuvieron consecuencias lamentables tanto sobre las finanzas del Estado como sobre la organización militar. Esta época fue testigo del progresivo declive de las capas campesinas y de las de la pequeña nobleza, cuyas propiedades, hasta entonces base del reclutamiento de efectivos, no cesaban de ser absorbidas por los grandes magnates que sabían sustraerse de sus obligaciones militares resultantes normalmente de la *pronoia*. Se llegó así, irrevocablemente, a la sumersión del ejército por los mercenarios extranjeros, lo que creó, de hecho, un círculo vicioso. Puesto que el coste del mantenimiento de estos cuerpos pesaba de una manera insoportable sobre las mediocres finanzas del

Estado, Andrónico II tuvo la idea de reducir las fuerzas terrestres y, además, disolver la flota. De ello se deduce, por una parte, la imposibilidad para Bizancio de alinear más de unos cuantos millares de hombres en los campos de batalla, lo que ridiculizaba al ejército bizantino, y, por otra parte, el abandono de la defensa marítima a sus aliados genoveses. Esto duplicó la dependencia económica con una dependencia militar y aumentó de golpe la vulnerabilidad de Bizancio ante el poderío marítimo de Génova y Venecia. En lugar de los poderosos ejércitos que el imperio era capaz de reclutar antaño tanto en mar como en tierra, en esta época no podía más que pretender el mantenimiento de una fuerza permanente de 3000 caballeros y de una flota de 20 navíos con los ingresos obtenidos, en una segunda fase, por una serie de medidas fiscales tomadas por Andrónico II a fin de incrementar las rentas del Estado. El hecho de que la mayor parte, o casi, de los gastos del Tesoro público se destinara a pagos a las potencias extranjeras para neutralizar sus planes agresivos, que no se podían afrontar militarmente, es muy significativo del cambio de punto de vista relativo al lugar que debía ocupar Bizancio en el panorama internacional.

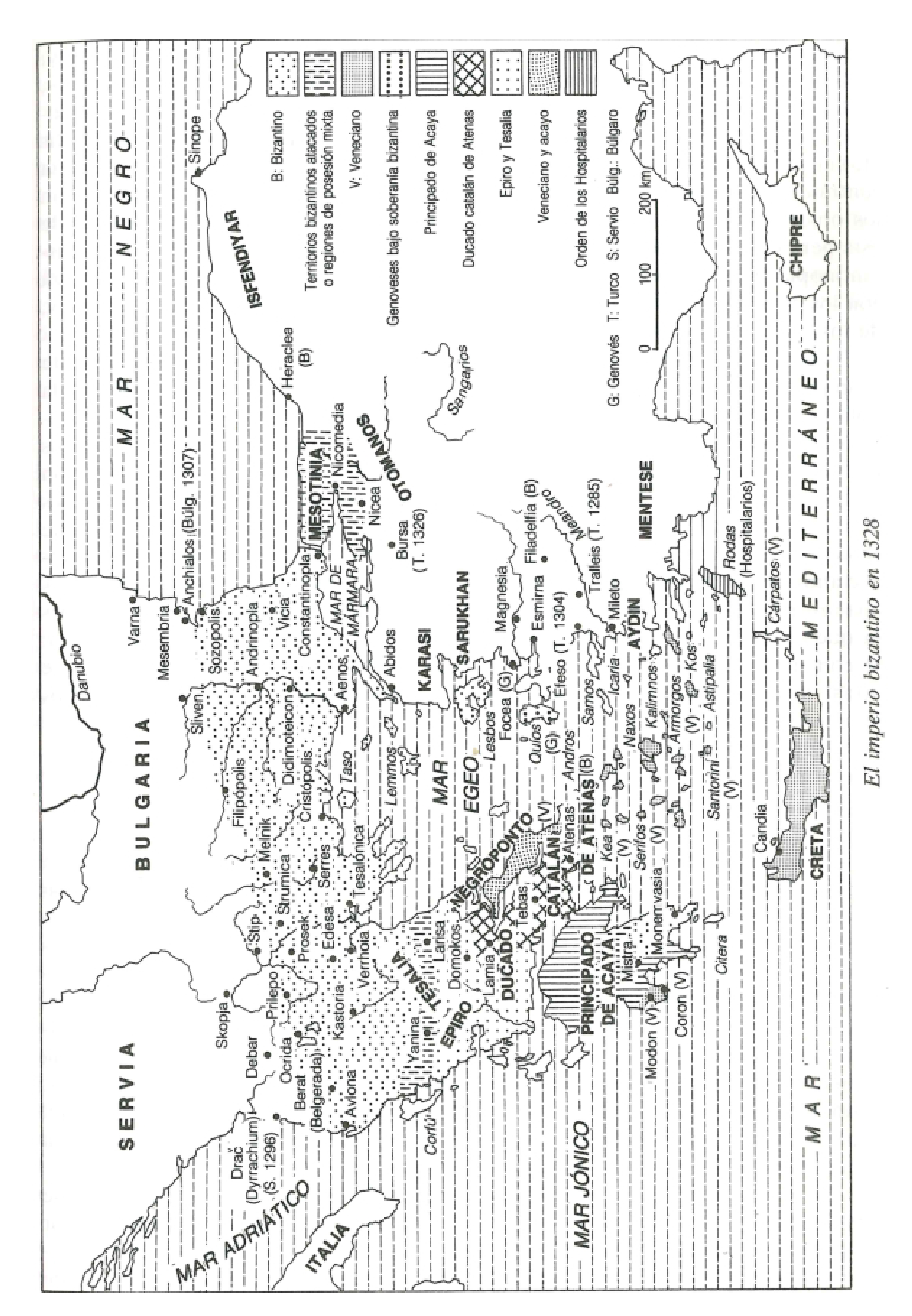
La debilidad del Estado bajo el mandato de Andrónico II contrastaba con el lugar ocupado por la Iglesia que, tras haber superado las conmociones provocadas por el cisma arsenita, vivía una época de plena expansión debida a la muy ortodoxa política del emperador que, desde su advenimiento al trono, se apresuró a desaprobar la Unión de Lyon, ya inexistente. Al recibir nuevas concesiones —entre las que la sumisión directa al patriarca de Constantinopla de la comunidad monástica del monte Athos, antes sometida al emperador, no fue la menor—, la Iglesia vio cómo su influencia espiritual se extendía y consolidaba en el mundo ortodoxo, de Asia Menor a Rusia y Lituania pasando por los Balcanes. Es decir que, poco a poco, reempla-

zaba, por su propia autoridad, por así decirlo, al prestigio, en lo sucesivo muy comprometido, del imperio.

La política exterior de Andrónico II, en contra de la de Miguel VIII, estaba centrada, tanto por las circunstancias como por convicción, en Asia Menor y en los Balcanes, haciendo hincapié en el componente balcánico del imperio antes que en sus relaciones con Occidente. El avance turco, por un lado, y el empuje servio, por el otro, definían las preocupaciones del emperador. Paralelamente, la rivalidad de las dos ciudades marítimas. Venecia y Génova, constituía otro factor de preocupación en la medida en que obligaba a Bizancio a implicarse. Andrónico, al encontrarse entre dos fuegos, optó incondicionalmente por Génova, de manera que la guerra veneto-genovesa que estalló en 1294 no tardó en convertirse en una guerra entre Venecia y Bizancio; el imperio no cosechó más que pérdidas en vidas humanas y material (1302) y se vio obligado a renovar los tratados con ambos beligerantes; Venecia extendía su dominio sobre otras islas del mar Egeo, mientras que Génova consolidaba su posición en Constantinopla, levantando incluso una gran muralla alrededor de su colonia de Calata. Un poco más tarde (1304), Génova añadió a sus posesiones la isla de Quíos, frente a su colonia de Focea en la costa microasiática. La política occidental de Andrónico II había, pues, fracasado totalmente.

Lo mismo sucedía con su política oriental, a pesar del evidente interés que Andrónico había manifestado por salvar el Asia Menor, sobre todo en el período de 1293-1295, con el envío al lugar de un jefe militar muy capacitado, Alejo Filantropeno. Pero este, tras una serie de brillantes victorias sobre los turcos, se sublevó contra Constantinopla, impulsado por sus soldados y por la población local, una prueba más, si es que era necesaria, del talante antidinástico que prevalecía en estas regiones. Por otra parte, desde la época de la represión de los arsenitas, por Miguel VIII, había quienes se pasaban al bando de

los turcos, hecho que se produjo entre las tripulaciones de la flota tras su disolución. En pocas palabras, una vez que la disgregación del sistema de defensa era ya irreversible con la destrucción de los bienes militares creados por Juan Vatatzés, todos los esfuerzos emanados de la voluntad de Andrónico II acababan por estrellarse en el rompeolas del avance turco. Hacia 1300, solo quedaban en manos bizantinas algunas ciudades aisladas, perdidas en un campo dominado completamente por tribus turcas, constituidas en diferentes emiratos, como el de los otomanos en Bitinia. La batalla de Bafeos (1302), cerca de Nicomedia, prueba que la pérdida del Asia Menor, «fruto maduro para ser cosechado», sería, sin duda, su destino final.



El imperio bizantino en 1328

Así pues, la utilización de tropas mercenarias por Andrónico II, poniendo en práctica su política «de alianzas más allá de las fronteras», como dice Gregoras, para enfrentarse a los tur-

cos, a pesar de haber constituido el último esfuerzo de resistencia y recuperación del terreno, no fue más que una medida a medias que no tendría continuación. Después de la derrota inflingida por los turcos a las bandas de mercenarios alanos, la utilización de los servicios de la famosa compañía catalana y de sus jefes aventureros (1303) obró como un boomerang contra Bizancio; pues, a excepción de algunas victorias efímeras de los catalanes sobre los turcos, no solo el Asia Menor occidental sino también los territorios europeos y, sobre todo, Tracia fueron víctimas del pillaje y devastados por estos «aliados», cuyo objetivo no era otro que encontrar un lugar para instalarse. El aniquilamiento del ducado franco de Atenas y de Tebas en la batalla de Halmiro de Tiotis (1311), tras la marcha destructora de la compañía a través de Macedonia y Grecia central, y la creación en su lugar de un ducado catalán no tenía nada que ver con los objetivos previstos por el emperador. La única cosa positiva que resultó de esta peripecia fue el abandono de los planes occidentales de reconquista de Constantinopla trazados por Carlos de Valois, que había pactado una corta alianza con los catalanes, así como de los de Felipe de Tarento, pobre caricatura, ambos, de los grandes proyectos de Carlos de Anjou.

Tras el alejamiento del peligro catalán o del de una cruzada occidental, y ante la impotencia para detener el curso de los acontecimientos en Asia Menor, la política de Andrónico II se interesó más por la situación en las provincias europeas, así como por las relaciones con Occidente. En lo concerniente a los Estados griegos independientes, su declive seguía de cerca la decadencia del centro, con la desaparición de los Ángel en Epiro y Tesalia: Janina y algunas otras ciudades de Epiro así como el norte de Tesalia se sometieron al emperador, mientras que el sur fue anexionado al ducado catalán de Atenas, al mismo tiempo que los venecianos se apoderaban del puerto de Teleón. Dicho esto, el acontecimiento capital en relación a Tesalia en esta

época fue el comienzo de la emigración albanesa que, aparecida en primer lugar a la sombra de tratados puramente militares, se convirtió posteriormente en una instalación permanente, constituyendo, entre otras, una inagotable fuente de elementos guerreros puestos al servicio de los grandes señores del país.

La guerra civil

La crisis, nefasta por sus consecuencias, que atravesó el imperio de 1321 a 1354, quedó de manifiesto en dos guerras civiles, de las que la última fue, con mucho, la más importante, y también la más desastrosa. Aunque a nivel del poder político se tratara de luchas dinásticas, en el seno de la familia de los Paleólogos primeramente, y entre los Paleólogos y los Cantacucenos después, el substrato estaba compuesto de oposiciones de orden social y espiritual, que se transformaron, durante los momentos críticos, en una verdadera guerra social. La primera guerra civil duró, con algunas interrupciones, de 1321 a 1328; la segunda comenzó en 1341 y acabó, aparentemente, en 1347, pero no lo fue en realidad, hasta 1354. A causa de ellas, la descomposición económica, social y política del imperio llegó a su cima, mientras que la conquista turca y la expansión servia encontraban allí un terreno propicio a sus intereses.

«La guerra de los dos Andrónicos», como se llama la primera guerra civil que tuvo lugar entre Andrónico II y su nieto, el futuro Andrónico III, no destaca por ninguna gran batalla; sin embargo, la permanente agitación y los incesantes desplazamientos de tropas resultantes obstaculizaban el normal funcionamiento de los intercambios y desorganizaban la agricultura, puesto que el campo, y sobre todo el de I rada, pagó particularmente las consecuencias. Como se observará, los métodos empleados por Andrónico III. en su rebelión contra su abuelo, no tendían solo a la adhesión a su causa de las capas privilegiadas de la sociedad bizantina (entre las que distribuyó privilegios y tierras en *pronoia*. lo que constituyó un éxito en parte con la

adhesión de muchos «poderosos», sobre todo jóvenes, entre los que el más eminente fue Juan Cantacuceno); sino que trató también de asegurarse el apoyo de las capas inferiores de la población, explotando su profundo descontento contra el poder fiscal impuesto por Andrónico II: sobre todo en Tracia, la promesa de Andrónico III a los habitantes de las ciudades y del campo de eximirles de impuestos —que no cumplió luego— hizo que la población se pusiera de su parte. Por esta razón, el primer tratado firmado entre los dos adversarios (1321), toda la Tracia correspondió al joven Andrónico «a título imperial», lo que constituyó el primer reparto oficial del territorio, al que Andrónico II se había resistido antaño tanto.

El hecho más destacado en la última fase de esta guerra, que comenzó en 1327 y se desarrolló principalmente en Macedonia, fue la activa intervención de los países eslavos balcánicos, cuyas rivalidades se pusieron de manifiesto por la elección que hicieron entre los partidos bizantinos opuestos: el rey servio, Esteban Decanski, siguiendo las antiguas alianzas de la corte servia con Andrónico II, se puso de su parte, mientras que el zar búlgaro, Miguel Sisman, se alió con Andrónico III para combatir, al mismo tiempo, tanto al viejo emperador como a los servios. En mayo de 1328, mientras las ciudades macedónicas tenían ya a Tesalónica unida al bando de Andrónico III, por idénticas razones que Tracia, la primera guerra civil llegó a su fin con la entrada del joven emperador en Constantinopla; su vanguardia estaba compuesta de soldados provenientes de las capas medias, a fin de conseguir la adhesión de la población de la capital.

La época del reinado de Andrónico III (1328-1341) fue, en la medida de lo posible, un período de recuperación. La política exterior del joven emperador, inspirada aparentemente por Cantacuceno, no se opuso esencialmente a la de su abuelo en cuanto a la puesta en segundo plano de las relaciones con Occi-

dente y a la orientación hacia los eslavos de los Balcanes y hacia los turcos del Asia Menor. Al mismo tiempo, Andrónico trató de dar a Bizancio una especie de homogeneidad territorial basándose en la propia Grecia, donde el problema de los Estados griegos independientes de Epiro y Tesalia encontró finalmente su solución por la anexión al poder central. Este hecho, considerado como uno de los últimos éxitos que se apuntó Bizancio por el momento, no tendría, sin embargo, mucho futuro: la razón sería la progresión de los servios que, una vez hubieron neutralizado a los búlgaros en la crucial batalla de Velbazd (1330), extenderían pronto su dominio en Epiro y Tesalia, regiones mucho tiempo codiciadas por los emperadores de Constantinopla. Al menos, en ese momento, Andrónico supo aprovechar la derrota de su aliado el zar ocupando muchas fortalezas en la frontera bizantino-búlgara y, además, los puertos del mar Negro, Mesembría y Anquialos.

Por otra parte, en lo concerniente al enfrentamiento, en el sur del mar Egeo y en Asia Menor, con los otomanos, así como a las actividades de los genoveses y de la nueva liga occidental constituida en Aviñón (1334), Andrónico, evidentemente empujado por Cantacuceno, dio un paso decisivo: se comprometió en una estrecha colaboración con los pequeños emiratos turcos, a menudo hostiles tanto a los otomanos como a los latinos. Esta política, que había de iniciar la influencia turca y, sobre todo, después, otomana, en la vida interna de Bizancio, combinada con la construcción de una nueva flota, permitió a Andrónico recuperar Quíos de manos genovesas (1329) y obtener la adhesión de los genoveses de Focea. Repelió también con éxito el ataque dirigido contra Lesbos por la liga cristiana (Francia, Venecia. Rodas, Chipre y el papa): esta, en lugar de combatir a los piratas de los emiratos turcos, se volvió contra una isla cuyo soberano, el emperador, era considerado como partícipe de la liga. No obstante, si uno de los objetivos de la política oriental

había logrado e incluso conducido a un tratado de alianza entre Andrónico III y el emir Umur de Aydin, firmado en el cabo Eritraia (Kara Burún) en 1335, no ocurrió lo mismo con el otro objetivo, que consistía en parar el avance otomano en Bitinia. La derrota inflingida en Pelecanon (1329) por Orjân al ejército bizantino, llevada a cabo por el emperador en persona y por Juan Cantacuceno, fue el primer choque directo de un emperador bizantino con un emir otomano. El tratado al que condujo más tarde su encuentro personal, y que obligaba a Bizancio a entregar un tributo anual por la posesión de lo que quedaba en Bitinia, confirmó la definitiva pérdida de esta parte de Asia Menor; y, cosa que caracteriza la evolución de las mentalidades, determinó la toma de conciencia por parte de los bizantinos de la futilidad de sus esfuerzos militares. En efecto, de 1331 a 1337, la toma de ciudades de Bitinia como Nicea, Bursa y Nicomedia, poniendo punto final a la dominación bizantina en la costa microasiática, fue, al mismo tiempo, el fulminante de las incursiones otomanas en dirección a la costa europea del imperio y de las islas del norte del mar Egeo. Solamente Filadelfia y Heraclea del Ponto, en las dos extremidades del territorio microasiático, continuaron existiendo durante un cierto tiempo, contra viento y marea, en medio de las masas turcas.

Dicho esto, la reforma judicial de Andrónico III se inscribe en el marco de una reorganización del Estado y constituye la piedra angular de la política interior del emperador. Siguiendo, aunque más rigurosamente, los intentos de Andrónico II por acabar con la proverbial corrupción de la justicia bizantina, creó, en 1329, la institución de los «jueces generales de los romanos», un colegio compuesto de cuatro miembros, dos eclesiásticos y dos laicos, dependientes directamente del emperador, y cuyos poderes estaban muy extendidos y sus sentencias eran irrevocables. Este cuerpo, que no tardó, en efecto, en acusarle a él mismo de signos de corrupción, subsistió hasta el fi-

nal del imperio, sufriendo, no obstante, algunos cambios. El más importante fue la paralela aparición de los jueces generales locales (en Tesalónica, Lemnos y Morea), a medida que avanzaba el proceso de descentralización. Por otra parte, la presencia de eclesiásticos en su seno no es más que uno de los indicios del creciente impacto de la Iglesia sobre los tribunales, siendo otro la extensión de la jurisdicción del tribunal patriarcal, que ejercía poderes paralelos a los del tribunal secular.

Retrato del moribundo

La ciudad bizantina adquirió una considerable importancia durante los dos últimos siglos del imperio a pesar del clima general de declive, e incluso un poco a causa de él. Pues las fuerzas centrífugas que fueron la causa de la descentralización del Estado se expresan, entre otras, por la supuesta emancipación de las ciudades, a medida que se acentuaba la descentralización y que aminoraba la influencia del poder estatal sobre los municipios. Ciertamente, las ciudades desempeñan todavía sus funciones de centros administrativos, pero se trata ahora de una actividad que se limita a la ciudad en sí misma y a sus alrededores inmediatos, es decir, a la unidad administrativa conocida por el término de *katepanikion* (que a veces podría designar una región más amplia), cuyo gobernador, llamado por lo general *kephalé*, ejerce múltiples funciones —civiles, militares, judiciales— e incluso realiza tareas relevando a otros funcionarios, como por ejemplo, la del registro fiscal (*apographe*). El *kephalé* hace a menudo el papel no de un representante del Estado sino de un hacedor local, tolerado por el emperador; y lo que es más, hacia el último período de los Paleólogos, se transforma en detentador autónomo de su territorio administrativo, donde están situadas, cada vez más, sus propiedades privadas.

Un rostro de la ciudad aún agradable

Sea lo que fuere, además de Constantinopla y Tesalónica, las dos grandes ciudades, hablando con propiedad, del imperio, este contaba aún en tierra europea con ciudades de dimensiones bastante considerables, que incluso vieron aumentar su población como consecuencia de un gran movimiento de la población rural en dirección a las ciudades que se manifestó en el curso de los turbulentos tiempos del siglo XIV. Estas ciudades, algunas de las cuales no forman parte del territorio bizantino de una manera continuada, son las de Filipópolis, Andrinópolis, Ainos, Heraclea, Selimbria y Mesembría en Tracia; Cristópolis, Serres, Castoria y Berroia en Macedonia; Janina y Arta en Epiro; Larisa, Trícala, Demetrias, Licostomión y Halmiros en Tesalia; Corinto, Patras, Monenvasia y Mistra (siendo esta última una nueva creación del siglo XII, pero plenamente desarrollada hacia mediados del siglo XIV) en el Peloponeso. La mayoría de ellas son auténticas plazas-fuertes, cuya función propiamente militar se pone de manifiesto por el mantenimiento de una gran guarnición en su acrópolis. Pues el tipo predominante de la ciudad de esta época es el de un conjunto fortificado compuesto de una acrópolis edificada en un lugar elevado (*ano polis*) y de la ciudad-baja (*kató polis*), pero cuyo ejemplo citado más frecuentemente, Servia, en Macedonia, no constituye más que una manifestación debida a su específico emplazamiento que caracteriza, sobre todo, una categoría de ciudades, fundamentalmente las de un interior montañoso. Esta última categoría está de hecho lejos de agotar toda la gama de variantes del tipo principal, entre las que hay que recordar las ciudades-kastra (*pa—leokastrá*) de las islas del mar Egeo.

En cuanto a los efectivos demográficos de las ciudades, muy difíciles de evaluar, a falta de datos susceptibles de una cuantificación, parecen haber seguido la curva declinante general; este hecho es particularmente relevante durante el siglo XIV, a

causa de los repetidos ataques de la peste y a pesar del aumento artificial provocado por la afluencia de la población rural en los momentos de guerra. Contentémonos, no obstante, con mencionar la estimación concerniente a Constantinopla y Tesalónica, que es la mejor estudiada: la primera contaba entre 50 000 y 70 000 habitantes la víspera de su toma por los turcos, mientras que el número de habitantes de la segunda no iba más allá de los 40 000 o, según otra fuente, de los 25 000, mientras que bajaba a los 7000 algunos años más tarde, en el momento de su pérdida definitiva.

La diferenciación social, que alcanzó formas precisas en las ciudades de esta época, halló su más elocuente expresión en la repartición de las clases sociales en el seno de los diferentes barrios de la ciudad. Una parte de estos estaba, sin embargo, reservada a las colonias comerciales extranjeras, en este caso italianas, así como a las minorías étnicas y religiosas como, por ejemplo, los barrios judíos. La existencia de barrios donde los comerciantes extranjeros habitaban y se dedicaban a su negocio no tardó en envenenar sus relaciones con la población indígena, como lo muestra el gran número de protestas de los súbditos de las repúblicas marítimas y, sobre todo, de los de Venecia, contra los actos de violencia de los que eran víctimas.

En lo referente a la repartición de los oficios en la ciudad, se sabe, al menos en el caso de Constantinopla y Tesalónica, que estaban concentrados en determinados barrios aparte, como por ejemplo, los marinos de Tesalónica, que ocupaban un barrio que daba al puerto de la ciudad, o la mayoría de los oficios en Constantinopla, que estaban reunidos en ciertos lugares del mercado o incluso en ciertas calles de la capital. Este fenómeno ha sido analizado recientemente; se ha demostrado también de manera contundente y en contra de lo que se creía hasta ahora que, durante los siglos XII-XV, los oficios bizantinos, o al menos algunos de ellos, estaban constituidos en «gremios» de inspira-

ción occidental, aunque bajo estructuras diferentes de las que regían las corporaciones de los siglos IX y X, como queda reflejado en el Libro del Eparca. Por otra parte, lo que aproxima los oficios de la época tardía con los de la época mesobizantina es su muy gran diferenciación; nos encontramos así, además de los sempiternos notarios (*tablillarioi*), los oficios de los perfumistas (*myrepsoi*), carniceros (*makellarioi*), obreros de la construcción (*oikodomoi*), salineros (*alykanoi*), fabricantes de cinturones, zapateros, curtidores, herreros, fabricantes de clavos, peleteros (*gounareis*), etc. A excepción de los *tabullarioi* laicos, cuyo encargado es nombrado por el emperador, los jefes de los otros gremios son más bien patronos que dirigen a sus empleados, ejerciendo también ellos el oficio a un nivel más elevado que el de sus subordinados.

Dicho esto, es menester destacar uno de los principales rasgos de la ciudad bizantina de los siglos XIII-XV: se trata de la presencia en su seno de grandes propietarios de tierras, cuyos dominios se encontraban en las proximidades de las ciudades, pero que preferían habitar en el interior de estas, donde poseían propiedades urbanas y participaban intensamente en las actividades económicas de las ciudades. Su papel político se canalizaba a través de su predominio en el senado municipal, y su influencia en la ciudad no se desmintió, aunque durante el siglo XIV hubieron de hacer frente al relativo crecimiento del papel económico de la población urbana y a la creciente importancia de la asamblea del *deme*, en la que habían empezado a participar cada vez más amplias capas de la población, incluidos los artesanos, los comerciantes y el pueblo llano. Este hecho encontró también su eco en la cesión por parte de los emperadores de franquicias y estatutos de autonomía a las ciudades, de entre los que conocemos en particular los otorgados a Tesalónica, Janina y Monenvasia. Fundamentalmente, en lo concerniente a esta última en el momento de su reintegración

al imperio (1259), los primeros Paleólogos no dudaron, en contra de lo que hizo anteriormente Villehardouin, que otorgó concesiones exclusivamente a la aristocracia local, en extender los privilegios fiscales a las capas medias de la población, incluso a los negociantes y a los artesanos de la ciudad.

Sin embargo, las franquicias de las ciudades de esta época, por acentuado que fuera su espíritu laico, parecen haber estado constituidas mucho más por necesidades de hecho que por estatutos jurídicos correspondientes a la aparición de nuevas fuerzas sociales; por tanto, toda comparación con las cartas otorgadas a las ciudades «libres» de Occidente pasaría por alto las fundamentales diferencias que las separaban de ellas. La renovación de la ciudad bizantina tardía tal vez habría podido evolucionar hacia un verdadero renacimiento bajo otras coyunturas históricas. Pero en el punto fatal en que la detuvo la conquista otomana, no hubo más que el resultado debido a la descomposición de la autoridad central y no el fruto de la creación de un nuevo orden económico y social.

La aristocracia terrateniente, devoradora del suelo

La característica más destacada de la sociedad bizantina en la época de los Paleólogos fue la descentralización del Estado a nivel administrativo que acabó por abolir la significación funcional de los antiguos *themas* y sustituirlos por unidades más pequeñas, los *katepanika*, mencionados más arriba, conocidos también bajo los términos más vulgares de *topos, meros* (lugares-fijados), *chora* (campo, región), *periohe* (región), etc. Es más, desde los años veinte del siglo XIV, esta descentralización queda de manifiesto en la creación de principados autónomos o semiautónomos (especie de infantados), que fueron cedidos a miembros de la dinastía reinante o incluso a otros personajes de la nobleza. Así, en 1321, la región de Cristópolis-Selimbria pasó a Andrónico III, mientras que los hijos de Andrónico II, Constantino y Demetrio, gobernaban Tesalónica, que se halló en

manos de Juan V después de 1350. La misma ciudad correspondió más tarde al heredero del trono, Manuel, que después de 1371 consiguió añadir Serres y la Macedonia oriental; gobernó de una manera tan independiente que llegó hasta a poner en práctica una política exterior contraria a la del emperador, como se verá más adelante. En 1381, la costa norte de la Propóntide con Selimbria fue cedida a Andrónico IV y a su hijo Juan VII que ostentaron entonces el título de herederos del trono; Juan VII, en particular, llegó a dominar Tesalónica en 1403, con el título de «emperador de toda Tesalónica», y vivió allí hasta su muerte (1408). Un poco más tarde, los tres hijos de Manuel II, Andrónico, Constantino y Teodoro, recibieron respectivamente Tesalónica, las ciudades del mar Negro, Mesembría y Anquialos, así como el despotado de Morea. Este último fue con mucho el más importante de los infantados, por así decirlo. Gobernado antes de su constitución en despotado por la llamada *kephalé* de Morea, de 1262 a 1348, en esta última fecha pasó a ser gobernado por el déspota Manuel Cantacuceno. Por otra parte, se puede citar a manera de ejemplo de infantado reservado a miembros de la nobleza (en este caso emparentados en un amplio sentido con la familia imperial) el de las ciudades de Crisópolis y Anaktorópolis con la isla de Tasos, que fue cedida en plena propiedad a los hermanos Alejo y Juan Paleólogo, gran estratopedarca y gran primiciero respectivamente, por el emperador Juan V (1357).

Por lo demás, es forzoso recordar que el uso del término «infantado» (=*apanage*) para la realidad bizantina debe hacerse en un sentido puramente convencional, dado que la institución occidental conocida bajo este nombre era diferente en muchos aspectos de lo que se entiende cuando se emplea la misma palabra para el imperio de Oriente: además, el principio de heredad, que no existía en Bizancio, e incluso la función de los infantados bizantinos como expresión por excelencia de la des-

centralización estatal les distingue de sus homólogos en Occidente, que desempeñaron un papel aprovechando la concentración de los poderes en la persona del rey.

La existencia de grandes dominios en Bizancio bajo los Paleólogos constituye el rasgo que distingue esta época. Esta fue la base del poder económico, social y político de la aristocracia que, concentrado en algunas familias muy poderosas, dominaba el aparato del Estado bajo todas sus formas, desde los cargos de la administración civil hasta las funciones militares y, a veces, eclesiásticas. Los grandes dominios de estas familias, acumulados a lo largo de generaciones por vía hereditaria, de alianzas matrimoniales, de compras o, sobre todo, de donaciones imperiales, cubrían prácticamente el territorio de todas las provincias del imperio, primeramente en Asia Menor y, tras la conquisa de Constantinopla y la pérdida de las tierras microasiáticas, de las regiones europeas. Sus poseedores son los grandes magnates de Tesalia, los Malliasenos, los Estrategopulos, los Raúl, los Gabrielopoulos; en Macedonia y en Tracia, los Ángel, los Tzamblacones, los Sinadenos, los Tornikios y, en particular, los Cantacucenos. Algunas de estas familias eran de origen muy antiguo, como los Tornikios, que se remontan al siglo X, los Asen, al XI, o los Cantacucenos, al siglo XII. Su poder se ejercía a través de sus altas funciones estatales, de las que casi poseían el monopolio, así como a través de la administración de las provincias, incluso de provincias en que sus bienes raíces estaban agrupados. Mencionemos, además, a título de ejemplo, a los Paleólogos, que son especialmente fuertes en Tesalónica; los Cantacucenos, que poseen vastos dominios en la región de Serres, así como en la región de Didimoteicon, que será, por otra parte, la capital de Juan VI; y, por último, los Sinadenos, que ejercen el poder en Bicié, donde disponen de grandes propiedades. Ciertamente, los miembros de la aristocracia no tenían ningún estatuto jurídico especial, como sus homólogos de

Occidente, ni tampoco estaban constituidos en clase teniendo derechos hereditarios. Su pertenencia al senado no tenía ya la significación que revestía en los tiempos antiguos; no presuponía la herencia y simplemente competía a las funciones ejercidas por los senadores, en sí mismas no transmisibles. El acceso a las filas de la aristocracia, por difícil que fuera, no era imposible, y se podía llegar a ella por medio del servicio militar o burocrático, donde precisamente tenemos noticias de algunos recién llegados (Chumnos, Metoquités o Esfrantcés).

Los monasterios son, en su conjunto, el otro gran propietario de Bizancio. Tenían su origen en amplias concentraciones de tierras, a menudo integradas por aldeas enteras junto con sus habitantes y la renta de bienes raíces. Este era el caso, sobre todo, de los monasterios del monte Atos, que disponían de grandes propiedades en Macedonia y en Lemnos, así como rentas procedentes del lago Poru, en Tracia. Una de las fuentes de adquisición de propiedades monásticas provenía de particulares que legaban a los monasterios por múltiples razones, en la mayoría de los casos después de haberse integrado allí ellos mismos, un infinito número de cosas diversas, tanto talleres de confección y hornos para la elaboración del pan, como mantas, sudarios, sábanas, herramientas y recipientes, pasando por yuntas de bueyes de labor, viñas o casas. Otras fuentes de adquisición procedían de ventas de todo tipo llevadas a cabo por terceros para los monasterios, o de compras hechas por estos, o bien de litigios, aunque al precio de largos procesos, en relación a terrenos más o menos adyacentes a sus propias tierras. Pero la fuente, sin ninguna duda, más importante provenía de las donaciones imperiales, que colmaban de riquezas a los monasterios y que a menudo implicaban también la inmunidad fiscal. Ya hemos hablado de la política promonástica de Andrónico II. Lo mismo ocurre durante los primeros años del reinado del emperador «filolatino» Miguel VIII, de quien se conserva una

larga serie de crisobulas que confirman antiguas posesiones o que ceden otras nuevas a muchos monasterios del monte Atos, así como a los monasterios de San Juan de Patmos, Macrinitisa y Nea Petra en Tesalia; de Nea Moné de Quío; de San Demetrio en Constantinopla, etc.

Entre los dos extremos de la escala social, los aristócratas que son muy ricos, por una parte, y por otra el llamado proletariado de las ciudades, más o menos dedicado a la delincuencia, se sitúan las grandes masas del pueblo, pequeños artesanos, obreros y campesinos pobres, que forman los batallones del *demé*, protagonista de la protesta social del siglo XIV. Están precedidas por otra clase, definida en los textos como «estado medio» (*mesotés*), o la «parte media» (*mesé moira*), o incluso «tercer grupo» (*trité moira*), y sus miembros como «medios» (*mesoi*). Más adelante hablaremos de estos «medios» y de su actitud a lo largo de las rebeliones del siglo XIV. Se trata, en general, de las capas de la población urbana de Constantinopla, Tesalónica, Andrinópolis o Didimoteicon, más o menos ricas, que se dedican principalmente al comercio y al artesanado, combinándolos a menudo con el ejercicio de funciones administrativas y la posesión de propiedades. Se puede hablar, pues, de una clase media, de una «burguesía» de las ciudades, que comienza a despuntar bajo la evidente influencia de la presencia occidental. Por otra parte, la desaparición del término «medio» del vocabulario de las fuentes, a partir de mediados del siglo XIV, se debe a la irrupción en los oficios de miembros de la aristocracia, antaño terratenientes, que, una vez perdidas la mayor parte de las tierras cultivables del territorio bizantino, y por tanto también las suyas, se entregaron a los asuntos comerciales, único sector en el que podían invertir sus capitales con vistas a obtener beneficios. Los aristócratas bizantinos, al identificarse, en cierto modo, con los *mesoi* hicieron inútil el uso de este término. Y con razón, pues sus propios ilustres apellidos les basta-

ban cumplidamente; y, en efecto, disponemos de una larga serie compuesta, entre otros, por los Notaras, Paleólogos, Ángel, Cantacucenos. Lascaris. Simúlenos, Ducas, Radenos, Asanes, Melisenos, etc. Se trataba de una clase de ricos aristócratas-burgueses, que colaboran estrechamente con los hombres de negocios italianos, hasta el punto de que muchos de ellos, haciendo poco caso de los sentimientos bizantinos y ortodoxos de la mayoría del pueblo, piden y obtienen la nacionalidad genovesa o veneciana, o las dos a la vez, y se dejan llevar por el modo de vida occidental. Pero «finalmente, debieron contentarse con navegar siguiendo las huellas de las galeras italianas sin incluso conseguir hacerse llevar a remolque».

¿Una «feudalización»?

La economía bizantina, rural por excelencia, es también una economía monetarizada, incluso al nivel del campo, por el cauce de la obligación fiscal: en efecto, una fracción del impuesto y de los cánones exigibles en metálico no podía asegurarse más que por la existencia del contacto de los productores directos con el mercado. No obstante, esta monetarización no parece afectar el carácter esencial de la economía rural, que reposa en el autoconsumo, y que se refleja igualmente en la configuración de los cultivos. Esta economía está basada en la explotación familiar, lo que no contrasta con la existencia de una gran propiedad territorial, cuya expansión constituye uno de los rasgos característicos de la época: la unidad de producción así como la unidad fiscal están compuestas por la familia nuclear, sin que por esto estén excluidas de las formas de explotación familiar basadas en la indivisión de bienes entre los hermanos. La estratificación de estas unidades de producción se hace en relación a su capacidad de producción, que a su vez, están determinadas, sobre todo, por la fuerza de tracción de que disponen: es así como, a pesar de la existencia de numerosos factores que determinan en la realidad la renta campesina, el sistema fiscal en el

siglo XIV parece haber mantenido como criterio de imposición el número de bueyes de labor, lo que sugiere que la tierra, en tanto que unidad-tipo de producción, no pertenecía ya a los productores directos; por el contrario, los cultivos complementarios entran en la órbita de la propiedad individual del campesinado, y sobre todo la viña constituye allí una de las principales fuentes de las rentas monetarias. Esto no quiere decir que los campesinos no dispongan de parcelas dedicadas al cultivo de cereales, de las que, sin embargo, lo esencial debe agruparse en los dominios, más o menos grandes, pertenecientes a personas privadas, a fundaciones piadosas y a la corona.

La producción extra es acaparada de dos maneras: por una parte, a través de la renta fiscal y, por otra, a través de la renta territorial; la segunda forma de apropiación de la producción extra presupone un propietario de la tierra distinto del productor directo, y consiste en una renta proporcional en especie o en el pago de una cantidad fija en dinero a manera de alquiler: ambas formas de apropiación de la producción extra coinciden, siendo la renta fiscal exigióle a los cultivadores que producen también una renta territorial trabajando en la tierra ajena. La renta territorial preponderante corresponde a la décima parte de la producción cerealista y a la tercera de la producción vitícola, aunque esta relación valga también para el contrato establecido entre un terrateniente y un cultivador, a la vista tic una producción cerealista. De estas dos formas de apropiación, la segunda parece acusar una notable extensión en tiempos de los Paleólogos: con toda seguridad, se afirma al nivel de la propiedad privada, lo que es normal, pero también al nivel de las concesiones en *pronoia*; por otro lado, forma parte de la renta de los feudos en las posesiones latinas, donde experimentará una casi absoluta expansión en el sistema de las baronías, sobre todo en Corfú.

La formación de la gran propiedad es, en gran parte, tributaria de las modificaciones sobrevenidas en el sistema de las concesiones pronoiarias: la *pronoia*, consistente en la concesión por el Estado de un bien que produce una renta fiscal, tiene como contrapartida la prestación de servicios militares por el beneficiario; sin embargo, el bien concedido puede producir también una renta territorial, como es el caso de los bienes de la corona, lo que significa que el bien es cultivado por los campesinos, obligados al pago al propietario de una parte de la producción en forma de *morté*. Estas concesiones experimentaron durante la época de los Paleólogos una considerable extensión: y lo que es más, las rentas vitalicias llegaron a ser hereditarias. La conquista latina actuó en el mismo sentido con la creación de los feudos que, desde el punto de vista económico, perpetúa, en lo esencial, los modos de apropiación de la producción extra válidos en el campo bizantino; sin embargo, parece ser que, en las posesiones latinas de Morea, se concedió una particular atención a la valorización del coto señorial, lo que implicaba una intensificación de las cargas (distinguiéndose a veces entre servicios personales y servicios que gravan la fuerza de tracción), que no ocupaban un lugar preferente en el sistema bizantino de producción.

La gran propiedad territorial se afirma, igualmente, a nivel de las fundaciones piadosas: su formación es, sobre todo, el resultado de una política deliberada del Estado que, a través de repetidas concesiones, les transmite un considerable número de bienes raíces así como de rentas fiscales. Los particulares participan activamente y, a veces, los fundadores de los monasterios son representantes de la notabilidad provincial. Hay también la aportación de personas de condición mediocre, incluso pobres, que, por tal o cual motivo, hacen donaciones a los monasterios y les venden igualmente los bienes que poseen. En la órbita de la gran propiedad, monástica o laica, la aportación

del cultivador no consiste solo en explotar los campos ya hechos fructificar; consiste además en la extensión de la tierra por la enfiteusis, lo que contribuye igualmente a perpetuar la pequeña y mediana propiedad campesina, como lo demuestra claramente, entre otros, el ejemplo de Corfú, según testimonios del siglo XV: la plantación de viñas y olivos se efectúa en el marco de las tierras feudales por el cultivador que, por este medio, se convierte en copropietario. Por otra parte, la desproporción que se establece entre la disponibilidad de tierras y la oferta de mano de obra conduce, al menos en el caso de las posesiones latinas, a significativas mediaciones: es así como en la Morea latina la falta de mano de obra, debida a las deserciones y al declive demográfico, conduce a los señores a ceder las tierras feudales vacantes a cambio de censos puramente de reconocimiento, situación que se perpetuó en Corfú, donde se encuentran tierras feudales así como otros bienes que no debían más que cánones mínimos.

El campesinado agotado

La masa campesina bizantina continúa estando estratificada según su fuerza de tracción, distinguiéndose los que disponen de una yunta de bueyes de labor o de varios bueyes, de los que solo tienen uno o ninguno (*zeugaratoi, boidatoi, aktémones*); continúa también siendo gravada con impuestos que corresponden a esta distinción. Una estratificación de este tipo se aplica igualmente en las posesiones latinas donde, no obstante, determinadas obligaciones fiscales, repartidas anteriormente según la pertenencia del campesino a una de estas categorías, llegan a uniformarse; además, acusan oscilaciones de una a otra región, y las cargas son, en su mayor parte, conmutadas por dinero.

Las actividades agrícolas no se limitan a las poblaciones del campo: las ciudades están bien provistas de explotaciones rurales, situadas generalmente en el espacio urbano, y sus habitantes poseen además otras, situadas en las aldeas. A veces, pueden

observarse prácticas que tienen por objeto la salvaguarda del patrimonio rural y de los equilibrios económicos y sociales que están establecidos: a manera de ejemplo, los habitantes de la ciudad de Janina, que disponen de tierras en numerosas aldeas reafirman, en 1319, la práctica según la cual estas tierras no podían ser vendidas a «los arcontes locales y a los soldados (*pronoialarios*)», pues las transferencias solo se permitían entre burgueses. No obstante, la existencia de terratenientes en las ciudades no implica que estos fueran algo más que beneficiarios de rentas. Este fenómeno no es nuevo, pero parece que estuviera vinculado con la disgregación de la comunidad rural: en efecto, la penetración de los «poderosos» en la comunidad desorienta la función estabilizadora de las solidaridades comunales, reguladas por el derecho «preferencial» (*protimesis*). que ahora puede actuar en favor de los nuevos elementos; por otra parte, la concesión de aldeas enteras a determinados pronoiatarios y a monasterios se inscribe en el mismo orden de cosas y disminuye los vínculos entre el Estado y la comunidad rural. En consecuencia, la formación de células de hábitat alrededor de tierras de un solo propietario (*metoquion, zeugelateion*) dependiente de una fundación piadosa o de un particular constituye un indicio de la disgregación de la comunidad y del cambio sobrevenido en las modalidades de extensión de la tierra: efectivamente, estas células de hábitat no son el resultado de la dinámica interna de la comunidad, como ocurría antes (dinámica que queda de manifiesto en el Tratado fiscal del siglo X), sino de la acción de fuerzas externas.

Todas estas modificaciones no comportan el debilitamiento de la comunidad rural en tanto que institución: continúa viviendo en el seno de realidades y perpetúa sus funciones, mal definidas, en el interior mismo de las formaciones feudales implantadas por la conquista latina, así como en el seno de la *pronoia*; la conquista otomana encontrará allí sólidos cimientos.

Las poblaciones rurales que durante la época considerada sufren un proceso de feudalización deben hacer frente a un imperativo sociodemográfico indispensable para la realización de la producción, es decir, que deben asegurar una sólida base familiar; ahora bien, desde finales del siglo XIII a mediados del siglo XIV, la demografía campesina acusa un declive originado por una combinación de factores propiamente demográficos y factores coyunturales. Las invasiones, las guerras y la peste componen una realidad de la que se resienten en gran medida las poblaciones rurales, que conduce a la disminución de los efectivos humanos del campo; pero, junto a estos factores coyunturales, es evidente que la crisis demográfica tuvo causas internas: estas causas quedan de manifiesto en la baja del coeficiente familiar y en la disminución de la edad alcanzada por los jóvenes. Así pues, se asiste, en el caso de numerosas ciudades de Macedonia de las que disponemos de datos cuantitativos, a una baja, entre 1300 y 1341, de los componentes de las familias de 4,7 a 3,7; los aspectos económicos de esta baja, que es además tributaria, en cierta medida, de la movilidad de la población, se reflejan en el comportamiento del coeficiente familiar en las familias acomodadas y en las familias llamadas someramente pobres: efectivamente, las familias que disponen de una fuerza de tracción ven pasar su coeficiente familiar, entre 1301 y 1341, de 5,86 a 4,33, mientras que las que no disponen de ella, la ven pasar de 3,80 a 2,65.

Entre los factores del frenado del movimiento demográfico hay que mencionar muy especialmente el monaquisino: en tanto que factor de esterilización, parece que tuvo un considerable impacto en la sociedad bizantina de la época, aunque su acción a nivel de la organización de la producción agrícola y de la reestructuración del paisaje fue positiva, en la medida en que su comportamiento como terrateniente requería la mano de obra rural.

Las arcas vacías

La crisis monetaria, e incluso económica, resulta de la desproporción que se establece entre los recursos fiscales del Estado y las necesidades de liquidez: estas necesidades son tributarias de la coyuntura política, así como de los cambios acaecidos a nivel de la configuración económica y social del imperio. El agotamiento de los recursos fiscales se manifiesta tanto en el ámbito de la economía rural como en la órbita de las actividades comerciales; a esto hay que añadir la pérdida de los recursos mineros y el aniquilamiento de las existencias en metálico, también como consecuencia de la conquista latina.

La coyuntura económica necesitó la puesta en movimiento de masas monetarias destinadas a cubrir las necesidades militares del imperio, así como el pago de los tributos a los otomanos; estos gastos implicaron el endeudamiento exterior del Estado y la cesión a los acreedores de considerables fuentes de rentas fiscales, sobre todo las aduanas. La desproporción entre los recursos fiscales y la creciente necesidad de disponibilidad monetaria se salda con una depreciación de la moneda nacional y, a partir del reinado de Manuel II Paleólogo, con una acuñación exclusivamente en plata que, por otra parte, acusa un enriquecimiento en relación a la moneda nacional de oro. Es así como la ley expresada en quilates del hiperperio pasa de 20,75 a 20,25 entre 1081 y 1143, y a 11,25 bajo el mandato de Juan VI (1347-1354). La depreciación corre pareja con las emisiones diversificadas por las aleaciones; esto conduce a una clara distinción entre monedas corrientes y monedas «preferidas» —antiguas y sobre todo venecianas— y, a la postre, a la subordinación de la moneda nacional a la fuerte moneda extranjera, puesto que la primera asume las funciones de una moneda salarial; y lo que es más, el Estado llega a exigir sus rentas en moneda extranjera.

No disponemos de datos cuantitativos que permitan establecer toda la envergadura de la deuda exterior; sin embargo, algunas informaciones que han llegado hasta nosotros nos autorizan a hacer constar que no es el volumen de la deuda lo que abrumaba al imperio, sino el agotamiento de las entradas fiscales. Sabemos, por ejemplo, que en 1343 y 1352 la deuda es respectivamente del orden de 35 000 y de 5000 ducados de oro; también sabemos que una «ayuda» asciende a 25 000 ducados de oro y que el tributo pagado anualmente a los turcos era de 10 000 hiperperios. Si comparamos estas cantidades con la renta bruta de una explotación de cereales en Bizancio, basándonos en el precio del trigo en el mercado de Constantinopla, llegamos a una escala de magnitud aproximada, pero también significativa.

En efecto, la producción media de una explotación cerealista bizantina sería, *grosso modo*, de 300 *modoi* a 5 hiperperios por *modios*, una suma de 40 000 ducados de oro corresponde a la producción bruta de unas 53 explotaciones de este tipo, o sea a la renta territorial de 530 explotaciones familiares, que representarían una población de 2200 personas, más o menos. Un tributo de 10 000 hiperperios corresponde, pues, al valor de la producción bruta, en el mercado de Constantinopla de mediados del siglo XIV. de casi 7 explotaciones familiares. Ahora bien, hacia la misma época, el cargamento de un navío representa un valor aproximado de 40 000 hiperperios. Incluso teniendo en cuenta un considerable desfase entre los precios locales y los del mercado de Constantinopla, se deduce que las cantidades citadas no son en sí «catastróficas»; lo que las convierte en tales, es la desintegración que se afirma a nivel de la economía rural. Conviene, pues, apreciar estas sumas en el contexto de los ingresos fiscales: es así como, por ejemplo, el tributo de 10 000 hiperperios equivale a la renta que obtenían los bizantinos de la aduana de Constantinopla (12 000 hiperperios en

1328, y 10 000 en 1355), frente a los 200 000 que percibían de los genoveses, según indica Gregoras, y que contrastan con los más altos precios conseguidos en Génova con la venta de esas tasas aduaneras; aunque sea exagerado, el testimonio del historiador bizantino deja ver el desfase entre el precio nominal y la aportación real de las aduanas de Pera, controladas por los genoveses. No obstante, incluso en el caso de ingresos fiscales genoveses en Pera que, por otra parte, disminuyen a partir de los años 60 del siglo XIV, la aportación fiscal no basta para hacer frente a las necesidades de liquidez del establecimiento.

Con toda seguridad, la crisis política implicó la crisis económica: la regresión de los cultivos trajo como consecuencia el agotamiento de los ingresos fiscales; la pérdida de los territorios tracios comportó la dependencia cerealista de la capital, lo que acentuó la influencia de las ciudades italianas sobre la economía bizantina; la crisis demográfica parece haber enrarecido las explotaciones rurales. Todos estos factores coyunturales jugaron un papel negativo que no fue compensado por los recursos extremos por medio de los que se trató de afrontar la crisis financiera y, a veces, las repercusiones de la crisis económica. Así pues, el emperador Juan VI Cantacuceno tomó algunas medidas tendentes, por una parte, al fomento del comercio y, por otra, al aumento de los ingresos fiscales que fueron igualmente buscados en la órbita de la producción rural: fomento del comercio porque, según la más razonable interpretación de su propio testimonio, el emperador sustituyó la tasa del 10 por 100 que gravaba las transacciones por otra del orden del 2 por 100; esta medida corrió pareja con otra que gravaba las entradas cerealistas efectuadas por extranjeros; media moneda de oro por cada *modioi* de trigo, lo que representa una imposición que oscilaba entre el 10 y el 17,5 por 100 del valor del producto, según se refiera a los precios habituales en el mercado de la capital o a los de los mercados locales de la Romanía.

Por otra parte, Juan VI gravó la producción y, evidentemente, la comercialización del vino, deduciendo un hiperperio por cada 50 medidas de vino: si se tiene en cuenta el precio habitual del vino en el comercio local y su desfase en relación con el precio en el mercado de Constantinopla, puede admitirse que este impuesto es un diezmo, ya que representa el 4 por 100 de este último precio. El doble de este impuesto se aplicaba a los que compraban directamente a los productores: estos compradores son calificados por el emperador como «más ricos que los cultivadores» y beneficiarios de pingües beneficios: explotaban «sin escrúpulos el trabajo de los demás», es decir, de los cultivadores. Se trataba de intermediarios, de comerciantes que compraban a los productores directos y que estaban obligados a pagar una tasa por las transacciones, allí donde tuvieran lugar. A través de esta política fiscal que, según las consideraciones del emperador, condujo, junto con otras medidas en favor de la fuerza naval, a la reactivación del comercio marítimo y al aumento del tráfico portuario de Constantinopla, el Estado trató de sacar provecho de la comercialización de los productos agrícolas, sobre todo del vino, que formaba parte, en gran medida, del consumo urbano, y del desfase de los precios locales en relación a los precios aplicados en el comercio de la capital; este desfase permitió el desigual reparto del impuesto total sobre las transacciones entre el producto y el comerciante, quien, a su vez, salía beneficiado de la desgravación de las tasas aduaneras.

El extranjero, señor de las tierras

Que existió una actividad artesanal, a pesar del decaimiento de la manufactura en centros como Tebas o Patrás, es algo que está fuera de toda duda; lo mismo ocurre en lo referente al comercio y los transportes. Sin embargo, tanto unos como otros solo están orientados hacia el mercado interior y el tráfico se halla limitado a lo largo de la franja oriental del Mediterráneo y

una parte del mar Negro. El comercio a gran distancia pasaba por el control de las ciudades italianas, Venecia, Génova y Pisa y, en segundo lugar, de algunos puertos del sur de Francia, de Cataluña y de la Dalmacia; y lo que es más, la estrategia de los principales mercaderes estuvo dictada por las primeras, sobre todo Venecia y Génova. El impacto occidental sobre la economía de lo que quedaba del imperio bizantino fue experimentado también, a nivel del mercado interior, por una parte mediante productos manufacturados importados, y por otra, a través de la dependencia alimentaria de la capital como consecuencia de la pérdida de la región cerealista de Tracia, que pasó al final del siglo XIV bajo control otomano; la crisis económica, que implicó el abandono de las emisiones de monedas de oro y la depreciación de la moneda nacional, condujo a la dependencia monetaria, e incluso económica. Esta dependencia, resultado de una impotencia militar y de una crisis política fue, a la larga, tributaria de una secular esclerosis que no permitió la emergencia de una economía acorde con las nuevas realidades territoriales: un hecho aplicable tanto al imperio bizantino en declive como a las implantaciones latinas en Oriente.

No obstante, no es solo la capital la que se convierte en cliente de los importadores occidentales de trigo; Occidente absorbe este producto para satisfacer sus propias necesidades que, con toda seguridad, están cubiertas, en lo esencial, por las llegadas de trigo occidental, sobre todo de España en el caso de Génova. Sin embargo, hay una demanda occidental tanto en las colonias como en las regiones que escapan del dominio italiano. Este drenaje podía tener nefastas consecuencias para el consumo urbano, ya sea porque comportaba la penuria, ya sea porque repercutía en los precios, cuya estabilidad constituía uno de los factores del equilibrio general. Por tanto, fue menester establecer una especie de umbral a partir del cual las exportaciones cerealistas no tendrían consecuencias negativas para el

aprovisionamiento del mercado interior; en este sentido, los tratados veneto-bizantinos de 1265 y de 1285 estipulan que la exportación de trigo solo está autorizada si su precio no sobrepasa, respectivamente, los 50 y los 100 nomismata por cada 100 *modioi*: ya se tratara de un precio correspondiente a épocas de abundancia, en el primer caso, o bien de un precio elevado, si no corriente, en el segundo (pues la depreciación de la moneda entre las dos fechas no puede explicar el desfase), lo que conviene recordar es que la autoridad civil se esfuerza por asegurar el aprovisionamiento de cereales del mercado interior tomando en consideración una oscilación de precios soportable para el consumidor. En efecto, el precio de 1285 se vuelve a encontrar prácticamente en 1343: teniendo en cuenta la relación plata/oro (1 a 7,45), el precio de 1285 correspondería a 616 mg de oro frente a los 639 relativos al precio de 1343, mientras que el precio de 1265 equivaldría a 323,6 mg. Según algunos precios que conocemos concernientes a la «Romanía» del siglo XIV, se puede deducir una duplicación de estos durante la segunda mitad del siglo, en Creta, y algunas violentas alzas en Constantinopla, advertidas durante la última década; igualmente, aparecen violentas alzas en los mercados de aprovisionamiento, como la colonia genovesa de Caffa. Todo esto se refleja en los mercados de Constantinopla y de Pera (el precio del trigo se cuadriplica en 1401 en relación a 1390 en Pera, para bajar el año siguiente en Constantinopla a un 37,5 por 100 del precio de 1401, es decir, a un precio que solo sobrepasa el 50 por 100 del precio en 1343 que, como hemos señalado, no es, en oro, más que el precio máximo alcanzado en 1285). Sin embargo, el Estado bizantino, al no controlar ya a partir de los años 70 del siglo XIV las fuentes de aprovisionamiento, no estaba en condiciones de ejercer la política de autosuficiencia que había intentado establecer a través de tratados. Y lo que es más, las violentas alzas de los precios de los artículos de primera ne-

cesidad tuvieron un impacto más fuerte sobre los consumidores que el que las conversiones en oro ponían de manifiesto: de ahí las denuncias contra los especuladores y las lamentaciones a propósito del continuo descenso del poder de adquisición de la moneda nacional.

En el marco de la economía bizantina, la dependencia se afirma igualmente en función del capital mercantil y «financiero»; los comerciantes no se orientan solamente hacia el mercado interior, sino que se convierten también en intermediarios, proveedores de los comerciantes occidentales que controlan el comercio a larga distancia. Sin embargo, esta limitación del campo de actividad del comerció y de sus agentes nacionales condujo a la creación de algunas «bolsas» de actividad comercial, vinculadas ya sea al tráfico marítimo que ponía en comunicación con el mercado interior, ya sea al que ponía en contacto las relaciones internacionales: es así como la tipología de las ciudades de los siglos XIII y XV corresponde en parte a estos imperativos, mientras que las realidades políticas acentúan las particularidades regionales de esta tipología así como las especificidades de las funciones económicas, a través de una política preferencial que se expresa por la concesión de privilegios.

En este sentido, una ciudad como Monenvasia consigue franquicias que la estimulan a ejercer su función específica en el tráfico interior marítimo y a tomar contacto, bajo un estatuto privilegiado, con lejanos mercaderes; en el mismo orden de cosas, la ciudad de Janina obtiene inmunidades aduaneras incluso en Constantinopla, lo que permite a sus comerciantes emprender contactos económicos en un vasto campo de acción. El estatuto privilegiado de la ciudad implica no solo numerosas excepciones en el dominio de la economía rural y del tráfico comercial, sino igualmente una cláusula particular, según la cual la ciudad queda al margen de cualquier renovación monetaria: se trata, por una parte, de una defensa de la comu-

nidad contra los desórdenes que implicaban las repetidas emisiones de monedas depreciadas y, por otro, de un regionalismo económico que conduce a una especie de autonomía garantizada por la autoridad civil central. Estos regionalismos económicos, o simplemente la existencia de centros que aseguran el vínculo del *hinterland* con el tráfico comercial, son también tributarios de la estrategia del capital mercantil occidental que, como hemos visto, absorbe una parte de la producción local por medición de los agentes de la producción y de la comercialización; no obstante, este capital encuentra asiento territorial en un contexto más amplio, las colonias venecianas y genovesas.

La colonización latina en Oriente como consecuencia de las cruzadas, desprovista de fusiones que podrían conducir a situaciones duraderas, no se revela «rentable», tanto en razón de su coste como en razón de las destrucciones que había ocasionado en los países conquistados. A este esquema escapa en gran parte la colonización veneciana, «fuente de prosperidad para la Dominante» y motor de una cierta reestructuración de las regiones en las que ha sido consolidada; sin embargo, Venecia, rigurosamente ligada al principio de la Dominante, solo supo anexionar la economía de sus colonias orientales a sus propios intereses, esforzándose por establecer una autosuficiencia, sobre todo a nivel de la producción agrícola, y de crear excedentes. La benéfica acción de Venecia a nivel de la agricultura consiste en un esfuerzo de racionalización que llega hasta el control, con un sistema de castillos, de llanuras dedicadas al cultivo; en una vigilancia de la distribución del agua; en una extensión de los arbustos y de las viñas, así como, además, en un refuerzo de la población rural por la importación, además, de una mano de obra servil (Creta). Las carencias de cereales de determinados territorios eran compensadas por vinculaciones directas entre las posesiones y por las relaciones con regiones que estaban fuera de la órbita de las colonias: La Canea con Modón y Co-

rón, Candia con Salónica y Negroponte, Negroponte y Creta con las islas del Ducado del Archipiélago y, en lo referente a los vínculos extra-coloniales, Creta con la costa microasiática y Alejandría; también existían igualmente vínculos e intereses complementarios (familia de los Contarini) entre Creta y Chipre, entre Corfú y el Epiro. En cuanto a la Dominante, sus necesidades de cereales precisan relaciones continentales, con las regiones de Tracia y con la Rusia meridional; Siria y Alejandría son los mercados de especias, azúcar y sedas.

Todo este tráfico está garantizado por los navíos venecianos: los productos de las colonias así como de las otras regiones se encaminan directamente, o tras haber sido almacenados en las posesiones, hasta Venecia para quedarse allí o para ser distribuidos en otros mercados; a este esquema solo escapan los productos cuyo movimiento responde a las necesidades intercoloniales. La aportación colonial de trigo es débil, lo esencial del aprovisionamiento de la Dominante procede de las zonas cerealistas de Tracia y de Rusia meridional; Chipre es tributaria de Creta, y su tráfico con Venecia se apoya en las entradas asiáticas garantizadas por los armenios y los árabes de Siria, así como en el producto de las salinas; el embargo genovés sobre Chipre (1373-1374) favorece el tráfico entre Creta. Siria y Egipto. Negroponto y Salónica absorben una parte de las producciones agrícolas y artesanales de los *hinterlands* respectivos y de las regiones vecinas (Grecia central, Peloponeso por Negroponte, que dispone además de considerables cantidades de madera de construcción); exportan estos productos a Venecia junto a los tejidos almacenados en Negroponte. El Peloponeso los recibe igualmente y en cantidad considerable; recibe también metales a cambio de sus productos, cereales, aceite, seda y pasas.

Al contrario de la colonización veneciana, consolidada sobre bases territoriales amplias y estructuradas, que precisan un

permanente control y exigen un esfuerzo de organización económica y demográfica del espacio rural, la colonización genovesa, dispersa y dependiente de un *hinterland* no controlado, se apoya en un gran número de relaciones comerciales o en la explotación de un producto (almáciga, alumbre); pero esto no significa que la influencia económica de Génova sobre el Levante fuera menor.

La lentitud de la circulación monetaria, característica permanente del Levante, afecta también a las operaciones comerciales genovesas; se remedia multiplicando los contratos por reinversión de los fondos no ingresados. Los precios de los productos no son siempre competitivos y a veces las compras de trigo a Caffa solo son rentables durante la depresión estacional, en tanto que otras no aseguran más que medianos beneficios; en contrapartida, los mismos productos (por ejemplo el alumbre) tienen precios beneficiosos en otras partes, o bien permiten la creación de un sistema de explotación duradero y lucrativo (almáciga). El comercio genovés, entregado a las mercancías pesadas e, igualmente, especializado en el tráfico, exporta, junto con los productos agrícolas, cera y pieles, alumbre y metales no ferrosos, esclavos y tejidos, objetos metálicos, plata (en barra o en forma de objetos), pero también productos alimenticios: vino de Italia y Provenza a Pera y a Caffa, así como vino de Romanía; aceite de Italia y Andalucía a Quíos y Pera. El porcentaje de beneficio oscila según el producto y según el mercado de destino en Occidente: se han registrado beneficios que oscilan entre el 10 y el 30 por 100; las pieles, la almáciga y el vino podían alcanzar un precio que sobrepasaba el 100 por 100 de su precio de compra. La relación oro/plata, que es favorable a los occidentales, el predominio de sus monedas, los fletes y los beneficios resultantes de los servicios influencian la balanza de pagos y la hacen inclinarse a favor del comercio genovés.

La economía bizantina no supo evitar sus estancamientos y, a pesar cíe algunas medidas que tomó la autoridad pública, no pudo resistir la supremacía marítima, incluso económica, de las ciudades italianas: el intento de favorecer el antiguo sistema de la pequeña propiedad militar que se trató de establecer en el imperio de Nicea o la búsqueda de una economía autárquica, el fomento de las economías urbanas a través de la concesión de privilegios, así como otras tentativas orientadas a la reducción de las actividades de los latinos en el seno de la capital y los esfuerzos de Juan Cantacuceno en favor de la flota, todo ello no condujo a mejoras duraderas. Es totalmente significativo que el pensamiento filosófico de la época, el de Pletón o Besarión, propusiera soluciones radicales: este pensamiento, centrado en el modelo platónico pero también en las realidades bizantinas en lo referente a los mecanismos de la economía rural, propuso una utopía que, a fin de cuentas, puso el acento en la reestructuración de la economía agrícola, aunque no hizo más que perpetuar el tradicional reparto del excedente a través de las rentas fiscales (que corresponden al sector público) y las rentas del suelo (que corresponden al sector privado); la lógica, pero también el carácter desfasado de la utopía, condujo a desfavorecer las primeras: puede encontrarse el mismo desfase en otras formas de crítica social, como por ejemplo, en la polémica contra la usura. Al mismo tiempo, este pensamiento radicalizado, al reconocerse en el modelo occidental, hablará de transferencias tecnológicas y de modernización, centrando sus preocupaciones en el problema fundamental, el de la economía rural.

La humillación de bIZANCIO

Con el reinado de Andrónico III, la primera mitad del siglo XIV toca a su fin. La época de la renovación llevada a cabo bajo

el mandato de Miguel VIII, durante la que Bizancio volvió a ser una potencia que desempeñaba un nada desdeñable papel en la historia de Europa, ha pasado definitivamente. La época que le sucede, y cuyos gérmenes llevaba la precedente, experimentó la transformación del Estado bizantino en un Estado de orden secundario, singularmente limitado desde el punto de vista territorial y desprovisto de resonancia internacional; a pesar de algunas actividades diplomáticas, ya evocadas, en relación a los turcos, así como a los tratos reanudados con Occidente, para la unión de las Iglesias y para la alianza contra los otomanos.

En el plano interno, los antagonismos sociales iban acentuándose, sobre todo ante la incapacidad del Estado para salvaguardar sus territorios y los bienes de sus habitantes. Por otra parte, el proceso de feudalización acabó por hacer estallar los últimos cerrojos de un Estado centralizado, en la medida en que el poder económico y, a la larga, político se concentraba en las manos de la gran nobleza militar y terrateniente y de algunas instituciones eclesiásticas como, por ejemplo, los grandes monasterios.

¿A quién beneficia la segunda guerra civil?

La segunda guerra civil, que se inicia en 1341, tras la muerte de Andrónico III, entre el gran doméstico Juan Cantacuceno, por una parte, y el partido de la emperatriz madre, Ana de Saboya, por otra, fue el punto culminante de la crisis que dominó el siglo XIV bizantino. Su significación fue compleja y múltiple, ya que a las cuestiones dinásticas se incorporaron problemas sociales y cismas eclesiásticos que dividieron al pueblo y disgregaron el Estado. Fue una guerra larga y desastrosa en el plano económico porque redujo al más ínfimo nivel las rentas del Estado y destruyó las fuerzas productivas del país; en el plano político y militar implicó la intervención de los servios y los turcos que, una vez llegados a la tierra de Macedonia y de Tracia, no la abandonarían. La consolidación de la instalación ser-

via y otomana (la primera vez efímera, la segunda permanente), en estas regiones, así como en Epiro y en Tesalia, es considerada como uno de los resultados más importantes de esta guerra. Cabe señalar, también, el predominio del carácter social del enfrentamiento sobre todos los demás; encontró su mayor expresión en el episodio propiamente dramático que fue la revolución de los zelotas en Tesalónica, donde la lucha de clases, que sacudía también las otras ciudades de Macedonia y de Tracia, se manifestó en toda su intensidad.

La primera fase de la guerra, y la más importante, que llega hasta la entrada de Cantacuceno en Constantinópla (febrero de 1347), se puede dividir en tres períodos (1341-1342, 1342-1345, 1345-1347), en la medida en que sus factores, numerosos y extremadamente complejos, pueden ser relativamentee clarificados y comprendidos.

Juan Cantacuceno fue con mucho la personalidad dominante no solo de esta guerra si no de todo el siglo XIV bizantino. Perteneciente a una gran familia de la nobleza bizantina, cuyos miembros habían ejercido funciones tanto militares como políticas desde el siglo XII, fue el mayor y más rico aristócrata de su tiempo, poseedor de una inmensa fortuna cifrada en millares de cabezas de ganado y compuesta de grandes dominios, concentrados sobre todo en la región de Serres y de Didimoteicon, así como en Tesalia y en Constantinopla. Cantacuceno, estadista y diplomático de primer orden, fue también un importante hombre de letras, cuya obra histórica, a pesar de sus partidismos, junto a sus obras teológicas, se sitúa entre las fuentes esenciales de la historia y la literatura del siglo XIV. Frente a él, defendiendo no tanto los intereses de Ana de Saboya y su hijo, Juan V Paleólogo, sino más bien los suyos, se sitúan el patriarca Juan Calecas y Alejo Apocaucos; este, al contrario de Cantacuceno, procedía de una pobre y oscura familia y representaba, en cierto modo, las capas medias, nuevamente enriquecidas al ser-

vicio del Estado. Cantacuceno, que a la muerte de Andrónico III ejercía las funciones de regente sin poseer el título, se enfrentó con las ambiciones personales del patriarca y de Apocaucos. Estos últimos, aprovechando la ausencia del gran doméstico de Tracia, proclamaron la regencia oficial, situándose al frente Juan Calecas, y declararon a Cantacuceno enemigo de la patria. Apocaucos, elevado a gran duque (jefe de la flota), llegó hasta a provocar la destrucción de los bienes de Cantacuceno en Constantinopla, por intermedio del *deme,* que él incitó a sublevarse contra el gran doméstico y sobre el que ejercía, según parece, una cierta influencia. Cantacuceno se hizo entonces aclamar emperador en Didimoteicon por una parte de los nobles que habían huido de Constantinopla y por los representantes de los grandes propietarios de Tracia, sobre los que se apoyó para crear otro poder frente al de la capital. A causa de este desencadenamiento de acciones hostiles, los protagonistas del drama no pudieron darse cuenta de las insospechadas fuerzas que habían puesto en acción hasta el momento en que ya no podían controlarlas.

Desde el principio del conflicto, las fuerzas opuestas se encontraron implicadas en la crisis religiosa y espiritual que representó la polémica hesicasta. En realidad, no podía ser de otro modo, ya que los asuntos políticos en Bizancio estaban estrechamente vinculados a consideraciones teológicas y es un *topos* decir que el bizantino fue un animal religioso por excelencia. Las tendencias místicas, parte inherente en la sociedad bizantina, se acentuaron en el siglo XIV y se desarrollaron fundamentalmente entre los monjes del monte Atos. El objetivo buscado era la visión de la luz divina que habían contemplado los discípulos de Cristo en el monte Tabor, y para conseguirlo, los hesicastas empleaban singulares métodos de oración, en la que, en cierto modo, debía participar el cuerpo del hombre. Tanto los métodos como el fondo de esta doctrina fueron dura-

mente criticados por Barlaam, un monte griego procedente de Calabria, lúcido y racionalista, que encontró un temible adversario en la persona del gran teólogo y ferviente hesicasta que fue Gregorio Palamas. Barlaam fue condenado, a instancias de Palamas, por el sínodo de 1341, pero la controversia no cesó. Lo esencial de la controversia fue la cuestión de la eterna visibilidad o no de la luz del Tabor: según Barlaam, que tendía a separar el mundo eterno del temporal, era imposible, mientras que Palamas preconizaba la distinción entre substancia divina (*ousia*) y las energías divinas (*energeiai*), tales como el amor y la luz del Tabor, que servían de intermediarios entre Dios y el hombre. «El sistema hesicasta se convirtió así en el medio de expresión de una muy vieja nostalgia de la religiosidad griega…: la nostalgia de un puente que separa el más allá del acá».

Tanto por sus orígenes sociales como por su talante personal. Cantacuceno fue un gran amigo de los monjes y de los hesicastas, del mismo modo que la emperatriz, debido a sus orígenes occidentales, les fue hostil, como lo fue también, por otras razones, el patriarca Calecas. Aunque no debe simplificarse demasiado identificando a los partidarios de Cantacuceno con los partidarios del hesicasmo, no es menos cierto que eran más o menos simpatizantes. La prueba es que la victoria de Cantacuceno sobre sus adversarios, en 1347, implicó la consagración del dogma hesicasta, la deposición de Calecas y su sustitución por el monje hesicasta Isidoro, mientras que Palamas era ordenado arzobispo de Tesalónica. No obstante, la oposición de los hesicastas no cesó y la polémica estuvo en su apogeo con el historiador y filósofo Nicéforo Grégoras al frente de los antipala-mistas. Los adversarios del hesicasmo fueron definitivamente condenados por el sínodo de Blanquernas (1351), convocado por Cantacuceno, al mismo tiempo que se reconocían las teorías palamistas como completamente conformes a la ortodoxia y a la tradición de los Padres de la Iglesia.

Gregorio Palamas fue canonizado poco después de su muerte (1357-1358); la oposición iba disminuyendo y, hacia finales del siglo, el hesicasmo había sido plenamente incorporado a la enseñanza de la Iglesia ortodoxa.

Una nueva dimensión social

Mientras las divisiones políticas se agravaban con disensiones religiosas, las agudas luchas sociales que sustentaban la guerra civil se manifestaron desde el principio por la adhesión de los aristócratas a Cantacuceno, cosa a la que Apocaucos replicó con la confiscación de sus bienes en Constantinopla, lis decir, que el gran duque era capaz de explotar contra su adversario y sus partidarios los sentimientos de hostilidad que experimentaban las masas populares de la capital y, según parece, los elementos de una cierta clase media, compuesta de comerciantes y marinos. El primero de estos elementos parece haber desempeñado un papel más importante en el curso de la sublevación del *déme* de Andrinópolis contra los «poderosos» (*dynatoi*) de la ciudad, si se admite que al menos uno de los tres jefes de la rebelión, Frangopulos, pertenecía al mundo del comercio. Esto puede explicar la mejor organización de la sublevación y la resistencia contra Cantacuceno, ya que Andrinópolis fue una de las últimas ciudades de Tracia que se le rindió. Podría buscarse una explicación suplementaria de este hecho en la actitud de la guarnición de la ciudad, de la que al menos una parte se habría puesto a favor de los insurrectos, como parece haber sido el caso de Bicia y Tesalónica, ciudades en que la resistencia, sobre todo en relación a la última, fue igualmente larga, si no más. Sea lo que fuere, la rebelión de Andrinópolis fue una mancha de aceite que se propagó rápidamente por casi todas las ciudades de Tracia, excepto Didimoteicon, la capital de Cantacuceno, y posteriormente, por Macedonia, asegurando en un primer momento el predominio de la dinastía legal de los Paleólogos, a la que apelaban los insurrectos. Durante esta fase

de la guerra, las ciudades habían visto acentuarse su importancia por la afluencia de la población rural, que huía del campo ante el pillaje de las tropas adversarias, al mismo tiempo que aumentaban los problemas económicos y sociales creados por estas desmesuradas concentraciones. Por otra parte, los esfuerzos de los campos opuestos se organizaban alrededor de las ciudades en vistas a su dominación.

El año 1342 fue crítico para Cantacuceno, cuyo poder, el de la aristocracia, retrocedió en todas partes, de Constantinopla a Tesalónica. Es precisamente en esta ciudad, la segunda del imperio y la más floreciente después de la capital, pero también aquella en que las desigualdades sociales se ponían de manifiesto de una manera más provocadora, donde el levantamiento popular, conocido como la revolución de los zelotas, alcanzó sus mayores proporciones. A diferencia de otras ciudades, donde el movimiento antiaristocrático se expresó, más o menos, con una cierta espontaneidad, Tesalónica tuvo un partido bien organizado, el de los zelotas, que había preparado cuidadosamente la rebelión. La prueba es que consiguieron, tras la desposesión del gobernador Teodoro Sinadeno, que se había puesto de parte de Cantacuceno, tomar el poder e imponer su propio régimen y, además, mantenerse allí hasta 1350. Aunque reconocieron la legítima dinastía de los Paleólogos, pues un representante de esta dinastía compartía la administración de la ciudad con el jefe de los zelotas, Tesalónica disfrutó durante este tiempo de una independencia y una autonomía totales.

Ese mismo año (1342), la ciudad recibió ayuda de Apocaucos, llegado con una flota construida a costa de la fortuna confiscada a Cantacuceno. Es así como se diferenciaron las fuerzas opuestas: Apocaucos encontró su apoyo en la flota y en los elemenlos marinos y comerciales de las ciudades del litoral, reforzando más tarde esta base a través de nuevas confiscaciones de bienes y de nuevas imposiciones; esto incitó, por lo demás, a

Cantacuceno a atribuirle más tarde, en su Historia, la intención de crear una «tiranía» compuesta de islas y de ciudades costeras. Cantacuceno, en lo que a él respecta, había formado sus tropas, desde un principio, sobre la base de los efectivos militares de tierras adentro de Tracia y de Macedonia.

Ante la gravedad de la situación, Cantacuceno se resignó a emprender un viaje hacia Servia para reclamar la ayuda de Dusân. Principalmente a partir de este momento comenzó la injerencia servia en la guerra civil bizantina, que lejos de aportar la ayuda en la que confiaba Cantacuceno facilitó los planes de conquista de Dusân y de la aristocracia servia. No obstante, los intereses particulares de Cantacuceno fueron favorecidos, hacia el final de 1342, por la adhesión a su partido de la tierra fuertemente feudalízada que era la Tesalia, cuyo gobernador, nombrado por Cantacuceno, consiguió pronto extender su poder en Epiro, Acarnánia y Etolia. Esta evolución de los hechos dio a la guerra el carácter de un conflicto entre las antiguas provincias del imperio en Grecia del norte, adheridas a Constantinopla, y las provincias de la Grecia occidental y central, que estuvieron en el centro de las preocupaciones de Cantacuceno por la reconstrucción de un Estado centralizado que suponía se extendería, sin ninguna duda, de Bizancio al Peloponeso.

Sin embargo, este vuelco de la situación en favor de Cantacuceno experimentó un contratiempo en el momento del brusco cambio de Dusân que, desconfiando de un Cantacuceno demasiado fuerte, se apartó de él y se alió con la regente de Constantinopla. Entonces, la segunda fuerza extranjera, la del antiguo aliado de Cantacuceno, Umur, llamado en su ayuda, hizo su aparición en las tierras de Tracia y de Macedonia y, por así decirlo, dio al conflicto su solución militar. Desde ahora, la guerra se desarrollaría principalmente entre los respectivos aliados de los dos partidos bizantinos, los servios y los turcos,

con un mismo objetivo, la conquista de las ciudades. Sin embargo, conviene no perder de vista la distinción esencial entre los motivos de Dusân y, más tarde, de Iván Alejandro, igualmente aliado de la regente, y los de Umur; mientras que los primeros tendían a obtener beneficios territoriales por su propia cuenta, Umur (sin hablar del otomano Orjân, cuyas intenciones podrían haber sido diferentes desde el principio), a pesar del pillaje practicado por sus tropas y las rentas que supo extraer de los tributos impuestos a determinadas ciudades, no parece que hubiera proyectado una instalación permanente en tierra europea.

La fase decisiva de la guerra, que presagiaba su final, comenzó en 1345, en Constantinopla, con el asesinato de Apocaucos por sus adversarios políticos. Algunos meses después tuvo lugar el acontecimiento capital, la toma de Serres por Dusân, que se abrió así un camino para la conquista del resto de Macedonia, a excepción de Tesalónica, siempre en manos de los zelotas. Pero, en Tracia, Cantacuceno, que tras la imprevista partida de Umur acordó una alianza con el sultán otomano Orjân, concediéndole la mano de su hija Teodora, había consumado la sumisión del país, más bien gracias a los métodos de sus nuevos aliados: la devastación del campo y el pillaje de los cultivos, abandonados más tarde casi totalmente en virtud de la escasez de la mano de obra, hizo que las ciudades no tuvieran otra alternativa que rendirse para evitar el hambre. De todas formas, el norte del país tracio en torno a Filipópolis, había sido perdido ya por el imperio y había pasado a manos del zar búlgaro Iván Alejandro, a cambio de su ayuda a la regencia que, por lo demás, no aportó. El olio aliado búlgaro de la regencia de Constantinopla, el voivoda Momcil, que se había declarado autónomo en la región de Rodopes, había sido aplastado ya por Umur bajo las murallas de Periteorión. Así pues, esta vez la balanza se inclinó claramente del lado de Cantacuceno, que acabó

por penetrar en Constantinopla en febrero de 1347, donde se hizo proclamar emperador, aunque respetando los derechos de Juan V al trono: este último fue considerado como el «hijo espiritual» de Cantacuceno, con cuya hija Elena se casó. Se habría podido pensar que la guerra civil había llegado a su fin: pero no era así aún.

La revolución zelola

En primer lugar, Tesalónica estaba todavía ahí, con su revolución y sus zelotas. Dado que la palabra «zelota» tuvo más de un significado en la historia bizantina, es obligado hacer algunas aclaraciones. Al principio, esta palabra significaba (como lo muestra literalmente su construcción en griego) el que se mantiene sólidamente fiel al dogma y a la fe ortodoxos, y por esto mismo designaba al representante del espíritu conservador en la sociedad, por oposición al que se le calificaba de «político» y que se suponía que combinaba la moderación con un espíritu progresista y abierto y estaba inspirado, además, por el amor a las letras. Los propios zelotas acabaron por escindirse en dos facciones, los zelotas religiosos, fervientes partidarios del hesicasmo y, en este caso, de Juan Cantacuceno, y los zelotas políticos, adversarios de los hesicastas y clasificados por la Iglesia como discípulos de Barlaam. Estos son precisamente los que se contemplan al frente de la población, verdaderamente poliétnica, aunque en su gran mayoría griega, de Tesalónica.

Es cierto que la ciudad gozaba de un estatuto urbano particular, es decir, autónomo, que se remontaba a la época romana y que se llamaba «ley política» (*politikos nomos*), traducido en los documentos servios por el término *gradski zakou*. Este estatuto «comunal» permitía a la ciudad elegir sus propios magistrados, autorizados a promulgar leyes concernientes a la ciudad y la propiedad, la agricultura, el comercio y el artesanado así como las costumbres locales; preveía también, por una parte, la existencia de un senado (*geronsia, synkletos*, o *boulé*), dominado,

ciertamente, por los nobles y ricos ciudadanos y, por otra, la convocatoria por las autoridades civiles o incluso eclesiásticas, o bien por los «demagogos», los jefes de los partidos, de una asamblea popular, llamada *ekklesia tou demou*, término también de antigua resonancia. La administración estaba a cargo de dos amontes, el representante del emperador y el de la comunidad. Se trataba, pues, de verdaderos privilegios de una «ciudad libre», que se desarrollaron especialmente en el siglo XIV, con el alejamiento del poder central, y cuya renovación fue casi obligatoria para los señores supremos de la ciudad, cada vez que cambiaba de manos; así ocurrió en el momento de su toma por los latinos, después de la cuarta cruzada, en el de su conquista por Juan Vatatzés, en 1246, o en el de su paso a los venecianos, en 1423. Pero estos privilegios no contaban demasiado a los ojos de los zelotas en el momento de la revolución.

El asesinato de Alejo Apocaucos en Constantinopla, en 1345, precipitó en Tesalónica el desencadenamiento de la fase sangrienta de los acontecimientos. El cogobcrnador, Juan Apocaucos, hijo de Alejo, cuyo poder no era más que ilusorio frente al segundo arconte y jefe de los zelotas. Miguel Paleólogo, hizo asesinar a este último por medio de un ardid y decidió entregar la ciudad a Cantacuceno. Es entonces cuando los zelotas, contraatacando con la corporación de marinos, a cuyo frente se encontraba Andrés Paleólogo, y con toda la población de la ciudad, obligaron a Juan Apocaucos y a un centenar de ricos que le habían seguido a encerrarse en la acrópolis; tras la toma de esta por los zelotas y el pueblo, el cogobernador y sus partidarios fueron precipitados desde lo alto de las murallas y linchados por algunos zelotas que se habían concentrado abajo. Desde ese momento, el poder pasó totalmente a manos de los representantes de los intereses de las capas inferiores y la ciudad fue gobernada en el marco de una total independencia respecto a Constantinopla, no sometiéndose a ninguna orden procedente

de la capital; incluso se negó la entrada a la ciudad a Gregorio Palamas, nombrado arzobispo de Tesalónica por el patriarca. A finales de 1349, uno de los dos gobernadores, Alejo Metoquita, en rivalidad con su colega Andrés Paleólogo, consiguió expulsarlo de la ciudad y apoyado por algunos tesalónicos, apeló a Cantacuceno, mientras que los zelotas actuaban, asimismo, de parte de Dusân; un arma de doble filo puesto que les costó la simpatía de la mayoría de la población. Cantacuceno fue el vencedor de este brusco cambio y pudo entrar, finalmente, en la ciudad, acompañado de Juan V y, al mismo tiempo, de Gregorio Palamas, que tomaba así posesión de su sede. Los jefes de los zelotas fueron detenidos o expulsados, y Cantacuceno, tras haberse dirigido a la población acusando a los zelotas de traición, volvió a Constantinopla, dejando a Juan V en el lugar (1350). Así llegó a su fin el régimen de los zelotas en Tesalónica, el movimiento insurreccional más interesante de toda la historia bizantina.

En lo que concierte a la procedencia de los insurrectos, aunque no sea fácil pronunciarse sobre el particular, habida cuenta de la falta de fuentes escritas por su parte y de la parcialidad con la que son tratados por sus adversarios, lo cierto, y casi maniqueo, es que pertenecían en su gran mayoría a la clase humilde (como el *popolo minuto* de las ciudades italianas), el *demos* de la ciudad, en rebelión contra los poderosos. Su punta de lanza, el partido de los zelotas, parece haber estado bien organizado, diferenciado del resto de la población y en estrecha relación con la corporación de los marinos y de las gentes del puerto, donde podían verse algunos pescadores, gente armada y agitadores como sus propios miembros. Por otra parte, ni el comercio ni la piratería parecen haber sido ajenos a las preocupaciones de ambos grupos. No es menos cierto que al frente de los zelotas, en la primera fase de la revolución, se encontraba Miguel Paleólogo, pariente, a través del matrimonio, de la familia

real, y que Andrés Paleólogo, que le sucedió, también pertenecía a la nobleza. Sin embargo, este hecho no tiene un significado particular en la época, y los dos jefes desempeñaron más bien un papel de portavoz que el de verdaderos instigadores de la revolución, que fue en realidad llevada a cabo por los zelotas y los marinos. En esto, Tesalónica y algunas ciudades de Tracia, sobre todo Andrinópolis, en las que al menos una parte de las capas medias que se dedicaban al artesanado y al comercio parecen haber estado de parte del *dente,* se diferencian, en cierto modo, de las ciudades de la Maccdonia occidental, desprovistas de actividades comerciales importantes, y donde la lucha se desarrolló, en gran parte, entre dos facciones de la nobleza local, habiendo seguido el *dente* la facción de Cantacuceno. La misma Constantinopla pertenece, por así decirlo, a la primera categoría de ciudades, ya que la regencia tuvo de su parte a los *gasmoules,* marinos y sobre todo remeros, mientras que Apocaucos trataba, a través de las medidas tomadas en su favor, de asegurarse el apoyo de los comerciantes de la ciudad. También los cambistas (los *argyramoiboi*), que eran a los ojos de los italianos auténticos banqueros, estuvieron, desde el principio, opuestos a Cantacuceno y, en 1347, respondieron negativamente a su solicitud de fondos para conseguir enderezar la situación.

No obstante, conviene evitar simplificar demasiado, en particular en lo referente a la actitud de determinadas capas de la población que, aun teniendo más o menos el mismo origen social, se comportaron, sin embargo, de manera diferente. Este fue el caso, en Andrinópolis, de los prestamistas, los acreedores, que se vieron acusados de «cantacucenismo» por el *déme* de la ciudad, lo que les coloca en los antípodas de los «cambistas» de Constantinopla. Este fue también el caso de las capas medias que se denominan en las fuentes «los medianos entre los ciudadanos» (*oi mesoi ton politon*) o «la parte media» del cuerpo social

(*e mesé moira*) y cuyo comportamiento fue, al menos, ambiguo: el *deme* se volvió contra ellos, ya sea porque no se alinearon de su parte, ya sea en razón del odio que suscitaba su superioridad social y económica. En Tesalónica tuvieron incluso una víctima en la persona de un tal Gabalas, ejecutado por los zelotas durante los acontecimientos de 1343. Pero, más tarde, fueron obligados a pactar con el pueblo contra los poderosos.

En cuanto al programa de gobierno y a la ideología de los protagonistas de la revolución y, en particular, de los zelotas, lo único que aparece de una manera verdaderamente categórica en las fuentes es la despiadada persecución que llevaron a cabo contra los poderosos y la confiscación de sus bienes, así como la confiscación de las rentas de los establecimientos religiosos, que utilizaron para nutrir su ejército y atender las necesidades de la flota. La fuerza del movimiento residía de todos modos en el particularmente fuerte odio social que suscitaban entre las capas desfavorecidas de la sociedad (obreros, artesanos, agricultores) las grandes desigualdades sociales y la concentración de las riquezas en las manos de una minoría de grandes propietarios de tierras. Esto repercutió forzosamente sobre la conducta de la administración en las ciudades sublevadas, y muy especialmente en Tesalónica, donde condujo a la desposesión de los ricos de todo poder y a una cierta modificación de las instituciones en un sentido más liberal, así como a la participación del pueblo en la gestión de los asuntos y en la organización de la defensa.

Por diferente que fuera este movimiento insurreccional del siglo XIV en Bizancio de los levantamientos populares que sacudieron las ciudades de Flandes y de Italia durante el mismo siglo, no están, sin embargo, desprovistos de ciertas analogías correspondientes al sentido general de las luchas urbanas. Desde este punto de vista, es interesante señalar la manera en que Cantacuceno se hizo eco de la toma del poder en Génova por

Simón Bocanegra (1339): se trataba, según él, del *deme* que venció a los «poderosos» (*dynatoi*) y a los «mejores» (*aristoi*) ya fuera expulsándolos o haciéndolos dimitir de sus funciones, con lo que expresaba su voluntad de ser aulogobernado (*demokrateisíhai*) y escogiendo como jefe a uno de sus propios miembros, *Bukanegra*. En el espíritu del protagonista por excelencia de la guerra civil bizantina, los acontecimientos de la ciudad italiana ocurrieron exactamente de la misma manera maniquea que en Bizancio, siendo evidente el uso de los mismos términos para describir situaciones, según él, análogas. En cuanto a las relaciones reales que habían podido existir entre la rebelión de los zelotas y la de Bocanegra, así como la supuesta influencia de la pequeña colonia genovesa e incluso de la de Venecia, en Tesalónica, en el curso de los acontecimientos, solo puede responderse negativamente, haciendo hincapié en las condiciones específicas del imperio bizantino que engendraron un movimiento revolucionario, cuya interpretación no ha de ser buscada en factores externos. Se puede, pues, concluir que cualquier comparación que se hiciera entre lo que ocurrió en Bizancio y las insurrecciones de las ciudades italianas sería arriesgada por la principal razón de que en Bizancio no existía una clase floreciente de comerciantes y artesanos sino, al contrario, una influencia sobre la ciudad de la nobleza terrateniente, que impidió el desarrollo de nuevas fuerzas sociales y, por tanto, de su victoria política.

Bizancio abierto a los turcos

El advenimiento de Juan VI Cantacuceno al trono de Constantinopla, asegurando el triunfo del hesicasmo, restablecía la política conservadora, leal a la ortodoxia, de Andrónico II. y ponía fin a las inclinaciones a la apertura hacia la cultura occidental expresadas durante el reinado de Miguel VIII y de Andrónico III y, anteriormente, bajo el mandato de Manuel I Comneno.

Juan VI tuvo plena conciencia de la deplorable situación en la que se encontraba el imperio en esta época: el país, y particularmente Tracia, salía totalmente destrozado de las guerras civiles y del pillaje por parte de las bandas turcas, lo que hacía imposibles los trabajos agrícolas y, por tanto, el ingreso de los impuestos; las arcas del Estado estaban casi totalmente vacías y se estaba cada vez más a merced de la generosidad de los ciudadanos ricos, o de la filantropía de los príncipes y de los Estados extranjeros, bajo forma de donaciones o préstamos. Incluso las joyas de la corona habían sido ya enviadas como fianza a Venecia por Ana de Saboya a cambio de un préstamo de 30 000 ducados, que la Serenísima no cesaba de reclamar. La peste negra que se desencadenó, desde 1347, sobre la capital y sobre todo el territorio, y de la que Cantacuceno ofreció una aterradora descripción, según el modelo de Tucídides, se cobró innumerables víctimas, sobre todo en Constantinopla, donde las pérdidas en vidas humanas fueron hasta tal punto elevadas que una fuente occidental llegó a evaluarlas en un 8 o un 9 por 100 de la población de la ciudad. Los planes concebidos con anterioridad por Cantacuceno para formar un Estado ininterrumpido del Peloponeso a Constantinopla parecían entonces completamente irrealizables. Por otra parte, la alarmante fragmentación del territorio hacía irrisorio el proyecto. El imperio bizantino se limitaba desde ahora a Tracia, las islas septentrionales del mar Egeo, Tésalonica y la Morea bizantina, en el otro extremo de Hélade. Dusân, el principal vencedor de las guerras civiles bizantinas, había extendido su dominio sobre todo el resto de las provincias griegas hasta las fronteras del ducado catalán.

El sistema de gobierno concluido entonces por Cantacuceno, es decir, el de la sustitución de la soberanía única por un régimen colectivo ejercido por los miembros de la familia reinante, estaba más bien inspirado por las nuevas necesidades creadas por la situación territorial del imperio que por las mo-

tivaciones personales del emperador, que eran contrarias a las motivaciones de inspiración latina que empujaran en otro tiempo a Irene de Montferrato a exigir la división. Sea como sea, la acción de Juan VI no estaba desprovista de consideraciones de orden político, que intentaban el debilitamiento de los Paleólogos en provecho de su propia dinastía. Así, su hijo mayor, Mateo, se convirtió en señor de Tracia oriental, mientras que el menor, Manuel, se ponía al frente de las posesiones bizantinas de Morea, organizadas como una especie de principado que gozaba de autonomía administrativa, aunque reconociendo la autoridad del emperador. Nacía así el despotado griego de Morea (1348).

Los principales ejes de la política exterior de Cantacuceno podrían resumirse en dos: la prosecución del acuerdo con los turcos y el intento de hacer frente a la superioridad genovesa, dependiendo esta última apuesta más bien de los asuntos interiores, dado que los genoveses habían acabado por crear un casi Estado en el Estado. Cantacuceno, después de haber construido una flota a costa de grandes esfuerzos financieros, aumentó el desafío bajando las tarifas aduaneras de Constantinopla para competir con los genoveses, que obtenían la mayor parte de las rentas del Bósforo. La consiguiente guerra fue perdida por Bizancio, que vio su flota derrotada y dispersada por los genoveses (1349); el intento de Cantacuceno por dar a Constantinopla su autonomía económica y militar había fracasado. La intervención del emperador en la nueva guerra que se desarrolló en seguida entre Génova y Venecia probó una vez más, si es que era necesario, el irrevocable engranaje en el que los bizantinos estaban atrapados. Cantacuceno, que se alineó en un principio al lado de Venecia y de Pedro IV de Aragón, fue obligado, después de la batalla del Bósforo (1352) y la retirada de sus aliados, a capitular ante los genoveses. Los venecianos encontraron entonces la ocasión buscada para aliarse con Juan V que, a cambio

de 20 000 ducados destinados a preparar el enfrentamiento con su abuelo, les prometió dejarles Tenedos, la isla que domina la entrada del Helesponto y la Propóntide. La guerra civil estaba a punto de proseguir.

Juan VI, esforzándose por combinar el principio de la legitimidad dinástica con su voluntad de afirmarse frente a los Paleólogos, intentó en el último momento arreglar las cosas redistribuyendo el territorio de Tracia entre su hijo y Juan V, que había agrupado todas las fuerzas de la oposición. Sin embargo, la situación se deterioró rápidamente, y los dos primeros partidos adversos se enzarzaron en la guerra, que encontró su solución, por así decirlo, merced a ejércitos intermediarios; pues, por una parte, Juan V apelaba a los servios y a los búlgaros, en tanto que Orjân enviaba a Cantacuceno su propio hijo, Solimán, al frente de un considerable ejército. Los turcos sacaron ventaja en la batalla que tuvo lugar cerca de Didimoteicon, algunos meses después de la batalla naval del Bósforo. Reforzado por este desenlace y haciendo entonces caso omiso del principio de legitimidad, Cantacuceno procedió a la exclusión de Juan V y a la coronación de Mateo como coemperador (principios de 1354). Pero su reinado personal llegaba a su fin. Con la ayuda, tal vez, de un corsario genovés, Francisco Gattilusi, a quien le prometió entregarle a su hermana en matrimonio y la cesión, a manera de dote, de la isla de Lesbos. Juan V consiguió entrar en Constantinopla (noviembre de 1354), donde fue recibido triunfalmente. Habiendo fracasado algunos acuerdos discutidos entre los dos emperadores, Cantacuceno decidió abdicar bajo la fuerte presión del descontento popular. Tomó entonces el hábito de monje y se retiró de la escena política, sin dejar, sin embargo, hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde en Mistra, de servir de consejero a Juan V Paleólogo. En cuanto a Mateo, tras haber conservado durante algún tiempo el

gobierno de Rodopes, fue vencido por los servios y entregado a Juan V, que le obligó a abdicar (1357).

La caída de Cantacuceno está estrechamente ligada a los límites de su política de alianza con los otomanos, es decir, a su imposibilidad de dictarles hasta dónde podían ir. La época de las simples incursiones y de las razzias llevadas a cabo por los turcos en el territorio tracio, había pasado definitivamente, y los que llegaban de diferentes puntos de Asia Menor, en primer lugar con los otomanos, venían ahora para quedarse. Era el principio de la fase «europea» de su historia. Hacia 1352 se habían instalado ya en la fortaleza de Zimpe en Quersoneso de Tracia, principal punto de paso hacia el interior, y que fue invadido muy pronto por bandas turcas de diferentes procedencias —algunas venidas hacía mucho tiempo con Umur, otras compuestas de jefes *gazis* o de piratas independientes— que rondaban por allí. Esperaban una oportunidad para instalarse de manera duradera, y la ocasión la brindó el gran seísmo de marzo de 1354, que destruyó las fortificaciones de muchas ciudades de Tracia; algunas de ellas, con Gallípolis al frente, abandonadas por sus habitantes, pasaron entonces a manos de los otomanos y de otros turcos sin violencia alguna. No sirvió de nada que Cantacuceno propusiera a Solimán grandes sumas para que abandonara Gallípolis que, por el contrario, fue transformada más tarde en una gran base de partida para las futuras expediciones de los sultanes contra el interior de la península balcánica. Es cierto que Cantacuceno había abierto el camino a los turcos pidiéndoles ayuda, pero esta política había sido también puesta en práctica por la regencia, que no alcanzó su meta, a falta simplemente de medios y de hombres competentes del nivel de Cantacuceno. En realidad, fue la degradación de todo el sistema la que precipitó la irrupción del enemigo y, por lo demás, «¿quién querría creer que no habrían encontrado el camino de Europa si no se les hubiera invitado?».

Al imperio bizantino no le quedaban más que unos cien años de vida; los pasaría «bajando la escalera del sufrimiento hasta el último peldaño» (parafraseando al poeta neogriego Kostés Palamas), al tiempo que ponía de manifiesto el desarrollo cultural que conocemos.

¿Mendigar el último auxilio?

Juan V Paleólogo fue, de todos los emperadores de Bizancio, el que reinó durante más tiempo, si se cuentan sus años de reinado a partir de la fecha de su coronación (1314). A lo largo de este período, fue eliminado del trono dos veces, por su hijo Andrónico IV (1376-1379) y por su nieto Juan VII (1390). Fue un emperador débil y por debajo de las circunstancias que, es cierto, no se prestaban ya a un enderezamiento esencial. El factor decisivo de este período es sin duda el avance otomano, que concernía también a las posesiones latinas en Oriente y a los intereses de las ciudades marítimas italianas, cuyo antagonismo, por áspero que fuera, se relegó, no obstante, a un segundo plano.

La política exterior de los emperadores bizantinos se orienta desde ahora hacia Occidente, en una continua búsqueda de ayuda contra los turcos, a cambio aún de la unión de las Iglesias. A decir verdad, este tema no había dejado nunca completamente de preocupar a los emperadores, incluso después del fracaso de la unión de Lyon. Así, hubo intentos de negociación, emprendidos durante las guerras civiles por Andrónico II. hacia el final de su reinado, por Andrónico III y por Ana de Saboya y, luego, por el propio Cantacuceno: este último expuso al papa (en 1348) los planes de una expedición cristiana contra los turcos, en la que se comprometía a participar y que, según él, crearía en el seno del pueblo bizantino el clima favorable para un futuro replanteamiento de la cuestión de la Unión. Pero Juan V llevó las cosas más lejos aún echando abajo la tesis precedente, que daba prioridad a la ayuda militar sobre la unión, y

abandonando la petición de Juan IV para la convocatoria de un concilio ecuménico. El emperador ofrecía en una primera etapa su conversión personal y la de su familia, incluso la de su heredero al trono, Manuel, al catolicismo; por otra parte, teniendo en cuenta la hostilidad de la mayoría del clero y de su pueblo hacia la unión, proponía proceder por fases, con la conversión de sus partidarios eclesiásticos así como de una parte de la nobleza adicta a sus opciones. De este modo, dejaba atrás incluso a su abuelo Miguel VIII, cuya conducción de las negociaciones había estado mucho más matizada respecto a las exigencias del papado. Por otra parte, los elementos del problema habían cambiado esencialmente desde la época de Miguel VIII, habida cuenta de que ahora el peligro provenía de una potencia infiel, contra la que el papado no podía utilizar el juego de equilibrios del que habían hecho uso en el caso de Carlos de Anjou. En este sentido, las propuestas formuladas por Juan V en una carta enviada al papa Inocencio VI de Aviñón (1355), y que constituían, en cierto modo, un primer paso de su posterior conversión, no tuvieron, al nivel de la ayuda militar, los resultados esperados. La constitución de una liga cristiana en Esmirna (1357), que se suponía combatiría a los turcos y liberaría Tierra Santa, no trataba, en realidad, más que de defender los intereses comerciales de Venecia, Chipre y los Caballeros de Rodas en el Mediterráneo oriental.

Mientras tanto, la situación en los Balcanes era muy crítica. Tras la muerte de Dusân (1355), su imperio se derrumbó y fue dividido entre sus sucesores, que formaron pequeños Estados independientes o semiindependientes, en tanto que Bulgaria, también dividida, quedó neutralizada a causa de graves problemas internos. Los otomanos aparecieron en 1359 bajo las murallas de Constantinopla, mientras que, pronto, las ciudades más importantes de Tracia tales como Didimoteicon, Andrinópolis (1368-1369) y Filipópolis caían una tras otra en sus ma-

nos. Es muy difícil establecer las fechas exactas de la toma o de la nueva toma de estas ciudades, ya que muchas de ellas volvieron a pasar a poder de los bizantinos antes de su definitiva sumisión al vencedor.

Sea como sea, los acontecimientos se precipitaron bajo el mandato del sultán Murâd I (1362-1389), que avanzó hacia los territorios eslavos de la península y emprendió un vasto programa de transferencias de poblaciones de Tracia al Asia Menor y viceversa. De hecho, a partir de Murâd I, el curso de los acontecimientos relativos a Bizancio y a los Balcanes comienza a definirse en el tiempo más bien por los períodos de poder de cada sultán otomano que por los reinados de los emperadores bizantinos o, menos aún, por los de los soberanos servios o búlgaros.

Tras el fracaso de sus gestiones ante el papa, Juan V se dirigió a las repúblicas marítimas italianas y, luego, a los Estados eslavos, en el marco de una iniciativa llevada a cabo por el patriarca de Constantinopla, que oponía una «alianza balcánica» a la colaboración en el Occidente cristiano. El viaje del patriarca Calixto a Serres para entrevistarse con la viuda de Dusân se interrumpió con la inesperada muerte del prelado, mientras que las negociaciones intentadas con respecto al zar búlgaro, una de cuyas hijas se había casado con Andrónico IV, no dieron resultado. Además, hubo hostilidades entre los búlgaros y los bizantinos, que tomaron a los primeros, con los que aún podían acabar, el puerto de Anquialos en el mar Negro. Por otra parte, la cruzada, verdadera esta vez, emprendida en Occidente bajo la dirección del rey Pedro I de Chipre, puso rumbo a Egipto, decepcionando la idea del emperador de que pudiera servir a sus proyectos. Finalmente, como último recurso, Juan V emprendió su largo y penoso viaje vía el Danubio hacia Hungría, para solicitar la ayuda del rey Luis el Grande (principios de 1366).

Este fue el primero de una serie de viajes que debían emprender los emperadores de Bizancio a través de Europa, en su último esfuerzo para salvar su país del cataclismo. Pero los emperadores estaban bajo el signo de los tiempos, que era la urgente necesidad de ayuda y no ya el despliegue de sus fuerzas más allá de sus fronteras. Otro signo de la época, no menos significativo, fue la detención de Juan V por los búlgaros en la frontera búlgaro-húngara a su vuelta de Buda, en donde, por lo demás, no pudo obtener nada. Esta nueva humillación inflingida al emperador de Bizancio por el zar búlgaro, también él expuesto al peligro turco, responde a la pregunta de por qué los turcos encontraron tan fácil el camino hacia la Europa oriental.

Juan V solo pudo volver a su capital merced a la intervención de su primo Amadeo VI de Saboya. El «conde verde», como se conocía a Amadeo, había conseguido antes, con la ayuda de Francisco Gattilusi y de una pequeña fuerza bizantina, la importante proeza de la nueva toma de Gallípolis a los otomanos (1366); además, al conquistar a los búlgaros los puertos de Mesembría y de Sozópolis, contribuyó a reforzar la presencia de los bizantinos, dueños ya de Anquialos, en la costa occidental del mar Negro. Pero las actividades de Amadeo, ferviente partidario de la cruzada contra los turcos, no estaban desprovistas de segundas intenciones a propósito de la conclusión de la unión, ya que traía consigo, en tanto emisario del papa, al exarzobispo latino de Esmirna, Pablo, de nuevo promovido a la dignidad de patriarca latino de Constantinopla. La tesis de la Iglesia bizantina fue expuesta a Pablo, en ausencia del patriarca ortodoxo Piloteo, por el exemperador Juan VI, a la sazón convertido en el monje Joasaf: este insistió sobre su acariciado proyecto de que se convocara un concilio ecuménico, al que asistirían, además del papa y del patriarca de Constantinopla, lodos los patriarcas orientales y los jefes de las Iglesias servia, búlgara y georgiana.

Al final, a pesar de la enérgica reacción del clero bizantino, y bajo las amenazas de Amadeo de devolver Gallípolis a los turcos y de atacar Constantinopla, Juan V emprendió un segundo viaje a Occidente, con destino a Roma, acompañado de varios altos dignatarios, partidarios de la unión, enlre los que se encontraba el filósofo neoplatónico Demetrio Kidonés. En el séquito imperial no figuró ningún eclesiástico. La conversión oficial del emperador al dogma latino tuvo lugar en Roma (octubre de 1369) ante el papa Urbano V, pero constituyó un compromiso personal que no implicaba a la Iglesia y que tampoco trajo la unión. Además, no condujo a ningún resultado en el plano de la ayuda militar al imperio. Juan V debía sufrir aún una nueva humillación en Venecia, donde fue retenido como deudor para con la república, y solo a través de otra intervención, la de su hijo Manuel, pudo volver a Constantinopla, en octubre de 1371. El objetivo de sus viajes no se había alcanzado: el Occidente estaba demasiado ocupado por sus propios asuntos como para poder interesarse por un problema político-militar muy grave, cuya solución estaba ligada a consideraciones de orden teológico.

Demasiado tarde

Al mismo tiempo fracasaba la política de la «alianza balcánica», de la que el patriarca Filoteo se había revelado como el gran defensor y que tendía a lo que Luis Brehier llama la «cruzada ortodoxa». El patriarca consiguió traer de nuevo bajo su jurisdicción las iglesias servia y búlgara, pero los Estados balcánicos eran demasiado débiles y estaban divididos, tanto en el plano interior como entre ellos, para llegar a un acuerdo eficaz y realizable. Esto es lo que demostró la batalla de Tzemomianon (Cirmen) en el Hebro (setiembre de 1371), donde las fuerzas exclusivamente servias del rey Vukasin y de su hermano, el déspota Ugljesa, fueron aplastadas por los otomanos. Esta derrota no solo confirmó el destino de Macedonia, cuyos diferen-

tes príncipes autónomos se convirtieron en tributarios del sultán y fueron sometidos a la obligación del vasallaje; significaba también el derrumbamiento de la defensa de toda la península balcánica: un poco más tarde, tanto Bizancio como Bulgaria llegarían a ser tributarias del sultán y se verían en la obligación de proporcionarle tropas. La escasa ventaja que sacó Bizancio de la recuperación de Serres por Manuel Paleólogo, tras la muerte de Ugljesa, no podía compensar su reducción a un Estado «menor», tributario de los otomanos, como lo sería de ahora en adelante.

Juan V acompañaría pronto a Murâd en su expedición contra los emiratos seldjûqíes a Asia Menor. Es entonces cuando estalla la primera rebelión de su hijo Andrónico, que no duda en aliarse con Savdji, el hijo del sultán, igualmente en rebelión contra su propio padre. Una vez que Murâd hubo aplastado la revuelta y sacado los ojos a su hijo, le dio la orden a Juan V de someter al mismo suplicio a su propio hijo y a su nieto, Juan, algo horrible y envilecedor para el emperador. Este cumplió la orden pero de una manera más clemente para los dos ajusticiados, que no perdieron completamente la vista, en tanto que Savdji murió a consecuencia de sus heridas. A nivel del gobierno, Andrónico perdió sus derechos de príncipe heredero y fue sustituido por Manuel, que se coronó coemperador (1373).

Estos acontecimientos, que abren un nuevo período de conflictos en el interior de la dinastía de los Paleólogos con los sucesivos intentos de Andrónico de destituir a su padre, están muy vinculados con el problema de Tenedos, que determina las relaciones entre Bizancio, Venecia y Génova durante la segunda mitad del siglo XIV. La isla de Tenedos había adquirido una importancia capital para el control del Helesponto desde que los turcos dominaron los estrechos, y fue la causa de una encarnizada lucha entre las dos ciudades italianas, que tuvo lugar en la región. Las dos partes opuestas de la familia de los Paleólo-

gos no hicieron más que poner su propio antagonismo al servicio de los intereses opuestos de los dos adversarios, desempeñando el sultán, de todas maneras, el papel de árbitro. Por otra parte, las ciudades italianas, preocupadas por preservar sus logros económicos y financieros, habían hecho de la alianza el eje principal de su política de cara a los otomanos, a partir del momento en que estos comenzaron a extender su hegemonía en Europa.

Los genoveses ayudaron a Andrónico IV a alcanzar el trono (1376), pero no pudieron tomar posesión de la isla, conquistada por los venecianos, aliados de Juan V. Es entonces cuando Gallípolis, liberada diez años antes por Amadeo de Saboya, fue entregada por Andrónico IV a los otomanos, a cambio de su ayuda. Pero Murâd I, teniendo en cuenta la promesa de Juan V y de Manuel de renovar sus obligaciones como tributarios, les colocó de nuevo en el trono (1379); además, otorgando su favor a Andrónico, le impuso a Juan V el reconocimiento de Andrónico y de su hijo, Juan VII, como herederos, en el lugar de Manuel, y el abandono de las principales ciudades de la costa norte de la Propóntide. De este modo, el imperio se despedazó un poco más aún y los emperadores de Bizancio se convirtieron en pobres peones sobre el tablero del sultán, que los situaba y desplazaba a su gusto. En cuanto a Tenedos, fue proclamado territorio neutral y promovido a posesión del duque de Saboya, según el acuerdo pactado entre Génova y Venecia en Turín (1381); sus fortificaciones tendrían que ser demolidas y su población trasladada a Creta y Eubea. Este tratado no surtió efecto hasta 1383-1384, pues Venecia no cesó de hacer uso de la isla. Solo Bizancio no estaba presente en ninguna parte.

La política del déspota Manuel Paleólogo, el único fulgor en esta sombría época, estuvo en las antípodas de la de su padre, sobre todo durante el segundo período de su gobierno (hacia 1382-1387). Desafiando el estatuto de tributario de los turcos,

Manuel trató de transformar Tesalónica en un núcleo de resistencia en Macedonia y en Tesalia —que había vuelto a poner bajo la soberanía del emperador; incluso no dudó en confiscar la mitad de los dominios eclesiásticos del monte Atos y de Tesalónica y transformarlos en *pronoiai*, a fin de obtener los medios para subvenir a sus necesidades militares. En este sentido, Manuel reanudaba el intento de Juan V de secularizar determinados dominios eclesiásticos para reforzar su ejército ante el peligro turco, intento al que la Iglesia se oponía con el pretexto de los santos cánones. Sea como sea, la reacción de Murâd I a la política independiente de Manuel no se hizo esperar: el sultán tomó Senes— por segunda vez— y sitió Tesalónica, que se rindió en 1387. La ciudad viviría luego bajo un régimen de relativa autonomía, que fue abolido en 1394 por Bayaceto I, que le impuso además el *devsirma* (reclutamiento de los niños), en 1395.

De hecho, el período que va del reinado de Andrónico IV y la guerra de Tenedos hasta el final de esta (1376-1381) es considerado como la época de la consolidación de las conquistas otomanas en el territorio balcánico. Murâd I estableció las bases de la organización del Estado otomano y le dio al ejército sus nuevas estructuras. Por otra parte, puso en práctica una amplia política de inmigración y colonización en las regiones ocupadas, procediendo al reparto de tierras entre sus soldados y a la creación de feudos. Tras la nueva toma de Gallípolis. Murâd trasladó oficialmente su sede a Andrinópolis (hacia 1377), que se convirtió en la primera capital de los otomanos en Europa. La prosecución de las conquistas no se hizo esperar y otras ciudades importantes, como Nis (1386) y Sofía (1387) cayeron en sus manos antes de que invadiese la Bulgaria oriental; ocupó allí Tarnovo, durante un cierto tiempo, y llegó hasta el Danubio, donde se apoderó de varias fortalezas y obtuvo del zar la rendición de Silistra.

Después le tocó el turno a Servia. Murâd, tras haber sofocado un conato de rebelión en Bulgaria, se dirigió a Kosovo, la sede de Vuk Brankovic, miembro de la coalición antiturca formada por iniciativa del príncipe Lazar de Servia. La batalla de Kosovo (1389), seguida de la del Hebro, puso fin a los últimos intentos de los países eslavos de la península de detener la apisonadora otomana. La muerte de Murâd, probablemente apuñalado por el yerno de Lazar, Milos Kobilié, no afectó al resultado de la batalla, cuya victoria correspondió a las superiores fuerzas de los otomanos, conducidos por el hijo de Murâd, Bayaceto. El príncipe Lazar y sus nobles fueron matados y sus sucesores debieron someterse al pago del tributo y al reclutamiento de tropas auxiliares. Además, Bayaceto impuso el impuesto por persona (*jaráy*) a toda la población no musulmana del país. Los monasterios del monte Atos, que habían aceptado someterse desde 1386, no fueron excluidos de este impuesto, que debían satisfacer también por el conjunto de sus dominios, comprendidos los que se hallaban más allá de los límites de su comunidad.

Una cuestión de pocos años

Bajo Bayaceto I (1389-1402), apodado «el Rayo» (Yildirin), los acontecimientos se precipitaron tanto en Europa como en Asia Menor, donde una vez que el sultán hubo triunfado sobre los emires turcos se atribuyó, por esta razón, el título de «sultán de Rüm». El aislamiento de Bizancio se acrecentó por el oeste con el aniquilamiento de Servia y el aplastamiento de la resistencia búlgara, cuando la capital, Tarnovo, sucumbió a un feroz asedio (1393). Bayaceto podía entregarse ahora a sus anchas al juego del gato y el ratón con Bizancio, y utilizar las discordias en el seno de la familia imperial, al igual que los bizantinos lo hicieron en otro tiempo poniendo a los pretendientes extranjeros contra los soberanos de turno. Así, en 1390, Juan VII pudo, con la ayuda del sultán, desalojar a su abuelo de

Constantinopla durante algunos meses, al cabo de los cuales Manuel consiguió volver allí llevando consigo a Juan V. con el beneplácito del sultán pero a costa de concesiones aún mayores: Juan V fue obligado a hacer desmantelar las nuevas fortificaciones que había construido cerca de la Puerta de Oro para la defensa de la capital; Manuel tuvo que acompañar, junto con Juan VII. al sultán en sus campañas por Asia Menor e incluso tomar parte, a pesar de su repulsión y de su amargura, en la conquista de Filadelfia, la última ciudad bizantina que era aún libre (1390). Por otra parte, en Bursa, en el campo otomano, Manuel se enteró de la muerte de su padre (1391), huyó de allí y consiguió alcanzar Constantinopla para asegurarse el trono y asumir el destino de su reducido imperio.

Si se quisiera hacer el esquema del reinado de Manuel Paleólogo (1391-1495), habría que trazar una línea curva, cuyas extremidades representarían los períodos críticos. En efecto, tanto entre el advenimiento de Manuel y la batalla de Ankara (1391-1402), como entre el advenimiento de Murâd II y la muerte de Manuel (1421-1425), el imperio estuvo a punto de caer. Pero el espacio de tiempo intermedio correspondió a una relativa tregua antes del final marcada por los grandes esfuerzos de restablecimiento que desplegó Manuel. En realidad, el emperador se reveló como un hombre capaz y a la altura de las circunstancias, impregnado, contrariamente a su padre, del espíritu de resistencia contra el enemigo; sin embargo, hay que reconocer que, si pudo dar pruebas de su eficacia en la medida de lo posible, la favorable coyuntura de la crisis del poder en el imperio otomano tras la batalla de Ankara así como de la política de paz llevada a cabo por Mehmet I fueron factores coadyuvantes.

El encuentro de Serres (1393-1394), al que Bayaceto convocó a todos sus vasallos cristianos de los Balcanes a través de avisos individuales, con el fin de que cada uno de ellos ignora-

ra, hasta el último momento, la presencia del otro, sembró entre ellos el terror y les hizo comprender lo que habría de suceder. En efecto, en la primavera de ese mismo año. Bayaceto sitió Constantinopla bloqueándola por tierra, a lo largo de ocho años, con breves interrupciones, y llevó a lo insoportable la falta de víveres en la capital. Todo lo que Occidente ofreció a la hambrienta población de Constantinopla se resumió en hueros consejos dirigidos por el senado veneciano que, más tarde, envió un cargamento de trigo para el pueblo y una oferta de asilo para Manuel.

Hacia la misma época, paralelamente a la abolición del régimen clemente en Tesalónica, los otomanos consumaron la conquista de Tesalia que había comenzado ya Evrenosbeg, el año 1393, e invadieron Grecia del sur y el Peloponeso, donde derrotaron al déspota de Mistra, Teodoro I Paleólogo ante Corinto. La absoluta falta de espíritu de solidaridad entre los príncipes cristianos (los navarros de Tebas y Acaia, los Acciaivoli de Atenas, los déspotas bizantinos de Mistra) facilitó mucho el avance turco. Este se desarrolló casi simultáneamente en los Balcanes, donde consiguió acabar con la resistencia del voivoda Mircea de Valaquia que, a pesar de haber triunfado en la violenta batalla de Rovine (1395), se convirtió más tarde (1417) en tributario del sultán. Los otomanos se convirtieron de golpe en señores de la Dobrudza y se aseguraron el control de los puntos neurálgicos del Danubio.

Occidente empezó entonces a inquietarse verdaderamente. El rey Segismundo, cuyo país se encontraba en un inminente peligro, reaccionó el primero haciendo una llamada a la solidaridad cristiana. Los primeros en acudir fueron los caballeros francos con un considerable contingente conducido por Juan, conde de Nevers, y en el que tomó parte el mariscal Boucicaut. Los valacos al mando de Mircea así como diversas compañías de caballeros de Bohemia, Polonia, Italia, España e Inglaterra

acudieron a engrosar el ejército de tierra, en tanto que Venecia, los genoveses de Lesbos y de Quíos y los caballeros de Rodas prestaron navíos de guerra para asegurar el control del mar Negro y de las bocas del Danubio. A pesar del muy elevado número de efectivos (alrededor de 100 000 hombres), la falta de convergencia de puntos de vista entre franceses y húngaros, por una parte, y la fogosidad otomana, por otra, pudieron más que este ejército en Nicópolis (1396) y condujeron a un sangriento fracaso de la última cruzada internacional de semejante magnitud. La mayoría de los prisioneros fueron degollados, mientras que el propio Segismundo, que logró huir en un barco veneciano a través del Danubio y el mar Negro, debió sufrir, al pasar por el Helesponto, el espectáculo de los restantes prisioneros cristianos, apostados por los turcos en los márgenes de ambas orillas.

Sin duda, el problema de la situación crítica de Bizancio no preocupó a los organizadores de esta cruzada, cuya única mira era defender la Hungría católica y, todo lo más, expulsar al sultán fuera de la Europa central. La cuestión de la liberación de Tierra Santa solo se la plantearon algunos de ellos; en cuanto a la liberación de Constantinopla, fue pasada totalmente por alto.

Bayaceto reanudó el bloqueo, brevemente interrumpido, de Constantinopla. Incluso hizo construir sobre la orilla asiática del Bósforo la famosa fortaleza conocida como Anadolu-Hisar, que quedaría junto con Rumili-Hisar, su gemela de la orilla europea (construida más tarde), vinculada para siempre a la toma de la ciudad. Al mismo tiempo, las tropas de Evrenosbeg volvían a emprender el camino de Grecia, ocupaban provisionalmente Atenas y descendían hasta las colonias venecianas del sur del Peloponeso, devastando el país. Las desesperadas llamadas de Manuel al dogo, al papa y a los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón no dieron otro resultado que la irrisoria fuerza, en relación a las necesidades del momento, de 1200 soldados

francos, conducidos por Boucicaut, que Carlos VI tuvo a bien enviar. En cuanto a las reticencias del gran duque de Moscú, Basilio I, se inscribían en otro orden de cosas: las Iglesias de Rusia, que permanecían sólidamente ancladas en la fe ortodoxa y en el reconocimiento de un único patriarca, el de Constantinopla, se avergonzaban de un emperador que se había hecho «vasallo» de los turcos. Ya que la Iglesia bizantina había conservado e incluso aumentado su proyección en los países ortodoxos, le correspondió al patriarca Antonio refutar esta argumentación, en nombre de la vieja e imperecedera doctrina del ecumenismo imperial.

En estas circunstancias, a Manuel solo le quedaba volver a emprender la aventura de su padre, a instancias de Boucicaut. Pero con una diferencia esencial: no iría a Roma a ofrecer una conversión, fuera la que fuera, o a discutir sobre la unión; simplemente se dirigiría a dos potencias occidentales, Francia e Inglaterra, para pedir una ayuda militar decorosa o, mejor aún, la organización de una cruzada, a fin de expulsar a los turcos de Constantinopla y, por tanto, de las puertas de Europa. Sin embargo, aunque fue bien acogido en las cortes europeas (Occidente había empezado a sopesar la importancia del peligro turco y, por otra parte, el humanismo reconocía a los bizantinos como los detentadores naturales de la cultura griega), Manuel no consiguió nada en el plano material excepto la suma de 3000 marcos (2000 libras) que le entregó Enrique IV de Inglaterra, cantidad correspondiente a los presuntos fondos conseguidos a través de la colecta en las iglesias del país a cambio de indulgencias papales. La cruzada internacional ni se llegó a plantear. El único punto positivo de esta peregrinación, aunque a largo plazo, fue el inicio de contactos más esenciales entre Bizancio y Occidente que, a pesar de la guerra de los Cien Años, se encontraba entonces en una fase capital de renacimiento. Abandonada a sí misma, reducida, poco más o menos, al único

territorio de su más cercana periferia, Constantinopla estaba irremediablemente condenada. Su definitiva caída sería cuestión de algunos años como mucho.

Los eslavos. Responsables y víctimas

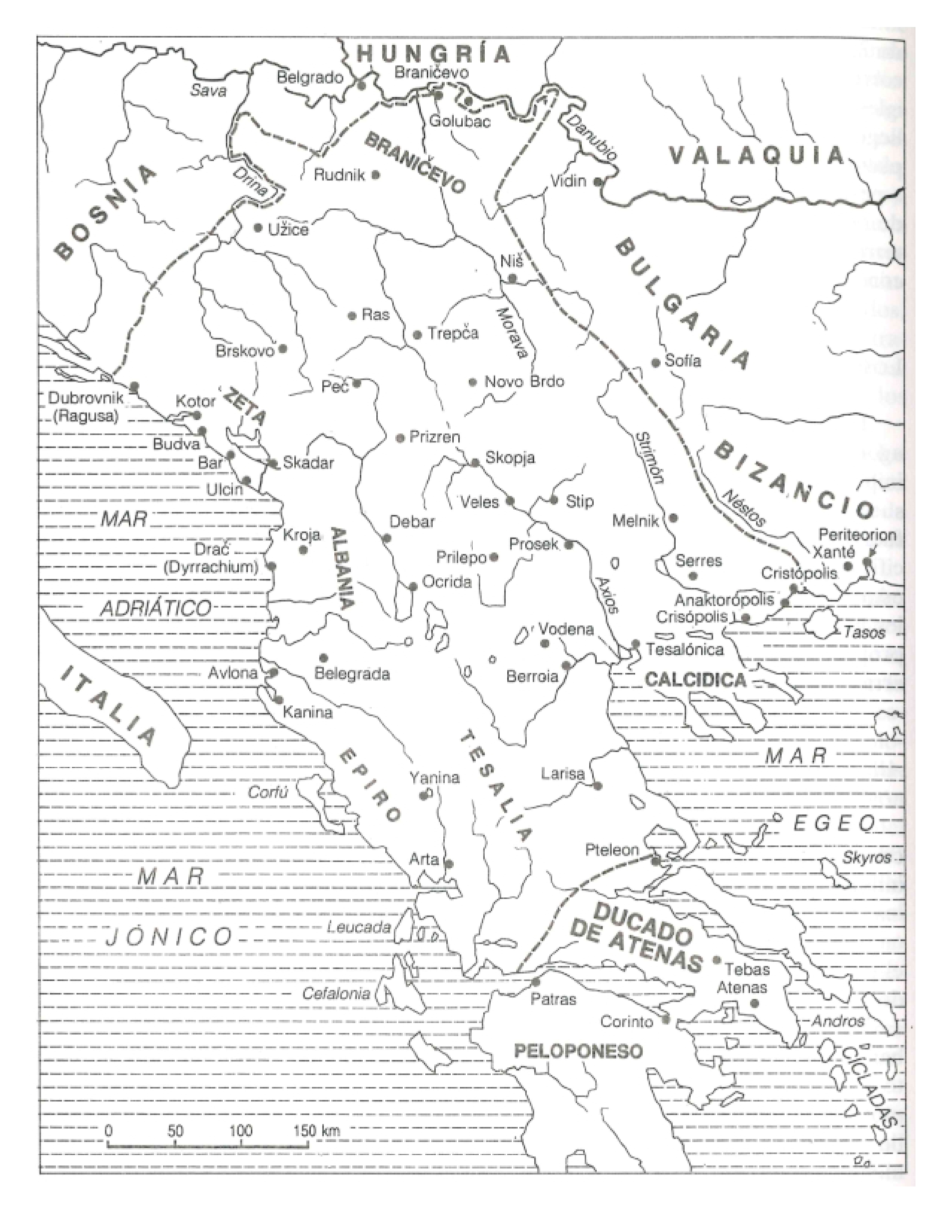
En repelidas ocasiones, servios, búlgaros, e incluso rusos, participan de la agonía de Bizancio. Desempeñan un papel ambiguo: impregnados de la cultura imperial, se sentían como los herederos de un imperio moribundo y aspiraban a sucederle; pero, como sus antepasados de los siglos X o XI, pensaban utilizar la fuerza para conseguirlo, una fuerza que se reunía fácilmente en torno a sus especificidades étnicas, lingüísticas, mentales; ahora bien, para alcanzar su objetivo estos hijos poco respetuosos debían apuntar con todas sus armas contra el que les había dado los medios para sentirse ellos mismos. De este modo, servían los propósitos del vecino Islam: ayudaron a acabar con Bizancio pero el imperio les arrastró en su caída.

Auge de los servios...

Las principales etapas del desarrollo y la expansión del Estado servio fueron otras tantas etapas de sus relaciones con el imperio bizantino: «la lucha por la independencia que acaba en la época de los Nemanja, la lucha por el centro de los Balcanes macedonios, desde la época de Milutin, y la lucha por la hegemonía en la casi isla balcánica, en la época de Dusân…». En cada uno de estos períodos, el progresivo desarrollo de Servia estuvo condicionado por la evolución en sentido inverso de Bizancio, es decir, por su gradual declive.

El final de la época de revueltas internas que siguieron a la muerte de Esteban, «el primer coronado», y la relativa estabilización iniciada con el advenimiento al trono de Esteban Uros I (1242-1276) coincidieron con el principio de la explotación in-

tensiva de los ricos minerales de Servia, principal fuente del desarrollo del país. Estimulada por mineros alemanes (llegados de Hungría, probablemente del territorio de los supuestos sajones de Zips y llamados por lo general en Servia, Bosnia y Bulgaria, sajones, *Sasi*), la producción minera y su rápido desarrollo, desde el final del siglo XIII, fueron la base de la expansión comercial y la estabilidad de la moneda, cuya ayuda supieron aprovechar los reyes servios para su política.



Servia durante el reinado de Dusân (1331-1335)

Bizancio se dio rápidamente cuenta, a su pesar, de los resultados del desarrollo económico de Servia que se manifestaron por la puesta en marcha de los proyectos de expansión de Esteban Uros II Milutin (1282-1321), y que fueron en realidad los de los señores servios, principal fuerza de esta política anexio-

nista. Los servios se apoderaron de la Macedonia del norte, con las ciudades de Skopje (Skopia en griego), Stip (Stypeion), Veles (Belesos), Debar-Debra (Dibré) y, al cabo de penosas negociaciones, el representante del emperador, Teodoro Metoquila, acabó con la oposición de la nobleza servia, principal beneficiaría del acaparamiento de las tierras bizantinas: Milutin recibió como mujer a la hija de Andrónico II, Simonis, de cinco años de edad, que le «aportaba» a manera de dote las regiones que el rey servio había ya conquistado (1299). En justa compensación, Servia comenzó a sufrir el fuerte impacto de la cultura bizantina, puesto de manifiesto sobre todo en los círculos cortesanos, y que se iba intensificando a medida que nuevas tierras bizantinas se incorporaban al Estado servio. Incluso la institución de la *pronoia* bizantina fue adoptada por los nemánidas, probablemente antes del reinado de Milutin, época de la que provienen sus primeras menciones en los documentos servios; los servios no hicieron más que legalizar el sistema ya existente en los territorios conquistados, que administraba los bienes de los pronoiarios locales y que, más tarde, se propagó por el propio territorio servio y en la Zeta, donde se podía aún reconocer bajo la dominación veneciana.

Servia tomó parte activamente en las guerras bizantinas desde su primera fase, tratando de conseguir el mayor provecho, asegurándose, por este cauce, una alianza contra los búlgaros. La victoria que logró frente al zar Miguel Sisman en Velzuzd (hoy Kunstendil, en Bulgaria), en 1330, puso fin a la alianza búlgaro-bizantina y contribuyó a la consolidación de la hegemonía sema en los Balcanes. Pero el vencedor de Velzuzd, Esteban Uros III Decanski (1321-1331), cayó poco después, víctima de la avidez de la nobleza servia que, deseosa de extender sus ganancias territoriales, hizo asesinar al rey y lo sustituyó por su hijo Esteban Dusân (1331-1355), de quien la nobleza fue el verdadero creador político. Esta, en efecto, le inspiró, si es que no

se lo impuso, al nuevo rey las grandes líneas de la expansión servia que, tras haber continuado su avance en la Macedonia occidental apoderándose de las ciudades de Prilepo (Prilapos, en griego), Strumitsa (Strimvitza, Stromnitsa), Vodena (Edessa), Ohrid (Acrida) y Castoria, se detuvo provisionalmente por un tratado de paz concertado entre Dusân y Andrónico III en Tesalónica (1334). Sin embargo, las hostilidades se reanudarían en seguida con motivo de la segunda guerra civil bizantina, cuyo verdadero vencedor fue en realidad, como ya se ha dicho, el rey servio; Dusân pudo completar, en detrimento de un Bizancio entonces disgregado, y esencialmente sin librar batalla, sus conquistas en Albania y Macedonia con la toma de varias ciudades tales como Kroia, Berat (Belegrado), Avlona, Berrohia, Serres, Drama, Filipoi, Crisupolis e, incluso, el monte Atos. Tesalónica se convirtió entonces en un islote bizantino aislado entre las tierras ocupadas por Dusân, que pronto llegaría a ser dueño del Epiro y Tesalia así como de Etolia y Acarnania (1347-1348).

Era para él el momento de confirmar su aspiración de suprimir el imperio bizantino y sustituirlo por un nuevo imperio donde los servios tendrían la supremacía política pero cuyas estructuras seguirían siendo fundamentalmente las mismas. Suponía la reanudación de la misma lucha en torno del título imperial llevada a cabo en otro tiempo por Carlomagno, los carolingios, los emperadores germánicos y los soberanos búlgaros. Por otra parte, el título utilizado por Dusân en sus documentos, «basileus y autokrator de Servia y Romanía» (documentos griegos), o «zar de los servios y de los griegos» (documentos servios), expresa bien lo esencial de esta ideología. El nombramiento del arzobispo de Servia, loannikios, como «patriarca de los servios y de los griegos», consecuencia natural de la evolución en este sentido, doló al imperio servio de un patriarcado autocéfalo, necesario para la nueva situación. Este he-

cho revistió toda su amplitud simbólica por la coronación solemne de Dusân en Skopja, el mes de abril del año 1346, en presencia de patriarca del Tarnovo, del arzobispo autocéfalo de Ohrid e incluso de los representantes del monte Atos, cuyos monasterios no tardafon en ser recompensados por su voluntaria sumisión. La tercera parte, necesaria para la afirmación del nuevo poder, fue su dotación de una base jurídica con la promulgación del código del «emperador bendito Esteban» que, entre otras, garantizaba tanto las posesiones territoriales servias como las de los griegos. El Estado fue oficialmente dividido en «tierra servia» (*Srpska zemlja*), compuesta de los antiguos territorios, por lo que el uso de viejos títulos eslavos como zupan, knez, voevod, era de rigor, y en «Romania», los territorios conquistados a Bizancio, donde se mantuvieron las instituciones y los títulos de la administración bizantina (por ejemplo, la palabra *kephalé* para designar al gobernador) hasta el establecimiento de los jueces generales semejantes a los de las provincias griegas. La transmisión del poder sobre la primera parte del Estado al hijo de Dusân, el rey Uros, no era más que aparente, dada la corta edad de este; el verdadero dueño de todo el imperio seguía siendo el zar.

En general, tanto el sistema jurídico como la administración fueron calcados de los modelos bizantinos, con la diferencia fundamental de que los principales ostentadores del poder eran ahora los servios; el mantenimiento de los griegos en los cargos civiles y militares así como eclesiásticos no constituía más que casos excepcionales. El principal resultado fue el paso de la mayoría de las tierras de los señores bizantinos a manos de la nobleza feudal servia, ya sea en calidad de propiedades alodiales (*bastiría*), ya sea en calidad de *pronoiai*, como por ejemplo la que fue cedida, probablemente desde la época de Decanski, al protosebaste Hrelja, en la región de Stip, y de la que al menos una parte pertenecía a los pronoiarios bizantinos.

En el ámbito de la política exterior, Dusân se volvió hacia Venecia para asegurar su alianza con vistas a una acción conjunta contra Bizancio, pero este objetivo no interesaba entonces a la Serenísima, ocupada sobre todo en urdir planes contra Hungría, frente a la que, por el contrario, Dusân estaba obligado a mantenerse a la defensiva, después de haberle entregado las ciudades de Belgrado y Golubac. En cuanto a sus relaciones con el papado, Dusân, aunque intransigente con respecto a los «semifieles» romaico-católicos, a los que el código prohibía incluso el matrimonio con los «cristianos» ortodoxos, estableció algunos contactos con los papas con el evidente objetivo de perjudicar a Constantinopla. Estas gestiones no tuvieron, sin embargo, continuación y, por otra parte, la prematura muerte del zar puso fin a todos sus grandes proyectos de hegemonía en los Balcanes.

... que truncan los turcos

La descomposición del efímero Estado servio condujo a la afirmación del poder de algunos feudales, como el de Hrelja, que mantenía su señorío independiente en la región de Stip, y de Strumitsa, en vida de Dusân, o Hlapen, dueño de Berrohoia y de Vodena. El poder del hijo de Dusân, el zar Esteban Uros (1355-1371), era demasiado nominal para ser capaz de impedir la división del vasto territorio en varias unidades feudales independientes: el hermanastro de Dusân, Simeón, apodado Uros Paleólogo (1355-1370), se hizo proclamar «emperador de los servios, los griegos y toda Albania», pero solo pudo imponerse en Epiro y Tesalónica, fundamentalmente; tras su muerte y el corto período del gobierno de su hijo Jovan Uros, el país fue gobernado por la gran familia bizantina de los Filantropenos, que reconocía la soberanía de los emperadores de Constantinopla. En Macedonia. Vukasin, llamado también «rey de los servios y de los griegos», se adueñó de las regiones de Prilepo, Skopja, Ohrid y Prizren, en tanto que al este de sus posesiones

se extendían las de los hermanos Constantino Dragas y Constantino Dejanovic, con las ciudades de Kratovo, Kumanovo, Stip. Strumitsa y Velbazd. Por último, Serres, con la región que la rodeaba, que se extendía más allá del Nestos hasta Periteorion, dependía del hermano de Vukasin, el déspota Jovan Ugljesa.

La misma situación prevalecía en las regiones servias propiamente dichas: el señor más poderoso allí era el déspota Lázaro, que trataba de consolidar sus posiciones en el valle de Morava, frente al zupan Nikola Altomanovié, dueño de la región norte situada entre Rudnik y Ragusa, mientras que en Zeta el poder era acaparado por los tres hermanos de la familia de Balsic. Esta fragmentación del poder, agravada por la muerte del zar Esteban Uros en diciembre de 1371, fue la principal razón de la ausencia de coordinación de los esfuerzos para organizar la resistencia contra los otomanos; sin embargo, esta se había manifestado ya con una cierta fuerza en el momento del ataque de los hermanos Vukasin y Ugljesa contra Andrinópolis, antes de ser aplastada en la batalla de Cirmen donde los dos hermanos hallaron la muerte (setiembre de 1371). El hijo de Vukasin, el *kralj* Marko, erigido en héroe popular por la epopeya servia y del que la memoria de sus actos fue perpetuada también en las canciones y los relatos populares búlgaros, croatas e incluso albaneses, fue de hecho reducido a la condición de tributario del sultán al igual que los hermanos de Dejanovic. Por otra parte, el rey Marko y Constantino Dejanovié perecieron en la batalla de Rovine (1395), combatiendo bajo las órdenes de Bayaceto I, una vez que sus respectivos territorios fueron anexionados al Estado otomano.

Un importante acontecimiento de estos años fue la aproximación entre la Iglesia servia de Peé y el patriarcado de Constantinopla, sometiéndose la primera al segundo, que le reconoció, a cambio, el título patriarcal (1375). Esta solución de la

controversia, comenzada con la creación unilateral del patriarcado de Pee bajo el mandato de Esteban Dusân, era positiva en el sentido de una coalición balcánica de la que el patriarca de entonces, Filoteo Kokkinos, era un ferviente partidario. Sin embargo, la nueva iniciativa de resistencia procedió nuevamente de los servios y, sobre todo, del déspota Lázaro (1371-1389) que, entre tanto, había extendido su territorio en detrimento del zupan Altomanovic. El nudo de alianzas que supo crear Lázaro por los vínculos matrimoniales con Vuk Brankovic de Kosovo y Jorge Stracimirovic Balsic de Zeta, así como su estrecha colaboración con el rey Trvtko de Bosnia, acabaron por constituir un vasto frente antiturco —en el que tomaron parte elementos valacos, albaneses e incluso polacos—, que corrió, no obstante, la suerte que se sabe en Kosovo en junio de 1389. Milos Kobilic, que mató a Murâd, y el príncipe Lázaro, asesinado después de la batalla, entraron también en la leyenda servia, mientras que Vuk Brankovic fue considerado como traidor.

La tutela de los servios no tuvo efectos políticos o religiosos; en realidad, los otomanos adquirieron de ese modo el control de uno de los elementos económicos fundamentales de la península, que había sostenido el efímero éxito de los principados servios independientes. En efecto, la principal fuente de riqueza del Estado servio que permitió su expansión en el siglo XIV había sido, como ya se dijo, la previa creación de varios centros mineros que, por lo general, se fusionaron con colonias de comerciantes y se ampliaron posteriormente en pequeñas villas o aglomeraciones suburbanas en torno a las fortalezas (*podgradjc*). o en pequeñas ciudades de una cierta importancia, con una población de orígenes étnicos muy variados: sajones, ragusinos, catariotas, espaladnos, venecianos, florentinos, albaneses, servios, valacos, griegos, etcétera, estaban allí en contacto, gozando cada grupo de derechos especiales. Los sajones disponían incluso de un «Código minero de los sajones», cuyo contenido

correspondía al del «Código minero» alemán de Chemnitz y al del «Derecho de las minas» de Kremnitz, pero no eran numerosos y fueron rápidamente asimilados a la población local a través de matrimonios mixtos, de manera que, hacia 1600, ya no se sabía la lengua alemana en las ciudades mineras.

Los burgos y las aldeas más numerosas se encontraban en torno a la montaña Kopaonik (de *kopati*, «cavar»), de donde se extraían grandes cantidades de plomo, de cobre y de hierro. Además de los burgos de Brveniek, Trepca, Plana, Janjevo y Koporici, la localidad más importante de esta región en los siglos XIV y XV fue la de Novo Brdo (Novus Mons, Novomonte, la Nyenberghe de los sajones), cuyas minas producían una especie de plata llamada «glama» que contenía también pepitas de oro. En los centros mineros se instalaban casas de moneda, sobre todo en Novo Brdo, en Rudnik y en Brskovo (Brescoa), pequeña ciudad floreciente, frecuentada por ragusinos y catariotas. Otro centro de actividad minera se encontraba en Kratovo, al nordeste de Macedonia, donde se han descubierto rastros de los colonos sajones.

Entre las demás ciudades más o menos importantes se cuenta Prizren, lugar de encuentro de los comerciantes griegos, dálmatas e indígenas, sobre todo durante la época de las ferias anuales, que tenían también lugar en Pee, ante el monasterio-sede del arzobispado y, posteriormente, del patriarcado. Por el contrario, Prístina es descrita por Cantacuceno como un simple burgo (*kómé*) no fortificado, que comprendía una residencia real.

Un eco de la importancia de la producción minera de Servia y, sobre todo, de la de Novo Brdo se encuentra en los autores bizantinos Ducas, Calkokondilés y Kritobulos. Según este último, al excavar por todas partes del país, se extraían, como si de fuentes se tratara, pepitas de oro y plata en gran cantidad y de una calidad superior incluso a la de las Indias. Por otra parte,

Constantino el Filósofo, un sabio búlgaro originario de Kostenec, que se había refugiado en la corte servia tras la caída de Bulgaria, dijo de Novo Brdo que era «verdaderamente una ciudad de plata y oro». Además, el monje francés Brocharel había establecido, con alguna exageración, el número de minas de las que disponía el rey servio en 1332, en cinco minas de oro, cinco de plata y una que producía ambos metales, mientras que Bertradon de la Broquiére estimaba que las rentas de estas minas alcanzaban, en 1433, los 200 000 ducados anuales. En cuanto a las minas de Bosnia, que eran tan importantes como las minas servias, en los documentos bosnianos de los siglos XIV y XV se habla de exportación de oro y plata, refiriéndose particularmente al oro de Vrbas.

Otra categoría de ciudades servias comprendía antiguas ciudades de origen griego, romano o ilírico, que pudieron conservar una gran autonomía y disponían de asambleas generales de las comunidades y derechos municipales particulares. Su desarrollo se sitúa entre 1250 y 1350, una vez que la aceleración de los conflictos sociales condujo a su rápido declive. Entre ellas, Dulcigno (en antiguo servio. Ulocin) fue un centro de construcción naval, mientras que sus habitantes se entregaban a menudo a la piratería. En el siglo XIII tuvo incluso una pequeña corte, lugar de residencia temporal de los miembros de la familia real. La más importante de estas ciudades fue Bar (en griego Antivari, en albanés Tivari), que disponía en el siglo XIV de un «gran consejo» donde ocupaban un escaño los miembros de las grandes familias de los Bazan, Zaretié, Boris, Samoili, Rugi, etc. Sartari tenía una población en su mayoría albanesa; los habitantes de Budva, fortaleza de antiguo origen ilírico, con nombres eslavos y albaneses, se entregaban a la viticultura, el cultivo de olivos, la pesca y, ocasionalmente, como todos los dulcignotas, a la piratería.

En el territorio bizantino ocupado, además de Serres, que desempeñó un papel muy importante en el Estado creado por Dusân, la ciudad más importante fue Skopja, en Macedonia del norte, de donde tenemos datos de cierto número de familias (griegas: Lipsiotas, Skopiotas, Apokaukos, Scropolites, etcétera). En el Danubio prodominaban las antiguas ciudades de Branicevo y, sobre todo, Belgrado, cuya época floreciente data del déspota Esteban Lazarevic, que contribuyó a que la ciudad se transformara en un centro cultural y religioso, que ejercía influencia en toda Servia, un fenómeno que ha sido valorado en una reciente y minuciosa monografía de la ciudad. La Vida del déspota Esteban Lazarevic, obra de Constantino el Filósofo, contiene una descripción del Belgrado medieval, en que la ciudad es comparada con Jerusalén y el Danubio con un río del paraíso.

El eco de las intervenciones búlgaras

La historia búlgara de esta época es similar en algunos rasgos a la historia de Bizancio, en relación a la que, de todas maneras, no cesa de definirse: fuerte declive político puntuado de agudos conflictos sociales, debilitamiento del poder central acentuado por una relación de fuerzas favorable a la causa de los boyardos, fragmentación del Estado que tuvo como resultado tantos fenómenos negativos como contradecía la expansión de la vida espiritual y cultural del país.

Desde el advenimiento de Miguel VIII Paleólogo, el zar Constantino Asen Tih (1257-1277) tomó partido contra él, empujado por su mujer, Irene Láscaris, hermana del pequeño Juan IV. destronado y cegado. Los puertos del mar Negro, y en particular Mesembría, Anquialos, y Sozópolis, que permitían a su soberano ocasional controlar el tráfico del mar Negro y, fundamentalmente, el del trigo destinado al aprovisionamiento de Constantinopla, fueron una perpetua fuente de discordia entre los dos Estados durante estos años. Tih apoyó los planes de

conquista de Carlos de Anjou, actitud tomada posteriormente por Jorge I Terter (1280-1292). Entre tanto, los ataques de los húngaros y de los bizantinos y, sobre todo, las repetidas invasiones de los turcos, que destruían los cultivos y se llevaban el ganado, combinadas con el rapaz comportamiento de los boyardos búlgaros contra los campesinos, condujeron al estallido de un movimiento popular, al nordeste del país, conducido por un porquerizo iluminado. Ivajlo. Este, tras ocupar brevemente el trono (1278-1279), debió ceder el puesto al pretendiente impuesto por los bizantinos, Iván Asen III (1279-1280), que fue a su vez obligado a entregar la corona en favor de un boyardo de origen cumán. Terter.

De hecho, el poder del zar estaba limitado al este por el de una formación autónoma que comprendía Vidin y, en un sentido más amplio, la Bulgaria occidental; esta, que en ciertos momentos estuvo bajo el control de los húngaros, había recobrado su independencia bajo el mandato del déspota Jacobo Svetoslav (1272) y, más tarde, bajo el del déspota Sisman, poco antes de someterse al rey servio. Hacia el final del siglo XIII, Bulgaria, dividida en varios principados, parece haber sido dominada enteramente por los tártaros, y no se liberó del yugo extranjero hasta el principio del siglo XIV, bajo el mandato del nuevo zar. Teodoro Svetoslav (1300-1322). Este, sacando provecho de la crítica situación en la que se encontraba entonces Bizancio logró, con ayuda de Eltimir, señor de Kran (Krunos, en griego), extender las fronteras de su Estado al sur de la cadena de los Balcanes y recuperar los puertos del mar Negro; al hacer esto, impedía la exportación de trigo hacia Constantinopla, donde el hambre hacía entonces estragos a causa de la destrucción de los cultivos de Tracia. La paz impuesta así a Bizancio por las circunstancias se prolongó hasta la primera guerra civil bizantina y permitió a Bulgaria experimentar un cierto período de desarrollo económico, que se puso de manifiesto, sobre todo, por el

ejercicio de actividades comerciales entre los puertos del mar Negro y las ciudades marítimas italianas.

El advenimiento al trono de la dinastía de los Sisman (1323), déspotas de Vidin, condujo a la reunificación de Bulgaria durante un cierto tiempo y a la expulsión de las regiones subbalcánicas de la Sredna Gora, de Stilrnon a Kopsis, del boyardo Vojsil, que había sido instalado allí por los bizantinos, en calidad de «déspota de Moesia». Miguel Sisman (1323-1330) se inmiscuyó activamente tanto en los asuntos internos de Servia como en la guerra civil bizantina; estaba a punto de atacar a la primera aliándose con Andrónico III, cuando su denota en Velbazd y su muerte acabaron bruscamente con sus proyectos. Desde entonces, Bulgaria se encontró relegada al nivel de potencia de segundo orden en la península balcánica, donde comenzaba entonces a imponerse la hegemonía servia. A pesar del debilitamiento de su Estado, el nuevo zar Iván Alejandro (1331-1371) que aseguró sus fronteras al oeste aliándose con Dusân, casado con su hermana, reanudó las hostilidades con Bizancio volviendo a integrar en su territorio los puertos del mar Negro, conquistados anteriormente por Andrónico III. A principios de la segunda guerra civil en Bizancio, Alejandro se puso activamente de parte de la regencia de Constantinopla, lo que le proporcionó la gran ventaja de poder ampliar los límites del sur de su territorio hasta el valle superior del Hebro, es decir, la región norte de Rodopes, que había constituido hasta entonces la línea fronteriza fortificada por excelencia de las provincias europeas del imperio.

Contrariamente a estos logros territoriales, la situación interior de Bulgaria no cesaba de degradarse. A semejanza del proceso descentralizador que tenía lugar en Bizancio, el Estado búlgaro se descompuso en pequeñas unidades autónomas o semiautónomas bajo la presión y en provecho de los señores feudales. Primeramente fueron las regiones del nordeste, entre el

valle inferior del Danubio y el mar Negro, las que se separaron del gobierno de Tarnovo; el boyardo de origen cumán, Balik, se estableció allí como señor independiente. Su hermano Dobrotica le sucedió y, más tarde, se le dio su nombre a una parte de sus tierras, llamada así «Dobrudza». Hacia 1357. Dobrotica extendió sus posesiones en dirección a las estribaciones del sudeste de la cadena balcánica (Stara Planina), apoderándose de la fortaleza de Emon y, luego, de Varna, a partir de la que consiguió, con la ayuda de su propia flota, extender sus actividades en el mar Negro, oponiéndose a la presencia genovesa, e incluso inmiscuirse en los asuntos del imperio de Trebisonda. Su sucesor, el «magnificus et potens dominus Ivanko», el «Juaneo» de las fuentes genovesas, firmó un tratado con Génova por intermedio de una embajada genovesa enviada de Pera, otorgando a los comerciantes genoveses toda una serie de privilegios como la libertad de movimiento en su territorio, la construcción de iglesias y de casas propias, etc. En realidad, esta actitud tuvo su precedente en la del zar Iván Alejandro, que concertó un tratado de la misma índole con los venecianos en 1352.

Tras la separación de la región nordeste del poder central, llegó de nuevo el turno de Vidin. Pero allí fue el propio zar, Iván Alejandro, quien a la manera de los Paleólogos, compartió la mayor parte de su territorio con sus dos hijos: la región de Vidin (entre los ríos Timok e Iskar) fue cedida al mayor, Iván Sracimir (1365-1396), mientras que la capital de Tarnovo con la región de Drastar (Distra), Nikopol (Nicópolis) en el Danubio, Sredec (Serdica. Sofía) y Diambol (Yampolis), le correspondió a Iván Sisman (1371-1393), nacido de un segundo matrimonio. Hay que subrayar que fue la Iglesia de Constantinopla quien se benefició de este desmembramiento, pues Sracimir, después de hacerse proclamar zar, volvió a poner a su Iglesia bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla, como también lo hizo el señor de la Dobrudza, Ivanko. Las difíciles rela-

ciones que tuvo Sracimir con el rey de Hungría, que transformó, durante un cierto tiempo, el reino de Vidin en un «banato» (*banatus Bulgariae*), donde empezaban a trabajar los monjes franciscanos, no le impidieron, más tarde, tras la recuperación de su sede y la muerte de su hermano, tratar de extender su poder en la región de Sofía (1371).

Como en el caso de Servia, además de un gran número de ciudades que eran en su origen ciudades griegas o romanas, se desarrollaron en Bulgaria otras ciudades a partir de los burgos construidos en torno a las plazas fuertes que habitaban los boyardos. Los habitantes de estos burgos estaban dotados de privilegios, como en Servia, y gozaban de cierta autonomía. La más importante de estas ciudades fue sin duda la capital del segundo Estado búlgaro, Tarnovo, construida en una alta escarpadura de los Prebalcanes, rodeada por tres lados por el río Jantra y sólidamente fortificada; esta ciudad es mencionada en los textos búlgaros como «Carigrad Tarnovo, la reina de las ciudades, ciudad gloriosa imperial, verdaderamente la segunda (ciudad) después de Constantinopla». Al norte de los Balcanes se alzaban otras importantes ciudades: por una parte, las ciudades danubianas de Vidin (Bonomia, en latín; Bodins en el texto de Boucicaut). Nikopol (la antigua Nicópolis). Orjahov (la actual Rjahovo) y Drastar (Durostorum en latín; la actual Silistra); por otra parte, Preslav, la antigua capital búlgara, Provad (la actual Provadija) al este, y Lovac (la actual Lovec) al oeste. Al nordeste de la cuenca sudbalcánica, Sredec (la antigua Serdica; la Triaditza de los bizantinos) era una ciudad fortificada pero no disponía de una acrópolis. En el macizo de Rila, Kostenec (Constantia, en griego, que no se ha de confundir con la Constantia de los Rodopes orientales), lugar de origen de Constantino el Filósofo, o Kostenecki; en la Macedonia actual, la fortaleza de Stob (Stoumpion, en griego), en el curso inferior del río Rila.

En la costa occidental del mar Negro, lugar destacado de las antiguas colonias griegas, las ciudades conservaron durante mucho tiempo los vestigios de su pasado y su carácter bizantino (en particular las ciudades costeras situadas al sur de Varna), debido sin duda a que, a menudo, fueron parte integrante del imperio: Karbona (la actual Balcik), Kavarna, Kaliakra, Konstanca, Kallia-Kilia y Likostomion, en el delta y en la desembocadura del Danubio, respectivamente; Varna (la antigua Odessos). Anquialos, Mesembría (Nesebar, actualmente y en búlgaro antiguo), Sozópolis (la actual Sozopol), Pyrgos (la actual Burgas) y Agatópolis (la actual Atopol). Al sur de los Balcanes, en la frontera constantemente disputada entre Bizancio y Bulgaria, las ciudades importantes fueron Sliven (Stilvnon, en griego), Boruj (Boroé, en griego; la actual Zagora) y Diambol (Yampolis, en griego).

En Bulgaria hubo burgos mineros, pero en un número menos importante que en Servia, fundados también por los sajones llegados de Valaquia, donde vivían en el siglo XIV. Estaban agrupados esencialmente en la ciudad montañosa de Kiprovec (la Ciprovci actual) en los Balcanes occidentales, cerca de las fuentes del río Ogosta. Negociaban, incluso *in situ*, con los minerales extraídos, tales como el hierro, la plata y el oro, cuyo recuerdo perduró en los nombres de las aldeas vecinas, Zeljazna (de *zeljazo*, hierro) y Srebarnica (de *srebro*, plata).

En lo referente a la suerte corrida por ese movimiento tan característico para la vida interna de la Bulgaria de la Edad Media que fue el bogomilismo, hay que señalar que el movimiento se amplió más aún durante el reinado de Iván Alejandro y que se extendió también por las ciudades. Al mismo tiempo, la aparición de nuevas sectas religiosas tales como la de los adamitas o los partidarios del paladín de los antipalamistas, Barlaam, ocasionó una enérgica reacción por parte del emperador y del patriarcado búlgaro, que procedió a la convocatoria de dos

concilios contra los herejes, en Tarnovo, que tuvieron lugar en 1350 y en 1360. El período de persecuciones y de una encarnizada represión que vino a continuación se acabó con la adopción del hesicasmo como doctrina oficial de la Iglesia ortodoxa, a semejanza de lo que ocurría en Constantinopla, más o menos hacia la misma época. Sin embargo, la paz no volvió al seno del clero ni a la población búlgara, lo que se tradujo en una extensión del movimiento anacorético por todo el país.

El final de los búlgaros

El fin de la independencia estaba cada vez más cerca. A causa de su posición geográfica, Bulgaria se encontró siendo el primer país balcánico, después de Bizancio, en la ruta de los otomanos en suelo europeo. Ya en el curso de la segunda guerra civil bizantina, su territorio había sufrido las consecuencias de varias incursiones y del pillaje de las tropas turcas aliadas de Cantacuceno. En la región de Rodopes, el jefe búlgaro Momcil, que había extendido los límites de su principado autónomo en dirección a la costa egea hasta Xanté y Periteorion, combatió ante esta última ciudad contra los turcos de Umur y pereció al frente de sus guerreros (junio de 1345). «Momcil-voevoda» entró en las leyendas búlgaras y en las canciones populares de los Rodopes como un héroe que se había enfrentado a oscuros y pérfidos enemigos para caer finalmente víctima de una cobarde traición. La conquista otomana de la región de los Rodopes propiamente dichos parece situarse tras la batalla de Cirmen (Tzernomianon, 1371), al mismo tiempo que el zar búlgaro se convertía, al igual que el emperador bizantino, en tributario del sultán.

Algunos años más tarde, los acontecimientos se precipitaron. En 1388, el sultán Murâd I invadió la Bulgaria oriental y, posteriormente, la región danubiana para imponerse al zar Iván Sisman que, animado por el éxito del déspota servio Lázaro, había rehusado pagar su tributo anual. La caída final del Estado búl-

garo de Tarnovo tuvo lugar en 1393, después de un violento asedio que la ciudad imperial debió sufrir por parte de Bayaceto, que la entregó a continuación al furor de sus tropas. En 1395, el sultán anexionó la región danubiana con Nicópolis y decapitó al zar Sisman que se había refugiado allí. En lo referente a las formaciones estatales de Vidin y Dobrudza, sucumbieron a su vez, la primera en 1396, tras la derrota en Nicópolis de la cruzada cristiana en la que participó Iván Sracimir, y la segunda, definitivamente hacia 1417, después de un período de ocupación valaca.

Para quien aún se acordara de Krum o de Simeón, de Nicéforo Focas o de Basilio II, la lamentable y vulgar decadencia de los dos grandes adversarios balcánicos debía parecerle angustiosa. De todo lo que había sido el Imperio Romano de Occidente solamente subsistían algunos puestos en manos de los italianos, prestos a transigir para mantenerse allí, un puñado de castillos, cuyas guarniciones procedían en parte de Occidente, y la ciudad sitiada, flotando en el océano turco y que arrastraba su destino, ante la indiferencia de todos, hacia una muerte próxima.

Capítulo 5
UN ISLAM TURCO O MONGOL[*]

La catástrofe desencadenada material y espiritualmente en el Islam por la oleada mongola interrumpe el curso de la historia musulmana. En lo sucesivo, ya nada será como antes. Y el fin de las profundas mutaciones que agitan con violencia «el nudo del mundo» está aún lejos. En primer lugar, el Estado ayyûbí desaparece bajo la acción de sus mercenarios que instauran una dominación militar en Egipto, el sultanato de los mamelucos, que pronto se extiende por Palestina y toda Siria. Más al norte y en el este, la expansión mongola trae consigo la descomposición del sultanato seldjûqí de Asia Menor, la ocupación de Iraq por los mongoles, que destruyen Bagdad, de donde el nuevo califa ‘abbâsí huye para refugiarse en El Cairo (1258), la creación de los Estados mongoles de Oipchaq y de los îljânes, y la aparición de los reinos turcomanos que corren diversas suertes, desde el Asia Menor hasta Afganistán. En este contexto, solo el sultanato mameluco, a pesar de algunos incidentes internos político-militares, conserva un cierto vínculo con el pasado y se revela como el más sólido, el mejor organizado y administrado, disfrutando, merced al control de los puertos del Mediterráneo oriental y del mar Rojo, de una considerable supremacía en los intercambios económicos: este sultanato experimentó una gran prosperidad, patente, sobre todo, en las espléndidas construcciones erigidas en El Cairo. La situación del Próximo Oriente musulmán evoluciona poco a poco a lo largo del siglo XIV, sobre todo a partir de su segunda mitad, que es testigo del comienzo del poderío otomano; pero este poder se ve momentáneamente comprometido por la invasión de las tropas turco-mongolas de Tamerlán, en tanto que en Egipto el régimen vigente es sustituido por una nueva serie de jefes militares: en el

momento en que empieza el siglo XV, el mundo musulmán sufre nuevas peripecias.

Durante todo este período, los occidentales abandonan todas sus posesiones territoriales excepto la isla de Chipre, refugio del reino de Jerusalén, y dejan de desempeñar cualquier tipo de papel político; en cambio, sus actividades económicas progresan, particularmente la de los venecianos y los genoveses. En lo referente a los bizantinos, a pesar de la reconquista de su capital en 1261, ven desaparecer poco a poco su supremacía en el Asia Menor occidental, y mermarse en la Europa balcánica bajo la acción de los búlgaros, los servios y, posteriormente, de los turcos, a los que Juan VI Cantacuceno recurrió imprudentemente. Al final del siglo XIV, el imperio bizantino no es más que un Estado con los días contados.

Muerte de la cruzada

En la primera mitad del siglo XIII se llevaron a cabo cuatro cruzadas, con mayor o menor éxito, con objeto de reconstituir en Tierra Santa el reino de Jerusalén: mientras la cuarta se detuvo en el camino y consiguió la creación del imperio latino de Constantinopla, la quinta (1217-1219) fracasó en Egipto, al igual que la séptima, la de Luis IX (1248-1250); en cambio, la sexta cruzada, conducida por el emperador Federico II, fue testigo de la restitución de Jerusalén a los latinos a raíz de un acuerdo concertado con el sultán ayyûbí Al-Kâmil (1229). Pero quince años más tarde, los musulmanes volvieron a tomar la ciudad: los «Estados» francos se reducen entonces a algunas ciudades de la costa siria y palestina y a su inmediato *hinterland*. La expedición de Luis IX en Egipto no mejora en absoluto su situación, que empeora cuando el sultán mameluco Baybars, vencedor de los mongoles en ʻAyn Djâlût (1261), emprende sis-

temáticamente la reconquista de las plazas ocupadas por los francos, tarea que es proseguida un poco más tarde por el sultán Qâlâ'ûn: en 1291 ya no queda una sola ciudad de Palestina o de Siria en manos de los francos; la pérdida más sensible es sin duda la de San Juan de Acre (mayo de 1291), que constituía para los genoveses una base comercial muy importante.

El final del sueño palestino

La pérdida de las posesiones latinas pone fin, definitivamente, al sueño palestino y a cualquier esperanza de reconstitución de un reino de Tierra Santa. Las causas son múltiples: siguiendo la política de reconquista y de unidad musulmana llevada a cabo por Nûr al-Dîn y por Saladino, los sultanes ayyûbíes obraron de manera pacífica y hábil, prefiriendo concertar tratados con los occidentales cuando eso se revelaba útil a corto plazo, pero atacando si las circunstancias lo permitían; más tarde, con vistas a la consecución de su objetivo (la dominación de Egipto y de Siria), los sultanes mamelucos impidieron que los latinos pudieran recurrir a ellos; tal vez, una política más previsora, buscando antes la alianza de los mongoles, habría permitido a los francos —como se ha dicho, Luis IX lo haría, pero sin éxito— mantener, total o parcialmente, sus posesiones en Siria y en Palestina; además, hay que tener en cuenta que las rivalidades entre familias francas y entre las ciudades mercantiles italianas facilitaron las empresas de los ayyûbíes y, sobre todo, de los mamelucos.

El repliegue de los latinos en la isla de Chipre, donde se perpetúa el reino de Jerusalén, introdujo nociones nuevas: la de hacer de la isla a la vez una eventual base de partida para la reconquista de Tierra Santa, la de mantener en el Mediterráneo oriental un foco «latino» y, por último, la de utilizar la isla como punto de enlace para las actividades mercantiles en el Mediterráneo. De hecho, hasta su conquista por los turcos en 1571, Chipre constituye un baluarte occidental cuyas manifes-

taciones ofensivas se inclinan más hacia el comercio, sobre todo cuando los venecianos dominan la isla, que hacia las acciones militares. Chipre constituyó también un centro de cultura latina de la que se encuentran huellas en obras literarias y, sobre todo, en la arquitectura religiosa y militar de la isla.

Un poco más al oeste, los caballeros de San Juan de Jerusalén encontraron asilo en la isla de Rodas, conquistada en 1310: hicieron de la isla, esencialmente, una base naval y militar contra los musulmanes de Asia Menor y de Siria, ocupando en ciertos momentos otras islas (Cos, por ejemplo) o diversas plazas fuertes en la costa asiática, como Halicarnaso (hoy Bodrum). La toma de la isla por los turcos otomanos en 1522 implica la partida de los caballeros hacia Trípoli en primer lugar y, más tarde, hacia Malta.

La reconquista de Constantinopla por los bizantinos en 1261 y el establecimiento de la dinastía de los Paleólogos en la capital por Miguel VIII tuvieron consecuencias directas para los latinos, además de la desaparición del imperio latino: la desposesión momentánea de los venecianos en beneficio de los genoveses, que hicieron de Gálata el gran centro de su comercio en el Mediterráneo oriental y en el mar Negro; la progresiva reunificación del imperio bizantino; pero, sobre todo, el hecho de que, durante cerca de quince años. Carlos de Anjou, hermano de Luis IX y rey de Nápoles, intenta en vano reconquistar el trono de Bizancio. Su fracaso definitivo, que ve todas sus esperanzas destruidas por la revuelta siciliana en 1282, señala el final de la presencia latina, excepto en Morea donde el principado de Acaya se mantendrá aún mucho tiempo y constituirá, como Chipre, un foco de cultura latina en un medio griego.

Es sintomático que en el siglo XIV las expediciones a las que se sigue llamando cruzadas, aunque de manera errónea, no piensen ya en reconquistar los santos lugares. Con el tiempo, adoptan dos nuevos aspectos: en primer lugar, en los dos pri-

meros tercios del siglo, se trata de expediciones organizadas bajo forma de coaliciones poco estructuradas, que intentan defender los intereses cristianos en el Mediterráneo oriental, ya sea contra los emiratos y los piratas turcos, como en 1345, ya sea contra los mamelucos de Egipto, poseedores de salidas comerciales en las orillas sirias, palestinas y egipcias: la toma de Alejandría en 1365 por Pedro I de Chipre, que aspira a asegurarse el control del comercio efectuado por este puerto, es finalmente un fracaso que se vuelve en contra de los cristianos de Egipto y los comerciantes occidentales. Venecianos y genoveses no fomentaron en lo sucesivo este tipo de expediciones. El segundo aspecto aparece a partir del momento en que los turcos otomanos establecen su dominación en la Europa balcánica: las expediciones emprendidas contra ellos toman el nombre de cruzadas antiturcas; su finalidad es proteger a los cristianos de los Balcanes contra la progresión musulmana: las expediciones de Nicópolis (1396) y, posteriormente, la de Varna (1445), de la que se hablará en su momento, suponen crueles fracasos para los occidentales, que no reemprenderán la ofensiva contra los turcos hasta el siglo XVI, al sesgo de los conflictos entre hispano-austríacos y otomanos.

Aunque el aspecto religioso no desapareció totalmente de las expediciones llevadas a cabo por los latinos en el Mediterráneo oriental, no representa ya más que un elemento secundario, pues los intereses comerciales ocupan el primer lugar, hecho particularmente visible en la actitud de las dos grandes ciudades mercantiles de la época, Venecia y Génova. Por otra parte, ¿en qué otro pretexto se podrían apoyar los occidentales para justificar sus acciones en Oriente? Los Estados latinos de Tierra Santa y del territorio bizantino desaparecieron, salvo algunas excepciones, y con ellos toda clase de problemas propiamente políticos. En cuanto a los problemas humanos, son prácticamente inexistentes en Siria y Palestina, donde los contactos

entre los latinos y las poblaciones locales se redujeron al mínimo y no dieron lugar a ninguna repercusión. Las excepciones conciernen a Chipre, al principado de Morea y a algunas islas del mar Egeo ocupadas por los venecianos; pero hará falta tiempo, incluso siglos, para que se establezcan relaciones bastante estrechas entre occidentales y orientales. Las implantaciones de población, que algunos cronistas del siglo XII consideraban como adquiridas apuntando lo que los señores latinos habían adoptado de las costumbres y las hablas locales, no resistieron ante la reconquista musulmana; aunque las órdenes religiosas y algunos señores lucharon durante la mayor parte del siglo XIII por defender los territorios que seguían estando aún bajo su autoridad, finalmente debieron renunciar a hacerlo, y de su establecimiento en Siria y en Palestina quedaron las fortalezas edificadas en el *limes* cristiano-musulmán, reseñas en las crónicas de algunos autores árabes y, por último, la presencia de algunas colonias comerciales, esencialmente italianas, en diversos puertos del litoral sirio, palestino y egipcio. Por el lado occidental, las aportaciones son igualmente limitadas: aunque el espíritu de cruzada se manifiesta aún entre algunos papas (Bonifacio VIII, Juan XXII), algunos soberanos (Felipe VI de Valois, Pedro I de Chipre) y, sobre todo, algunos religiosos (principalmente dominicos: Ramón Llull, Burcard o Brochard, Guillaume Adam, Ricoldo de Monte Croce), es significativo que el conocimiento del Islam y de los musulmanes apenas progresó: las ideas falsas y la incomprensión siguieron siendo la regla general.

El interés de los italianos

Aunque las empresas políticas y religiosas fracasaron en territorio musulmán y, parcialmente, en territorio bizantino, no ocurrió así con las empresas comerciales. A lo largo del siglo XII, gracias a la conquista de los puestos de la costa sirio-palestina, algunas colonias de comerciantes italianos se estable-

cieron en estos puertos, pero el comercio efectuado por los mercaderes no llegó más allá de los intercambios locales, a los que cabe añadir la actividad comercial desarrollada con Egipto.

La situación cambia en el siglo XIII: durante la primera mitad del siglo, los venecianos dominan el mercado mediterráneo, pero en la segunda mitad, por una parte, el régimen mameluco que gobierna Egipto y Siria controla el comercio de tránsito entre los países del océano índico y los del Mediterráneo así como la exportación de productos locales y del África oriental; por otra parte, los genoveses supieron aprovecharse de la reconquista griega de Constantinopla y adquirir algunas ventajas, aunque temporales, sobre los venecianos: instalados en Galata en 1265, donde poco a poco se va edificando una ciudad genovesa, obtienen el derecho de comerciar en el mar Negro y establecen entonces factorías en Crimea, Caffa y Tana; están igualmente presentes en Chipre (en Famagusta) y, a pesar de la caída de San Juan de Acre, mantienen posiciones en varios puertos de la costa siria. Una vez desposeídos, los venecianos reaparecen en Constantinopla en 1268, un poco más tarde en el mar Negro, y hacen de Alejandría una de sus principales escalas en Oriente: como ocupan constantemente las islas de Eubea y de Creta, y diversos puntos de enlace en el Adriático, establecen una red de comunicaciones, una política de dominación y de presencia que corresponde a la existencia de un verdadero imperio económico e incluso político, en cierto modo, al que se denominó «la Romanía veneciana».

Las guerras llevadas a cabo por Miguel VIII Paleólogo contra Carlos de Anjou y las que entablaron sus sucesores con los búlgaros, los servios y los turcos, contribuyeron a debilitar el imperio bizantino, víctima, por otra parte, de considerables dificultades sociales. Los venecianos y los genoveses aprovecharon ampliamente estas circunstancias para controlar la casi totalidad del comercio exterior bizantino y privar al imperio de im-

portantes ingresos: a principios del siglo XIV, el tráfico de Gálata es casi diez veces superior al de Constantinopla y el comercio de los productos de exportación más remuneradores (trigo, madera, curtidos, alumbre, telas preciosas, y sobre todo, esclavos originarios de las regiones del Cáucaso, con destino al Egipto mameluco) está en manos de los italianos, algunos de los cuales, como el genovés Benedetto Zacearía, constituyen verdaderas potencias económicas.

Sin duda, ni los venecianos ni los genoveses tuvieron éxitos constantes y, más de una vez, debieron padecer ya fuera la hostilidad de los dirigentes del lugar, tanto en Constantinopla como en Crimea, donde, tras una buena acogida, los jânes mongoles de Qipchaq mostraron una actitud muy antioccidental, ya fuera la hostilidad de las poblaciones locales que acusaban a los comerciantes latinos de arruinarlos y, sobre todo, de menospreciarlos. Además, las dificultades del imperio condujeron a los basileis a devaluar repetidas veces el *hiperperio* (sueldo de oro) bizantino de 24 a 9 y, posteriormente, a 5 quilates; la moneda bizantina perdió su papel de moneda internacional en favor de las monedas italianas, el *genovino*, el florín y, finalmente, el ducado veneciano que, bajo el nombre de cequí, gozó durante siglos de una total preponderancia. Esta dominación monetaria se vio completada por la puesta en marcha de una red de banqueros que evitaban las transferencias de monedas, y por la creación de seguros marítimos que suponían indiscutiblemente ventajas para mercaderes, negociantes y armadores.

Cuando la situación política del Asia anterior y central desorganiza los circuitos comerciales de China y del Turkestán, venecianos y genoveses, sin abandonar totalmente sus bases del mar Negro y Anatolia, vuelven su interés hacia las salidas y los enlaces mediterráneos del comercio internacional: la estabilidad y la seguridad interna de los países que están bajo la autoridad musulmana impulsan a fortalecer las colonias mercantiles

de Siria, Palestina y Egipto y, desde este punto de vista, el puerto de Alejandría desempeña un papel primordial. Lo mismo ocurre en el caso de las islas de Chipre y de Creta: la primera, sobre todo, ocupa una posición estratégica en el Mediterráneo oriental, y la expedición del rey Pedro I contra Alejandría no tiene solo los objetivos religiosos confesados: la segunda intención comercial no está ausente, pero el fracaso final de este intento se vuelve momentáneamente contra los comerciantes francos instalados en la ciudad. Más tarde, el ataque a Alejandría no tendrá lugar y un *modus vivendi* comercial se establece entre funcionarios y comerciantes egipcios y entre comerciantes y armadores italianos, un proceso que continuará hasta la conquista de Siria y de Egipto por los otomanos a principios del siglo XVI.

Así pues, el sueño de los caballeros de la época de las primeras cruzadas de establecer en Oriente un Estado latino fracasó completamente; en cambio, la presencia latina se manifiesta bajo un aspecto que da un peculiar giro a las relaciones entre occidentales y orientales, y en el que no se trata ya de dominación territorial sino, so capa de intercambios comerciales, de control de actividades económicas referentes tanto a Europa como a Asia: aparece así en el Mediterráneo una forma de capitalismo mercantil, que se desarrollará sin cesar a lo largo de los siglos y provocará, según la fuerza o debilidad de los Estados del Próximo Oriente, la fortuna o la ruina de estos.

El santuario egipcio

La segunda mitad del siglo XIII es testigo de profundos cambios en el mundo musulmán del Próximo Oriente: en Siria y en Egipto los ayyûbíes, kurdos arabizados, habían modificado ya las circunstancias locales; más al norte y al este, los seldjûqíes,

turcos islamizados y marcados por influencias árabes e iraníes, habían aportado su ayuda al califa de Bagdad y extendido el dominio musulmán en el Asia Menor bizantina.

Pero poco antes de mediados del siglo XIII sobreviene el peligro mongol: algunos sucesores de Gengis Jan penetran en territorio musulmán y hacen pesar amenazas sobre las dinastías instaladas en Irán, Iraq, Adharbâydjân y Anatolia, así como en el norte de Siria.

Un golpe de Estado militar

A fin de protegerse, el soberano de Egipto, Al-Malik al-Sâlih recluta jinetes de las poblaciones del Jwârizm, entre el mar Caspio y el mar de Aral, alejadas por el empuje mongol, y los lanza a Palestina y Siria con la intención de reconstituir la unidad de los ayyûbíes, como en tiempos de Saladino, y de oponer a los mongoles una defensa organizada. Pero los jwârizmíes se distinguen sobre todo por la matanza de las poblaciones locales, principalmente en Jerusalén, donde los cristianos son diezmados (1244); para desembarazarse de ellos, Al-Malik al-Sâlih recurre a esclavos comprados en los puertos del mar Negro, provenientes de poblaciones turcas de la región del bajo Volga sometidas a la dominación mongola y que sus nuevos amos venden sin escrúpulos a comerciantes griegos e italianos. Estos esclavos (*mamelucos*) son formados en la carrera de las armas y constituyen desde entonces lo esencial del ejército de Al-Malik al-Sâlih: se les llama «sâlihî-es», a partir del nombre de su amo. Cumplen perfectamente su cometido, eliminando a los jwârizmíes y, posteriormente, oponiéndose victoriosamente a los cruzados de Luis IX desembarcados en Damieta (1249); pero la muerte repentina de Al-Malik al-Sâlih les permite desempeñar un importante papel: poco satisfechos de la conducta y las intenciones respecto a ellos del nuevo soberano, Tûrân Shâh, los jefes mamelucos lo suprimen y reconocen como soberano a Shadjarat al-Durr, viuda de al-Sâlih, a cuyo lado colocan como

consejero a uno de los suyos, el emir Aybak. Esta situación dura poco, pues, finalmente, Aybak toma solo el poder y se hace otorgar el título de sultán (1250), inaugurando así la serie de los nuevos soberanos de Egipto: los mamelucos «balines» (de la palabra árabe *bahr*, «mar» referida al Nilo, en una de cuyas islas se encontraba el principal cuartel de los mamelucos), que gobernaron el país hasta 1382; más tarde, hasta 1517, otros mamelucos, sobre todo de origen circasiano, reinaron en Egipto y llevaron el nombre de «burdjíes» (de la palabra *burdj*, «torre», pues estaban acuartelados en las torres de la ciudad de El Cairo).

La toma del poder por los militares y, sobre todo, la consolidación del nuevo régimen se debieron a diferentes factores: en primer lugar, la nueva amenaza franca originada por la cruzada de Luis IX, y eliminada en el delta del Nilo; y luego, la amenaza mongola llegada de Iraq con el jân mongol Hûlâgû que, en 1258, toma Bagdad, destruye la ciudad y penetra en Siria; la derrota de los mongoles en 'Ayn Djâlût el año 1261 supone para el sultán mameluco Baybars (1260-1277) un éxito sin precedentes, pues aparece a los ojos de los musulmanes como el salvador del Islam y del califato, como uno de los descendientes del califa 'abbâsí refugiado en El Cairo; finalmente, la reunificación de Egipto y de Siria en un mismo conjunto político permite también a los musulmanes erigirse en sucesores de Saladino. De este modo, se encuentra bastante rápidamente legitimado un régimen nacido del azar de las circunstancias y de la voluntad de algunos jefes militares. Estos pueden asegurar con mayor razón su poder en tanto que representan la única protección de Egipto y de Siria contra los peligros de las invasiones mongolas, debido a la desaparición de los soberanos ayyûbíes.

Llegados al poder fuera de todo concepto tradicional musulmán, estos militares imponen un sistema político fundado en su origen, en su pertenencia a un medio específico, el de los

«mamelucos», que constituye el elemento fundamental del Estado; el sultán es el primer representante de esta casta militar, pero su poder real depende de los emires, sus compañeros de reclutamiento y de función, de los que a menudo no es más que el *primus inter pares*. A los emires se les atribuyen *iqtâ'ʻs* comparables a los *iqtâ'ʻs* seldjûqíes, es decir, rentas fiscales de tierras cuya dimensión varía en función de la importancia del detentor y de su función militar o administrativa; los emires deben mantener con estas rentas a los mamelucos, entre 10, 40 o 100, susceptibles de ser llamados a filas en cualquier momento por el sultán. Este, por su parte, dispone de cerca de la mitad de las rentas del Estado, lo que se justifica por la importancia y la dimensión de sus servicios: estos representan el organismo central, al que se añaden los servicios dependientes de la corona propiamente dicha. Aunque, gracias a las rentas, el sultán ocupa una situación considerable que hace de él verdaderamente el jefe del Estado, esto no basta para darle un poder absoluto y, sobre todo, para permitirle asegurar su sucesión a través de su hijo; en efecto, sus rentas, como las de los emires, son personales, vitalicias y no transmisibles: la noción de herencia es, en principio, inexistente y, por tanto, es excepcional que un hijo de sultán suceda a su padre; el hecho se produjo, no obstante, en el siglo XIV, cuando Muhammad al-Malik al-Nâsir sucedió a su padre, el sultán Qâlâ'ûn (1279-1290), aunque no reinó verdaderamente más que a partir de 1310, y hasta 1341. Lo mismo ocurre en el caso de las *iqtâ'ʻs* de los emires, pero el sistema contiene en sí sus propios defectos: el sultán y los emires son los representantes de una «casta» social que, una vez confiscado el poder, no quieren retroceder a otras categorías, de donde proviene la obligación de mantener, e incluso de aumentar, si es necesario, el número de gentes pertenecientes a esta casta, los mamelucos: pero resulta que el sultán y los emires solo son los representantes de una «tajada» de la casta y, como la sucesión

está prohibida y los hijos de los mamelucos nacidos en Egipto o en Siria no podrían ser considerados, por definición, como mamelucos, se imprime la renovación de los dirigentes, ya sea por propia voluntad o por la fuerza, lo que explica el número de golpes de Estado sobrevenidos en el régimen mameluco, y la inexistencia de una verdadera dinastía.

El reflejo de un antiguo Islam

A pesar de las tensiones, el régimen se distinguió por un poder fuerte y una administración heredada de los califatos ʻabbâsí y fâtimí. El sultán es el jefe temporal y, merced a la presencia del califa ʻabbâsí en El Cairo, recibe de este, en tanto jefe espiritual, una garantía de autenticidad de su poder. Por supuesto, los sultanes mamelucos confinaron constantemente a los califas en límites extremadamente estrechos y, salvo en raras y cortas excepciones, no pudieron ejercer un verdadero poder, a pesar de ser los poseedores de la legitimidad y de la continuidad musulmanas, principalmente a los ojos de la población.

El sultán reside en El Cairo; los palacios y edificios sultaníes están situados en la ciudadela, desde donde Saladino ejerció su poder. El sultán y los emires son a menudo de origen turco y hablan mal el árabe; sin embargo, se escogen entre los emires los titulares de las funciones áulicas que constituyen el consejo del sultán, llamado a discutir y a tomar decisiones concernientes a la política del Estado: el consejo está formado por el jefe de la casa sultaní (*ustâdhdâr*). el jefe de la cancillería (*dâwâdâr*), el emir de las armas (*amîr silâh*), el comandante de la guardia (*ra's nawba*), el emir de las caballerizas (*amîr âkhûr*), el emir responsable de la seguridad del sultán (*amîr djandar*), etc. En la práctica, sobre todo al comienzo del régimen de los mamelucos, el sultán, cuando conduce expediciones fuera de El Cairo, delega sus poderes en un lugarteniente (*nâ'ib*) que se hace cargo entonces de la administración. Esta, como en el caso de los fâti-

míes y los ayyûbíes, está dividida en oficinas (*dîwân*), cada una de ellas dirigida por un *nâzir* y encargado de las rentas del imperio, de los gastos, del ejército y de la administración interna; el personal de los *dîwâns* es a menudo, como bajo los regímenes precedentes, cristiano, e incluso judío; la circulación de las órdenes y decretos está asegurada por la cancillería, dirigida por el «secretario del secreto» (*kâtib al-sirr*), y cuyo funcionamiento aparece en algunos libros de cancillería cuyo más célebre ejemplar es el de Qalqashandî (1355-1418), el *Subh al-a'shà*, acabado en 1412; la cancillería dispuso, sobre todo a partir del siglo XIV, de un correo a caballo (*barîd*), primeramente de origen militar, pero más tarde asignado a la administración, y que se distinguió por su notable eficacia, sobre todo en las relaciones con las provincias.

Las provincias no estaban constituidas de manera uniforme; en Egipto existían dos grandes regímenes: el Bajo Egipto o Delta, y el Alto Egipto o Sa'îd, divididos en veinte provincias administradas cada una por un gobernador (*wâlî*); en Siria se contaba con seis regencias (*mamlaka*), o lugartenencias (*niyâba*), cada una de ellas dirigida por un *na'ib*, es decir, por un representante del sultán, que disponía de emires, administradores y gobernadores. Esta organización no impidió la creación en Egipto, en la segunda mitad del siglo XIV, de inspectores (*kâshif*), cuyas funciones ejercían emires encargados de controlar el buen funcionamiento de los canales de irrigación, de garantizar la seguridad de los agentes del fisco y de cuidar del buen desarrollo de las cosechas: estos *kâshifs* ocuparon luego un importante lugar en la vida administrativa y política de las provincias.

Si el Estado muestra tanto interés por los campos es porque lo esencial de sus recursos provienen de ellos, tanto en forma de productos diversos (cereales, legumbres, caña de azúcar, frutos) como de impuestos sobre las cosechas; es, pues, normal que el Estado, particularmente en Egipto, vele por el rendimiento

de la agricultura, condicionada por las crecidas del Nilo, cuyas consecuencias solo pueden ser benéficas si los canales de irrigación están bien conservados; además, en Siria y en el Alto Egipto, es menester proteger a los campesinos contra las tribus beduinas, a menudo animadas por el afán del pillaje. El Estado mameluco proporcionó a estas tribus un terreno de expansión en Nubia, hasta entonces parcialmente cristiano, pero que la conquista llevada a cabo por Baybars contribuyó a islamizar progresivamente, principalmente por la instalación de tribus árabes. Esta islamización de Nubia es capital para Egipto —y para el régimen mameluco— pues abre a este país la ruta del África central y oriental con todas sus riquezas, entre las que se encuentra, en primer lugar, el comercio de los esclavos negros.

La riqueza del imperio mameluco está en poder del sultán, por una parte, y, por otra, de los emires, detentores de *iqtâ‘s* es decir, rentas fiscales vinculadas a las tierras que se les atribuyen: estas rentas tienen como finalidad cubrir sus necesidades cotidianas (por lo general, ampliamente satisfechas), pero también comprar, alimentar, formar y equipar sus propios mamelucos; casi todos estos emires residen en la capital, El Cairo, o en las grandes ciudades de Siria (Damasco, Alepo), y confían la gestión de sus *iqtâ‘s* y la vigilancia de sus rentas a intendentes, a menudo intransigentes con respecto a los campesinos. Los emires se rodean, a la manera del sultán, de una especie de corte, más o menos importante según su rango. Esto les lleva a utilizar el resto de sus rentas para construirse una residencia más o menos grande y una tumba de mayor o menor dimensión, a dedicar algún dinero a construcciones religiosas (eventualmente una mezquita, una madrasa) o militares a fin de asegurar su porvenir material y el de su familia, y a construir o comprar casas de alquiler, baños, tiendas, jâns (*wakâla*), almacenes o tierras. Para que estos bienes no sean sustraídos o confiscados son considerados *waqf* (fundación piadosa), siendo destinados los

ingresos al mantenimiento de los edificios religiosos construidos por el emir y permitiendo a los descendientes del benefactor contar con algunos recursos al atender la gestión de estas fundaciones piadosas. Indiscutiblemente, el sistema de los *waqfs* experimentó un gran desarrollo bajo el régimen mameluco, tanto en Egipto como en Siria: el registro (*waqfiyya*) de estas donaciones, cuando pudo ser conservado, constituye un valioso documento para el conocimiento de la historia económica y social de las ciudades del Estado mameluco.

Este se caracterizó, por otra parte, por la importancia de las ciudades y de la vida urbana: el hecho de que los detentadores del poder y de la riqueza residieran en las ciudades, de que sus ingresos, esencialmente agrícolas, fueran en su mayor parte gastados en la ciudad y de que la vida económica experimentara, bajo los mamelucos, una formidable expansión, todo esto contribuyó a asegurar el desarrollo de las ciudades, principalmente de las grandes: El Cairo, Damasco. Alepo, etcétera, a pesar de la gran peste de 1349 que afectó fuertemente a Egipto. La población crecía y, al mismo tiempo, las casas, las tiendas, los talleres destinados al alojamiento y al trabajo de habitantes atraídos por el maná proveniente de la generosidad de los emires: pero esto implica también el desarrollo o la creación de barrios nuevos, con sus características, sus indispensables monumentos religiosos:' mezquitas, madrasas, conventos, etcétera, sus centros comerciales, más o menos importantes según el emplazamiento del barrio; en algunos casos, se ven multiplicarse en el centro de la ciudad (rara vez en la periferia) almacenes, *jâns, wakâlas, qaysariyyas* y *fundûqs,* testigos de la actividad del gran comercio que se observa en El Cairo. Damasco o Alepo; el desarrollo de las ciudades no es uniforme en todas partes, ni en todo tiempo, y la organización interna no es en absoluto paralela al crecimiento de la población o al de las diversas actividades: así, parece ser que los gremios no tuvieron una existencia

muy sólida o, en todo caso, que su papel sería muy restringido; la *futuwwa*, que vimos desarrollarse en el medio ʻabbâsí, solo tiene ya, en el Egipto y la Siria mamelucos, un carácter formal, sin influencia política o social; por lo demás, iría desapareciendo poco a poco. En cambio, una categoría social tiende a adquirir una posición importante en las ciudades: la de los ulemas (*ulamâʼ*, plural de *ʻâlim*, sabio, hombre versado en la ciencia religiosa), que desempeñan un papel de intermediarios entre el poder y la población y ejercen funciones ya sea jurídicas o religiosas; formados en las madrasas, representan, a los ojos de la población —más que los sultanes mamelucos y los emires, considerados, a pesar de todo, como «extranjeros»—, la tradición arábigo-musulmana, la ortodoxia religiosa y, tal vez más en los barrios populares y en los campos, los verdaderos guías espirituales, en conexión con las cofradías religiosas (*tarîqas*). Algunos ulemas y algunos personajes piadosos fueron venerados como santos, cuyo carácter de santidad a veces incluso era reconocido por los emires, preocupados por entablar relaciones con la población y no mostrarse diferentes a ella.

Según parece, la islamización de Egipto experimentó entonces un sensible progreso; aunque los cristianos y los judíos no sufriesen ni persecuciones ni presiones, es indiscutible que, debido a los propios emires, a menudo musulmanes de fecha reciente, el Islam debía ser afirmado como el elemento fundamental del imperio mameluco a fin de crear los lazos de unión más indispensables entre los dirigentes y el pueblo. Los primeros sultanes mamelucos encontraron en el teólogo hanbalí Ibn Taymiyya (1263-1328) —a menudo atacado por otros teólogos musulmanes— la teoría justificativa de la unión indisoluble entre la religión y un Estado fuerte, encargado de hacer respetar la ley religiosa, de promover el progreso social y de desarrollar las relaciones armoniosas entre las diferentes categorías de la población. Este carácter religioso del régimen queda de mani-

fiesto en la profusión de edificios piadosos construidos por los sultanes y los emires mamelucos en El Cairo, en Damasco, en Alepo en otras ciudades: mezquitas, madrasas, hospitales, tumbas, escuelas, fuentes (*sabîls*), etcétera, a los que un estilo típico añade un elemento de originalidad que contribuye a caracterizar el sultanato mameluco.

La gran ruta de las Indias

Al tiempo que el Estado mameluco supo afirmarse en la gestión política de Egipto y de Siria, en el plano externo se benefició de circunstancias favorables o supo crear las condiciones de estas circunstancias. El fracaso de la cruzada de Luis IX y, poco después, la derrota de los mongoles en 'Ayn Djâlût proporcionaron a los mamelucos la seguridad en Siria, seguridad reforzada a finales del siglo XIII por el despojo de los últimos cristianos latinos de Oriente con la loma de San Juan de Acre en 1291 y, más tarde, por nuevas victorias sobre los mongoles: la paz firmada con ellos en 1323 pone punto final a este proceso: asimismo, la eliminación del reino armenio de Cilicia asegura la protección de la frontera siria; por último, el ocaso de los Estados mongoles de Irán y de Qipchaq, las revueltas y las luchas que hacen estragos en Irán, en Iraq y en Asia Menor durante la mayor parte del siglo XIV desvían a los comerciantes de las rutas comerciales que pasan por estos países. Por el contrario, la estabilidad y la paz que reinan en Siria y, sobre todo, en Egipto favorecen las rutas que parten de estas regiones hacia el océano índico. Asimismo, se muestra un mayor interés por África central y oriental: Nubia pasa ya bajo el control indirecto de los mamelucos por la instalación de tribus árabes. Así, Egipto, sobre todo, aparece entonces como el eje del comercio entre países mediterráneos y países del océano índico: se efectúa un importante tráfico a través del país, al sur a partir del puerto de 'Aydhâb, desde donde un camino se dirige al valle del Nilo, a Qûs, y posteriormente, a través del río, llega hasta El Cairo y fi-

nalmente a Alejandría, donde toman el relevo los comerciantes occidentales. Este comercio de tránsito, consistente en especias, pimienta, seda, telas de lujo o productos preciosos como la porcelana, proporciona considerables ingresos al Estado mameluco, bajo la forma de derechos de aduana, tasas de entrada y salida, tasas sobre los navíos, sobre las transacciones, etc. Estos ingresos permiten la importación de materiales de los que se carece, madera y metales especialmente, a veces cereales, y también la compra de los jóvenes esclavos indispensables para la renovación del ejército mameluco.

El gran comercio, al igual que en tiempos de los ayyûbíes y hasta mediados del siglo XV, está en manos de los mercaderes *kârimí*, cuyo período más sobresaliente se sitúa durante el siglo XIV. Estos comerciantes organizados en asociaciones familiares en las que participan hombres libres y esclavos como agentes, prospectores de mercados, representantes en las factorías locales de la costa oriental de África, en Arabia, en India e incluso más lejos. Es probable que algunos comerciantes *kârimí* o sus agentes establecieran contactos en el siglo XIV con los habitantes de Sumatra o de Java —donde habría comenzado entonces la islamización, en particular en el norte de Sumatra, en Atjeh— y con la China. Los *kârimí* drenaron hacia Egipto los productos de Extremo Oriente, enriquecieron al Estado mameluco, al mismo tiempo que a sí mismos (se habla de *kârimí* poseedores de varios centenares de miles de dinares) y contribuyeron al desarrollo económico de El Cairo donde los barrios mercantiles, con sus zocos, experimentaron una considerable expansión, por la que se interesaron numerosos emires.

El monopolio ejercido por los *kârimí* en el mar Rojo y en la ruta ‘Aydhâb-Qûs implicó reacciones, por una parte, de las tribus beduinas del Alto Egipto, ávidas de sacar provecho de la riqueza que se ponía a su alcance, tribus que provocan disturbios a los que se añaden los estragos causados por la gran peste; y,

por otra parte, de los piratas que surcan el sur del mar Rojo y las costas africanas; por lo que, antes del final del siglo XIV los *kârimí* abandonan el puerto de ʻAydhâb como punto de desembarco, trasladado entonces a las inmediaciones de Suez.

Por el flanco mediterráneo, Alejandría es el gran punto de enlace del comercio internacional. La eliminación de los latinos de sus posiciones de Siria y Palestina facilitó el establecimiento de relaciones comerciales más intensas: el ataque de Pedro I de Lusiñán contra Alejandría en 1365, violentamente denunciado por los comerciantes italianos, comprometió momentáneamente estas relaciones pero, desaparecida la amenaza, se volvió a la situación anterior. Alejandría, como los otros puertos de la costa siriopalestina donde se encuentran colonias de comerciantes europeos, constituye a la sazón el punto extremo del comercio de estos mercaderes: los mamelucos les prohíben cualquier actividad en su territorio y, con mayor razón, en el mar Rojo y más allá. Los occidentales solo pueden establecer algunos contactos con el mundo asiático, a través de la ruta turco-mongola. En la medida en que la fuerza y la riqueza de Venecia o de Génova están lejos de poder rivalizar con las del Estado mameluco y en que, en cambio, las ciudades mercantiles italianas, provenzales y catalanas poseen el monopolio del comercio transmediterráneo, estas encuentran allí sustanciales ventajas, más bajo coste, y ofrecen una imagen de Occidente que ya no es la del guerrero conquistador, sino la del comerciante propicio a las relaciones amistosas. Excepto durante el episodio de la toma de Alejandría en 1365, las colonias extranjeras vivieron en paz en los puertos del Estado mameluco, donde completaron la red comercial establecida por todas partes del Mediterráneo.

Aparte de los mercaderes, otros occidentales, los peregrinos, recorren el territorio mameluco; aunque algunos de ellos hallan en estos peregrinajes la ocasión para recordar las cruzadas,

con un cierto espíritu de desquite, otros, por el contrario, observan Oriente con nuevos criterios: Gower en su *Confessio Amantis* rechaza la idea de matar sarracenos como contraria a la enseñanza de Cristo; Langland escribe que la religión de los musulmanes no es totalmente opuesta a la de los cristianos; Honoré Bonet, en su libro *Arbre de batailles*, escrito hacia 1387, admite que el papa hace bien en predicar la cruzada pero, según él, esta guerra contra los incrédulos es injusta por dos razones: en primer lugar, si Dios les dio sus creencias, ¿por qué querer quitárselas por la fuerza y no dejarles vivir libremente? Y en segundo lugar, no hay que ir contra la voluntad de Dios. Por su parte, John Wyclif escribe «las cruzadas son empresas de bandidaje y pillaje…».

En resumen, poco antes del final del siglo XIV, el Estado mameluco constituye la potencia dominante en el Mediterráneo oriental, aun cuando algunos incidentes tienden a mostrar que no está al abrigo de las dificultades como: el agotamiento de las vituallas hacia 1360, que lleva a convocar un nuevo reclutamiento entre los circasianos; el abandono del puerto de ʻAydhâb; los estragos de la peste que se manifiesta a través de varias epidemias tras el azote de 1349; los disturbios en el Alto Egipto y, a finales del siglo, una primera confrontación con los otomanos en la frontera de Cilicia. Pero ninguno de estos hechos es lo suficientemente Importante como para hacer vacilar el imperio, que continuará desempeñando su papel, casi siempre con el mismo esplendor, a lo largo del siglo XV.

El final de un Egipto original

Dos importantes características aparecen en el segundo período de la historia de los sultanes mamelucos de Egipto, la de los sultanes «burdjíes» o circasianos: en primer lugar, el hecho de que la calidad de «circasiano» es una condición casi absoluta para formar parte de la jerarquía del poder; y en segundo lugar que, aun cuando no se puede hablar propiamente de dinastía,

de 1382 a 1461 y casi sin interrupción, los sultanes pertenecieron a la categoría de los mamelucos de Barqûq, los zâhirî, de modo que los reinados de Barqûq (1382-1395), Shayj (1412-1421), Barsbây (1422-1438), Yakmak (1438-1453) y Aynál (1453-1461) constituyen una misma «casta»; un poco más tarde, es un mameluco de Malik al-Ashraf Barsbây, Qâ'itbây (1468-1496) y luego un mameluco de este, Qânsûh al-Gûrî (1501-1516), quienes forman otro linaje de sultanes. En relación al primer período del sultanato mameluco, el segundo representa, pues, una importante transformación por la sucesión de soberanos del mismo origen, pero también por la extensión de los reinados, lo que da testimonio, indiscutiblemente, de una cierta estabilidad en el gobierno mameluco y de la autoridad que alcanzaron los sultanes sobre su administración militar y civil o, al menos, de que hicieron de los emires fieles colaboradores, a los que la atribución de notables beneficios y privilegios les da una situación particularmente envidiable y no justifica que haya insurrecciones palaciegas: muy al contrario, ellos son los defensores de este régimen que les aporta riqueza y responsabilidades. En este contexto, los sultanes aparecen no solo como los dueños del poder, sino también como señores preocupados por los intereses de sus súbditos, sobre todo de los que están situados más arriba en la jerarquía, a quienes les interesa favorecer. Se pone también de manifiesto que están más cerca de la población egipcia, no solo porque su reinado es más largo, y por tanto son conocidos mejor, sino también porque se arabizan antes que los sultanes del primer período. En estas condiciones, a partir del principio del siglo XV, el califa 'abbâsí ya no representa más que un símbolo religioso sin fuerza política.

En el dominio de la administración, también tienen lugar importantes transformaciones en el siglo XV. A causa de los graves problemas económicos que se plantean a finales del siglo XIV, a causa igualmente de la creciente autoridad del sultán

sobre los que le rodean, se advierte que, entre los emires allegados al soberano, uno de ellos adquiere una especial relevancia: es el *ustâdhdâr,* encargado de la casa del sultán, que vela por la centralización de la administración, la supervisa y ejerce una especie de función de gran visir, aunque sin sustraerse por eso de la dependencia respecto al sultán, en lo sucesivo más jefe político que militar y responsable del buen funcionamiento del Estado. Junto al *ustâdhdâr,* otro emir ocupa un alto nivel en la jerarquía: es el emir de los ejércitos *(âtâbek al-'asâkir),* para quien se vuelve a utilizar un viejo tratamiento seldjûqí en lugar de los tratamientos fâtimíes o ayyûbíes; el hecho es significativo y ha de relacionarse con el desarrollo, en el mismo período, del poder de los otomanos, que se proclaman también herederos de los seldjûqíes y que, al igual que los sultanes mamelucos, son turcos. Las dos grandes dinastías son vecinas en los confines de Anatolia y de Siria-Cilicia y reclutan en estas regiones pequeños soberanos locales en tanto que clientes o aliados: la rivalidad entre mamelucos y otomanos se manifiesta así en más de un terreno.

Cuando, a finales del siglo XV, surgen nuevas dificultades en la vida política y económica del Estado mameluco, otro emir desempeña a su vez un papel sobresaliente: es el *dárdano* (literalmente: «porta-escribanía»), que se hace cargo de la administración del sultanato y suplanta al *ustâdhdâr,* también a este respecto cabe preguntarse si es lícito hacer una comparación con el Estado otomano, en el que el *daftardâr* (literalmente: «conservador de registros») controla, aunque bajo la autoridad del sultán y del gran visir, la administración de las finanzas y es, por tanto, uno de los más altos responsables otomanos. La marcada personalidad de los sultanes circasianos, la conciencia de su poder y de su papel, la presencia a su lado de un pequeño número de emires de alto rango a quienes incumben primordiales tareas en el ámbito de la gestión y la protección del Esta-

do, hacen que se asista en este período a una centralización del poder, a un refuerzo de la autoridad de un pequeño número de dirigentes sobre los emires y los funcionaros: es evidente que se acentúa así un fenómeno aparecido en la primera mitad del siglo XIV, la confusión entre la casa sultaní (de donde provienen los emires) y el Estado, pero indiscutiblemente en beneficio de este; la noción de centralización y de refuerzo del poder se hace también patente por el hecho de que el sultán, durante la mayor parte del siglo XV y hasta muy a principios del siglo XVI, reside en El Cairo y no emprende ya expediciones para proteger los territorios del Estado. El sultán, que vive en su palacio situado en la ciudadela de El Cairo —donde se reúnen residencias, cuarteles y servicios administrativos—, será en lo sucesivo un verdadero «jefe de Estado» (algunos sultanes como Barsbây y, sobre todo, Qá'itbây lo demuestran perfectamente), hecho que pone de manifiesto, aparte de las a menudo grandiosas apariciones en El Cairo, en el ejercicio del poder en las provincias por medio de inspectores (*kâshif*), al principio meros controladores de las rentas agrícolas y del mantenimiento de las tierras, pero que luego, dotados de medios militares provenientes de la capital o de las grandes ciudades provinciales, velan por el orden en las provincias y acaban por suplantar a los gobernadores. Los *kâshifs* son nombrados directamente por los sultanes y constituyen la representación del poder central, que ellos contribuyen a reforzar.

Gérmenes de descomposición

Sin lugar a dudas, la peste negra, que hizo estragos en Egipto en 1349, significó un duro golpe para las actividades humanas y económicas del país, habida cuenta que la epidemia reapareció en 1374-1375 y, más tarde, más o menos periódicamente. Aunque la desgracia afectó a los habitantes de la ciudad —y entre ellos a numerosos reclutas mal adaptados—, no perdonó a los campesinos, hecho que tuvo importantes consecuencias pa-

ra el Estado mameluco. En efecto, este obtenía lo esencial de sus recursos financieros y materiales de los campos y, por otra parte, el reemplazo de los reclutas desaparecidos se hacía por medio de compras a un alto precio, tanto más elevado en cuanto que el elemento humano escaseaba cada vez más en los países del Cáucaso y en otros países, por lo que se consideraba indispensable mantener e incluso acentuar la presión fiscal y la vigilancia de las regiones productoras. En este estado de cosas, el papel del *kâshif* tendió a ser primordial en los campos: debían controlar el mantenimiento de los canales de irrigación y de los diques, elemento fundamental de una agricultura muy productiva, proteger a los recaudadores de impuestos, impedir las exacciones de los emires y prohibir las incursiones de los beduinos en los territorios de los sedentarios. Al disminuir la población rural, sus propias dificultades aumentaron a causa del incremento de las demandas financieras de los agentes del Estado, y a causa también de las más numerosas acciones de los beduinos de Siria y el Alto Egipto; estos, probablemente menos afectados por la peste negra a causa de su alejamiento de las zonas de fuerte epidemia, aprovecharon el debilitamiento de las poblaciones sedentarias para efectuar razzias a su costa. En estas circunstancias, los *kâshifs* fueron llamados a desempeñar un papel más importante en las provincias, con vistas a proteger los recursos fundamentales del Estado: se llevaron a cabo duras represiones contra los beduinos y estos, que hasta entonces constituían un elemento protector del comercio de África y Asia que transitaba por el Alto Egipto, una protección por la que ellos obtenían algunas ventajas financieras, no pudieron asegurar en lo sucesivo esta protección. Además, los comerciantes, a fin de evitar esta peligrosa región abandonaron la ruta marítima que les conducía a ʻAydhâb para adoptar un nuevo puerto de desembarco de sus mercancías en Tor, no lejos de Suez, ya en actividad antes del final del siglo XIV. A esto se aña-

den otros graves acontecimientos a principios del siglo XV: la invasión turco-mongola de Tamerlán en Siria, el hambre en Egipto, un resurgimiento de la peste en 1405 y la guerra de los emires contra el sultán Faradj, que dura hasta 1412; estos acontecimientos contribuyen a disgregar el sultanato y a privarle del poder político y económico en varias regiones, una situación que solamente mejora con los sultanes Shayj (1412-1421) y, sobre todo, Barsbây (1422-1438), gracias a nuevas medidas: refuerzo de los poderes de los *kâshifs* en detrimento de los emires y refuerzo del dominio del Estado sobre el comercio exterior. Este último fue benéfico: al reservar Barsbây, a partir de 1425, el comercio de especias destinado a la venta a los occidentales, al monopolio del Estado, este, que controlaba en Egipto el punto de desembarco, Tor, y el punto de embarque hacia Europa, Alejandría, vio sus recursos ampliamente incrementados, en detrimento de los emires, que no podían beneficiarse ya del tránsito de estos productos por el Alto Egipto y el valle del Nilo. Esta situación fue favorecida, además, por el hecho de que, en la misma época, Asia Menor oriental, el Alto Iraq, Irán del norte y Afganistán constituían lugares conflictivos por los que los mercaderes rehuían aventurarse: en consecuencia, Siria, que vivía un nuevo período de calma tras la invasión de Tamerlán, se benefició de las agitadas circunstancias de los países limítrofes y acogió también una parte del comercio con destino a Occidente. El indudable enriquecimiento que se pone de manifiesto entonces en el sultanato mameluco y que dura hasta el final del reinado de Qá'itbây (1468-1496) produce un renacimiento en el Egipto y en la Siria mamelucos pero abre también con mayor amplitud las puertas a las relaciones comerciales con la Europa occidental, tanto en lo concerniente a las ventas como a las compras, pues los productos europeos comprados por los mamelucos son más numerosos en cantidad y en especie, debido a la riqueza local, y estos productos no son

solamente materias primas indispensables para el ejército mameluco, sino también productos de lujo y bienes «de consumo». La penetración europea señala, en efecto, un incremento del poder económico y financiero de los mamelucos, al tiempo que un principio de concurrencia, una implantación en un dominio hasta entonces muy bien protegido. Por esto, durante todo el tiempo que es posible proteger la ruta marítima que, desde las Indias y Extremo Oriente, lleva las mercancías de estos países a Egipto, el Estado mameluco no tiene nada que temer. Y aun cuando, a principios del siglo XVI, los portugueses se instalan en diversos puntos del océano Indico no constituyen todavía una fuerza suficientemente importante, ni disponen de bases ni de redes bastante numerosas para bloquear o desviar el comercio con destino a Egipto.

A menudo se ha querido ver en los aspectos económicos la causa del hundimiento mameluco frente a los otomanos; pero, aunque no se pueden olvidar, lo cierto es que no constituyen la causa principal de la caída, que debe buscarse en las dificultades internas del régimen a principios del siglo XVI, tanto en Egipto como en Siria, y en el incremento del poder de los otomanos, que poseen a la sazón las fuerzas más impresionantes y más activas de todo el Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental.

El movimiento de desarrollo urbano ya observado durante el primer período del régimen mameluco continúa durante el segundo e incluso se amplía. A pesar de que la peste de 1349 despobló tanto las ciudades como los campos, parece ser que las ciudades se libran mejor y más rápidamente de las consecuencias de la epidemia; la existencia de un poder sólido permite en el siglo XV la constitución de una numerosa corte en El Cairo; los emires de diversos rangos continúan viviendo en la capital o en los grandes centros provinciales y obteniendo de los campos sus rentas, gracias a las *iqtâʿ* que se les atribuyen. Utilizan

este dinero para mantener sus propios mamelucos pero también para construirse residencias e incluso palacios (algunos de los cuales se han conservado, total o parcialmente, y han revelado muchos aspectos de la vida urbana), para participar en empresas comerciales y, finalmente, para construir edificios religiosos (mezquitas, madrasas, tumbas), utilitarios (baños, fuentes) o comerciales (*jâns* o *wakâlas,* tiendas). Los sultanes no son los últimos que consagran una parte de su fortuna a actividades urbanas y El Cairo, en particular, e igualmente Damasco, ven levantarse numerosos monumentos que dan testimonio del esplendor del régimen. La gama de empleos que ofrecen las riquezas de los sultanes y los emires constituyen un notable atractivo para numerosos campesinos deseosos de sustraerse del rigor de los agentes del fisco, así como de las dificultades del trabajo en los campos, que las sucesivas epidemias a veces despueblan intensamente. Estos campesinos desarraigados se instalan en las dependencias más o menos miserables de los palacios, en los barrios periféricos donde se levantan entonces chabolas, en los patios de los edificios de los centros urbanos; los habitantes de la ciudad, artesanos, comerciantes, obreros, empleados de la administración sultaní o mamelucos al servicio de los emires, que disponen de medios financieros un poco más importantes, habitaban ya sea en inmuebles colectivos de dos o tres plantas (*rab'*), ya sea en casas que les alquilan los emires.

Las actividades de construcción en los siglos XIV y XV son intensas y, junto a los sultanes y los emires, hay que señalar el papel de los negociantes y de los grandes comerciantes, sucesores de los *kârimí* que, además de sus propias residencias, construyen almacenes, lugares de venta al por mayor de mercancías (*jan, wakâla, fundûq*), otro medio para hacer fructificar el dinero conseguido con las *iqtâ'*, el comercio, las actividades administrativas o económicas es, aparte de la edificación de la propia residencia, hacer construir tiendas (o comprarlas), edificios o

baños y obtener de ellos beneficios. Pero para preservar estos bienes de una confiscación siempre posible, están, en el siglo XV como lo habían estado antes, incluidos en una fundación piadosa (*waqf*), y por tanto inalienable, donde, por lo general, se protegen los intereses de los descendientes del fundador.

La ciudad es también el dominio de los religiosos, que son al mismo tiempo hombres de ciencia, los ulemas. Formados en las madrasas, ejercen funciones religiosas o jurídicas, e incluso docentes, y actúan como intermediarios entre el poder y la población. El indiscutible desarrollo de la arabización y la islamización en esta da a los ulemas un papel cada vez más importante, tanto que los sultanes de El Cairo y los negociantes, al querer mostrarse como buenos musulmanes a los ojos de la población, contribuyen a proporcionar a los ulemas buenas condiciones de vida material construyendo para ellos edificios específicos.

En términos generales, las ciudades del sultanato mameluco vivieron, durante la mayor parte del siglo XV, una existencia tranquila, sin movimientos de rebelión o agitación, merced a la autoridad de los sultanes y de su administración, merced a los beneficios de las actividades económicas, internas o externas, que repercutían sobre el conjunto de la población urbana.

El peligro turco

Sin embargo, el período circasiano de los mamelucos conoció en sus principios momentos difíciles: a finales del siglo XIV, Tamerlán y sus tropas habían invadido Siria, ocupado y devastado Alepo y Damasco, y amenazado a Egipto. Pero dado el interés de Tamerlán por Anatolia, el peligro desapareció; esto no impidió que en el espíritu de los mamelucos permaneciera el temor por el siempre posible retorno de las tropas mongolas: este retorno no llegaría a materializarse.

La decadencia del imperio bizantino y la del jânato del Qipchaq durante todo el siglo XIV privaron a los mamelucos, si no

de aliados, al menos de interlocutores que les habían proporcionado muchas satisfacciones. Sobre las ruinas del imperio bizantino se consolidaba poco a poco el poder otomano, pero al haber sufrido este un severo frenazo en 1402 a causa de Tamerlán, los sultanes de El Cairo pudieron pensar que los otomanos no constituían un peligro real, pues, incluso después de haberse recuperado del revés, parecía que sus miras, en relación al este, no estaban puestas más allá de la Anatolia central y que se dirigían preferentemente hacia la Europa balcánica. En el Mediterráneo oriental, el inesperado ataque de Pedro I de Lusiñán contra Alejandría, en 1365, había dejado un mal recuerdo; por eso, cuando el sultán Barsbây hubo consolidado bien su poder, no dudó en lanzar una expedición contra la isla de Chipre, que en 1425 devastaría el puerto de Limassol; al año siguiente invadió la isla e hizo prisionero al rey Janus, cuyo hijo Juan II (1432-1458) se declaró vasallo del sultán: la dominación mameluca se establecía así en el sector del Mediterráneo. Garantizada la seguridad del Estado en el mar, era menester hacer lo propio en las fronteras del norte, en los confines sirios. Los territorios lindantes con estos habían pasado en gran parte bajo la dominación de los soberanos de las tribus turcomanas de los Carneros Negros (*Qara Qoyunlu*) en la segunda mitad del siglo XIV; vencidos por Ta-merlán, no volvieron a tener una importancia política hasta mediados del siglo XV, pero más lejos, hacia el este, en Adharbâydjân y en Irán oriental, y no constituyeron entonces una amenaza para los mamelucos; el Estado de los Carneros Negros fue anexionado en 1467 por el de los Carneros Blancos (*Aq Qoyunlu*) que, aparecido también en la segunda mitad del siglo XIV, experimentó su apogeo bajo Uzun Basan (1466-1478): establecidos primero en Asia Menor oriental y luego en el Yarbeki, su influencia rivalizó en estas regiones con la de los mamelucos, tanto los unos como los otros tratando de atraerse, en perjuicio de los otomanos, la clientela de

príncipes establecidos en las zonas topes de Cilicia y Anatolia central y oriental; por otra parte, los Carneros Blancos habrían de volver sus miradas más hacia el este, donde establecieron finalmente su dominación, dejando en Anatolia vía libre a los otomanos.

A partir de entonces, estos se convirtieron en los principales rivales de los mamelucos en toda esta región del Próximo Oriente. A la muerte del sultán otomano Mehmet II, el conquistador de Constantinopla, uno de sus hijos, Djem, se rebeló contra su hermano Bâyazîd II (Bayaceto) e intentó conseguir ayuda del sultán mameluco Qâ'itbây, el cual evitó comprometerse. Pero algunos conflictos estallaron esporádicamente en relación a los principados de Cilicia (Dhû-l-Qadr y Ramadán) entre 1485 y 1488; no obstante, el siglo acabó sin que la situación hubiera evolucionado mucho, y el siglo XVI comenzó del mismo modo. Sin embargo, la llegada al poder sobre el trono otomano del sultán Selîm I debía cambiar la fisionomía política de todo el Próximo Oriente; después de haber aplastado al soberano safawî de Irán y ocupado toda la Anatolia oriental y el Irán occidental en 1514, se volvió, tras una breve tregua, contra el Estado mameluco: la superioridad de su ejército, y especialmente de su artillería, le proporcionó la victoria, en primer lugar, sobre las fuerzas del sultán mameluco Qánsüh al-Güri en Mardj-Dâbiq, Siria del norte, en 1516, que le entregó toda Siria y Palestina; sin mediar esfuerzo alguno, invadió Egipto y venció al joven sultán Tûmân Bây; en 1517 acabó la conquista que dio al sultán otomano el dominio absoluto del Mediterráneo oriental y de los países ribereños.

El hundimiento del régimen mameluco no puede explicarse únicamente, como hemos dicho, por causas económicas. Es cierto que Egipto y Siria padecieron agudamente la peste negra de 1349 y sus periódicos resurgimientos a lo largo del siglo XV, lo que contribuyó a impedir el crecimiento demográfico; ade-

más, la ayuda proporcionada por Qipchaq a los mamelucos desapareció y no fue compensada por el relevo de los países del Cáucaso; el ejército de los sultanes mamelucos fue, sin duda, menos fuerte en el siglo XV que en el XIV; aunque se pudo temer un eventual regreso de los mongoles, la muerte de Tamerlán, el desmembramiento de su imperio y las luchas entre Carneros Negros y Carneros Blancos hizo pensar a los mamelucos que el peligro oriental se alejaba; en cuanto al peligro otomano, solo se materializó con la llegada al trono de Selîm I en 1512, y el ataque contra Siria en 1516 no fue, de hecho, claramente previsto, pues Selîm hizo creer que iba a atacar el Alto Iraq.

Por otro lado, aunque los sultanes del siglo XV fueron, por lo general, buenos soberanos y buenos musulmanes, no por eso dejaban de ser de origen extranjero a los ojos de la población árabe de Egipto y de Siria, ante la que solo aparecían bajo aspectos fastuosos; según parece, la población árabe no contribuyó mucho a defender el sultanato mameluco en el momento del ataque turco, y hay que añadir que algunos gobernantes mamelucos de Siria habían tomado ya contacto con los otomanos.

Por último, hay que pensar también que el brillante reinado de Qâ'itbây, que trajo paz y bienestar, tuvo como resultado un relajamiento del rigor militar y de la preocupación por la protección. Además, el deseo de aprovechar los placeres materiales se desarrolló especialmente en el último período y las fuerzas de resistencia disminuyeron: el despertar, en 1516-1517, sería especialmente duro y la derrota, absoluta.

Pero no todo lo que había caracterizado el sultanato mameluco en Egipto desapareció: los otomanos volverían a hacerse cargo de una gran parte de la administración del país y no alterarían las instituciones sociales. El propio término de mameluco no dejó de ser utilizado hasta principios del siglo XIX, aunque sin la connotación de importancia y gloria que lo caracterizaron a lo largo de dos siglos y medio.

A la muerte de Gengis Jân en 1227, el imperio que había creado fue dividido en cuatro Estados o jânatos, China-Mongolia, Turkestán-Asia Central, Afganistán-Irán y Turkestán occidental-Rusia del sur, asignados cada uno de ellos a uno de sus descendientes directos. En el momento de las expediciones llevadas a cabo a raíz de este reparto, y a partir de Afganistán, los mongoles se ponen directamente en contacto con los Estados del Medio, y más tarde del Próximo Oriente. Así, el soberano del Jwârizm, Djalâl al-Dîn Mankubirnî, es vencido en 1230 y más tarde eliminado por el *noyon* (príncipe) Chormogun (1232), lo que le permitió a este el acceso a la ruta del Irán occidental, de Adharbâydjân (1233), de Georgia (1236) y de la Gran Armenia (1239); los mongoles están entonces en la frontera del sultanato seldjûqí de Asia Menor, que es invadido poco después, y cuyo sultán, Kay Jusraw II, es vencido en 1243 en Kösé Dag, derrota que permite al noyon Baydju instaurar el protectorado mongol en la Anatolia oriental.

Más al norte, el avance mongol prosigue a través de Rusia hasta Polonia y Hungría (1236-1241), pero la muerte del gran jân Ügödey y las disputas por la sucesión que provoca detienen la ofensiva en Europa: esta ofensiva no se volverá a emprender y el territorio mongol del jânato de Qipchaq no sobrepasará Ucrania. En virtud de sus conquistas, los mongoles controlan las riberas septentrionales y orientales del mar Negro y, de ese modo, las rutas comerciales hacia Irán, Asia Central y China, países que, por otra parte, están bajo su dominio. Un poco más tarde, el hermano del gran jân Möngké, Hûlâgû, invade Iraq, saquea y destruye Bagdad (1258), y su lugarteniente Kitbuga prosigue la marcha hasta Siria; este es vencido y matado en la batalla de ʻAyn Djâlût por el sultán mameluco Baybars: Siria, Palestina y Egipto quedaron fuera de la dependencia feudal de

los mongoles y, más aún, un heredero del califa ʻabbâsí matado en Bagdad hallará refugio en El Cairo y convertirá entonces esta ciudad en el centro del Islam.

El fin de los seldjûqíes

El avance mongol hacia el oeste, a partir de la Asia alta y central, tuvo como consecuencia inmediata el desplazamiento, también hacia el oeste, de tribus turcomanas (turkmenas) poco interesadas en permanecer bajo la dominación mongola y que, en sucesivas etapas, se esfuerzan por alcanzar el Asia Menor donde otros turcos habían logrado ya su implantación y podían ofrecerles una hospitalidad fraterna. Efectivamente, en los años treinta y principio de los cuarenta del siglo XIII, algunas tribus turcomanas penetran en el territorio de los seldjûqíes. Estos no desean especialmente verles instalarse en cualquier sitio, ni errar a través de su Estado, y más teniendo en cuenta que estas tribus no son precisamente de las más pacíficas, que no soportan sin reacciones la tutela administrativa seldjûqí y que manifiestan una cierta preocupación por mantener sus tradiciones culturales y religiosas: aunque convertidos al Islam, su conversión no bastó para hacer desaparecer sus prácticas religiosas anteriores y su concepto del Islam se revelaba bastante heterodoxo. Todos estos elementos contribuyen a que los recién llegados no se sientan acogidos como desearían y, ante las reticencias e incluso las coacciones de los seldjûqíes, algunos de ellos se subleven inducidos por sus guías religiosos, los *babas*. Uno de ellos, Bâbâ Ishâq, desencadena una verdadera rebelión de carácter social y religioso, aprovechando algunas dificultades al frente del Estado seldjûqí; pero su acción es reprimida con rigor y él mismo es detenido y ahorcado (1241). Poco preocupado por ver aparecer de nuevo tales movimientos, Kay Jusraw II (1241-1246) se propone entonces enviar poco a poco a estas tribus a las fronteras donde su Estado está en contacto con el Estado bizantino, concediéndoles tierras y algunas ventajas fis-

cales a condición de que dirijan sus esfuerzos, en primer lugar, hacia la implantación local y luego, si se presentara la ocasión, contra el territorio bizantino. Las tribus constituyen entonces *udj*, una especie de pequeños puestos fronterizos; pero, en este momento, el imperio bizantino de Nicea está sólidamente establecido en Asia Menor occidental y no permite ninguna incursión, ningún ataque contra su dominio asiático.

La llegada de las tribus tiene además como consecuencia el sensible incremento de la proporción de la población turca en Asia Menor, al menos en la meseta central, en detrimento de la población griega, hasta entonces probablemente mayoritaria. Estas modificaciones humanas van acompañadas de modificaciones económicas, sin duda menos profundas, pues aunque las tribus turcomanas practican el nomadismo (por fuerza, en cierta medida), se adaptan muy rápidamente al seminomadismo y llegan a ser incluso sedentarias en gran parte. Esta adaptación es, no obstante, lenta y proseguirá a todo lo largo del siglo XIII. aprovechando las dificultades del Estado bizantino bajo el mandato de Andrónico II (1282-1328) y, sobre todo, de las del Estado seldjûqí.

En efecto, la irrupción de los mongoles en Asia Menor oriental, y posteriormente la central, está marcada por la grave derrota del sultán seldjûqí en Köse Dag (26 de junio de 1243) que provoca, un poco más tarde, tras una experiencia de cosoberanía, la partición del sultanato en dos Estados: uno al oeste, con Qonya como capital, y otro al este, cuyo centro es Sivas: esta última está sometida a un control mongol bastante suave, del que trata de aprovecharse el visir Mu'în al-Din Parvâna, un turco caracterizado por su ambición, con vistas a reconstituir la unidad del Estado seldjûqí, cosa que consigue en 1261 cuando el sultán del oeste se ve obligado a huir y buscar refugio en Constantinopla. La unidad se mantiene hasta 1277, aunque no sin algunas dificultades con los jânes mongoles de Irán; la rela-

tiva retirada de estos anima a los emires turcos y a Mu'în al-Din Parvâna a rebelarse abiertamente contra ellos y a apelar al sultán mameluco Baybars; este, inquieto por la presencia mongola en las fronteras de su provincia de Siria y poco interesado en ver la reanudación de las incursiones en dirección a Alepo y Damasco, ofrece su ayuda a los rebeldes; su ejército vence al mongol en Elbistân y, más tarde, avanza hasta Qaysayiyya (Kayseri, Cesaren de Capadocia); pero no insiste más y se contenta con poner bajo su control directo Cilicia, que se convierte en una zona de protección avanzada del Estado mameluco. En Asia Menor, la reacción mongola se ejerce contra Mu'în al-Din Parvâna, que es ejecutado (agosto de 1277), y se distingue por un refuerzo de la autoridad mongola sobre la parte oriental del país, que llega a ser prácticamente una especie de protectorado. Hasta los primeros años del siglo XIV, la Asia Menor seldjûqí está marcada por luchas entre soberanos o pretendientes que tratan de ganarse los favores de los mongoles, unas luchas que ocasionan la disgregación del poder central. En 1303 muere Mas'úd III, que puede ser considerado como el último sultán seldjûqí. Al este, los mongoles mantienen su autoridad por mediación de un gobernador; al oeste, las tribus turcomanas se sienten liberadas de cualquier tipo de tutela y comienzan a actuar por su cuenta. Al iniciarse el siglo XIV, la unidad del Asia Menor turca ha desaparecido.

Una última consecuencia de la invasión mongola radica en las transformaciones económicas que sufrió el Asia Menor. Ya vimos las modificaciones debidas a la llegada de las tribus otomanas, que probablemente influyó mucho en los cambios en materia de agricultura y de ganadería y, tal vez también, en materia de intercambios locales, al no tener quizá las primeras tribus que llegaron las mismas necesidades y al no ofrecer los mismos productos que los habitantes precedentes. De estas circunstancias pudieron derivarse dificultades entre las antiguas

poblaciones y los recién llegados, cuyas relaciones humanas y económicas fueron más o menos trastornadas y pudieron dar lugar, en algunos sitios, a choques y conflictos, una de cuyas consecuencias pudo haber sido, localmente, el exilio de grupos griegos, de importancia bastante limitada, no obstante, hacia el territorio bizantino.

Más grave es el desconcierto sobrevenido en los intercambios económicos «internacionales» y el comercio de paso a través del Asia Menor: las guerras, la desaparición de la autoridad seldjûqí y, como consecuencia, la seguridad, dieron como resultado el abandono por parte de los mercaderes de esta ruta poco segura en favor de la ruta siria o, más aún, de la ruta egipcia, lo que beneficiaba a los mamelucos, o incluso en favor de la ruta Constantinopla-mar Negro-Crimea en poder de los griegos, los genoveses (a partir del último cuarto del siglo XIII) y de los mongoles de Qipchaq, y que franqueaba la ruta de China a los mercaderes y los misioneros. Los sultanes seldjûqíes, hasta donde pueden aún pretender a este título, privados de las rentas de este tráfico, alrededor de 1240-1245, y privados también de una gran parte de las rentas de un territorio mermado y salpicado de disturbios, no poseen ya los medios suficientes para imponer su poder sobre su sultanato, y aún menos para enfrentarse a las presiones o a los primeros pasos de las tribus turcomanas hacia la independencia. El sultanato seldjûqí de Asia Menor no será pronto más que un recuerdo.

La eclosión de nuevos emiratos turcos

Las tribus turcomanas establecidas por los seldjûqíes en sus fronteras constituyeron, como vimos, *udj.* puestos fronterizos de carácter militar, colocados bajo la autoridad de sus jefes y dependientes del sultán seldjûqí. Estos *udj* están situados, generalmente, en contacto con el territorio bizantino. Ante la disgregación del sultanato de Qonya y durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XIII, permanecieron, la mayoría de las

veces, en una posición de espera, comenzando a sedentarizarse sin, no obstante, abandonar sus actividades nómadas y ofensivas con respecto a los bizantinos. Los principales *udj* se encuentran en las partes septentrional y occidental de la meseta anatolia. Al norte llegan incluso al mar Negro: tal es el caso de los Isfendiyâr (o Yandar) en Kastamonu y de los Parvâna en Sinope. Al oeste, antes del final del siglo XIII, no sobrepasan las llanuras egeas, ya se trate, de norte a sur, de las tribus de Ertughrul, de Qarasi, de Sarujân, de Aydin o de Menteshe.

La disgregación del poder seldjûqí da a estas tribus una completa libertad de acción y, conducidas por sus jefes o *beys*, se constituyen en principados independientes o *beyliks*; estos beyliks no aparecen solamente en los márgenes del antiguo sultanato: incluso en su interior, algunos beys se apropian de territorios más o menos vastos, como son los beyliks de los Sâhib 'Atâ', de los Germiyân, de los Hamîd, de los Qaramân y, más al este, en el Tauro de Cilicia, de los Dhû-l-Qadr y de los Ramadán.

La instauración de estos beyliks lleva aparejada disturbios y aunque, hablando con propiedad, no se puede hablar de anarquía, los beys turcomanos se las ingenian por controlar una extensión más grande de terreno, ya sea en detrimento de los bizantinos, ya sea en el de sus propios hermanos de raza y vecinos. Pero los bizantinos se ven afectados hasta tal punto por esta actividad que, al suprimir el emperador Andrónico II las ventajas fiscales de las que se beneficiaban los campesinos-soldados de los enclaves fronterizos (los akritas), estos o bien no ofrecen ninguna resistencia a los ataques turcomanos, o bien abandonan sus tierras y van a buscar refugio en las ciudades. A causa de la presión ejercida por los beys, a los griegos les es cada vez más difícil defender la llanura egea y se acantonan en algunas ciudades del interior y en los puertos: Heraclea del Puente, Nicomedia, Nicea, Bursa, Sardes, Focea, Magnesia, Ninfea,

Esmirna y Filadelfia. Un ejército griego al mando de Miguel IX, hijo de Andrónico, fracasa totalmente (1301) y el emperador intenta un poco más tarde una nueva reconquista: recurre a las compañías catalanas de Roger de Flor que, en 1304, se asientan en Asia Menor occidental y arrollan a los turcos en su paso hasta las Puertas de Cilicia, aunque en absoluto de manera decisiva. Cuando vuelven a marchar hacia Constantinopla, los turcos vuelven a ocupar sin dificultad el terreno abandonado y continúan avanzando, incluso bastante más allá de sus antiguos límites. En los dos decenios siguientes, casi por todas partes en el oeste, los beys turcomanos alcanzan la costa egea y experimentan la tentación marítima: este es el caso del beylik de Qarasi, que controla las orillas asiáticas del estrecho de los Dardanelos y se entrega a la piratería; del beylik de Sarujân, que adopta como capital Magnesia de Sipyle (Manisa) y participa en algunas incursiones marítimas con su vecino meridional; y del beylik de Aydin que, tras apoderarse de Pyrgion (Birgi), de Efeso, de Koloé (Keles) y de la acrópolis de Esmirna antes de 1326, desplegó una mayor actividad a partir del momento en que el bey Uniur se convierte en jefe y ocupa el puerto de Esmirna (1327): este puerto llega a ser una base de ataque contra los bizantinos, en el mar Egeo y hasta el Peloponeso; más tarde, a causa de la lucha que le enfrenta a Juan V Paleólogo por la posesión del trono de Bizancio, Juan Cantacuceno recurre a Umur para que le ayude en su empresa y le pide que envíe contingentes turcos a Tracia (1341). Pero, poco antes (1332), se había acordado una «unión» entre Venecia, los hospitalarios de Rodas, Andrónico II y los señores del Archipiélago contra los corsarios turcos, a la que se sumaron el rey de Francia Felipe VI y el papa (marzo de 1334): esta unión no obtuvo prácticamente ningún resultado.

La meseta anatolia se vio sometida a la autoridad de diversos beyliks, entre los que sobresalen Germiyân y Qaramân: el pri-

mero porque ocupa una zona de paso hacia el exterior, una zona relativamente próspera; el segundo porque domina toda la zona meridional de la meseta y, principalmente, la ciudad de Qonya, gracias a lo cual se erige en sucesor de los sultanes seldjûqíes. Al haber aumentado su territorio merced a victorias sobre sus vecinos turcomanos y algunos gobernadores mongoles constituye, desde el final del primer cuarto del siglo XIV, el principal Estado de Anatolia central y le manifiesta a Qonya y, sobre todo, a Qaramân, por una vía artística e intelectual que, efectivamente, toma el relevo del período seldjûqí. Más al norte, Anqara y su región son gobernadas, no por un bey turcomano, sino por un grupo de hombres que representan las corporaciones asociadas a la hermandad de los *ajís*, lo que constituye un elemento completamente original y representa, muy probablemente, una evolución de la *futuwwa* existente ya el siglo anterior, en la que los dirigentes de las corporaciones y hermandades religiosas habían tomado la delantera a elementos más fácilmente influibles. Por último, el protectorado mongol en Anatolia oriental está representado por un gobernador que, después de 1327, se llama Ertena, lo que hace de su gobierno un Estado independiente cuya capital es primeramente Sivas, y luego Kayseri.

Los beyliks del norte vivieron una existencia más tranquila durante la mayor parte del siglo XIV, aunque a veces se entregaron a luchas fratricidas o atacaron el Estado griego de Trebisonda.

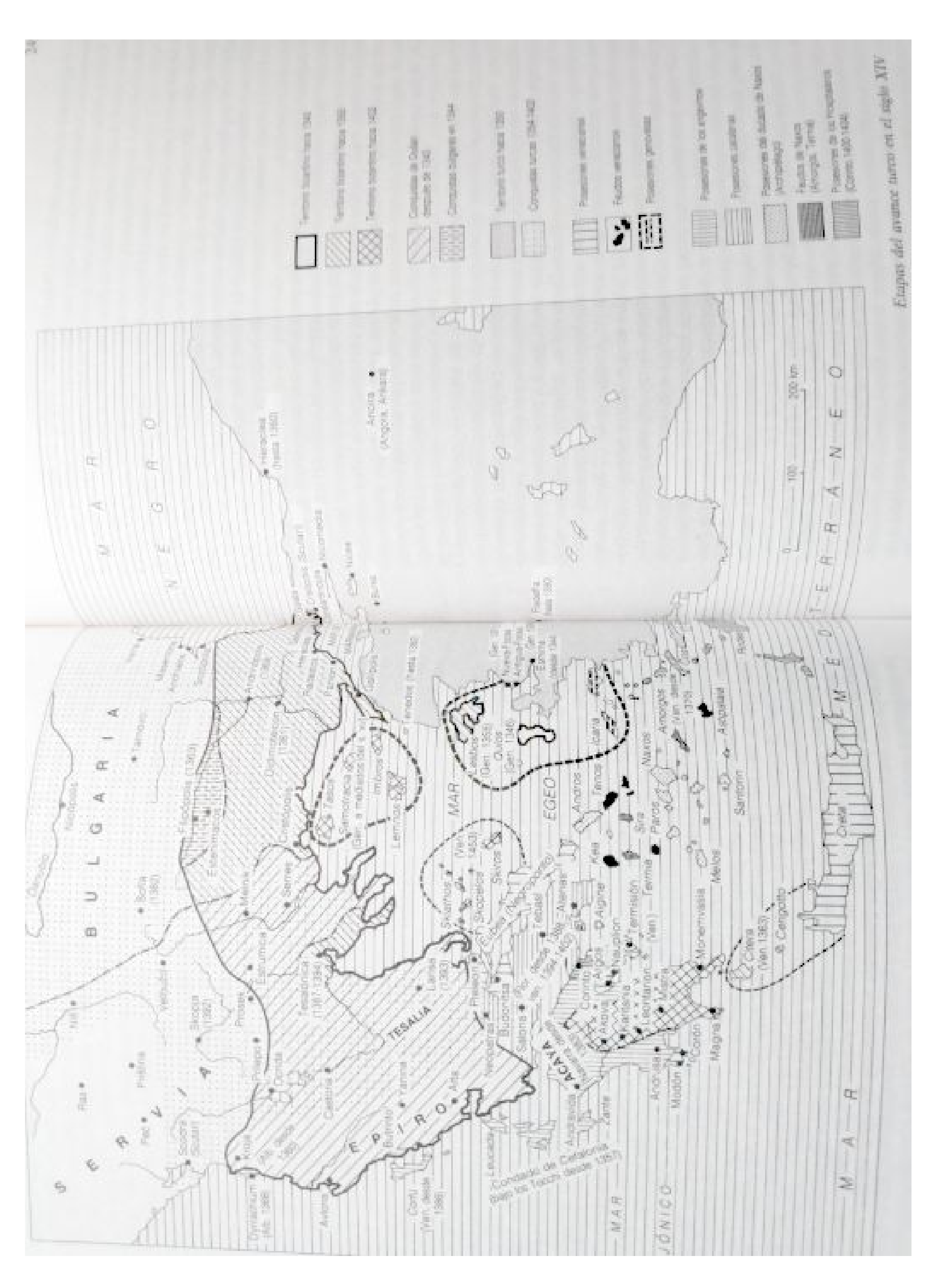
En el conjunto del Asia Menor se observa, pues, una considerable división del poder; la multiplicación de los beyliks, el sentimiento que cada uno de ellos conserva de una independencia en la que reconoce más o menos lo que ha perdido en Asia Central, las rivalidades entre beyliks, el dinamismo religioso y político, debido a la actividad de las hermandades, que les llevó a atacar los países del *Dâr al-Harb* por excelencia, es

decir, el imperio bizantino (que, por otra parte, muestra cada vez más su debilidad), la invasión de las regiones de población griega, que conducirá a modificaciones étnicas, todo esto contribuyó a hacer del Asia Menor, en los primeros cuarenta años del siglo XIV. un país violentamente agitado, que ofrecía un profundo contraste con lo que había sido un siglo antes. Dado que, simultáneamente, el sultanato mameluco aparecía a la sazón como una zona mucho más tranquila, bien gobernada por un poder y una administración únicas, las corrientes comerciales del Mediterráneo al Asia Menor y oriental abandonaron Asia Menor en favor de Siria y, sobre todo, de Egipto, o incluso de Constantinopla (dominada en el plano comercial por Venecia y Génova) y de Crimea. El mundo turco de Asia Menor experimentaba, desde este punto de vista, un declive, una retracción que fue aprovechada por determinados beyliks, entre los que se contaban algunos otomanos.

Advenimiento de los otomanos

El *beylik* que dio origen a lo que se llamará el Estado otomano tuvo también como germen una tribu turcomana cuyos comienzos en Asia Menor son mal conocidos y cuya historia, durante su primer siglo de establecimiento, ha sido adornada por historiógrafos y cronistas posteriores. Esta tribu fue también, probablemente, alejada hacia el oeste por el avance mongol, un poco antes de mediados del siglo XIII. Uno de sus jefes, Gündüz Alp, tuvo como descendiente a Ertugrul, que recibió como *udj* del sultán seldjûqí, hacia 1270 (?), la región de Sögüt, en el curso medio del río Sakarya (Sangarios), al norte de Kutahya, en la frontera oriental de la provincia bizantina de Bitinia y, tal vez, condujera algunas breves expediciones contra los bizantinos. A su muerte, acaecida hacia 1290, le sucedió su hijo Osmán ('Uthmân, de donde procede el nombre de la dinastía que desciende de él, Osmanli, 'Uthmânli en turco, otomana en las lenguas occidentales); Osmán probablemente formó parte de la herman-

dad de los *gâzîs* y las crónicas informan que su abuelo, Edebali, era un *shayj* cuya influencia sobre él habría sido poderosa: al igual que en el resto de beyliks, el papel desempeñado por la fe musulmana como uno de los incitadores de la expansión musulmana es indudable. Por otra parte, aunque se posee poca información sobre el período durante el que Osmán estuvo al frente de su tribu, se puede pensar que este mando se ejerció de la misma manera que entre los seldjûqíes y los otros beyliks, es decir, que el poder era familiar y uno de entre los cabezas de familia adquiría el derecho de dirigir la familia, a condición de que concediera al resto de miembros principales funciones, tareas o ventajas de importancia.



Etapas del avance turco en el siglo XIV

Osmán lanza sus expediciones contra el territorio bizantino de Bitinia tal vez desde 1291. La cronología de estas expediciones y conquistas está mal fijada, pero parece ser que, en torno a 1320, su ejército ocupa toda Bitinia oriental y amenaza las importantes ciudades de Brusa (Bursa) y Nicea (Iznîq). Tampoco

se sabe exactamente la fecha de su muerte, que se sitúa entre 1317 y 1326; a partir de 1317 (?) habría confiado el mando del ejército a su hijo Orjân y, de hecho, es él quien se apodera de Bursa en 1326 y de Nicea en 1330, e instala su «capital» en la primera de estas ciudades, donde se construyen dos mezquitas en 1337-1338 y en 1339-1340, y donde fue enterrado Osmán, actos que dan testimonio del interés que Orjân mostró por Bursa. Este interés queda igualmente de manifiesto por el hecho de que Orjân construyó —o renovó— en 1340 un barrio comercial con un *bezzistân* (edificio especial para el comercio de las mercancías de mucho valor): de este hecho se hizo eco el célebre viajero árabe Ibn Battûta, que recorrió el Asia Menor occidental hacia 1330-1335 y vio Bitinia y Bursa en 1333. Esta ciudad fue también el centro urbano más importante de la rica provincia, y fue escenario de activos intercambios.

La política de expansión es proseguida por Orjân, que se apodera, entre otras ciudades, de Nicomedia (Izmîd) en 1337, alcanzando así la orilla del mar de Mármara, que controla más ampliamente, un poco después, al ocupar el beylik de Qarasi (1340-1345), hasta los Dardanelos. Según parece, podría haber sido secundado en sus acciones por su hermano ‘Alá‘ al-Dîn, encargado de los asuntos civiles, pero a veces también de expediciones militares; ‘Ala’ al-Dîn habría muerto en 1333. Orjân mantuvo buenas relaciones, un poco más tarde, con Juan Cantacuceno, con cuya hija, Teodora, se casó en 1346. Cantacuceno, en su lucha contra Juan Paleólogo, necesitó aliados y, tras la muerte de Umur de Aydin, recurrió a Orjân; las tropas de este último, al mando de su hijo. Sulaymân (Solimán), pasaron a Tracia en 1348 y posteriormente combatieron, principalmente, contra los servios. Algunos años más tarde, una nueva incursión permite a los otomanos ocupar Tzympe (1352) y, sobre todo, Gallípolis, lo que les proporciona una cabeza de puente en la orilla europea de los Dardanelos. Al cabo de algunos años,

aprovechando la creciente debilidad del imperio bizantino, los otomanos controlan toda la Tracia oriental: la fecha de la toma de Andrinópolis (Edirne) es motivo de controversias: ¿1362-1363, 1369. 1372? Lo mismo ocurre respecto a la presencia turca en Tracia: según algunos historiadores, la reconquista —temporal— de Gallípolis por Amadeo de Saboya en 1366 obligó a los otomanos a abandonar Tracia, donde solo permanecieron algunas bandas independientes que llevaron a cabo incursiones contra centros bizantinos, búlgaros e incluso servios; estas bandas son las que habrían tomado Andrinópolis. Cosa poco probable, pues Andrinópolis era una plaza importante que exigía para ser conquistada unos medios que únicamente los otomanos poseían entonces.

La acción ofensiva de Orjân pudo ser llevada a cabo merced a un ejército compuesto, por una parte, por las tropas personales y regulares del rey y por miembros de su tribu, *yaya* o soldados de infantería; por otra, por tropas irregulares o *ʻazab*, reclutadas ocasionalmente; y finalmente, por tropas reclutadas entre antiguos prisioneros de guerra y que constituyen la «nueva tropa» (*yeni cheri*), los jenízaros; en lo referente a la caballería, se compone de caballeros regulares (*sipâhîs*) y de caballeros irregulares o de incursión (*aqindjs*); además, los éxitos logrados por Orjân le valieron el apoyo de hermandades religiosas (él mismo era *gâzî* y ostentaba, junto a su título de bey, el de «sultán de los conquistadores, combatiente por la fe») y de turcomanos dispersos, deseosos de participar en el reparto del botín.

A la muerte de Orjân (hacia 1362 o 1363), la amenaza otomana empieza ya a cernerse seriamente sobre lo que queda del imperio bizantino en la parte meridional de los Balcanes. Aunque el joven Estado otomano pudo actuar así en Europa, no presta excesiva atención a Asia Menor, mientras que los principales beyliks anatolios, Germiyân y, sobre todo. Qaramân, se

preocupan por el incremento de su poder local y de sus luchas recíprocas.

Murâd I (1362-1389) continúa la obra de su padre en la Europa balcánica, ocupando la mayor parte de Bulgaria y Servia; no obstante, al ser derrotado en 1387 por una coalición búlgaro-servia, se desquita en Kossovo, el año 1389, en el curso de cuya batalla es asesinado por un servio; pero, no por eso, Bulgaria deja de ser totalmente anexionada al Estado otomano, pasando Servia bajo la tutela otomana aunque conservando su propio soberano. En Asia Menor, una política de matrimonios o de presiones permite a los otomanos anexionarse el emirato de Germiyân y una parte del emirato de Hamîd, en la frontera del beylik de Qaramân. Todas estas regiones son transformadas en provincias y comprenden un cierto número de dominios de dimensiones variables, o *tîmârs*, concedidos a título personal —eventualmente revocable— a militares o a funcionarios civiles o religiosos, a condición de que los hagan fructificar y de percibir impuestos, cuya mayor parte debe corresponder al Estado. El sistema del *tîmâr*, que recuerda la *iqtâʿ* seldjûqí, adquiere una considerable importancia posteriormente, a partir del siglo XV.

La acción expansionista de los primeros otomanos fue secundada en gran medida por la acción religiosa de las hermandades musulmanas, que facilitaron, en la Europa balcánica especialmente, el establecimiento de «colonias» turcas en torno a centros de implantación musulmana: mezquitas, lugares de oración de las hermandades (*zaviyé*) o fundaciones piadosas (*vaqif*); el movimiento religioso alcanzó una gran extensión en los treinta últimos años del siglo XIV.

La expansión otomana continúa con Bâyazîd I (Bayaceto), apodado Yildirim (el rayo); pero, en primer lugar, a fin de asegurar la unicidad del poder y evitar cualquier oposición interna, el nuevo sultán hace matar, desde su llegada al trono, a su hermano Yaʿqûb, inaugurando así una práctica que tomó el

nombre de «ley del fratricidio». Bâyazîd puede entonces lanzarse a una serie de expediciones en los Balcanes y en Asia Menor. A partir del mes de abril de 1390, interviene en los asuntos bizantinos, facilitando a Juan VII Paleólogo el acceso al poder, que luego dejaría en manos de Manuel, el futuro Manuel II. Acentúa constantemente su presión sobre Constantinopla e, incluso, ocupa una gran parte de la orilla asiática del Bósforo, sobre la que construye una fortaleza, el castillo de Anatolia (Anadolu Hisâri), lo que le permite vigilar la navegación en el estrecho (1395).

En los Balcanes, entre 1391 y 1395, Teodoro, déspota de Morea, se declara vasallo de Bâyazîd y lo mismo ocurre con el hospodar de Bosnia. El príncipe de Acaya cede diversas ciudades a cambio de la ayuda otomana; Valaquia pasa a dominio otomano; Bulgaria ve concretado su estatuto de provincia, y el trono de Servia le cae en suerte a Esteban Lazarevic merced a la intervención de Bâyazîd. A finales de 1395, los turcos ocupan la casi totalidad de la Europa balcánica y están en las fronteras de Hungría, cuyo rey, Segismundo, pide a los occidentales la organización de una cruzada destinada a alejar de Europa la amenaza turca. Esta cruzada se enfrenta con los turcos cerca de Nicópolis, el 25 de setiembre de 1396; la heterogeneidad de los «cruzados» frente a un ejército turco particularmente homogéneo y bien mandado, les llevó a sufrir una vergonzosa derrota, de donde provino la reputación de fuerza e invencibilidad de los turcos, incrementada posteriormente.

Bâyazîd emprendió luego un breve sitio de Constantinopla (1397), del que no sacó suficiente partido, mientras que ocupa en Grecia las ciudades de Larissa, Patras y Atenas.

En Asia Menor ocupa, desde 1390, los beyliks de la costa egea (Sarujan, Aydin, Menteshe), una parte del beylik de Isfendiyâr, a lo largo del mar Negro y, un poco más tarde, el centro y el este de Anatolia, pues el qaramânî ‘Alá’ al-Din debe cederle

las principales ciudades de su beylik; también el antiguo territorio mongol de Sivas y de Kayseri cae en sus manos. En 1400, Bâyazîd alcanza el Éufrates. A excepción de Constantinopla, tiene bajo su dominio un Estado ya considerable, que se extiende de Bosnia a las fronteras del sultanato mameluco y de los principados de Anatolia oriental. El destino de todo el antiguo Imperio de Oriente aparece ya definido.

Una dominación flexible e invasora

La expansión turco-otomana no aportó, por el momento, muchas modificaciones en las regiones egeas del Asia Menor, donde los beyliks se habían instalado ya en el primer tercio del siglo XIV, excepto la introducción, entre 1390 y 1400, de la noción de un gobierno único, una noción que debió ser vaga durante este período. Por otra parte, los cambios humanos son limitados, pues la acción de los beyliks también se pudo ejercer allí a lo largo de la mayor parte del siglo XIV, sobreponiéndose a la población griega la turca, preponderante, si no en número, sí en fuerza, y poniendo en funcionamiento instituciones, aún en embrión, destinadas a favorecer el establecimiento de la población turca. Es probable que algunos bienes raíces, tomados a sus antiguos poseedores griegos, fueran atribuidos a miembros de la familia de los beys o a sus allegados; es posible igualmente que algunos dominios permanecieran en manos de propietarios griegos a cambio de su adhesión a los nuevos dirigentes; finalmente, otras tierras serían conferidas a fundaciones piadosas (*vaqif* plural *evqâf*) para facilitar la implantación y el desarrollo del Islam. Todas estas tierras son consideradas entonces como bienes personales (*mülk*) transmisibles e inalienables.

Con el paso de los beyliks bajo el control otomano, los bienes *mülk* continuaron existiendo, repartidos entre miembros de la familia otomana, visires y altos funcionarios civiles y militares, miembros de las familias de antiguos beys y personalidades religiosas y jurídico-religiosas. Además de estos bienes,

muchos de sus poseedores disfrutaban también de *tîmârs*, que se les concedían en razón a su cargo. De este modo, a finales del siglo XIV, se puede observar la aparición, en Asia Menor, de una categoría social dominante, perteneciente a los medios dirigentes del Estado otomano, que tiene en sus manos la mayor parte de la riqueza agraria de esta región: en gran medida se recupera allí una herencia bizantina. Los bienes prestados son afectados por los impuestos regulares musulmanes (*zakât*, diezmo), en tanto que los *tîmârs* pueden cambiar y pertenecen a niveles sociales diferentes, ven sus rentas y sus contribuciones (bajo todas sus formas) fijadas con precisión.

En la Europa balcánica, la conquista otomana se efectuó directamente sin la mediación de los beyliks previos. Este hecho fue la causa de que los otomanos tuvieran inmediatamente bajo su control grandes extensiones de tierra: una parte quedó en manos de los antiguos propietarios búlgaros, servios o griegos; otra parte fue atribuida bajo forma de *tîmârs* a militares de todo rango y a funcionarios civiles, lo que constituye lo esencial de su remuneración, a cambio de asegurar la gestión de su *tîmâr*, de entregar al Estado los impuestos en metálico y en especie definidos a partir del registro del *tîmâr*, y de proporcionar al ejército otomano, en caso de necesidad, un cierto número de hombres de armas, número determinado por la dimensión y las rentas del *tîmâr*. La última parte corresponde, en total propiedad bajo forma de bienes *mülk*, a los miembros de la familia del sultán, a los principales dirigentes del Estado y a las hermandades religiosas. Estos bienes son definidos «territorialmente», pero no «financieramente», como los *tîmârs*; en consecuencia, sus propietarios tienen absoluta libertad de acción sobre estas tierras, principalmente en lo que concierne a la mano de obra y las modalidades de explotación.

Al dividir así las tierras conquistadas, el gobierno otomano trataba de asegurarse las mejores condiciones posibles de do-

minación política y de rendimiento económico: las dos primeras categorías estaban sometidas a un riguroso control de la administración provincial (puesta de nuevo en funcionamiento) y central, y los detentores corren el riesgo, en caso de no ejecución de sus cometidos o de insuficiente cumplimiento de sus obligaciones, de verse pura y simplemente privados de sus bienes o de sus *tîmârs* y de las ventajas vinculadas a ellos. Por otra parte, es difícil ver agentes del gobierno que no presten toda su atención a estos bienes, que constituyen su remuneración y, a menudo también, su beneficio personal, de donde su interés en que las tierras, grandes o pequeñas, que les son atribuidas proporcionen la mejor producción posible. Asimismo, los poseedores cristianos muestran un comportamiento similar, que les aporta, además de beneficios materiales, la continuidad de su autoridad sobre sus campesinos y, como novedad, relaciones, en cierto modo privilegiadas, con el poder otomano, que encuentra en ellos intermediarios inmediatos a quienes puede mostrar su autoridad y presentar sus exigencias. Más tarde, en el siglo XV, cuando los otomanos acentuaron su presencia administrativa, económica y humana, un cierto número de estos poseedores cristianos de *tîmârs* se convirtieron al Islam y se «otomanizaron».

Los propietarios de bienes *mülk* trataban también de sacar el mejor partido de sus tierras; estas, que habían padecido en un pasado reciente las consecuencias de las desavenencias y guerras entre bizantinos, servios y búlgaros, y de las guerras de conquista, experimentaron a veces un cierto despoblamiento y, como consecuencia, un empobrecimiento. El gobierno otomano favoreció entonces algunos traslados de población de una a otra región en beneficio de algunos propietarios de *mülks*, o bien la implantación, en estos bienes, de prisioneros y esclavos que, llegado el caso, eran liberados. Esta acción del gobierno a menudo fue puesta en práctica, directamente, por los propieta-

rios de *mülk* ya que podían sacar provecho de ella. Más tarde, los traslados de población afectaron a los turcos de Asia Menor establecidos en los Balcanes en el lugar de los griegos o búlgaros enviados a Asia Menor. Este sistema favoreció la progresiva turquización de una parte de los Balcanes. En cuanto a la islamización, fue obra de las hermandades religiosas a las que se les atribuyó bienes, en los que instalaron *zaviyés,* lugares de culto y de reunión de los musulmanes, un cierto número de los cuales venían voluntariamente de Asia Menor para participar en la expansión del Islam, ya fuera por medio de la guerra, ya fuera con la esperanza de obtener una parte del maná que caía sobre los otomanos.

Según parece, desde el final del siglo XIV, algunos de los bienes *mülk* habían sido ya transformados en *vaqif* (en árabe, *waqf*, fundación piadosa o bien de manos muertas), es decir, en bienes religiosos, en principio inalienables, bajo dos formas: una llamada *hayrî,* que indica que las rentas del *vaqif* se destinan únicamente a obras pías, y la otra llamada *ehlî*. cuyos beneficios se emplean para el mantenimiento de una o varias personas designadas por el prestador, que podían ser sus propios descendientes; no obstante, este proceso no está aún muy generalizado a finales del siglo XIV.

A través de estos diferentes medios, el joven Estado otomano ejerce un control, directo o indirecto, sobre los territorios que ha conquistado. El control se ejerce también por medio de su ejército y su administración, ambos reforzados o desarrollados a causa de la extensión del dominio turco. La administración otomana no adoptó verdaderamente una forma amplia y estructurada hasta el reinado de Murâd I, que no se contenta con el título de bey, e incluye en su titularidad el apelativo de *sultán,* sin referencia alguna a cualquier califa. El segundo lugar de la jerarquía lo ocupa el gran visir, el primero de los cuales fue ‘Alî Pacha, hijo de Qara Jalîl Djandarli que, bajo el mandato de Or-

jân, había definido los primeros elementos fundamentales del Estado otomano. El gran visir (*sadr-i a'zam*), nombrado por el sultán y responsable ante él, es el personaje más importante del Estado después del sultán y tiene a su cargo todos los asuntos civiles y militares, aunque, respecto a estos últimos, el sultán tenga siempre iniciativa y prioridad. Con el incremento del territorio y de las cargas, al final del reinado de Murâd I, fueron nombrados otros visires para asistir al gran visir; este y los visires son escogidos entre los miembros de la familia otomana o entre los de las grandes familias allegadas a los otomanos y, más tarde, entre funcionarios de alto rango. Participan en las sesiones cotidianas del *dîwân*, presidido por el sultán, y al que asisten igualmente el *qâdî l-'asker* (o *kazasker*, juez del ejército, que tiene autoridad sobre todo el personal religioso y jurídico procedente de la clase de los ulemas, formada en las madrasas), el *nishân dji* (jefe de los funcionarios civiles y, al principio, encargado de poner el sello —*nishân* o *tugra*— del sultán en los documentos que emanan del sultán o del consejo del dîwân), y el *musterfi* (llamado posteriormente *defterdâr*, conservador de los registros en los que se inscriben los ingresos del Estado: impuestos, tasas, rentas diversas, impuestos legales, *jarâdj* o impuesto territorial, *zakât* o limosna legal, *'eshur* o diezmo, impuestos extraordinarios —aún escasos en el siglo XIV—, *pendijk resmi* o derecho del quinto sobre los prisioneros, tasas de aduanas, tasas comerciales, etcétera).

Además, durante todo el tiempo que el beylik otomano no ocupó más que algunos territorios de Asia Menor, solamente tuvo, bajo la autoridad del bey, un único responsable militar de las tierras conquistadas, de su extensión y, por lo general, de los asuntos militares, con el título de *sandjaq beyi*, correspondiendo el *sandjaq* a una unidad administrativa puesta bajo la autoridad de un jefe militar que, frecuentemente, es uno de los hijos del soberano otomano. En Asia Menor debió haber muchos

sandjaqs antes de la expansión por Europa; esta expansión dio lugar a la creación de *sandjaqs* en tierra europea (o Rumelia), y el aumento de su número condujo a Murâd I a crear un nivel superior de la administración provincial, el *beylerbeylik* (gobernorado) puesto bajo la dirección de un *beylerbey* (gobernador) dotado de poderes militares y civiles. El primer gobernorado fue creado en la provincia (*eyâlet*) de Rumelia en torno a 1362-1365; el segundo lo fue en la provincia de Asia Menor, o Anatolia, en 1393. Cada provincia fue dividida en *sandjaqs*, gobernados cada uno por un *sandjaq beyi*; a continuación estaban los *kazas (qadâ')*, circunscripciones en las que las tareas y funciones eran repartidas entre el *qâdî* (juez), el *alay beyi* (responsable de los asuntos militares) y el *subashi* (responsable de los asuntos administrativos y financieros); los diversos funcionarios se beneficiaban de *tîmârs*, pero debían organizar también, de acuerdo con los agentes de la administración central, el reparto y la atribución de los restantes *tîmârs*, especialmente a los militares y, sobre todo, a los caballeros del ejército otomano.

Esta situación experimentó también transformaciones bajo el reinado de Murâd I, transformaciones acentuadas, sobre todo, por el incremento del número de militares otomanos necesarios para la expansión, para la defensa de las tierras conquistadas. Junto al sistema de reclutamiento de una parte de los prisioneros, del ejército del sultán y de los beys, hacia 1380 aparece una nueva modalidad. Se establece en esta época da *devshirme* (recogida), operación por la que, en un determinado número de pueblos y ciudades de los Balcanes y por turno, son recogidos niños cristianos, con edades comprendidas entre los 8 y 15 años. Su número, fijado en cada ocasión, parece ser que no sobrepasó algunas centenas, y los *devshirmes* no se llevaron a cabo todos los años. Los niños eran enviados luego a Anatolia, donde vivían en ambiente turco, se adaptaban a las costumbres turcas y eran islamizados; posteriormente eran recogidos en

Gallípolis y formaban el cuerpo de los *ʻadjamioghlân* (los niños extranjeros); allí recibían una educación especializada según sus capacidades intelectuales o físicas: unos llegaban a ser *ichoglan* («niños del interior», o pajes) y pasaban después al servicio de la casa del sultán o del gobernador, donde podían subir los peldaños de la jerarquía y conseguir altas funciones administrativas; otros engrosaban las filas de los jenízaros (soldados de infantería, armeros, artilleros). Constituían, junto con los caballeros (*süvari*), los «esclavos de la puerta» (*qapi qullari*) o, más exactamente, los servidores exclusivos del sultán. Un elemento a tener en cuenta en lo concerniente a los jenízaros es el hecho de que su cuerpo estuvo, desde este período de su desarrollo, hacia 1380-1390, en estrecha relación con la hermandad de los bektâshíes, hermandad creada sesenta años antes por Hâdjdjî Bektâsh Walî, y que, paulatinamente, se juzgó que estaba en los límites de la heterodoxia musulmana. En efecto, su ritual incorporaba prácticas propiamente musulmanas, tradiciones procedentes del Asia oriental o central y, después de la segunda mitad del siglo XIV, elementos tomados del cristianismo. ¿Impulsó a los jenízaros su reclutamiento original a seguir el camino del bektâshismo antes que el del Islam «regular»? Es posible y, en todo caso, el bektâshismo encontró un terreno favorable en Rumelia.

Otra parte de la caballería, la de los *sipâhîs*. se desarrolló también y constituyó uno de los elementos decisivos de la dominación otomana; cada sipâhî recibía tierras para su sustento y, llegado el caso, para el de los soldados que debía proporcionar; estas tierras, de una extensión variable según el grado del sipâhî, eran llamadas *tîmârs*, de donde proviene el nombre frecuentemente utilizado de «tima-nota» dado a su beneficiario. Estos militares están bajo la autoridad del *subashi*, que a su vez depende del *alay beyi*. y este del *sandjaq beyi*. Existe también una caballería «sultaní» dependiente directamente del sultán y

proveniente, por una parte, de los *ʻadjamioglâm* y, por otra, de antiguos prisioneros convertidos y de musulmanes otomanos.

En el plano económico, el joven Estado otomano trata de no trastocar las estructuras vigentes, siempre que es posible. En las tierras cuyos antiguos poseedores habían huido, se instalaron nuevos propietarios (*mülk sahibi*) o, por el contrario, timariotas: los campesinos solo cambiaron de amo y no parece ser que los impuestos pagados a los gobernantes otomanos fueran superiores a los de los bizantinos. En Rumelia, después de la conquista, tuvo lugar el mismo proceso, pero, aunque falten documentos sobre este período del final del siglo XIV, se puede pensar, al leer documentos más tardíos, que se tomaron algunas decisiones con objeto de mantener la vida económica de las regiones conquistadas, de evitar todo trastorno profundo, lo que puede explicar el mantenimiento en su lugar de señores locales. Este proceso se desarrolló más tarde y dio origen a los *qdnünná-mes*, reglamentos orgánicos adecuados a cada provincia, que definían los derechos y deberes de los habitantes y constituían una especie de derecho consuetudinario yuxtapuesto al derecho coránico.

En lo concerniente al comercio con las potencias extranjeras, y en particular con las ciudades mercantiles italianas, no parece que tuviera, hasta el final del siglo XIV, una gran importancia para los otomanos, aparte de las relaciones que pudieran mantener con Quíos, en manos de los genoveses, y, en ciertos puntos de la Europa balcánica, con los venecianos, sobre todo en relación al comercio del trigo. No obstante, es menester apuntar que en Asia Menor, hasta el final del siglo XIV, los otomanos controlan los principales puertos y ciudades del oeste anatolio: Bursa, Esmirna, Anqara, Qonya, Alanya y Antalya; una parte del comercio de Asia central y de Irán, con destino a Occidente, y que no pasa por Siria o Egipto, utiliza la ruta anatolia y, por tanto, beneficia a las bases otomanas, sobre todo

Bursa que, ya entonces, es un gran centro del comercio de la seda.

Aunque el Estado otomano no constituye aún un gran Estado, representa una fuerza importante por su situación geográfica, sus estructuras administrativas y militares bien organizadas, su dinamismo político y religioso y su concepción de un poder fuerte y centralizado, que muestra, sin embargo, una gran tolerancia con respecto a los elementos humanos que lo componen. En suma, todo lo que permitirá el ulterior esplendor y prestigio del imperio otomano está ya presente, aunque un incidente aislado venga a detener momentáneamente el impulso.

La «paz mongola»

Antes de su muerte (acaecida en 1227), Gengis Jân había procedido al reparto de su imperio entre sus cuatro hijos, recibiendo cada uno de ellos una parte del territorio (*idus*). A lo largo de los siguientes dos decenios, se llevan a cabo nuevas ofensivas mongolas, una en dirección a la Rusia meridional y la otra en dirección al Próximo Oriente musulmán. La primera, después de hacer incursiones en Polonia, Moravia y Hungría, al mando del jân Bâtû, se establece en las tierras ocupadas hasta entonces por tribus turcas Qipchaq, de donde proviene el nombre dado a menudo a este ulus, jânato de Qipchaq; aunque se le conoce también bajo el nombre de ulus o jânato de la Horda de Oro, según su denominación en las crónicas rusas. Este jânato se extiende desde las bocas del Danubio al lago Baljash y abarca, entre otras, la mayor parte de Ucrania, Crimea, las regiones septentrionales del Cáucaso y las estepas situadas entre el mar Caspio y el lago Baljash; *a priori*, no está en contacto directo

con el mundo musulmán pero, no obstante, desempeñará un papel político que influirá en este.

El segundo avance mongol, conducido primero por Chormogun, luego por Baidju y, finalmente, por Hûlâgû, lleva a los mongoles de Asia central a Asia Menor oriental, y pone bajo su dominio Afganistán. Irán e Iraq, países esencialmente musulmanes: la evolución de este jânato, conocido por el nombre de jânato de los iljânes es, por muchos conceptos, diferente de la evolución del jânato de Qipchaq.

La Horda de Oro

La creación del jânato de Qipchaq (según el nombre del pueblo turco que sucedió a los cumanos y a los polovtsi y fue vencido por los mongoles de Bâtû) o de la Horda de Oro (*Altin Ordu*) fue el resultado de las expediciones llevadas a cabo por el ján Bâtû. Este se afirmó, en 1227 y 1255, no solamente como instigador de la expansión y de la implantación de los mongoles en Europa oriental, y el creador de un Estado mongol que se extendía del Danubio al lago Baljash, sino también como la personalidad más importante del mundo mongol, a mediados del siglo XIII. Su poder sobrepasaba con mucho los límites de su propio jânato, y los soberanos de cierto número de principados rusos (Riazán, Tver, Suzdal, Kiev y Galitzia) se reconocían como sus vasallos; este es también el caso del gran príncipe de Vladimir, Alejandro Nevski (1252-1263). Aunque Bâtû se confirmó como un temible señor, sobre todo en materia de percepción de impuestos, supo, no obstante, caracterizar su reinado, por una parte, favoreciendo las actividades económicas y comerciales y, por otra, a pesar de ser chamanista, mostrándose particularmente tolerante con respecto a las diversas religiones practicadas en su jânato: cristianismo nestoriano, cristianismo ortodoxo, islamismo y judaísmo. Su propio hijo, Sartaq, era nestoriano y mantenía muy buenas relaciones con Alejandro Nevski. La brutal muerte de Sartaq, sucesor de Bâtû, en 1256,

tal vez impidió al jânato de Qipchaq alinearse entre los Estados cristianos.

Tras el breve reinado de Ulagchi (1256-1257), el poder pasó a manos del hermano de Bâtû, Berke (1257-1266), que puso en práctica una política proislámica: él mismo se convirtió al Islam sin abandonar, no obstante, el espíritu de tolerancia respecto a otras religiones. Ante la amenaza que suponían para el Qipchaq los progresos del jân Hûlâgû, en Adharbâydjân, Berke buscó la alianza del sultán mameluco Baybars: se intercambiaron algunas embajadas (1261) y se pactó una alianza contra Hûlâgû en 1263; además, Baybars podía reclutar en el jânato de Qipchaq mercenarios destinados al ejército mameluco. Una expedición conducida por Hûlâgû al Cáucaso acabó en fracaso: se vengó haciendo matar a los mercaderes de Qipchaq que se encontraban en Persia, acción a la que Berke respondió haciendo lo mismo con los mercaderes persas presentes en Qipchaq. Una expedición conducida por Nogai, sobrino de Berke, fracasó también: el envite de la rivalidad de los dos jânatos era de hecho el control de la totalidad del Adharbâydjân, a la sazón dividido en dos; pero ninguno de los contrincantes consiguió su objetivo.

Berke fundó una ciudad, Sarây, en el bajo Volga, que convirtió en su capital y que debió seguir siendo la capital del jânato hasta 1395, fecha en la que fue destruida por Tamerlán.

A Berke le sucedió Mengu (Möngké) Tîmûr, nieto de Bâtû (1266-1280), que intervino repetidas veces en las disputas de los jânes mongoles de Asia central y mantuvo buenas relaciones con los sultanes mamelucos de Egipto y con el *basileus* de Constantinopla Miguel VIII Paleólogo. Mengu era chamanista y se mostró muy tolerante con todas las religiones, otorgó privilegios de inmunidad a los sacerdotes de la Iglesia ortodoxa establecidos en el jânato y concedió a los genoveses un terreno en Caffa, Crimea, para el establecimiento de un consulado y de

un almacén. Su hermano y sucesor. Tuda Mengu (1280-1287), y el sucesor de este, Tuda Buga (1287-1290) solo fueron soberanos nominales, pues la realidad del poder estuvo, de hecho, en manos de Nogai, hasta su asesinato en 1300. Nogai se mostró muy favorable al cristianismo, incluido el cristianismo latino, ya que algunos monjes franciscanos pudieron establecerse en Saráy. En tanto que aliado de los bizantinos, intervino en Bulgaria, donde instaló un nuevo soberano. Jorge I Terter, que fue un verdadero vasallo de los mongoles. Pero el autoritarismo de Nogai era mal soportado y, finalmente, el ján Toktaga (1290-1312) le atacó; vencido, Nogai fue asesinado poco después.

Al principio del siglo XIV, la situación del jânato de Qipchaq (o de la Horda de Oro) es muy sólida: saca provecho de las luchas intestinas que tienen lugar en el imperio bizantino, los príncipes rusos y búlgaros están bajo su autoridad, se mantienen buenas relaciones con los mamelucos de Egipto y de Siria e incluso con los jânes îljâníes de Persia. La presencia de mercaderes genoveses y venecianos dio lugar a una actividad comercial importante a partir de las bases de Crimea, aunque los comerciantes italianos de Caffa y de Sudak tuvieran que sufrir, sobre todo en 1307, la hostilidad del jan.

La llegada al poder de Özbek (1312-1340) dio al Qipchaq una nueva línea directriz, pues el nuevo ján se convirtió al Islam y, en lo sucesivo, la religión musulmana sería la de los soberanos sin que, no obstante, las restantes religiones, sobre todo el cristianismo, padecieran represión alguna. Las relaciones con los mamelucos experimentaron algunas dificultades temporales pero, en cambio, genoveses y venecianos fueron bien tratados, cosa que no fue así al principio del reinado de Djânîbeg (1340-1357), un reinado caracterizado por una cierta acentuación de la islamización y por dos importantes acontecimientos: por un lado, la aparición de la gran peste, hacia 1346

(?). que diezmó la población y empobreció sensiblemente el jânato, especialmente Crimea; por otro, la lucha contra los íljaníes de Irán: el Adharbâydjân conquistado en 1355, es vuelto a perder tres años más tarde. En los últimos años de su reinado, Djânîbeg fue el blanco de la oposición de los señores mongoles, lo que incluso dio lugar a conflictos, en tanto que, por su parte, los señores vasallos rusos tendían a disminuir sus vínculos con los mongoles.

Este reinado aparece, pues, como un momento crucial en la historia del jânato de Qipchaq. Sin duda, el recuerdo del gran imperio gengisjaní no bastaba ya para reunir a los señores mongoles en torno al jan: los mongoles, establecidos en medios étnicos y religiosos en los que no eran más que una minoría, experimentaron, en mayor o menor medida, la influencia de estos medios; y sus vasallos, por último, comenzaron a tratar de liberarse de su sujeción. Sin embargo, los mongoles de Qipchaq dominan aún las orillas septentrionales del mar Negro, lo que constituye para ellos un hecho esencial.

Después de Djânîbeg, el poder ya no está en manos del jân sino en las del «mayordomo de palacio» Mamay (1361-1380), que se esfuerza por restablecer la unidad del jânato, echada a perder por varios emires, sobre todo en la parte oriental; además, a partir de 1370 los príncipes rusos rehúsan prestar juramento al jan; un poco más tarde (1378, y luego en 1380), se niegan a pagar el tributo. Los mongoles son derrotados en la batalla de Kulikovo Polje (8 de setiembre de 1380) y, además, deben reconocer a los genoveses la posesión de una parte de Crimea.

Es entonces cuando el jân de la Horda Blanca (parte oriental del Qipchaq), Tojtamish, que se había impuesto en esta región con la ayuda del soberano de Transoxiana, Tîmûr Lang (Tamerlán), vencedor en Mamay, se convierte en jân de la Horda de Oro y rehace la unidad del conjunto del Qipchaq. A continuación, invade los principados rusos y destruye diversas ciudades

(Vladimir, Suzdal, Moscú, en agosto de 1382) y restablece la soberanía mongola. Tojtamish, fortalecido por sus victorias, trata entonces de reconstruir el imperio de Gengis Jân, pero se encuentra en su camino a Tamerlán, que se había convertido, entre tanto, en señor de la Transoxiana, de Afganistán y de Persia. La guerra, que duró de 1387 a 1395, acabó con la derrota de Tojtamish y la destrucción del jânato de Qipchaq y, especialmente, de las principales ciudades. Sin embargo, en 1399, el jân Tîmûr Qutlug (1398-1400), adherente a Tamerlán, y puesto por este a la cabeza de lo que quedaba del jânato en su parte occidental, estableció la dominación mongola en los principados rusos, dominación que duraría aún un siglo, mientras que, un poco más tarde, aproximadamente a mediados del siglo XV, el Qipchaq se dividió en tres pequeños jânatos: Crimea, Kazán y Astrakán.

Sobresaltos en el mundo persa

Una vez confiada por el gran jân Möngke a su hermano Hûlâgû, en 1255, la tarea de unificar bajo la autoridad mongola todos los territorios comprendidos entre Afganistán y Siria, Hûlâgû eliminó sistemáticamente a sus adversarios: los ismâʻilíes de Persia en 1256 y el califa de Bagdad en 1258, siendo la ciudad destruida en gran parte. El avance mongol en Siria es finalmente detenido por los mamelucos en setiembre de 1261 en ʻAyn Djâlût. Esta batalla fijó, a partir de entonces, los límites de los territorios mamelucos y mongoles, los primeros de los cuales se extendían entonces hasta la Siria del norte y la orilla occidental del Éufrates medio. El fracaso mongol se explica en parte por la amenaza ejercida sobre el Adharbâydjân por el jân de Qipchaq, Berke, que en 1261 acordó una alianza con el sultán mameluco Baybars. Al este, el jânato de Chagatây constituye también un peligro para los mongoles de Persia que, finalmente, se contentaron con asegurar su dominación en las regiones que se extendían de Asia Menor oriental a Afganistán occiden-

tal. Por otra parte. Hûlâgû era budista y estaba casado con una cristiana (nestoriana); lo mismo ocurrió con sus sucesores Abâqâ y Argûn y, hasta el advenimiento de este último, los musulmanes no fueron bien considerados, quedando de manifiesto la hostilidad en relación a los Estados musulmanes sunníes.

Hûlâgû había establecido su capital en Maraga, Adharbâydjân; Abâqâ (1265-1282) la fijó en Tabrîz. Bajo su mandato, la iglesia nestoriana desempeñó un importante papel y, en marzo de 1281, el patriarca nestoriano electo. Mar Yahballahâ III, era de origen uiguro, si no mongol, lo que facilitó aún más las relaciones entre la Iglesia y el gobierno.

En el exterior, Abâqâ eliminó la amenaza Qipchaq sobre el Adharbâydjân (1266), y la del Chagatây en 1270 y en 1273; menos suerte tuvo en sus acciones contra el sultán mameluco Baybars, vencedor de los mongoles en Elbistán (1277), y contra el que había solicitado en vano la ayuda del papa, del rey de Francia y del rey de Inglaterra (1274-1277); otro ejército mongol, a las órdenes de Möngke Tîmûr, hermano de Abâqâ, fue vencido en octubre de 1282 cerca de Homs por el mameluco Qalâ'ûn.

La muerte de Abâqâ, el 1 de abril de 1282, fue la causa de una grave crisis entre los îljânes. En efecto, su sucesor, Takûdâr, se convirtió al Islam, tomó el nombre de Ahmad, comenzó una campaña de islamización de los mongoles, hostigó a los dirigentes de la Iglesia nestoriana y se reconcilió con los mamelucos. La oposición, que agrupaba a los tradicionalistas mongoles, los nestorianos y los budistas, así como a vasallos armenios y francos, acabó por imponerse y permitió a Argûn, otro hijo de Abâqâ, tomar el poder (agosto de 1284).

El nuevo ján, de religión búdica, mostró una gran tolerancia hacia todas las religiones, comprendido el Islam, lo que permitió, sobre todo a los musulmanes, ser juzgados según la ley coránica; su ministro de Finanzas, Sa'd al-Dawla, era un judío que

restableció el orden en las finanzas y la administración del Estado iljâní, obrando severamente contra los abusos y los pillajes de los señores y jefes militares mongoles. No obstante, Argûn se mostró también hostil a los mamelucos: en 1285 dirigió una carta al papa Honorio IV proponiéndole la organización de una cruzada contra los sultanes de Egipto y, más tarde, en 1287, envió a Europa con una misión al monje nestoriano Rabban Sauma, de origen turco, que se dirigió a Roma, Francia e Inglaterra, pero, aparte de un excelente recibimiento, no obtuvo más que buenas palabras. Argûn envió además a dos embajadores a Occidente que no tuvieron mejor éxito, y el proyecto fue abandonado.

La muerte de Argûn en 1291 provocó la rebelión de los señores mongoles contra su administración y condujo al acceso al poder de su hermano Gayjâtû, personaje de poco fuste que, para tratar de atajar una grave crisis financiera, introdujo en Persia en 1294, tal como se hacía en China, el sistema del papel-moneda (*tchao*). Este sistema tuvo como consecuencia la detención de toda actividad comercial y fue rápidamente abandonado. Gayjâtû fue derrocado en abril de 1295, pero su sucesor Baydu (abril-noviembre de 1295) se mostró incapaz de restablecer el orden en las tierras y la autoridad del jan. Gâzân (1295-1304) fue el artífice de una profunda modificación en el Estado iljâní: convertido al Islam sunní y llevado al poder por el partido musulmán con el emir Noruz, inauguró su reinado con violentas reacciones contra cualquier otra religión que no fuera la del Islam, violencias cuyo instigador y ejecutor era Noruz; los excesos de este y de sus partidarios indujeron a Gâzân a reaccionar: en 1297 les hizo arrestar y ejecutar. A partir de entonces, Gâzân procedió a un restablecimiento del orden en la administración y en la economía del país y contó, sobre todo, a este respecto, con la ayuda de su visir Rashid al-Dîn Fadl Allâh, que fue también el gran historiador de los mongoles. No solo

supo restablecer la autoridad del jân y de la administración central, especialmente de cara a los emires mongoles, sino que también favoreció en gran medida a los agricultores en detrimento de los nómadas y volvió a dar vida al comercio. Fue también el primer iljâní que emprendió construcciones, todas religiosas, especialmente en Tabrîz, su capital; por último, mostró una cierta benevolencia respecto a los musulmanes shî'íes. En política exterior, continuó la política de los grandes jânes del siglo XIII, atacando en dos ocasiones el sultanato mameluco en Egipto, sin resultados positivos, y se opuso a la expansión de los jânes del Chagatây hacia el oeste.

Su hermano y sucesor Öldjeytü (1304-1316) había sido cristiano; convertido al Islam, siguió primeramente la doctrina shî'í (1310): cristianos, mazdeístas e incluso musulmanes sunníes sufrieron vejaciones, discriminaciones y hasta, a veces, persecuciones, lo que provocó un clima de guerra civil en el jânato. En el exterior, Öldjeytü trató en vano de pedir ayuda a los occidentales para luchar contra los mamelucos y condujo algunas expediciones contra ellos: intervino también en Asia Menor central, donde el bey de Qaramân debió reconocerse su vasallo: al este, le tomó el Afganistán oriental al jân de Chagatây (1313), lo que acarreó varios años de conflictos en los confines de los dos jânatos. Öldjeytü estableció su capital en Sultâniyya (1305), ciudad en la que hizo levantar construcciones sin, por esto, olvidar Tabrîz, donde Rashid al-Din actuó de igual modo.

Abû Sa'îd (1316-1334), convertido en jân a los doce años, fue privado del ejercicio del poder por el emir Chûbân, que se deshizo de Rashid al-Din, ejecutado en 1318, y debió luchar sin cesar contra facciones, algunas de las cuales eran dirigidas por sus propios hijos, como fue el caso de Timurtash en Asia Menor. Su muerte en 1327 acentuó las rivalidades internas que la muerte de Abû Sa'îd en 1334 no hizo más que ampliar; los emires se disputaron el poder sobre la totalidad o partes del terri-

torio iljâní, que no tuvo ya jân a su frente; el Estado de los iljânes de Persia desaparecía sin gloria, parcelado, desmembrado, y no volvería a recobrar una apariencia de unidad hasta el final del siglo, bajo la dominación de Tamerlán. De las dinastías locales que surgieron en torno a mediados del siglo XIV, algunas sobresalen más, como las de los djalâyríes en Iraq y en Adharbâydjân meridional, los qara qoyunlu en Asia Menor oriental y en Iraq septentrional, los sarbedâríes en el Mâzandarân, los muzaffaríes en el Fars y el Kirmân, y los karl en Afganistán: turcos, turcomanos, árabes y mongoles se repartieron los restos de un Estado que no estuvo lejos de realizar la unidad de toda la región comprendida entre Asia Menor y Asia Central.

Un mundo profundamente dividido

La llegada de los mongoles al oeste de Asia y al sur de Rusia pudo ser considerada como un fenómeno histórico que aportaba profundas perturbaciones en estas regiones. De hecho, durante este período de la Baja Edad Media se observa, en primer lugar, la implantación de un nuevo pueblo que produjo nuevos señores; además, mientras que el Islam había sido dominante desde los siglos VII-VIII, el chamanismo, el budismo y diversas variantes del cristianismo (nestoriano, ortodoxo, latino) se implantaron y, a veces, parece ser que predominaron sobre el Islam; pero esta implantación no fue muy profunda; la mayoría de las poblaciones sometidas permaneció fiel a la religión musulmana y los jânes se convertían ya fuera por convicción o por oportunismo político. No obstante, durante un cierto tiempo, el espíritu de tolerancia prevaleció y las comunidades no musulmanas pudieron vivir seguras hasta las primeras décadas del siglo XIV.

Conviene, sin embargo, matizar esta visión. Al principio de la expansión mongola, los conquistadores son llevados por un entusiasmo que tiene su origen en el hecho de que creen ser llamados a realizar estas conquistas por una voluntad celestial; es-

ta les habría escogido para ser sus instrumentos; las victorias logradas serían un testimonio de esta voluntad. Pero, en realidad, los mongoles no tienen arraigada en su interior la religión o, en todo caso, menos que algunos pueblos a los que son incapaces de inculcar sus propias convicciones religiosas. De hecho, se produce el fenómeno inverso, y adoptan, según las circunstancias, las influencias externas o las influencias familiares (las mujeres de los jânes desempeñaron un cierto papel a este respecto), la religión «ambiente». Los primeros jânes de Persia son budistas, en tanto que los de Qipchaq son chamanistas, aunque sus esposas son, en su mayoría, nestorianas. La religión cristiana nestoriana, ampliamente difundida por Asia central e incluso Asia oriental, fue la de varias tribus mongolas y turcas, y el îljân Öldjeytü tanto como el jân de Qipchaq, Sartaq, son nestorianos (el primero se convertirá posteriormente al Islam). El budismo prevaleció también al comienzo de la dinastía de los îljânes, ya que Hûlâgû, Abâqâ y Argûn eran adeptos de esta religión que parece haber perdido su importancia e influencia desde el final del siglo XIII. El cristianismo ortodoxo y el cristianismo latino tuvieron también su período de gloria: durante el mandato de los jânes de Qipchaq, una gran parte de la población de Rusia es ortodoxa, y la Iglesia rusa recibe bajo el reinado de Möngke Tîmûr privilegios que hicieron de ella casi una verdadera potencia, émula del poder de los príncipes; los cristianos de Occidente, por su parte, enviaron misiones (casi siempre de franciscanos), no solo a Crimea, sino también a las regiones del bajo Volta y, principalmente, a la capital, Saray. Cuando el Qipchaq se islamizó, bajo el mandato de Özbek, el espíritu de tolerancia continuó vigente.

Entre los îljânes, los nestorianos están igualmente bien vistos, y el patriarca Mar Yahballahâ III fue un testimonio de ello hasta el final de su vida; por su parte, los latinos desempeñaron

un papel más político que religioso, y su presencia en Persia quedó de manifiesto, sobre todo, por un obispo en Sultaniyga.

Antes de imponerse en los dos jânatos, el Islam conoció vicisitudes, sobre todo entre los îljânes en la época de Hûlâgû: en efecto, esta religión simbolizaba para ellos el adversario esencial, el califa, y se sabe que, cuando invadió Iraq y Siria, numerosas ciudades musulmanas fueron, no solamente saqueadas, sino también destruidas, y su población musulmana, a menudo, exterminada. Con todo, allí también triunfó la tolerancia, tal vez bajo la presión de las necesidades, pues los mongoles se vieron obligados a recurrir a los gobernadores y los administradores musulmanes en las regiones de población islámica. Pero, poco a poco, el Islam recupera el terreno perdido e incluso más ya que, tanto en el Qipchaq como en Persia, los jânes se convierten al Islam, sin abandonar por esto su espíritu de tolerancia la mayoría de las veces, pues, a lo largo del siglo XIV, solo tuvieron lugar algunas persecuciones o algunos movimientos de represión contra los cristianos, los budistas y los mazdeístas. La disgregación del jânato de Qipchaq tuvo como consecuencia la casi total desaparición de cualquier religión que no fuera la del Islam en toda la extensión de su territorio: solamente se conservaron algunos núcleos cristianos de ritos diversos, pero no desempeñaron ya más que un reducido papel.

Los problemas religiosos son un aspecto de las relaciones establecidas entre dirigentes mongoles, príncipes o emires locales y elementos diversos de la población. Los jânatos son conjuntos heterogéneos tanto desde el punto de vista étnico como desde el punto de vista social; durante algún tiempo después de su invasión, los mongoles continúan comportándose como nómadas, pero la posesión de tierras, el control de las ciudades y la fundación de capitales hizo de ellos seminómadas y, en algunos casos, sedentarios. Aunque al principio de su expansión los mongoles transformaron regiones de cultivos en regiones de

estepas, más adaptadas a su tipo de vida, más tarde los jânes advirtieron el error de esta concepción y, por el contrario, fomentaron la agricultura, sobre todo en Rusia del sur. Este fomento benefició a los príncipes rusos, vasallos de los jânes, pero también a los notables y miembros de la familia de los soberanos, poseedores de tierras; estos, todopoderosos sobre las tierras y sus habitantes, se contaban igualmente entre los jefes más importantes del ejército. La preeminencia otorgada a los *begs* feudales y, posteriormente, las rivalidades entre los begs, fueron algunas de las causas determinantes de la disolución del poder de los jânes y del debilitamiento o la desaparición de los jânatos mongoles.

¿Un mundo abierto de Crimea a China?

Los conflictos con los mamelucos de Egipto y con el jânato de Qipchaq, la progresiva desaparición de los Estados latinos de Palestina y Siria y, al menos hasta el primer tercio del siglo XIV la primacía de los elementos nómadas o seminómadas sobre los campesinos o sedentarios, impidieron sin duda cualquier desarrollo económico y casi todas las relaciones con los occidentales: solamente se mantuvieron las relaciones con el jânato del Chagatây, en la medida en que, episódicamente, no surgen conflictos con él. Aunque hasta el principio del siglo, XIV los cristianos estuvieron en la corte y los mercaderes genoveses pudieron establecerse en la Persia del norte, aunque Gâzân fomentara enérgicamente el renacimiento de la agricultura, desde su muerte y, más aún, después de Öldjeytü, la disgregación del Estado de los îljânes tuvo como consecuencia una interrupción casi total de las relaciones económicas con los italianos, así como de la utilización de la ruta comercial hacia el Asia central que pasaba por Asia Menor, Iraq del norte y Persia. La desaparición del sultanato seldjûqí en Asia Menor y la constitución en esta región de beyliks independientes y, a menudo, rivales, consagra el abandono de las rutas que la atravesaban en el siglo XIII,

en favor de la que pasaba por el sultanato mameluco, mucho más estable y segura, o de la que pasaba por Constantinopla, Crimea y el jânato de Qipchaq.

Este último parece ser que se benefició muy pronto de condiciones favorables: en primer lugar, no tuvo que combatir, de manera tan violenta como los îljânes, a las poblaciones musulmanas que residían en su territorio; los elementos rusos no constituían una fuerza suficientemente organizada para oponerse a las decisiones políticas o económicas de los jânes, y lo mismo ocurría en el caso de los turcos o de los búlgaros del Volga. Las estructuras sociales tradicionales de los mongoles encontraron un terreno apropiado en las estepas de la Rusia del sur o del Dechti Qipchaq. Aunque, no obstante, la agricultura acabó por ser fomentada (el hecho de la utilización de esclavos tomados de todas partes, hizo pensar en una sociedad de tipo feudal, aunque evitando cualquier comparación con Europa), las producciones de esta agricultura no son solamente indispensables en la vida cotidiana de los habitantes: constituyen también una parte importante de los productos de importación buscados por los comerciantes italianos de Crimea. Hay que hacer constar también que lo esencial de los impuestos cobrados a los habitantes proviene de los campesinos, mucho más controlables que las otras categorías sociales.

Conviene también evidenciar otro aspecto de la economía de Qipchaq: el poco interés por las ciudades mostrado durante mucho tiempo por los jânes que, al menos hasta el siglo XIV, no adquirieron la noción de una residencia estable y no conocían, en este aspecto, más que las ciudades de Mongolia o de China, hacia las que no dudaron en enviar a los artesanos rusos de los que se enorgullecían Kiev y otras ciudades rusas. Se produjo así una degradación de las instituciones urbanas y una influencia de las leyes consuetudinarias mongolas en los principados rusos.

Pero es en el ámbito de las relaciones comerciales con el imperio de Constantinopla y con las ciudades mercantiles italianas donde el jânato de Qipchaq obtuvo mejores resultados. Constantinopla es para los griegos y para los italianos (primero los genoveses y luego los venecianos) el puerto donde hacen escala los navíos que se dirigen a Crimea o Trebisonda, constituyendo este último puerto el punto de partida de la ruta que, a través de Erzurûm, la antes llamada Teodosiópolis, conduce a Tabrîz. Hasta el final del siglo XIII, los genoveses y, en menor medida, los venecianos utilizaron este puerto y esta ruta, aprovechando la apertura del mar Negro que les fue concedida en 1261 a los genoveses por Miguel VIII Paleólogo. Según parece, este tráfico no perjudicó mucho al comercio que los genoveses efectuaban en dirección a Persia y Armenia a partir del puerto de Lajazzo, en el golfo de Alejandreta, y a través del Asia Menor oriental. Pero, a principios del siglo XIV. la disgregación del sultanato seldjûqí y el desorden político y militar que provocó entorpecieron considerablemente la utilización de esta segunda ruta. En cuando a la primera, la evolución del jânato de los îljanes le produce un importante perjuicio.

A partir de entonces, griegos e italianos dirigen sus esfuerzos hacia Crimea. En otros tiempos, ya muy remotos, los bizantinos prácticamente se habían reservado el monopolio del comercio del mar Negro, sobre todo en lo concerniente al comercio de trigo, de gran importancia para el aprovisionamiento de Constantinopla. Con la llegada de los genoveses y los italianos, el monopolio desaparece. Ya en la época de la ocupación latina de Constantinopla, los mercaderes italianos habían tratado de traficar con el sur de Rusia, que vivía, a la sazón, bajo la dominación mongola: en 1247, el misionero Juan de Plano Carpino encontró mercaderes italianos en Kiev. Pero tal vez estos mercaderes estaban entonces más interesados por el tráfico de mercancías provenientes de los países del mar Báltico. En

1253, otro misionero, Guillermo de Rubruck, hace mención de que Soldaia (o Sudak), en Crimea, es lugar de encuentro de los comerciantes de Rusia y de Turquía; en 1260. Niccoló y Matteo Polo, tíos del viajero que se hará ilustre más tarde, Marco Polo, encuentran en Sudak muchos mercaderes «latinos» que hicieron de este puerto el centro de su negocio. La ciudad de Sudak, administrada por un sebaste griego, aunque sometido al jân mongol, conservaba una cierta autonomía; sus relaciones políticas, religiosas y comerciales con la capital del imperio griego y los puertos del litoral de Asia Menor hacían de esta ciudad el más importante mercado de las costas de Crimea. Rubruck comenta que se iba a Sudak a cambiar las telas de seda y de algodón, así como las especias llegadas de Turquía y de otras partes, por las pieles de Rusia.

La fundación de la colonia genovesa de Caffa se remonta a 1266, fecha de la concesión a los genoveses de un terreno para establecer en él un consulado y un almacén. La instalación genovesa fue facilitada por el tratado de Ninfea, acordado con Miguel VIII, que les abre el paso del Bósforo hacia el mar Negro, y por el tratado de 1263 firmado por Miguel Paleólogo con el sultán mameluco Baybars y el jân mongol de Qipchaq, tratado que tenía por objetivo principal el comercio de los esclavos de Rusia, Georgia y el Cáucaso con destino a Egipto: los genoveses desempeñaron un importante papel en este comercio, en el que actuaron a menudo de intermediarios. La ciudad de Caffa, aunque destruida dos veces, en 1296 y en 1308, fue reconstruida en 1316 y experimentó entonces una gran expansión; además de los genoveses, los más numerosos, se encontraban allí mercaderes de todas las procedencias, europea, griega, árabe, turca, persa y mongola. De esta época data el *Codex comanicus*, diccionario cumano (nombre de una tribu turca)-persa-latino, que probablemente iba dirigido a los mercaderes y los misioneros.

Los principales rivales de los genoveses, los venecianos, presentes en Sudak en torno a 1285, están implicados también en el comercio de los esclavos y en todo el tráfico comercial que, desde Crimea, llegaba a Saray y, desde allí, al Asia Central y a la China. A principio del siglo XIV, Juan de Montecorvino, enviado de Roma a Pekín como arzobispo, consideraba que la ruta de Caffa, a través de Saray y Almalig a Jânbalig (Pekín), era la más práctica «cuando no era demasiado perturbada por las guerras». Pegolotti, por su parte, proporcionó un itinerario detallado de Crimea a China, con indicaciones prácticas: costumbres, medios de trasporte, monedas a utilizar, etcétera. En 1333, en jân Özbek permitió a los venecianos establecerse en Tana, en la desembocadura del Don: desde ese momento estuvieron en igualdad de condiciones con Génova en el mar Negro; los venecianos prevalecieron, finalmente, en el curso del siglo XIV. Pero el comercio italiano sería echado a perder por el jân Tojtamish que devastó Saray y Astracán y se apoderó de Tana, donde exterminó a la población italiana. El comercio de seda de China, que los italianos hacían pasar por Crimea, se vio interrumpido por la desaparición de los puntos de enlace. Sin embargo. Caifa continuó desempeñando un papel, especialmente por la exportación de los productos de las tierras del interior de Rusia: trigo, madera, sal, pieles y, sobre todo, por el comercio de esclavos, del que Egipto era siempre cliente.

De hecho, durante todo el tiempo que la *pax mongolica* reinó en el Qipchaq, el jânato experimentó una cierta prosperidad y fue un lugar de intercambios humanos, religiosos y comerciales. Los mongoles supieron, durante más de un siglo, merced a su fuerza y a su tolerancia, afianzar su dominio sobre pueblos muy diversos. Su adhesión al Islam, que habría podido mejorar las relaciones con sus vecinos y proporcionar la unidad religiosa, no les trajo la solución a lodos los problemas que se les plantearon a lo largo del siglo XIV. Al ser tan diferentes de los pue-

blos que habían sometido, a la postre fueron ellos los asimilados y no los asimiladores, y los elementos de civilización que introdujeron en el Próximo Oriente fueron desapareciendo poco a poco. Cuando, a partir del final del siglo XV y en el siglo XVI, el Estado otomano establece su poder en la totalidad del Asia Menor, la Persia occidental, Iraq y las orillas del mar Negro, lo que queda del Estado mongol está completamente separado del mundo occidental: pero la ofensiva de Tamerlán, a finales del siglo XIV, había puesto ya punto final a lo que había sido la dominación mongola.

Capítulo 6

AL ESTE, TURCOS Y OCCIDENTALES CARA A CARA

Aunque Europa occidental puede hacer alarde de un indiscutible progreso y, sobre todo a partir del último tercio del siglo XV, de una notable expansión, es menester considerar que esta expansión solo concierne, la mayoría de las veces, a las tierras situadas fuera del Viejo Mundo y que en cualquier otra parte se enfrentará con posiciones bien defendidas, especialmente en Europa oriental, el Magrib y el Próximo Oriente: la dominación otomana sobre estas regiones representa no solamente un obstáculo insalvable, sino que también, alrededor de 1575-1580, es la ofensiva de los turcos la que prevalece. Esta resistencia solo será vencida por la penetración económica —que solo será válida, en cierta medida, a lo largo del siglo XVII— y, por más que se haya dicho, el descubrimiento de la ruta marítima del cabo de Buena Esperanza no aporta modificaciones sensibles en las actividades económicas del mundo otomano antes de la segunda mitad del siglo XVI. Por último, conviene subrayar que los éxitos de los sultanes turcos contribuyeron a rehacer la unidad del mundo musulmán y que, excepto Marruecos —sometido a las presiones europeas—, los demás países islámicos, hasta Iraq y el golfo Pérsico, dependen de Constantinopla, que pronto se llamará «Estambul».

A lo largo del siglo XV, los otomanos ponen punto final a la existencia del Estado bizantino, tarea en la que son secundados por los venecianos y los genoveses; también ellos extienden y consolidan su autoridad en la Europa balcánica, y más tarde, en las orillas del mar Negro; aunque el Estado mameluco vive aún un período brillante y desempeña un papel de primer orden en los intercambios económicos, su situación interna empieza a

degradarse y, a principios del siglo XVI, es incapaz de resistir el ataque de los otomanos. Lo mismo ocurre en el caso de los Estados turcomanos de Asia Menor oriental y de Irán occidental, herederos parciales de los iljânes; en suma, de la frontera húngara y del Danubio al golfo Pérsico y al Cáucaso, de Argelia al mar Rojo, un enorme bloque político, militar, económico e incluso religioso —en la medida en que el Islam es allí dominante y mayoría— se opone al progreso de los europeos, con tal éxito, a veces, que estos deben abandonar cuantas bases hubieron creado, por ejemplo en el Magrib. Arrojados de esta zona de paso entre Europa, África negra y Asia, a los europeos no les queda otro remedio que obviarla y establecer relaciones directas con estas regiones.

La muerte de Bizancio

La desaparición de los griegos, perturbadora para el mundo de las ideas y dolorosa también para la cristiandad, es, sin lugar a dudas, el acontecimiento más importante del siglo XV oriental. Naturalmente, esta augusta ruina no es ya, al final del siglo XIV, más que un símbolo un poco anticuado y, para los turcos, un peligro menor. Pero tanto al oeste como al este se es consciente de que solo la ocupación de Bizancio proporcionará a los otomanos el centro y la legitimidad sin los que su esfuerzo quedará incompleto. En el momento de la victoriosa ofensiva de Bayaceto (Bâyazîd), esto no es ya más que cuestión de algunos meses. Pero un brutal e inesperado acontecimiento concederá a los griegos medio siglo de prórroga.

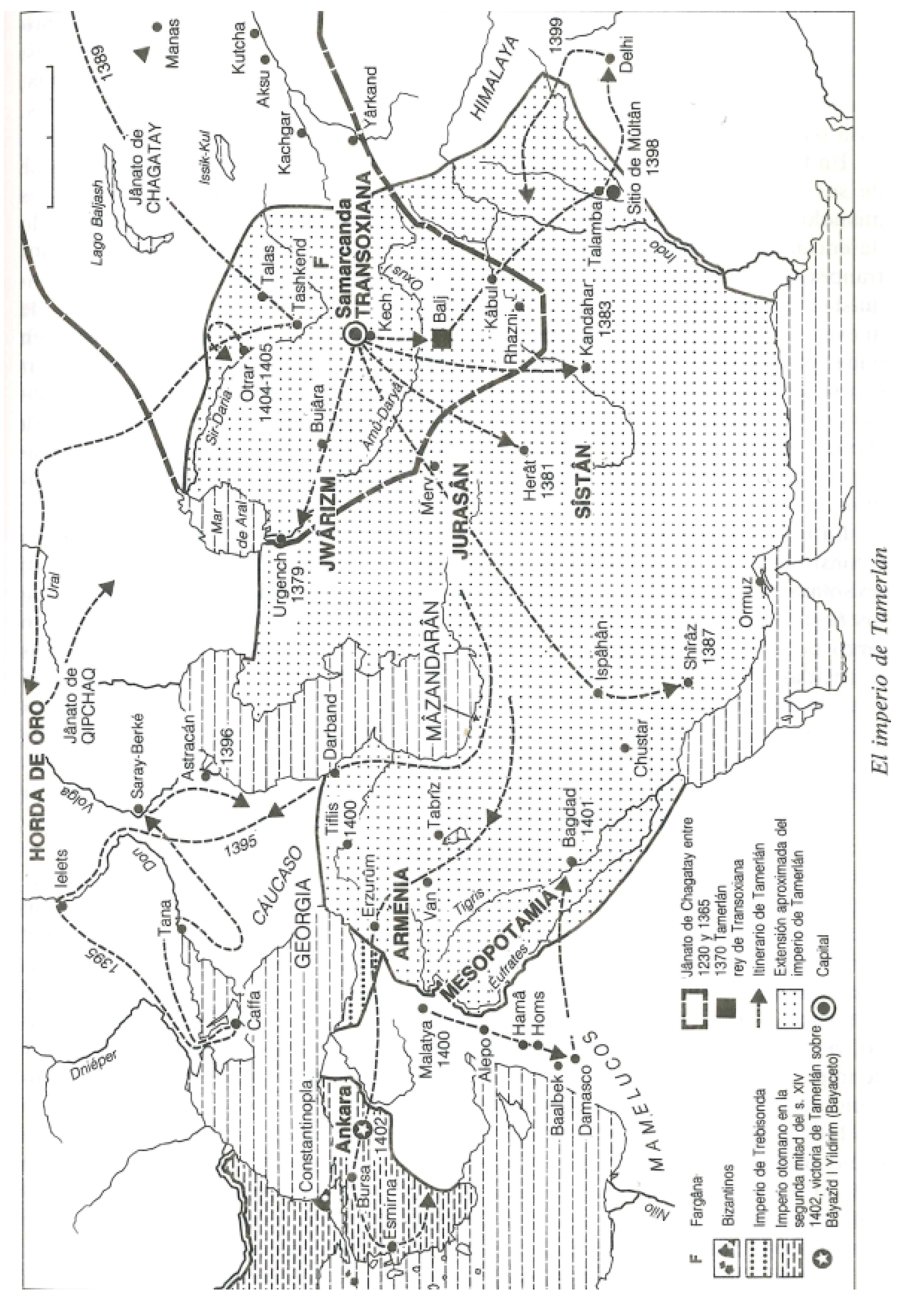
Tamerlán, como un trueno

Se suele comparar a Tamerlán, como él mismo lo liaría, con Gengis Jân. Si se tiene en cuenta el número de cabezas cortadas erigidas en trofeos y la ola de extremo terror que le precedía, el

conquistador otomano puede rivalizar con el mongol; pero ninguna tribu, ninguna etnia le respalda, ninguna idea de organización o incluso de explotación de los suelos sometidos le acompaña, ninguna duración, por tanto, le está asegurada: una docena de años de salvaje desorden y de abominables matanzas. Los pretextos religiosos son muy débiles y en vano se buscaría un plan previo de conquista y de instalación Tamerlán, el Cojo, es el jefe de una tribu turcomana de Samarcanda que, de 1380 a 1393, dirige la conquista y el pillaje de la planicie iraní donde se debilitan las últimas dinastías mongolas: Heraz, Chiraz, Ispâhân y Tabrîz son conquistadas y acompañadas en su ruina por la ejecución sistemática de los varones; han llegado hasta nosotros algunas impresionantes cifras de cadáveres decapitados, que Incrementaron el pánico: 25 000 aquí, 50 000 allí, 70 000 más allá. Tamerlán avanza hacia el Cáucaso y hacia Mesopotamia, donde ocupa Bagdad. Movidos por una sensata prudencia, los emires o los beys de las zonas del Yarberki y de Anatolia oriental prefieren proclamar su sumisión lo que, para ejemplo —¿cuál?—, no impide al conquistador saquear Sivas y, de paso, hacer enterrar vivos a 4000 cristianos (1400) antes de volver a bajar a Damasco, que destruye casi por completo.

Entre tanto, la India le había tentado: invoca la tibieza de la fe en esas lejanas regiones y corre a reanimarla; en 1398 atraviesa el Indo, y llega a Delhi, que toma y deja en ruinas. Como a sus campañas no les sigue ninguna ocupación de hecho, apenas vuelve la espalda las atrocidades son suficientes para provocar revueltas. Así ocurre en Asia Menor durante la expedición de Damasco; en mayor medida que Bayaceto, el otomano, el hermano de raza, tampoco tiene intención de quedarse aquí fuera de juego. El inevitable choque tuvo lugar en Ankara el 20 de julio de 1402: los otomanos son aplastados, Bayaceto capturado con su primogénito, torturado y arrojado a una fosa, donde murió algunos meses después; algunas matanzas jalonaron esta

tragedia. Como era de esperar, toda Anatolia, comprendida Esmirna, de donde los caballeros de Rodas habían sido expulsados, pasa bajo el control de Tamerlán, que surgió frente a Bizancio.



El imperio de Tamerlán

En Occidente reina el entusiasmo. El esquema de la época de san Luis renace de sus cenizas: ¡aquí está el salvador que aniquiló a los turcos, contiene a los mamelucos y ayudará a Cons-

tantinopla! El mariscal Boucicaut es el encargado de entrar en contacto con él, y castellanos y franceses envían en seguida algunos franciscanos a finales de 1403; pero tienen dificultades para reunirse con el conquistador, que ha cambiado de objetivo y ya no le interesa el Oeste; parte de nuevo al Irán, donde rechaza brutalmente a algunos enviados que no comprenden nada, pues él es musulmán y turco, no mongol y animista. Se prepara para atacar China, pero, por suerte para los Ming, la muerte sorprende a este loco sanguinario en enero de 1405. Como no hizo otra cosa que destruir, a excepción de su capital, Samarcanda, bastaron tres o cuatro años para que todo saltara en pedazos. De este azote pasajero solo quedó una ciudad, enriquecida con el botín acumulado durante quince años.

La invasión de Tamerlán a Asia Menor y su victoria sobre el sultán Bayaceto I constituyen asimismo una verdadera catástrofe para el joven Estado otomano: no solamente pierde la mayor parte de territorios asiáticos donde se reconstituyen los *beylik* anteriormente conquistados o anexionados sino que, sobre todo, a lo largo de once años los hijos de Bayaceto se enfrentan en una serie de guerras fratricidas cuyo objetivo es el dominio del sultanato. Pero, mientras tanto, tiene lugar la fragmentación de Asia Menor, deseada por Tamerlán. No obstante, es sorprendente que, en la parte europea del Estado otomano, no aparezca entonces ningún (o casi ningún) movimiento de rebelión y que los países cristianos recientemente sometidos no trataran de liberarse de la tutela turca. ¿Existía allí, a pesar de la derrota de Ankara, una presencia suficientemente densa de fuerzas otomanas como para imponer el respeto al poder, o una debilidad tal de los países conquistados que les impedía cualquier intento de lucha contra los turcos o, tal vez, el poder ejercido por estos no parecía tan insoportable? En todo caso, ningún elemento responsable, entre las provincias balcánicas, intervino en la guerra civil otomana y, como veremos, el empe-

rador bizantino Manuel II no pudo lograr más que algunas limitadas ventajas de la situación. Finalmente, esta acaba en 1413 con la victoria de Mehmet I, que se encarga de la reinstauración del poder otomano, de la reconstitución de la unidad territorial contra los países de Anatolia y de impedir que el soberano karamaní de Qonya se aproveche de la debilidad temporal de los otomanos en Anatolia.

Tres años después del triunfo de sus propios hermanos, Mehmet I ha conseguido plenamente sus objetivos y en 1416, no solamente es el jefe único de un Estado reunificado, sino que ha vencido a su rival karamaní y reafirmado la presencia otomana en los Balcanes; el único peligro consiste en la aparición de un pretendiente al trono, Mustafá, apoyado por un emir rebelde.

En este agitado período sobresalen dos importantes elementos: la innegable superioridad otomana sobre cualquier otro poder en Europa oriental o en Asia Menor, y la solidez de las estructuras internas del Estado que, aunque pudieron ser perturbadas durante los años difíciles, se mantuvieron y pudieron funcionar de nuevo de la manera más ventajosa para el Estado cuando estuvo plenamente reconstituido.

Una prórroga pero ningún triunfo

Durante su segunda estancia en París el emperador Manuel II tuvo conocimiento de las noticias del desastre de Bayaceto en la batalla de Ankara (1402), que alteraría las relaciones de fuerzas en Oriente y proporcionaría al imperio una prórroga de una cincuentena de años. Durante la crisis dinástica a la que el Estado otomano hubo de hacer frente tras la muerte de Bayaceto en el exilio, así como durante el gobierno de Mehmet I (1413-1421). Bizancio experimentó por segunda vez una relativa paz y pudo emprender un último esfuerzo de recuperación. Se establecieron nuevas relaciones entre el imperio y el

decrépito Estado otomano que permitieron al primero recuperar Tesalónica y algunas regiones costeras del mar Egeo septentrional, del mar Negro occidental y de la Propóntide, así como librarse del tributo anual pagado a los otomanos.

Pero donde Manuel puso mayor empeño fue en la consolidación de la posición del despotado de Morea que, en 1383-1384, había pasado de la familia de los Cantacucenos a la de los Paleólogos. Los problemas que el despotado tuvo que afrontar entonces se pueden resumir en los ásperos antagonismos de los numerosos detentores del poder en Quersoneso, además de los bizantinos, los navarros, los venecianos y la orden de los hospitalarios de Rodas, una de cuyas partes, tal vez la más recalcitrante, estaba formada por los poderosos señores locales griegos. Sin embargo, el despotado fue, en estos últimos años de la decadencia del imperio y a pesar de ella, el lugar en que la nueva expansión del helenismo y la efervescencia cultural, a pesar de una cierta desazón socio-económica de la sociedad moreota, prefiguraban el esbozo de un renacimiento que no pudo alcanzar su madurez, al ser brutalmente interrumpido por la conquista otomana.

Manuel se convirtió dos veces en déspota de Morea y, durante su segundo período (1415-1416), recuperando las antiguas costumbres, resucitadas por Justiniano I, hizo erigir la larga muralla de Hexamilion, entre el golfo de Salónica y el de Corinto, destinada a establecer una sólida barrera contra los ataques turcos por tierra. Los gastos y la mano de obra necesarios para esta importante construcción, en los que participó una gran parte de la población, provocaron un negativo sobresalto entre algunos señores locales que trataron incluso, aunque sin éxito, de demoler la muralla. Entre los inconvenientes a los que dio lugar se sitúa la emigración hacia las colonias venecianas del Peloponeso de numerosos campesinos griegos y albaneses y, por tanto, de una mano de obra importante, para evitar el pa-

go de los impuestos correspondientes a la construcción. Sea como fuere, tras la partida del emperador, su hijo mayor Juan, el futuro coemperador, y su otro hijo Teodoro II, déspota de Morea, pudieron extender considerablemente el territorio del despotado en detrimento del principado latino de Acaia, que fue salvado por los pelos gracias a la intervención de los venecianos.

Manuel tenía plena conciencia de la precariedad de la paz con los otomanos, razón por la que no abandonó la búsqueda de una ayuda de Occidente, en una coyuntura ciertamente desfavorable para Bizancio: Venecia y Hungría se hallaban en pie de guerra, y el papado estaba muy preocupado por las dificultades internas de la Iglesia latina que el concilio de Constanza —donde murió, en 1415, el enviado personal del emperador, Manuel Crisoloras, convertido al catolicismo— trataba de resolver, para prestar atención a la embajada de Manuel, Los únicos resultados, de un alcance secundario, de esta embajada fueron la puesta en venta por el papa Martín V de indulgencias destinadas a la construcción de Hexamilion, así como el consentimiento del papa para el matrimonio de princesas católicas con miembros de la familia imperial; una serie de tales uniones sella este aproximamiento superficial de los dos mundos, que no aporta a Bizancio ningún alivio a los graves problemas del momento.

No se podía contar más tiempo con el apoyo italiano. Sin duda, los intereses de las repúblicas mercantiles en lo que quedaba del imperio no eran desdeñables; pero todo el interior de las tierras era turco y había que tener cuidado con los sultanes como, por otra parte, estos últimos lo tenían respecto a los mercaderes occidentales. Desde la cuarta cruzada, los venecianos implantaron sistemáticamente bases en la vía marítima que unía Venecia con Constantinopla, Zara. Corfú, Cefalonia, Zante, Modón, Corón, Creta, las islas del mar Egeo y Eubea, así co-

mo Salónica y Patras en ciertos períodos; al estar igualmente en posesión de Constantinopla y de la salida al mar Negro, y al haber arrojado a los genoveses hacia el Asia Menor, pudieron poner en pie un verdadero imperio, al que se dio el nombre de «Romanía veneciana». La recuperación de Constantinopla por los griegos en 1261 y el momentáneo desquite de los genoveses no hacen perder prácticamente nada a los venecianos, a los que Miguel VIII Paleólogo concede un barrio de la capital y el ejercicio de actividades económicas. Al baile veneciano de Constantinopla, representante de la Serenísima República, se añaden otros representantes venecianos en el Levante (Trebisonda, Chipre, Siria. Alejandría). Toda una red comercial cubre las tierras del interior y Venecia saca un gran provecho de una organización particularmente eficaz puesta a punto por el Senado y los organismos económicos. Esta privilegiada situación de los venecianos se debe, en gran parte, a su dinamismo comercial, pero también a la progresiva retirada de los bizantinos y, en determinados momentos, de los genoveses. Es evidente que durante todo el espacio de tiempo que los turcos no amenazaron directamente los intereses de Venecia y que, en consecuencia, las preocupaciones y los gastos de defensa de las bases son realmente menores, el comercio veneciano se desarrolla; y, si se observa la implantación de estas bases, se comprueba que, casi obligatoriamente, los intercambios entre las tierras del interior (y los países más lejanos) deben pasar por ellas. Esta situación se modifica un poco cuando los turcos empiezan a mostrarse más amenazantes y más exigentes, ocupan Bosnia, Albania, Salónica, hacen del Peloponeso un tributario y controlan la casi totalidad de las costas occidentales y meridionales del mar Negro: entonces los venecianos intentan, si no volver a dar una vida activa al Estado bizantino, al menos impedir que sucumba. Pero estos intentos quedan siempre limitados, pues no era cuestión de enfrentarse directamente a los turcos: Salónica

constituyó una excepción. La lectura de los documentos venecianos permite comprobar que su ayuda a los últimos emperadores de Bizancio fue limitada, incluso en el momento del sitio de Constantinopla: la Romanía veneciana representa un elemento mucho más importante como para sacrificarla a una causa irremediablemente perdida. Lo que no impediría a los venecianos tener, un poco más tarde, una actitud ofensiva con respecto a los turcos: pero esto no concernía ya a los bizantinos.

En cuanto a los genoveses, beneficiarios de los acontecimientos de 1261 y de sus consecuencias inmediatas en Constantinopla y en el imperio griego, iniciadores de la expansión comercial occidental en Crimea y en el jânato de la Horda de Oro, dueños de Focea y de las islas de Lesbos y de Quíos, tienen menos relaciones con Bizancio a medida que pierde su territorio en provecho de los turcos. Aunque un contingente genovés acudiera en ayuda de los griegos en el momento del sitio de Constantinopla —y combatiera valientemente—, los genoveses fueron los primeros en reconocer la supremacía otomana y en obtener del sultán la confirmación de sus antiguos privilegios en Galata, Quíos y Lesbos.

Es cierto que, en el contexto de la primera mitad del siglo XV, Bizancio solo podía contar con sí misma: el reino de Chipre, en manos de los Lusiñán, vivía demasiadas dificultades con los mamelucos y los genoveses para interesarse por los bizantinos, al tiempo que antiguos resentimientos se interponían entre el imperio y el reino. Aunque los griegos pudieron restablecer, a principios del siglo XV, su dominación en la parte «latina» del Peloponeso (principado de Morea), dominación que solo duró una treintena de años, no pudieron tomar el ducado de Atenas a los Acciaiuoli, magníficos florentinos que dieron una nueva vida a Atenas, pero una vida italiana, no griega.

Finalmente, los hospitalarios —o caballeros— de San Juan de Jerusalén, expulsados definitivamente de Tierra Santa en 1291, encontraron un lugar de repliegue en Chipre. Pero, en 1306-1308, se apoderaron de la isla de Rodas en detrimento de los bizantinos; la convirtieron en sede de su orden y en base de intensas actividades marítimas en el Mediterráneo oriental; participaron en la cruzada de 1344 que condujo a la conquista de Esmirna, que los caballeros ocuparon hasta la toma de la ciudad por Tamerlán en 1405. Se apoderaron a la sazón de la antigua Halicarnaso (la actual Bodrum), donde construyeron el castillo de San Pedro, a partir del que lanzaron algunas incursiones marítimas; pero la inmediata proximidad de los otomanos les impidió tener una actividad intensa e incluso constituyeron un blanco para ellos: y, por supuesto, no aportaron la menor ayuda a los bizantinos.

El advenimiento de Murâd II (1421-1451) al trono de los sultanes proporcionó la respuesta a las aprensiones del emperador. En junio de 1422, Murâd cercó la capital, a pesar y a causa de los esfuerzos de Juan VIII, elevado a la categoría de coemperador, por detenerlo oponiéndole un pretendiente. Este cerco, de corta duración (tres meses) pero de una especial violencia, dio a la población, que resistió valientemente, el amargo presagio de lo que sucedería treinta años más tarde. La aparición de otro pretendiente, instigado por Manuel, obligó a Murâd a levantar el bloqueo; este se dirigió poco después hacia Grecia central y el Peloponeso, donde, una vez destruidas las fortificaciones construidas con tanto esfuerzo por Manuel en Hexamilion, avanzó hasta Mistra provocando estragos a su paso. El tributo anual fue restablecido por el tratado pactado luego entre él y Bizancio: este abandonó las ciudades del mar Negro, excepto Mesembria y Derkón, y fue autorizado a conservar el Peloponeso, a condición de no emprender la reconstrucción de Hexamilion. Tesalónica, asediada desde 1422 y ator-

mentada por el hambre, fue cedida por el déspota Andrónico Paleólogo, tercer hijo de Manuel, a los venecianos, que prometieron salvaguardar los privilegios de la ciudad y hacerse cargo de ella. No obstante, Venecia no pudo mantenerse en Tesalónica más de siete años; todas las propuestas hechas a Murâd para el pago de un tributo anual muy elevado habían fracasado, la ciudad fue tomada el 29 de marzo de 1430 y saqueada a lo largo de tres días. Las circunstancias volvían, pues, a ser las mismas que las de antes de la batalla de Ankara.

Manuel II murió en julio de 1425, con el hábito de monje, habiendo pasado el poder, desde 1421, a su hijo y coemperador Juan VIII. El pueblo le estuvo agradecido porque supo, preservándole de la cautividad, no empeñar su palabra en compromisos con respecto a Occidente. Había mantenido contactos con el papado, pero insistiendo sobre su punto de vista, que fue en el fondo el de Cantacuceno y el de la aplastante mayoría de los bizantinos y de la Iglesia: la prioridad de un concilio ecuménico que discutiera con absoluta imparcialidad sobre las cuestiones de la unión antes de decidirla; y, de todas formas, el inmediato envío de ayuda, sin la que el concilio acabaría por no poder celebrarse, al no existir una Constantinopla libre.

¿Una esperanza en Morea y otra en Occidente?

Juan VIII (1425-1448) reinó de hecho sobre la ciudad-Estado en que se había convertido Constantinopla y su región adyacente, mientras que sus hermanos se repartían los restos del imperio, sobre los que gobernaban como déspotas autónomos: Constantino en Mesembria y Anquilaos, con el consentimiento del sultán y el déspota Demetrio en Lemnos, en tanto que Teodoro II quedó solo a la cabeza del despotado de Morea hasta 1427, momento en el que compartió el poder con Constantino y Tomás Paleólogo. Al igual que su padre, Juan VIII prestó una particular atención a la única fuerza viva del imperio declinante, el Peloponeso, donde el poder bizantino logró restablecerse

en casi toda la isla, a excepción de las posesiones venecianas (Modón, Corón, Nauplia y Argos) y Patras, que se encontraba bajo la autoridad del arzobispo latino. En 1430, Patras se rindió también a Constantino Paleólogo, lo que inició el final de la existencia del principado latino de Acaya. En el norte, por el contrario, el imperio perdía los últimos baluartes que aún eran libres, Tesalónica, como ya hemos dicho, y Janina; esta última fue entregada a Sinan Pacha por sus propios habitantes, que no quisieron correr la suerte de la primera y que, por esto, conservaron determinados privilegios concernientes a sus libertades, la propiedad rural de la Iglesia y de los poderosos y la protección del pueblo.

Ante la gravedad de la situación, Juan VIII se resignó a jugar una vez más la carta de la unión, a fin de provocar una cruzada para la salvación de todo el Oriente cristiano. Se trataba sin duda de un engaño: los emperadores, a cambio de la ayuda deseada, ofrecían al papado la unión de la Iglesias, que en el fondo no era más que la sumisión de la Iglesia de Constantinopla a Roma, tema del que su pueblo no quería oír hablar; los papas, por su parte, hacían hincapié en la prioridad de la sumisión en detrimento de la ayuda que, de todas formas, corría mucho peligro de quedar en el dominio de los proyectos. Es cierto que, entre tanto, se produjo un cierto cambio de ideas respecto a la unión en los círculos de la alta nobleza constantinopolitana y, sobre todo, en los medios intelectuales, donde tomó forma el movimiento de los partidarios de la unión (*philénôtikoi),* enfrentado al de sus adversarios (*anthénôtikoi*); estos, bajo la contradictoria impresión de la toma de Tesalónica y de la rendición de Janina, empezaron a acostumbrarse a la idea de esta última solución, pues representaba, desde su punto de vista, el menor de los dos males. Por otra parte, las condiciones de vida en la capital iban siendo cada vez más precarias. Los viajeros occidentales de esta época hablan de la imagen de una ciudad sobre

la que se cernían el abandono y la desesperación. Varias iglesias y palacios caían en ruinas; la ciudad parecía invadida por pobres y desvalidos, y un nuevo ataque de peste, en 1435, contribuyó un poco más a diezmar los efectivos demográficos. En estas circunstancias, Juan VIII (que se había rendido ya a Occidente en calidad de coemperador), consiguió, en noviembre de 1437, según parece, a causa de la emprendida unión, viajar a Italia, que vería por última vez a un emperador bizantino pisar su suelo.

La delegación bizantina, a cuya cabeza estaban Juan VIII y el patriarca José II, comprendía, además del déspota Demetrio, hermano del emperador, diversas personalidades civiles y eclesiásticas, entre las que se contaban el metropolita de Nicea y futuro cardenal de la Iglesia latina, Besarión, el filósofo Jorge Gémistos Pléthon y Gennadios Escolarios, que llegaría a ser el primer patriarca de Constantinopla tras su caída; incluso la Iglesia rusa estuvo representada por Isidoro, el metropolita griego de Kiev. Llegaron a Venecia en febrero de 1438, desde donde se dirigieron a Forrera y, posteriormente, a Florencia; pero la unión no fue proclamada hasta julio de 1439, ante el papa Eugenio IV, por el cardenal Cesarini, que lo hizo en latín, y por Besarión, que lo hizo en griego, tras largos y minuciosos debates que enfrentaron, a veces ferozmente, a las dos facciones de este concilio ecuménico. El reconocimiento de la primacía del papa fue formulada con un espíritu de moderación, pero, en conjunto, la impresión que se sacaba era la de la sumisión de la Iglesia ortodoxa a Roma. El emperador y todos los prelados griegos firmaron el «Tomos de Florencia», a excepción del metropolita de Efeso, Marcos el Eugénikos, decidido adversario de la unión. La triunfante Iglesia romana quiso dar un gran significado al acontecimiento, que fue celebrado con la participación de todos los florentinos y cuyo recuerdo quedó perpetuado en algunas obras del Renacimiento. Basta citar,

además de la medalla grabada por Vittorio Pisano con la doble representación del emperador Juan VIII, y la reproducción de escenas del concilio en el pórtico central de San Pedro de Roma, debidas a Antonio Filareto, las obras maestras de los frescos de Benozzo Gozzoli en los muros de la capilla del palacio Medici-Riccardi, en Florencia (pintados entre 1459 y 1464): entre los ilustres miembros de la familia Medici representados en la Procesión de los Magos, figura Juan VIII a caballo, suntuosamente vestido y enmarcado en un fabuloso decorado, y junto a él, el patriarca José; el tiempo histórico transcurrido desde entonces da un sentido cargado de significación a la expresión del rostro del último emperador bizantino que se aventuró en Occidente para buscar la solución de una causa perdida de antemano.

Pues realmente, no se obtuvo nada en concreto de la unión de Florencia, que se reveló de una importancia casi nula en relación a la de Lyon, gracias a la que el peligro occidental fue alejado, siquiera provisionalmente. De Florencia solo se desprendieron efectos negativos en la medida en que el pueblo bizantino se dividió profundamente en dos partes adversas e irreconciliables para siempre, cuyas querellas religiosas se mezclaban con cuestiones políticas y, principalmente, con disensiones entre los miembros de la dinastía de los Paleólogo. En el mundo ortodoxo de los Balcanes, y sobre todo en Rusia, la reacción fue igualmente viva contra la apostasía de Constantinopla: Isidoro fue depuesto por el gran duque de Moscú Basilio II y, desde entonces, la Iglesia rusa decidió elegir por sí misma sus prelados. También en Oriente, los patriarcas ortodoxos de Antioquía, de Jerusalén y de Alejandría desautorizaron a sus representantes en el concilio y abjuraron de la unión. Poco a poco, frente a la cólera popular, algunos protagonistas de la unión acabaron por retractarse, al mismo tiempo que los jefes de los

unionistas, Besarión e Isidoro, se convertían definitivamente al catolicismo y llegaban a ser cardenales de la Iglesia latina.

La cruzada que la unión de Florencia no supo emprender comenzó a hacerse realidad algunos años después, a medida que los otomanos se aproximaban a la frontera húngara. Ladislao III. rey de Polonia de la dinastía de los Jagellon, que había sido coronado en 1440 como rey de Hungría, acompañado de su vasallo, el voivoda de Transilvania, Juan Corvino Hunyadi, y del déspota servio Jorge Brankovic, se puso a la cabeza de un gran ejército al que se unió el príncipe Vlad de Valaquia, y al que Venecia, el papa y el duque de Borgoña proporcionarían navíos. El principal objetivo de la empresa fue, como en el caso de la cruzada de Nicópolis, repeler la amenaza turca que pesaba sobre Hungría y liberar las regiones servias limítrofes; pero no era menos cierto que Constantinopla despuntaba esta vez en el horizonte, bajo las presiones del papa y del cardenal Cesarini. Por otra parte, la ocasión se mostraba propicia a estos proyectos, dado que Murâd combatía entonces en Anatolia contra el emir de Karamania, aliado de los cruzados. Al mismo tiempo, en Albania, Jorge Castriota Skanderberg organizaba la resistencia, mientras que en el Peloponeso, el déspota Constantino había reconstruido Hexamilion y, una vez atravesado el istmo, obligaba al duque de Atenas, Nerio II Acciaiuoli, a convertirse en su tributario.

El plan de la siguiente cruzada, poco más o menos, es el de Ja cruzada de Nicópolis: el ejército aliado, de 25 000 a 30 000 hombres, atraviesa Servia y Bulgaria, donde consigue algunas victorias. Murâd se apresura, para ganar tiempo, a concertar en Andrinópolis un armisticio de diez años, que fue ratificado por Ladislao III, en Szegedin, en julio de 1444: se imponían ciertos límites a la expansión otomana en los Balcanes y se permitía a Jorge Brankovic recuperar sus territorios. Este, satisfecho con el arreglo, no se moverá cuando los otros jefes de la cruzada

decidan reiniciar las hostilidades, empujados, al parecer, por los venecianos y por Cesarini, que, según se dice, quería desligar al rey Ladislao de su juramento. No contaban con la rapidez de reacción de Murâd, que se precipitó sobre Anatolia con un ejército de alrededor de 80 000 a 100 000 hombres y aplastó a los aliados en la batalla de Varna (noviembre de 1444). Ladislao y Cesarini murieron en ella; Hunyadi se refugió en Hungría, desde donde, en calidad de regente, continuó proyectando alianzas antiturcas, antes de caer en la llanura de Kosovo, en 1448. Con la batalla de Varna, se vino abajo el último intento de una reacción europea conjugada; y Juan VIII se vio obligado a felicitar al mismo Murâd por su éxito contra los cristianos.

Un islote perdido en el Islam turco

En lo sucesivo, Europa occidental se habituó a considerar la caída del imperio como cosa hecha y a aceptar un *statu quo* que fijaría los límites de la conquista otomana en las fronteras de Hungría y en el macizo albanés. Constantinopla no parecía ser ya más que un islote en el desierto turco, cuya arena acabaría tarde o temprano por engullirla. La unión de Florencia contribuye a acentuar el aislamiento de Bizancio del resto de la cristiandad occidental que, sin duda, se apiadaba del destino de la oveja descarriada, al tomar conciencia del hecho de que afortunadamente había conseguido hacerle alcanzar a tiempo el redil espiritual antes de su eliminación física.

Los contactos entre Constantinopla y el Occidente eran cada vez más escasos tras la catástrofe de Varna y, poco antes de su muerte, Juan VIII firma el sempiterno tratado con Venecia. Entre tanto, Murâd II había invadido Morea una vez más, destruyendo a base de artillería las fortificaciones de Hexamilion, y había impuesto de nuevo el tributo anual a los déspotas Tomás y Constantino Paleólogo, el último de los cuales abandonaría pronto el Peloponeso para acceder al trono. No era «un emperador educado en Constantinopla, impuesto por Constantino-

pla; era Morea, la Morea en que los últimos Paleólogos tenían su principal apoyo, quien le había creado políticamente y, una vez encontradas en esta Morea las fuerzas necesarias, había ido a instalarse en Constantinopla en tanto que príncipe moreota…». Pues la capital «era todavía la ciudad internacional, pronto invadida por el otomanismo, mientras que Morea era una patria limitada, una Romais más real… donde la vida política griega no desapareció hasta algunos años después de la conquista de Mehmet II en el Bósforo…».

Constantino XI llegó a Constantinopla el 12 de marzo de 1449, tras haber sido coronado en Mistra en enero del mismo año. El hombre que se convertiría en el último emperador de Bizancio estuvo a la altura de las circunstancias y supo dar a las últimas horas de este imperio milenario la exaltación que le faltó hacia el final de su vida. Constantino emprendió en seguida desesperadas gestiones con las potencias occidentales para salvar Constantinopla, haciendo hincapié en el peligro que representaría su caída para todo el mundo cristiano. Roma, Venecia, Génova, Ragusa, Hungría, Francia, el emperador germánico y el rey de Aragón y Nápoles desestimaron la demanda. Por el contrario, este último, Alfonso V, desvió por su cuenta, en vista a sus proyectos de creación de un nuevo imperio latino de Constantinopla, que él encabezaría, algunas sumas proporcionadas por el papa para la defensa de la ciudad. En realidad, la coyuntura histórica no permitía la hipótesis de una ocupación latina en Oriente ni la de la salvaguarda de Constantinopla, y la movilización cristiana, que no pudo realizarse en su momento, no habría conseguido nada en las condiciones que prevalecían hacia mediados del siglo. Las ciudades marítimas italianas anunciaban ya el futuro: los venecianos se veían practicando el comercio en los mercados de Andrinópolis, dadas las amistosas relaciones que mantenían con el sultán; por otra parte, los genoveses de Gálata y de Quíos tenían cuidado de que la caída del

imperio no perjudicara sus actividades comerciales en el mar Egeo y el mar Negro.

Sin embargo, Constantino se deshacía en peticiones de ayuda, dirigiéndose especialmente al papa, cuyo nuncio apostólico, el cardenal Isidoro, exmetropolita de Kiev, llegó a la capital para asistir a la proclamación de la unión, celebrada en Santa Sofía en ausencia del clero constantinopolitano, que se negó a participar (diciembre de 1452); en cuanto al último patriarca de Constantinopla libre, Gregorio III, se había refugiado ya en Roma, descorazonado por la oposición de la que era objeto en los medios eclesiásticos. Pero el gran ausente de esta misa romana fue el pueblo de Constantinopla que estaba dispuesto a perderlo todo excepto su fe ortodoxa; esta, reforzada e incluso exacerbada ante el inminente fin, constituía su único punto de apoyo en la agonía suprema. Desde este punto de vista, las palabras atribuidas al gran duque Lukas Notaras (aunque se había naturalizado genovés y mantenía relaciones comerciales con los genoveses), según las cuales prefería más ver el turbante turco en la capital que la mitra latina, traducen perfectamente los sentimientos de la mayoría de la población; pero revisten una significación plenamente trágica, vista la suerte que los turcos infringieron al propio Notaras, que debió asistir a la ejecución de sus hijos antes de seguirles en la muerte.

El nuevo sultán, Mehmed (Mahomet) II, el Conquistador (1451-1481), estaba completamente decidido a acabar con Constantinopla, cuyo incomparable emplazamiento estratégico le era necesario para realizar la unión de las dos partes de su Estado y tomar posesión de una nueva capital, bien asentada en las orillas de los dos continentes. La construcción de la enorme fortaleza en la ribera europea del Bósforo, llamada por el sultán «Bogazkesen» (es decir, paso angosto, estrecho, pero también «sitio peligroso»), el Rumeli Misar de nuestros días, reveló, si es que era necesario, sus intenciones a los aterrorizados habi-

tantes de la ciudad. Constantino protestó varias veces antes de resignarse y de expresarse así en un mensaje enviado, según el historiador contemporáneo Dukas, a Mahomet:

> Ya que has optado por la guerra y no puedo persuadirte con juramentos ni con palabras halagüeñas, haz lo que quieras; en cuanto a mí, me refugio en Dios y si está en su voluntad darte también esta ciudad, ¿quién podrá oponerse?… Yo, desde este momento, he cerrado las puertas de la ciudad y protegeré a sus habitantes en la medida de lo posible; tú ejerces tu poder oprimiendo pero llegará el día en que el Buen Juez dicte a ambos, a mí y a ti, la justa sentencia.

El final de la Nueva Roma

Abandonado por todos, Constantino pudo al menos reforzar el abastecimiento de la ciudad y proceder a las reparaciones necesarias en las murallas antes de que comenzara el bloqueo, fundamentalmente al acabar los trabajos de Rumeli Hisar. Las fuerzas en liza eran más que desiguales. Frente a las decenas de millares de hombres del ejército ruso (las fuentes dan cifras que oscilan entre los 165 000 y los 400 000 hombres, aunque la más fiable es la primera), al mando de los derviches y seguido por multitudes de soldados irregulares y de no combatientes, no había más que algunos miliares de griegos (4773 según el historiador contemporáneo Esfrantzés, y de 6000 a 7000 según las fuentes italianas) y algunos contingentes extranjeros: 200 arqueros que habían llegado con el cardenal Isidoro y el obispo genovés de Quíos, Leonardo, y 700 hombres, reclutados en Génova. Quíos y Rodas, bajo las órdenes de Giovanni Giustiniani Longo, el famoso Genovés de Quíos. Esfrantzés habla de 2000 extranjeros (en relación a una población total de la ciudad que no sobrepasaba los 50 000). Sea como fuere, la relación de fuerzas no parece haber sido inferior a 1 contra 15. Los defensores, insuficientemente armados, se repartieron en los puntos cruciales de las murallas, en tanto que unos 26 buques de guerra fondeaban en el Cuerno de Oro, frente a la gran flota turca (400 buques, aproximadamente), alineados en el Bósforo, del lado de Diplokionion (hoy BeshikTash).

Dada la mediocridad de los efectivos, los bizantinos no disponían más que de dos bazas, además de la situación estratégica de su ciudad: la cadena que cerraba el Cuerno de Oro de tal manera que impedía el acceso al puerto a la flota extranjera y hacía así inatacable la muralla marítima, y la gran muralla terrestre de Constantinopla. de cuatro millas de largo, que delimitaba la ciudad a partir de la Pronpótide hasta el extremo norte del Cuerno de Oro y que nunca había sido atravesada por la fuerza desde el siglo V, fecha de su construcción bajo el mandato de Teodosio II. No obstante, la mayor ventaja estaba en mano§ del adversario: el ejército turco estaba equipado con armas fruto de la nueva tecnología bélica que acababa de nacer y sería aplicada por primera vez a semejante escala. Probablemente se ha exagerado la eficacia del «cañón real», construido, entre otros, por un sajón de Transilvania cuyo nombre era posiblemente Urbano —que abandonó a Constantino por la mayor remuneración que le ofrecía Mahomet—, y que Ducas califica de «monstruo terrible y extraordinario». De todas formas, el poder de descarga del conjunto de la artillería turca fue mucho más que el que una construcción del siglo V, reparaciones posteriores comprendidas, estaba en condiciones de soportar. Pues los defensores solo disponían de flechas, lanzas y catapultas, en tanto que los pocos cañones pequeños que tenían carecían además de proyectiles. Los tiempos habían cambiado y Bizancio se encontraba con un siglo de retraso.

Después llegó el momento en que la ciudad fue totalmente bloqueada por tierra y por mar. No hubo maniobras de diversión en el Danubio, por medio de las que Hunyadi podía aliviar, siquiera provisionalmente, a Constantinopla; por el contrario, algunos de sus hombres, según parece, sirvieron de asesores técnicos al ejército turco para un mejor uso de los cañones. La ayuda en buques de guerra y en soldados, prometida por Venecia y por Génova, se redujo a dos embarcaciones venecianas

con 800 soldados a bordo, que no llegaron hasta abril de 1453, y a un navío genovés, en tanto que Jorge Brankovic enviaba a Mahomet el contingente debido en su calidad de «vasallo». Mahomet, por su parte, a fin de impedir que los hermanos de Constantino acudieran en su ayuda, había enviado ya las tropas de Tesalia con Turachán para invadir el Peloponeso, que fue devastado hasta Mesenia.

En el interior de la ciudad, el espíritu de resistencia y la exaltación que inspiraba la toma de conciencia, durante mucho tiempo rechazada, de la evidente proximidad del fin, se habían apoderado de los defensores y del pueblo, con el emperador Constantino y los altos dignatarios del imperio a su cabeza, contándose, entre estos últimos, miembros de la familia de los Cantacuceno. El «baile» de la colonia veneciana de Constantinopla con sus hombres así como dos capitanes venecianos ofrecieron su participación en el combate, del que daría cuenta en su diario del sitio Niccoló Bárbaro; el cónsul catalán hizo otro tanto, y algunos genoveses de Galata se sumaron a las fuerzas de Giustiniani. Con él iba el ingeniero y zapador llamado John Grant, que los griegos consideraban como un alemán, pero que posiblemente fuera escocés.

El sitio se intensificó a partir del 7 de abril de 1453, una vez que el grueso de los efectivos se hubo encaminado a Andrinópolis y apostado ante las murallas terrestres de la capital. Un primer ataque acompañado de disparos de artillería fue rechazado, mientras que algunos navíos genoveses cargados de hombres y de provisiones lograron hacer ceder el bloqueo y entrar en el Cuerno de Oro. Esta acción decidió a Mohamed —siguiendo famosos precedentes—, con la colaboración de ingenieros italianos, según parece, y con ayuda de considerables medios humanos y mecánicos, construir una «vía» terrestre (*diolkos*) de alrededor de 12 km, para unir el Bósforo con el Cuerno de Oro, sobre la que hizo después remolcar unos 70

navíos que se apostaron en el Cuerno de Oro (21-22 abril). El historiador contemporáneo Kritobulos describió el estupor y la desesperación experimentados por los habitantes de la ciudad al ver los barcos que se deslizaban por las pendientes de la colina de Pera «como si navegaran por el mar, con sus tripulaciones, sus mástiles y el resto del equipo». Las murallas estaban ya muy dañadas e incluso había muertos a causa del miedo provocado por el bombardeo del que los constantinopolitanos fueron los primeros en Europa en padecer sus efectos. El 18 de mayo, una torre móvil de madera (*helépolis*) fue levantada por encima de las murallas, pero los defensores consiguieron quemarla. El 23 de mayo una embajada de Mahomet, enviada para obtener la rendición de la ciudad, partió con esta respuesta del emperador, de un alto significado moral, que indicaba claramente el espíritu de resistencia manifestado en la hora del supremo sacrificio: «El hecho de darte la ciudad no me compete a mí ni a ninguno de sus habitantes; pues todos vamos a morir por una decisión común, por nuestra propia voluntad, y no escatimaremos nuestras vidas».

Los últimos preparativos en el campo turco tuvieron lugar los días 27 y 28 de mayo, al mismo tiempo que en la ciudad, toda la población, griegos y latinos, se reunían en la iglesia de Santa Sofía para asistir a la última misa. La mañana del 29 de mayo, el ataque general se puso en marcha en tres etapas. En la tercera, en que intervino el cuerpo escogido, los jenízaros, la violencia del combate alcanzó su máxima cota. Fue entonces cuando Giustiniani recibió la herida que le obligó a abandonar la batalla, sembrando así la confusión entre las filas de combatientes. Constantino trató con muchas dificultades de contenerlos, pero una cincuentena de turcos habían podido entrar en la ciudad forzando la pequeña puerta de «Kerkoporta» y abrirse paso, a continuación, hacia las otras. El resultado fue un combate a muerte, especialmente violento cerca de la puerta de

San Romano, donde se vio a Constantino por última vez. Se había quitado sus insignias imperiales y murió combatiendo como un simple soldado ante una de las puertas de la ciudad de la que fue emperador. La resistencia se quebrantó y el estandarte otomano izado sobre las murallas anunció la caída de Constantinopla. El sultán hizo por la noche su entrada solemne en la ciudad, que entregó al furor de sus soldados, una vez expresado su deseo de conservar solamente intactas para él las murallas y las casas. La ciudad fue saqueada a lo largo de tres días. El historiador Kritobulos de Imbros, que se puso al servicio del sultán y se convirtió en apologista de sus proezas, reconoció que el ejército turco «hizo evacuar y devastó toda [la ciudad], la destruyó como por obra del fuego y la dejó absolutamente negra, hasta el punto de que era difícil creer que antaño hubiera habido allí habitantes, riquezas, prosperidad urbana o cualquier tipo de mobiliario doméstico y de magnificencia». Solamente un reducido número de habitantes se pudo salvar en navíos venecianos. La colonia de Galata entregó sus llaves al sultán, que le otorgó privilegios en recompensa por su rendición.

La liquidación

Una vez salvado el obstáculo principal y establecida la unidad del nuevo imperio, Muhammad procedió, a una velocidad relámpago, a la conquista de los vestigios griegos, latinos y eslavos de la península balcánica y del Oriente. La suerte del despotado de Morea fue decidida en 1460. El déspota Demetrio Paleólogo, enemigo ferviente de la unión de las Iglesias, se rindió a Muhammad con su familia y recibió como patrimonio algunas islas del norte del mar Egeo y la ciudad de Ainos en la costa tracia. Por el contrario, Tomás Paleólogo se dirigió a Italia, donde el papa le concedió una pensión, y Venecia acompañó su oferta de subsidios con un tratado de alianza contra los turcos. Su hija, la princesa Zoé, se casó en segundas nupcias

con el zar de Rusia Iván III (1472), mientras que la hija de Zoé, Elena, se casaría en 1513 con el rey de Polonia Alejandro Jaguellón, del que no tuvo descendencia. El primogénito de Tomás, Andrés, el protegido de Besarión, fue considerado en Occidente como el heredero legítimo del trono bizantino y del despotado de Morea. El papa le concedió el título de déspota, que figura en el texto de su bula: *Andreas Paleologus Dei grada despotes Romeorum*; además, en la crisobula de 1483, emitida por Andrés, se autodenomina: *Atidre(a)s Paleologus Dei grada fidelis imperator Constantinopolitanus.* En lo referente a Manuel, el hijo menor de Tomás, abandonó Roma en un determinado momento para reunirse con el sultán, que le ofreció un patrimonio y una pensión. Tuvo dos hijos, de los cuales el menor se convirtió al Islam.

El Estado de los Comnenos de Trebisonda hubo de hacer frente a los turcos durante el reinado de Juan IV Kalojoannés (1429-1458); después de haber servido de refugio a los griegos que huían de Constantinopla, Trebisonda fue tomada por los turcos y Juan IV debió reconocerse vasallo del sultán y pagar un tributo (1454). Tratando de recobrar su independencia, se alió con Uzun Hasan, soberano del Estado turcomano de los Aq Qoyunlu (Carneros Blancos), establecidos en Asia Menor oriental y en Adharbâydjân; pero la alianza no dio ningún resultado. Su sucesor y hermano, David, renovó, no obstante, la alianza e incluso recurrió a Occidente. Pero fue en vano pues Muhammad II tomó la ofensiva y venció a Uzun Hasan, tras lo cual sitió Trebisonda, que se rindió el 15 de agosto de 1461. Su emperador fue ejecutado, con varios miembros de su familia, en Andrinópolis, acusado de haber fomentado un complot contra el sultán (1463). El final del Estado de Trebisonda señalaba la completa desaparición de todo lo que fue territorio bizantino. En el lugar del imperio griego y latino, y prácticamente en sus mismos territorios, se elevaba ahora un imperio turco

y musulmán cuya expansión no había acabado. En los Balcanes, lo que quedaba de Servia había sido conquistado en 1459. Bosnia en 1463, y hacia el final del siglo, la dominación otomana se extendía hasta el Adriático. En Grecia propiamente dicha y en el mar Egeo. Lesbos sucumbió en 1462, Sanios en 1475, Focca, en la costa asiática, en 1455, Eubea en 1470 y el ducado de Atenas en 1456. El Partenón, a la sazón iglesia consagrada a la Virgen, fue transformado en mezquita turca. Las colonias venecianas de Grecia occidental y del Peloponeso sucumbieron a su vez hacia el final del siglo. En 1540, Venecia cedió sus últimos bastiones en el Peloponeso, Nauplia y Monenvasia. Rodas fue tomada en 1522 a sus dueños, la orden de los caballeros de San Juan, y Quíos y Naxos en 1566; mientras que Chipre cedió en 1571. Creta, las islas jónicas, excepto Leucada, y algunas islas de las Cicladas fueron todo lo que quedó del imperio latino de Oriente. Pero sucumbirían más tarde, con excepción de Corfú, que se mantuvo bajo la autoridad de Venecia

Y el silencio

La noticia de la toma de Constantinopla sembró la estupefacción en el mundo occidental, que no se lo esperaba. A decir verdad, la capacidad de resistencia de las murallas de la capital, tantas veces puesta a prueba y no desmentida, el reciente aprovisionamiento que había contribuido, en cierta medida, a paliar el hambre, así como la esperanza de la eventual aparición de un nuevo pretendiente al trono de los sultanes que provocaría nuevas guerras civiles, o incluso el desencadenamiento sobre Asia de algún nuevo Tamerlán que obligaría a Mahomet a levantar el sitio de la ciudad, todo esto contribuía a la buena conciencia de los occidentales, que relegaban a un segundo plano la preocupación causada por la eminencia del acontecimiento. Por lo demás, el foso confesional que les separaba de los bizantinos, obstinados en su ortodoxia, reforzaba esta actitud.

Mayor fue la sorpresa provocada por la amplitud de la catástrofe y la muerte del emperador donde quiera que la nefasta noticia se propagara. Esta llegó a Venecia el 29 de junio de 1453, cuando unas cartas del castellano de Modón y del baile de Chalkis anunciando la toma de la ciudad fueron leídas en el curso de la sesión del Gran Consejo de la República. De allí, una carta llevó la nueva a Roma el 8 de julio, donde, poco después, llegó de Creta, con fecha de 15 de julio, el relato de los acontecimientos, dirigido al papa por el cardenal Isidoro, que se había refugiado en la isla tras el final feliz de su cautiverio. Otro relato con la misma fecha fue hecho en honor del papa por el humanista Lauro Querini, que interrogó en Creta a algunos habitantes de Constantinopla, testigos oculares de la toma de su ciudad, vendidos y rescatados más tarde. El papa recibió también la carta de otro testigo ocular, el obispo latino Leonardo de Quíos, en tanto que Silvio Eneas Piccolomini, el futuro papa Pío II. entonces secretario del emperador germánico, le escribía en el mismo sentido, calificando la caída de Constantinopla de «segunda muerte de Homero y Platón». El historiador polaco contemporáneo Juan Dlugosz acaba así su descripción del sitio y la caída de la ciudad:

> La ruina de Constantinopla, tan funesta como previsible, constituyó una gran victoria para los turcos, pero también el final de Grecia y la deshonra de los latinos. Por ella, la fe católica fue atacada, la religión confundida, el nombre de Cristo insultado y envilecido. De los dos ojos de la cristiandad, uno quedó ciego; de sus dos manos, una fue cortada. Con las bibliotecas quemadas y los libros destruidos, la doctrina y la ciencia de los griegos, sin las que nadie se podría considerar sabio, se desvaneció.

En lo relativo al pueblo griego, baste referirse al gran ciclo de los «trenos» y de las canciones populares que, transmitidos por la tradición, sirvieron de hilo conductor a los ideales que la nación humillada se había fijado para poder sobrevivir durante los largos siglos de ocupación.

La consternación y la angustia sucedieron a las incertidumbres del mundo occidental. El cardenal Besarión que se enteró

de la noticia en Bolonia se apresuró a escribir al dogo de Venecia Francisco Foscari, el 23 de julio, lamentándose de la suerte de la ciudad y exhortando al dogo a hacer cesar las disputas en Italia y a unir luego a los príncipes cristianos en una cruzada. Por otra parte, el papado, cuyos intereses en Oriente —además del problema de la unión de las Iglesias que seguía preocupándolo— estaban vinculados a los de Venecia y Génova, se sentía afectado, y el 30 de septiembre de 1453, el papa Nicolás V hizo pública la bula que proclamaba la cruzada cristiana. Pero este llamamiento no tuvo la repercusión prevista —Venecia había comenzado ya a negociar con el sultán a fin de garantizar mejor sus intereses—; solo gracias a los esfuerzos de Silvio Eneas Piccolomini, convertido en papa en 1458, los príncipes cristianos, pero sobre todo sus representantes, acabaron por reunirse en Mantua, escalonando su llegada a lo largo de todo un año (principios de 1459-enero de 1460). La bula pontificia, promulgada tras muchas tergiversaciones, que proclamaba una guerra de tres años contra los infieles, acabaría siendo papel mojado: los estragos y cambios provocados por la guerra de los Cien Años en toda Europa y especialmente en Francia, cuyo rey se encontraba, además, enfrentado con el rey de Nápoles; la guerra entre el emperador germánico y Bohemia; la política oportunista del dogo que había cambiado de parecer más de una vez; así como otros factores dependientes de realidades más estrictamente europeas, fueron otros tantos obstáculos en el camino de una colaboración de cara a la cruzada.

Al salir de su crisis, y debido a los nuevos éxitos militares de Mahomet II, la desaparición de Hunyadi y de Skanderberg y la muerte de Pío II y de Besarión, Europa se vio pronto en la era de la presencia en su suelo de un imperio no cristiano con el que era preciso contemporizar, con riesgo de reanudar, bajo otras formas y al servicio de los objetivos expansionistas de los nuevos Estados, la idea de la confrontación. Pero, como se ha

comprobado, «aunque el mundo de la primera cruzada y de 1204 estaba regido por la idea y el espíritu de la cruzada, el que tuvo que afrontar el problema turco fue el mundo del equilibrio. En este sentido, la toma de Constantinopla en 1453, momento crucial del problema de Oriente, es una fecha de importancia ecuménica. Nacía una nueva Europa política».

A pesar de que la toma de Constantinopla por los cruzados no desembocó en la creación de un Estado latino factible, su toma por los otomanos dio origen a un nuevo imperio, que se implantó sólidamente en el mismo espacio, aproximadamente, que el del imperio cristiano durante su época floreciente. Sin embargo, el hecho mismo de poseer esta ciudad, mundial por excelencia, repoblada más tarde por poblaciones griegas transferidas de todas las regiones sojuzgadas, pesó en cierta medida en la organización de las relaciones entre el sultán y sus súbditos griegos. Por otra parte, al someterse al ceremonial bizantino cuando otorgó a Gennadios Escolarlos el rango de patriarca ecuménico, Mehmet II, que se enorgullecía de tener el tratamiento de «amiras Turkorrômaion» (emir de los turcorromanos), quiso más bien subrayar el hecho de que había reemplazado al emperador bizantino a la cabeza de un imperio poliétnico que mostrar la intención de gobernar a largo plazo sobre un imperio turco-griego. Esta intención, si es que solo fue una, se presentaba como totalmente irrealizable, al estar la sociedad real dividida en sociedad dominante y sociedad dominada, esta última compuesta por todos los pueblos sometidos. Los privilegios políticos, fiscales y jurídicos concedidos a la Iglesia de Constantinopla no respondían más que al mecanismo de la conquista en su conjunto. Además, al hacer subir al trono patriarcal a un enemigo jurado de la unión como lo fue Escolarios, el sultán quiso oponer una barrera a la penetración de las influencias occidentales en los pueblos ortodoxos, y por tanto a una eventual injerencia europea con el objeto de devolverles la

libertad o, al menos, de causar algún perjuicio a la dominación otomana en los Balcanes.

Por otra parte, desde el punto de vista de la política interior, los privilegios otorgados al patriarca de Constantinopla estaban destinados a facilitar la gestión del poder sobre poblaciones muy encuadradas en las estructuras de la organización eclesiástica. De rechazo, la Iglesia, única institución que sobrevivió a la caída del imperio, de la que incluso salió unificada y reforzada, portadora y difusora del legado cultural helénico, por una parte, y de la tradición bizantina por otra, proporcionó no solamente al pueblo griego sino a todos los pueblos sometidos de los Balcanes y sobre todo a los eslavos, a pesar de la supresión de sus Iglesias independientes, los medios para sobrevivir de una manera dinámica, preservando su identidad cultural, que más tarde serviría de base al desarrollo de su identidad nacional.

Los balcanes turcos

Uno de los motivos de orgullo del nuevo sultán, Mehmet II, era el de haber conquistado la capital bizantina (29 de mayo de 1453); pero, en realidad, el imperio griego no representaba ya gran cosa en el plano territorial y constituía más bien un símbolo por su grandeza pasada y su papel político; además, Constantinopla era para los turcos un punto de paso entre Europa y Asia, un centro económico interesante, y sobre todo, significaba el final de la unidad del Estado otomano. Es entonces, en efecto, cuando verdaderamente se puede hablar de un «imperio» otomano, aunque los turcos no utilizaran nunca esta palabra. Igualmente es preciso observar que el poder turco aparecía como el más temible de Europa, tanto por sus tropas (y su artillería) como por su organización interna.

Hasta su muerte en 1481, Mehmet II prosiguió sus expediciones, generalmente victoriosas. En lo sucesivo ya no habría en el seno del Estado otomano príncipes o territorios más o menos dependientes: existe un verdadero Estado unitario, cuyo único soberano es el sultán otomano, secundado por una administración centralizada cuyos responsables son el gran visir y los gobernadores de las provincias de Rumelia y de Anatolia.

¿Hacia un nuevo imperio de Oriente?

Aunque el reinado de Bayaceto II (1481-1512) supone una relativa pausa en el movimiento de expansión, los de Selîm I (1515-1520) y Solimán el Magnífico (1520-1566) constituyen, en cambio, el apogeo del imperio otomano, de su extensión y de su prestigio.

A la muerte de Mehmet II el Conquistador, la rivalidad entre sus hijos, Bayaceto y Djem, trajo consigo algunos disturbios, aunque poco importantes, pues Bayaceto contaba con el apoyo de los jenízaros; sin embargo, Djem, que buscó la ayuda de los mamelucos y más tarde la de los caballeros de Rodas, fue trasladado por estos a Francia y luego a Italia, donde murió en 1495: en un momento dado se temió que llegara a ser un pretexto para una intervención europea. En lo que se refiere a Hungría, la paz fue mantenida casi siempre, a pesar de que los otomanos intentaron, sin éxito, apoderarse de Belgrado. En cambio, se produjeron conflictos con Venecia, que perdió sus bases en el Peloponeso, y con los mamelucos, que ocupaban Cilicia y temían ya la amenaza de los otomanos, convertidos en sus vecinos más cercanos: tuvieron lugar algunos incidentes, sin consecuencias definitivas, a propósito de la soberanía de dos pequeños principados limítrofes, los de Ramadán y Dhû-l-Qadr, dependientes a la sazón de los mamelucos. El reinado de Bayaceto II fue sobre todo un período de estabilización y de organización del Estado.

Con Selîm I y Solimán el Magnífico, la expansión otomana experimentó un considerable desarrollo, cuyas causas son múltiples. Desde antes de la llegada al poder (que había usurpado) de Selîm I, se habían producido algunos incidentes de carácter religioso y político en Anatolia oriental: algunas tribus turcomanas, de rito musulmán ʻalawí, es decir, próximas al shiʻismo y, por tanto, heterodoxas, habían resistido a toda asimilación o conquista por parte de los otomanos y se habían agrupado bajo la dirección de uno de los jefes de tribu, Shâh Ismael que, tras la desaparición de la dinastía de los Aq Qoyunlu, se había independizado y había constituido un Estado que englobaba Anatolia oriental y el Irán occidental. Shâh Ismael supo utilizar los sentimientos antiotomanos y antisunníes de los turcomanos y hacerse considerar como una reencarnación de ʻAli, el yerno y primo del Profeta; aprovechándose de las disputas dinásticas que entablaban los hijos de Bayaceto, penetró en Anatolia e incluso intervino en estas querellas poniéndose de parte del príncipe Ahmad, hermano mayor de Selîm, que recibió también ayuda de tribus heterodoxas establecidas en Asia Menor. Estas revueltas llegaron a su fin con la muerte de Ahmad, y Selîm desencadenó entonces una violenta ofensiva religiosa ortodoxa y militar contra Shâh Ismâʻîl, que fue vencido, en agosto de 1524, en Chaldirân, cerca del lago Van: gracias a este éxito, debido en parte a la superioridad de la mosquetería otomana, Selîm pudo ocupar el Adharbâydjân y su capital, Tabrîz; pero no intentó avanzar más, consciente de los problemas que se planteaban en Anatolia y del peligro que supondría que Shâh Ismâʻîl pidiera ayuda a los sultanes mamelucos. También en 1515 decidió ocupar el principado de Dhû-l-Qadr, vasallo de los egipcios, que se abstenían de intervenir en el conflicto entre otomanos y safawíes. Sin embargo, el sultán mameluco Qánsúh al-Güri, inquieto, envió un ejército al norte de Siria: pero, una vez que hubo impedido a Selîm el paso del ejército otomano a

través de sus territorios del sur anatolio, Selun, aprovechando para acusarlo de colusión con los shī'íes, le atacó y derrotó completamente en Mardj Dábiq, cerca de Alepo (24 de agosto de 1516), batalla en cuyo curso el sultán mameluco pereció y su ejército fue diezmado. Siria y Palestina cayeron rápidamente; en diciembre de 1516, una nueva victoria en Gazza abría el camino de Egipto y en enero de 1517 el nuevo sultán mameluco era vencido cerca de El Cairo; poco tiempo después, la casi totalidad de Egipto estaba en poder de los otomanos, que experimentaban además la adhesión del jerife de La Meca, mientras que el califa 'abbâsí era hecho prisionero y enviado a Istambul; pero Selîm no ostentó el título de califa y se denominó «protector y servidor de las ciudades santas».

Tras haber organizado el gobierno de Egipto y Siria, convertidas en provincias otomanas, entró en Istambul; tenía en perspectiva una nueva expedición contra Shâh Ismâ'îl y otra contra los caballeros de Rodas, cuando murió bruscamente en setiembre de 1520.

Su reinado, aunque breve, fue importante pues aseguró las fronteras orientales del Estado e instauró la dominación otomana en algunas de las provincias más ricas del mundo árabe; además, proporcionó a los otomanos el control absoluto del comercio entre el Mediterráneo y el océano índico. Su hijo Sulaymân (Solimán) le sucedió sin querella dinástica, y prosiguió la política de expansión de Selîm I, aunque de manera diferente: así, desde su llegada al trono, levantó el bloqueo de la frontera safawí, lo que le permitió la reanudación del comercio con Irán y los países orientales; poco después de su advenimiento, tomó Belgrado a los húngaros (1521) y conquistó a continuación la isla de Rodas, lo que garantizó la seguridad de la navegación en el Mediterráneo oriental (1522). A lo largo de su reinado, condujo trece expediciones, diez a Europa y tres a Asia, que dieron como resultado la máxima extensión del dominio

otomano; Hungría fue particularmente el blanco de sus ataques, uno de los cuales llegó hasta las murallas de Viena, sitiada durante dos semanas (setiembre-octubre de 1529).

¿O hacia un nuevo imperio ʻabbâsí?

La historia de los países del Oriente Próximo y Medio en la última parte de la Edad Media y al principio de los tiempos modernos estuvo caracterizada solamente por los mamelucos y los otomanos. Cerca de estos aparecen también, antes y después de la invasión de Tamerlán, algunas dinastías turcomanas que desempeñan un importante papel en esta región; al igual que el jânato de Qipchaq o el de la Horda de Oro, el Estado mongol, establecido en las orillas septentrionales del mar Negro, experimenta una evolución que le hará pasar progresivamente de una situación de potencia dominadora a una situación de vasallo de los otomanos: estos últimos aparecen, a lo largo del siglo XVI, como los dueños indiscutibles de todo el Próximo Oriente y de algunas de las regiones vecinas.

La tribu turcomana de los Carneros Negros (Qara Qoyunlu) apareció en Anatolia oriental a principio del siglo XIV —pero solo a mediados de este siglo se manifestó ostensiblemente entre Mosul y Erzurûm bajo la dirección del emir Bayrâm Jwâdja (hacia 1350-1380), y parece ser que vivió en ese tiempo muchas aventuras entre los uyrat, los artuqíes y los djalâʼiríes del este anatolio y del alto Irán. Su sucesor, Qara Muhammad (1380-1389), se liberó de la tutela djalâʼirí, se enfrentó a los artuqíes y a los Carneros Blancos (Aq Qoyunlu), defendió sus territorios contra Tamerlán e incluso se apoderó de Tabrîz; murió luchando contra uno de sus emires sublevados. Tras algunos años turbulentos, Qara Yûsuf (1391-1420) se convirtió en jefe de la dinastía, que conoció entonces un destino glorioso; pero antes sufrió las consecuencias de la invasión de Tamerlán, encontró refugio junto al sultán otomano, más tarde en Iraq, y finalmente en Damasco donde fue temporalmente encarcelado

por el sultán mameluco, aunque pudo librarse de la condena a muerte que se le impuso gracias al gobernador de Damasco, Shayj. Una vez liberado, recuperó sus territorios anatolios (1404) y a partir de entonces los incrementó sistemáticamente ocupando Adharbâydjân, el Irán occidental e Iraq. Estas victorias inquietaron al sultán mameluco Shayj, que finalmente no hizo gran cosa, y sobre todo al sultán del Chagatây, Shâh Ruj: este impulsó a otras tribus turcomanas (entre las que se encontraban los Aq Qoyunlu) a atacar a Qara Yûsuf, a quien acometió él mismo sin éxito. Qara Yûsuf murió y dejó a su hijo Iskandar un inmenso dominio que este defendió frente a los Aq Qoyunlu y frente a Shâh Ruj con éxito, aunque tuvo serios conflictos con sus hermanos: uno de ellos, Djihân Shâh, recabó la ayuda de Shâh Ruj y acabó venciendo en 1438 a Iskandar, que fue asesinado (1438), tras haber esperado en vano la ayuda del ejército egipcio. Djihân Shâh (1438-1467) llevó a su apogeo el prestigio del territorio de los Carneros Negros, extendiendo su imperio fundamentalmente en Irán, en detrimento de los Chagatây, y pactando un tratado de amistad con el timurí Abû Sa'îd. Además fue un soberano ilustrado que atrajo a su corte de Tabrîz a literatos y sabios, y fue un gran constructor. Sin embargo, una expedición que condujo en 1467 contra el soberano aq qoyunlu Uzun Hasan Beg acabó trágicamente y marcó el final de la dinastía de los Carneros Negros, cuyos territorios pasaron en su totalidad a manos de los Carneros Blancos en 1469, una vez que todos los hijos de Djihân Shâh encontraron la muerte.

La dinastía turcomana de los Carneros Blancos (Aq Qoyunlu) aparece en la región del Diyâr Bakr en el curso del siglo XIV y se mantiene allí hasta 1502. El primer gran personaje de esta dinastía fue Qara Yülüq 'Uthmân que, tras algunos conflictos con Qara Muhammad (Carneros Negros) y Burhân al-Dîn de Sivas, se unió a Tamerlán, que le confirmó la posesión del Diyâr

Bakr; más tarde, fueron confinados en este territorio por el poder de los Qara Qoyunlu y solamente con Uzun Hasan Beg (1466-1478) los Aq Qoyunlu, limitados al oeste por los progresos de los otomanos, se volvieron hacia el este, triunfaron sobre Djihân Shâh y el timurí Abû Sa'îd y extendieron su dominio por todo el Iraq, Irán y Afganistán occidental. Su hijo Ya'kûb (1478-1490) tuvo un reinado fácil; pero, tras él, las distensiones internas y, sobre todo, la incontenible pujanza de los sefevíes de Anatolia oriental y de Irán occidental —que, además, se esforzaban por incorporar al Islam shî'í a las tribus turcomanas de esta región— condujeron a una guerra cuyo resultado fue la derrota total de los Aq Qoyunlu en Armenia, en 1502. Un hijo de Ya'kûb, Murâd, encontró refugio posteriormente junto a los otomanos y participó en la expedición del sultán Selîm I contra el safawí Shâh Isma'îl (1514); pero murió poco después.

Durante el gran período de los reinados de Uzun Basan y de Ya'kûb, los Aq Qoyunlu aparecieron a los ojos de algunos occidentales (el papado, Venecia) como un posible aliado en una coalición contra los otomanos, aunque sin éxito. Uzun Hasan fue considerado, por otra parte, como uno de los grandes soberanos de esta época, tanto por su poder como por sus cualidades de legislador y administrador, su interés por las actividades comerciales, cuyo centro era Persia, y su afición a las artes y las letras. Al igual que los Qara Qoyunlu, hizo de Tabrîz una capital brillante donde convivían las culturas árabe, turca y persa.

Estas dos dinastías turcomanas, que supieron sobrevivir a las expediciones de Tamerlán, tuvieron por vecinos a potencias eventualmente peligrosas, los mamelucos y los otomanos, pero finalmente supieron evitar la confrontación y dirigieron sus actividades conquistadoras hacia el este, donde contribuyeron sobre todo los Aq Qoyunlu, a poner punto final a lo que quedaba del poder mongol entre el Turkestán y el Próximo Oriente. Sus luchas intestinas, y más tarde la de los Aq Qoyunlu con los

sefevíes, acabaron a la postre por asegurar la victoria de los otomanos.

Esta ojeada a las etapas esenciales de la expansión turca, que completarán más adelante las observaciones necesarias sobre la organización progresiva de la conquista, no puede eximir de una mirada más atenta a estos «nuevos Balcanes» que los turcos dominaron, así como lo hicieron en Egipto, a lo largo de tres siglos.

La caída de la fortaleza albanesa

La designación de los albaneses por su nombre étnico se revela como una absoluta necesidad más que para cualquier otro pueblo de la península balcánica, a causa de la ausencia de una organización estatal que pudiera fijar su especificidad. Así pues, la historia medieval de los albaneses

> … al no coincidir con la historia de una formación étnica balcánica unitaria… es la historia de una nacionalidad formada por un elemento étnico balcánico muy antiguo, a partir de la comunidad de lengua y *habitus* espiritual expresados en su civilización, y del territorio común, la historia, pues, de una nacionalidad perfectamente delimitada desde hacía tiempo entre las demás fuerzas formadas durante el mismo período en nuestra península.

No cabe duda que la configuración geográfica del país, con sus costas abiertas hacia Italia, favoreció la intersección de diversos factores, que fueron desde las reivindicaciones de la Santa Sede sobre el Illiricum eclesiástico hasta las pretensiones de ocupación territorial de los normandos de Italia y de los angevinos de Nápoles —que lograron fundar en 1272 un efímero «reino de Albania», gobernado por Carlos de Anjou—, pasando por la introducción de los venecianos, los amalfitanos, los ragusinos, los griegos y los judíos en la vida económica y, sobre todo, en el ejercicio del comercio.

Es así como las ciudades costeras de Dirraquio (Durazzo, la antigua Epidamnos, la Durres actual) y Avión (Valona), importantes bases navales y puertos de una gran actividad, así como Kanina (Kaniné), considerada como la acrópolis de Avión, pre-

sentaban un carácter cosmopolita, frecuentadas e incluso habitadas por un pueblo abigarrado de orígenes étnicos diversos. Si bien es verdad, no obstante, que, a causa de la larga acción del despotado de Egipto y del interés que estos lugares revistieron para las defensas occidentales de Bizancio con la restauración de los Paleólogos, la influencia bizantina fue preponderante del siglo XIII al XIV. por no decir desde el siglo XI. Apolonia, la antigua colonia de Kerkyra (Corfú), reemplazada por el burgo medieval de Polina, así como la ciudad de tierras adentro, Belegrada (la antigua Pulqueriópolis, la actual Berat), calificada de «fortaleza de Romanía», guardaban hasta una época reciente vivos recuerdos del helenismo. El impacto griego fue acusado incluso en la región de Albanon (o Arbanon), con su centro de Croya, el hábitat primitivo de los albaneses, que comprendía el país altamente montañoso situado entre los ríos Mati e Isamo, y que en el siglo XV había alcanzado, al norte, la línea Antivari-Podgorica-Prizren.

De todos los pueblos de la península balcánica, los albaneses fueron los últimos en formar parte de la historia. En efecto, las fuentes bizantinas no empiezan a mencionar a este antiguo y conocido pueblo más que en relación con los acontecimientos del siglo XI, y es también a través de estas mismas fuentes, principalmente, como hemos tenido conocimiento de la gran aventura del siglo XIV, es decir, la expansión de los albaneses hacia el sur de Grecia, lo que constituyó el fenómeno crucial de su historia considerada en su conjunto. Según Cantacuceno, bajo el reinado de Andrónico III los albaneses habían ocupado ya la parte montañosa de Tesalia y vivían lejos de las ciudades, en aldeas inaccesibles, padeciendo los rigores del invierno y los ataques bizantinos. No estaban constituidos en Estado y tomaban su nombre de los jefes de las tribus (*phylarhoi*, según Cantacuceno), en este caso *malakasioi, mbnioi* y *mésaritai*. Sin duda, sus múltiples contactos con los griegos del despotado de Epiro y

con los occidentales que desembarcaban en sus costas con la intención de esparcirse hacia el interior del país, les había sugerido la ruta a seguir, pero, sobre todo, fue en calidad de invitados como pudieron avanzar hacia el sur, animados por los señores griegos y latinos, que tenían necesidad de mano de obra para los trabajos de los campos y de soldados para hacer la guerra. Sin embargo, su espíritu rebelde no tardaría en resurgir, como en el caso de las tribus albanesas de la región de Belegrada y de Kanina así como las de Tesalia, sobre las que Andrónico III solo consiguió la victoria con la ayuda de las tropas turcas de Umur (1337).

El hundimiento del Estado servio de Dusân y, poco después, la derrota que los albaneses inflingieron a su déspota, Nicéforo II, en la batalla de Aquelóos (1358), en la que el déspota encontró la muerte, abrieron el camino al desarrollo de diversos principados albaneses o de otros que, al mando de príncipes no albaneses, englobaban territorios con una gran proporción de población albanesa: en la primera categoría entran los principados erigidos en Epiro y en Etolia-Acamania, uno gobernado por Pjeter Ljosha en Arta y Rogoi, y el otro por Ghin Bua Spata en Achelóos y Angelocastron, abolidos en 1418 por Cario I Tocco, duque de Leucade y conde palatino de Cefalonia, así como el de Karolo Tliopia, el *princeps Albanie*, con su centro en Durres; formando parte de la segunda categoría puede considerarse el pequeño principado de los Comnenos, en Vlorc, y el esencialmente siendo de los hermanos Balsic, de Zeta, en que habían conseguido extender su dominio sobre una gran parte de Albania hasta Himara y Belegrada al sur, antes de la pérdida de su capital, Skadar (Shkoder en albanés, Scutari), que acabó por caer en manos de los venecianos a la muerte del último Balsic (1421),

En lo referente a la colonización de los albaneses en el Peloponeso, tuvo lugar en dos principales etapas: primeramente,

bajo el gobierno del déspota Manuel Cantacuceno (1348-1380) y, más tarde, bajo el mandato de Teodoro I Paleólogo (1383-1407), que permitió, por las razones ya expuestas, la instalación de 10 000 albaneses, con sus familias y su ganado. A propósito de estos últimos. Manuel II Paleólogo escribe que

> … los recién llegados se instalaban en cantones desiertos; se talaban los árboles y se hacía el país habitable y cultivado. Muchas de las regiones salvajes no tenían otra utilidad que la de ofrecer refugios a los salteadores; por obra de cultivadores expertos, se sembraron y plantaron en ellas diversas especies.

Las poblaciones albanesas de Morea combatieron en diversas ocasiones junto a la población griega contra las continuas oleadas de los invasores turcos, en Tavia, en Hexamilion y en otras partes. No obstante, la caída de Constantinopla, en 1453, fue el detonante para una rebelión general de los albaneses, a fin de imponer su hegemonía en la península, al mando del gobernador de Magno, Manuel Cantacuceno, primogénito del emperador Mateo, a quien ofrecieron el desempeño del poder. Esta rebelión, que a Turakhan-bey le costó mucho trabajo sofocar completamente, prestando su ayuda a los déspotas Tomás y Demetrio Paleólogo, ponía aún más a las claras la singular situación en la que se encontraban los albaneses de Morea que, a pesar de los privilegios de los que habían disfrutado ampliamente, estaban al margen de las poblaciones indígenas, formando grupos totalmente aislados entre ellos. Por otra parte, la designación a la cabeza de los rebeldes no de un jefe de tribu albanés sino, por extraño que parezca, de un príncipe griego, hay que relacionarla con el antagonismo siempre existente entre los Paleólogos y los Cantacucenos que aunque no ofrecieran una causa a la sublevación de los albaneses, al menos la sirvieron.

Al mismo tiempo, en la Albania propiamente dicha, la población seguía haciendo frente a los otomanos, mandados por Jorge Castriota Skanderbeg (1405-1468), el *capitaneus generalis* de la «Liga de los señores albaneses», creada en Lesh como un organismo que tenía por objetivo coordinar las fuerzas militares

de sus miembros. Al igual que los emperadores bizantinos, Skanderbeg intentó, en primer lugar mantener relaciones con Hungría, el reino de Nápoles o Venecia, pero pronto fue obligado a continuar solo, a la cabeza de su pueblo, un combate sin esperanza, y pronto legendario. El «atleta de Cristo», sacando partido a las mil maravillas del relieve y de las montañas albanesas, no hizo caso durante mucho tiempo de los esfuerzos otomanos: un ataque por sorpresa le permitió en 1457, en Alesio, destruir un ejército turco; este hecho conmovió a Occidente y le dio un pretexto para actuar. Pero el apoyo prometido por Matías Corvin de Hungría acabó en agua de borrajas, como en el caso de los vagos compromisos del rey de Francia o de Alfonso de Aragón, en 1461, 1464 y 1465. Entre treguas y emboscadas, Skanderbeg fue retrocediendo poco a poco ante el enemigo. En 1466, bloqueado en Kroja, sin víveres y sin esperanza, renunció a la lucha y murió dos años más tarde: en Roma se decidió construirle una estatua. Durante diez años todavía, algunos sobresaltos dieron prueba de la vitalidad albanesa, que luego se sumergió en el silencio.

La eliminación de los servios

Tras la derrota de Kosovo, Servia se convirtió definitivamente en tributaria de los otomanos; el hijo y sucesor de Lázaro, Esteban Lazarevic (1389-1427), participó en todas las grandes expediciones al lado de los sultanes, en Valaquia (1395), en Nicópolis (1396) y en la batalla de Ankara (1402). No obstante, hubo por parte de los servios breves intentonas para librarse de estas humillantes obligaciones, sobre todo después de Ankara y en relación con el desarrollo de las relaciones entre Servia y Hungría, a la que Lazarevic prefirió someterse. Es en esta época cuando recuperó Belgrado, que convirtió en su capital, y prestó ayuda al rey Segismundo contra Bosnia, acción por la que recibió en recompensa de parte del rey húngaro la ciudad minera de Srebnica, que constituyó después la manzana de la discordia

entre Servia y Bosnia hasta su ocupación final por los otomanos.

Por otra parte, la guerra civil otomana que siguió a la batalla de Ankara permitió a Servia extender su influencia sobre Zeta, abriendo así el camino hacia el mar. Sin embargo, no pudo, al actuar así, oponerse eficazmente a los venecianos, cuyas miras estaban puestas desde siempre en las costas adriáticas orientales y que consiguieron conquistar a los servios las ciudades de Skadar y Dulcigno, y más tarde Bar y Budva.

El sucesor de Esteban Lazarevic, Jorge Brankovic (1427-1456), que devolvió Belgrado a los húngaros según lo pactado en un tratado que habían llevado a cabo con su predecesor, fue obligado a aceptar una vez más el señorío feudal de los otomanos, que no cesaban de progresar hacia el interior de Servia apoderándose de las ciudades de Nis, Krusevac y Golubac. La última capital del Estado servio fue, a la sazón, Smederevo (Semendria), situada en las orillas del Danubio y en la frontera húngara, donde fue construida una nueva fortaleza con la autorización de Murâd II. Pero sería por poco tiempo el último bastión de la independencia, incluso condicional, de Servia: al rendirse a Murâd tras un sitio de tres meses (1439), fue cedida de nuevo a Brankovic en recompensa por su actitud durante la cruzada cristiana de 1444, para ser definitivamente conquistada (1459) por Mehmet II, tras la caída de Constantinopla. Entre tanto, toda Servia, con las ciudades de Novo-Brdo, Trepca, Prístina, Prizren, Pee, Golubac, Resava, etcétera, caía en manos de los otomanos, al mando del último príncipe. Lazar Brankovic (1456-1458). Solamente las regiones montañosas de Zeta pudieron prolongar durante un cierto tiempo su independencia bajo el peso de la familia de Cernojevic, que incluso fundó una capital, Cetinje, donde se puso en marcha la primera imprenta servia. Los Cernojevic sucumbieron definitivamente ante el sultán en 1499.

En lo referente a Belgrado, llamada en Occidente «la muralla de la cristiandad», tras haber resistido heroicamente dos duros sitios (1440 y 1456), prosiguió su existencia durante casi un siglo bajo la soberanía de Hungría como «banato de Belgrado», a la que pertenecían igualmente las plazas fuertes de Zemún y de Slankamen; tras violentos combates y bombardeos de artillería, cayó en manos de Solimán II el 29 de agosto de 1521.

Solo la república aristocrática de Ragusa en Dalmacia, entre todos los Estados balcánicos, consiguió escapar de la dominación otomana, sometiéndose en primer lugar a los venecianos (1205-1358) y posteriormente a los húngaros (1358-1526), aunque pagando a los otomanos un impuesto anual mínimo, lo que le permitió prolongar su existencia, con la enorme actividad que conocemos en el campo de los intercambios y del comercio, hasta principios del siglo XIX.

Bosnia no ofreció tampoco resistencia. Su último rey, Esteban Tomasevic (1461-1463), que había rehusado convertirse en tributario del sultán, trató a la manera de los emperadores bizantinos de obtener la ayuda occidental sometiéndose al papa. No tuvo éxito, y el rey, abandonado por los feudales que se rindieron a Mehmet sin por eso poder evitar la pena capital, fue hecho prisionero y asesinado también por el conquistador, en tanto que su reino y su sede, Jajce, eran incorporados al Estado otomano.

Los turcos, más allá del Danubio

La eliminación del Estado búlgaro a finales del siglo XIV y la instalación de los otomanos en la frontera del Danubio puso a estos últimos en contacto con dos jóvenes Estados rumanos que casi acababan de ser creados. En 1330 Valaquia pudo liberarse del dominio húngaro bajo el mando de su voivoda Bassarad que, una vez hubo sucedido al fundador de Valaquia. Radu Negru, logró al cabo de una larga lucha batir en los Cárpatos al

rey húngaro Carlos Roberto, comenzando así la consolidación de las bases de su Estado. El joven Estado moldavo, de creación aún más tardía (1365), debió también afirmarse luchando contra el yugo húngaro al mando de su voivoda Bogdau que, al igual que Bassarad, aprovechó las invasiones mongolas que amenazaban Hungría para declararse independiente.

La unión de los valacos y los moldavos, adictos a la ortodoxia y, por tanto, diferenciados de los húngaros católicos, al patriarcado de Constantinopla que les concedió la creación de una sede metropolitana, en 1359 y 1401 respectivamente, contribuyó a solidificar la identidad de las formaciones estatales rumanas. Las metrópolis de Curtea de Argos (valaca) y de Suceava, ya capital de Moldavia, fueron llamadas a desempeñar un gran papel tanto en la vida espiritual como en la confirmación política de los dos principados. Por otra parte, la institución del eslavo como lengua oficial de la administración, tanto civil como eclesiástica, facilitó el acercamiento de Rumanía y los países eslavos del sur, en especial Bulgaria y, por tanto, la penetración de la influencia bizantina.

En cuanto a Transilvania, una provincia que contaba con una amplia población rumana, los principios de una organización política tardaron en establecerse a causa de su anexión a la corona de san Esteban.

La posición geográfica de los principados de Valaquia y Moldavia, y una serie de razones de orden económico, entre las que ocupaban un importante lugar el desarrollo de la producción agrícola y artesanal así como el de los intercambios, contribuyeron a la expansión de estos Estados independientes durante los dos primeros siglos de su existencia. La creación de rutas comerciales que atravesaban los territorios rumanos favoreció la intensificación de las relaciones económicas entre ellos, al tiempo que la ciudad de Brasov constituía un importante nudo en la red de relaciones que vinculaban a Valaquia con Moldavia

y Transilvania. Por otra parte, los países rumanos participaron en el comercio internacional, garantizando el movimiento por vía terrestre, de Europa central a los Balcanes y el mar Negro y, por tanto, a las colonias de las ciudades marítimas italianas, en particular Génova.

Avanzando en el camino de su estabilización, aunque bajo la continua presión de Hungría e incluso de Polonia (en lo que concierne a Moldavia), los dos jóvenes Estados se encontraron pronto ante una situación aún más grave, que fue la expansión otomana en el sudeste europeo. Atajar esta expansión al norte del Danubio fue a partir de entonces su primordial preocupación, a la que se entregó en cuerpo y alma Mircea el Viejo (1386-1418), el vencedor de la batalla de Rovina (1395), que incluso consiguió, durante un breve período, extender sus territorios al sur del Danubio, en las tierras de la Dobrudza que pertenecieron antaño al príncipe búlgaro Ivanko. Vencido en la batalla de Nicópolis (1396), junto a su aliado en ese momento, el rey húngaro Segismundo, Mircea no dejó sin embargo de combatir a los otomanos y de inmiscuirse en sus disensiones civiles, tratando de obtener el máximo provecho. No obstante, tras el restablecimiento del imperio otomano bajo el reinado de Mehmet 1, el voivoda valaco fue obligado un poco antes de su muerte a convertirse en tributario del sultán (1417).

Transcurrido un período intermedio durante el que Juan Hunyadi (Iancu de Hunedoara), voivoda de Transilvania, convertido más tarde en regente de Hungría, tomó el relevo de Mircea a la cabeza de las fuerzas rumanas que luchaban contra los otomanos, y durante el que tuvieron lugar las impresionantes victorias sobre Mehmet II del príncipe valaco Vlad Drácula, el Empalador, en 1461-1462, la pesada tarea de la resistencia le correspondió al príncipe de Moldavia, Esteban el Grande (1457-1504). Este se preocupó en primer lugar de asegurar sus posiciones prestando juramento de fidelidad al rey Casimiro de

Polonia y rechazando los esfuerzos del rey de Hungría, Matías Corvino, para volver a poner Valaquia bajo su soberanía; posteriormente, comenzó una larga guerra de desgaste contra el sultán para alejar a los otomanos de Valaquia y hacer inviolable la frontera danubiana. No obstante, a pesar de algunos éxitos militares y de la victoria conseguida sobre el enemigo en Racova (1475), que le valió los elogios del papa Sixto IV y la admiración de Occidente, Esteban no pudo alterar la situación, que se hizo particularmente opresiva tras la consolidación en el trono otomano de Bayaceto II.

Por más que el príncipe moldavo defendió las ciudades mercantiles de Kilia, en el delta del Danubio, y de Cetatea-Alba (Akkerman, Monocastro, Asprokastro), en el delta del Dniéster, en el verano de 1484, estos importantes puestos avanzados cayeron en manos otomanas, tras lo cual la capital, Suceava, fue quemada por segunda vez (la primera vez que corrió la misma suerte lo fue por obra de Mehmet II, el año 1476). Esteban el Grande se vio obligado a pagar el tributo, aunque muy a su pesar, por lo que hasta después de su muerte Moldavia no se convirtió definitivamente en tributaria del sultán.

De este modo, iban desapareciendo uno tras otro los bastiones cristianos, eslavos o no, que formaban una especie de anillo protector de la Europa central. El poder otomano no fue la única causa; pronto lo demostrarían la resistencia húngara y la del mundo germánico; en realidad, fueron las insuficiencias del armazón social de estos jóvenes Estados las que provocaron su ruina, tras una mediocre resistencia.

En lo referente a los eslavos en particular, es cierto que, durante el período de su existencia como Estados independientes, se habían hallado casi siempre en conflicto con el imperio bizantino; veían con malos ojos las influencias culturales bizantinas que no dejaban de incidir sobre ellos y a las que a menudo eran propensos a ceder. Pero esta actitud se modificará sensi-

blemente con la pérdida de la independencia política, y los pueblos eslavos de los Balcanes no tardaron en reconocerse en el fondo cultural bizantino que, entre tanto, habían asimilado perfectamente.

> El fuerte sentimiento de hostilidad existente antes entre los bizantinos y los eslavos de los Balcanes había desaparecido en gran medida desde la primera mitad del siglo XIV, incluso antes del comienzo de las conquistas turcas, creándose así en diversos centros de las tierras de la península balcánica una cierta comunidad cultural bizantino-eslava... De este modo, el patriarcado de Constantinopla ganó, en relación a la mayor parte de los pueblos balcánicos cristianos, todo lo que el imperio había perdido desde hacía mucho tiempo en lo referente a la vida religiosa y a la Iglesia. Tanto para los búlgaros como para los servios, Bizancio seguía existiendo después de 1453 merced a una de sus más importantes instituciones, el patriarcado ortodoxo.

Pero los eslavos del sur, satélites de un Estado situado a su vez al margen de un Occidente en plena expansión, dejarían de existir por un período de más de cuatro siglos.

El éxito otomano

De hecho, en el momento en que se llega a la mitad del siglo XIV, el imperio otomano es una potencia de primer orden que hace valer su autoridad desde las fronteras de Marruecos al golfo Pérsico, del Danubio a los límites del Sahara, de las orillas del mar Negro a Arabia: un vasto imperio, pues, cuya fuerza se admira y se teme, que aparece como un coloso casi inquebrantable, y contra el que los europeos solo consiguen victorias puramente defensivas, cuando no han de ceder terreno.

Una vez unificada la casi totalidad del mundo árabe-musulmán, el sultán es también el emir de los creyentes, el jefe espiritual (aunque no ostentaba entonces el título de califa) y el jefe temporal.

De cara al mundo cristiano, mostró el poder del Islam, lo que no significa que tratara de aplastar a los cristianos, y menos aún

a los de su imperio. Aunque Europa a final del siglo XV y principios del XIV está dispuesta a conquistar el mundo, en lo que constituye una parte del Viejo Continente, el mundo mediterráneo, la Europa oriental y el Próximo Oriente, encuentra un adversario que constituye entonces un obstáculo infranqueable: los españoles, los austríacos, los húngaros, e incluso los venecianos toman conciencia de la situación y su derrota no hace más que incrementar el prestigio otomano, que alcanzará su punto culminante al final del reinado de Solimán el Magnífico.

La Sublime Puerta

El régimen otomano es encarnado fundamentalmente por el sultán, detentador de un poder absoluto, soberano temporal, jefe de todos los musulmanes y protector de los no musulmanes, cristianos y judíos. El sultán nombra al gran visir, los altos funcionarios del diván (*dîwân*), los gobernadores de las provincias y los dignatarios de la corte: es el jefe del ejército y nombra a las grandes personalidades religiosas (*shayj al-Islâm* grandes muftíes de las principales ciudades). Aunque no debe infringir la ley que emana del Corán (la *sharî'a*), puede añadirle elementos del derecho «consuetudinario» (*qânum*), específicos para cada provincia, a condición de que no estén en contradicción con la *sharî'a*, y que sean aprobados por el *shayj al-Islâm*. El sultán delega la gestión de la administración civil y, llegado el caso, el mando del ejército (en su totalidad o parcialidad) en el gran visir. Este no dispone de poder más que en la medida en que disfruta de la confianza del sultán que le nombra, pero que también le puede destituir cuando lo desee. Preside el diván, donde celebran sus reuniones los visires «de la cúpula», especie de adjuntos al gran visir y altos funcionarios del imperio: el *nishâtidjî*. jefe de la cancillería otomana, los dos *kadi-asker*, jueces del ejército, que representan la jerarquía religiosa (a excepción del *shayj al-Islâm*), el *defterdar*. responsable de las finanzas, el *kapudan pacha* o gran almirante, y el gobernador (*beyler-bey*)

de Rumelia. El diván es el organismo central del gobierno, pero puede constituir, llegado el caso, una corte de justicia.

La administración está en manos de «funcionarios» salidos de las escuelas jurídico-religiosas (*madrasa*), o de una selección en el seno del cuerpo de los «pajes» que provienen a su vez de la *devchirme* (recogida efectuada en las ciudades cristianas de los Balcanes) y del paso por diferentes categorías. Estos funcionarios son musulmanes, aun los de origen cristiano, y después de Mehmet II la casi totalidad de los grandes visires, por ejemplo, procede de las filas de las gentes de palacio: estos fueron también fieles servidores de los sultanes.

Las provincias están al cuidado de los gobernadores (*beylerbey*), de rango y estatuto variable según la importancia de las provincias: tienen la plena responsabilidad civil y militar de su provincia y desempeñan, por esta razón, un gran papel en la política otomana; bajo sus órdenes se encuentran los *sanyakbeys* y los *subachis* que administran cada una de las subdivisiones más pequeñas de la provincia. Las provincias de Argel, Túnez y Trípoli tienen un estatuto un poco particular, más militar que civil.

La mayoría de las gentes de la administración (*kalemiye*) perciben un salario cuando poseen un rango modesto en ella; en cambio, los funcionarios de un cierto rango disfrutan, además de una paga, de las rentas de un *tîmâr*, o *arpalik* (literalmente «dinero de cebada»), más o menos importante según su situación en la jerarquía.

Como en los siglos precedentes, el ejército desempeña un papel predominante en la pujanza del imperio: es el artífice de las conquistas y, si es necesario, garantiza la defensa; pero también puede ser un instrumento en manos del poder o de un candidato al trono: este fue el caso de Bayaceto II y de Sclim I que recibieron ayuda de los jenízaros. La clase militar (*askeriye*)

comprende en primer lugar los *kapi kullari* («esclavos de la Puerta'), reclutados a través de la *devchirme*. Su elemento esencial es siempre el cuerpo de los jenízaros, que forman la infantería, desde ahora provistos de armas de fuego además de las armas tradicionales; junto a ellos se encuentran cuerpos especializados de cañoneros (*topsu*), soldados de escolta (*top arabaci*), armeros (*cebeci*), zapadores (*lagimei*) y bombarderos (*humbaraci*); todos estos cuerpos, más los caballeros, constituyen el ejército permanente retribuido.

Otra parte del ejército es la formada por los *sipâhî* de las provincias, combatientes a caballo libres, dotados de un *tîmâr*, con rentas más o menos importantes y que deben ser acompañados por un número de soldados proporcional a sus rentas. Los jenízaros son unos 15 000 en tiempos de Solimán, y los *sipâhîs* alrededor de 25 a 30 000. Por último, existen grupos de soldados, bastante regulares o ligados a tareas muy específicas. En lo referente a la marina, desempeña a partir de Bayaceto II un importante papel, gracias a los corsarios, pero Solimán y, más tarde, Selîm II constituirán una verdadera flota que comprenderá más de 200 naves de todas las dimensiones: el *kapudan pacha* percibe sus ingresos de la provincia marítima del mar Egeo; los galeotes son reclutados entre los prisioneros de guerra, los condenados o los mercenarios; algunos soldados (*levend*) también pueden ser embarcados en estos navíos.

Finalmente, el ejército otomano dispone de un excelente servicio de intendencia, y de servicios de mantenimiento de rutas, de puertos, de fortalezas y de enlaces. Los arsenales están construidos en Estambul (marina y artillería) y existen otros en diferentes puertos del mar Egeo y del mar Negro.

El gobierno otomano, por intermedio de la administración, garantiza la gestión del imperio, gestión que se ejerce sobre las personas (*reaya*): campesinos, artesanos o comerciantes. Estos deben proporcionar, según el caso, ya sea al Estado, ya sea a su

timariota, contribuciones en metálico o en especie. Bien es cierto que, a menudo, los timariotas o los agentes de la administración utilizan su poder para imponer exacciones, en su provecho. Sin embargo, en teoría, las rentas de los *tîmârs* están definidas y, por otra parte, las tasas o contribuciones a las que se ven obligados los *reaya* son indicadas en los registros o mencionadas expresamente en los reglamentos (*kanunname*). Estos reglamentos, que tal vez existieron desde el siglo XIV, se multiplican bajo el reinado de Mehmet II, bajo el de Bayaceto II y, sobre todo, bajo el de Solimán. Constituyen la legislación propia de cada provincia y son textos escritos a los que la administración o las personas pueden hacer referencia. Fueron instituidos inmediatamente después de las conquistas, para mantener en el país conquistado una continuidad económica y una continuidad social, a fin de no alterarlo. Los perceptores de cánones son o bien los propios timariotas (o su representante en el lugar cuando no son residentes) o los agentes financieros de las provincias; los *kadis* o sus adjuntos *(na'ib)* pueden ser requeridos eventualmente a intervenir contra los recalcitrantes o contra los funcionarios que cometían excesos. Las rentas se centralizan en la capital de la provincia y, desde allí, la parte que corresponde al Tesoro del sultán es enviada a Estambul: en cada etapa tienen lugar verificaciones, en función de las indicaciones de los registros y en conformidad con los *kanunname*.

Los súbditos del sultán se clasifican en dos principales categorías: los musulmanes, que disfrutan de todos los derechos especificados por la ley coránica y que no están obligados al pago de determinados impuestos, y los no musulmanes, esencialmente cristianos y judíos, que dependen de sus propios jefes religiosos (patriarcas, metropolitas, grandes rabinos) y forman el sector social denominado de los «protegidos» (*zymmi*). Cada gran grupo religioso cristiano (griegos ortodoxos, armenios de diversos ritos, etcétera) o judío constituye una *millet* (nación). A

cambio de la libertad de religión y de la protección que les concede el sultán, pagan un canon específico, la *yiziyé* (que a menudo se confunde con el *kjaray*). Esta protección no es una palabra vacía; aunque se pudieran producir exacciones, lo cierto es que fueron escasas y limitadas, y no se tienen noticias de persecuciones religiosas; las diferentes Iglesias debían, por su parte, satisfacer los impuestos al Tesoro, pero esto no era más que un mal menor. La tolerancia de los otomanos fue bien conocida en el Mediterráneo, y cuando una gran cantidad de judíos fueron expulsados de España en el siglo XVI, encontraron un refugio seguro en Salónica y en Constantinopla. En los países árabes, los habitantes permanecieron bajo la autoridad de sus jefes habituales, y solo una alta administración otomana, apoyada por algunos destacamentos de jenízaros, llegó a sobreponerse a las estructuras tradicionales.

De los privilegios a las «Capitulaciones»

Antes de la conquista de Constantinopla, los otomanos mantuvieron muy poco contacto con las potencias occidentales, a excepción de los venecianos en el Peloponeso; y, aun así, estos contactos no fueron, por lo general, pacíficos.

La conquista de Constantinopla puso a los otomanos en relación mucho más estrecha, en el plano económico, con las ciudades mercantiles italianas, Génova, Venecia, Florencia, y con Ragusa. Pero la expansión que experimentaron en el siglo XVI alteró los términos de estas relaciones: se enfrentaron militarmente a diferentes potencias, y fueron requeridos por otras en vistas a concertar alianzas políticas, pero también a favorecer intercambios económicos. El imperio otomano, a través de sus conquistas, llegó a ser rico merced al botín y a las rentas proporcionadas por sus nuevas provincias; mantuvo los enlaces esenciales de las rutas comerciales hacia Oriente, y gracias a ello pudo influir, siempre que sus dirigentes lo quisieron, en la vida económica de las naciones occidentales. Pero, por otra parte,

esta riqueza creó necesidades en la clase dirigente; la preocupación constante de los sultanes fue hacer de su capital una ciudad sin igual por sus monumentos y su esplendor, de donde provino el considerable incremento de la población de esta capital; y todo esto implicó una acuciante necesidad de productos, de bienes que o bien Oriente no producía o cuya calidad era superior en Occidente. Al hacerse obligado, en cierta medida, abrir el mercado otomano a los productos extranjeros, a las naciones occidentales les fue útil aprovechar esta apertura, incluirse en este proceso de intercambios y vender cada una de sus producciones. El arranque fue sin duda lento, pero Venecia, en primer lugar, a pesar de momentos a veces difíciles, llegó a asegurarse una sólida posición, merced a su experiencia anterior, a su hábito de trato con Oriente, a sus enlaces y a sus relaciones con los medios locales de comerciantes o de fabricantes; Génova, que fue la primera en gozar de las particulares condiciones del comercio y el establecimiento, no disponía de una red tan importante, pero hizo un buen papel.

Cuando, al principio del reinado de Solimán el Magnífico, Francisco I solicita aliarse con él y la instauración de un régimen preferencial para los comerciantes franceses, el sultán apenas puso inconvenientes: ¿qué representó Francia en el comercio otomano? Poca cosa, razón por la que casi no hubo inconvenientes para conceder a los franceses las condiciones de establecimiento y de comercio que se conocieron con el nombre de Capitulaciones (1535). Es menester ver aquí un gesto de generosidad del sultán, surgido de su buena voluntad, y por el que no pide nada en compensación. La única manifestación tangible, pero limitada, en el plano militar, será el sitio y la toma de Niza por las flotas otomana y francesa en 1543; esta seudoalianza servía, por otra parte, mucho más a los franceses, aliviados de la presión hispano-austriaca, que a los otomanos, que no podían esperar nada de ella. La consecuencia más destacada

fue, no obstante, la instancia diplomática y, sobre todo, la instalación de cónsules franceses en un determinado número de «escalas comerciales» del imperio: es significativo que entonces, y hasta mediados del siglo XVII, estos cónsules (y a veces incluso el embajador) fueran nombrados por los comerciantes franceses, lo que pone en evidencia la orientación de la institución. Pero, al mismo tiempo, estos representantes franceses intervienen como protectores de sus paisanos de cara a la administración turca, y las relaciones toman a partir de entonces un nuevo curso, al menos en el plano local, comprendidas las relaciones entre los embajadores y los principales dignatarios del imperio, hasta el gran visir. Este nuevo aspecto se amplificará con el tiempo, y lo que podría llamarse el aislamiento diplomático —querido— de los otomanos, y el desprecio de los turcos (pero no de sus súbditos griegos, armenios o judíos) por el comercio internacional se transformarán, el primero en búsqueda de alianzas y el segundo en colaboraciones individuales con los extranjeros, aunque con intenciones bien concretas de rentabilidad de recursos o de fortuna personal: esta será la situación a partir de la segunda mitad del siglo XVII. Entre tanto, los cónsules y mercaderes franceses, holandeses e ingleses se van implantando poco a poco en las diferentes escalas comerciales y algunas ciudades del interior, practicando el comercio pero también entablando relaciones, en particular con los «minoritarios», de los que se sienten más próximos, y de los que tienen necesidad como intermediarios con los productores y negociantes indígenas. A más largo plazo, esto conducirá a la intervención en los asuntos del imperio otomano.

Un nuevo equilibrio

La economía del imperio otomano se basa en la importancia y variedad de su producción, y en la existencia de un mercado consumidor representado por las grandes ciudades y, sobre todo, por el palacio y el ejército. Por supuesto, la producción ru-

ral es la más importante, ya que los campesinos cristianos o musulmanes entregan a aquel de quien dependen (timariota, agente de la administración, gerente de fundaciones piadosas, intendente de las propiedades sultaníes, etcétera) un canon en metálico que puede oscilar entre la octava y la tercera parte de lo que producen; esta producción es, por otra parte, tradicional, y consiste, según las regiones, en cereales o en diversas variedades de ganadería, siendo el carnero el animal más común; pero se compone también de frutos, olivares, especias, arroz, caña de azúcar y miel, y, en lo que se refiere a los animales, caballos, búfalos, camellos, cabras y cerdos; las plantas textiles están representadas por el lino, el cáñamo, el algodón y la seda; los minerales por el hierro, el plomo, la plata y el cobre. Aunque existe un cierto artesanado y comercio en los campos, no pueden compararse con los de las ciudades, donde el bazar ocupa un importante lugar, y donde las corporaciones están al cuidado de estas actividades. Controladas por el cadí y por el *muhtasib* (jefe de la policía de los mercados), forman un marco muy apremiante, de donde están excluidas la competencia y la iniciativa. La producción artesanal está destinada generalmente al consumo local. Pero hay productos apreciados por los extranjeros; lanas, pieles, cueros, alfombras, seda, camelotes y otros que transitaban por el imperio otomano, provenientes de países situados más al este, tales como perfumes, especias, indianas y pieles. El gran comercio, llevado a cabo a través de navíos y de caravanas, está en manos de los negociantes (*tuyyar*), manipuladores de capitales de muy distintas procedencias, y en él, los altos dignatarios del régimen no están ausentes.

La riqueza de los sultanes, poseedores del Tesoro del imperio, contribuye a la actividad económica del imperio, en la que se incluye el mantenimiento de un palacio donde viven centenares, si no miles, de personas; el mantenimiento de un ejército, a menudo exigente; y una propensión natural a embellecer

la capital construyendo grandes y magníficas mezquitas: el final del siglo XV y todo el siglo XIV son, desde este punto de vista, representativos de un extraordinario impulso constructor, que hace gala de un brillante estilo, en particular en las grandes ciudades del imperio, no solamente en Estambul, sino en todas las provincias. Hasta transcurridos al menos dos tercios del siglo XVI, esta riqueza no padece a causa de la explotación progresiva de la ruta del Cabo por los occidentales, pues no bastan unos pocos años o algunos decenios para abandonar las centenarias corrientes comerciales que demasiada gente está interesada en ver continuar; igualmente, no conviene exagerar la parte del comercio internacional en la economía propiamente otomana, que es una gran consumidora de productos y mercancías de todo tipo. Los primeros signos característicos de una crisis financiera solo aparecieron hacia el final del siglo, debido al aflujo de dinero americano, lo que condujo a una devaluación de la moneda básica otomana, el *aspro*. De este hecho se derivó el comienzo de una crisis económica y, sobre todo, de una crisis social que ve estallar las primeras revueltas entre las poblaciones anatolias, las más afectadas por las presiones fiscales y las exigencias del Estado. Pero se entra entonces en otro período de la historia del imperio otomano.

Los sultanes y grandes personajes no tuvieron como único pensamiento la guerra y la expansión territorial del imperio: sin duda, su grandeza y prestigio proceden en una buena parte de su fuerza militar, de sus dimensiones y de sus riquezas, pero los otomanos no fueron, sin embargo, ajenos a la actividad intelectual y artística.

Mehmet II el Conquistador era un hombre muy cultivado que hablaba varias lenguas y escribía poesías; hizo ir a Constantinopla a artistas italianos, como fue el caso de Gentile Bellini que pintó su retrato, y a escritores griegos e italianos como Amirutcés de Trebisonda. Critóbulos de Imbros o Ciríaco de

Ancona; Solimán el Magnífico fue también un hombre ilustrado, y de su época proceden algunos de los más grandes escritores turcos, como Fuzuli (1480-1556) y los redactores de las primeras crónicas otomanas de carácter verdaderamente histórico, e incluso, crítico, así como navegantes autores de relaciones y mapas como Pîri Re'îs y Seydi Ali Re'îs; el estudio de las ciencias, de la medicina, no fue en absoluto olvidado y, por supuesto, la ciencia por excelencia, es decir, la religiosa, fue ampliamente practicada en las *madrasas* de la capital y en las grandes ciudades del imperio.

Este período adquirió celebridad, sobre todo, en el dominio de la arquitectura: las grandes mezquitas edificadas en tiempos de Bayaceto II. Solimán el Magnífico y Selîm II. en Istambul y en Edirné (Andrinópolis), se cuentan entre las obras maestras de este arte; un gran número de ellas se debieron a un arquitecto que se puede calificar de genial. Mimar Sinan (1489-1578), que supo extraer del modelo de la basílica de Santa Sofía un tipo específico de mezquita otomana que se difundió luego por todo el imperio. A este arte hay que añadir el de la decoración, que se caracterizó por la utilización de azulejos, casi siempre procedentes de Nicea, con adornos de flores y hojarascas, de líneas sencillas y colores matizados, a los que el «rojo tomate» (que solo se encuentra en esta época) dio su singularidad.

El reinado de Solimán el Magnífico pudo ser calificado con toda justicia como «la edad de oro» del imperio otomano y ser objeto de admiración para los viajeros occidentales que lo recorrieron.

A pesar de la propaganda que pudo surgir en el siglo XVI, las naciones cristianas de Occidente parecían aún incapaces de comprender en su real dimensión la situación otomana en el plano militar o diplomático. Incluso en el plano económico, las relaciones no alcanzaron nunca un nivel excepcional y solo aparecen entonces como una «penetración»; sin duda, la de-

manda procede de Occidente y no de Oriente: las Capitulaciones así lo demuestran.

En el período que va de la batalla de Ankara (1402) a la toma de Túnez (1574) se va formando poco a poco un poder, dotado de medios cada vez más considerables y que inspira respeto a las naciones de Occidente. Esta es tal vez una de las razones por las que los occidentales buscaron en otra parte del mundo una derivación a su necesidad de expansión política y económica y eludieron esa roca entonces infranqueable que constituía el imperio otomano.

La Europa central domesticada

Al norte del Danubio, al este del Elba, otro mundo, esencialmente eslavo también, espera que se defina su destino; ¿se convertirá en un satélite de la Europa occidental conquistadora, con la esperanza de una posterior independencia?, ¿o bien será el heredero del mensaje griego, el sucesor del abatido Bizancio? De este mundo hemos hablado poco hasta ahora ya que antes del principio del siglo XIV, y de algún resplandor que su propia civilización pudiera darle, como atestiguan hoy tantos asombrosos descubrimientos arqueológicos, vivía al margen del mundo cristiano. Al margen o, mejor dicho, como un anexo, como un vecino más: algunos misioneros procedentes de Alemania, los monjes soldados que son los caballeros teutónicos o los porta-espada, y los comerciantes, naturalmente, habían penetrado profundamente en Polonia, Bohemia y los países bálticos; desde el siglo X, aunque a este respecto aún no se ha dicho la última palabra, atraviesan las llanuras de Polonia desde la costa a Cracovia y luego, a través de la puerta mora va, se dirigen a Bizancio; en el siglo XI, los ingleses, los flamencos y los teutones han alcanzado ya Novgorod, al sur del Ladoga; Gdan-

sk y Riga son activos puertos francos, como en el interior Praga, Cracovia o Buda. Unas culturas tan antiguas y sólidas como la eslava o la húngara se establecen allí; pero, en conjunto, esta franja de la Europa del oeste vive aparte: en el mismo momento en que se hunde, más al sur, el bastión griego, es bruscamente integrada en Occidente.

Un nuevo «Drang nach Osten»

Al lanzar a sus campesinos y sus comerciantes al asalto de Silesia, de Brandenburgo o de la Gran Polonia, la Alemania de los siglos XII y XIII había esbozado ya e incluso practicado ampliamente ese «empuje hacia el Este» que fue siempre la respuesta germánica a su necesidad de expansión demográfica o económica; pasado el año 1300, esta penetración más allá del Oder o en las marismas de Prusia o de Masuria parece más lenta, e incluso detenida: no tanto por la resistencia local como por el ahogo natural de una presión demográfica desde entonces debilitada. Se produce, pues, otra forma de penetración, más sutil, más peligrosa y más eficaz, una infiltración de la cultura, las leyes y el poder alemanes. A este respecto, el caso de Bohemia es el más evidente; hacía mucho tiempo que los príncipes checos de Praga habían sido admitidos, con cierta condescendencia, entre las potencias del Imperio; incluso se les había dejado utilizar el título de «rey», que fueron los únicos en ostentar, junto con el de Germania, en el interior del Sacro Imperio, lo que subrayaba su especificidad. Especificidad que se difumina aparentemente a todo lo largo del siglo XIII: se extiende el empleo de la lengua alemana; cuando se funda una universidad en Praga, es esta lengua la más utilizada por los estudiantes; las leyes de los príncipes vacilan entre ella y el latín, mientras el empleo de las lenguas comunes se refugia en la literatura popular; un signo importante pues da testimonio de la permanencia de un sentimiento real de la originalidad checa o morava. Sin embargo, según parece, se ve sin especial preocu-

pación la instalación en el trono de Bohemia de hombres que no tienen ningún vínculo de sangre o espiritual con los eslavos: la familia de Luxemburgo, que dará incluso un emperador a Alemania en la persona de Carlos IV. es la más célebre pues a ella se le debe el desarrollo de los muy sólidos vínculos que se establecen, en el plano religioso fundamentalmente, entre Praga y Alemania; pero estos príncipes se interesan poco por los asuntos locales: sin duda, al promulgar en tierras de Bohemia la célebre bula de oro de Egra que establece la lista de los electores de la dignidad imperial, en la que se incluye al rey de Bohemia, Carlos IV legaliza, en cierto modo, la entrada de Bohemia en el mundo alemán; pero lo hace a fin de sofocar mejor el sentimiento «nacional», si es que se le puede llamar así, que comienza a despuntar en Bohemia; como se sabe, Juan de Bohemia, el rey ciego, estaba tan preocupado por los asuntos de su país que se dejó matar en Crécy formando parte del ejército de su pariente y aliado, el rey de Francia, comprometido en una guerra en la que los intereses de Bohemia parecen más bien débiles. El movimiento de adhesión había experimentado incluso, un poco antes, una fase absolutamente sorprendente ya que los angevinos, instalados a la sazón en Hungría, hicieron penetrar en el país checo una parte de la influencia, esencialmente artística y literaria por otra parte, de las cortes italianas. Naturalmente, esta constante presión ejercida por el Oeste, y especialmente por el alemán invasor, pudo conllevar el despertar de una cierta desconfianza y hostilidad; pero, al principio, es solamente un asunto de intelectuales: se comentó en su momento el episodio husita; la rebelión de Jan Idus es religiosa, no cabe duda, pero checa también, y el movimiento extremista de los taboritas que resistirá hasta el final a la conquista alemana tiene una evidente dimensión regional. No nos dejemos llevar, sin embargo, por lo que sabemos que pasó luego: sin duda, el reconocimiento por Roma, en el momento del hundimiento de su

autoridad dogmática, de una parte de las reclamaciones de los insurrectos es, como la propia rebelión, una victoria checa; las gentes de Bohemia, en tiempos del rey Jorge Podiebrad, un hombre de la tierra esta vez, continúan criticando a Roma; incluso rompen decididamente con Pablo II; pero estamos aún lejos de la rebelión del siglo XVII y de la Montaña Blanca. En realidad, la Bohemia de finales del siglo XV no es más que un envite: un envite contra el Imperio, provisionalmente fuera de combate, pero que, al pasar a manos de los Habsburgo, pone cerco a Bohemia, y a la vecina Polonia, voraz y ambiciosa, que, en efecto, consigue durante un cierto tiempo instalarse allí.

La situación de Hungría es mucho más compleja: en primer lugar, por que se trata de poblaciones no eslavas, de instalación más reciente, con una cultura más «exótica», y a las que el recuerdo de los «ogros», incluso después del definitivo aplastamiento de las incursiones magiares en el siglo X y la conversión de los principales jefes, inspira una sana reserva frente a los alemanes del Ostmark, de Austria. También Hungría vive, pues, con un vecino del que se cuida, aunque la penetración alemana es nula durante mucho tiempo; por otra parte, la adhesión de los húngaros a las costumbres occidentales se hace esperar: aún a mediados del siglo XII, los ejércitos de Conrado III de camino a Tierra Santa sufren duros toques de atención por parte de una población que no conoce más rey que el desdén; los magnates, dueños de enormes extensiones de *puszta*, son jinetes y saqueadores muy peligrosos. Solo transcurrido mucho tiempo se establecen contactos: después de todo, la vía comercial del Danubio es frecuentada, menos activamente sin duda que en el siglo X o antes de esta fecha, pero existen pruebas de ello y Buda es un centro de intercambios cuya reputación justifica que se hallen allí implantados comerciantes alemanes de Baviera e incluso de Renania. Puede verse cómo un rey de Hungría participa en una cruzada en Egipto; o como otro, Andrés II, recorre

Europa en busca de ayudas cuando se siente amenazado o, peor aún, aplastado por la invasión mongola de mediados del siglo XIII: se le recibe como un solicitante inoportuno, pero no como a un salvaje. El paso decisivo se da después de 1290, es decir, una vez que, como hemos visto, se definió el destino de los Estados latinos de Oriente y de las tierras bizantinas; el eventual papel de Hungría como eslabón en la cadena de la solidaridad respecto al Oriente latino desaparece: al término de una serie de luchas, cuyos detalles no nos interesan aquí, ¡los angevinos del sur de Italia se convierten en reyes de Hungría! Curiosa ironía de los intereses dinásticos: durante cincuenta años, precisamente aquellos durante los que el peligro otomano toma cuerpo, Hungría, bajo el mandato de sus príncipes franco-italianos, le da deliberadamente la espalda a los Balcanes: las preocupaciones de los angevinos respecto a Bohemia, Polonia, Servia y el Adriático son puramente familiares; se enmarañan en una red de complicadas alianzas dinásticas, en la que se buscaría en vano el lugar de Hungría. Esta fase, que acaba en 1387, no es en absoluto un paréntesis: por el contrario, provocó una doble y capital evolución; por una parte, como en el caso de los Luxemburgo en Bohemia, hay un momento en que la influencia de Occidente acompaña a Luis el Grande durante su reinado: la corte de Buda imita a la de los Valois o la de Nápoles; acuden allí no ya alemanes, sino franceses e italianos; la arquitectura de los palacios y de las iglesias evoluciona del «gótico» al estilo peninsular, y comienza la mezcla cultural. Inversamente, en el terreno político, al intentar Luis, como un buen príncipe francés, restablecer la obediencia de los magnates, promulgando estatutos destinados a reducir el escalonamiento de la jerarquía aristocrática en favor de un único nivel, el orden «ecuestre» o «caballeresco» (¿no hay aquí una vacilación entre Roma y París?), y más tarde imponiendo el pago de una especie de capitación a la nobleza, provocó un sobresalto de hostilidad nobilia-

ria contra su poder; sin embargo, su caída o la de su dinastía no sobrevino inmediatamente: como los reyes angevinos no se preocupaban demasiado de los asuntos húngaros, bastaba con no obedecer, pues no había que temer represalias: esto es lo que hicieron los boyardos, una acción que, al final, vio incrementado su carácter autónomo.

Cuando el yerno de Luis de Anjou, Segismundo, heredó la corona húngara, se dio un nuevo paso; aunque se tomó más interés por los asuntos húngaros y balcánicos que sus predecesores, Segismundo, de nacionalidad alemana, pasó la mayor parte de su reinado en el Imperio, del que llegó a ser titular en 1411 hasta su muerte en 1437; su papel en el cisma pontificio, en el asunto husita y en las expediciones llevadas a cabo en 1385-1380 contra el sultán otomano Murâd y que condujeron al desastre de Nicópolis, han sido ya objeto de observaciones que no es preciso recordar. Este vínculo personal de la corona húngara con Occidente transformaba poco a poco la llanura panoniana en una especie de «lugar de paso» que el avance turco hacía cada vez más vulnerable. Es posible que el sentimiento de estar a partir de ahora situada en la primera línea de la cristiandad amenazada fuera lo que suscitara en Hungría, incluso en la parte correspondiente a una aristocracia que obtenía indiscutibles ventajas del absentismo real, una reacción de defensa y de autonomía. La cada vez más vigorosa acción de los polacos en las regiones danubianas no fue tampoco ajena a esta toma de conciencia; los húngaros participaron, aunque con una cierta reticencia, en la «cruzada» puesta en pie en 1443-1444 por Ladislao Jagellon contra los otomanos, y acabó con el desastre de Varna en el Danubio, Al menos, la aristocracia húngara se rehacía bastante pronto para que uno de sus jefes, proclamado «regente» en el lugar de un hijo, menor de edad, de Segismundo. Juan de Hunedoara o Juan Hunyadi como se le conoce en Occidente, pudiera frenar el avance turco ante Belgra-

do en 1456 y más allá de las Puertas de Hierro; designado como segundo regente tras la súbita muerte de Hunyadi, Matías, apodado el Cuervo. Corvino, constituyó una sólida barrera de principados o de fortines, uno junto a otro, de Bosnia a Moravia, entre 1458 y 1463, impidiendo por un tiempo el paso a las tropas del sultán. Desgraciadamente, Corvino —y esta actitud muestra bien el profundo grado de occidentalización de los húngaros de nacimiento en este momento— estableció en Viena el centro de su poder, se entregó, contra los polacos, a la constitución de una dominación que iba del Adriático a la puerta de Moravia, e incluso se presentó como candidato al Imperio. Su muerte, acaecida en 1490, acabó con las esperanzas de autonomía de Hungría; los magnates prefirieron dejar la corona al polaco Ladislao, ya rey en Bohemia. Puede observarse el esbozo de elementos unitarios que, al entrar poco tiempo después en el patrimonio de los Habsburgo, unieron definitivamente Hungría y Bohemia al mundo germánico; a los boyardos ya no les quedaba más que dar prueba en el siglo XVI de su heroísmo militar contra el infiel, y de su responsabilidad como soldados de Cristo en los límites de una cristiandad sometida a los asaltos turcos; extraño giro del destino para un pueblo de origen turco-mongol, cuyas primeras acciones fueron las de invasores asiáticos en Alemania, y las últimas, en la Edad Media, las de defensores de los alemanes contra unos asiáticos que llevaban su misma sangre.

Nacimiento de Polonia

Un título provocador, que puede molestar a un pueblo orgulloso de la antigüedad de su cultura y de los indiscutibles testimonios de su historia pasada; y por añadidura, un título excesivo, no solo en el campo del reagrupamiento o de la originalidad política de su historia, sino en el simple plano de la economía; ¿no es en Polonia, e incluso en Moravia, donde se encontraron las más antiguas rejas de arado, los hornos perfeccionados más

remotos, en los siglos medievales? ¿No se han descubierto estructuras edificadas de madera, urbanas o no, de una calidad y una importancia notables, en Biskupin, Gniezno, Cracovia, Opole u otras partes? Y, por último, ¿no fueron recorridas y explotadas estas vastas llanuras por comerciantes de todas las procedencias a partir del siglo IX, si no antes (los viajeros musulmanes lo atestiguan así)? No obstante, si esta expresión nos parece oportuna, es porque esta vez también, como en el caso de los rumanos, los húngaros o incluso los checos, estos agrupamientos de pueblos vivieron al margen del mundo cristiano del Oeste y porque la línea general que sigue nuestro relato consiste en mostrar la integración progresiva en el área del dominio de la Europa occidental de zonas que estuvieron hasta un cierto momento fuera de su órbita. Este es precisamente el caso de Polonia: durante un breve espacio de tiempo, entre el 990 y el 1050, aproximadamente, dio la impresión de que los pueblos eslavos que vivían en las llanuras de la pequeña y gran Polonia, incluso en Pomerania, y que acababan de federar los Miesko y los Boleslao, se inclinarían, rápida y definitivamente, hacia el Oeste: en el año 1000, en Gniezno, el emperador Otón III había ceñido la frente de Boleslao con una corona real; la cristianización llegaba del Oeste, a pesar de algunos esfuerzos bizantinos, y las llanuras cerealistas parecían la continuación natural de las de Alemania, los Países Bajos y Francia. Desgraciadamente, este destino esbozado se interrumpió después de 1100, y Polonia se recogió en sí misma, alejándose del concierto europeo. Los motivos de esta fase de contracción en su historia no parecen dudosos: por una parte, la brutal germanización de las regiones más occidentales, acompañada de expulsiones y de incautaciones de tierras, y que marca todo el período que va de 1130 a 1230, provocó ciertamente una reacción de defensa, al mismo tiempo que hacía nacer entre polacos y alemanes una desconfianza, por no decir más, cuyas consecuen-

cias serán siempre visibles. La cristianización, no menos brutal a veces, que acompañó a esta presión, agravó las cosas: por un lado, los teutónicos se apoderaron de Prusia y los porta-espada de las regiones de Estonia y Letonia, pero además, las incesantes y desventuradas guerras llevadas a cabo por los monjes soldados contra los príncipes rusos de Novgorod o de otras partes, adheridos a la fe cristiana por los bizantinos, o contra los lituanos tenazmente paganos, hicieron que pesara sobre el campesinado polaco un yugo insoportable. Finalmente, el desarrollo de los puertos hanseáticos y el riguroso control ejercido por los comerciantes alemanes, de Lübeck y otras partes, que absorbían las riquezas del interior, llevó poco a poco a Polonia hacia el estatuto de país colonial.

Los efectos sobre la estructura social o económica de Polonia fueron muy claros: en la medida en que la mayor parte de los productos comprados y revendidos por los alemanes, el trigo, la madera para los barcos, el lino, la pez y las pieles, procedían esencialmente de las regiones forestales o cerealistas del norte, el centro de gravedad de Polonia abandonó la zona meridional de Cracovia en favor de la de Posnania o del curso inferior del Vístula: Varsovia fue creada a mediados del siglo XIII. Pero como los príncipes continuaban frecuentando más bien las regiones del sur, los agrupamientos aristocráticos del centro y del norte adquirieron un espíritu de independencia, o en todo caso de indisciplina, que paralizó cualquier nuevo intento de reforzamiento de una autoridad pública. Los agrupamientos nobles, los llamados *szlachta*, probable deformación del alemán *Geschlecht*, pudieron mantener en un estado de fuerte dependencia a un campesinado de artesanos y labradores, que según los datos que poseemos referentes al siglo XI tenía, tanto como su contemporáneo del Oeste, muy importantes bazas para emanciparse: un indiscutible retraso en el desarrollo social de un país particularmente bien dotado de entrada se asentó pues

en este momento en la ruta de Occidente. La servidumbre se refuerza: los *kmétes* son casi esclavos; la fiscalidad señorial se sobrecarga hasta más allá de lo soportable; los reyes son incapaces de hacer admitir su legislación.

Esta desastrosa situación, tan poco digna de sus brillantes comienzos, inició un proceso de recuperación a principios del siglo XIV, cuando cedió la presión germánica. El rey Casimiro I (1333-1370) consiguió devolver un cierto esplendor a la función real procediendo a un amplio movimiento de ennoblecimiento dirigido a los hombres de las ciudades o a una parte menos temible de la aristocracia; esta «nueva nobleza» se convierte desde entonces en el apoyo natural del rey: los «estatutos» de 1372, 1374 y 1379, concedidos a esta aristocracia, que lo era a la vez por su dinero y su función, dotaron a Casimiro de unos adeptos sobre los que pudo establecer su administración; por otra parte, la fundación de la universidad de Cracovia en 1364 y, posteriormente, el celo ortodoxo mostrado por los polacos en los asuntos referentes al cisma, hicieron que Polonia apareciera poco a poco como un miembro de pleno derecho en el concierto europeo. No obstante, este «nacimiento» carecía de dos elementos: el inmenso territorio de Lituania que cubría la zona que iba del Báltico a los confines del mar Negro, toda o casi toda la Rusia blanca, y una parte de Ucrania, que sin ser enteramente paganas, quedaban al margen tanto del mundo polaco como del mundo ruso; allí, la autoridad mongola se disolvía poco a poco, mientras que la familia de los Jagellon, que ostentaba el título ducal, se asemejó a los reyes polacos a partir de 1377; al acceder al trono de Cracovia, Ladislao Jagellon realizó una unión que, sin duda, exigió numerosos cambios a causa de la mala voluntad de los grandes: en 1410, la unión perpetua de Radom consagró esta fusión que hacía territorialmente de Polonia, inmediatamente después del Imperio, la segunda potencia europea, al menos en extensión. El otro obstáculo

aparece en el mismo momento: el control de la costa báltica; los caballeros teutónicos interceptaban el acceso; Ladislao propuso en vano a los monjes instalarse en Podolia para contener la dominación mongola; aprovechando su rechazo, y el desconcierto que provocaba su actitud opresiva, rompió con los alemanes: en 1410, en Tannenberg, los caballeros teutónicos fueron aplastados y desposeídos. Por desgracia para Ladislao, este suceso animó a su familia a lanzarse a empresas que estaban fuera de su alcance; Ladislao III, promotor y actor de la cruzada llevada a cabo contra los otomanos en 1444, fue aplastado a su vez e incluso matado en Varna.

El reinado de Casimiro IV Jagellon señala el apogeo de este segundo nacimiento polaco. El acercamiento que la expedición de Varna había provocado entre el príncipe polaco y sus vecinos de Europa central es el comienzo de una vasta empresa de unificación de los territorios eslavos y húngaros de esta parte de la cristiandad bajo el control de Polonia. En primer lugar, Casimiro zanjó el problema de la influencia alemana; por un lado, devolviendo a manera de feudo una parte de los territorios de la orden teutónica, al tiempo que les quitaba definitivamente los accesos indispensables al Báltico, sobre todo en Pomerania (1466); más tarde, trató de establecer una apariencia de orden en las relaciones entre la aristocracia polaca y el poder real: en primer término, incrementando este último a base de abundantes secularizaciones de bienes de la Iglesia, y luego organizando el sistema de «dietinas», reuniones regulares pero relevantes de la aristocracia local, destinadas a ratificar, a través de pequeñas asambleas, reunidas unas después de las otras localmente, las decisiones reales. En el momento de la dieta general de Nieszawa en 1454, había confirmado ya el apoyo de la realeza a la pequeña aristocracia, como lo habían hecho los angevinos, no hacía mucho tiempo, en Hungría. Por último, a través de los acuerdos con los alemanes de la Hansa, intentó volver a hacerse

cargo de una parte del comercio interior de Polonia: la producción de trigo y la explotación de la madera pasó parcialmente bajo su control, y este impulso dado a la economía contribuyó al origen de una notable elevación del nivel de vida, al menos de las clases mercantiles y nobiliarias de Polonia: el lujo del todo excepcional del que se rodean entonces los nobles polacos sorprendió a los viajeros occidentales de paso para Cracovia u otros lugares. Fue sobre todo Casimiro quien creyó que había llegado el momento, tras el fracaso de las experiencias húngaras, de constituirse en defensor de la cristiandad en el Este: una política invasora y tortuosa, entre 1479 y 1492, le condujo a llevar al trono de Bohemia y, más tarde, al de Hungría, a la muerte de Matías Corvino, a su hijo Ladislao, a quien en principio se le debía reservar luego el trono de Polonia: una vez realizada esta concentración territorial, se establecería en Europa central una enorme potencia que iría del Báltico al Adriático y del Oder a Kiev. Preocupado, además, por dar a estos grandiosos proyectos una dimensión cultural de la que carecían de una manera muy evidente, Casimiro desarrolló celosamente la universidad de Cracovia, donde afluyeron estudiantes de todas las regiones, en tanto que él mismo fomentaba los estudios de los escolares polacos en París o en Italia: la formación de un hombre como Copérnico no podría comprenderse sin la obra realizada por Casimiro.

Tal vez esta ambición sobrepasaba las posibilidades materiales de la realeza polaca; en todo caso, le era ajena a la aristocracia hacendada, deseosa sobre todo de asentar sólidamente sus beneficios en el comercio con Alemania. De modo que, a la muerte de Casimiro. Polonia, que había estado a punto de reinar sobre una buena tercera parte de Europa, comenzó el declive que, con algunos sobresaltos a veces notables, debía conducirla al papel de presa para sus vecinos. En primer lugar, fracasaron los proyectos políticos: desde 1496 era evidente la frag-

mentación de la construcción «imperial» de Casimiro, sin tener en cuenta la rebelión de Lituania que se libró del yugo de Cracovia, al menos durante un tiempo; en el plano de la autoridad real, los *szlachtas* no pudieron ser mantenidos en la obediencia: en vano, los numerosos italianos Llegados a Polonia en el momento de la aparición de la nueva potencia eslava, y fundamentalmente el florentino Buonacorsi, aconsejaron al nuevo rey, Juan Alberto, una política digna de la península, una especie de tiranía principesca; la nobleza, que se había apoderado de la mayoría de las dignidades eclesiásticas o de los gobiernos provinciales, se opuso a los procedimientos despóticos del rey; en 1505, en Radom, le arrancaba el acta de anulación que marcaría toda la historia posterior de Polonia: ninguna decisión real podría ser tomada sin la convocatoria y aprobación de la Dieta; era este, sin duda, un avatar del régimen «parlamentario» al que, después de todo, se podían acomodar bien las monarquías; pero, para soportarlo, habría sido preciso que la realeza polaca estuviera provista de una organización administrativa que, a pesar de los esfuerzos de Casimiro, no poseía en absoluto. Por último, aunque no menos importante, económicamente hablando, los alemanes y los ingleses consiguieron hacerse conceder privilegios de explotación, en Gdansk desde 1490 y un poco después en otros lugares, que tenían por objeto aligerar en su provecho la legislación aduanera imaginada por Casimiro: el drenaje de madera, de trigo y de pez se reemprendió a mayor escala que precedentemente, lo que, con toda seguridad, permitía el enriquecimiento de la aristocracia en las tierras donde eran recolectados estos productos, pero arruinaba el Tesoro real y conducía a Polonia a desempeñar el papel de tierra colonizada por el comercio internacional y dependiente de la buena voluntad de los comerciantes de Lübeck o de Londres. Así pues, como un poco antes Hungría, Polonia, que durante un breve período había llegado al umbral del poder euro-

peo, volvía a bajar al rango de satélite del Oeste. Aunque su lejanía no le hubiera permitido esperar desempeñar el papel de heredera de Bizancio, de todas formas ya no sería posible ni imaginarlo, pasado 1500, y en el siglo XVII la figura de Sobieski salvando a la cristiandad no es más que la de un potentado marginal trabajando para los Borbones y los Habsburgo. Sin embargo, en el curso de esta disgregación de algunos decenios, por ejemplo en el momento de la sublevación de Lituania, en el ámbito de este juego tradicional y pesado, una nueva mano surge de la sombra, la de Rusia.

La sombra de Rusia

Más allá de Riga, de Brest-Litovsk o de Lvov, el paisaje cambia, sin las fronteras que hoy existen: los ríos se ensanchan, el horizonte se aleja, el espacio se hace inmenso, el relieve pierde sus rasgos nítidos: estamos en las llanuras de Rusia y de Ucrania, otro mundo, otra cultura, otras lenguas también. Menos aún que cualquier otra, la historia de las llanuras rusas no formaba parte de nuestra exposición antes del siglo XV. Es cierto que los escandinavos, en los siglo X y XI, les habían sacado, por así decirlo, de la nada tribal en que vegetaban; también es verdad que en varias ocasiones algunas dinastas de Kiev o de Vladimir habían manifestado su agresividad respecto a sus vecinos griegos del sur; es un dato cierto, por último, que los monjes bizantinos habían llevado a esos lugares la fe cristiana y acercado, en cierto modo, esa cristiandad salvaje al mundo helénico; pero ¿los principados rusos que nacen aquí y allí a lo largo del final del siglo XII y del XIII pueden considerarse como partes del mundo europeo? Las actividades que se llevan a cabo desorganizadamente son el tráfico de pieles y de esclavos, y el alistamiento de mercenarios al servicio del *basileus* o, eventualmente, de algún príncipe musulmán; por otra parte, la cultura e incluso algunos rasgos originales de la sociedad rusa merecen sin duda interés; pero, como en el caso de otras poblaciones cita-

das más arriba, se trata de mundos ajenos a la formación del poderío europeo. Además, la invasión y la ocupación mongolas de mediados del siglo XIII aíslan aún más los principados rivales; aunque una victoria conseguida por Alejandro Nevski sobre los teutónicos haya podido ser explotada como un acontecimiento casi «popular», la verdad es que este episodio no cambió en absoluto la fisionomía de la historia de Europa.

Una vez más, es el siglo XV el que introduce un factor de novedad, y no se le comprende más que al cabo del que le precedió; el fracaso de las ambiciones polacas, o tal vez, al principio, el peligro que hacían correr a los príncipes rusos fue como la chispa que despertó la conciencia de los príncipes, en lugar de la de las poblaciones. Por otra parte, la dominación musulmana de las zonas meridionales se debilita y la obsesión de poder ser asediada, signo constante del alma rusa, disminuye un poco. A la cabeza de este despertar está el príncipe de Moscú, Iván III (1462-1505): es él el primero que toma conciencia del peligro polaco, limita en Lituania las pretensiones de Casimiro Jagellon e, incluso, suscita a su muerte una rebelión en las zonas limítrofes; es también él quien emprende el descenso hacia el sur, esta vez hacia Estambul, que marca toda la historia rusa. Pero detengámonos aquí por un momento.

Tras su derrota ante Tamerlán y su destrucción casi total, el jânato de Qipchaq u Horda de Oro, en 1395, no desapareció totalmente, pues Tamerlán confió lo que quedaba de él al jân Tîmûr Qutlug (1398-1400), cuyo ministro y general Yédigêi consiguió frenar una ofensiva del gran duque de Lituania. Vitold (1399), y hacer reconocer la soberanía del jân a los príncipes moscovitas. Tras la muerte de Yédigêi (1419), Vitold reemprendió sus ataques y llegó a alcanzar el mar Negro, cuya región comprendida entre el Dniéper y el Dniéster fue integrada a su Estado, al menos hasta su desaparición en 1430; trató de intervenir en los asuntos del jânato de la Horda de Oro (nombre que

los rusos adoptaron), pero los diferentes clanes que lo componían lograron preservar su independencia y su unidad hasta 1438. En esta fecha, un funesto candidato al jânato, Ulugh Mehmet, se retiró a Kazán, en el Volga, que convirtió en la capital de un nuevo Estado, el jânato de Kazán, mientras que al sur se extendía el jânato de la «Gran Horda», dirigida por Kutchk Mehmet. Finalmente, en 1441 apareció un tercer jânato, el de Crimea, bajo la autoridad del jân Hayi Ghirai, fundador de una dinastía que duraría hasta el siglo XVIII. en tanto que más al este se creaba el jânato de Astracán, en la desembocadura del Volga.

De este modo, el gran jânato de Qipchaq era desmembrado y sus residuos conocían fortunas diversas, al tiempo que la amenaza que había hecho pesar sobre Europa desaparecía; esta situación era favorable al desarrollo del Estado moscovita y del Estado polaco-lituano: la Gran Horda pasó muy rápidamente a depender de los grandes-príncipes de Moscú, y lo mismo ocurrió un poco más tarde con los jânatos de Kazán; los moscovitas trataron de someter también el jânato de Crimea, pero Hayi Ghirai, aliado del rey de Polonia, resistió esta presión hasta su muerte (1466). Su hijo y sucesor, Mengli Ghirai dio un giro total a la situación al aliarse con el príncipe de Moscú Iván III, en tanto que el rey de Polonia Casimiro IV se aliaba con el ján de la Gran Horda. Pero, de hecho, cada soberano actuaba en su propio beneficio; Iván III trataba de consolidar su posición en Rusia e incrementar sus territorios, cosa que hizo al conquistar Novgorod en 1478, al vencer al ján de la Gran Horda el año 1480, y al obligar a diversos príncipes rusos a pagar su tributo no ya a los jânes tártaros sino a él.

Por su parte, Mengli Ghirai tenía en mente la idea de eliminar de Crimea a los genoveses que estaban sólidamente instalados en la costa y, sobre todo, en Caffa; pero su actividad económica había disminuido en este sector desde que los polaco-li-

tuanos ocupaban una parte de la costa del mar Negro y controlaban las rutas de Moldavia y de Podolia, y también desde que los otomanos conquistaron Constantinopla aunque, poco después de la conquista de la ciudad, fue firmado un acuerdo comercial favorable a los genoveses. El acercamiento entre genoveses y polacos decidió a Mengli Ghirai a atacar: tras haber tomado una a una todas las bases genovesas, alcanzó finalmente, en 1475, Caffa, que cayó en sus manos, lo que ponía fin a la presencia latina en Crimea, de donde los venecianos habían desaparecido desde hacía mucho tiempo. No obstante, Mengli Ghirai recibió el refuerzo de tropas otomanas para apoderarse de Caffa: a cambio, reconocía la soberanía del sultán Mehmet II, pero la consecuencia inmediata de esta acción fue el reforzamiento de su prestigio y autoridad en toda la región. A más largo plazo, los jânes de Crimea se convirtieron en vasallos de los otomanos hasta el siglo XVIII (1783) y contribuyeron así a asegurar la dominación de los sultanes de Constantinopla en el mar Negro, donde habían tomado en 1484 los territorios detentados por los polacos. En 1497 fracasó un intento polaco en Moldavia, y el jân de la Gran Horda. Seyyid Ahmed, que había apoyado a los polacos, fue luego completamente vencido por Mengli Ghirai en 1502 y su jânato dejó de existir. En lo referente al jânato de Kazán, fue cada vez más sometido a la dominación rusa, antes de que en 1552 Iván IV el Terrible se apoderara de él.

En el interior del mundo ruso propiamente dicho, Iván III pone término a la autonomía del principado de Tver (1485) y ocupa toda una parte de Cetonia y Pskov, cuyos habitantes traslada a Moscú (1490). Pero aparte de estas acciones bélicas y de intimidación, hay algo más: hostil a las pretensiones de los comerciantes alemanes de la Hansa, habituados a disponer de Novgorod o de Riga a su voluntad, les pone un impuesto o los expulsa, una política de desconfianza y de xenofobia también

muy tradicional: al menos, los rusos se sentirán ahora entre los suyos; el papa Sixto IV y el emperador Segismundo están asombrados: sus embajadas dan testimonio de la entrada teórica de Rusia en el concierto europeo; pero se rechaza a sus representantes sin mediar explicación alguna. En realidad, el príncipe de Moscú se siente mucho más cerca que ningún otro del mundo oriental y, en particular, del difunto mundo bizantino: en 1472 se casa con Zoé Paleólogo, una de las últimas representantes de esta rama familiar instalada en Morea; una vez que la desaparición de Bulgaria deja el título sin detentor, toma por su cuenta el de Cesar, «zsar», que Mehmet II. más preocupado por el islamismo que por la continuidad, desdeñó; su patriarca se considera, más que el de Constantinopla (caído bajo la dependencia del Islam), el auténtico continuador de la Iglesia cristiana de Oriente; ¿qué haría con un Occidente tan extraño el heredero de Constantinopla? Pero esto no es todo: Moscú será la «tercera Roma»; de 1485 a 1508, abandonando sus palacios de madera y adobe, Iván hace construir por arquitectos italianos (porque es menester, a pesar de todo, dirigirse a los que tienen en sus manos la antorcha del arte principesco) un palacio fortificado, un *kreml*, ceñido de almenas al estilo güelfo, que toma la forma del castillo de los Sforza en Milán; aunque, en el centro de esta fortaleza, los palacios y las iglesias se dispersan en pabellones y en viviendas aisladas a la manera del Sacro-Palacio, mientras la iglesia principal, que edifica el boloñés Fieravente, la catedral del Tránsito de la Virgen, es de planta bizantina.

El nacimiento del Kremlin, en el momento en que sucumben las dominaciones eslavas de Europa central, comprendida Polonia, y en que Bizancio se derrumba ante el turco, es un acontecimiento capital de la historia de Europa; a partir de entonces, esta última se detiene en el Duna y en el Dniéper: más allá crece poco a poco un mundo nuevo, y este mundo se califica y

se considera el heredero de Constantinopla; mira hacia el mar Negro y los estrechos, de los que le separan aún muchos años de esfuerzos; pero puede decirse, sin jugar con fáciles profecías, que de este lado y durante mucho tiempo la Europa occidental deja de progresar; no supo recoger de la herencia griega más que un recuerdo o un reflejo; abandonó al Islam, la tierra y los hombres; sin embargo, un heredero se perfila en el horizonte, cristiano, oriental y conquistador. No hemos llegado aún a Pedro el Grande ni al tratado de San Stefano; por el momento, Iván incita a los tramperos rusos a pasar el Ural y tantear la Siberia inviolada; por este lado, hay suficiente trabajo que hacer para ocupar a los soldados y los pioneros; luego habrá que reconquistar los accesos a los mares, rechazar a los polacos y los alemanes, vencer a los turcos, acceder al mar latino…, pero esto es ya otra historia.

Capítulo 7
ÁFRICA SE ABRE A LOS MUNDOS ANTIGUOS[*]

La parte media del siglo XIII se caracteriza, en el mundo musulmán de Occidente, por considerables trastornos políticos, algunos de los cuales trajeron consigo la disgregación de Estados que, sin embargo, habían gozado un poco antes de grandeza y poder: al oeste, antes de la mitad del siglo XIII. el Estado almohade había experimentado numerosas dificultades internas y externas que conducían a su total desmembramiento: las derrotas sufridas en España desde 1212 no dejaban ya a los musulmanes más que la región de Granada que se convertiría en reino, dirigido por la dinastía nazarí; en el Magrib se crearon tres Estados: en Ifrîqiya, Abû Zakariyyá' se declaró independiente en 1228 y fundó el reino hafsí; en Marruecos, los Banu Marîn, en 1242 y 1269, consiguieron imponerse paulatinamente y fundaron la dinastía meriní, cuyo centro se estableció en Fez; por último, la Argelia occidental vio constituirse, con Tremecén como capital, el reino de los 'Abd al-Wâdíes (1235-1236).

UN NUEVO MAGRIB

El Magrib comienza a conocer fronteras políticas que se mantendrán hasta el siglo XX, con pequeñas modificaciones. Estas divisiones dan a los diversos reinos una identidad propia, acentuada tanto en su régimen interior como en sus relaciones exteriores: el concepto de unidad magribí no existe ya y solo reaparecerá, aunque momentáneamente, con la dominación otomana en Argelia, Túnez y Tripolitania, a mediados del siglo

XIV; Marruecos, por su parte, tiende a aislarse del resto del Magrib pero conserva lazos económicos con España, en tanto que los demás reinos se inclinan más bien hacia Cataluña, la Francia meridional (Marsella sobre todo) y los puertos italianos, entre los que Génova ocupa el primer lugar. Pero el acontecimiento esencial, cuya extraordinaria importancia ha llegado hasta nuestros días, es la vuelta del Islam hacia el África negra.

Tres dominaciones que duraron siglos

En Ifríqiya (Tripolitania, Túnez y Argelia oriental), el gobernador hafsí Abû Zakariyyá'(1229-1249), convertido en independiente, tomó el título de emir y se esforzó por asentar su poder aprovechándose de las rivalidades entre árabes y beréberes, tratando también de estabilizar tribus nómadas árabes, como los Banû Sulaym a quienes concedió el derecho a instalarse a lo largo de la orilla oriental de Argelia.

Su hijo Abû 'Abd Allâh al-Mustansir (1249-1277), después de haber reprimido rebeliones de los nómadas, debió enfrentarse a la expedición de san Luis (1270), pero dado que esta se detuvo bruscamente, pudo entregarse al gobierno de su reino y mantener buenas relaciones con los Estados musulmanes vecinos (Marruecos, Sudán) y con diversos Estados cristianos; musulmanes andalusíes, expulsados de España por la Reconquista, encontraron fácilmente refugio en Ifríqiya, y Túnez se convirtió a la sazón en un importante centro intelectual y artístico, sin olvidar su papel económico. Al-Mustansir tomó, hacia 1259, el título de califa, probablemente a raíz del saqueo de Bagdad por los mongoles y de la muerte del califa 'abbâsí. Sin embargo, no fue reconocido como tal por los musulmanes orientales, aunque su renombre fue grande.

Tras él, el Estado hafsí vivió dificultades políticas, nacidas de rivalidades entre herederos y pretendientes, de conflictos entre tribus diversas y de ataques cristianos como el de Roger de

Lauria, jefe militar al servicio de Pedro de Aragón, rey de Sicilia, que se apoderó de Djarba (1284). La unidad hafsí se rompió, siendo Túnez y Bujía los centros de dos reinos rivales; la unidad establecida por Abû Yahyà ibn Abî Bakr (1318-1346) no duró después de su muerte, e incluso los meriníes avanzaron hasta Túnez (1347-1348, y 1353-1358); después de su partida, tres nuevos Estados se constituyeron alrededor de Túnez, Bujía y Constantina; la unidad fue restaurada en 1370 por el hafsí Abû-l-ʻAbbâs (1370-1394), que utilizó la fuerza y la diplomacia para consolidar su poder.

En el Magrib central, el sultán de Tremecén, Yagmurâsan, pudo gobernar durante cerca de cincuenta años (1239-1283) sin dificultades internas, lo que le permitió resistir los ataques emprendidos contra él desde el exterior. Su hijo Abû Saʻîd ʻUthmân (1283-1304) tuvo que enfrentarse al meriní Abû Yaʻqûb Yûsuf, que sitió Tremecén durante ocho años y construyó, frente a la ciudad, la nueva ciudad de al-Mansûra. El asesinato de Abû Yaʻqüb puso fin al sitio (1307). Restablecidas las fuerzas del reino, el sultán Abû Táshufm (1318-1337) emprendió expediciones de conquista en dirección al Este, contra los hafsíes; solo consiguió algunos limitados éxitos y tuvo que hacer frente a continuación a un nuevo sitio de Tremecén por los meriníes, en cuyo curso encontró la muerte. Durante más de veinte años, los meriníes hicieron del reino ʻabd al-wâdí un protectorado. Aunque quedaron libres de esta tutela en 1359, los ʻabd al-wâdíes fueron entonces incapaces de administrar convenientemente su dominio y, a menudo, se encontraron a merced de las tribus árabes; sin embargo, llegaron a mantenerse, a pesar de los ataques hafsíes, españoles y, más tarde, turcos, hasta mediados del siglo XVI.

En cuanto a los Banu Marîn, que desde principios del siglo XIII luchaban contra los almohades, acabaron por vencerles, ocupando en primer lugar las ciudades del interior, Mequinez y

Fez, luego las de la costa. Rabal y Salé (1248). y finalmente la capital almohade, Marrâkish (1269). Esta lucha representaba un combate casi permanente de las tribus bereberes zenetas contra las tribus árabes que los almohades habían favorecido para asegurar su poder e instalado en numerosos puntos del territorio, hasta el sur marroquí. El fundador de la dinastía meriní. Abû Yûsuf (1258-1286), estableció su capital en la ciudad de Fez la Nueva (Fas al-Djadid), a las puertas de Fez la Vieja (Fas al-Bâlî). En tanto que sucesor de los almohades, se esforzó por reconquistar en España los territorios perdidos y, al menos, sus intervenciones protegieron el reino mazarí de Granada (1275 y 1284-1285).

Los soberanos siguientes tuvieron que hacer frente sobre todo a revueltas internas procedentes de las tribus árabes, pero también a los ataques de los nazaríes que ocuparon Ceuta (1302-1309) en cuyas proximidades el meriní Abû Thâbit fundó Tetuán.

La dinastía meriní alcanzaría su apogeo con Abû-l-Hasan (1331-1351) que, merced a sus conquistas, extendió su reino de Algeciras al golfo de Gabes (Qábis); sin embargo, fracasó en España frente a los castellanos y acabó perdiendo Algeciras (1344); su dominación sobre todo el Magrib se vino abajo tras una dura derrota en Qayrawân (1348) que provocó también revueltas en Marruecos, una de las cuales capitaneó su hijo Abû'Inân. Abû-l-Hasan murió, tras su abdicación, en 1351, y a partir de entonces fue considerado como un personaje particularmente venerable. Abû'Inán (1351-1358) volvió a tomar Tremecén e hizo incursiones en Ifrîqiya, pero su reinado señaló el final de la expansión meriní y de la estabilidad en el interior del reino, presa de las rivalidades de los sultanes y los grandes personajes del Estado, hasta el punto de que se crearon dos sultanatos, uno en Fez y otro en Marrâkish. Abû-l-'Abbâs (1387-1393) restauró la unidad del reino meriní e incluso em-

prendió expediciones contra el territorio ʻabd al-wâdî, pero su muerte fue seguida de nuevos disturbios que facilitaron el comienzo de la intervención de los cristianos en Marruecos: Enrique III de Castilla se apoderó de Tetuán, que devastó (1399) y en 1415 los portugueses ocuparon Ceuta. Se abría así una nueva fase en las relaciones ibero-marroquíes.

En otro orden de cosas, el Estado almohade dejó subsistir, en los reinos que le sucedieron, algunas instituciones, sobre todo entre los hafsíes, donde aparecen junto al soberano, los diez *shayjs al-muwahhidîn*, así como el *mizwâr*, censor de las costumbres, y posteriormente chambelán. En la práctica, el poder está en manos de los visires (del ejército, de finanzas, de asuntos exteriores) pero, fundamentalmente, del *hâdjib* que, de mayordomo, se convirtió en el intermediario entre el sultán y los funcionarios y finalmente en el verdadero jefe del gobierno; entre los funcionarios, uno de ellos desempeña un papel importante en las ciudades, el *muhtasib*, censor de las costumbres, pero además, encargado del control de los mercados y, por tanto, de una parte de la vida económica.

El soberano hafsí es teóricamente un soberano absoluto y el hecho de haber acaparado el título de califa da prueba de sus pretensiones políticas y religiosas; ostenta también el título de *amîr al-muslimîn*, comendador de los creyentes, se pronuncia la *jutba* cuando se le nombra, se rodea de un pomposo ceremonial, de una estricta etiqueta y reside apartado de la población, ya sea en la *qasba* o en la nueva residencia del Bardo.

Entre los ʻabd al-wadîes se observa un declive de las instituciones beduinas y del poder tribal, pero al mismo tiempo, a partir de Abû Hammû I, la presencia de un visir y de un chambelán de origen hispano, y la creciente influencia de una administración de tipo andalusí.

En cuanto a los meriníes, cuyo soberano ostenta el título de *amîr al-muslimîn,* se rodea de una idéntica pompa a la del soberano hafsí y reside en Fas al-Djadíd, presentan algunas diferencias en el hecho de que no existe el *hâyib* y de que las funciones gubernamentales se concentran en manos del *mizwâr,* sobre todo después del reinado de Abû 'Inân; un visir está especialmente encargado del ejército (donde se encuentran contingentes zenetas y árabes, mercenarios de diversos orígenes y una guardia del soberano) y de las operaciones militares; los grandes funcionarios son reclutados, por lo general, entre las mismas familias —que a veces provienen de medios ilustrados andalusíes, aunque también de otras regiones del Magrib: así. Ibn Jaldûn había servido a los hafsíes ante de establecerse entre los meriníes.

¿Bereberes o árabes? ¿Ciudades o campos?

Uno de los problemas que se les plantean a los Estados magribíes es el de la cohabitación de tribus bereberes zenetas y tribus árabes y el mantenimiento de la paz interior: los soberanos o los visires se esfuerzan por resolverlo atribuyendo tierras, en forma de *'iqtâ',* entre estas tribus, sobre todo las árabes, sobre las que se apoyan un cierto número de soberanos (por ejemplo, en Marruecos), lo que favoreció su implantación en diferentes regiones del Magrib donde no se habían asentado hasta entonces.

Se puede considerar que el período que siguió a los almohades fue testigo del triunfo de los bereberes, no ya los sanhádjíes sino los zenetas, que tuvieron en sus manos el poder en el Magrib; pero conviene matizar este juicio: en Túnez, las tribus bereberes son expulsadas de las llanuras, y en las regiones montañosas donde se refugian son incapaces de unirse, dejando así el campo libre a las tribus árabes; en el Magrib central, los Banû Badin, ancestros de los 'abd al-wâdíes, ofrecieron su ayuda a Yagmurásan; por último, en Marruecos, los Banû Marîn son al

principio nómadas de la región de Figuig (Fadjídj) y de Sidjilmása; en cuanto adversarios de los almohades, parecen al principio más preocupados por adquirir tierras que por crear un reino; pero las circunstancias les impulsarían luego a tener otras ambiciones.

En lo concerniente a los árabes cabe decir que su expansión en el Magrib se estabilizó; las tribus nómadas ocupan la mayor parte de las llanuras y las montañas no muy altas; se establecen relaciones entre árabes urbanos y árabes recién llegados de los campos. Asimismo, en Túnez, las tribus árabes dominan los alrededores de la ciudad de Túnez, las llanuras del norte y amplias fracciones del interior; en el Magrib central, se encuentran en los alrededores de Constantina, Mitídja, la región del Djabal ʻAmur y otras varias regiones, así como en los confines argelio-marroquíes; en Marruecos, donde las tribus árabes, aunque menos numerosas, desempeñan, sin embargo, un importante papel, como es el caso de los Jult, que constituyen lo esencial de la milicia de los meriníes. Estas tribus conservan por lo general un marcado espíritu de independencia, no reconocen más que a su propio jefe y no pueden unirse; son, llegado el caso, un fermento de anarquía y los soberanos deben tenerlos en cuenta; a fin de mantener la paz, les conceden privilegios, o bien tratan de enfrentarlos entre sí. Pero el hecho indiscutible es que aunque, en todo el Magrib, los árabes son los amos de la situación, su acción se ejerce en orden disperso y, finalmente, favorece, en su conjunto, a las dinastías berberiscas.

Entre las demás comunidades, los judíos tienen condiciones variables según las regiones: en Marruecos, ya en tiempos de los almohades, los judíos de Fez se establecieron en un barrio especial, el *melláh*, y este ejemplo fue seguido en otras ciudades; este hecho no les impidió trabajar durante el día en los barrios musulmanes, en los mismos tipos de oficios que los musulmanes, pero sobre todo en el comercio, el artesanado y, por su-

puesto, los negocios bancarios. En Túnez, existían comunidades judías en todas las grandes ciudades, excepto en Qayrawán; su número fue aumentando a causa de la llegada de correligionarios procedentes de Castilla y Aragón a partir de los últimos años del siglo XIV: trajeron con ellos oficios y técnicas nuevas, lo que significó para Túnez, y sobre todo para su capital, un nuevo y sensible impulso comercial. Los judíos hispanos gozaron de derechos más amplios que los judíos autóctonos (podían poseer y vender bienes, o tener esclavos no musulmanes); no tuvieron un barrio propio, aunque vivieron probablemente agrupados, alrededor de la sinanoga. La comunidad judía de Tremecén fue reforzada también por judíos llegados de España, y en Argel existía una escuela talmúdica de gran reputación.

En el Magrib no hay ninguna comunidad cristiana autóctona; las únicas que existen son originarias de Europa, de las ciudades mercantiles italianas en su mayoría, viven en alhóndigas y algunas de ellas poseen cónsules que intervienen ante las autoridades gubernamentales. Es menester observar también que los meriníes y los ʻabd al-wâdíes utilizan milicias cristianas, formadas por voluntarios. Por otra parte, la esclavitud no está ausente: los prisioneros hechos en el curso de las batallas, en España sobre todo, o en el mar son convertidos en esclavos. Empiezan a aparecer misiones de rescate y, de este modo, los misioneros entran en contacto con los magribíes: el ejemplo más característico es el de Ramón Llull, que llega a ser un excelente arabista que trabó amistad con algunos ulemas antes de morir asesinado, a edad muy avanzada, en Ifrîqiya.

Mientras el Magrib conocía diversos transtornos políticos y humanos, la vida económica no sufrió consecuencias dramáticas; por lo contrario, al menos aparentemente, la presencia de los nómadas ejerció influencia en numerosas regiones, pero no debemos exagerarla en un sentido negativo, pues los nómadas contribuyeron indiscutiblemente al desarrollo de la ganadería,

aunque en diversos lugares produjeran un cierto declive de la producción agrícola y, por ejemplo, en el Estado hafsí, se debieran de importar productos de Medjerda y del Sâhil argelino para alimentar la ciudad de Túnez. No obstante, la producción agrícola se mantuvo, por lo general, y permitió la actividad comercial: la exportación de frutos, de aceitunas, de cueros y pieles es un hecho cierto que da a las ciudades-puertos una creciente importancia. La característica esencial de este período es, efectivamente, el desarrollo de las ciudades y de sus actividades económicas, intelectuales, religiosas y artísticas. Túnez se convierte en la ciudad más importante del sultanato hafsí, en detrimento de Qayrawán: no solo es la capital política, hecho subrayado por la construcción de palacios (la Qasba, el Bardo), sino también el gran centro económico del país, en relación con las ciudades mercantiles italianas, que poseen allí *fundûqs*, y con los otros puertos del Magrib; se construyen edificios con destino comercial, y los zocos, situados en los alrededores de la Gran Mezquita, adquieren una gran importancia. En comparación, Qayrawán da muestras de estancamiento, aunque los hafsíes continuarán considerándola como un gran centro religioso; pero al desplazarse la actividad económica, a partir de ahora, hacia las ciudades de la costa, y sobre todo Túnez. Qayrawán ya no es más que un cruce de caminos, una parada para los comerciantes, aparte de su papel religioso que le supuso la conservación de un gran prestigio.

Entre los ʻabd al-wâdíes, Tremecén experimenta también un gran desarrollo, debido también a la presencia temporal de los meriníes; posee un artesanado próspero, una de cuyas especialidades consiste en el trabajo de la lana, y otra en las construcciones monumentales; de hecho, la mayoría de los edificios que aún se pueden ver datan de esta época. Tremecén es también un centro de intercambios mediterráneos, donde venecianos y genoveses acuden a comerciar. Bujía participa también de este

desarrollo económico. Pero, sin lugar a dudas, la ciudad más sobresaliente del Magrib es entonces Fez, que destronó a Marrâkish como capital del Magrib extremo; vivió su apogeo en el siglo XIV, con la construcción de palacios, mezquitas y madrasas magníficamente edificadas y decoradas, en la ciudad de Fez la Nueva (Fâs al-Djadid) donde se edifica también todo aquello que puede contribuir y participar en una vida económica intensa. Fez no es, sin embargo, la única ciudad activa de los meriníes; Mequinez y Tázá, en contacto con el Atlas y las llanuras, y Salé, en el Atlántico, son igualmente prósperas y desempeñan un papel tanto en los intercambios interiores, como en el comercio con el extranjero.

El Magrib de Ibn Jaldûn

Durante el siglo XIV se ponen de manifiesto particularmente dos fenómenos en el Magrib; uno es el considerable progreso de la arabización de todas las regiones, y otro, consecuencia del desarrollo económico y de la riqueza que conlleva, la aparición de un mecenazgo que se extiende no solamente a la literatura, sino a todas las disciplinas culturales. El ejemplo más célebre de esta actividad cultural es, por supuesto, Ibn Jaldûn (1332-1406). Nacido en Túnez en el seno de una familia de origen andalusí y muerto en El Cairo, vivió en diferentes países del Magrib, en la Granada nazarí y en Egipto, desempeñó funciones políticas entre los meriníes y los ‘abd al-wâdíes, con mayor o menor grado de aceptación por parte de sus contemporáneos, y se vio implicado en diferentes complots de los que siempre salió indemne. Trasladado a Egipto en 1402, se convirtió en gran qâdî malikt, se dedicó a la enseñanza, desempeñó posiblemente un papel político junto al sultán mameluco y, en todo caso, estaba en Alepo en el momento en que Tamerlán ocupó la ciudad y se encontró con este famoso personaje. Murió en El Cairo poco después. Considerado como un ambicioso sin límites y movido

por la sed de poder, Ibn Jaldûn fue severamente juzgado por sus contemporáneos.

Sea como sea, sus funciones, sus peregrinaciones y las dificultades que encontró le permitieron adquirir, más que ningún otro sabio magribí anterior, un considerable y profundo conocimiento de la sociedad musulmana, conocimiento que expuso en diferentes obras, entre las que destacan la *Muqaddima* (Los prolegómenos) y el *Kitab al'ibar* (Libro de acontecimientos, o Historia universal), escrito posteriormente, aunque carece de la envergadura y la profundidad del primero. Ibn Jaldûn, tal como él mismo escribió, es un historiador, y sus Prolegómenos constituyen una reflexión sobre los conocimientos y los medios indispensables que ha de poseer quien desee escribir sobre la historia: su análisis le lleva a abordar disciplinas científicas, consideradas como complementarias e indispensables, algunas practicadas en la Antigüedad, como la filosofía, y otras, por el contrario, que aparecen como novedades, tales como la economía y la sociología, necesarias para el estudio de los contemporáneos de la sociedad y de los lazos que unen las causas y los efectos de los acontecimientos, sus consecuencias sobre la sociedad: de este modo se crea una ciencia nueva, el *'umrân*, que permite estudiar la civilización humana y el conjunto de los hechos sociales; de lo que se deduce que el comportamiento de un grupo estriba, como punto de partida, en la *'asabiyya* (solidaridad de parentesco e identidad de intereses); se produce luego una evolución que tiene por objeto imponer la dominación (*mulk*) del grupo, utilizando el factor religioso en forma de *da'wa* (propaganda ideológica). La exposición presentada en los seis capítulos de la *Muqaddima* ofrece los detalles de esta nueva ciencia: Introducción: la historia y su objeto, metodología; capítulo 1. Estudio de la sociedad humana, influencia del medio (geografía, etnología, antropología); 2. Las sociedades rurales (*'umrân badawi*) 3. Gobiernos, Estados (*mulk*), teoría de las institucio-

nes; 4. Sociedades urbanas (*'umrân hadarî*), la ciudad, la civilización urbana; 5. Industrias, hechos económicos, categorías sociales; 6. Las ciencias, las letras, la pedagogía, la cultura.

El *Kitab al-'ibar*, que debía ser la aplicación práctica de las teorías expuestas en la *Muqaddima*, no revela tanta originalidad y profundidad; pero es también una obra importante para el conocimiento y el análisis de la historia del mundo musulmán magribí y andalusí. La obra de Ibn Jaldûn, descubierta de nuevo por los europeos en el siglo XIX, ha suscitado muchas polémicas, a menudo encendidas; indudablemente, abrió el camino de nuevas disciplinas, pero a veces se ha querido ir demasiado lejos, considerándolo como el creador de ciencias que solo pudieron desarrollarse en un contexto histórico y económico diferente, y comparándolo con escritores políticos o socioeconómicos muy posteriores (comprendidos Hegel y Marx). Ibn Jaldûn fue un pensador genial, aunque aislado, que se adelantó en gran medida a su época, siendo casi nula su influencia inmediata en los países musulmanes. Sin embargo, sigue siendo una de las antorchas del pensamiento musulmán y, más ampliamente, de la humanidad entera.

Aunque la sombra de Ibn Jaldûn eclipsó a sus contemporáneos no fue, a pesar de todo, el único escritor. Los historiadores están representados por Ibn 'Idhârí, autor de una historia de Ifríqiya, desde la conquista árabe hasta el gobierno de los almohades; Jbn Marzûq, que fue también estudioso de la tradición, jurista y poeta; Ibn Abî Zar', etc. Los geógrafos y viajeros no son menos importantes, como es el caso de Ibn Sa'îd, Ibn Rushayd, al-Tidjânî (que describió esencialmente Túnez) y, sobre todo, Ibn Battuta (1304-1377), extraordinario viajero que recorrió el mundo desde el Atlántico al Asia Central, la India, Indonesia y la China: aunque es probable que no viera todo lo que describe, y aunque, en ciertos pasajes, dé muestras de una excesiva imaginación y sus descripciones sean a veces demasia-

do entusiastas (una parte de estos defectos se le podrían atribuir, por otra parte, al redactor del texto, Ibn Djuzayy), la *rihla* (diario de viaje) constituye un documento de transcendental importancia para la observación histórica y política del mundo musulmán en la primera mitad del siglo XIV. Por último, es menester citar el nombre del matemático marroquí Ibn al-Banná' (1256-1321), interesado también por la medicina, la gramática, la religión, la astronomía y la magia. Las ciencias religiosas y el sufismo fueron asimismo disciplinas muy estudiadas en todos los países del Magrib.

Estos también tuvieron una actividad artística, variable según las regiones, en relación, por ejemplo, a los arquitectos y artesanos andalusíes que llevaron a Túnez su arte y sus técnicas, que aparecen en diferentes edificios (mezquita de la Qaba en Túnez, mezquita de Testur, mezquita de Monastîr), donde se utiliza frecuentemente la decoración policromada; pero los palacios y jardines creados por al-Mustansir desaparecieron. También en el caso de los ʻabd al-wâdíes, hay que lamentar la desaparición de un cierto número de monumentos, como el *mashwar* (palacio-ciudadela) de Tremecén; en cambio, la mezquita de Sîdî ben Hassân es un testimonio del arte local con sus entrepaños de estuco, sus arabescos y sus decoraciones polícromas. Pero quienes desarrollaron una mayor actividad artística fueron los meriníes, sobre todo en Fez, donde se construyeron numerosos edificios, esencialmente religiosos, como las madrasas (al-Saffârîn, al-ʻAttârin, BuʻInâniyya, etcétera) que son al mismo tiempo testimonios de la voluntad de una enseñanza religiosa ortodoxa; en el mismo orden de ideas, cabe señalar la tumba de Sîdî Abû Madyan en El-ʻUbbad, un personaje particularmente venerado en el Magrib central. La arquitectura militar (murallas, fortificaciones) está presente en Fez y en Mansûra. En su conjunto, el arte de los meriníes se caracteriza por el equilibrio arquitectónico, aunque con un exceso de motivos

decorativos y una superabundancia de detalles que perjudican la pureza de los edificios. A pesar de todo, este arte, manifestación de la pujanza de la dinastía, ejerció cierta influencia en el Magrib, extremo y central y aparece mucho más marcado por el artesanado del país que el arte de los hafsíes.

En resumidas cuentas, el arte del final del siglo XIII y del XIV es para los países del Magrib un período de fragmentación política, tal vez indispensable y necesario, pues el imperio almohade era demasiado ancho y demasiado dispar; cada reino corresponde a una entidad humana y geográfica que se irá perfilando cada vez más nítidamente. Los meriníes intentaron reconstruir el Estado almohade en el Magrib, y si bien lo consiguieron, en parte, en la Argelia occidental, su fracaso final muestra que la partición no es accidental. Esta evolución política no altera en absoluto la actividades económicas debidas al progreso de las ciudades mercantiles italianas, provenzales, catalanas y otras: el Magrib (Túnez sobre todo) sigue siendo un punto de enlace entre África y Europa, y obtiene de esta circunstancia beneficios y ventajas que quedan de manifiesto en el desarrollo de una relevante civilización urbana, tanto más si se tiene en cuenta que desde el siglo XI estaba en regresión. Finalmente, las conmociones políticas o la llegada de los árabes no fueron para el Magrib una catástrofe irremediable: por el contrario, fueron como un latigazo para esta región, que vivía entonces un período de esplendor donde brillaba muy particularmente el nombre de lbn Jaldûn.

La joya de Granada

Nacido de la desintegración y la fragmentación del imperio almohade, el reino nazarí de Granada vivió, en el plano de las relaciones exteriores, condiciones muy diferentes a las de los Estados del Magrib. En primer lugar, aparece muy pronto como aislado en el territorio hispano, frente a las empresas conquistadoras de los reinos de Castilla y de Aragón, lo que no su-

cede en el Magrib; de aquí deriva el hecho de que constituye la última fortificación musulmana en territorio europeo, siendo al mismo tiempo un lugar de contactos y de intercambios entre países de la Europa mediterránea occidental y países del África del Norte; además, es un Estado rico, donde los habitantes tienen una profunda conciencia de su identidad «granadina», tal vez por ser objeto de ataques de otros habitantes de España, dotados de otra mentalidad y sustentados en una religión dominante diferente. Mientras que los demás Estados musulmanes de al-Andalus desaparecen ante la Reconquista castellana y aragonesa y su población musulmana se exilia al Magrib o se convierte, la del reino de Granada permanece estable y afirma su presencia y su fe, sobre todo a través de la construcción de edificios religiosos y civiles que testimonian una intensa actividad creadora.

A nivel político, el reino de Granada aparece oficialmente con la firma del tratado de Jaén en 1246; pero desde 1232 Muhammad ibn Yûsuf ibn Nasr (de donde procede el nombre de «nazarí» dado al reino) llevó a cabo combates, interrumpidos por treguas, y pactó alianzas, a menudo violadas, con Castilla, Aragón y los meriníes tratando de enfrentar a unos con otros; no obstante, perdió territorios en el oeste, el norte y el este, en provecho de los reinos cristianos: bajo su reinado queda establecida, más o menos, la frontera nazarí que se mantendrá hasta el final del siglo XV. A causa de rebeliones internas, se ve obligado a pedir ayuda a los meriníes primero y a los castellanos después. Muhammad II (1273-1302) pone fin a esta rebelión y consolida el reino. La primera crisis interna aparece bajo el reinado de Muhammad III (1302-1309), y constituye el punto de partida de una serie de agitaciones y conspiraciones que repercuten tanto sobre la vida política como sobre el equilibrio interno; durante más de 25 años, hasta el reinado de Yûsuf I (1333-1354), el reino de Granada se ve en dificultades y

sufre los ataques de los castellanos (a los que debe entregar un tributo) y de los meriníes (que toman Ceuta y Ronda). Con Yûsuf I y Muhammad V (1354-1359 y 1362-1391), se restablece la estabilidad interna, aumenta la resistencia a los ataques externos y, aprovechando las dificultades de los meriníes, los nazaríes vuelven a tomar Ronda, Gibraltar e incluso, eventualmente, Ceuta.

La población del reino nazarí de Granada es en su mayoría musulmana, de origen árabe; los bereberes son muy poco numerosos: se les encuentra sobre todo entre los mercenarios, reclutados en tierras zenetas. Esta población tiene un sentimiento muy fuerte de su identidad, y sobre todo de su especificidad granadina; los que dirigen y administran el país y las ciudades son miembros de la comunidad musulmana, lo que facilita la unidad política —salvo en el caso de rivalidades locales o de alguna crisis interna grave. Los cristianos no son muy numerosos y se encuentran entre las gentes vinculadas al comercio, tanto en los puertos como en las ciudades del interior; en cuanto a los judíos, constituyen una comunidad muy activa, presente en el comercio, determinadas formas de la vida agraria, el artesanado y diversas profesiones como, por ejemplo, la de médico.

En conjunto, estas diferentes comunidades cohabitan en el país sin desavenencias ni persecuciones; el reino de Granada es famoso por su espíritu de tolerancia, la vida liberal y fácil que se lleva allí y las fiestas y celebraciones de todo tipo: constituye desde este punto de vista una excelente «imagen de marca» del país musulmán, frente a la Reconquista española, por la que numerosos musulmanes y judíos deben exiliarse y hallar refugio en otros lugares, sobre todo en el Magrib.

La actividad intelectual es grande: existen numerosas madrasas, siendo la más célebre la Yusufiya, donde estudiaron numerosos futuros sabios y literatos: Ibn Marzûq, Ibn Djuzayy,

Ibn al-Jatîb (el más ilustre de su época) y el mismo Ibn Jaldûn; se escribieron libros que trataban de todas las grandes disciplinas, y aunque los nazaríes habían luchado contra los meriníes, no por ello dejó de haber intercambios intelectuales entre los dos reinos y con los de otros países del Magrib e incluso de Egipto, que fueron asimismo constantes y a menudo fructíferos.

Por último, la originalidad y la especificidad de los nazaríes de Granada quedaron de manifiesto en la arquitectura, tanto civil como religiosa, y la decoración de los edificios. El ejemplo más famoso es el de la Alhambra de Granada, junto con el Generalife. Estos palacios representan la quintaesencia del arte nazarí, que constituye el canto de cisne del arte hispano-musulmán. Es preciso ver también en todo lo que este arte contiene de concepciones religiosas, espirituales, artísticas y culturales, un último testimonio, y no el menor, de la cultura islámico-andalusí que tuvo en España un carácter absolutamente singular, carácter que la Reconquista no podría hacer desaparecer.

El adiós a España

El último siglo de existencia del reino nazarí de Granada, postrer símbolo de la antigua dominación árabe-musulmana en España, estuvo marcado por hechos que, ineluctablemente, debían conducir a su pérdida: la guerra, la progresiva desintegración, las intrigas en el seno de la familia reinante y entre los altos dignatarios de la corte, la multiplicidad de las influencias exteriores, la dislocación de la sociedad… Demasiados problemas para un pequeño reino que necesitaba de todas sus fuerzas y de la unión de todos sus habitantes, para resistir la presión de los castellanos. Sin embargo, a principios del siglo XV parecía que la familia de los Banû Sarrâyj (los «Abencerrajes»), que desempeñaron un papel preeminente en la política, asumiría con algún éxito la responsabilidad de la resistencia. Pero la victoria conseguida en 1431 por los castellanos sobre el ejército nazarí

aniquiló los esfuerzos defensivos y, por el contrario, implicó conflictos internos que degeneraron en una auténtica guerra civil entre jefes de bandos, de grupos diversos que trataban de sacar provecho de una situación extremadamente confusa, de la que, sin embargo, acabó por emerger la personalidad de un soberano, Abû-l-Hasan ʻAlî, llamado Mawlây Hasan, que proporcionó al reino de Granada su último resplandor. Pero después de él se reanudaron los conflictos en el seno de la familia nazarí: en 1482, Muhammad, hijo de Mawlây Hasan, conocido en Occidente bajo el nombre de Boabdil, se rebeló contra su padre y su tío el Zagal e incluso solicitó la ayuda de los reyes cristianos: estallaba así la llamada «guerra de Granada», que favoreció a la Reconquista ya que los adversarios prestaban más atención a sus propias disputas que a los progresos de los cristianos. Una tras otra, las ciudades caen en manos castellanas: Loja (1486), Málaga (1487), Guadix y Almería (1489); finalmente, tras un largo asedio. Granada, defendida por Boabdil, cae el 2 de enero de 1492, caída que señala el final del reino nazarí. Se concibe que, en condiciones tan difíciles, casi nada importante se pudiera hacer: el número de los edificios construidos es muy escaso, y los que se construyen no ofrecen características renovadoras sino que, al contrario, son testimonio de la decadencia en la decoración ornamental. Las modificaciones realizadas en el palacio de la Alhambra son la construcción de plataformas destinadas a la instalación de cañones.

A pesar de los acontecimientos, la población local sigue asegurando una vida económica bastante activa, y cuando los españoles llegaron no encontraron, precisamente, un país en ruinas.

Sin embargo, la conquista cristiana no fue aceptada por todos los habitantes: aunque la gran mayoría permaneció en el país, otros emigran a África del Norte, a Marruecos y Túnez

sobre todo, donde ellos constituyeron grupos distintos, los «andaluces», que encontrarían posteriormente otros exilios.

La conquista del reino de Granada por los reyes cristianos es una de las escasas avanzadas occidentales en el Mediterráneo; este éxito va a animar a españoles y portugueses a atravesar el estrecho de Gibraltar: las primeras expediciones serán positivas y los españoles prueban a establecerse en Argelia y en Túnez, pero tropezaron entonces con los otomanos, que son los que finalmente quedaron como dueños del terreno. El único objetivo conseguido es, pues, la unidad de España: han sido necesario dos siglos para ello.

¿Un nuevo Marruecos?

Los éxitos obtenidos en España incitaron a los reyes cristianos de Castilla y de Portugal a prolongar su acción en territorio africano y a ocupar bases en el Magrib occidental, por una parte para impedir una eventual nueva invasión y, por otra, para luchar mejor contra el corso magribí, entonces muy activo.

Estos deseos, unidos a la anarquía que reinaba en el Magrib, condujeron al rey de Castilla, Enrique III, a apoderarse de Tetuán (1399), pero fue expulsado por una violenta reacción local. Más tarde, los portugueses tomaron Ceuta (1415). En 1420, una guerra civil que estalló a la muerte del sultán meriní Abû Sa'îd 'Uthmân, llevó al poder a un grupo meriní establecido en el Marruecos oriental y en el Rif, los Banu Wattâs (o wattâsíes), cuyo jefe, Abû Zakariyyâ', se convirtió en el verdadero jefe del gobierno meriní en nombre de un joven sultán incompetente; los wattâsíes estuvieron a cargo de Marruecos hasta 1458; resistieron con éxito los ataques de los portugueses (en Tánger, e incluso volvieron a tomar Ceuta en 1437), así como a un rebrote del fanatismo musulmán. La ofensiva cristiana provocó el nacimiento de un poderoso movimiento religioso musulmán que tenía por objeto el rescate de los prisioneros, pero que po-

co a poco se transformó, por una parte, en un espíritu de guerra santa y, por otra, en un fervor predominantemente místico (el sufismo): el sufismo se entregó a la veneración de santos locales, los morabitos, y a la creación de pequeños centros de cultura mística, las *zâwiyas*; en un primer período, los meriníes trataron de limitar este movimiento, favoreciendo el Islam tradicional representado por los ulemas y multiplicando los lugares de enseñanza coránica «ortodoxa», las medersas (madrasa en Oriente). El debilitamiento de los meriníes implicó el fracaso de esta política e incrementó la audiencia de las *zâwiyas*, entre las que había dos centros o cofradías, una referida al místico oriental 'Abd al-Qâdir al-Djîlánî (siglo XI) y otra, a un místico occidental, Muhammad al-Djazûli (siglo XV).

Los wattâsíes se sirvieron de esta corriente religiosa contra los portugueses y celebraron el descubrimiento, en 1437, de la tumba de Mawlây Idrîs, fundador de Fez, aunque este descubrimiento favoreció la aparición de los jerifes o *chorfa* (*shurafâ'*, plural de *sharif)*, descendientes, más o menos reales, de Idrîs y, por tanto, del profeta Mahoma. A partir de 1458, un nuevo período de anarquía, e incluso de guerra civil, asoló Marruecos; los portugueses aprovecharon estas circunstancias para tomar al-Qasr al-Sagîr, cerca de Ceuta (1458), e intentar apoderarse, sin conseguirlo, de Tánger.

El último dirigente wattâsí, 'Abd al-Haqq, fue asesinado en 1465, después de haber hecho matar él, a su vez, a al-Djazüli, jerife e imán místico particularmente popular en el norte del Atlas. Sin embargo, otro wattâsí, Muhammad al-Shayj, se proclamó sultán, aunque no pudo imponer su autoridad fuera de la región de Fez. Esta situación benefició a los portugueses, que tomaron Ardía (Asila) y Tánger (1471) y obtuvieron de los castellanos el monopolio del comercio en la costa africana: en 1520, tenían en su poder toda la costa atlántica de Marruecos por medio de plazas fuertes (*fronteiras*) que, no obstante, no ex-

tendían su control muy lejos hacia el interior del país, a excepción de algunas incursiones. Los españoles, por su parte, se apoderaron de la plaza de Melilla (1497), punto de observación de la situación marroquí.

Esta evolucionaría considerablemente en la primera mitad del siglo XVI; en el sur apareció una tribu que constituía una cofradía, los Banu Sa'd (sa'díes), que se proclamaban descendientes del profeta, y por tanto, *chorfa*; se establecieron en Sûs y Tarunda (1509) y, más tarde, ocuparon Marrâkish (1525); desde allí comenzaron su ofensiva al mismo tiempo contra los wattâsíes de Fez y contra los portugueses.

A pesar de que Europa estuvo presente en el Magrib a través de las expediciones portuguesas y españolas, y a pesar de que algunas plazas pasaron a manos de los cristianos, no se puede decir que la ofensiva fuera rentable; sin duda permitió a los españoles lanzar otros ataques, pero finalmente despertó en la poblaciones un sentimiento de reacción religiosa, si no nacional, del que se beneficiarían los sa'díes y posteriormente los 'Alawíes: la presencia de los turcos en las fronteras occidentales acentuó además el aislamiento de los marroquíes y dio una realidad, cada vez más marcada, a un Estado propiamente marroquí, definido geográficamente, y cuya identidad nacional se afirmaría a continuación. El Marruecos que conocemos hoy es el resultado de este período histórico de los siglos XV y XVI.

El flojo vientre del Magrib

Tras el reinado de Abû Hammû II (1359-1389), los soberanos 'abd al-wâdíes experimentaron crecientes dificultades, tanto en el plano interior como en el exterior. En el curso del siglo XIV, las rivalidades palaciegas, las conspiraciones suscitadas por los altos funcionarios y los a veces intensos disturbios obligaron a los sultanes de Tremecén a abandonar su capital en repetidas ocasiones y a buscar refugio entre las tribus nómadas: en

esta favorable situación, los meriníes trataron de imponer en Tremecén a uno de sus candidatos, y de hacer de esta región un Estado vasallo; pero no lo consiguieron, ya que ellos también tenían, por su parte, serios problemas. El Estado ʻabd al-wâdí tendió a fragmentarse en múltiples territorios, sobre todo en el sur y en las regiones montañosas, en tanto que los puertos se transformaron en «repúblicas» independientes en las que el corso sirve al mismo tiempo como medio para asegurar la vida del puerto y como argumento para mantener el sentimiento religioso contra las empresas cristianas. Tras la desaparición del reino nazarí de Granada, numerosos andalusíes acuden a instalarse allí y alientan este sentimiento, lo que dio un nuevo impulso al corso; la rebelión de los musulmanes de las montañas de Granada en 1501 fue considerada por los castellanos como inspirada por los magribíes, y les incitó a intervenir más vigorosamente en el suelo africano a fin de alejar el peligro.

En 1505 los españoles se apoderan de Mars al-Kabîr, y más tarde del Peñón de Vélez (1508), de Oran (1509), de Bujía (1510) y del Peñón de Argel, donde instalan guarniciones (*presidios*) cuya autoridad se extiende poco más allá de sus murallas; no obstante, los españoles controlan la mayor parte de la costa del Magrib central. Los argelinos recurren entonces a los corsarios turcos para liberarse del dominio español: los corsarios, ʻArûdj y Jayr al-Dîn Barbarroja, intervienen, y desde ese momento las ciudades de la costa se convierten en un envite entre españoles y turcos; en el interior, la región de Tremecén es conquistada por los turcos (1516-1517), que posteriormente participan también en los asuntos del Estado marroquí. Los siguientes decenios se caracterizan fundamentalmente por la rivalidad hispano-turca, en la que los árabes no desempeñan ya ningún papel, y cuyo resultado será, hacia mediados del siglo XVI, la victoria de los turcos, que ocupan la totalidad del Magrib, excepto Orán y Mars al-Kabîr.

Tras la invasión, sin consecuencias, de Ifrîqiya por el meriní Abû 'Inán (1352-1358), la restauración de la unidad del reino hafsí solo será posible bajo el reinado de Abû-l-'Abbâs (1370-1394). Su hijo Abû Fâris (1394-1434) continuó su obra en el interior, pero se interesó más por sus vecinos del oeste, interviniendo en asuntos de los 'abd al-wâdíes de Tremecén, en Marruecos e incluso en Granada. Soberano de un gran rigor, añadió a sus cualidades la de ser un musulmán muy devoto y estricto, lo que le valió la simpatía de las poblaciones, que liberó de los impuestos no coránicos, y de los medios religiosos a los que les concedió numerosos favores; además, alentó vivamente el corso, considerado como una acción justa y meritoria contra las potencias cristianas.

Su nieto 'Uthmân (1435-1438) se esforzó por seguir sus huellas: aunque lo consiguió en materia religiosa, no pudo impedir que estallasen conflictos en el seno de la familia hafsí y revueltas en las tribus árabes del sur, en diversas ocasiones. Para dirigir el país, al igual que hizo su abuelo Abû Fâris, nombró gobernadores (*qa'id*) escogidos entre sus libertos; pero como algunos de ellos dieron muestras de una cierta independencia, los reemplazó paulatinamente por miembros de su familia, hecho que algunos de ellos aprovecharon más tarde para rebelarse. 'Uthmân impuso también su soberanía sobre los sultanes de Tremecén e incluso, eventualmente, sobre los wattâsíes de Fez. Ifrîqiya aparecía entonces como el Estado más sólido y el mejor gobernado del Magrib.

Pero sus sucesores se mostraron incapaces de proseguir la misma política: Abû 'Abd Allâh Muhammad (1494-1526) no pudo frenar las revueltas árabes ni impedirles a los españoles apoderarse de Bujía y de Trípoli (1520). La situación llegaría a ser más dramática posteriormente, bajo el mandato de Abû-l-Hasan (1526-1543), que prácticamente no fue más que un peón

con el que jugaban, uno contra el otro, Jayr al-Dîn Barbarroja y Carlos V.

¿Turcos o españoles?

Desde mediados del siglo XV, a raíz del fracaso de la cruzada de Varna y de la toma de Constantinopla, el mundo cristiano occidental se encontraba enfrentado a los turcos otomanos en la Europa central y balcánica, aunque parecía que habían alcanzado los límites de su expansión en esta región, pero luego quedó de manifiesto que su atención se dirigía mucho más hacia las riberas del mar Negro y e) Asia Menor oriental.

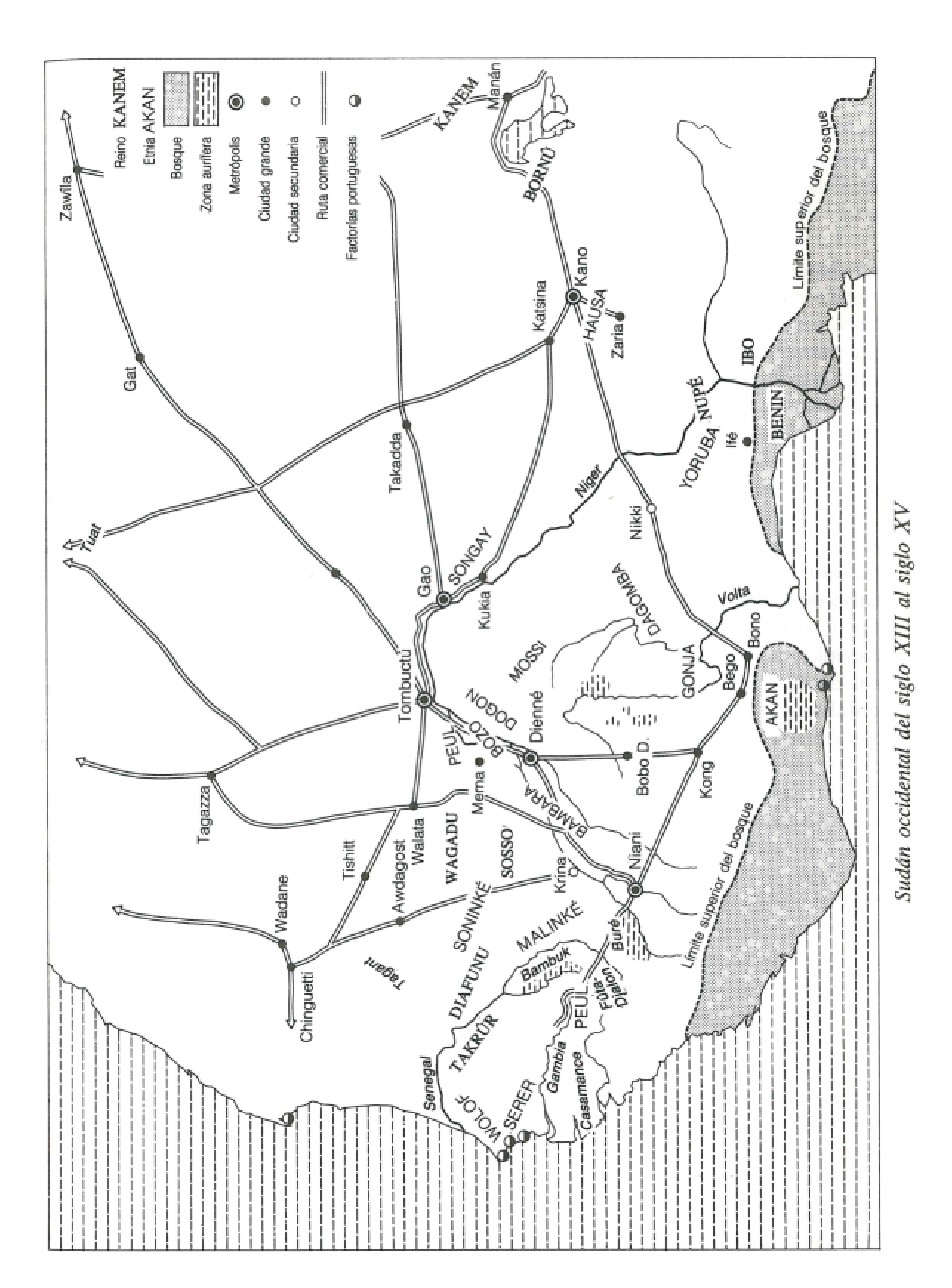
Pero aparte de las acciones militares llevadas a cabo en tierra, los corsarios otomanos no dejaban ya de hacer incursiones en el Mediterráneo oriental, y uno de ellos, Kemál Re'îs, tío del célebre Pîrî Re'îs, realizó incursiones, antes de 1495, en las costas occidentales de España y en las del Magrib: Pîrî Rerís lo menciona en repetidas ocasiones, en su *Kitâb-i Bahriyye* (libro de instrucciones náuticas); es igualmente cierto que, a lo largo de los primeros años del siglo XVI, los hermanos Barbarroja hicieron también algunas apariciones en este sector, y no sin éxito, aunque estas acciones fueron, a pesar de realizarse bajo pabellón otomano, fruto de iniciativas individuales. ¿En qué medida pudieron generar entre los portugueses y, sobre todo, entre los españoles —especialmente tras la euforia de la conquista total de la Andalucía musulmana— el deseo de apartar este peligro lo más lejos posible, por ejemplo ocupando los principales puertos del Magrib y de Marruecos en la Tripolitania, que además eran bases de corsarios magribíes? La amenaza española en Argel incitó a los argelinos a recurrir a 'Arûdj Barbarroja, conocido por sus proezas, pero que tenía por añadidura la cualidad de ser musulmán: como se sabe, aprovechó esta llamada para convertirse en el dueño absoluto de Argel, y luego, de la mayor parte del nordeste de Argelia.

La situación se modificó poco después, cuando los otomanos conquistaron Siria y Egipto (1516-1517) y cuando, en 1518-1519, Jayr al-Dîn Barbarroja, nuevo señor de Argel, se colocó bajo la autoridad directa del sultán Selîm 1; al crearse la provincia militar de Argel, designada bajo el nombre de *odjaq*. fue nombrado gobernador de ella (*beylerbey*) por el sultán, que le envió refuerzos humanos y materiales, lo que le permitió, tras algunos fracasos, reafirmar su autoridad en el oeste argelino. Pero se le iban de las manos Argelia oriental e Ifríqiya: ahora bien, esta última región, en el contexto de la rivalidad hispano-otomana, podía servir de base de acción tanto a uno como a otro de los adversarios, aprovechándose de la debilidad de los hafsíes. En los siguientes decenios la rivalidad hispano-otomana se desarrolló, pues, en dos frentes: el oeste argelino, donde los españoles solo conservaron finalmente Orán y Mars el-Kabír (1563), y la región de Djarba-Trípoli, donde destacó especialmente el corsario turco Tûrgûd —el Dragut de las fuentes occidentales.

El bloqueo opuesto a los cristianos por el renaciente Marruecos o la tutela otomana sobre el Nilo o el Magrib central puede aparecer en el siglo XVI solamente como un fenómeno político del que desaparece la dimensión religiosa. Pero parece evidente que la penetración del continente africano por los europeos, e incluso la búsqueda de vías que eludieran el Egipto mameluco o turco, no podía efectuarse según los sistemas comunes en la guerra terrestre. Era necesario encontrar otras fórmulas. En su búsqueda, Europa se encontró bruscamente frente a mundos inmensos.

EL MUNDO NEGRO Y SUS PROMESAS

El África negra, tanto el Sudán como otros lugares, estaba ya poblada desde hacía milenios, e incluso se piensa que fue la cuna de la humanidad. Pero solamente a partir del siglo X se puede vislumbrar su historia continua, al menos en el oeste, gracias a las fuentes y testimonios que se van constituyendo y enriqueciendo a partir de esta fecha: descripciones consagradas a África por los geógrafos musulmanes, o relatos de viajeros árabes que, entre muchos otros, habían atravesado el Sahara y visitado sus márgenes sahelo-sudanesas; relatos litúrgicos o sagrados transmitidos, a veces hacía siglos (hasta el XIII) por los tradicionistas de determinadas etnias (malinké, soninké); ruinas medievales de aglomeraciones famosas (Awdagost y Kumbi-Sâlih en Mauritania, Niani en Guinea), o simples aldeas (valle del Senegal) recientemente excavadas. A través de estos testimonios, y a pesar de muchas conjeturas e hipótesis, la civilización de las estepas sahelianas de las sabanas, desde el Senegal hasta el Chad, empieza en gran medida a salir de la sombra. Abordarla al final de la Edad Media, en el momento en que comienza la confrontación con los europeos, es tomarla en el apogeo de un secular período de expansión, debido a la progresiva domesticación del suelo, a una organización más perfecta de la sociedad y de los poderes, y a la confrontación, aún marginal pero profunda, entre la vieja civilización negro-africana y las aportaciones materiales y culturales de los mundos mediterráneos y, en primer lugar, del Islam.



Sudán occidental del siglo XIII al siglo XV

El África media adolescente

Una cosa cierta, fundada principalmente en la arqueología, es que el África sudanesa posee, al final de la Edad Media, téc-

nicas materiales fundamentales (agricultura, artesanado, comercio) que sirvieron de base, aquí como en China o en Europa, a una vida social, política y religiosa muy elaborada, a una civilización en el amplio sentido de la palabra.

La tierra es cada vez mejor dominada por los hombres. Aunque en proceso de degradación desde hace varios milenios, el clima se presta aún a la sedentarización en la franja actualmente saheliana del continente, gracias a un breve alivio que, según parece, proporcionó a estas regiones, en los siglos XI al XIV, precipitaciones y un paisaje análogos a los que actualmente podemos ver en las zonas sahelo-saharianas más meridionales con una extensión de 200 a 400 km (la lluvia alcanzó, en los siglos XI a XIII, en el sur de Mauritania los 400 a 500 mm por año, frente a los 200 a 500 de la actualidad). En este paisaje más generosamente hospitalario, los grupos humanos se van asentando progresivamente a lo largo de los siglos, hasta llegar, en los siglos XIV y XV, a una repartición menos discontinua y más densa que antes, al acabar las migraciones orientales en su mayor parte hacia el sur, a fin de liberarse de la creciente desertización de los antiguos territorios del norte. Todos estos grupos, que en su mayoría adquirieron, aparentemente al cabo de varias generaciones, los caracteres étnicos —lenguas, costumbres, estructuras sociales, mitos— e incluso los nombres que les definen hoy día (soninké, malinké, serer, peul, songay, mossi y muchos otros), se repartieron, aunque no sin conflictos que aún continúan en nuestros días, las vastas zonas de la sabana y del sahel. Wolof (en el norte) y Serer (en el centro) comparten desde los siglos XII y XIII el actual Senegal, ocupado al sur por un conglomerado de etnias que bordea la costa hasta Liberia, Los soninké dominan, alrededor de Kumbi-Sâlih, las estepas, entonces más verdes, del sur mauritano; pero la guerra (la agresión almorávide sobre todo), los catastróficos períodos de sequía o el espíritu aventurero dispersaron algunos clanes hacia

el este, el meandro del Níger, o hacia el sudoeste, la parte media del valle del Senegal. Los malinké, procedentes del norte (del Wagadu, según la tradición oral), colonizaron antes del siglo XIII la parte alta del valle del Níger, más arriba del Bamako actual, y las colinas que dominan, al sur de esta ciudad, la orilla occidental del río. La agitación política del siglo XIII condujo a muchos de ellos, ya fuera como fugitivos o como conquistadores, a adentrarse en el sur (la alta Guinea actual) o en el oeste (curso alto del Gambia) y, tal vez, incluso a establecerse desde esta fecha —en todo caso antes de 1500— en la región de Kong y hasta en los acantilados de Bandiagara, donde algunos grupos, procedentes de Mandé, habrían elaborado en el siglo XV la extraordinaria civilización dogón. En el flanco este del primitivo asentamiento malinké, los bambara iniciaron en los siglos XII y XIII su pacífica colonización de los campos a lo largo de los ríos Bagoé y Baulé, procedentes tanto del sudeste como de Wagadú, al nordeste. Más lejos, en dirección al este, se encuentran sucesivamente, a lo largo del Níger, los bozo, los sorko y los songay, en tanto que, entre los siglos XIII y XV, los mossi se establecen en el inmenso espacio interior determinado por el meandro del río. Los peul, por su parte, tras haber sido progresivamente empujados por la sequía hacia el sur mauritano, emprenden a partir del siglo XIII sus seculares migraciones; entre los siglos XI al XV se enquistan por grupos en pleno territorio malinké, y en el XV se instalan en Macina (sudoeste de Tombuctú), y en las montañas de Fûta-Djalon, imponiéndose por la fuerza, en el siglo XVI, en Fûta Toro (parte media del valle del Senegal). El nomadismo no desaparece por completo. Numerosos clanes peul siguen a sus rebaños y se contentan con un precario hábitat. Y todos los reinos sudaneses tienen que contener, en sus franjas sahelianas, la presión de los nómadas bereberes del Sahara. Pero las sociedades negras serán en lo sucesivo masivamente aldeanas.

En definitiva, en el curso de los siglos XII-XIV, las fronteras *no man's land* que separaban las etnias son progresivamente reducidas, y aunque los grandes valles (Senegal, Níger. Gambia), los viejos centros agrarios (delta interior del Níger) y las principales encrucijadas comerciales (Gana) siguen siendo más atractivas y más pobladas, los territorios cultivados salpican también, y al mismo tiempo, las montañas hoy día abandonadas al nomadismo o desiertas (Tagant, Affollé) del sur mauritano, las estepas ahora estériles de los confines mauritano-malíes así como muchas colinas y muchas sabanas libradas del estado salvaje. Entre el océano y el Níger, las zonas abandonadas de manera permanente a la maleza parecen mucho más limitadas que antes. Sistemáticas relaciones de antiguos hábitats permiten estimar en unos 15 habitantes por kilómetro cuadrado la densidad de las poblaciones de Yatenga (Alto Volga) en los siglos XII–XV. En la llanura de Mema, hoy día desierta, al sudoeste de Tombuctú, se han localizado 280 emplazamientos arqueológicos, y 404 en las proximidades de Dienné.

Las formas de vida cambiaron, pues, del siglo X al XIV. Algunas etnias se dedicaban aún exclusivamente, o casi, a la pesca, como los bozo o los sorko del Níger, y la caza, aún muy practicada, confiere un gran prestigio a los mejores cazadores, los amos simbo del país malinké. La secular práctica de la ganadería, tan generalizada en el Sahara prehistórico, se mantuvo sin disminuir entre los peul, que viven de ella, y muchos sedentarios disponen de bueyes, cabras, cerdos y aves de corral. Pero los principales alimentos proceden de la recolección: fue la feroz decisión de traer a su madre —humillada por su esposa— las hojas de baobab indispensables para sus salsas lo que proporcionó al futuro fundador de Malí, el joven Sundiata, enfermo de nacimiento, la fuerza sobrehumana para ponerse en pie sobre sus piernas enfermas (y el esfuerzo para arrancar de cuajo el árbol, añaden algunos hechiceros). Desde el siglo X, al nor-

te del Camerún, alrededor de Dienné y otros lugares, la agricultura se impone, por lo general, como la base de la alimentación. Bambara, malinké, serer, wolof, songay, todas las grandes etnias están formadas por campesinos. Como en la actualidad, en todas partes se le da prioridad a un cereal, al mijo, o su variedad el sorgo, ambos sembrados en pleno campo, y al parecer son los que proporcionan ya el plato fuerte cotidiano. Algunos esbozos de rotación, la difusión del hierro en las herramientas (azadas), la utilización de zonas de inundación y de franjas escalonadas en las orillas de los ríos (procedimiento mejorado en el siglo XV por los songay), así como una irrigación más sistemática en torno a algunos puntos de agua, permiten, no obstante, variar y, eventualmente intensificar, las producciones. El cultivo de arroz inundado se desarrolla en el delta interior del Níger y en las llanuras y hondonadas por donde discurren las rías, en las marismas y en las costas que van del Casamance al Volta, y productos tan diversos como las judías, las habas, el voandzú, etcétera, así como diferentes hortalizas (cebollas, ajos, berenjenas, calabazas, pepinos, sandías) son en algunos sitios (Senegal) de consumo habitual. A pesar de los arcaísmos persistentes de una técnica agraria que desconoce la yunta y el abono, la agricultura, salvo en caso de sequía catastrófica, nutre regularmente al mundo campesino e incluso, en el época a la que nos estamos refiriendo, provee de excedente suficiente para hacer vivir, y prosperar, a ese activo artesanado que conocemos por los viajeros y la arqueología y, más ampliamente, a toda la compleja sociedad de no productores que se presentará a continuación.

Según tradiciones a veces muy antiguas, aparece, en efecto, un artesanado más diversificado, que se siente estimulado por el desarrollo campesino. La tierra, las pieles y la madera siguen siendo los materiales tradicionales de los objetos de uso cotidiano (recipientes, vestidos, aljabas, armazones, vajillas, utensilios del culto), pero la moda, o la obligación, de los vestidos teji-

dos se extiende con el Islam: se tienen testimonios de plantaciones de algodón desde el siglo XI (valle del Senegal) y la profesión de tejedor es ya habitual en el siglo XIV. Fundamentalmente, la utilización de metales experimenta un rápido desarrollo. El cobre, metal tradicional de las joyas y adornos rituales de las dotes, es, desde hace mucho tiempo, ya sea puro o en aleación (latón, cobre), el objeto de una compleja metalurgia (Awdagost, siglos X-XI) y de un admirable trabajo artístico (Ifé, siglo XIII). Pero el hierro, conocido en África desde varios siglos antes de nuestra era, se impone más decisivamente, a partir, según parece, del siglo X. Abundan los restos de hornos en las ruinas de aldeas incluso modestas (parte media del valle del Senegal, siglos X-XIII); las armas —flechas, lanzas, arpones— son normalmente de hierro, y sumamente trabajadas; algunas joyas lo son también —anillos para los brazos y los tobillos—, y la utilización episódica del hierro en el utillaje agrícola comienza a estar atestiguado en el siglo X. Por último, el oro, ese oro africano que hechiza a Occidente, y cuya explotación se intensifica también en el siglo X (minas de oro de Bambuk, del Buré, cerca del Volta negro —Pura—, del Bito, y más abajo aún en el siglo XV), suscitó talleres de orfebrería *in situ*, vinculados a las fraguas; es probable que los más destacados de estos talleres, próximos a las cortes reales, elaboraran las fastuosas joyas que adornaron por centenas al soberano, sus esposas y concubinas, sus hechiceros, sus estandartes, sus jinetes, su palacio, y que tanto impresionaron, en el siglo XIV, a los visitantes y súbditos de la famosa corte de Malí.

Pero los artesanos y campesinos negros no trabajan solo para sus allegados o sus vecinos. En Senegal, o en la región de Dienné, los mercados en la selva, atestiguados en el siglo XV, pero sin duda más antiguos, permiten periódicamente a los campesinos intercambiar su producción por pescado salado, telas y otros objetos corrientes de fabricación local. Las pira-

guas en los ríos y el trazado de caminos estables a través de la selva abren con mayor amplitud el conjunto del mundo negro a estas producciones aldeanas. La actividad de comerciantes itinerantes profesionales, ya sean malinké —los wangara (atestiguados en el siglo XIII)—, ya sean hausa (siglo XV), la introducción de instrumentos monetarios (conchas llamadas «cauris» en Malí, en el siglo XIV), así como muchas iniciativas y mecanismos estimulan los intercambios, los regularizan, los orientan y los amplifican a una escala interregional. El arroz es transportado de Gambia al interior, el mijo del interior del Níger alimenta Tombuctú, e incluso Ulata, y la nuez de cola forestal sube hasta Dienné.

El animismo y sus solidaridades

Al igual que su economía, la sociedad negra tradicional se revela a nuestra época como muy diversificada, e incluso compleja, pues la jerarquía existente tiene orígenes tanto familiares, religiosos y militares como económicos.

Una primera separación corresponde normalmente a las tareas enumeradas más arriba pues, en esta época y probablemente desde mucho antes, dieron lugar a profesiones. En el seno de las diversas etnias, aunque la población, en su mayoría, se dedique a la ocupación propia de cada una —ganadería en el caso de los peul, pesca en el de los bozo, agricultura en los demás—, algunos individuos y su familia, los *nyamakala* (término malinké), asumen de manera permanente, hereditaria, profesional, las indispensables ocupaciones complementarias. Estas profesiones, según los tradicionistas, están desde esta fecha claramente delimitadas. Los herreros son los amos del hierro, del oro y del cobre, en tanto que sus mujeres son alfareras. Otros artesanos trabajan el cuero; otros la madera. Pescar es un oficio. Una función muy particular, y propia de ciertas etnias del mundo negro (soninké, malinké…), reúne a los *griots* (*dyali* en malinké), hechiceros, «amos de la palabra», a la vez poetas, ge-

nealogistas, cronistas y portavoces, vinculados hereditariamente a los grandes linajes como heraldos y archivos vivientes. Mencionemos por último, aunque un poco aparte, a los comerciantes malinké señalados más arriba (wangara); su actividad es una profesión en el pleno sentido de la palabra, aunque no va acompañada de ninguna obligación o sujeción social.

Lo que se podría haber quedado en una simple ordenación profesional se inserta, en efecto, en un jerarquía social más amplia que define el lugar y el rango de cada cual, una jerarquía compleja, apremiante y permanente, pero plenamente aceptada por todos.

La parte más baja de la escala social la ocupa el grupo de los cautivos, o esclavos domésticos, cuya existencia, de la que tenemos datos referidos al siglo VII, se remonta probablemente mucho en el tiempo. Fueron numerosos en Gana desde antes del siglo XI (una tradición oral avanza la cifra —¿simbólica?— de 404 clanes de esclavos), en el país malinké y entre los wolof en los siglos XIII-XV, y se les encuentra establecidos, formando aldeas enteras, en el imperio Songay, en el siglo XV. Su condición es hereditaria, excepto en caso de liberación, y su amo, del que dependen estrechamente, los emplea, por lo general, en los trabajos domésticos o agrícolas (Songay, Wolof) y, menos frecuentemente, en el artesanado o en las minas (se les observa en el siglo XIV, en la explotación de cobre de Takkeda). El origen de su servidumbre familiar es a menudo trágico —guerras, razzias— y su condición es precaria: las ventas, los legados y las donaciones de esclavos son cosa corriente, cotidiana. Pero, en Malí, por ejemplo, su suerte se hace llevadera en la atmósfera más apacible de las aldeas, y su situación en la corte transforma profundamente la de los campesinos reales; participan con brillantez en las fiestas, se les enrola en el ejército, donde algunos de ellos acceden a los más altos grados, e incluso, en dos ocasiones, al poder supremo. Nada de eso ocurre en Songay, pero, allí tam-

bién, la sujeción de los esclavos rurales se atenúa. Se da el caso de familias, e incluso aldeas, reducidas a la esclavitud, cambiadas de lugar en su totalidad, siendo sus obligaciones definidas, y por tanto limitadas, según una costumbre.

Aunque sin padecer el mismo descrédito, los artesanos y los hechiceros tampoco se integran bien en la sociedad. Sus grupos constituyen castas, a veces temidas —herreros y hechiceros tienen alianzas con los espíritus, y su ciencia es temible—, pero siempre menospreciadas y separadas por tabúes. Nadie se casa con un miembro de una casta. Se rehúsa servir a sus órdenes: tal fue en el siglo XIII, según cuenta la tradición, la unánime actitud de los jefes malinké a quienes el rey-herrero de Sosso, Sunraoro, propuso su alianza contra los esclavistas vecinos. En vano. A pesar de todo, con respecto a estas poderosas gentes, prestigiosas y cercanas que son los amos de las fraguas y de la palabra, la consideración y la familiaridad temperan el desprecio. Los hechiceros de los poderosos y de los reyes son colmados de presentes y de mujeres, viven en la opulencia, y su notoriedad eclipsa la de los príncipes (Malí, siglo XIV). Asimismo, la brecha técnica y económica abierta por el hierro y el oro es lo suficientemente fuerte como para elevar a la realeza, en el siglo XIII, en tierras de los soninké, al herrero anteriormente citado.

Hablemos ahora de los libres. También ellos están sometidos a una estructura jerarquizada, que define el lugar de cada uno en su comunidad. En esta época, como en la actualidad, la familia constituye ciertamente la primera célula de la vida y formación del niño negro, en torno a la madre sobre todo, pues la poligamia es habitual, al menos entre los poderosos. Al principio del siglo XIII, en el país malinké, el joven Sundiata vive y crece con su madre, soportando las burlas de la primera esposa del padre (según cuenta la tradición oral). Pero la familia conyugal no es más que una ramificación del linaje. Los tradicionalistas, al insistir, a propósito de Sundiata, sobre la enseñanza de Sogo-

lón, su madre, y sobre sus tótems, hacen presentir la fuerza, junto a la sangre paterna, de los ancestros maternos. Sus relatos, sin embargo, hacen mención especial de los clanes, unión de linajes descendientes de los varones de un mismo ancestro (aunque también existen, con toda seguridad, matrilinajes, por ejemplo entre los serer), y se observa que los clanes, cada uno con su nombre, son, en los siglos X-XV, la estructura fundamental de etnias como los soninké (44 clanes), los malinké (33 clanes), los peul (12, y más tarde 4 clanes a partir del siglo XIII, según la tradición oral). Cada clan tiene su culto, su territorio y su jefe. El lugar ocupado en el linaje, y más aún en el clan, es lo que define la importancia social de cada cual: en detrimento de los jóvenes, los solteros, los aislados y los pocos hábiles, se imponen los maestros cazadores simbo, los iniciados, las personas mayores, los que saben. Para ellos es el poder —cada linaje tiene su jefe, cada clan su *mansa*, su consejo—, el oro, la poligamia (según nos dice una tradición oral de Malí, referida al siglo XIII). Sin embargo, se opera ya una selección entre los clanes, en virtud de su pasado, o de su tótem, y los jefes de los clanes más ilustres —como entre los malinké, los keita, que tienen un triple tótem: león, búfalo y pantera— disponen de más autoridad en la etnia.

La sociedad negra está, naturalmente, impregnada de religiosidad. Totalmente animista hasta el siglo XI, lo es aún casi por completo en los siglos XIV y XV, y tanto las creencias como las prácticas del mundo animista marcan todavía profundamente los medios que el Islam pudo conquistar entre los siglos XI y XV. De estas creencias y prácticas medievales se vislumbran algunos rasgos entre los soninké y los malinké. Algunos genios localizados (pozos, fuentes, árboles), o vagabundos (bocanadas de aire cálido, llamas errantes) animan el mundo. Algunos se asocian a animales (buitre, hiena), o toman su forma (serpiente). Hay objetos (tambores, altares), talismanes y prácticas que per-

miten conciliarse con ellos: determinados magos hábiles, hombres o mujeres, capaces de domeñar a los animales o las cosas, e incluso de tomar su forma, adquieren un considerable poder. Se puede ver también el generalizado apego a los ancestros, a su espíritu, que a veces sobrevive en los objetos, razón por la que se celebran fiestas y libaciones. Parece ser que ilustres sociedades secretas, como el Komo malinké, tuvieron sus raíces en esta lejana época. Finalmente, la religión, tan enraizada en el terruño y tan vinculada a los ancestros, es el mejor caldo de cultivo de múltiples solidaridades donde cada cual se inserta. La casa tiene sus fetiches; la aldea también. Los poderes sobrenaturales de su jefe mago son para el linaje o el clan una prueba de supervivencia entre las asechanzas, las más peligrosas de las cuales provienen de los espíritus. En el seno de cada etnia, todo el mundo puede participar en las sesiones de las sociedades iniciáticas, o asociarse a las liturgias públicas dedicadas a los ancestros o a los genios de la raza; estos son exaltados en los relatos, verídicos (*kokoro* en malinké), o velados por el mito (*maana*), de los orígenes comunes. Por último, son sus poderes sagrados o mágicos los que confieren a los monarcas de los primeros Estados animistas (Kanem, Gana, Sosso, Malí) la mayor parte de su autoridad y de su influencia. El pueblo de Kanem ve en su rey un ser divino de donde emanan la vida, la muerte, la salud y la enfermedad. Según se dice, el rey no se alimenta: quien se encuentra con las caravanas de su aprovisionamiento es matado en el acto (siglo XI). Del emperador de Gana emana el mismo aura divino, prueba de la misma protección. Una serpiente sagrada emergiendo de un pozo está íntimamente ligada al destino del soberano que, fundamentalmente, él puede elegir (antes del siglo XI). Sumaoro Kanté, rey de Sosso es considerado invulnerable; de su gestación, según se cuenta, se encargaron, alternativamente, su madre y un hada; tiene la facultad de ver desde muy lejos (siglo XIII). Finalmente, Sundiata, fundador de

Malí (siglo XIII), encarna una fuerza sobrenatural, le protegen poderosos genios y dispone de objetos sagrados —el estrado de las grandes ceremonias (*bambé*), un bastón y vestimentas y «objetos taumatúrgicos» secretos que sustentan esta fuerza (tradición oral).

El Islam a la conquista del África negra

A pesar de la hostil inmensidad de la «frontera» sahariana, pronto circularon testimonios y ecos de las brillantes civilizaciones mediterráneas a través del desierto hasta las orillas del Níger y el Senegal. Hombres, mercancías e ideas atraviesan precozmente el Sahara y, al tomar contacto con el mundo negro, influyen, a veces profundamente, en su civilización y su destino. Todas, o casi todas, estas influencias provienen de los países musulmanes, o han sido transmitidas por ellos. El interés mostrado por el Sudán, desde el siglo VII, por tantos geógrafos y viajeros, todos ellos musulmanes, da prueba de estas influencias y de su origen.

La travesía del desierto

En primer lugar hay que hablar del comercio. Poco después de su formación, los jóvenes países magribíes se interesaron por el misterioso mundo transsahariano. Algunos comerciantes se aventuraron por esas tierras. Se organizan itinerarios, jalonados de pozos, con sus respectivas etapas, bastante estables como para hacerlos objeto de descripciones escritas (Al-Bakri, siglo XI). En los siglos XIII al XV, y desde entonces secular, esta circulación camellera a través de las arenas adquirió la regularidad permanente de una noria, indispensable para ambas partes, a las que une estrechamente, acarreando los productos que definen esta complementariedad. El Islam, tanto como sus vecinos, fundamentalmente el mundo cristiano, aprecia el cuero,

el almizcle, las plumas, el marfil, y las especias: pero sus dos objetivos absolutamente prioritarios son los esclavos y el oro. Los esclavos negros están presentes en todos los rincones del Oriente Medio, donde pueblan los ejércitos, las tiendas, las moradas y los harenes del Islam; los primeros cargamentos de cautivos de color comienzan a desembarcar en Sicilia (siglo XIII), y más tarde en España y Portugal (siglo XV). En cuanto al oro, las crecientes necesidades monetarias de los Estados musulmanes y occidentales, y la reimplantación de la acuñación de oro en Europa (siglo XIII) aguzaron la codicia de los importadores. El mundo griego, por su parte, reclama para sus élites (reyes, príncipes, comerciantes) objetos y artículos de lujo diversos —telas, alimentos selectos, artesanado artístico— que él no produce; necesita también caballos para sus caballerías, nueva arma estratégica de los reyes (siglo XIII); carece de cobre, de determinados tejidos sencillos y, aún más, de sal, condimento indispensable e inencontrable, excepto en las costas y en los grandes yacimientos saharianos que dependen de las potencias y los mercaderes magribíes.

A lo largo de los siglos se va trenzando sólidamente una red de caminos, de una a otra orilla del Sahara. No todos se ponen en actividad simultáneamente, pero su densidad potencial es grande y, gracias a ellos, el Sahara es penetrable por todas partes al final de la Edad Media. Al norte, las grandes concentraciones caravaneras se forman en Sidjilmâsa (oeste marroquí). Wargla y Gadâmes, donde convergen hombres y mercancías de Fez, Tremecén, Túnez, Qayrawán, Trípoli y todo el Magrib. Más al este, otros convoyes emprenden la ruta desde El Cairo, encrucijada hacia el Sudán de todo el Oriente musulmán. Al ir abriendo caminos, otros centros saharianos se imponen como etapas indispensables: Zawîla (Fazzân) al este, lugar de tránsito internacional de esclavos; los oasis de Tuat, en el centro, que animan activas colonias judías; Tagazza hacia el oeste, rica mi-

na de sal, donde los camellos son cargados de barras de sal gema que transportan hasta Tombuctú; Takadda, al sur, centro sahariano de la extracción y la fundición del cobre. Una vez atravesado el desierto, desde que aparecen, con los primeros arbustos, las orillas del Sâhil, se establece en los países negros un cordón de «puertos», en las salidas de las rutas saharianas. Allí donde las mercancías se almacenan y se intercambian; donde descansan hombres y animales; donde se embalan los fletes de vuelta que esperan en los almacenes; y, por último, es allí donde los esclavos negros, encerrados en el cercado donde se les transporta, son repartidos y reexpedidos. De estos «puertos» los dos más activos en los siglos XIV-XV son Gao, venerable ciudad anterior al siglo IX, y Tombuctú, ciudad reciente —mencionada por primera vez en el siglo XIV por autores árabes— y en pleno desarrollo. Pero todo un dispositivo se escalona de oeste a este, encuadrándolos de un extremo al otro del Sâhil: Tishitt y Walata al sur de Mauritania, Kukia más abajo de Gao, Kano y las ciudades bausa y, por último, las ciudades reales de Kanem y Bornû, junto al lago Chad. La supremacía de Tombuctú y de Gao está ligada a la actividad de las rutas que estos centros controlan: las pistas occidentales, a través de Awdagosl y Gana, tan florecientes en los siglos X al XIII, están en declive (antes de su reactivación, a finales del siglo XV, debida al tráfico portugués) en favor del sistema transsahariano central y de la pista establecida más recientemente, que conduce directamente del meandro del Níger a El Cairo (siglo XIV).

Esta red de pistas no se interrumpe en los centros sahelianos donde conduce tras su travesía del desierto. En los siglos XIV-XV , se prolonga profundamente en el país negro, sirviéndose, eventualmente, de viejos caminos regionales; así es como, a través de Tombuctú, Dienné y Niani (la capital de Malí), y más tarde de Dienné, los centros meridionales de Kong y de Bobo, y, a través de Niani. Gambia y Fûta-Djalón son puestos en contacto

con el mundo magribí y mediterráneo, o pueden serlo. Lejos a la redonda, tierras de sabana (Costa de Marfil y Gana del norte) y tierras de bosque (pueblos akán y ashanti, Fûta-Djalón) son, pues, penetradas por un comercio de horizonte mucho más lejano. Una magnífica apertura, que ofrece a estos países un mercado para su kola, su marfil y su oro, pero igualmente peligroso, pues allí, entre los *lam-lam* paganos, menospreciados por los pueblos islamizados del Sâhil o de la sabana, donde se sitúa, a partir de entonces, el frente de la trata de negros oriental, y su cantera.

Del Magrib a las ciudades del Sâhil, el comercio trans-sahariano es animado por comerciantes musulmanes blancos —árabes, bereberes e incluso egipcios y solo por ellos, sin dar cabida a ningún europeo, y muy pocos negros. Son los intermediarios obligados y todo pasa por sus manos: sal, oro, esclavos, etc. Su campo de acción se detiene, en principio, en los límites de las tierras negras. Una vez llegados a los almacenes del Sâhil, las mercancías son transmitidas por ellos a los comerciantes negros (Wangara, Hausa), que las reparten e intercambian a su voluntad en el interior de Sudán. La actividad de estos hombres de negocios extranjeros es sumamente estimulante, por diversos motivos, para el mundo negro.

En primer lugar, a nivel comercial. En el caso de las técnicas comerciales, los árabes las utilizan tanto en el Sahara como en otros lugares, y las dan a conocer entre los negros. Se les ve, por ejemplo, agruparse en sociedades, fraternales o no, cuyos miembros se establecen en las principales plazas caravaneras (Sidjilmâsa, entre otras); hacer un amplio uso del crédito —en el siglo X se cita un reconocimiento de deuda firmada en Awdagost, correspondiente a 42 000 dinares—; se inicia entre ellos una cierta especialización —en el siglo XIV se hace referencia a negocios limitados al tráfico de esclavos. La actividad de los comerciantes, sus técnicas y sus incesantes gestiones estimulan a

partir del siglo X toda la actividad económica sudanesa: cultivos, comercio, extracción del oro, etc.

Por lo general, su profesión les lleva a conocer bien el mundo sudanés. Algunos de ellos, ya sea aisladamente o en caravanas, se aventuran muy pronto (siglo IX) por los más profundos rincones de esta tierra, llegando a veces a los yacimientos auríferos. Otros, mucho más numerosos, debido a sus negocios, han de establecerse allí permanentemente. En los siglos XIV y XV, sus comunidades, por lo general muy grandes, animan todas las grandes plazas negras del Sâhil, donde se agrupan en barrios (Walata, Tombuctú, Gao), frecuentemente también las más pequeñas, y, más en dirección al sur, hasta Niani, la capital de Malí. Se relacionan con la población negra y se mezclan sus sangres. Y así, al cabo de generaciones, la población urbana negra está abierta a los gustos y las ideas propiamente musulmanas transmitidas por ellos. Se difunden los hábitos alimentarios y los modos de vestir de los árabes, así como los objetos, cotidianos o artísticos, y las formas arquitectónicas. Pero los efectos más decisivos de la penetración musulmana se manifiestan al nivel más fundamental de las creencias y las prácticas religiosas.

El peso religioso

El Islam, religión de los comerciantes blancos, es precozmente introducido por ellos en tierras de los negros. Desde el mismo momento en que sus fervientes comunidades arraigan en algún lugar, los comerciantes levantan sus edificios de culto y sus mezquitas, donde se establecen sus habituales equipos de servidores: almuédanos, predicadores, etcétera. Recientes excavaciones han sacado a la luz en Kumbi-Sâlih (sur de Mauritania) una mezquita del siglo IX, y tal vez anterior. Las conversiones no se inician siempre inmediatamente; el Islam blanco permanece durante algún tiempo enquistado en el mundo animis-

ta negro sin interesarse por él. Este es, aparentemente, el caso en la capital de Gana donde, aún en el siglo XI, la proximidad (unos 10 km) de una aglomeración musulmana provista de diez mezquitas, y la presencia asimismo, en la corte, de comerciantes y ministros musulmanes fueron incapaces de incitar al emperador, ni probablemente a sus allegados, a adoptar el nuevo culto. Más tarde, el ejemplo y el apostolado dan sus frutos. Hay testimonios que hablan de musulmanes negros, comenzando por los reyes, en el siglo X en Gao, en el XI en Takrûr (parte media del valle del Senegal) y hacia la misma fecha en Malí; las primeras conversiones de los soninké, en Gana, son sin duda anteriores (la tradición oral habla del siglo VIII).

Entre los siglos XIII y XV, aunque con una tenaz resistencia local de los medios animistas —Sosso, Alto Gambia y Casamance, corazón del país songay—, el Islam se extiende como mancha de aceite, se implanta ampliamente en el Sâhil y se infiltra en Sudán. Los reyes de los Estados sahelianos (Malí, Songay, las ciudades hausa, Bornû), sus allegados, la aristocracia, los comerciantes negros, las poblaciones urbanas en su conjunto y algunas comunidades aldeanas en un número indeterminado se adhieren al Islam (Manfara es la primera aldea islamizada de Malí, en el siglo XIII, según la tradición oral). Un Islam estructurado y ferviente: se organiza pronto una corriente de peregrinos en dirección a los Santos Lugares (La Meca), práctica que los reyes de Kanem, y luego los de Malí, impulsaron a partir del siglo XIII, y estos repetidos contactos con el prestigioso corazón del mundo musulmán facilitaron una aportación de ideas, libros y hombres doctos procedentes del Magrib y de Egipto, e intensificó, acelerándola, la implantación en las tierras negras de estructuras habituales entre las comunidades mahometanas. Se levantaron mezquitas en muchas aglomeraciones negras, sobre todo después de la campaña de construcción emprendida en el imperio de Malí por el activo Mansa

Musa a su regreso de la peregrinación (1324), así como mezquitas a cargo de un clero y dignatarios musulmanes (ulemas o *ulamâ'as*, imanes, *jatîbs*, cadíes) en la que los negros no estaban ausentes. Estos dignatarios, tanto los sudaneses como los demás, son muy instruidos; el Corán les es familiar, y muchos de ellos han profundizado su estudio en las diferentes ramas —exégesis (*tafsîr*), jurisprudencia (*fiqh*), tradiciones destinadas a aclararlo (*hadith*), etcétera—, ya sea frecuentando las *madrasas* marroquíes o incluso en Tombuctú, centro intelectual y religioso sumamente activo en los siglos XIV-XV. En algunas etnias (soninké, malinké), santos personajes, a la vez letrados, misioneros, jefes espirituales y sagaces profesionales, los morabitos, predicaron pronto en su entorno con la palabra y el ejemplo, y difundieron con mayor amplitud la «verdadera fe» entre el pueblo. Estos maestros tuvieron descendencia, y cinco clanes de morabitos, de origen soninké, adquirieron entre los malinké una gran influencia moral en los siglos XIII y XIV (según la tradición oral). La impregnación dio sus frutos y, al sacar las conclusiones de su viaje africano de 1352-1353, Ibn Battûta se congratula de la unánime devoción manifestada hacia la oración del viernes por las poblaciones urbanas.

Pero este mismo viajero modera en seguida sus elogios con afligidas críticas. El brillante triunfo del Islam se muestra, en efecto, inacabado a muchos respectos, en los siglos XIV y XV. En los reinos Wolof al Chad, los campos siguen siendo masivamente adictos al animismo, religión tan fuertemente vinculada al terruño, a las familias y al poder local. Ni las propias cortes ni los monarcas han podido ni querido eliminar el sustrato animista de las liturgias reales. En Malí, las ceremonias llevan consigo aspersiones de polvo frente al rey, danzas de máscaras, alabanzas de hechiceros, todas ellas prácticas anteriores al Islam y reprobadas por él, al tiempo que se ve por las calles de la capital circular desnudos a los esclavos, las muchachas y los sirvientes,

vergonzoso espectáculo ante el que Ibn Battûta confiesa que se tapa la cara. En Songay, la religión profesada en el siglo XV por el rey Sonni ʻAlî es muy sospechosa a los ojos de los creyentes, que rechazan la memoria del soberano. De todos modos, estas permanencias animistas no tienen en todos los casos la misma significación. Mayoritarias, a menudo unánimes e indesarraigables en los campos, y ampliamente subyacentes en el Islam urbano, son a la vez convicción personal y alternativa política entre los reyes. El poder ejercido sobre muchedumbres tan impregnadas de paganismo se apoya necesariamente, en tierra sudanesa, en los cultos y prácticas ancestrales y mágicas de las que el rey aparece como el depositario y el agente. Abandonarlas equivaldría a despojar al pueblo, y al mismo rey, de la fuerza mágica y casi divina que les confieren. De donde se deduce el riesgo de graves disturbios, como el que se produjo en Kanem en el siglo XIII. Pero el rey, que integra en sus liturgias las manifestaciones de estas creencias, no las considera ya, en el siglo XIV, la base de su fe.

En definitiva, dos medios se abren más ampliamente al Islam, el de las ciudades y el de las cortes. Medios precisamente implicados, en los siglos XII al XV, en las transformaciones más decisivas, bajo la doble y fuerte influencia del mundo negro y de ese Islam extranjero al que son tan receptivos.

Las ciudades de África, puntos de enlace para el Islam

El mundo negro conoce pronto las ciudades, que surgen precozmente en determinadas culturas. Cerca de la desembocadura del Níger se han descubierto emplazamientos en Yoruba (Ifé), y vestigios del siglo IX en el reino de Ibo. El Kanem pagano del siglo XI tenía su capital. Manan. Las tradiciones orales tienen en cuenta, en el antiguo Malí, aglomeraciones anteriores a la islamización (Niani, en el siglo XI, Kri y Krina, aún más antiguas, y Dienné, que tal vez tiene sus comienzos en el siglo IV).

Por último, sabemos por los geógrafos árabes que florecientes ciudades jalonaban el río Senegal antes de la conversión de las poblaciones locales (Silla, Takrûr, Barisa, etcétera, en el siglo XI). Pero los contactos con los musulmanes y más tarde, tras las primeras conversiones, la difusión del Islam (siglo XIII) y la intensificación del comercio dieron un nuevo vigor a la civilización urbana en el espacio sahelo-sudanés.

En primer lugar, se vislumbra una aceleración de la urbanización. Aunque, por supuesto, no afecta a todas las regiones, y la geografía de las zonas urbanas sigue siendo móvil y caprichosa. El cordón de ciudades que las rutas occidentales del comercio trans-sahariano habían suscitado en los siglos IX al XI en Gana (Kumbi-Sâlih), a lo largo del río Senegal, y en sus encrucijadas sahelianas (Awdagost) declina y se desmantela en el siglo XII. Por otra parte, muchas aglomeraciones, aparentemente más durables, cambian en repetidas ocasiones de emplazamiento del siglo XI al XV (Krina en Malí, Gao). Pero, habida cuenta de que estos reajustes geográficos acompañan, por lo general, los desplazamientos de las arterias comerciales, la densidad urbana aumenta, con toda certeza, entre los siglos XII y XV. La proliferación de ciudades es más acentuada, primeramente, a lo largo del valle del Níger, cuyo papel económico de granero, de camino y de encrucijada es, desde ahora, primordial, y en sus cercanías. Las cuatro ciudades de Niani, Dienné, Tombuctú y Gao se imponen como indiscutibles metrópolis regionales, alcanzando tal vez los 20 000 habitantes (Niani en el siglo XIV) e incluso más (Tombuctú). Su prosperidad estimula y sustenta el desarrollo de una pléyade de aglomeraciones menores, de edad incierta, pero a menudo ignoradas hasta entonces; algunas de ellas jalonan las últimas etapas meridionales de las rutas saharianas, como la venerable ciudad de Walata; otras se esparcen en emplazamientos mal definidos de las provincias, donde acogen a los representantes de los reyes; otras viven de las minas

(Takadda); y otras, por último, las más numerosas, nacen en las proximidades del Níger: siguen su curso (Krina), se levantan en las encrucijadas del valle y de las grandes rutas norte-sur (Zagari, Karsahu, Mema, en la ruta Niani-Walata), rodean algunas ciudades, con las que forman una especie de conurbación (Kabara y Korinmé alrededor de Tombuctú). Más al este, la formación de una constelación urbana acompaña el desarrollo comercial de la llanura haussa. Hacia el sur, la prolongación en la sabana o en el bosque de las rutas del gran comercio sahariano suscitó el nacimiento de asentamientos permanentes, y sobre todo los de Kong, Bego y Bono en el eje Dienné-país akán y ashanti (el bajo Gana actual). Todas estas ciudades, y particularmente las del Sudán central, intercambian regularmente sus mercancías, constituyen etapas en las mismas pistas, viven al mismo ritmo económico y, en suma, son el inicio de una verdadera red urbana; este es, fundamentalmente, el caso de Tombuctú, de Dienne y de sus ciudades satélites incluso lejanas (hasta Bego al sur).

Las ciudades se multiplican y prosperan porque su papel es cada vez más importante, bajo el impulso, aunque por supuesto no único, pero determinante, del Islam y su prestigio. Su función económica se ve reforzada, sobre todo en el caso de las más grandes. Niani, que debe alimentar y equipar a un soberano ilustre y a las millares de personas que componen su séquito, se convierte en un enorme almacén y un centro artesano de una excepcional actividad. Tombuctú, término principal de las caravanas en sustitución de Walata, hacia 1370, se transforma en un gigantesco caravanserrallo permanente, rebosante de mercancías de todas las procedencias, y donde las tropas de esclavos aguardan el momento de su reexpedición. Tres mercados reúnen a comerciantes de todos los horizontes, y es allí donde se inician las transacciones que prosiguen en todos los rincones de la ciudad. Un puerto fluvial pone la ciudad en per-

manente contacto, a través del río y sus flotillas, con el sur sudanés. Innumerables artesanos transforman los productos importados en bruto, antes de su reexpedición, y los herreros, maestros del hierro, el oro y el cobre, se codean con los tejedores de algodón, los trabajadores del cuero y muchos otros. Dienné y Gao experimentaron, a su nivel, un análogo crecimiento, vinculadas aún más estrechamente al Níger, gracias, en particular, a su flotilla de piraguas y de pinazas que las convierten en dueñas, una arriba y otra abajo, del tráfico fluvial del que Tombuctú es el principal motor.

Por otra parte, la difusión del Islam concentró en las ciudades lo esencial del equipamiento y de la jerarquía religiosa. La mezquita es un monumento fundamentalmente urbano, sobre todo la gran mezquita del viernes, de la que el Mansa Musa, estimulado por sus peregrinaciones, dotó a muchas ciudades, en Malí y Songay. Estos grandes monumentos de oración dan a su vez origen, en sus proximidades, a escuelas coránicas, las principales de las cuales, verdaderos centros de estudios superiores, hacen de las ciudades donde están establecidas los hogares de la *intelligentsia* musulmana. Citemos, entre las más famosas, la capital de Bornû (siglo XV) cuya influencia llega hasta las ciudades hausa, no tan bien equipadas; Gao, sede de dos grandes mezquitas (siglo XV); Kabora, en el Níger; y, sobre todo, Tombuctú, indiscutible centro intelectual y espiritual del África negra en los siglos XIV-XVI, y célebre en todo el mundo musulmán. La ciudad, provista de tres importantes mezquitas (Yinguereber, siglo XIV; Sankoré, XIV-XV; y Sîdî Yahyâ, siglo XV), ve desarrollarse en el siglo XIV activas escuelas coránicas. Animadas al principio por ulemas magribíes, y bajo la dependencia espiritual de Fez, estas escuelas no tardan en emanciparse bajo el impulso de un clero e intelectuales negros, grandes conocedores del Corán y del derecho coránico (*fiqh*), y cuya competencia alcanza disciplinas muy dispares. El prestigio intelectual de la ciudad alcan-

za su apogeo en los siglos XV y XVI. Se apiña allí una multitud de intelectuales —a partir de ahora sobre todo blancos—, apasionados, aguijoneados por la emulación. A mediados del siglo XVI, 150 escuelas coránicas, que tienen su sede en las mezquitas, en las plazas o en las casas, ofrecen su enseñanza conjunta, que abarca todas las ramas de las ciencias jurídicas y sagradas.

Recordemos, por último, que el desarrollo de las ciudades debe mucho a la formación, en los grandes Estados de los que hablaremos seguidamente, de las estructuras políticas y administrativas. Algunas ciudades tuvieron la suerte de acoger las cortes reales (Niani, Gao y algunas otras); otras, más numerosas, y que no son necesariamente mercantiles, deben más su estabilidad, buena posición y esplendor a los funcionarios provinciales que albergan permanentemente y a los depósitos destinados a guardar las tasas y tributos que estos funcionarios recaudan.

Definitivamente, paisajes y sociedades urbanas contrastan, en los siglos XIV y XV, con el África de la selva, los campos y las aldeas. Las ciudades, sin duda, no tienen siempre el aspecto de aglomeraciones homogéneas y densas, encerradas en sus murallas. Muchas conservaron la disposición en forma de constelación más o menos compacta que parece ser, entre los malinké y en otros lugares, la de las ciudades preislámicas. Gao y Kumbi-Sálih surgieron, en los siglos X y XI, de dos aglomeraciones al menos (ciudad real, ciudad mercantil), distantes una de la otra algunos kilómetros. En el siglo XIV. la ciudad de Niani se extendía, según autores árabes, de manera discontinua a lo largo de 20 km y las primeras investigaciones orales y arqueológicas confirman esta configuración. Por último, muchos barrios urbanos, al igual que las aldeas, están formados de chozas de paja y alojan, sin duda, a campesinos. Pero la ciudad es también la yuxtaposición de casas formadas por hiladas de piedra, ya sea parcial (Niani) o totalmente (Kumbi-Sâlih), y su concentración

en un espacio limitado (Dienné, Tombuctú. Walata) e incluso fortificado (murallas de Dienné); la ciudad es la plaza, la mezquita, el palacio, el embarcadero, el caleidoscopio de tenderetes, de canastos, de flotillas, de fardos; es la multitud vestida de cotonadas abigarradas donde la desnudez desentona; es la mezcla de lenguas; es la mezcolanza de tipos físicos y étnicos; y es, finalmente, el crisol y el escaparate de funciones y logros a menudo indiferentes a las viejas jerarquías locales. Tombuctú, la ciudad más ilustre, reúne a varias categorías profesionales desconocidas en el campo: en la parte baja de la escala, las tropas de esclavos destinados a la exportación, los cautivos domésticos, los servidores; en el medio, una burguesía estable y mezclada, donde conviven, por el lado sudanés, artesanos (sobre todo tejedores) y ulemas y, por el lado de los extranjeros, las comunidades de letrados y comerciantes magribíes y egipcias; todos ellos bajo la égida de la aristocracia sanhâdja que rodea al gobernador (*tumbukku-koi*). Tombuctú constituye un modelo, pero no el único ni el más frecuente. Por otra parte, en las zonas más rurales, los cortesanos y los funcionarios reales (minoritarios en Tombuctú) fueron más numerosos, y marcaron la tónica en las aglomeraciones locales, junto con grupos más restringidos de wangara y ulemas.

Un Islam político

La apertura de Sudán al mundo mediterráneo, y en primer lugar musulmán, significó para las monarquías sagradas establecidas localmente en el África negra antes del Islam un empuje y un apoyo, considerables desde muchos puntos de vista, y esta estructuración política de Sudán es uno de los hechos más sobresalientes de los siglos XIII-XV africanos.

Observemos, en primer lugar, que los reyes estaban en buena disposición para sacar partido de la animación económica suscitada por el gran comercio sahariano. Y no lo dejaron escapar combinando diversos procedimientos. Se reservaron el mono-

polio de productos esenciales como los metales o los caballos (Malí); confiscaron las pepitas de oro encontradas en los placeres (Gana, Malí); pusieron tasas a los principales productos de importación como el ganado o la sal (Malí; tasa del 1/10, llamada el cansón); impusieron un tributo a los productores de oro (Malí); y controlaron y mantuvieron el comercio de esclavos (Gana, Malí, Songay). Estos impuestos se extendieron, a continuación, cuando aumentó el poder de los reyes, por lo demás localmente libres por el crecimiento económico: se imponen algunos tributos —sobre todo para los productos agrícolas— a las provincias o reinos conquistados (Malí, siglo XIV; Songay, siglo XV), así como cánones a las poblaciones serviles que dependen del soberano (Songay, siglo XV). Todos estos monarcas establecen, en una palabra, las bases de una fiscalidad renovada que será el fundamento de todas sus iniciativas políticas.

Otro soporte procede de su adhesión al modelo real y a las técnicas de gobierno propuestas por el Islam. El ejemplo musulmán tiene antiguas raíces y anteriores a la conversión, sobre todo, según parece, en el plano militar. Desde el siglo XIII, los reyes, incluso paganos (Sosso, y más tarde Mossi), integran en sus tropas unidades de caballería, sin duda imitadas del mundo árabe, de donde proceden los caballos. Luego llegará el Islam y sus ideales. Abandonar cualquier referencia a las creencias animistas era, como hemos mostrado, difícil y arriesgado; pero, ya sea por convicción (el primer mansa de Malí convertido, en el siglo XI. lo había sido merced al milagro de un morabito cuyas oraciones habrían puesto fin a una sequía), o ya sea por interés, las primeras adhesiones reales al Islam son precoces: 1075 en el caso de Humai, rey de Kanem; el siglo XI en el de Malí. La conversión no es adoptada, necesariamente, de una vez por todas en la dinastía (o en la sucesión), a causa de las reticencias del pueblo y de las responsabilidades y las convicciones del propio rey: así pues, la tradición oral hace de Sundiata, todavía en el si-

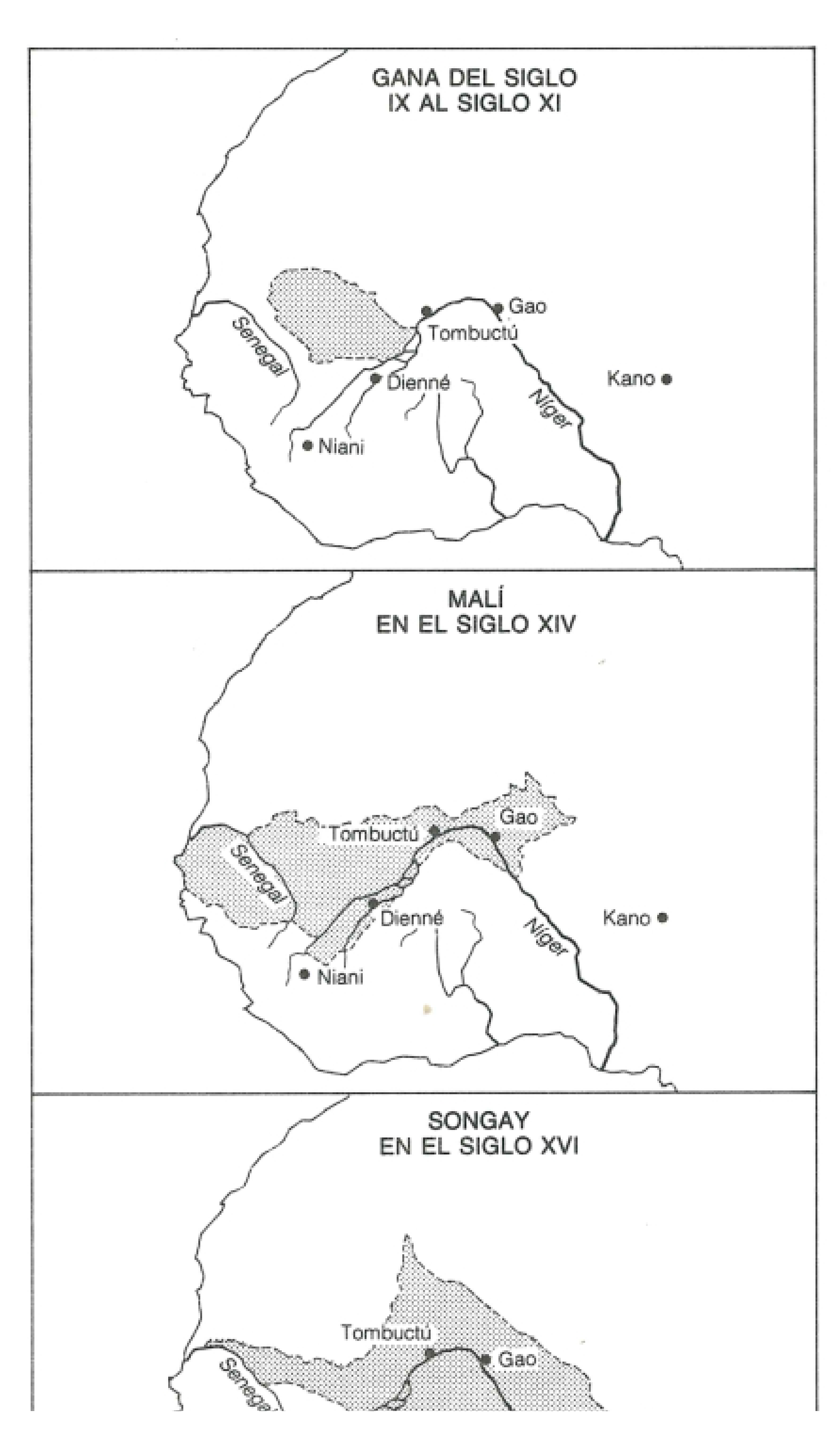
glo XIII, un rey totalmente animista, y las crónicas árabes presentan en Dibbalimi (siglo XIII), el primer rey musulmán de Kanem. Pero en los siglos XIV y XV, a excepción de los Mossi, todas las grandes monarquías sudanesas son adeptas al Islam, o están muy próximas a él (Djolof, Malí, Songay, Kanem-Bornû, reinos urbanos hausa, etcétera). Esta adhesión de los reyes va acompañada, en el caso de muchos de ellos, por la obra santa por excelencia que es el peregrinaje a La Meca. Este es el caso, en Malí, del mansa Musa, dos veces peregrino (según la tradición oral), que fue famoso por los fastos del segundo viaje (1324) y, desde el siglo XIII, del mansa Ulé (hijo de Sundiata) y del usurpador Sakura; en Kanem, de diversos *mai* (reyes) de los siglos XIII y XIV; y en Songay del *askia* Muhammad, en el siglo XIV. Esta adhesión al Islam, sea en la forma que sea, reforzó la monarquía, por muchos conceptos. Haber visto La Meca, era para un rey, estar impregnado de un prestigio y de una irradiación sagrados, benéficos para todos y que todos respetan, musulmanes o no (de donde proviene la boga de esta práctica entre los usurpadores). Profesar simplemente el Islam y aceptar sus preceptos, sin ni siquiera el carisma del viaje, es atraerse la simpatía general de los musulmanes y asegurarse, a la hora de hacerse cargo del Estado, el leal apoyo del mundo del Islam. Pero esto no es todo: el Islam propone a los reyes, con el Corán, un código de vida y de gobierno; pone a su disposición la oración y la predicación de los ulemas, la ciencia de sus doctores, y las competencias jurídicas de los cadís, sea cual sea el origen de unos y otros. El mansa Musa trae consigo de su segundo peregrinaje Intelectuales y técnicos egipcios (arquitectos, por ejemplo); otros intelectuales afluyen de Libia, de Marruecos y de diferentes lugares del Magrib, y se muestran tan leales respecto al Estado como lo serán sus alumnos y sucesores negros.

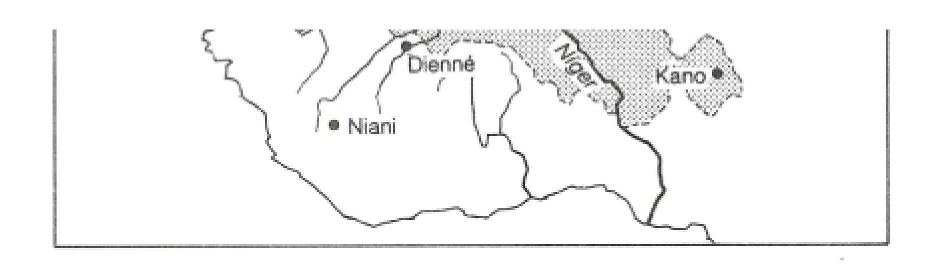
Estas competencias, estas adhesiones y estas imitaciones permiten a los monarcas, ricos por otra parte, reforzar los ins-

trumentos de su poder, tanto en el centro como en las provincias. En el centro está la corte con sus príncipes, sus oficiales, sus funcionarios, sus ceremonias y su impresionante fasto, testimonio y crisol del sagrado prestigio del rey. En Malí, el peso de todos los allegados sudaneses (hermanos, esposa, notables que representan a los grandes clanes malinké) es grande en la vida cotidiana; por otra parte, la pompa de las liturgias integra, aún a mediados del siglo XIV, los numerosos ritos preislámicos, surgidos alrededor de los primeros reyes magos y que se vuelven a encontrar en las cortes paganas de Gana y Mossi (danzas, relatos de hechiceros, postración en el polvo) evocados más arriba. Pero no faltan los responsables musulmanes, y cuando Ibn Battûta describe en 1352 una de estas liturgias, se comprueba que son numerosas y desempeñan un papel determinante: el imán reza la oración, un predicador recita la apología del rey y algunos dignatarios musulmanes forman parte del cortejo en medio de emires jefes de la caballería y la guardia, donde destacan los rostros claros de los turcos. La corte y las oficinas centrales de Songay presentan también esta mezcla de tradiciones y de ritos locales, desarrollo de la herencia étnica que comparten los miembros de la familia real y la aristocracia, y de los préstamos musulmanes. El modelo de las monarquías del Magrib y de Egipto, parece ser el que inspiró la creación de la mayoría de las oficinas técnicas conocidas en el siglo XV, de esas 26 oficinas de muy diferente carácter, tanto económicas (finanzas, pagos, cultivos, bosques, pesca, inundaciones, comercio…, diez en total), como militares, jurídicas o domésticas (diez en total), que revelan la fuerza del aparato estatal, al final de la Edad Media, y la variedad de sus aplicaciones.

El marco administrativo se extiende del centro a las provincias, donde se impone con eficacia, tanto en Malí (siglo XIV) como en Sóngay (siglo XV). En el imperio de Malí no todas tienen el mismo estatuto. Antiguos reinos fusionados pacíficamente

(Mema) conservaron su jefe o su monarca, a partir de entonces vasallo del mansa; otros, antaño domeñados por las armas, se someten a la autoridad de un gobernador nombrado por el emperador, y este es también el caso de algunas ciudades estratégicamente importantes (Walata) y de provincias propiamente malinké. Pero, a fin de unificar el conjunto, los príncipes vasallos son vigilados por un representante del poder central, y el mansa reúne todos los años en la capital el consejo de los jefes de provincia. Este consejo define la ley común malinké (*laada*) que será aplicada en todas partes juntamente con la ley islámica (*sharî'a*). Esta es bien conocida por los gobernadores, todos aparentemente musulmanes, y por algunos antiguos peregrinos (*hâdjdj*); es aplicada localmente, sobre todo por los cadís, y contribuye poderosamente, en el siglo XIV, a estructurar el imperio. Entre los songay, en los siglos XV y XVI, las provincias son también cuidadosamente administradas; a nivel regional por los príncipes reales, al este, o por una aristocracia hereditaria, al oeste; y a nivel local por una multitud de agentes especializados, mejor conocidos que en el caso de Malí, que se encargan respectivamente de los dominios reales, los puertos fluviales, las flotillas, los portadores, los mercados, los grupos serviles, etc. Por último, el ejército, distribuido en los principales puntos estratégicos y colocado bajo las órdenes de los príncipes reales (*kurmina fari*, jefe del frente occidental) o de miembros de la aristocracia provincial (*dendi fari*, jefe del frente occidental, y muchos otros gobernadores regionales), es el encargado de mantener el orden. El rey se atrae a todos estos personajes, administradores, militares y ulemas, a través de dádivas, gratificaciones y donaciones de tierras o de esclavos.


GANA DEL SIGLO
IX AL SIGLO XI
Gao
Tombuctú
Senegal
Dienné
Kano
Níger
Niani
MALÍ
EN EL SIGLO XIV
Gao
Tombuctú
Senegal
Dienné
Kano
Níger
Niani
SONGAY
EN EL SIGLO XVI
Tombuctú
Gao



Los imperios medievales del Sudán occidental

Los imperios medievales del Sudán occidental

En los siglos XIII-XV se dan pues todas las condiciones para que se consoliden y desarrollen en el África negra sudanesa Estados organizados y centralizados. Los precedentes ejemplos dan buena prueba de esta realidad. A partir de entonces, la estructura política a la que remiten habitualmente las fuentes es siempre la monarquía, descrita como una entidad de una cierta extensión que reúne diversos clanes, relativamente estable y dirigida por un monarca, por lo general, adicto al Islam, a pesar de las remanencias animistas y mágicas de su poder. Se vislumbra a menudo en segundo plano una sociedad más compleja y más jerarquizada, dominada por una aristocracia de oficiales reales, de generales y de ulemas enriquecidos por los dones principescos, tanto en oro, en objetos y en hombres como en tierras. Se instaura el esbozo de un señorío hacendado (Malí, siglo XIV. Songay, siglo XV). En todo caso, emergen de la masa campesina agentes públicos, un ejército, una animación comercial y ciudades, que refuerzan el poder. Los primeros reinos conocidos surgen de la oscuridad hacia los siglos VIII y IX. antes de cualquier inicio de islamización. Se han formado en dos regiones distantes y diferentes. Unos, los más numerosos, jalonan del oeste al este, a manera de un largo cordón desarticulado, el Sâhil sahariano, a la salida de las pistas caravaneras, cuyos tráficos ayudaron, al menos, a su asentamiento; son, por ejemplo, los reinos de Takrûr, Diafam, Diara, Wagadu, Mema, Gao y Kanem. Otros, se concentran mucho más al sur, en torno a la des-

embocadura del Níger, en un espacio político y económico peor conocido pero ciertamente muy animado ya; se trata de los reinos de Ifé, Benin, Nupé e Ibo. Más tarde, en los siglos XII-XV, en relación con la progresiva penetración del Islam, con el gran comercio trans-sahariano y con algunas migraciones, la franja de Estados sahelianos se ensancha hacia el sur, y las etnias más marginales o más meridionales se organizan a su alrededor para dar nacimiento a los reinos wolof y serer (siglo XII) —que formaron el imperio wolof en el siglo XIV—, a los Estados soninké de Sosso (siglo XII), a los reinos mossi de Yatenya (siglo XIII, probablemente), a las ciudades-Estados del país hausa (siglos XIII-XV) y, más lejos, en el este, a Bornû, por deslizamiento demográfico y político de Kanem. Hacia el siglo XV, las poblaciones más meridionales, las de las sabanas guineanas y los bosques experimentan la misma evolución. Al irse internando en dirección al sur, hacia las minas de oro de los países akán y ashanti, los comerciantes wangara contribuyen a apresurar las transformaciones, tal vez en curso localmente, y a acelerar, a lo largo de las rutas que siguen, la puesta en marcha de los primeros verdaderos Estados locales, los reinos de Bono-Mansu, de Dagomba y de Gonja. El ejemplo de los viejos Estados nigerianos del sur, más aislados, es menos fecundo.

La unidad política es, pues, el reino, pero no todos tienen la misma riqueza, ni el mismo poder, ni el mismo éxito. La suerte, un poder o una sociedad mejor organizados, una mejor situación comercial, o el talento militar o político de un monarca, entre otras muchas razones, que favorecen determinados Estados, les permiten imponerse a sus vecinos y constituir lo que tradicionalmente se llama imperios. Los más antiguos se forman antes del siglo XI, al este y oeste de esta zona privilegiada saheliana, en torno a las primeras encrucijadas comerciales. Se trata, al oeste, de Gana, enriquecida por las minas de oro de Bambuk, y dueña, más o menos firme, de los reinos de Mema,

Diafanu, Sosso, Kaarta, etcétera, y de ciudades caravaneras diseminadas al sudoeste del Sahara; y, al este, se trata de Kanem, dueño durante un tiempo del oasis de Fazzán. Posteriormente, estos imperios declinan y se deshacen (Gana, siglo XI-XIII; Kanem, siglos XIII-XIV). Pero los nuevos triunfos enumerados más arriba (comercio, oro, Islam, administración) suscitan nuevas concentraciones políticas más ambiciosas aún, y les permiten durar varias generaciones, con un brillo desconocido hasta entonces. Es el caso, en los siglos XIII-XV, del imperio de Malí, fundado por Sundiata Keita (muerto hacia 1250), rico en oro también (minas de Bambuk y Buré), que se extiende, en el momento de su apogeo (Mansa Musa, 1310-1335), del Atlántico al Níger medio, agrupando, con firmeza y flexibilidad al mismo tiempo, innumerables clanes, reinos y etnias. Es el caso, a continuación, del imperio Songay, que se impone a partir de 1450, más vasto aún en su cénit que el precedente, ya que federa, durante un breve período, todos los reinos sahelianos desde Bornû y Air al este, hasta Fûta Toro y el país wolof al oeste (principios del siglo XVI); el antiguo Malí, reducido a su núcleo malinké y gambiano, está también en ese momento en su esplendor.

Pero África no es solo, en los primeros decenios del siglo XV, ese mundo aislado donde se saquean oro y esclavos. Al oeste al menos, su despertar pone las regiones sudanesas al nivel abisinio. Expulsado de España y Sicilia, el Islam abre una nueva vía que, como se sabe perfectamente, sigue siendo cinco siglos después una de las grandes arterias del cuerpo mundial. Este hecho es capital; prueba que, aunque mutilado y rechazado al norte, el mundo musulmán seguía siendo conquistador y vencedor en el sur. Es difícil apreciar hasta qué punto la cristiandad fue consciente de ello, pero, desde luego, es un hecho que no ignoró: antes incluso de iniciarse el siglo XV, tiende su mano ávida hacia África.

Tercera parte

HACIA LA EDAD MODERNA EN OCCIDENTE

(1430-1520)

Capítulo 8

EL SEGUNDO ALIENTO DE EUROPA

La década de 1420-1430 es una de las más sombrías de la historia europea. Parece que todos los elementos de descomposición denunciados en páginas anteriores tienen una virulencia destructora tal que solo pueden dar lugar a una civilización muerta. Por lo menos es este el sentimiento de los contemporáneos; así lo manifestaron durante largo tiempo los historiadores de los siglos siguientes y, pese a la existencia de un Michelet que supo descubrir todo el futuro que el siglo XIV llevaba consigo, cuántos no hubo, o sigue habiendo, que manifestaron su desprecio por las «crisis» y el «declive» de la Edad Media. Así pues, vamos a detenernos en este análisis. La hoguera de Juana de Arco ilumina el fin de los tiempos medievales. Sin embargo, el sentimiento de un cambio de decorado se produce desgraciadamente mucho más tarde: al final de los reinados de Carlos V, Francisco I, Enrique VIII, en la época de Rabelais y de Calvino, pero esto nos lleva ya a 1530 o 1540. Entre Juana de Arco y Lutero se abre ante nosotros un vacío de cien años. En otras épocas estos vacíos se colmaban liquidando viejos asuntos, con la guerra de los Cien Años, el fin de Bizancio, la peste, sin prestar demasiada atención a los acontecimientos que se están produciendo ya: las carabelas que surcan los mares africanos, el Renacimiento ya iniciado, y la constitución del Estado moderno. Y las cuestiones se zanjaban en función de los gustos personales o un poco por azar. Desde hace una generación, o mejor dicho unos quince años, el desarrollo de los estudios económicos regionales franceses, así como investigaciones acerca del arte y del pensamiento italianos, de la espiritualidad alemana y de la sociedad inglesa, han cambiado radicalmente esta visión. Decididamente, este período de la historia corresponde claramente a la época medieval. Un evidente enderezamiento de la tenden-

cia o, dicho de otro modo, una notable compensación del retroceso anterior, anima a la Europa cristiana entre 1450 y 1540-1550. Por mucho que digan o crean los modernos, no se puede pretender encontrar de nuevo, en ningún aspecto, por lo menos en el ámbito social o económico, el nivel del año 1300 o 1320; para ello será preciso aguardar hasta la revolución industrial de finales del siglo XVIII. Pero en esta conmoción, y en esta tregua, la Europa moderna estableció sus fundamentos.

La «reactivación»

Cuando una empresa ha sufrido una depresión e inicia de nuevo su lista de pedidos se dice que se ha producido la «reactivación»; en el siglo XV se decía «reconstrucción»; pero los dos términos poseen los mismos límites, hay que componer lo nuevo a partir de lo viejo, y el futuro sigue siendo incierto tanto en lo que respecta a la duración como a la eficacia de los esfuerzos destinados a conseguirlo. A veces ni siquiera son visibles estos esfuerzos; la impresión de «reactivación» viene dada tan solo por la eliminación natural de trabas o de ciertas calamidades, aunque se trata de una reactivación sin cambio estructural. El siglo que me propongo explorar presenta muchos de estos rasgos combinados entre sí.

La «copiosidad de lo popular»

Esta observación, por lo demás algo excesiva, de un moralista de 1520, con un vago rastro de terror y, en cualquier caso, de sorpresa, da cuenta en primer lugar de un fenómeno fundamental sin el cual todos los demás aparecen vacíos de sentido: la sangría humana ha tocado a su fin. Como no fallan los datos en nuestros archivos después de 1420 y, sobre todo, de 1470, el demógrafo avanza con una cierta seguridad en un terreno hasta

entonces incierto. Hay un hecho evidente: aumenta la población. Evidente pero complejo y no siempre claro.

Las epidemias, cuya brutal irrupción había no solo desencadenado sino precipitado el descenso demográfico, disminuyen: las últimas recurrencias de peste importantes datan de 1437 y 1440, incluso en 1465 en algunos lugares; es cierto que se registran epidemias de tifus, por ejemplo en la región de Nantes, con ataques sucesivos: a lo largo del período que se extiende entre 1470 y 1560 se nos habla de 51 años de ataques sobre 90. En cuanto a la lepra, constituye tan solo un mal recuerdo aunque, en realidad, nunca había sido devastadora; se atribuye su desaparición a los primeros brotes de tuberculosis, lo que representa un cambio descompensado pues esta última es más susceptible de arrasar núcleos sociales desheredados; y no hablemos de la sífilis, respecto a la cual franceses y napolitanos se disputan mutuamente el dudoso privilegio de haberla propagado entre los ejércitos y más allá de estos durante las «guerras de Italia», de 1498 a 1525. En realidad, esto tiene poca importancia si dejamos a un lado la «muerte negra». Lo que atenúa la virulencia de los bacilos no son los cuidados médicos que permanecerán idénticos hasta más allá de 1600, ni una especie de inmunidad progresiva de los habitantes, sino la mejor resistencia física de los seres humanos. De tal modo que, como ocurrió antaño con su «éxito», la «derrota» de la peste es un fenómeno secundario: desaparece porque el individuo ya no la padece.

¿Qué lugar debe darse a las guerras en este momento? A primera vista, la situación, como en lo referente a la peste, parece clara. En fechas distintas según los lugares, las conmociones causadas por las cabalgadas o por los asaltos de los mercenarios pierden intensidad: la recuperación de Burdeos (1453), la paz de Lodi (1454) en Italia, el final de las guerras husitas en Bohemia, o los acuerdos entre ciudades alentados por el emperador Federico III hacia 1470, constituyen algunas de las pruebas evi-

dentes, sin contar con el exterminio de numerosos mercenarios en Alsacia o su alistamiento en los ejércitos reales entre 1440 y 1450. Aunque no es prudente levantar excesivos entusiasmos. Aunque en el corazón del reino de Francia ya no hay más guerras, en principio, entre la batalla de Montlhéry en la que Luis XI derrota a las tropas de los príncipes (1465) y el principio de las hostilidades religiosas cien años más tarde, se libran batallas en la región de Artois, en Borgoña, hasta 1480, sin contar las bandas de *écorcheurs* («desolladores') que hasta aproximadamente el año 1480 surgen en los campos, por ejemplo en la región de Île-de-France. En Inglaterra estalla la guerra civil; en Alemania los caballeros, los *Ritter,* implantan el reino del más fuerte, el *Faustrecht,* en toda la Renania y la Alemania central; y no hablemos de Italia, de nuevo en un baño de sangre a partir de 1490. Por otra parte, ya he indicado que la guerra era la consecuencia de una situación nobiliaria deficiente. Entre la eliminación de esta nobleza y la nueva adopción, en nombre de los reyes, de una política de agresión no media lapso de tiempo alguno.

Las crisis de subsistencias parecen también en franca retirada en virtud del progreso experimentado por la producción. Pero las hambrunas devastan aún la región del Bourbonnais hacia 1465, el norte de Francia y Holanda en 1481 y en 1492, la Alsacia y la parte occidental de Alemania entre 1522 y 1525. Por otra parte, su actuación se limitaba al efecto secundario de producir menor resistencia biológica en quienes las padecían, siendo las muertes de seres humanos provocadas directamente por ellas muy escasas. Por consiguiente, nos inclinamos a creer que todos estos agentes externos, aunque favorezcan la duración de una reactivación eventual, solo producen unos efectos de repercusión secundaria y, aunque tal vez pudieron reforzar la impresión de relativa seguridad indispensable para un auge

de la natalidad, no son evidentemente la causa. Tal o tales causas habrá que buscarlas en otra parte.

Según nuestros conocimientos, muy escasos en un punto fundamental, podemos avanzar que los dos pilares de la progresión numérica de la población se fueron reforzando paulatinamente. El primero de estos pilares es económico: la reactivación agrícola se vio favorecida, tal como más adelante veremos, por la eliminación de un grupo importante de productores que desaparecen del mercado de la tierra, o incluso de todo tipo de mercado; las concentraciones parcelarias o el incremento del volumen de los bienes alimentarios producidos por explotadores mejor provistos, en tierras mejor agrupadas, permitieron elevar el nivel de vida y hacer retroceder la tasa de mortalidad, sobre todo infantil, como ocurrió también en los siglos XI y XII. Mientras que el *catastro* florentino de 1427 recogía datos de familias en las que 15 de cada 20 hijos o 6 de cada 11 morían en los primeros años (y la declaración no puede ser errónea ya que el catastro tiene en cuenta un «cociente familiar»), el coeficiente de hijos supervivientes por cada matrimonio fecundo experimenta un nuevo ascenso en los años siguientes. En la región de Lyon este coeficiente que, antes de la peste, era de 3,9 por mujer, queda reducido a 1,8 en 1430, por debajo del umbral de renovación de generaciones, y en 1480 vuelve a subir a 4,5 o 5,1. Sin lugar a dudas, uno de los factores fundamentales de esta recuperación fue una mejor alimentación. Pero es preciso unir a ello la vuelta al «modelo matrimonial» ya descrito repetidas veces y en el que el matrimonio de edad precoz, por lo menos en cuanto a la muchacha se refiere, favorece repetidas maternidades; mientras que en 1425 Bernardino de Siena afirmaba que en Milán 20 000 muchachas casaderas seguían solteras después de haber cumplido los 20 años, en el catastro de 1427 se puede observar que un 74 por 100 de las campesinas están casadas ya a esta edad (en la ciudad el porcentaje es, sin

embargo, de un 58 por 100, como se señalará más tarde) y que, después de 1480, el Monte delle Doti, creado en Florencia para procurar a las solteras medios con qué hallar un marido, cierra sus puertas por falta de clientes. Es ya sabido que, en estos tipos de unión, el hombre es siempre mayor, pero se observa que la edad de 23 a 27 años es considerada como adecuada en el siglo XV mientras que, antes de 1320 o 1340, era frecuente casarse a los 30 años cumplidos. Podría añadirse un último elemento que, por el momento, escapa sin embargo a cualquier demostración científica: la preponderancia numérica del sexo femenino; ¿se trata de un accidente coyuntural, por ejemplo un retroceso de la mortalidad puerperal debido a una mejor práctica de la obstetricia, o de un impulso biológico de larga duración que no alcanzamos a comprender? En cualquier caso hay aquí un hecho confirmado por los cómputos realizados; mientras que en Toscana, en 1427, el número de hombres es siempre algo superior al de mujeres, lo que corresponde al esquema arcaico, después de 1455-1470, en Basilea, Nuremberg, Artois, Holanda, se da el fenómeno contrario, es decir, unas 110 o 115 mujeres para 85 o 90 hombres. Sin detenernos en las consecuencias morales (o económicas) de esta situación, nos limitaremos a recordar que, al estar saturado el «mercado» de esposas, la edad del matrimonio de la mujer desciende y la fecundidad se inicia más pronto.

Estas son posiblemente las causas materiales de este cambio de sentido de la coyuntura demográfica; pero no parece fácil medir o fechar tal coyuntura. En cuento a este último aspecto hay que recordar que no hallamos nunca un fenómeno de ruptura parecido al de 1347-1350; este período se caracteriza por una lentitud de movimientos pero también por una diversidad extrema: ciertas regiones, como la parte alta de la Provenza, Cataluña, Île-de-France, continúan su descenso hasta el final del siglo XV; otras, como la región de Auvernia, Borgoña, Lyon,

Essex, Hainaut y ciertas partes del Languedoc, experimentan a partir de 1440 un nuevo auge. Por consiguiente, no se puede hablar de ningún tipo de progresión regular; basándose en promedios ingleses, normandos o del Hainaut se podría decir, a grandes rasgos, que el ritmo de renovación, que antes de 1410-1420 era negativo, se vuelve positivo hacia 1420-1440 en los mejores casos, con un crecimiento anual de 0,15 por 100 a 0,30 por 100, ya que el verdadero auge se inicia después de 1450-1560, época en las que hallamos porcentajes de 0,50-0,64 por 100. Después de 1475 el incremento anual se mantiene entre 0,80 y 1,2, aunque se hayan registrado cifras de 1,28 en la región de Caux y 1,94 en el Languedoc, lo que representa que la población se ha duplicado en tres o cuatro generaciones. Desgraciadamente, los datos numéricos ofrecidos al inicio del siglo XVI muestran una interrupción: los porcentajes se estancan hasta alrededor de 1520-1530 y la cifra de habitantes en la mayor parte de países solamente alcanza las tres cuartas o las cuatro quintas partes de la de 1310 o 1320; por esta razón la «copiosidad» que ha dado nombre a este apartado parece abusiva, sobre todo teniendo en cuenta que una nueva caída se inicia hacia 1550. Pero esto está lejos de mi propósito y su mención sirve tan solo para subrayar el carácter de interrupción y de reanudación parcial del fenómeno.

Es preciso añadir a todo esto un último rasgo de importancia nada desdeñable. La situación en la ciudad parece poseer su propia especificidad. Es cierto que esto ha sido siempre así y las «crisis» del siglo XIV habían sometido a las ciudades a brutales fenómenos de expansión y constricción. Las principales oleadas de aflujo a la ciudad dejaron siempre detrás suyo ciertas secuelas y ya aludí a este crecimiento urbano, preludio de la tiránica explotación de las zonas rurales. Naturalmente, la atracción por la ciudad no disminuye una vez desaparecido el peligro más acuciante, porque, detrás de las murallas, el «retrayen-

te» y el «fugitivo» hallarán acogida más fácilmente que en el campo y tal vez trabajo. Por esta razón incluso asistimos, a partir de 1450, en casi todas partes, a una inmigración que planteará a los consejos urbanos serios problemas de asimilación. Las corrientes pudieron experimentar cambios de dirección en función de una coyuntura móvil; así, en París hacia 1480 o 1500, la alta Normandía y la Bretaña (31 por 100) rivalizan ampliamente con las dos zonas abastecedoras de antaño, la zona inferior del departamento de Seine et Oise (29 por 100), mientras que el sur del Loira, ausente hasta entonces, recoge un 18 por 100 de los inmigrados. El volumen de este flujo es difícil de calibrar: entre 1435 y 1455 se estimaba que en Reims era de un 25 por 100 de la población, y de un 35 por 100 en Estrasburgo. Algunas ciudades, de diversa importancia, fueron literalmente repobladas por los recién llegados: Vannes, Rennes, Sélestat, Colmar; o, por lo menos, su tejido social sufrió profundas modificaciones, como en Arles o Périgueux. Sin embargo, en conjunto, se tiene la impresión de que, también en estos casos, las cifras de la población no sufren cambios importantes, incluso si en el año 1500 la mayoría de las ciudades tienen una población igual o superior a la de 1300, como ocurre en Lille, Dijon y Gante. Estos incrementos son tardíos, más tardíos que en el campo, y rara vez tienen lugar antes de 1470; además, aparecen acompañados de un fenómeno de rechazo de una parte indeseable de esta nueva población, que queda relegada a los arrabales y barrios de mala nota. En la Provenza, en el Macizo Central, en las orillas del Rin, para tener «derecho de ciudadanía», era preciso haber adquirido una parcela y recibido un «permiso de residencia»; lo mismo ocurría en Burdeos pese a estar sufriendo aún las consecuencias de dos asedios consecutivos; quien no conseguía estos beneficios era expulsado, tal como se observa en los estados borgoñones hacia 1460 o 1470. Y paso por alto algunas manifestaciones, excesivas y breves, por medio

de las cuales algunos príncipes, vaciando una ciudad rebelde, creían asegurarse el apoyo de quienes habían sido forzados a establecerse en ella, tal como ocurrió en Arras y en Lieja durante las guerras franco-borgoñonas.

Un campo reverdecido

Las condiciones de la reactivación agrícola son paralelas a las del despertar demográfico, y con razón, pues ambos fenómenos están estrechamente relacionados. Es difícil llegar a dilucidar los verdaderos motivos y las etapas de tal reactivación, pues las disparidades y contradicciones son muy grandes. En primer lugar daremos algunos ejemplos relativos al momento del «reverdecimiento»: hacia 1460, el rendimiento del Cambrésis de seis hectolitros por hectárea, lo que constituye una cifra media pero corriente en la región, se opone a los nulos resultados del Quercy que en 1473 está aún «completamente yermo», es decir, desierto. En lo que respecta a la Auvernia o la Provenza, habrá que esperar al principio del siglo XVI para ver labrar las parcelas abandonadas; por otra parte, en las asambleas de «Estados» celebradas en Francia en 1484, así como en Inglaterra en 1489, en el momento de la querella presentada por John Rouss y otros al rey Enrique VII, en 1498 en Toscana, si creemos a Savonarola, o en 1500 en Dinamarca, las quejas se alzan siempre contra la mediocridad de dicha reactivación. Por el contrario, parece posible dilucidar las condiciones técnicas de esta última: tal como se ha demostrado, por ejemplo respecto al Quercy, se trata con frecuencia (en un 80 por 100 de los casos en esta región entre 1450 y 1490) de tierras dadas a censo de forma colectiva y, por consiguiente, mediante la combinación de esfuerzos en un sector determinado. Por otra parte, la curva de precios de los cereales permanece estancada a partir de 1470, lo que permite una producción mayor en las tierras reagrupadas, que es entonces más rentable. Sobre todo porque disminuye el incremento de los costos salariales al producirse un

aumento de mano de obra: en Inglaterra, entre 1430 y 1450, y después desde 1470 a 1490, tales costos llegan incluso a descender, entre un 10 y un 15 por 100 para cada uno de los dos períodos respectivamente, debido tal vez a la competencia urbana.

Los resultados, como las fases de la reactivación, pueden presentarse, de modo global, de la siguiente manera: de 1440 a 1475, el esfuerzo se centró fundamentalmente en los cultivos rentables, sobre todo en Alemania e Italia: el lino, los viñedos, frutales y olivares; desde 1475 a 1520 se recuperan las parcelas vacías, las tierras marginales; pero hasta antes de 1520 no se intentan recuperar, en Alemania y en las regiones mediterráneas, los *Wüstungen* del siglo XIV. Y se cree que, aun en los mejores casos, apenas se consiguió recuperar para el arado un 20 por 100.

Pese a la ligera recuperación del precio del grano, después de 1460 o 1470, el suelo cultivable no aumenta su valor. El precio del acre de tierra apta para el arado se mantiene, en Inglaterra y en Neufburgo, como máximo al mismo nivel que en 1420-1425. La razón de la persistencia de este estancamiento es bastante clara: la rentabilidad que persigue quien quiere explotarla le incita a especular con otros cultivos, y ya he indicado que desde la mitad del siglo XIV empieza a manifestarse la tendencia a la especialización del suelo. Si una parcela de viñedo requiere un gasto de 20 libras y proporciona una ganancia de 45, como en Borgoña hacia 1450, ¿por qué lanzarse a la aventura del trigo? Durante un tiempo, incluso se frena el retroceso de las cepas en tierras de calidad mediocre en beneficio de los buenos viñedos rentables. Incluso pueden observarse *junkers* intentando aclimatar la viña en Sajonia hacia el año 1500. La *coltura promiscua*, la mezcla viña-olivar, viña-nogales, hortalizas-nogales, característica aún de muchos paisajes del sur de Europa, adquiere en este momento mayor difusión.

Pero el interés del campesino se concentra cada vez más en la ganadería. El consumo de carne y de derivados lácteos no es la única justificación a tantos cuidados; las razones radican más bien en el considerable auge de las más diversas variedades de tejidos a base de lana que proporcionan a los contratos del sector ovino un interés excepcional, tanto para el hombre de la ciudad que compra un rebaño ya formado y lo arrienda, como para el arrendador a quien se compra el aumento del ganado y el producto del mismo durante un año, lo que le protege de contratiempos. No disimularemos, por otra parte, el aspecto especulativo o, por el contrario, alienante de un gran número de estos contratos de arriendo de ganado, denominados *gasaille* o *nourkiage* según se trate del sur o del norte de Francia y *soccida* en Italia. Después de 1460 es muy frecuente en los Alpes del Sur o en los Pirineos, que muchos campesinos incapaces de hacer frente a los gastos agrícolas vendan a la gente de la ciudad la propiedad de sus animales para obtener liquidez y sigan realizando los esfuerzos que la cría de ganado requiere, percibiendo solamente, al cabo del año, una pequeña parte de los productos. Probablemente a partir del momento en que estos contratos se convierten en algo corriente tiene lugar la escisión entre las especies, tan natural a nuestros ojos pero tan extraña en la Edad Media central: tiende a desaparecer la transhumancia indistinta y la práctica de dejar a los animales a su aire en los bosques para ser sustituidos por establos, pocilgas y pastores especializados.

Entre los elementos que han podido dar a la cría de ganado ovino una amplitud desconocida hasta entonces se encuentra ciertamente la ruinosa competencia de una cría de ganado «exótica». Hacia 1480, Hungría exporta a los países del oeste europeo tanta carne de ganado bovino y productos lácteos que es necesario tomar medidas de contingentación e incluso de proteccionismo sistemáticos, como en Colonia (1492); en cuan-

to a las ovejas, la introducción en Europa medirional de especies de pelos largos provocó una recuperación de la cría regional: se desconoce el origen, geográfico y semántico, de la raza «merina» conocida desde 1278 en Sicilia y en España desde 1344. ¿Proviene este nombre de los meriníes de Marruecos?, ¿o tal vez pertenece a una tribu bereber? ¿Qué papel jugaron los genoveses en su instalación a lo largo de la región del Tirreno? Por otra parte, su introducción no significa en todos los lugares, ni tampoco inmediatamente, el cambio a una cría intensiva de ganado; en el Delfinado, el Cantal, la alta Provenza, la destrucción del sotobosque, la erosión ocasionada por el paso y la voracidad de la ganadería continúan o se inician nuevamente; el número de cabezas ovinas excede con creces, en la Provenza interior, al de seres humanos. En un primer tiempo, únicamente la Península Ibérica, donde las tradiciones de transhumancia eran de una solidez a prueba de siglos, supo organizar racionalmente los reagrupamientos, el marcado de los animales, los itinerarios y la tasación de los rebaños. La Mesta (otro nombre de etimología discutida) aparece hacia 1275 como una simple hermandad y se convierte luego en una potencia económica y política pues sus principales proveedores, «grandes» de España u órdenes militares, están en condiciones de dictar órdenes a los reyes, en función de sus intereses, acerca de la política fiscal y de la apropiación de tierras. En 1360, se calcula en un millón de cabezas los rebaños agrupados poco a poco en esta asociación, en 1450 alcanzan los 3 000 000 y los 4 700 000 cabezas en el momento en que el rey Fernando de Aragón, tras apoderarse del gobierno de las órdenes de monjes-soldados, se convierte en el primer criador de ovejas de España. Este poder no solamente goza de privilegios exorbitantes y de exenciones escandalosas, sino que los desperfectos cometidos en las tierras cultivadas por el paso de varios miles de cabezas no tienen posibilidad alguna de ser reparados, a pesar de las quejas de los campe-

sinos, porque detrás de las ovejas se alza toda la nobleza y la realeza.

La transformación del paisaje

La situación es algo diferente en Inglaterra y su examen nos ayudará a realizar la transición a un hecho de gran importancia en la historia agraria europea: el desarrollo del *bocage*. En el archipiélago, el ganado, ovino u otro, no puede ser transhumante. Por el contrario, la calidad de la lana, antes de la introducción de la oveja merina en España, era una indiscutible ventaja para la exportación. Desde el reinado de Eduardo III la situación se modificó, en primer lugar debido a las dificultades que había en Flandes para trabajar como consecuencia de las guerras e incluso después de que el rey inglés organizara en 1362 en Calais una «etapa» que permitía descargar las balas de lana con toda seguridad, y además porque numerosos artesanos de Holanda, Artois o del Rin se trasladaron a Inglaterra con lo que se propició el desarrollo de una industria propiamente inglesa. En este punto debemos detenernos un instante: dejando aparte el «acta de navegación» de 1381, que fue totalmente ineficaz, nos hallamos en presencia de las raíces de la «preponderancia inglesa» del siglo XVIII en el terreno económico. A partir de entonces, la cría de ovejas se convirtió en el archipiélago en una actividad mucho más rentable que antes, incluso especulativa, ya que los derechos arancelarios a la exportación desaparecieron: los comerciantes de Saint-Yves, Southampton, Stanford, Bristol, Winchester ya no procedían de la Picardía ni de Flandes sino que eran comerciantes ingleses. En este auge del ganado ovino el papel de los cistercienses parece haber sido determinante: se trataba de una de sus actividades tradicionales desde el siglo XII y en este momento pusieron en ella el máximo esmero organizando incluso convoyes hasta Hull, fletando navíos y dando trabajo a los aldeanos de los alrededores. Su ejemplo fue seguido por numerosos miembros de la *gentry*, pero además se ob-

serva la aparición en la ciudad de la categoría de los *woolmen*, que eran en un principio corredores más o menos estipendiados los cuales, en épocas de escasa oferta, recorrían la campiña inglesa en busca de propietarios en dificultades a los que les ofrecían por adelantado, aunque evidentemente a un precio muy bajo —debido a los riesgos, aducían los *woolmen*— el valor de los vellones sobre los animales, para obtenerlos en el momento que los esquilaran y venderlos ellos a precios muy altos. Pero para otros explotadores, a resguardo de estos avatares, la cría de ganado constituía un buen negocio en un país en el que, según el refrán de la época, «la pata de cordero convertía la arena en oro».

Y no me desvío lo más mínimo de mi propósito. Pues esta cría, incluso sin grandes desplazamientos, tiene necesidad de espacio; además, el cordero, voraz y poco domesticado, amenaza con arrasar bosques y cultivos: es preciso, pues, cerrar las zonas en las que se encuentra. A partir de entonces se inicia el fenómeno bien conocido del vallado, las *enclosures*, como se les denomina al otro lado del canal de la Mancha. Esta práctica podría ser algo anodina y depender tan solo de la iniciativa personal: pero en los campos de *openfield*, y tal es entonces el paisaje inglés, y otras tierras del continente actualmente de *bocage*, cerrar es quebrantar las prácticas de la vida agraria común, impedir además el pasto libre de otros animales, obstaculizado por los cercados, imposibilitar la rotación de cultivos y deshacer paulatinamente la comunidad. De tal modo que no es excesivo decir que los vallados ingleses fueron, por lo menos a la larga, tan mortalmente perjudiciales para el campesinado del archipiélago como lo fueron para España los abusos de la Mesta. A nivel del poder real pronto se adquirió conciencia de ello: a partir incluso de 1235 en Merton el rey prohíbe apoderarse y vallar los bienes comunes; pero esta medida y otras fueron anuladas, después de 1380-1390, por la oleada de auge de la ga-

nadería. Y esto tuvo lugar con mayor razón aún hacia 1430 o 1450, cuando las concentraciones parcelarias permitieron a numerosas familias cerrar extensas zonas. Con frecuencia este fenómeno se relaciona con el de la deserción de las zonas rurales: en efecto, en muchos casos, las comunidades, arruinadas por una desaparición considerable de la superficie apta para el arado, o ante la imposibilidad de proseguir una vida agraria regular, se vieron obligadas a disolverse dejando tras de sí lugares vacíos. Esta masa de aldeanos arruinados afluyó a las ciudades, convertida en mano de obra vulnerable, dispuesta a hacer cualquier cosa, constituyendo una raíz nada desdeñable de la industrialización inglesa posterior. Entre 1450 y 1489 se vieron de este modo afectados cerca de dos mil lotes de tierras: en los condados de los Midlands y los alrededores de Leicester o de Lincoln, junto con el norte de Newcastle, las zonas cerradas afectaron a los dos tercios de los pueblos, mientras en Norfolk y en los condados del sudoeste de Londres solamente la mitad de ellos se vio afectada. Las regiones de York o de Birmingham sufrieron menos las consecuencias. Las protestas llegaron hasta el propio príncipe, sobre todo en la gran petición de 1489, y se abrieron diversas investigaciones, como la del cardenal Wolsey en 1517. En realidad, el rey estaba interesado en el desarrollo de una industria lanera inglesa y dejó que las cosas siguieran su curso limitándose a unas meras advertencias. Desde entonces, el movimiento pudo crecer a voluntad. Alcanzará su punto culminante a finales del siglo XVI, en tiempos de Isabel, pero esto cae ya fuera de lo que me propongo abarcar.

Uno se pregunta si existieron fenómenos de la misma naturaleza, que no de la misma amplitud, en el continente. En todos los lugares en los que el aumento de los pastos es notable, en Hainaut, Angoumois, el Franco-Condado, Tirol, Baviera, Thiérache o Bray, continúa la duda sobre la antigüedad de las primeras vallas de setos y la amplitud del fenómeno. En otras pa-

labras, no estamos del todo seguros de que el *bocage* haya «nacido» en el siglo XV. El único dato poco discutible es que se produjo un incremento de la cría de ganado en estas regiones, así como en las tierras más frías de Bretaña, del Poitou y del Macizo Central, en las que los *gastes* abiertos —tierras estériles— rodeaban a las *coutures, trests* o *gaignettes* que siempre habían estado cercadas y que este incremento multiplicó los setos y las tapias. La aparición de los vallados ingleses viene acompañada de un indiscutible aumento de las parcelas cerradas.

El bosque que se cierra

Nos queda el problema del bosque cuyo crecimiento he mencionado ya. No hay ningún rastro de roturación en la fase de reactivación del siglo XVI. A este respecto habrá que esperar al siglo XVIII para reemprender la tala de especies. Por otra parte los beneficios procedentes de los bosques, tanto de la tala como de la recolección, adquieren unas dimensiones que merecen la atención de todo propietario que sea buen administrador: en Neufburgo, hacia 1500, el *bosc* proporciona 907 libras al señor, frente a las 400 del *plain*.

Se asiste, incluso en Alemania, a empresas especulativas con efectos por otra parte desastrosos, por ejemplo alrededor de Nuremberg, donde los burgueses o los comerciantes de madera, como los Hülpüchel, obligan a renunciar a los encinares en beneficio de las coníferas de crecimiento rápido y cuya madera se presta a todo tipo de trabajos. De esta época data, sin duda, la invasión progresiva de pinos, abetos y alerces en los macizos hercinianos, vegetación que se considera genuina pero que en realidad es el fruto de las especulaciones urbanas de los siglos XV y XVI; fruto por otra parte venenoso ya que el espeso e infecundo tapiz de agujas que recubre el sotobosque hace que este sea totalmente estéril; el ganado no tiene con qué alimentarse; y por motivos distintos, pero de efectos no menos catas-

tróficos, el campesino alemán o lorenés se ve reducido a la sencilla labranza si no a la huida.

El avance del bosque no puede impedirse: en Sologne en el siglo XV, el 72 por 100 de las explotaciones, llamadas *chézeaux*, son explotaciones forestales; además, el bosque, a falta de extensión, gana en actividad: los carboneros, los leñadores, la gente del bosque, los *godins* (¿de *Wald*, bosque en alemán?) viven en él permanentemente, formando, como los eremitas y los fugitivos del siglo XI. una población artesana «salvaje» cuyo papel es probablemente fundamental, al igual que el de sus predecesores del siglo XI, en el despertar del «sector secundario», utilizando el término de los economistas. Sin embargo la desconfianza de los propietarios de todos los espacios útiles respecto a abusos, reales o imaginados, por parte de quienes frecuentan los bosques, es probablemente la razón principal de dos series de medidas en las que los inconvenientes superan con creces las ventajas: en primer lugar, se ponen límites a la libertad de cazar, privilegio ancestral de todo hombre libre y al que se dedican con entusiasmo los campesinos (tal como sigue ocurriendo hoy en día); ciertamente tal libertad se había visto ya limitada debido al coste de las armas, las jaurías, las redes, el personal de ojeo, que hacían que ciertos tipos de caza —lobo, oso, jabalí, ciervo— quedaran reservados únicamente a la aristocracia. Sin embargo el arte de la montería se extiende en el siglo XVI mucho más que en épocas anteriores y se perfecciona a medida que avanzan los conocimientos zoológicos de los nobles; la caza no se considera ya como una necesaria preparación a la guerra, o un medio de comer algo que no sea tocino, sino que se ha convertido en un deporte y un juego de destreza al que las damas deben poder asistir, lo que les obliga a extender a especies poco temibles los ejercicios de persecución y muerte. El zorro, la cierva, el corzo, incluso la liebre y diversas especies de aves, dejadas hasta ahora voluntariamente a la caza con arco, con red

o a los medios de caza de los campesinos, se convierten en botín de los nobles, del mismo modo que la adopción de la caza del halcón procedente de las civilizaciones orientales (iniciada en el reinado de Federico II, que adquirió los rudimentos de la misma en contacto con el Islam) exige también un personal especializado; muy pronto los perros serán adiestrados en los distintos modos de correr y apresar a las piezas. Para un noble era una prueba de generosidad organizar cacerías a caballo de varios días, como en el siglo XV lo hicieron Luis de Orleans o el rey Renato de Anjou. Algunos príncipes mostraron incluso un talento indiscutible en la exposición de las técnicas de rastreo y un hombre como Gastón Febo dejó a este respecto, en el siglo XIV, verdaderos tratados de caza. Hay que indicar también que los reyes, que siempre habían considerado este tipo de actividad como algo genuinamente real, no quisieron ser menos y desde Carlos VII a Luis XVI no hubo un solo rey que no viera en ello un verdadero deber. Esta evolución iba en perjuicio de los intereses evidentes de la gente del campo: a partir de 1450 los procesos que hasta entonces se referían a casos de caza furtiva en los cotos de los grandes señores toman ahora la forma de prohibición de uso; se ataca, en primer lugar, el tipo de instrumentos usados por los aldeanos alegando —no siempre sin razón— que da lugar a exterminios nocivos (recordemos que una evolución idéntica se está produciendo en la pesca); algunas especies se reservan, además, exclusivamente para el dueño. Algunos príncipes se dieron cuenta pronto del beneficio material que podían sacar de estos conflictos: en 1470 Luis XI vendió a los señores los derechos de monopolio de caza en ciertos bosques; esto fue el punto de partida de una progresiva exclusión del campesinado de la caza forestal. Los pretextos de preservación biológica tienen su influencia, pues llevar a cabo batidas de lobos o jabalíes sigue siendo una práctica posible en caso de proliferación de estas especies; pero es fácil observar el

retroceso jurídico y económico que el interés fiscal del rey y el interés moral del noble comportan para los aldeanos, ahora reducidos a la caza furtiva, a los tordos, a los conejos de los cotos o a los depredadores que sorprenden en sus gallineros.

El vallado de los bosques, convertidos en parques o cotos de caza, coincide con el auge de las prácticas de regeneración de las especies. Y son los conocimientos botánicos los que se ponen en entredicho. Ya he señalado que desde finales del siglo XIII, incluso antes en el caso de los cistercienses, por ejemplo, una preocupación por despejar el sotobosque, por dejar libre y facilitar el crecimiento de los árboles de altura, había permitido «parcelamientos» de zonas forestales aisladas del pastoreo o de los usos campesinos a fin de favorecer la regeneración. El hecho de que los métodos aplicados a partir de 1340 o 1370, y más tarde en el frente atlántico y en Alemania, para conseguir tal regeneración sean acertados o no es algo discutible. Las ordenanzas de Francisco I en 1516, respecto a los bosques reales, que fueron ampliamente imitadas, prevén talas cada doce años y cada año un vaciado del monte bajo denominado la *souille*. Tras una tala se cierran las zonas previamente medidas recubiertas de plantaciones a razón de veinte resalvos por arpende para las especies robustas, encinas y hayas, a las que se dejará crecer por más tiempo. Pero los tres primeros años siguientes a las plantaciones están prohibidos la tala y el pastoreo en el bosque. El aspecto positivo de estas medidas es, como en el caso de la caza, incuestionable, pero estos vallados, estas evicciones, y no digamos las acciones especulativas que afectan a las coníferas, a las que ya me he referido, perjudican también a la comunidad campesina.

De este modo, la parte forestal del paisaje, que constituye el segundo pilar de la economía medieval, tiende a pasar a manos de amos que se reservan el disfrute para sí mismos, aun aduciendo excelentes motivos. El problema se complica, a princi-

pios del siglo XVI, y la resistencia campesina se paraliza a causa de la mezcla inextricable de derechos señoriales en un conglomerado de relativa importancia: no solamente se ven afectadas las prohibiciones de tala, caza y repoblación forestal sino que los guardianes, jefes de guardias forestales, prebostes…, representan a mentido intereses rivales y superpuestos. Así, por ejemplo, se descubrió que en el bosque de Orleans. 44 señores y eclesiásticos poseían fragmentos del bosque, además del rey. Y el ejemplo del bosque es bastante característico del «relanzamiento» de finales del siglo XV. Se observan, indudablemente, elementos indiscutibles de reactivación, pero de límites reducidos, y los beneficios son discutibles.

Un artesanado más afianzado

Del mismo modo que los problemas planteados por el mundo rural dan pie a interpretaciones divergentes, sobre todo si se toma en consideración la profundidad de las conmociones del siglo XIV, el sector artesanal ofrece un aspecto alentador; lo cual no está desvinculado, lo repito una vez más, de la supremacía urbana de épocas ulteriores. Las causas de esta «buena salud» son múltiples: la mano de obra, aunque de cualificación ciertamente desigual, no falta ni en la ciudad, donde se produce la afluencia de refugiados, ni en los pueblos, donde la remuneración de un salario de artesano es, para los más desfavorecidos, una necesidad vital; tampoco faltan las posibilidades de empleo: ya he indicado que una de las particularidades de la historia laboral de Occidente a partir del final del siglo XIII es una progresiva subdivisión en los oficios de las sucesivas etapas de preparación; el perfeccionamiento de las técnicas y la especialización de los obreros permiten, pues, ofrecer al mercado productos diversificados para una clientela, a su vez diversificada, y en cualquier caso más exigente que nunca. Sin embargo se observa que, al verse indiscutiblemente incrementados los costes de producción, en ciertos objetos de preparación esmerada,

pertenecientes por ejemplo a los sectores textil o metalúrgico, cada vez aumenta la diferencia entre el producto reservado a una élite económicamente poderosa y el destinado al público en general. En este aspecto el artesanado ha desempeñado un papel muy activo en la discriminación social y, en consecuencia, en los enfrentamientos de clases. Referiré un solo ejemplo, harto ilustrativo: mientras que hasta el siglo XIII la vestimenta a duras penas servía para diferenciar a los individuos y solamente la utilización de una franja de piel, un cordoncillo dorado o un color caro como el rojo conseguían este objetivo, a partir de ahora el campesino no viste como el comerciante ni este como el caballero; y la «moda» indumentaria, tanto más extravagante cuanto que se convierte en un signo de promoción social, opone a los individuos. Después de todo, esto es un rasgo que ha caracterizado a los países industrializados hasta hace 50 años y que en ciertas partes sigue subsistiendo. Y, naturalmente, no he hecho referencia a la vajilla, al mobiliario, a las tapicerías, que siguen una evolución parecida.

El progreso ininterrumpido de la técnica es otro factor importante que ha sostenido también esta vitalidad artesanal; en seguida me referiré a la mina, pero, en el sector textil, cuyo papel conductor es conocido desde hace siglos, las innovaciones aparecidas en el siglo XIV se han convertido en este época en un hecho habitual: tomos, telares, molinillos de seda se extienden antes de 1420 desde Ypres a Florencia. Por otra parte, hay que señalar que tales equipamientos no solo permitieron un trabajo más regular sino que también facilitaron la diversificación de la producción a la que me acabo de referir. Por ejemplo, la fabricación de tejido de sayo, es decir, paño ligero, de buen precio, algo áspero y rompible, se implanta en el siglo XV en Inglaterra, cerca de Bristol, Winchester, Salisbury, pero sobre lodo en la parte central del Mosa, en el Flandes marítimo. De los viejos centros como Arras, Tournai, Aire o Huy surgió una nueva ju-

ventud; otros centros como Hondschoote, Menin. Saint-Trond, Armentiéres hacen su aparición. En el mismo momento la introducción del algodón oriental en Italia, en primer lugar en Milán y Venecia, y a continuación en Alemania del Sur, en Constanza, en Augsburgo y en Ratisbona promovió la fabricación de fustán, ya sea mediante la mezcla de seda y algodón, ya mediante la más frecuente de lana y algodón; una familia como la de los Függer halló en esta actividad la base de su prosperidad.

De todos modos, los dos rasgos más importantes de la consolidación del artesanado radican en su estructura. En primer lugar, los vínculos entre el campo y la ciudad son ahora muy sólidos. Desde hace ya tiempo los dueños de las fábricas de las ciudades italianas y, después, de las ciudades que bordean al Ródano, habían tomado la costumbre de confiar la ejecución de toda la obra o de una parte de la misma a las manos campesinas; en Génova, a principios del siglo XIV, un 70 o 80 por 100 de los trabajadores del sector textil a cuenta de empresarios vivían en los Apeninos. Pero, con frecuencia, dicha práctica despertaba hostilidades hacia los trabajadores rurales, pues la gente de los pueblos recibían una paga inferior, lo que obligaba a sus compañeros a demostrar una mayor flexibilidad. De vez en cuando, como en Flandes, estos se precipitaban en el interior de las chozas para destruir el utillaje que les hacía la competencia. Al principio del siglo XV estas prácticas salvajes dejan de producirse; por una parte, la especialización de los obreros los protege frente a la competencia de los aldeanos o de los trabajadores a domicilio, cuyo trabajo era forzosamente inferior; por otra parte, la idea de una especie de reparto de competencias a dos niveles distintos de aplicación de estas técnicas entra dentro de las costumbres habituales. También la actividad textil es la que nos proporciona mayor número de datos de diversa procedencia, pues las cosechas, el riego con agua corriente, el seca-

do e hilado del lino solamente pueden realizarse al aire libre; en todos los lugares en los que se desarrolla este sector en el siglo XV, en Irlanda y Gales, en Borgoña y Bugey, en Suavia y Baviera, las madejas de lino son transportadas a la ciudad pero preparadas en el campo; en cuanto a la lana, sargas y sayos son asunto del campo mientras que la ciudad guarda para sí los aprestos, tintes y todo el sector del paño grueso, más difícil de hacer circular en el mercado pero de precio mucho más alto. En estas condiciones, una constelación de pueblos dependientes de los encargos de la ciudad se forma en torno a los centros de acabado, en las orillas del lago de Constanza alrededor de Ravensburg, en los valles de los afluentes del Severn alrededor de Bristol; en Prato, hacia el año 1400, la empresa Datini emplea a 317 trabajadores en la ciudad y a 453 en un radio de 40 kilómetros; alrededor de Canterbury un 15 por 100 de la población rural de unos 300 pueblos está dedicada a trabajar el paño. Ante todo esto es fácil vislumbrar en el horizonte la progresiva sujeción de las zonas rurales.

Un segundo aspecto de la estructura artesanal nos empuja a grandes pasos hacia el futuro: la concentración progresiva de empresas. Cuando Chrétien de Troyes, a finales del siglo XII, describía cien doncellas trabajando, pensaba que sus auditores, sedientos de maravillas, se quedarían estupefactos ante este hecho. Dos siglos más tarde eso es algo real e incluso frecuente: he mencionado ya a los Bardi y muy recientemente a Prato; a principios del siglo XV, 2000 obreros trabajan en la Zecca, que es el arsenal y taller monetario de Venecia; un poco más tarde habrá 500 mineros en las minas de alumbre de Tolla. Sin embargo, lo que más llama la atención del historiador no es el reagrupamiento masivo de hombres en un solo punto sino la concentración del número de talleres bajo una misma mano. Tomados por separado, cada taller puede agrupar solamente a diez o doce oficiales, incluso de la industria textil de Florencia

o de Frankfurt; pero estos talleres forman parte de una agrupación; el utillaje es común en la mayoría de los casos; la compra de productos se realiza concertadamente y el enlace entre estos elementos es una familia o un proveedor de fondos: los Buonacorsi de Florencia dominan de este modo trescientos talleres. Muchas veces este comanditario es, ante todo, un comerciante y pronto aparecerán esos conductores de hombres y esos renombrados negociantes.

El «boom» minero...

El siglo XV es el siglo de la mina. Hasta el siglo XVIII y, a veces, posteriormente, la población vivió atenta a los progresos y a la puesta en funcionamiento de esta organización, sobre todo después de 1460, en Europa central, particularmente en Alemania. El avance tomado en este aspecto por el Imperio, unido a una relativa, muy relativa, paz interior, explica la superioridad económica, en el siglo XV y a principios del XVI, de las regiones renanas y danubianas, incluso sobre la Italia de la época. Los elementos que voy a describir no tienen un origen muy claro y no faltan los historiadores que sostienen que son tan solo un resultado, tras un primer auge que data del siglo XIII; en realidad el problema de los orígenes es relativamente secundario; lo esencial es el hecho de que, en vísperas de la expansión colonial, Europa está ya en condiciones de explotar plenamente los recursos del subsuelo y de dominar las técnicas que le permiten hacer lo mismo en otros territorios.

En primer lugar hay que indicar que no se trata de los efectos de una demanda ocasional, ya que no avanza más rápidamente la extracción del hierro que la del alumbre, sino que progresan conjuntamente todos los productos de un subsuelo, por desgracia bastante mal dotado por la naturaleza. Así, la sal gema que se está buscando en estos momentos en Sajonia, en la Alta Polonia, alrededor de Salins, en el Comté, experimenta un fuerte auge en el mercado, pues se puede, por una parte, unir al

volumen producido a partir de ahora el que el fisco real o principesco exige para su gabela y, por otra parte, realzar la importancia de las ferias o de los lugares de intercambio de Chalon-sur-Saône, de Metz, de Ravensburg, de Basilea, todos ellos, como podrá apreciarse, situados en el eje Rin/Ródano. De pronto, las salinas marinas, sobre todo las del Languedoc, inician su decadencia. Venecia es la única ciudad de la zona meridional que continúa haciendo frente a la competencia «lotaringia», de la cual los papas de Aviñón se convirtieron en adalides indiscutibles.

Por el contrario, son los papas de Roma quienes comanditan la extracción del alumbre, mordiente esencial para la tintorería descubierto fortuitamente en Tolfa hacia 1461 en las tierras de San Pedro. La naturaleza casi milagrosa del descubrimiento (ya no hay que ir al Asia Menor otomana a mendigar el alumbre de Fo-cea, o a Egipto para pedir el de los mamelucos) llamó poderosamente la atención; además Génova y Venecia, tradicionales proveedoras de alumbre oriental, fueron, en esta ocasión, ampliamente superadas por Florencia; lo que no dejó de ser una baza importante en la instalación de los Medici en el poder. Pero es justo decir que la utilización de la ceniza de la madera, de la piedra pómez, era corriente en el norte de Europa, en lugar del alumbre, y que en este aspecto el interés de este sector es menor que el de la sal.

La extracción del cobre se aprovechó también del descubrimiento de los yacimientos de Estiria en los que el plomo argentífero que se buscaba aparecía acompañado de mineral de cobre de un contenido muy alto (2 por 100), superior al de los minerales de la región del Mosa o los ibéricos conocidos hasta entonces; la importancia de este metal en el desarrollo tanto de la artillería como de los aparejos navieros o, sencillamente, del utillaje culinario no deja de progresar en el siglo XVI, sobre todo después de 1451, cuando el ingeniero sajón Funcken elabora un

procedimiento de separación del cobre y la plata, y del cobre y el antimonio. A este respecto no puede olvidarse que, dos años más tarde, Gutenberg, después de probar las propiedades de este último metal, lo escogió para la fundición de los primeros caracteres móviles de imprenta. Los beneficios que las minas de cobre proporcionan explican el interés que por ellas manifestaron los Függer, que hicieron que el emperador Federico III les concediera el casi monopolio de extracción, el cual conservaron hasta los descubrimientos de las minas de cobre del Perú en la segunda fase de las expediciones del descubrimiento.

El hierro conserva el primer puesto en cuanto a metales de consumo esencial: por lo que sabemos, la producción parece que se cuadriplicó entre 1460 y 1530; pero esta estimación está en función de las cuentas urbanas y principescas y no es posible proporcionar ningún dato numérico global. Al revés de lo que ocurre con muchos otros minerales, se tiene la sensación de que la extracción ferruginosa no ha sufrido variación alguna respecto a períodos anteriores; en ningún momento se habla de un «boom» comparable al de la fiebre que se había apoderado de Massa Marítima en el siglo XIII, cuando una verdadera ciudad surgida de pronto se desarrolla entre 1225 y 1250. Tal vez incluso se produce una disminución en ciertas zonas de producción, como la isla de Elba, el Milanesado, los Pirineos, mientras que la Champaña y el Nivernés, la Normandía, la Lorena, el Harz y la Turingia continúan sus actividades; parece que en Alemania, hacia 1525, había hasta 120 000 mineros de los cuales la mitad trabajaba en las minas ferruginosas. Es posible que la relativa estabilidad del «mapa» siderúrgico europeo provenga del hecho de que, fundamentalmente, el trabajo del metal sigue sometido a estrictas limitaciones de combustible y de localización. Es cierto que otros metales experimentan la misma situación pero, al ser de inferior volumen, es posible el transporte en caso necesario. Los procedimientos se han per-

feccionado: los hornos, con una altura de cuatro o cinco metros, se cargan por la abertura superior y unos fuelles aseguran la ventilación; pero la utilización de arcilla para el horno, de madera como combustible, de una corriente de agua para el lavado bloquean siempre el trabajo en algunas regiones, sobre todo forestales. Por otra parte existe un cuello de botella del que algunos hombres de negocios, como Jacques Coeur en Francia, parecen ser conscientes: puesto que hay que emplear 25 estéreos de madera para obtener 50 kilos de fundición, la destrucción del bosque puede ser algo catastrófico si no se frena la producción. Sin embargo, el carbón de piedra o mineral, aunque conocido y utilizado desde el siglo XII, no es objeto de búsqueda sistemática; en la región de Lieja se utiliza con profusión pero el entorno principesco de Carlos de Borgoña es aún demasiado ignorante para impulsar al príncipe, durante una represión en 1468, a destruir e inundar las galerías.

Por el contrario, en lo referente a metales preciosos, acerca de los cuales ya se ha indicado con frecuencia la avidez que devora a los europeos, se intentó por todos los medios suplir las minas de plata de Sajonia o del Poitou cada vez más languidecientes. El descubrimiento de minas importantes en Bohemia, en Kutna Hora, en Pilsen, permitió hacer frente por algún tiempo a la demanda. A principios del siglo XVI un total de 85 toneladas fueron adelantadas para la producción europea, cantidad claramente insuficiente; y es bien sabido que es la necesidad de hallar complementos fuera de Europa la principal razón que impulsa las expediciones navales. Si esto ocurre con la plata, con mayor razón aún el fenómeno se reproducirá cuando se trate de oro, ya que la cristiandad tenía graves dificultades después de 1400 para acceder a las fuentes ordinarias de abastecimiento de metal amarillo que eran el Magrib, Bizancio o Alejandría; el descubrimiento de unos filones pobres de

contenido en Silesia y Moravia hacia 1475 despertó algunas esperanzas que, como pronto se comprendió, eran excesivas.

... y sus pormenores

Era necesario, para conservar la lógica de nuestra presentación, hacer desfilar ante el lector algunos productos esenciales. Pero lo importante en cada uno de ellos, más que el volumen producido, es la formidable mejora de las condiciones del trabajo en las minas, el *Bergwerk*, el trabajo de la montaña, tal como lo denominan los alemanes. Hasta ese momento, y desde la Antigüedad, excavar una galería era algo tan penoso, tan mortalmente peligroso por el riesgo de derrumbamiento, asfixia o inundación, que tan solo los esclavos, los condenados o los seres humanos más desheredados podían ser utilizados en estas tareas. En estas condiciones era muy difícil esperar una mejora del rendimiento y del volumen. Era preciso, pues, volver a la explotación de filones al aire libre o a pocos metros de profundidad. Además, el derecho romano otorgaba la propiedad del subsuelo al Estado y tan solo la buena voluntad o el interés podía mover a este a la actuación. Se ha indicado ya que en el siglo XII algunos soberanos como Barbarroja habían incluido este derecho en las *regalía*, delegándolas de este modo a otros, pero eran muy poco utilizadas. Asimismo los primeros códigos mineros medievales que llegan a nosotros, como el de Iglau en 1249, prevén la intervención automática del príncipe.

En el plano jurídico, la situación se desbloqueó en el siglo XIV cuando los soberanos o los príncipes territoriales comprendieron el interés fiscal que obtendrían si delegaban sus derechos contra un canon proporcional a los resultados de la explotación; así lo hizo el emperador Carlos IV en 1366, con la obligación de dar trabajo por lo menos a 150 mineros, o Eduardo III en 1377 reservándose, sin embargo, un derecho preferente de compra al precio más bajo de los ofertados sobre el estaño que era entonces un monopolio inglés. En Francia, la autoridad real

no tomó ninguna disposición conjunta y fue otorgando sucesivamente licencias de extracción tanto a empresarios como Jacques Coeur, como a terratenientes a los que en Perche y en Normandía se denominan *barons fossiers*. Pero en casi todos estos casos las concesiones, a finales del siglo XV, toman el aspecto de una organización basada en los beneficios: el maestro minero, el *Bergmeister*, se reserva generalmente una décima parte del producto y crea una compañía de explotación formada por aportaciones de capital de las partes, como ocurre con los navíos en Italia, que corresponden a los ingresos de una parte del filón (de este modo pueden contarse hasta 130 burgueses, clérigos o hidalgos que invierten sus economías en una mina); luego se contrata a mineros a jornada completa, que son por tanto asalariados, con lo que se produce una importante articulación en la historia laboral mediante este brusco incremento de una parte importante del mundo obrero.

De todos modos es probable que esta organización no hubiera dado sus frutos si no hubiera ido acompañada de un mínimo de organización que hiciera el trabajo, si no fácil, por lo menos posible. Hacia 1460 en Polonia se ponen en funcionamiento unos sistemas de bombeo del agua que se infiltra por las galerías, con la ayuda de ruedas elevadoras con baldes movidas por caballos; más o menos por esta época aparecen los pilares de sostenimiento en las galerías de suelo friable y, sobre todo, las aberturas de aireación a través de las cuales unos fuelles hacen penetrar una ventilación que permite la permanencia varias horas bajo tierra. No parece que se hayan efectuado descensos muy por debajo de los veinte metros debido a los mediocres medios de excavación y evacuación de las tierras. Por otra parte, la crónica de accidentes de todo tipo es muy extensa. Cuando se produjo la sublevación alemana de 1525, muchos mineros se unieron a los campesinos rebeldes lo que constituye un signo poco alentador de su situación material. Entre otras co-

sas, se quejan de la modestia de los salarios que reciben. Al igual que los hombres del campo —¿acaso no lo son en su mayor parte?— se sienten cada vez más aplastados, en la ciudad y fuera de ella, por el peso de la riqueza.

EL REY DON DINERO

He llegado ahora a una encrucijada de suma importancia. Una multitud de historiadores se agrupan en torno a ella: aficionados a las cifras, economistas, teóricos de sistemas, especialistas de las ciudades, medievalistas y modernistas. Cada año, y no solamente en Europa, a distintos niveles de la ciencia histórica, se publican decenas de libros que dirigen su luz hacia este siglo, 1450-1550. ¿Mundo nuevo o antiguo?, ¿capitalismo o continuación del «feudalismo»?, ¿fase A o B?, ¿progreso o alienación? Pero en cualquier caso, por todas partes aparece triunfante el dinero. Él es quien sostiene las fortunas o la carencia de las mismas, quien permite abrir nuevas vías o hundir ciertas ciudades, es el instrumento del príncipe y su cárcel a un tiempo, y concede poder o enajena a los individuos: «Florín, flor maldita que envenena a Florencia», dice el moralista; «No frecuentes a los que no tienen dinero; solo te traerán problemas», dice otro. A partir de ahora, y bajo formas diversas, el dinero ha atrapado a Europa con sus garras, y sigue sin soltarla.

Hacia un gran cambio

Si existiera un poderoso grupo de historiadores partidarios de detener la Edad Media antes de 1350 o 1400, no hay duda de que su principal argumento provendría de un estudio de los intercambios comerciales. Es cierto que la Europa de 1500 o 1600 no guarda relación alguna con la de 1250 o 1350, aun haciendo abstracción de lo que ocurre allende los mares. Ni los centros de consumo, ni las vías de intercambio, ni los produc-

tos, ni siquiera las técnicas guardan parecido alguno y si es preciso, sin embargo, adentrarse en el siglo XVI ello es debido a que una conmoción tal, un cambio de armazón en el cuerpo europeo de tal envergadura, se realiza lentamente, como una herencia de las «crisis» medievales y constituye un prefacio de la explosión mundial de la cristiandad.

El papel de la técnica es irrelevante; si ya existía la duda de su importancia en los siglos XI y XII ahora se hace patente lo escaso de su desarrollo en esta época. La circulación terrestre, después del importante impulso que experimentó en el siglo XIII, ya no avanza mucho más: herrajes, balancines, tren delantero móvil, todo esto existía ya en tiempos de Felipe el Hermoso, y siguen habiendo aún tarifas de peaje, en Soloña por ejemplo, que, en pleno siglo XV, contemplan la existencia de caballos sin herrar; posiblemente aumenta la capacidad de los carruajes: hacia 1350 se habla de cargas de transporte de un peso de cuatro toneladas de piedra y dos toneladas de arena, lo que equivale a un camión de tamaño aceptable; pero ¿cuántos había con esta capacidad? En lo referente a baches y socavones hay menos quejas, Felipe el Bueno hizo incluso pavimentar algunos tramos de la carretera de Lille. Pero la velocidad de los correos, los de los papas que eran los más rápidos o los que, en 1471, Luis XI convierte en su «posta pública», es la misma de épocas anteriores. Hacia 1320 aparece una novedad interesante, tal vez de origen inglés: el coche de pasajeros. Pero no es tampoco razón suficiente para conmocionar a todo un continente.

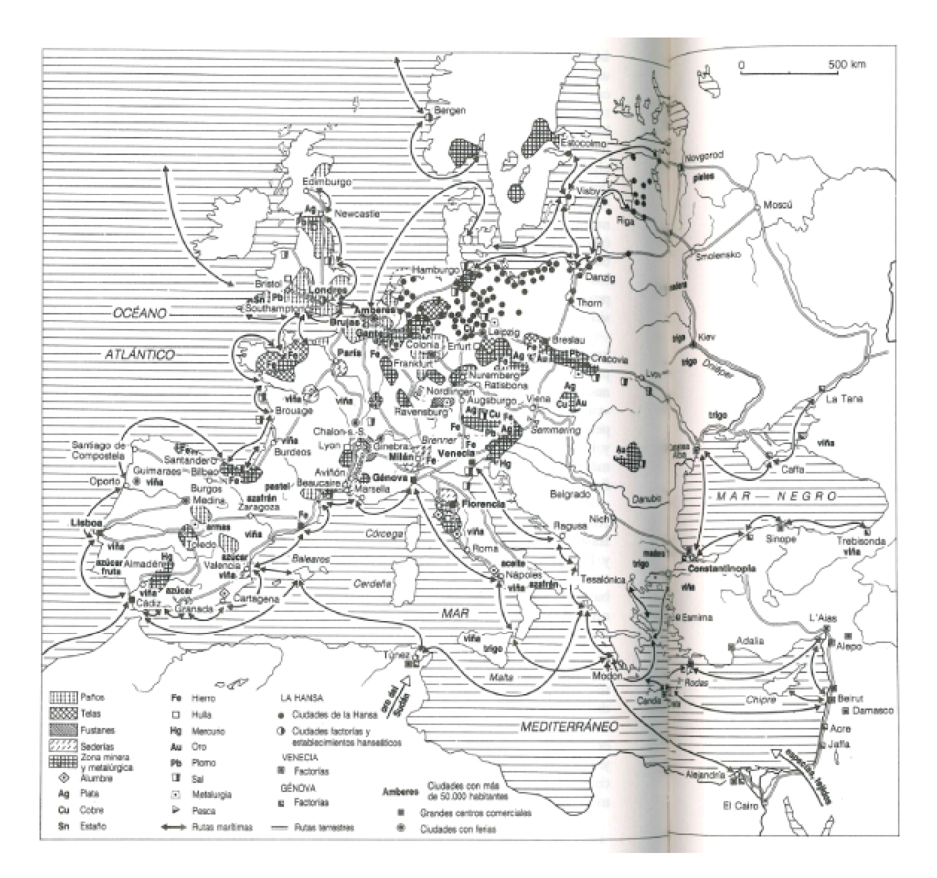
En el agua, la situación de la navegación fluvial es muy parecida: en muchas ciudades, París, Ruán, Lyon, entre otras, la «mercancía del agua» vela por el buen estado de algunas estacadas; en Flandes se ensanchan y limpian los *vaarten* y los *overdrag*, canales y esclusas, y en ellos puede verse grandes barcas de 50 a 90 toneladas, con nombres de una infinita variedad, lo que constituye un placer para los eruditos locales: *barges,*

tasches, aleaumes, piales, etcétera. En cuanto al mar, motivo de exaltación para muchos investigadores, presenta un botín aún más escaso. Los navíos nórdicos, las *kogge* de vela triangular y las urcas ventrudas, transportan 300 o 400 toneladas y pueden alcanzar las quince millas por hora con viento favorable. Pero en el Mediterráneo la galera de 75 remeros no va mucho más rápida y se ve obligada a retroceder ante la nave de alrededor de 150 a 200 toneladas, capaz de transportar una considerable carga y que, desde el siglo XIII, ha adoptado la brújula india y el gobernalle de codaste escandinavo. Hacia 1420-1425 debió producirse una contaminación entre los dos tipos de navíos: por un lado, aparecen al norte «galeras» de guerra, a velas, y, por otro, al sur «carracas» de hasta 900 o 1000 toneladas llevadas hasta Génova. La carabela de dos o tres mástiles y velas cuadradas, hija bastarda de la *kogge* y de la nave, aparece hacia 1450-1460 cuando hace ya tiempo que se está desafiando al Atlántico. No hay en todo esto ninguna novedad, sobre todo si el panorama se completa con algunas cifras. El dogo Mocenigo, en su testamento de 1423, enumera las unidades de la flota veneciana: 45 galeras de 300 toneladas, 300 naves de 150, 3000 barcas más modestas, lo que constituye, en conjunto, un balance irrisorio. La primera potencia mercantil del Mediterráneo puede transportar como máximo 60 000 toneladas; en la misma época Génova parece que transporta 20 000, 60 000 quizá toda la Hansa, 15 000 los puertos atlánticos de Francia y España y los ingleses una cantidad no superior. Rectifiquemos nuestro vocabulario y no perdamos la lucidez: en realidad todo el tráfico marítimo europeo de 1450 cabría sin dificultad en uno de nuestros petroleros.

Por el contrario, los desplazamientos de los centros de consumo tienen una gran importancia por cuanto han ido acompañados, y con frecuencia han sido provocados, por la implantación de un poder público que, prácticamente, permanecerá

hasta nuestra época. Se ha dicho que el siglo XV había sido el siglo de las «capitales»: en muchos casos es ciertamente el aflujo, previsible o fortuito, de un personal administrativo, militar y judicial el que ha drenado hacia los mercados y los *hôtels* unos itinerarios que hasta entonces habían permanecido del todo al margen. Esto, cuando se trataba de ciudades antiguas, no era más que una confirmación de su importancia, como es el caso de París, Lyon, Barcelona, Milán, o Roma; lo mismo ocurre con ciudades de un cierto desarrollo como Florencia, Ruán o Lille. Pero también Dijon, Burdeos, Nantes, Southampton, Amberes, Basilea, Frankfurt, Augsburgo, Lisboa, ciudades de una importancia duradera, y Poitiers, Aviñón, Moulins, que luego perdieron su esplendor, se convirtieron en aglomeraciones que era preciso alimentar, en las que podían implantarse los bancos, hacia las cuales se dirigían los itinerarios. Y ya se habrá observado que no se hace alusión a la densidad rural sino a las ciudades, signo asombroso de novedad.

Los centros de producción no pueden dejar de tenerse en cuenta; por una parte, el consumo de numerosas regiones en otro tiempo proveedoras de productos, alimenticios u otros, pone fin a una fuente de intercambios o modifica su estructura, como ocurre con la lana inglesa que ya no se dirige a Flandes; por otra parte, regiones compensadoras ocuparon su lugar porque poseían excedentes económicos o producciones poco frecuentes: como el trigo y pez polacos y la lana y azafrán españoles, por ejemplo. De este modo, los tradicionales lugares de encuentro entre vendedores y compradores, al no tener estos ningún objetivo común, dejaron de existir y desaparecieron del mapa económico.



El comercio europeo en el siglo XV

Vías nuevas y antiguas al sur y al oeste

Para facilitar una visión cuyo conjunto es confuso, presentaré a continuación una selección de las novedades fundamentales en lo referente a intercambios comerciales. El mar Mediterráneo, madre del comercio, será el marco de todo ello aunque solamente como una consecuencia de otros fenómenos: en efecto, a causa de las profundas conmociones que se suceden en la orilla musulmana de este mar, del Peloponeso a Ceuta, entre el gran empuje otomano en los Balcanes y la dominación de los sultanes casi hasta Argelia, la principal preocupación de las ciudades italianas, provenzales, languedocianas o catalanas sigue siendo el conservar un contacto regular con la llegada de las caravanas de Asia o de África; pero después de tan agotadores e

inútiles ajustes de cuentas entre Génova y Venecia, Barcelona y Génova, Palermo y Nápoles, Valencia y Marsella, se va estableciendo poco a poco una especie de acuerdo en el plano comercial. Tan solo las ambiciones de los príncipes, muchos de los cuales son extranjeros a las ciudades mercantiles, angevinos, aragoneses, orleaneses, perturban en ocasiones unas relaciones en las que predomina generalmente la preocupación por no agravar una situación que se ha hecho ya muy peligrosa en Oriente: el empuje mongólico en Crimea, el aislamiento total de Constantinopla, las excesivas pretensiones de los mamelucos, mueven a los italianos a serias concesiones a fin de obtener el acceso a puertos esenciales, Caffa, Trebisonda, Bizancio, Chipre, Latakia, para Génova; Bizancio, Eubea, Creta y Alejandría para Venecia y el Magrib para los catalanes. Estas son las vías tradicionales y hay que subrayar que el tráfico comercial apenas se modifica durante el siglo XV. Naturalmente se aprecian algunas novedades. La trata de negros o de algunos pueblos del Cáucaso, por muy deshonrosa que sea, enriqueció especialmente a napolitanos, marselleses y catalanes; hacia 1430 se podía contar unos 10 000 esclavos africanos en Cataluña y se sabe con gran precisión los precios de venta de esclavos de ambos sexos en los puertos cristianos de la región del Tirreno. Esta plaga, que en 1465-1467 suscitó toda una legislación prohibitiva, tiene en realidad algo de arcaico tanto por sus corrientes como por su amplitud ya que prácticamente en el mismo momento se inicia la trata africana directa desde Senegal o Costa de Marfil a cargo de los portugueses. Por el contrario otros productos tradicionales del comercio mediterráneo van abandonando poco a poco las calas italianas, así el alumbre de Tolfa sustituye al de Oriente, la pimienta asiática tendrá pronto en Lisboa la competencia de la pimienta procedente directamente de las Indias. Ciertamente hacia el este se siguen llevando peregrinos, madera, algunas pieles, o estaño, pero solamente con la

intención de obtener un poco de ese oro del que tanto se carece. Venecia sigue confiando, de modo obstinado, en las especias, la seda y el algodón; pero en Génova, los Lomellini, los Centuriones ven ya más lejos y se instalan en Alicante, luego en Sevilla y más tarde en Cádiz y en Lisboa. El futuro está más allá del estrecho de Gibraltar, y no hablemos del carácter cada vez más prohibitivo de los derechos pagados por los productos orientales (33 por 100 por el alumbre, 20 por 100 por el resto) lo que los hace inabordables en Europa. Por el contrario, parece que los italianos han abandonado al cabotaje local o incluso al comercio terrestre toda la explotación de las tierras del interior del Levante, de Cataluña y del Languedoc y, por esta razón, en las ferias de ganado de Medina, Sigüenza y Pezenas se hallan ausentes.

Otra novedad es que la fachada atlántica de Europa cobra animación. Entendámonos: ciertamente hace ya tiempo que los marinos vascos o gallegos, bretones o galeses, pescadores o piratas, practican la navegación de cabotaje, desde La Coruña a Plymouth; hace también tiempo que el *claret* sale de La Rochelle y de Burdeos hacia el archipiélago y que los navíos traen consigo soldados. Sin embargo, en primer lugar de 1350 a 1450 y, a continuación, después de 1470, se producen dos modificaciones importantes en toda esta zona que había permanecido hasta ahora alejada del tráfico importante. En un primer momento la Bretaña, y tal vez Navarra, experimentan una actividad y un dinamismo tanto más sorprendentes cuanto que lo que predomina entonces es justamente el esquema opuesto. Basta con pensar en los calvarios y en los grandes monumentos bretones, que datan casi todos de esta época, así como en los mercenarios pirenaicos cuyos servicios se quitan de las manos unos a otros. ¿Se trata de una demografía particular? ¿Es la aurora de un despertar económico? No se sabe. Pero el auge de Bayona, el despertar de Nantes, de Vannes, de Saint-Malo per-

tenecen a este momento. Después de 1470, a la vez qué continúa esta primera característica (la Bretaña y las Landas siguen siendo la preocupación de los Valois), una segunda empieza a despuntar: Burdeos, que se sustrae del poderío inglés tres siglos después de haber sido su ciudad de ultramar más querida, parece condenada a muerte; el vino ya no tiene salida y la hostilidad de las tierras del interior es enorme. Pero, en realidad, la ciudad se recupera pronto: el glasto de Toulouse, luego los vinos de Gaillac, más tarde la reanudación de las exportaciones del Médoc la reaniman; después de 1475 se reconcilia con el príncipe que la administra. Además, toda esta zona marítima, de Bayona a Saint-Malo, está en esta época bajo una misma autoridad a la que se une la Normandía, apaciguada tras los últimos sobresaltos del reinado del Luis XI: en Ruán la población se triplica, en Dieppe se duplica; Francisco I, más bien inconsciente por lo general, se deja aquí aconsejar bien y funda un antepuerto en Ruán, Le Havre de Grâce, en 1517. El reino francés parece mejor armado que Inglaterra, por lo menos desde este lado del archipiélago, para la aventura atlántica que se inicia. Béthencourt, a fines del siglo XV, sale precisamente de Dieppe y, en 1530. Jacques Cartier se embarcará en Saint-Malo. El Sena, el Loira y el Garona que, hasta ahora, constituían obstáculos en las rutas que iban del norte al sur, se convierten en las arterias comerciales hacia el interior del reino.

La revolución en el norte

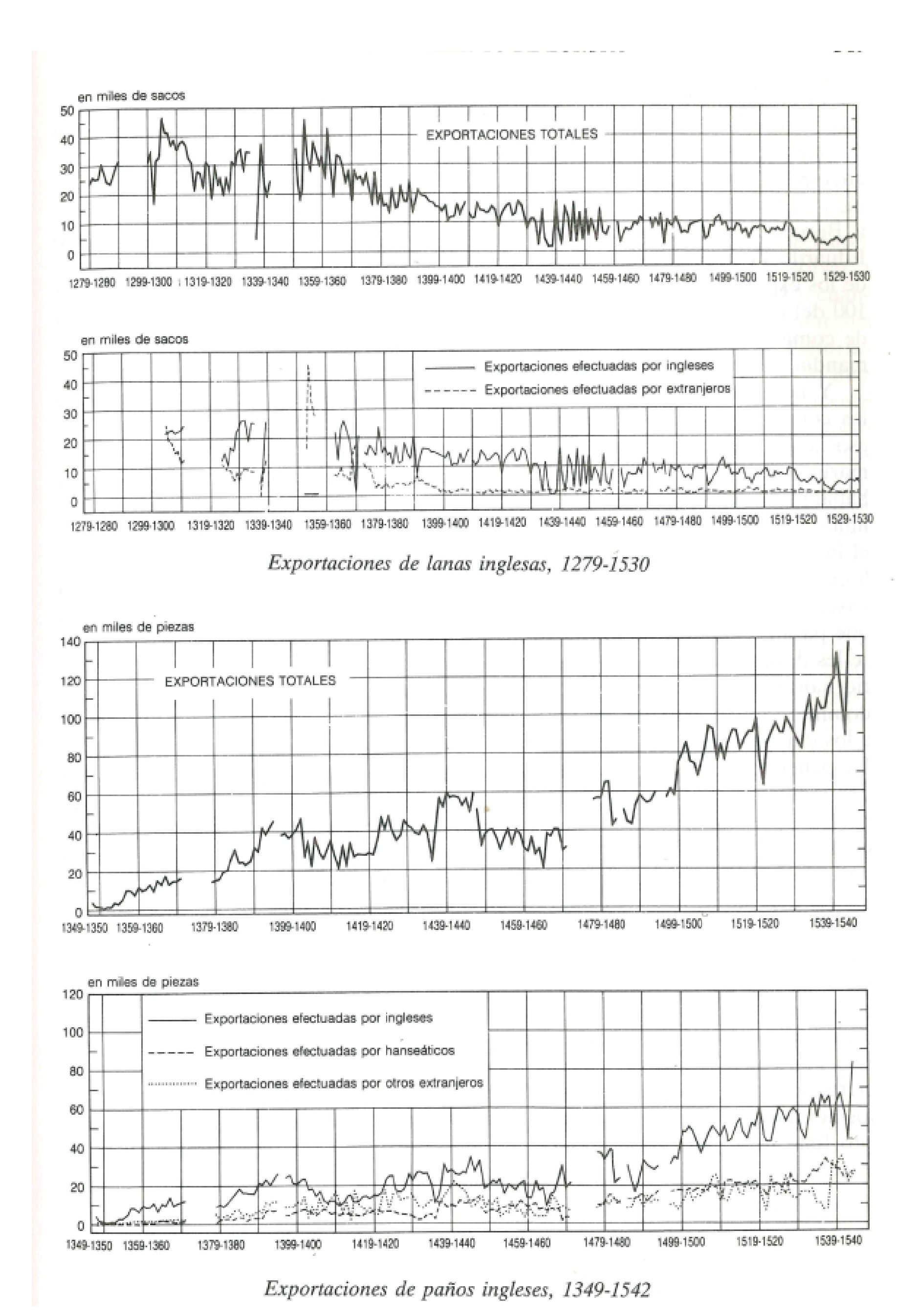
Más al norte la situación está también perturbada. Se acabó la «vía de Flan-des» y las ferias de Champaña: la guerra y también la frontera con el Somme, durante mucho tiempo abierta hacia el norte, deshicieron casi hasta nuestros días un eje primordial del comercio europeo. Este eje se trasladó, pues, más al este y se situó en el Rin, o eventualmente en el Saona o el Ródano, por lo menos en tiempos de los duques de Borgoña Valois y los papas de Aviñón. Esta nueva vía se está ahora disper-

sando por los flancos y los acontecimientos son de una importancia capital. En primer lugar, perecen Flandes y Lieja: estos núcleos de la vida europea resplandecientes durante casi tres siglos se hunden bajo sus grandiosos recuerdos: los últimos sobresaltos de Gante, de Lieja, tendrán lugar después de 1500, pero el fin es inminente; un enjambre de plumíferos y de hombres de Iglesia se precipitan sobre las dos orgullosas ciudades para aplastarlas. A la suerte de Brujas se le añade una condena natural inapelable: la transgresión marina desplaza los cordones litorales y en vez de invadir el Zwin lo hunde en el lodo; se intenta todo para salvar la perla de Flandes, embalses de agua del mar, drenajes, un nuevo canal en 1516, equipamiento portuario «sofisticado», pero la ciudad se duerme y sin duda para siempre. Al contrario de lo que ocurre con Amberes, que recobra animación sobre el estuario separado del Escalda, y la ciudad, modesto antepuerto, se convierte en una etapa para los ingleses; en 1460 se abre en ella una «Bolsa» en la que se trata con muestras; después de 1480 llega la lana española, luego el paño inglés y hacia 1515 se crea una feria. Esta transferencia es importante; más aún si a estas aberturas y a estas islas del sur les añadimos las del norte; esto constituye otra novedad, y de suma importancia: Holanda se despierta; sobre el Waal crece Dordrecht, que durante tiempo había sido una simple estacada; sobre el Lek se alza Rotterdam, heredera de la Duurstede de antaño. Y, más adentro, en Delft, Berg op Zoom, Leyde, Maastricht, ferias y talleres recogen la herencia de Flandes o de la región de Lieja. Amsterdam no es aún más que una aldea dedicada a la pesca de arenques, pero el nacimiento de Holanda es un gran momento en la historia del comercio y del pensamiento. Más arriba, la Pfaffenstrasse del siglo XII se convierte en un rosario de mercados y ferias con antiguos centros como Colonia o Frankfurt y nuevos como Basilea, Ginebra, Chalón. En cuanto a Lyon, su papel entorpecido durante tanto tiempo por Aviñón

se recupera después de la partida definitiva de los papas. En 1464, la instalación de bancos italianos representa una consagración y, a partir de 1470, Luis XI sostendrá con todas sus fuerzas una feria internacional.

El istmo europeo pasa pues de Amberes a Lyon y Marsella; Francia es desplazada hacia el Oeste pero se abre hacia el Atlántico; Italia busca en España o en Portugal cómo evitar ser asfixiada. Queda aún un lugar, en el norte de Europa, con vistas al Atlántico: se trata de Inglaterra. Es preciso detenerse un momento en este otro nudo de la historia «moderna». Es una tradición en la mentalidad europea, y particularmente en la francesa, asimilar Inglaterra con el mar. Su posición, la procedencia de sus habitantes sajones o normandos, su tradicional reserva, constante, casi agresiva, respecto al continente, parecen, evidentemente, justificar la perogrullada: «Inglaterra es una isla». Pero la afirmación es muy precipitada. Una cierta aptitud a la pesca costera, algunos aventureros que se lanzan hasta Novgorod, incluso hasta Pavía, es todo lo que los marinos ingleses cuentan en su haber. Los navíos de los «Cinco Puertos» en la costa sur, o los de Londres, que traen vino, sal, glasto, ceniza, pieles y se llevan la lana o el estaño, son normandos, bretones, españoles, flamencos y sobre todo alemanes, los «hanseáticos» y los Osterlingen a los que ya se ha hecho alusión; cuando de batallas se trata, incluida la de 1340, en L'Ecluse, los marinos son bretones y los oficiales genoveses. No hay ningún inglés, excepto un puñado de corsarios; por esta razón el «acta de navegación» de 1381 que reserva a los «nacionales» el comercio del archipiélago no deja de ser algo irónica. Irónica aunque llena de segundas intenciones, pues está íntimamente relacionada con los inicios de la industria de la lana en la isla, con la concentración en la ciudad de una mano de obra con la que podrá hacerse, gracias a los *enclosures*, obreros, mineros… o marinos. Este cambio fundamental, impensable aún en época de los

Eduardo, se inicia lentamente después de 1400; en este momento, se exportan 38 000 piezas de paño de Calais; en 1480, 65 000 y en 1510, 90 000. Estos productos salen de Londres, pero también de Bristol, Southampton. Boston. Hull. Ipswich y llegan a Lisboa, en el sur, a Bergen, en el norte, y a la desembocadura del Rin, en el centro. Cuando Eduardo IV crea el grupo de los *Merchanis Venturas,* especie de gremio oficial de los exportadores ingleses, le confiere unos considerables privilegios: un 50 por 100 del control del comercio en la isla y un 70 por 100 en el exterior. Y se trata de comerciantes y barcos ingleses pues no puede contarse ya en 1475 con Normandía y Bretaña y el duque de Borgoña, Carlos, es hostil.



Exportaciones de paños ingleses, 1349-1542

Y no es además el único. Un enorme obstáculo se alza ahora en la ruta de los comerciantes y de la expansión inglesa: los alemanes de la Mansa. La gran asociación báltica está en pleno

apogeo en la primera mitad del siglo XV y sus marinos dirigen todo el comercio de Novgorod o Bergen a Londres y Brujas; los hallamos hasta en Bourgneuf, en las costas de la Vendée; y en el Imperio, han unido, además de las grandes ciudades de la zona noroeste hasta Colonia, todo el interior del país hasta Hellweg, la gran vía transversal que se extiende de Colonia a Magdeburgo; les vemos remontando los caminos de Suavia y del alto Rin hasta los Alpes; y el número de comerciantes alemanes, hanseáticos o bávaros que pasan regularmente por el Brennero o el San Gotardo es tal que en Venecia se les destina un barrio y un mercado especial, el *fondaco dei Tedeschi*. El imperio hanseático, que, hacia 1375, agrupa 77 ciudades, en 1450, posee 200 bajo su dominio que se extiende de un lado a otro del Sund, cuyo control ha usurpado a los daneses, todas las costas bálticas y frisias y hasta Nuremberg y Estrasburgo. La penetración inglesa en una zona tan amplia solamente pudo efectuarse por dos medios: unas técnicas comerciales más dúctiles, tomadas en su mayor parte de los italianos en el momento en que los procedimientos crediticios o incluso contables alemanes seguían siendo bastante arcaicos, aseguraron a los ingleses una rápida superioridad, sobre todo para introducir el paño del archipiélago en los centros mercantiles del interior; por otra parte, los ingleses no buscaron enfrentamientos directos en las zonas danesas o en el Báltico con las flotas hanseáticas sino que se infiltraron a través del Rin, del Main, del Weser y abrieron sus factorías en Frankfurt, Leipzig, Nuremberg, Basilea y Constanza. No aparecerán en Gdansk hasta el siglo XVI cuando han conseguido ya una independencia de acción. Cuando se dice que los Tudor, sobre todo Enrique VIII, crearon la marina inglesa, la afirmación es más un deseo que una realidad; por ejemplo, es cierto que de Plymouth sale en 1497 un barco con dirección al Atlántico, el de los hermanos Caboto, pero también en esta ocasión se trata de italianos y el mérito final debe reservarse a

Isabel I. Todo esto, sin embargo, no es demasiado importante puesto que el origen de este hecho fundamental data del siglo XV.

Recuperación de la moneda

Algo más de plata en Europa central, o también de oro en Hungría no era suficiente para poner en circulación monedas de calidad. Pero mientras llegaban los efectos de una prospección directa en África o Asia que no se dejarán sentir hasta 1535 o 1540, momento en el que se produce un cambio fundamental, Europa debe vivir cien años en una penuria de liquidez. Ya no es posible volver a utilizar el trueque, por lo menos a una escala suficientemente operativa. En cuanto a los beneficios de un comercio con países lo bastante ricos para saldar sus compras mediante un buen metal era algo impensable: la pérdida de las factorías venecianas del Peloponeso entre 1498 y 1503, la de Chipre desde 1437, la del mar Negro desde 1479 y 1490, les obligaba a llamar a las puertas de un Islam reticente en el Este y agitado en el Oeste. Sin embargo, los gastos no disminuyen en absoluto, y lo que es peor se incrementan con la aparición de las flotas y ejércitos reales, las construcciones costosas, la administración devoradora y las expediciones lejanas. Tanto el Estado como los particulares se endeudan y piden préstamos pero los prestamistas no tienen tampoco unas arcas eternas. ¿Qué se puede hacer?

Solo queda una solución: ir a tomar el dinero donde se esconde, es decir, en los tesoros de la Iglesia, los ahorros de los labradores, las inversiones de los comerciantes. La recuperación monetaria de finales del siglo XV, sin la cual las carabelas no hubieran podido equiparse, tiene por nombre fiscalidad pública. Empezaron en primer lugar las ciudades: en Génova y Florencia, desde 1415 o 1420, los fondos públicos caen en manos de una especie de banco de Estado que ingresa en sus arcas las incautaciones, los ingresos indirectos, los beneficios con base im-

positiva y el producto de los *allivrements*, gravámenes sobre los ingresos, lo que en el Languedoc era conocido como *estima*. En Toscana la implantación de un importante impuesto sobre la riqueza lleva a la elaboración del enorme censo de 1427 llamado *catasto* que dejó a sus autores agotados durante veinte años; por el contrario, en Liguria la casa de San Giorgio jugó el papel de Tesoro público, por lo menos durante un tiempo, ya que pronto las intrigas de los cónsules o de los principales *alberghi*, que la consideraban como una especie de caja común, la llevaron a una suspensión de pagos a partir de 1445. Por otra parte, una serie de bancarrotas estrepitosas, como la de los Balbi, o la de los Fioravanti, hacen tambalear al instante el crédito de las compañías. Únicamente las monarquías que ponen en marcha sus argollas fiscales pueden evitar estos contratiempos, pero las circunstancias locales varían de un país a otro y no fue posible ninguna coordinación hasta finales de siglo. En Francia, Carlos VII y sobre todo Luis XI consiguieron incrementar el fogaje, que pasó a ser la *taille royale*, llegando a cuadriplicar su valor de 1440; en 1471, una nueva reglamentación de la fiscalidad indirecta permitió que se albergaran esperanzas de recuperación monetaria. Pero entre los principales obstáculos se hallaba la mediocre situación inglesa, desgarrada entonces por la guerra civil. Poner en circulación una buena moneda Valois era exponerse a verse inundado por la mala moneda inglesa, según la «ley de Gresham» a la que me he referido, lo cual hubiera sido una guerra justa, pues el arma había sido utilizada ya por el delfín Carlos contra el regente Bedford en los aciagos días de 1420 a 1430. Por el contrario el duque de Borgoña, Carlos, bien asentado en los extremos del principal eje comercial de la nueva Europa y, sobre todo, enfrentado con las asombrosas disparidades fiscales que se extendían de Macón a Frisia, insistía en una puesta al día. No se podía contar con el Imperio en donde, pese a la orgullosa divisa que pasará luego a ser la de la Casa de

Austria (*Austriae est imperare orbi universo*, AEIOU, «de Austria es el gobierno del mundo entero»), el Habsburgo Federico 111 es totalmente incapaz de gobernar y a su hijo Maximiliano le cuadraba perfectamente el sobrenombre que se le daba: *Max Ohne Geld* (Max sin un céntimo). Quedan las Espartas, pero la incorporación a la corona de las órdenes militares, la conquista de Granada y muy pronto los viajes atlánticos le hacen volver la espalda al resto de Europa.

Fue, pues, Carlos el Temerario quien tomó la asombrosa iniciativa de las conferencias de Brujas en 1469, en las que sus financieros, los de Luis XI y de Eduardo IV de York, intentaron en primer lugar establecer una relación idéntica, de 1 a 11,3 o a 11,4, entre los dos metales preciosos a fin de limitar la especulación y de volver a poner en circulación monedas de una aleación mejor en función de los ingresos fiscales. Por parte alemana se había producido ya un intento en las orillas del Rin a partir de 1386 de poner en circulación un nuevo «florín» y en 1472 se consigue el acuerdo de Federico III pero sus repercusiones son nulas; sin embargo, Venecia y Florencia se unieron a este cártel; por otra parte, el florín y el ducado siguieron siendo las monedas de oro de referencia, utilizadas también más al norte.

Sin embargo, era necesario que Europa estuviese madura para ese Bretton-Woods medieval. En Alemania y Escandinavia, incluso en Holanda, la gran escasez de oro y la anarquía fiscal elevaron la relación a 1/12 o incluso a 1/13 hacia 1505 o 1510; las monedas de oro permanecieron en un principio ligadas al florín renano u holandés, pero incluso en Lubeck o en Amberes su ley era baja, de 20 quilates como máximo; en cuanto al *groschen* de plata, tras una breve recuperación de su cotización hasta alcanzar un valor de 40 denarios (valía 20 en 1380, pero llegó a 300 en 1433), empezó a perder valor después de 1488-1489. Alrededor del año 1500 la situación monetaria se

había degradado hasta tal punto (el *groschen* valía 95 denarios y su ley era inapreciable) que el país se convierte en la zona de especulación por excelencia. No menoscabemos el valor de los sentimientos religiosos, pero en la brutal conversión de toda esta región al luteranis-mo, un cuarto de siglo más tarde, es difícil dejar de lado lo que inmediatamente hallaron los príncipes abocados a la bancarrota, como por ejemplo el elector de Brandeburgo, gran maestre de los teutónicos, esto es, la confiscación de los bienes de la Iglesia, un botín abundante que hará que las cajas salgan a flote.

En el polo opuesto se asegura que en Francia la relativa fidelidad de los Valois al antiguo orden proviene de una situación financiera ampliamente saneada después de Luis XI. En primer lugar por la evicción de las últimas libertades de la acuñación principesca (en 1481 en la región de Anjou-Provenza), seguidamente por una severa presión fiscal que permite sin embargo una reanudación de los negocios y, por consiguiente, recibe la aprobación de los más ricos, sobre todo en las ciudades. En 1475 el rey acuña un escudo con un sol, moneda de oro comparable a las de Felipe VI. En cuanto a la ley de las monedas de plata, que había sido parcialmente incrementada desde 1455 hasta 92 centésimos de metal noble, ley ya corriente para 30 denarios, quedó establecida después de 1472 en un índice medio de 1 gr de plata fina por moneda, pero se diversificó en otras monedas con valores distintos, ochavos, *blanc a la couronne,* etcétera, hasta la creación en 1514 de un *teston* de casi 10 gr de buena ley, cuyo valor era de 10 sueldos. Esta situación debe ser contemplada en el interior de un marco de relativo aislamiento económico de Francia desde el principio del siglo XVI y teniendo en cuenta también el aplastante peso fiscal que se cierne sobre el contribuyente. En cierto modo las secuelas de la gran «conmoción» del siglo XIV siguen siendo visibles todavía.

Tampoco la situación de Inglaterra es mucho más nítida. La evolución, desde el final de la guerra de las Dos Rosas hasta llegar a las imposiciones del cardenal Wolsey hacia 1517-1519, es bastante similar a la francesa: nueva acuñación del noble de oro, puesta en circulación de un *shilling* cuyo debilitamiento, sobre todo en tiempos de las guerras de Enrique VIII, inquieta a los consejeros del rey como Cromwell o Crammer: aunque los motivos personales hayan sido predominantes en la ruptura del rey Tudor con Roma y la idea de una confiscación de los bienes monásticos parece no haber surgido en ningún momento, es preciso reconocer que el anglicanismo salvó al Exchequer.

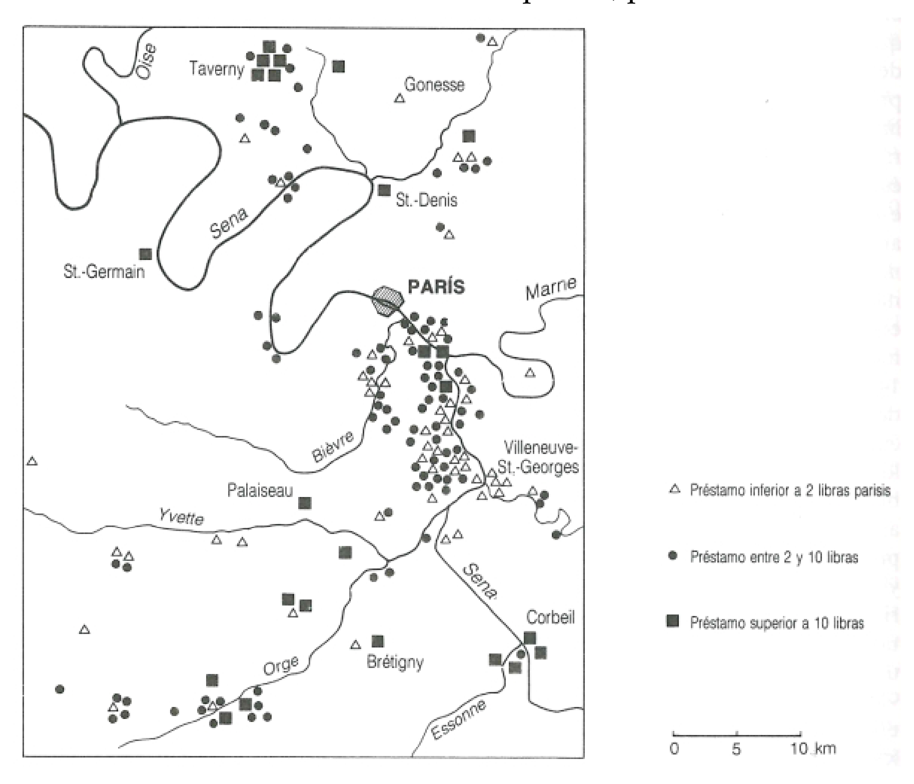
Por último, la complejidad del problema monetario se hace más evidente en el flanco sur de Europa. No en España —donde la caída de Granada, mucho más que la pizca de oro traída por Colón, permitió en 1497 la acuñación de especies de calidad como el *excelente* de oro en 1497, y donde los efectos de la llegada de productos exóticos se hicieron sentir evidentemente en primer lugar— sino en Italia. Ante todo porque el relativo hilillo de oro que continuaba llegando deshizo rápidamente los acuerdos de Brujas: la relación entre la plata, que aquí es muy escasa, y el oro, relativamente abundante, pasó a ser, a partir de 1480, de 1/10,75 e incluso de 1/10. En estas condiciones, el oro registró una tendencia a huir más allá de los Alpes o a ser invertido rápidamente. Esta alternativa, el empobrecimiento o la huida hacia adelante, explica sin duda el papel desempeñado por los italianos —además, por supuesto, de su experiencia como marinos y viajeros— en el lanzamiento de los grandes viajes que se inician después de 1460-1470. Las monedas en curso experimentan por esta razón fluctuaciones de mal augurio: en 1472 Venecia emite una *lira* que en principio equivale a 10 *gros*, como el *teston* de Luis XII más tarde en Francia; pero estas monedas resisten mal la competencia española que tiene lugar por

medio de Sicilia y Nápoles desde 1440, o la de los alemanes; en cuanto al florín, su legendaria estabilidad, que le valió el nombre de «dólar de la Baja Edad Media» según la pluma de los historiadores de antes de 1960, se pierde tras los primeros ataques franceses a la península; sus primeras alteraciones empiezan a finales del principado de Lorenzo el Magnífico y, sobre todo, en tiempos de Savonarola (1490-1498). De este modo, su viejo rival veneciano, el ducado, hasta entonces un brillante segundo, consigue suplantarlo como referencia monetaria a principios del siglo XVI, como consecuencia de una afluencia modesta pero regular del metal amarillo. Este es también un rasgo «moderno». Pero ya se habrá observado hasta qué punto la situación monetaria europea sigue siendo precaria en el momento en que se hace entrada en el siglo XVI. Es bien sabido que Europa, arrastrada por su dinamismo recuperado y por las debilidades de los continentes vecinos, consigue rebasar los límites impuestos por la geografía a fin de hallar solución a tales problemas. Parece claro también que las categorías ciudadanas que poseen el control del metal precioso, o más bien sobre las que reina dicho metal, animaron, apoyaron y perpetuaron «los grandes descubrimientos». Económica y políticamente, en un Estado, los «comerciantes» son ahora los primeros.

La «barrera del dinero»

Los comerciantes, esos seres proscritos en la Alta Edad Media, son los amos de la sociedad, porque tienen en sus manos los dos extremos de la cadena de la producción, porque son capaces de efectuar préstamos, en las diversas etapas del trabajo intermediario, para hacer frente a salarios y utillaje, porque no se les escapa ni el sector de producción familiar que está falto de circuitos autónomos de distribución y, para acabar, porque el Estado, aunque los comerciantes no aparezcan forzosamente en los puestos de primera fila, es su primer cliente y su primer servidor. El «modo de producción» que introdujeron progresi-

vamente en la economía es ciertamente discutible: ¿se trata en realidad de capitalismo? Este problema teórico me parece de escaso interés. Me limitaré a recordar que esta palabra no descansa únicamente sobre la idea de beneficio y de asalariados, sino que implica una generalización del control del sector público por parte de intereses privados, una situación de tensión social y de conflictos de clase en lodos los sectores de la población, una búsqueda del mantenimiento o del incremento de los beneficios a través de la violencia, colonial o imperial que para el caso es lo mismo. El puñado de hombres a los que voy a referirme asimilaron muchos de estos aspectos, pero no todos.



La sujeción del campo por la ciudad. Alrededores de París

(Según el libro de cuentas de los Gallerani, financieros sieneses instalados en París a principios del siglo XIV)

Uno de los rasgos más visibles que caracteriza a un grupo, que constituye el embrión de una determinada clase social, es la

legislación que le protege. Los comerciantes, por su situación de excluidos del viejo esquema de órdenes, reclamaron y obtuvieron desde el siglo XI, o en cualquier caso en el XII, algunas protecciones, un *jus mercaiorum,* un *Kaufmannsgerichte*. Más tarde, en el siglo XIV, cuando empezaron a producirse constantes problemas junto con una fiscalidad galopante, recibieron, aquí y allá, en tiempos de Felipe el Hermoso en Francia por ejemplo, unas *carme mercatoriae,* es decir, salvoconductos que les ponían a salvo de sorpresas. Incluso algo mejor: en una ciudad como Venecia, la expedición marítima, la *muda,* es un cortejo armado como para la guerra, pues el comercio se identifica con la propia ciudad. Sin embargo «la mercancía» no escapa a la suerte común hasta el siglo XV, cuando se crean sus propios tribunales, como la *Mercanzia* florentina con sus barrios reservados y sus notarios; es exonerada de algunos impuestos, recibe del príncipe la posesión de tierras reales; se le delegan oficios, una parte de los ingresos públicos. La legislación comercial puede llegar incluso a autorizar al grupo mercantil, sobre todo en Alemania, a requisar convoyes armados (*Shilddrake*) para protegerse.

El dinero cuya circulación corre fundamentalmente a cargo de los comerciantes no es forzosamente el mismo que reciben o dan con ocasión de una operación de compra o venta. Parece que es el comercio del dinero, la «banca», como ya se empieza a designar, la base esencial de sus beneficios y de su actividad, y probablemente este es el motivo que introduce en el grupo distinciones que hasta ahora eran menos marcadas. El comerciante se va afianzando y envía por rutas y mares a jóvenes en formación, a portadores de cartas, a asalariados, a delegados de sucursales, mientras él se limita a la contabilidad y a frecuentar los palacios municipales o principescos. Esta evolución, por otra parte no exenta de peligros en vísperas de una expansión comercial a nivel mundial, tiene, en lo inmediato, un efecto

fundamental sobre la posición social del comerciante: reside en las ciudades, próximo a sus deudores, a la «Casa» en la cual su dinero consolida la deuda pública, al Monte de Piedad al que irá a buscar las prendas no recuperadas, al *hôtel* en el que se depositan los fondos de sus clientes. Es, pues, un hombre que está al tanto, al mismo tiempo, de los negocios cotidianos y de La situación material de todos. El paso que lo separa del palacio comunal es fácil de franquear. Por otra parte, este dinero que los ahorradores, algunos colegas o ciertos príncipes le confían, le sirve para lanzar nuevos negocios: desde 1402 en Alemania (que por una vez va a la delantera) y 1450 en Italia, el banquero puede incluso otorgar préstamos sobre este líquido. Es una práctica común en numerosas plazas, las cuales desempeñan de este modo el papel de centros de crédito y de bolsas, como es el caso de Génova, Florencia, Roma, y Venecia naturalmente, pero también de Frankfurt, Estrasburgo, Nuremberg, Hamburgo, en el Imperio y de Montpellier, París o Lyon en Francia, así como de Brujas, Amberes, Londres y Barcelona,

A lo dicho anteriormente hay que añadir que el progreso de las técnicas contables, algunas de cuyas etapas capitales en el siglo XIV expuse ya, continúa avanzando. Lo mismo puede referirse a simples perfeccionamientos de antiguas prácticas como a generalizaciones de usos que demuestran ser los mejores. Por ejemplo, los seguros marítimos cuya tasa, ante notario, queda fijada entre el 3 y el 5 por 100 del valor de la mercancía, se extiende más allá de los Alpes: los contratos del tipo *colleganza*. que permiten la asociación de un trabajo y un capital llegan también a Alemania; según las regiones se les denomina *Wedderleging* o *Fürlegung*, y la parte del beneficio que revierte al mercader itinerante, un tercio por lo general, puede también variar, pero se trata claramente de un acuerdo que favorece la participación de todo un sector de pequeños poseedores que, de este modo, se ven impulsados hacia el gran comercio. En

cuanto a las partes (*sors, loca*) que un accionista aporta a una compañía alcanzan el valor de la «acción», pudiéndose vender, legar e invertir.

Es asombroso que la técnica contable, que ha alcanzado este nivel, entre otros campos en el del crédito, no haya desembocado en este momento en la emisión de cheques. En realidad el siglo XV se limita a utilizar la letra de cambio, práctica que proviene sin duda del contrato de cambio notarial del siglo XIII empleado en las ferias de la Champaña o en las plazas italianas y cuyo objeto, en principio, no es otro que el de evitar el transporte, siempre peligroso, de moneda contante y sonante; el deudor saldará su deuda en otra plaza, en la moneda del lugar y en su cuenta bancada se le adeudará la cantidad correspondiente según la cotización en curso aquel mismo día; un plazo de tiempo —denominado *l'ausance*— de dos meses entre Génova y París o Brujas, pero de tres para Sevilla y de cuatro para Londres, permite no solamente transportar la orden de pago sino también proveer de fondos la cuenta en caso necesario. Y esta práctica puede incluso llegar más lejos, pues basta con jugar con las variaciones del cambio de una plaza a otra o con llevar a cabo una doble circulación de la letra volviendo a la primera de las plazas para conseguir una notable diferencia de valor entre la cantidad avanzada y la efectivamente pagada (cambio y recambio), con lo cual dicha práctica es un instrumento de préstamo con intereses. Sin embargo, también en este caso la etapa siguiente, el endoso y la negociación de este efecto, no aparecen visibles; algunos príncipes, como Luis XI en 1463, mostraron por otra parte bastante hostilidad a lo que ellos consideraban un artificio especulativo a partir de las grandes variaciones de cotizaciones en ciertos momentos del año en los que la escasez de dinero en metálico o, por el contrario, su abundancia, permitían cálculos rentables. Cuando los barcos salen de Génova en setiembre o abril, cuando en Roma el papa decide que una

residencia de verano sea considerada como un bien eclesiástico, cuando en la ciudad española de Valencia están a la espera de la cosecha de arroz o trigo, el dinero está a precios muy altos; es entonces el momento de fijar los reembolsos…

En lo referente a las prácticas puramente contables, sobre todo por partida doble, su penetración fuera de Italia es muy lenta y no llega a Toulouse o Colonia hasta el siglo XVI, mucho más tarde que la numeración arábiga, sistemática ya en Italia y España antes de 1432 y que se extiende en casi toda Europa hacia 1490.

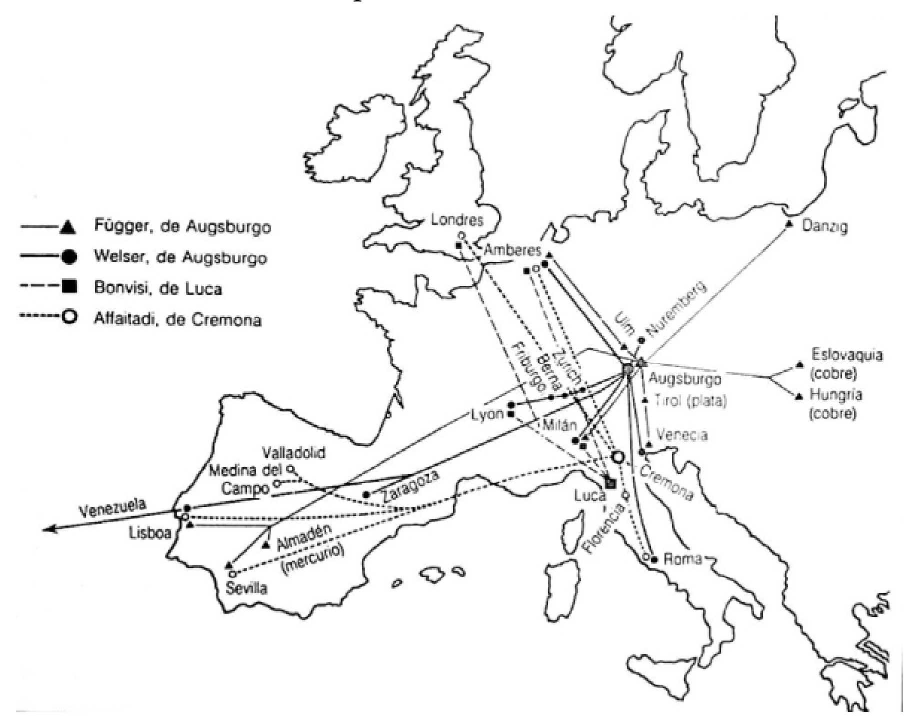
Los negocios

La época de compañías al estilo Bardi queda ya tan atrás como la venta ambulante de épocas antiguas. Dije ya anteriormente que el manejo del dinero se ha convertido en una parte sistemática de las fortunas y de las actividades de los ricos; pero esto no implica tipos uniformes de agrupaciones mercantiles. Estas siguen siendo, por el contrario, empresas individuales, ya apenas familiares, por cuando no recurren al apoyo financiero o de otro tipo de los parientes, como ocurría antes; con frecuencia se trata de embriones de negocios importantes aunque aparecen también obras personales de un ambicioso, de un aventurero o bien una estirpe celosamente encerrada en sí misma y concentrando en las manos de un solo miembro o en las de un hermano o un hijo la totalidad de empresas y beneficios. Un ejemplo, ilustre y tenaz, viene en seguida al recuerdo, el de los Függer de Nuremberg, instalados después en Augsburgo; es una familia conocida desde el siglo XIV pero quienes la lanzaron a la fama fueron los tres hermanos Georg, Ulric y Jacob cuando introdujeron el fustán en el sur de Alemania. El más activo de ellos, Jacob II, supo hacerse con participaciones en las minas de oro de Hungría y de cobre de Estiria y Bohemia, controlando así una notable parte del tráfico de los metales desde Venecia a Leipzig. No existen en este caso sucursales ni agentes sino tan

solo algunos «visitadores» diligentes. La energía de Jacob II le permitió lanzarse a la banca gracias a la muy fuerte concentración de capitales que hacía posible la ausencia de intermediario y de «gastos generales». Este comerciante, tenido en alta estima por Maximiliano I, a quien había concedido préstamos a altas tasas de interés en un momento en el que nadie consideraba solvente al emperador, se convirtió también en banquero personal de los Habsburgo y es algo sabido que, lanzando todo su crédito, en el sentido literal de la palabra, durante la elección imperial de 1519, decidió el éxito de Carlos V. Más adelante, continuó sosteniendo la política del soberano pagando tanto a los suizos que vencieron a Francisco I en Pavía como a los alemanes que saquearon la ciudad de Roma, ejerció un control sobre la política imperial y puede decirse que mantuvo en equilibrio la suerte de Lutero y la del papado; murió, ya muy anciano, en 1525.

Tal ejemplo, como veremos más adelante, no constituye un caso aislado. Pero, generalmente, la variedad de asuntos tratados lleva al comerciante a formar una agrupación, ya sea de tipo regional, ya sea de tipo especializado. El caso es frecuente en el Imperio. La «compañía de Ravensburg», creada por los Humpys hacia 1380, pertenecería al primer tipo, con sucursales dispersas por toda Europa; hacia 1500 poseían cuatro de ellas en el sur de Alemania, además de la casa madre, cinco entre Basilea y Montpellier, tres en España y otras tantas en Italia y en Inglaterra. Cada una de las sucursales trata, en el mismo lugar, todos los asuntos que se le presentan y que pueden referirse a la lana, estaño, azafrán, madera, vino y naturalmente también a los préstamos. Los hanseáticos como los Castorp, los Welser, los Veckinchusen dividen sus factorías por especialidades mercantiles: unas tratan con pieles, otras con trigo y unas terceras con madera; se trata en definitiva de sociedades privadas pero controladas por la casa de Lubeck o de Hamburgo que tiene a

su cargo el pagar salarios a los empleados. Este sistema es menos rígido que el anterior por cuanto los riesgos de la coyuntura están más dispersos, pero ambos siguen estando expuestos a los efectos de la ruina repentina de una de las sucursales.



Esto es, precisamente, lo que había acarreado el hundimiento de las compañías italianas del siglo XIV. Las sociedades de la península aprendieron finalmente la lección y adoptaron un sistema mucho menos rígido y más astuto. El caso de los Medici es evidentemente el más notable; en un principio, en la época de Salvestro e incluso de Cosme (Cosimo), hacia 1430-1435, la empresa recuerda un poco a los Függer: es una concentración en pocas manos. Pero si recordamos el papel ambiguo desempeñado por Salvestro durante las insurrecciones florentinas de 1378, vemos el principio de una dimensión desconocida fuera de Italia ya que el comerciante es al mismo tiempo un hombre de ciudad. Para llegar a jugar un papel importante son necesarias dos bazas: mostrar un cierto espíritu liberal y, evitando una

promoción personal, disponer de numerosas personas que se sientan agradecidas, clientes adictos, parientes a los que se procura el sustento y que, a su vez, trabajarán al pueblo y ocuparán lugares influyentes; después de lo cual entra dentro de lo posible aceptar con modestia, si la ocasión es favorable, ser elegido gonfalonero un año o dos, antes de morir en 1464, como mecenas admirado, «padre de la patria» y, además, hallador del alumbre de Tolfa y vencedor de Milán y Venecia. Cosme consiguió reunir un capital de dos millones y medio de florines, pero dispersó hábilmente, al mismo tiempo, las fuentes de sus ingresos y los lugares en que estos se hallaban (el paño, la banca, la tierra, el grano) y los beneficios de ellos extraídos representaban sus «puestos» principales. La organización se basaba en una decena de sucursales cuyos directores eran nombrados directamente por Cosme y recibían de este los primeros fondos pero luego se encargaban directamente de la administración de la sucursal. De esta manera era posible cortar un miembro gangrenado sin que se resintiera el equilibrio global de la compañía. En general, Cosme se limitó a implantar sus centros en plazas seguras y polivalentes como Londres, Brujas, Colonia, Génova, Lyon, Aviñón, Milán, Venecia y Roma. Tan solo excepcionalmente se lanza a formar parte de cárteles destinados a destruir a competidores pero que pueden arrastrarle, a él y a la dócil ciudad que tiene tras de sí, a conflictos armados; solamente en el caso del alumbre de Tolfa, de acuerdo con el papa y en contra del rey de Nápoles y Venecia, lleva a cabo una empresa de este tipo. Para dirigir esta yunta de diez cabezas era precisa mucha ductilidad y también energía. Su hijo Pedro le sobrevivió muy poco tiempo y la llegada de los dos hermanos Lorenzo y Julián mostró los límites de la empresa, pues, para yugular la insubordinación ciudadana que costó la vida a Julián en 1478, Lorenzo se lanzó a una política, a la vez costosa y peligrosa, de construcciones y de guerras, si bien es cierto que sus éxitos ar-

tísticos, literarios y el auge de la Florencia de 1480, le valieron el título de «príncipe de Florencia» que fingió rechazar, y el otro, más merecido, de «Magnífico». Y quedan luego los negocios: en 1477 la filial de Londres, al año siguiente las de Brujas y Milán y en 1479 la de Aviñón se hundieron totalmente; Lorenzo, tan indiferente a estos fracasos como a la suerte de los directores en quiebra (el de Brujas, Portinari, murió en el hospicio en 1501), solo se interesaba por la poesía y por las intrigas municipales. A su muerte, en 1492, la única posible salida de la compañía es la política.

Perfiles de ricos

Si bien es cierto que estos nombres se encuentran entre los más conocidos «hombres de negocios» de finales de la Edad Media, mi elección se debe fundamentalmente al hecho de que ellos ilustran ciertos modos de actuación en el campo del comercio. Quizá haya pasado por alto otras figuras pero mi intención no es elaborar largas listas sino dilucidar las principales vías de acceso a la riqueza.

Si el comercio no fuera una de estas vías no habría concedido tanto valor a la posición del comerciante. Sin embargo, hay que tener en cuenta también una de sus limitaciones más evidente desde hace siglos: la incertidumbre de la coyuntura y los riesgos del transporte. Todo lo que acabo de decir acerca de las precauciones tomadas por los hombres de negocios es una prueba fehaciente. Además, las posibilidades de dar salida a las mercancías son no menos caprichosas, en este caso debido a la práctica imposibilidad de constituir stocks de una parte importante de los productos transportados, fundamentalmente de víveres. Por esta razón, en Prato la empresa Datini valoraba el beneficio neto obtenido de la mayor parte de las operaciones marítimas por ella realizadas en no más de un 7 a un 12 por 100. Naturalmente, podían surgir ocasiones de sustanciosos ingresos, por ejemplo, en el transcurso de los tres primeros años

de explotación, las minas de Tolfa produjeron a los Medici un beneficio neto de un 48 por 100 (25 000 ducados), y los Függer recibían en 1494-1500 de los Thurzo, responsables de las minas de cobre de Eslovaquia, hasta una ganancia de un 33 por 100 sobre las ventas. Tal vez únicamente el comercio del dinero podía producir mayores beneficios: las inversiones y los préstamos se concedían a tasas muy variables según la importancia o la duración del crédito, a un interés del 12, del 20, pero más frecuentemente, en lo que respecta a préstamos cortos, hasta un límite de un 15 o un 20 por 100, más allá del cual la Iglesia se ponía alerta, o por lo menos lo hacía ver, ya que en Florencia, su aliada, se presta a un 33 por 100. Pero el crédito solamente tiene importancia si el prestatario, solvente o no, es un gran personaje; si es poco importante, es raro que se pueda llegar a hacer una fortuna sobre la base de tales transacciones: los cambistas, los «lombardos», los piamonteses de las *casane* de Saboya y los judíos realizan también préstamos bajo fianza, pero la huida del deudor puede arruinar a más de uno, como ocurrió en Brujas en 1457 con ocasión de una brusca conversión monetaria; en cuanto a los préstamos que se conceden a los grandes personajes, el riesgo sigue siendo parecido al del siglo XIV: si Portinari, el director de Brujas por cuenta de los Medici quebró, fue por haber prestado cantidades desmesuradas a Carlos el Temerario justo en el momento en que el duque se derrumbaba bajo los golpes de suizos y loreneses.

Hay que tener en cuenta, pues, también otras dos vías de enriquecimiento. Una de ellas ha sido explotada desde hace ya tiempo: se trata de la posesión del suelo. Ya hice mención de la tentación ciudadana de poseer un huerto y una granja, a lo cual el comerciante añadiría algunos contratos de cría de ganado, los *gasaille* o la *soccida* mediterránea, o los beneficios de un señorío. Los ejemplos se encuentran en todas partes: los Medici obtienen así un cuarto de sus ingresos, y Francisco Sassetti, su

director general en 1462, hasta un 32 por 100: incluso en Venecia los Barberigo, que poseen tierras en Trevisa y en Verana, solamente invierten el 10 por 100 de sus ingresos en el comercio; en cuento a Catalina Cornaro, compatriota suyo, los ingresos de la isla de Chipre, de la que era señora, le procuran un beneficio anual de 67 000 ducados. Y si vamos al otro lado de los Alpes el panorama se repite. Para un Függer que solamente posee casas en la ciudad, los Welser, los Humpys, los Hülpüchel, los Imhof, todos ellos de Lubeck, de Ravensburg, de Nuremberg, los Heim de Augsburgo, y Kaspar Popplau, el hombre más rico de Alemania en 1457, son señores propietarios de tierras y de derechos banales, que poseen bosques y praderas. Como el gusto por el riesgo es menor en Francia, el espectáculo será idéntico: Le Pelletier en Normandía, Jossard en Lyon, d'Heu en Metz. En cuanto a los Ysalguier de Toulouse, hacia 1458 obtienen hasta mil libras de ingresos anuales de sus mil hectáreas, de sus cuatro señoríos, de su bastida de Beauvoir y de sus derechos a la baronía de Hauterive.

Y es también en Francia, más que en ninguna otra parte, donde se percibe el crecimiento de otra vía de riqueza y poderío: el acceso a los cargos. La realeza pronto se dará cuenta del beneficio que puede sacar de la venta de cargos. De momento los concede cuando se encuentra endeudada, a veces junto con los mismos lugares, peaje, castillo, bosque, prebostazgo, en los que se hallan asentados; la toma en arrendamiento juega también un papel idéntico. Al hacerse responsables del taller de monedas, de la percepción de impuestos indirectos, o del derecho de peaje marino pueden, en primer lugar, enriquecerse y, a continuación, subir en la escala social, como los Forbin de Marsella, uno de los cuales en 1474 llegó a ser virrey de Provenza en tiempos de Renato de Anjou.

Y, para acabar ¿qué mejor ejemplo puede darse de todas estas posibilidades y también de todas estas dificultades que el de Ja-

cques Coeur, primer «hombre de negocios» francés, cuya existencia extravagante es como un resumen de todo lo dicho anteriormente? Hijo de un peletero de Bourges que, partiendo del comercio de lana local de los pequeños mercados de la región de Berry, se dedicó luego a realizar préstamos a los oficiales del entorno de Carlos VII, para entrar más tarde en la clientela real, siendo jefe de la moneda en 1442, arrendatario de impuestos indirectos y de la gabela en 1437, tesorero y consejero del rey en 1442, acreedor del príncipe, ayudó a equipar la artillería que reconquistó Normandía y fue enviado también a Nápoles y a Roma. De todos estos viajes, de todas estas funciones supo sacar partido para lanzar con un asombroso dinamismo empresas de todo tipo: apertura de minas en las Cévennes, tráfico de vino en Aviñón y en Limoges, corretaje y cambio en Londres y Brujas, equipamiento de galeras en Marsella. Más de 300 servidores velaban por sus intereses, en Italia, en Inglaterra; su capital mobiliario o construido fue valorado en 600 000 libras y Bourges conserva aún algunos suntuosos vestigios del mismo. Pero para la Francia de su tiempo todo esto era demasiado, y además carecía de vínculos, objetivos, seguridades. En 1435, justo después de la muerte de su protectora, Agnés Sorel, amante del rey, fue arrestado por malversaciones. Pero consiguió huir y, refugiado en Roma, inició de nuevo la aventura, armó navíos y partió para el Egeo donde pereció ante las costas de Quíos en 1456. No hay nada ejemplar en esta aventura individual pero sin embargo constituye una muestra brillante tanto de la superioridad como de la infidelidad del dinero.

La sociedad rota

«La sociedad rota», la sociedad medieval rota, se entiende. Cuando, tras haber lanzado una ojeada a las nuevas estructuras

de la economía, nos ponemos a analizar las bases sociales, el cambio es a todas luces manifiesto. El viejo corsé de la sociedad de los tres estados, ya obsoleto en el siglo XIII, se rompe en pedazos. Siguen existiendo los clérigos, teóricos o agentes interesados del poder, que no se cansan de repetir que sigue habiendo tres órdenes, tres «estados». Cosa que se seguirá diciendo hasta 1789 y aún puede leerse hoy en día de la pluma de algunos nostálgicos del sable y del hisopo. Pero eso no son más que humoradas incapaces de resistir una ojeada que sea algo imparcial. Lo que constituía la razón de este tipo de armonía social era la conciencia de pertenecer a un grupo determinado, encargado, a ser posible por Dios, o de lo contrario por la República, de llevar a cabo una tarea precisa, en beneficio de todos y a cambio de algo. Dejando aparte que esa Arcadia no existió jamás, ¿dónde estarían los jirones en 1500? Quedan tan solo promociones, decadencias, desbordamientos, conflictos, readaptaciones, desplazamientos, es decir, una sociedad eminentemente móvil, nueva, fundada, o que va a fundarse, sobre la noción, por otra parte ya antigua, de clases. Negar esto significa ser partidista o ciego. Y lo que es peor; en las relaciones, por lo menos teóricas, que los trabajadores tienen entre sí en este «sistema feudal» que hemos encontrado tan a menudo, el principal pilar es un acuerdo tácito entre el productor, al que se le pide más de lo que él necesita, y el amo, que utiliza esos excedentes, esta «renta», para asegurar derechos y gracias de Estado, protección, justicia y salvación. Todo esto no existe ya en el siglo XV y se puede incluso decir que, precisamente, el establecimiento de unas nuevas relaciones, conflictivas por principio, es la señal que indica el final de la época medieval.

Nuevas líneas de fuerza

Los fenómenos de larga duración como los desplazamientos de fortunas o el establecimiento de nuevas relaciones sociales muy raras veces llaman la atención de los contemporáneos,

sensibles sobre todo a lo inmediato, a los hechos puntuales, tales como quiebras, endeudamientos, revueltas, procesos, que interpretan con estrechez de miras. Por el contrario, en el siglo XV —y en el XX— se perciben más claramente los cambios psicológicos, las nuevas relaciones entre generaciones, las modificaciones del marco cotidiano. Sin duda los moralistas condenan inevitablemente el deterioro de las costumbres, la desidia de los jóvenes, mientras que los escépticos hablan de modas pasajeras, de circunstancias fortuitas. Evidentemente, es el historiador quien debe establecer una continuidad en esta serie de pequeñas constataciones. En un próximo capítulo expondremos la profunda mutación moral y espiritual operada en un mundo al que se duda en calificar de cristiano pues esta noción, entre 1450 y 1520, parece vaciarse de sentido. De momento es preciso mostrar algunos rasgos sociales fundamentales, imprescindibles para comprender bien lo que viene después.

En primer lugar llama poderosamente la atención la novedad de los comportamientos humanos. Como causa o efecto de la reactivación demográfica aludida al principio de este capítulo, se modifican las estructuras familiares, las relaciones conyugales, las relaciones entre padres e hijos; el resorte esencial que da lugar a estas modificaciones parece ser una progresiva liberalización del individuo frente a su grupo social o familiar; el destino individual, que antes se llamaba soledad y rechazo, se llama ahora Jacques Coeur, Francisco Sforza o Cristóbal Colón. Por otra parte, las mezclas de población han servido para arrancar las raíces familiares de tantos hombres a los que una «carta de naturalización» puede transformar, por voluntad pública, en un habitante igual a los otros sobre una tierra «renovada». Lo que no significa, ni mucho menos, la desaparición de los grupos de parentesco y las clientelas, que siguen jugando un papel fundamental en los asuntos municipales, en el comercio, en la administración de tierras y en las influencias de la corte.

Los ejemplos que de esto se han dado son numerosos y pueden encontrarse aún más; tal vez incluso el temor o la desconfianza ante el fisco hace que los individuos se reagrupen y, hacia 1480 o 1490, se observan en Holanda, en los Cotswolds ingleses, en la región de Caux, grupos compactos de varias decenas de individuos que viven bajo un mismo techo, dejando aparte las zonas aisladas, por lo general montañosas, como el País Vasco, Queyra, Saboya, los Apeninos, donde estas formaciones son obligadas aunque sea solamente en razón de la estructura económica de la región. Se trata pues de un rasgo antiguo y que tarda tiempo en desaparecer. Pero no consigue por ello disimular el progreso de las reacciones individuales, como la ruptura rápida de la célula familiar, el papel importante que desempeñarán desde ahora los bastardos, las separaciones rápidas entre padres e hijos, la desaparición de la solidaridad de los colaterales. Con frecuencia se ha buscado el germen de la disolución de los conjuntos más amplios en el papel cada vez más importante del dinero del que acabo de hablar extensamente y que se convierte en polo de ambiciones, instrumento de libertad y causa de disensiones; la psicosis del beneficio se apodera de todas las clases sociales oponiéndolas entre sí; el espíritu de servicio desaparece ante el salario.

Hay otro elemento, más difícil de observar, que merece un momento de atención. Cuando el destino personal se convierte en objeto de preocupaciones fundamentales, asistimos a dos evoluciones de los grupos humanos que, a simple vista, parecen no guardar relación pero que tienen, sin embargo, el mismo origen. Por una parte el culto a sí mismo, externo o interno, y ya se trate de hombre o mujer, produce prácticas asombrosas: conductas egoístas y brutales, sentimentalismos interesados y también esas extravagantes pompas funerarias que demuestran, al mismo tiempo, una preocupación por prolongarse en la memoria de los otros y el miedo a un juicio severo; hay incluso un

capitán, de manos ciertamente no muy limpias, el captal de Buch Jean de Grailly, que encarga y paga 40 000 misas aniversario de su «óbito» con la esperanza de salvar su alma; más tarde Felipe II de España será más modesto y encargará solo 20 000. Dichas prácticas sirvieron en gran medida para arruinar a la nobleza que era la clase social más entusiasmada con estas pompas. La otra evolución se refiere al papel de la mujer en la sociedad del siglo XV: ya he recordado antes que, ya sea por un impulso natural cuyo origen se nos escapa, ya sea por el retroceso del índice de mortalidad en los alumbramientos y de los «infanticidios» ocultos de niñas recién nacidas, el número de mujeres es, a partir de ahora, superior al de hombres. Por este motivo, su prestigio moral se resiente y, como prueba de ello, puede observarse el arcaísmo que marca a las «órdenes de caballería» con las que se divierte la nobleza y que insiste repetidamente en el servicio a la dama, lo que es prueba suficiente de que esto no era práctica habitual en la vida cotidiana. Por el contrario, la irrupción de un número importante de trabajadoras, sobre todo en el artesanado urbano, constituye un hecho económico capital que ha desempeñado sin lugar a dudas un papel de freno muy eficaz en el alza salarial ya que el salario que percibe la mujer es, en general, casi un 50 por 100 inferior al del hombre, lo que no parece producir la más mínima conmoción entre canonistas y filósofos, cosa por otra parte no demasiado sorprendente, incluso en pleno siglo XX.

En el campo, triunfo de los grandes

Pese a que los tentáculos urbanos poco a poco van aprisionándolo, el campo sigue siendo esencial y a él hay que dirigirse fundamentalmente cuando de readaptaciones de clases sociales se trata. La coyuntura de relanzamiento que acabo de analizar provocó esencialmente una ruptura, que ahora ya es manifiesta, tanto en el mundo de los señores como en el de los campesinos. No todos pudieron sacar provecho del reverdecer de las tierras.

En primer lugar porque el incremento del precio del grano fue muy lento y se vio frenado por el mantenimiento de precios más altos para los productos especulativos obtenidos también de la tierra. El trigo, que hacia 1350 tiene un índice de 100, sigue hallándose, a mitad del siglo XV, a 35 en Francia, 60 en Inglaterra, 65 en Alemania y es preciso esperar el año 1510 o 1515 para verlo volver a la base de 1350, por lo menos en el primero y último de estos países, juntamente con España, mientras que en el archipiélago su estancamiento continúa. Pero el pequeño explotador no puede pensar en ningún otro tipo de producción de la cual solamente podrá beneficiarse el propietario o el arrendatario que cuente con medios suficientes. Tanto o más cuanto que el alza de los salarios agrícolas deja de producirse: he hablado ya de la competencia urbana, pero el relanzamiento demográfico y el flujo de una mano de obra femenina se añaden a este elemento negativo. El índice de 1340-1350 se volverá a alcanzar en fechas distintas según las regiones, a veces incluso como consecuencia de una intervención oficial: las cifras más altas se dan en 1435-1440 en Inglaterra y Cataluña, en 1452 en Alemania del Este, en 1460 en Sajonia, en 1465-1470 en el norte y este de Francia y en 1482 en el Languedoc. En estas condiciones el recurso al artesanado rural dirigido por las ciudades más próximas se impondrá a los más desprotegidos. El restablecimiento progresivo de la situación anterior a 1340 o 1350 no se produce: las «tijeras» abiertas entonces en beneficio de los salarios no volverán a cerrarse antes de 1520, excepto en Alemania en donde esto constituyó uno de los fermentos esenciales de la explosión de 1525, y no volverán a abrirse en sentido contrario antes de 1550, cuando se inaugura una nueva crisis, de tipo clásico, con precios altos y salarios bajos y que constituye un tema del que no voy a ocuparme.

Los fenómenos anexos que favorecieron por añadidura a los reagrupamientos en beneficio de los llamados, en Francia, *coqs*

(«gallos»), es decir, burgueses emprendedores y grandes señores, no pueden tampoco pasarse por alto. Algunos son coyunturales: en las regiones abandonadas, las tierras *en herm* como las de Quercy, de Entre-deux-Mers y de la Champaña fueron requisadas y arrendadas en condiciones ventajosas a quien quisiera tomarlas, según los antiguos principios del *complant* (concesión de usufructo que conlleva la obligación de cubrir el terreno con árboles o viñedos), y disponiendo la cesión de una parte —un tercio o la mitad— en propiedad cuando el contrato expirase. Además, en Francia, en 1447, el Estado permitió que las tierras yermas fueran a parar a manos de un vecino cuando el propietario teórico no podía presentar sus títulos, lo cual era muy frecuente entre los laicos, poco cuidadosos y, por otra parte, más duramente atacados que los clérigos (de este modo estos últimos pudieron sanar rápidamente de las heridas producidas por la «crisis»); además, en 1489, el Estado autorizó la destrucción de las construcciones desocupadas que no estaban situadas en conjuntos cuyo tamaño fuera como mínimo de unas diez hectáreas, lo que constituía un medio seguro de aniquilar cualquier intento de reconstitución de una pequeña propiedad campesina en régimen de alodio. Otros elementos, esta vez sin intervención de la autoridad, reforzaron el dominio de los más audaces. Y no hablemos de los desplazamientos de mojones y límites en tierras de *openfield*, corolario de las deserciones, a los que hay que añadir algunas revaluaciones ocasionales de los censos demasiado bajos. El señor, cada vez que le era posible, por ejemplo con ocasión de una herencia o de una subdivisión de parcelas, aumentaba el censo en una cierta cantidad, o bien, cuando se producía una mutación monetaria, prescribía el pago en moneda fuerte. En numerosas regiones del reino de Francia, el Lyonés, Poitou, Hainaut y la región de Toulouse, estos procedimientos redundaron en beneficio del propietario o incluso de un arrendatario que tuviese tierras alquiladas. En es-

tas prácticas reside sin duda la explicación del fenómeno, a primera vista contradictorio, de un reforzamiento de las comunidades aldeanas frente al señor, pues en realidad tales comunidades solamente las forman los grandes, entiéndase los explotadores que disponen de cincuenta, cien o más hectáreas.

El aspecto de las campiñas europeas se caracteriza, pues, por la *commassation,* como se le denominaba en el siglo XI. En todas partes abundan los ejemplos. Los que llevan a cabo la concentración parcelaria pueden no ser más que arrendatarios o tenentes a cuyas manos van a parar las parcelas de sus vecinos desaparecidos, de sus parientes sin herederos, pedazos de tierra obtenidos de un señor al que le falta la mano de obra; incluso vemos que se implantan en los *bouverots* cistercienses, como en Ouges en Borgoña, o que fundan verdaderas dinastías de arrendatarios que durarán cien años, como ocurre en Île-de-France y en Cambrésis. Los *censes* del Hainaut, las *bordas* de la región de Toulouse, y los *colloques* de la zona de Quercy constituyen todos ellos unos conjuntos que llegan a alcanzar 200 ha. En Inglaterra, entre 1450 y 1480, en un cierto número de condados que sirven de muestra, las proporciones de los conjuntos territoriales que agrupan de 50 a 200 ha pasan del 40 al 55 por 100, de los cuales los de mayor extensión se duplican. Con este conjunto de auténticos hombres del campo se mezclan algunos recién llegados. He citado, sobre todo, algunos de esos comerciantes, y también magistrados, que a partir de 1440-1475, y después de 1490, se lanzan al campo y ascienden socialmente, mediante alianzas que nadie se atreve a rechazar, hasta llegar a formar parte de la nobleza: tan solo en Île-de-France tenemos ejemplos tales como los Bureau, Montaigu, Braque, Budé, Dormans y Boulainvilliers. Y son precisamente estos personajes quienes muestran mayor preocupación por llevar a cabo una gestión ejemplar, incluso excesivamente minuciosa. A ellos se

debe, en buena parte, la cantidad masiva de documentos de esta época que se amontona en nuestros archivos.

Pero evidentemente, dejando aparte a la Iglesia, los conjuntos más importantes son los de los *landlords*, los *Junkers*, los «grandes señores», los cuales, tanto si provienen de antiguas estirpes, que es lo más frecuente, como si llegaron a la «nobleza» cuando se produjo la gran conmoción social de finales del siglo XIII, siguen manteniendo el campo bien asido en sus manos, incluso si deja de vérseles cada día a causa de sus obligaciones militares o cortesanas. Con frecuencia, para adquirir las tierras, gastaron grandes sumas que procedían generalmente de la presión fiscal. Así, un William Sheppart en Inglaterra desembolsó 7000 libras esterlinas para comprar ocho pueblos, y los Percy en 1489 perciben 2000 libras en impuestos indirectos sobre sus bienes frente a unos ingresos «ordinarios» de 600. El poseer mayor cantidad de tierras puede ir de la mano con el éxito político: los Warwick dominan 5 pueblos en el año 1400, 25 antes de 1485, 70 en 1550; Elizabeth de Burgh adquiere *manors* en diez condados distintos. Y Alemania no va a la zaga, sobre todo después de 1470 o 1480: Friedrich von der Pfalz, Eberhard von Wurtemberg, Friedrich von Hohenzollern poseen más de 20 000 ha y en Castilla, las posesiones de los Álvarez, Carrillo, Haro, Guzmán y Mendoza son aún mayores. Francia e Italia siguen teniendo las menores concentraciones parcelarias, tal vez porque la densidad demográfica sea mayor o porque la resistencia campesina es más enérgica.

Y ruina de los pequeños

Todos los señores no son sin embargo duques de Norfolk o margraves de Brandeburgo. Los que no pudieron o no supieron subirse al carro de la fortuna cuando pasó ante ellos fueron deslizándose lentamente hacia la mediocridad. Muchas familias en otro tiempo ilustres y respetadas inician un penoso descenso en la escala social y deben aceptar casamientos vejatorios (un

Montmorency que se casa con una Poilevilain), renunciar a las dignidades honorables, obispado, bailiazgo, contentarse con ser preboste o señor del castillo y rehuir los gastos, considerados ahora desmesurados, que generan el acto de armarse caballero o la entrada en las órdenes de caballería; los miembros de estas familias ya no son más que *squire*, donceles o hidalgos; incluso la palabra *Ritter* pierde en el Imperio su contenido jurídico. Y en las genealogías surge con frecuencia el agujero negro: se han convertido en notarios, curas o procuradores. Los hidalgüelos que se aferran a su casa fortificada no tienen ningún medio para hacer frente a las vigorosas comunidades de labradores. Los datos que poseemos de muchas cuentas de explotación del siglo XV muestran que los ingresos de la mayor parte de miembros de la pequeña nobleza caen en picado. En Inglaterra, mejor conocida que otros países, como ocurre generalmente, se ha constatado que en Sussex el peso de las cargas, entre 1436 y 1456, pasaba de 1/7 a 2/5 de la suma total de los ingresos anuales; que, en el condado de Leicester, el valor global de los ingresos, directos o indirectos, de los dominios de la *gentry* cae desde un índice de 100 en 1408, por otra parte ya muy bajo, al índice de 80 en 1477, año que, en principio, es de plena recuperación económica. Y cuanto más débil es el amo más refunfuña el campesinado cuando debe pagar impuestos y castigos: en Île-de-France los retrasos en los pagos, que representaban, en torno a Josas, el 20 por 100 de los ingresos potenciales, son ya de un 45 por 100 en 1508. La lista podría alargarse indicando el valor del impuesto de la *taille* real, el establecimiento de pago de los derechos de caza, la creación en 1480 de derechos de mutación muy elevados en las tierras nobles (quinto y requinto= 40 por 100 de los ingresos), la tasación por el registro de los escudos de armas a la que la vieja nobleza concede mucha importancia ante la llegada de tanto advenedizo.

¿Qué hacer? ¿Adaptarse a los nuevos aires? Es una posibilidad. El dinero que el príncipe absorbe con avidez surge de nuevo bajo forma de cargos públicos de nueva creación, de pensiones, en funciones militares y en cargos de la corte. Para recuperar una parte de lo que otros le quitan, el señor intenta introducirse en la clientela de los duques, y hasta de los reyes si es posible. La creación en Francia, en 1480, de las «hijas de honor de la reina», función reservada a los nobles arruinados, o la de los cuerpos de cadetes en el ejército inician el camino de una «domesticación» de la nobleza cuyo uso por parte de los reyes de todas las monarquías occidentales ya sabemos cuál será, incluso si no es del todo seguro que, cuando empezaron este sistema de asir a la nobleza por las bridas, los príncipes pensaran realmente en desembarazarse de este modo de una aristocracia demasiado molesta. En cuanto a los que no querían ser arrancados de sus torreones en ruina, bien por amor a la tierra o porque tenían el sentimiento de desempeñar un papel entre sus aldeanos, por un momento hicieron un intento de responder con la violencia; en algunos casos, las ocasiones, como la guerra civil inglesa, les fueron propicias para ello; en otros, las suscitaron ellos mismos, como la *Praguerie* del norte de Francia (1440-1444) en la que no intervino ningún príncipe, y el «Bien público», liga que los enfrentó a Luis XI al principio de su reinado y de la que tan solo sacaron provecho los grandes. Desde entonces no les queda más remedio que malvivir como un campesino mediocre, contentándose con un banco en la Iglesia y una espada en el cinto.

Naturalmente hay cosas peores: el campesino, que no pudo participar en la reconstrucción y que, por su progresiva exclusión de las ventajas de la comunidad, se ve rechazado poco a poco a los márgenes vergonzosos de la servidumbre. Ya he aludido a esta «nueva servidumbre» que, en la parte central de Francia, en Alemania Central, en Cataluña, y no digamos en In-

glaterra, persistirá para siempre, anclada en la mediocridad económica, hasta el fin del siglo XVIII. Si antes del siglo XVII no se disponía de medios para establecer su volumen, Inglaterra, otra vez, ofrece algunos datos indicadores; así, en el condado de Leicester, el porcentaje de *cottagers*, indiscutiblemente enajenados en su persona o en sus bienes, y de *villeins* que gozan de diversas libertades, pasa de 67 a 72 por 100 entre 1400 y 1455; los *cottagers* y los *squatters*, esos «huéspedes» alojados en ínfimos pedazos de tierra en los límites de los *manors*, se ven privados de cualquier presencia en el tribunal; por fin, las condiciones de tenencia se agravan, al mismo tiempo porque los *landlords* pueden incrementar sus exigencias sobre la tierra y porque los tenentes están estrictamente registrados en el *Book of copyholders*, el libro de los censos, donde se recogen la lista de los tributos, los derechos de mutación, e incluso, en algunas partes, las prestaciones personales.

El campesino, aunque siga siendo libre, cosa esencial en el continente, difícilmente podrá hacer frente a la fiscalidad. Las pretensiones reales se hacen más pesadas, lo que repercute evidentemente en su persona por mediación del señor, y, lo que es peor, según la base tributaria establecida por los notables de la aldea. El crecimiento del impuesto de la *taille* en Francia es prodigioso: de 1 200 000 libras a la muerte de Carlos VII, pasa a 4 600 000 con Luis XI, a 5 300 000 con Luis XII y en 1540 será de 6 800 000. Ni los hábitos de trabajo, ni las estructuras de producción, ni siquiera el equipamiento habían cambiado realmente entre los más desheredados que permanecen en una situación miserable en la cual tres consecuencias, graves e inevitables, se ponen de manifiesto. La primera de ellas es el recurso al trabajo asalariado. Pero solamente la ciudad está en condiciones de ofrecer este complemento; se le encuentra en los talleres de paño rurales de Soloña, Brabante, en torno a los centros de tejido de saya, que han surgido desde Armentiéres a Au-

denarde, de «sarga y ascot» de la Champaña o del Severn; pero también en el oficio del vidrio en Venecia, del papel en Toulouse, de la madera en el Jura; a veces un burgués necesita un refuerzo ocasional: en torno a Lyon surgen los *affaneurs* que ayudan al ciudadano en las labores de vendimia, mediante la mitad del salario, lo mismo ocurre en torno a Burdeos; cuando Luis XI intenta implantar la morera cerca de Tours y de Lyon, hacia 1470, se recurre a los «trabajadores de la seda» del campo, tal como hacen en Génova desde hace ya tiempo; en Bohemia a veces contratan mineros por semanas, durante el invierno. Pero estos recursos son aleatorios y ponen al hombre del campo bajo la voluntad del de la ciudad. Y si tales recursos no existen, segunda consecuencia previsible, no queda más remedio que contraer deudas. ¿Con quién? Si no es con aquel —*clothier* o *woolman*— que viene a valorar el vellón de los corderos, o aquel otro —*nourriguier* o *gasailleur*— que viene a comprar el rebaño, o aquellos —*halliers* o *poorters*— que conceden préstamos sobre el utillaje, o compran el trigo antes de cortar, pese a la reglamentación real (1476). En cuanto al último efecto, no es en realidad más que una repetición de un ejemplo conocido: en lo alto de la pirámide agraria se producen concentraciones y, en la parte baja, divisiones; el desmenuzamiento parcelario, detenido por las crisis, vuelve a iniciarse con fuerza y sus lamentables efectos son bien conocidos: hacia 1500, un 70 por 100 de las explotaciones rurales de Neubourg tienen menos de cuatro hectáreas y algo parecido sucede con un 94 por 100 de las de Île-de-France.

El aplastamiento

Pero si los tiempos son demasiado duros, la cosecha es mala y el rey demasiado exigente, la única salida posible es la revuelta. Aunque esta vez ya no es un arranque de los ricos deseosos de conservar lo que poseen, sino que la razón de las revueltas

de hambre y miseria que se extienden lúgubremente por el Renacimiento y el siglo XVII es el desespero de los hambrientos.

Como estos movimientos más bien están relacionados con la oposición larva-da, son menos conocidos y tal vez llamaron menos la atención de los cronistas de la época que de los historiadores actuales. Sin embargo, si los examinamos a la luz de la represión que les acompañó, parece clara su importancia. Lo que más llama la atención es su aspecto general y difuso; a excepción de Italia, donde un número importante de estos manifestantes debieron perderse en medio de la confusión general del principio del siglo XVI, todas las demás regiones europeas se vieron afectadas. En Inglaterra el movimiento lollardo sigue estando latente hacia 1430; en 1450 se despiertan las regiones de Kent y Essex, como en 1381, a la llamada de Jack Cade; pero el ejército real extermina a los «rebeldes». En Escandinavia de 1411 a 1454 los sobresaltos son constantes, capitaneados por jefes más o menos auténticamente campesinos, «el rey David», Engelbrekt, Reventlow. En Francia estos movimientos se asimilan al bandidaje y se castigan como tales, así los *Écorcheurs* de 1441 a 1465, que actuaban desde París al delta del Ródano, los *Coquillards* en Borgoña, de 1435 a 1445, o incluso los «colegas» de Forez, que son posiblemente oficiales que han perdido su trabajo en los talleres. El rey se dota, entonces, de un ejército y recurre a él. En Cataluña el movimiento de los *remensas* no ha sido sofocado y, pese a las promesas de Alfonso V de Aragón, hacia 1445, de velar por la desaparición de los *mals usos*, estos continúan y la rebelión resurge entre 1462 y 1471, y más tarde, entre 1484 y 1487, alimentada solapadamente por los esclavos evadidos y los señores arruinados.

El caso alemán es especial ya que el aspecto religioso se mezcla íntimamente con la reivindicación de los miserables, quizá porque las exigencias espirituales y el escándalo de una Iglesia vinculada al poder represivo se dan aquí con más intensidad.

Las bandas de «begardos» itinerantes, en Turingia y en Alsacia, el movimiento de «la Virgen de Nicklaushausen», en 1476, son difíciles de clasificar. Lo que es evidente es la extraordinaria violencia de la represión señorial. Se puede decir que la Alemania de Federico III y de Maximiliano se apoya en el cobre de los Függer y en los patíbulos. Este aplastamiento merece señalarse sobre todo por cuanto la mayor parte de rasgos de descomposición social que acabo de subrayar existen en el Imperio de modo extremadamente virulento. Las consecuencias no pueden, pues, asombrarnos, al contrario de lo que les ocurre a sus contemporáneos. En junio de 1524, entre la Selva Negra y el lago de Constanza, siguiendo las exhortaciones de un tal Münzer, que hacía un llamamiento a revocar la sociedad noble y eclesiástica por medio de la espada, estalló un levantamiento; en tres meses alcanzó la Alsacia, el Palatinado, Hesse, Turingia, Sajonia y, en el sur, el Tirol. Baviera y Estiria. Toda la Alemania rural parecía ponerse de su lado y también las ciudades en donde los oficiales de taller, duramente tratados, abrieron las puertas a las bandas campesinas: Saverne, Ulm, Friburgo se entregaron. Maguncia, Tréveris y Frankfurt tuvieron que pactar. Hordas de miles de seres hambrientos saquearon los graneros públicos, asesinando a caballeros y eclesiásticos y llamando a la liberación de toda opresión y al reparto de los bienes de los nobles. En 1525, los príncipes de Hesse, de Sajonia, de Brunswick, consiguieron formar cuerpos de ejército móviles para acosar a estas hordas. De este modo la situación acabó en un motín y, como siempre, los ciudadanos se cansaron de los excesos campesinos y les negaron su ayuda. El movimiento se desmembró en grupúsculos fáciles de aislar: en mayo, Münzer fue apresado y colgado y Alsacia sometida; poco a poco el resto de las tropas campesinas fue vencido. La represión fue atroz y se habló de 100 000 ejecuciones. Además, no cesó en ningún momento y aún persistía cuando comenzaron las guerras de religión, vein-

te o treinta años más tarde. Pero la Alemania rural había sido sometida.

Una «cuestión obrera»

El Estado parecía haberse quitado de encima o, en cualquier caso, aplazado, la cuestión campesina tras haber reducido a la nada, a golpe de espada, a los más desgraciados de los hombres del campo; y durante dos siglos se mantuvo firme, tanto en el Imperio como fuera de él. Pero, en la ciudad, el problema era muy otro. El primer lugar, porque el poderío creciente de las ciudades y la necesidad que tenían los príncipes de ellas obligaban a una mayor discreción y atención: el campesino era como un animal pero no así el obrero orfebre o el albañil.

Los movimientos que habían tenido lugar en las ciudades de Occidente a mitad del siglo XIV y durante el último cuarto del mismo habían revelado a un buen número de observadores y cronistas lúcidos, como Villani, Alain Chartier o Gerson, que la población urbana, en razón de sus condiciones propias de vida, amontonamiento y promiscuidad, consecuencia de unos vínculos profesionales o de vecindad, o de dificultades materiales de la vida cotidiana, no puede ser tratada como la de la aldea de grandes dimensiones. El lugar cada vez más importante de la ciudad como mercado, residencia principesca, fortaleza, taller, daba a todo lo referente a las relaciones sociales una dimensión, una aspereza, distintas que en pleno campo. La agresividad en las relaciones laborales debida a un ritmo de producción rápido, el desprecio recíproco de las categorías sociales, unas en contra de las otras y todas ellas en contra del campo, todas estas características, que ahora nos son tan familiares, datan del siglo XIV.

Estas características se reforzaron durante el siglo XV al tiempo que se modificaba profundamente la estructura interna de las ciudades en el momento en que se salía de las «crisis». En

primer lugar, los recién llegados, como ocurre con frecuencia a los neófitos, hicieron mayor gala de arrogancia todavía que aquellos a quienes sustituían; a veces su importancia numérica era extraordinaria: en Francia por ejemplo, se puede cifrar, entre 1470 y 1510 en un 29 por 100 en Lyon, un 47 por 100 en Valence, un 66 por 100 en Périgueux y un 75 por 100 en Chalón; y además estos recién llegados se muestran rápidamente hostiles ante eventuales «extranjeros»: en Toulouse pretenden expulsar a los bearneses y en Lyon echar a los flamencos. Muy pronto la actividad propiamente municipal, esta delicia de los mediterráneos que hace tan inverosímil la historia de las ciudades italianas desde el año 1100 al 1400, empieza a desaparecer; los problemas de la gestión, en una época en que el rey o un clan de comerciantes se hacen cargo de los negocios, solamente interesan a los especialistas. Siguen existiendo juristas, notarios y oficiales para ocupar los cargos de cónsul o de regidor y para ejecutar las órdenes del príncipe o las de la «mercancía»; pero bastan y sobran y, desde entonces, los reyes más prudentes, como Luis XI, pueden sonreír a sus *bonnes villes*; incluso en Holanda los duques de Borgoña acabaron por hacer callar a Gante o Lieja; e Italia se entregó por completo a los príncipes.

Esta atonía política es muy propicia para el reposo del historiador; pero es también molesta. En otros tiempos el cuerpo de la ciudad reflejaba o, por el contrario, se negaba a reflejar la estructura de la sociedad; tenía vivo interés en ello y la reglamentación, buena o mala, se inspiraba ahí. Pero, cuando la ciudad pasa a manos de los técnicos, deja que se desarrolle libremente un clima de tensión económica alimentado por la coyuntura. Uno de los signos más curiosos es la jerarquización progresiva que tiene lugar en el mismo tejido urbano; además del desarrollo, en las zonas aún no construidas del todo, de esos edificios amplios y surcados de jardines interiores, imitación del *hôtel* Saint-Paul de París, vemos también, en plena ciudad, cómo van

diferenciándose socialmente los barrios, en razón de sus respectivos tipos de actividad, de la presencia de tal o cual palacio, y estas diferenciaciones se aprecian también en las partes que constituyen una casa: la zona que da a la calle es más apreciada que la que da al patio y el primer piso se considera «burgués», en detrimento de los otros; algunas cuentas, como la de reservas alimentarias de Reims en 1422, son muy reveladoras al respecto. Al mismo tiempo se habrá observado como en este instante, y sobre todo después de los *pogroms* de 1390-1392, se lleva a cabo la reclusión sistemática de los judíos en una zona reservada, cerrada durante la noche, pero inevitablemente invadida y saqueada, en el mejor de los casos, cada vez que se producía una oleada de miedo: 1425-1430, 1460, 1473, 1486, 1493, si tomamos los ejemplos de la región del Languedoc.

Si dejamos aparte a los comerciantes, nos quedan frente a frente maestros y oficiales. Para los primeros, por lo menos para aquellos a los cuales la fortuna no los empuja a la función pública o a las inversiones en tierras, la situación posterior a 1470-1480 solo es en parte satisfactoria. El descenso de los incrementos salariales, claramente apreciables en todas partes después de 1464-1468, hace que disminuyan sus cargas; pero el del precio de los productos elaborados hace que se anule el margen de beneficio suplementario que podían esperar. Su actitud revela indiscutiblemente esta inquietud: la reactivación es mediocre y la clientela está molesta. Es preciso, pues, eliminar en la medida de lo posible las causas de debilidad; como buenos discípulos de las doctrinas medievales «clásicas», los maestros son partidarios, más ahora que nunca, de la «buena mercancía» y se oponen ferozmente a la competencia; se multiplican los vigilantes, el *eswardeur* de Flandes, el *gastadio* lombardo, para hacer respetar las normas de trabajo y los horarios; la obra maestra es algo prácticamente prohibido para los oficiales después de 1480, cosa que generaliza la herencia, y antes de finales del

siglo XV la producción se encuentra encorsetada por cascadas de reglamentos que indiscutiblemente la paralizan ya que, no contentos con bloquear la calidad y el volumen a un nivel que no quieren perder —mientras que los comerciantes están dando en ese momento una imagen de espíritu de empresa—, intentan entre ellos ciertos acuerdos, ciertos «cártel», como el de los maestros herreros renanos, con la intención de hacer disminuir los salarios.

Pero no estamos en el campo. Los oficiales no están en absoluto desprovistos de apoyos y de reacciones; en primer lugar, favorecidos por las dificultades, han ido reforzando poco a poco los órganos de asociación que, dejando aparte las tareas de tipo oficial en las que los maestros son reyes, les permiten oírse y hacer esos *colloquia* que ya inquietaban a Beaumanoir en el siglo XIII. Como se trata, por definición, de reuniones clandestinas, es difícil poseer datos, pero antes de 1440 parece que tienen lugar algunas de ellas en las que intervienen los oficiales panaderos, herreros y sombrereros; en 1442, los peleteros se reúnen en Baviera y a lo largo del Ródano y en 1500 pueden contarse unas cuarenta de estas reuniones en Burdeos. Lo que facilita estas aproximaciones es la vecindad de viviendas a la que ya me he referido: el oficial no vive ya con el maestro y este último tiene, por consiguiente, motivos para inquietarse, en 1442 y 1465 en Alemania, en 1475 en Francia, pues los obreros unidos ¿no podrían crear una coalición, decidir el *takehan*, la interrupción del trabajo y exigir alzas salariales?

En realidad, motivos no les faltarían. La fiscalidad que soportan es muy pesada: quizá la *taille* real sea una carga impositiva que pese fundamentalmente sobre los campesinos (en un 85 por 100, según se afirma), pero otras muchas cargas son casi típicamente urbanas: el impuesto para el alojamiento a la «gente de guerra» (1451), y sobre todo el mantenimiento de la muralla, ese rasgo arquitectónico simbólico de la ciudad (se calcula

que, tanto en París como en Aviñón, impuso a la ciudad durante 15 y 20 años gastos que llegan a ser la mitad del presupuesto municipal, por ejemplo, en Reims es de 160 000 libras). Es fácil imaginar a cargo de quién corre el impuesto. Hay que añadir la gabela, inevitable en la ciudad donde se implantan los «graneros de sal», los arbitrios municipales, y, naturalmente, los cánones de justicia, los alquileres, los derechos de mutación, etcétera, cuyo importe ha podido ser estimado para 1480-1500 en ochenta días de trabajo. La relativa disminución de los negocios a partir de 1490-1500 y, sobre todo, las reglamentaciones inglesa y francesa que pretendían hacer que los salarios volvieran al nivel de 1410, no hicieron más que incrementar las dificultades para los más desfavorecidos.

Las manifestaciones de descontento urbano fueron de dos tipos: o una agresión repentina, a base a veces de venganzas personales, o la sedición que inspiraba la necesidad. De la primera solamente podemos tener constancia a través de los registros de la justicia y un 80 por 100 de los casos son efectivamente de violencia personal, sobre todo a base de destrucciones o saqueos, más que de violencias físicas; el asesinato de un maestro en París en 1455 causó sensación. Como en algunos casos se constituyeron bandas en las que se mezclaban malhechores o mendigos, no siempre se concedió a este tipo de criminalidad el interés social que merecía. La sedición tuvo lugar cronológicamente en dos fases: entre 1442 y 1451, época en la que fundamentalmente afectó a zonas de Holanda, el Rin y el Danubio, y entre 1516 y 1527, cuando su manifestación esencial se produjo, como acabamos de ver, en Alemania. Excepto en este último caso, que fue de una violencia extrema aunque, por otra parte, de origen rural, las diversas protestas obreras de fines del siglo XV o del siglo XVI nos parecen muy pobres al lado de sus hermanas mayores. Además de la dificultad que existe en dilucidar en los movimientos religiosos del período siguiente la

dimensión sociológica, no puede perderse de vista que el fenómeno de oposición «dura» está en vías de formación mientras que, en pleno campo, no podía vislumbrarse. Ahora hay dos fuerzas enfrentadas, una y otra estructuradas, coherentes, y ocupando un lugar esencial en la sociedad; no se trata de una escisión entre débiles y fuertes, como algunos analistas creen, sino de dos adversarios de un peso equivalente. En otros términos, la Edad Media ha legado a los tiempos modernos una «cuestión obrera».

Capítulo 9
DESDE EUROPA HACIA EL MUNDO

Los peregrinos o los mercaderes que se dirigen a Jerusalén, a Alejandría o, incluso, a Pekín no consideran su viaje desde una perspectiva mundial: tienen suficiente con un horizonte inmediato, con una óptica europea y con la tradición. El gran relanzamiento económico del siglo XV logrará ampliar estas perspectivas excesivamente próximas: el hombre de Occidente considerará que no puede limitarse a poner proa hacia Asia si desea desplegar su dinamismo o satisfacer sus apetitos; necesita ampliar su campo de actividades, poner a prueba su nuevo vigor, salir de su patria y, ahora, dispone de los medios necesarios para conseguir estos fines.

HACIA EL ESTADO «MODERNO»

Pocas palabras se han utilizado tanto como «moderno»: la utilizo aquí en su acepción más reducida, la que corresponde a la tradición histórica relacionada con el período comprendido entre el siglo XVI y el fin del siglo XVIII. Se trata de un uso puramente convencional que, por otra parte, resulta absurdo, pero lo mantengo para no desorientar al lector. Empecemos por entendernos acerca del valor de la expresión: la noción de Estado resulta manifiestamente multiforme y muchos juristas han encanecido discutiendo esta cuestión múltiple y difícil. Existe un Estado feudal del mismo modo que existen ciudades-Estado o estados tribales. Suele describirse el Estado «moderno» como aquel en el que la totalidad de los poderes, materiales por lo menos, se concentra en las manos de una sola persona o, en el peor de los casos, en las de una familia que los utiliza plenamente y de acuerdo con su voluntad propia. Este poder absolu-

to, no obstante, debe ser la emanación de todo el cuerpo social: en él deben reunirse la tradición, el bien común y el honor de todo el pueblo. Quien no disponga de este consenso general será considerado un «tirano», tal como manifestaba Jean Petit con motivo del asesinato de Luis de Orleans: se le puede matar tal como se hizo con Pedro el Cruel, o puede ser depuesto, tal como le sucedió a Ricardo II de Inglaterra. Por esta razón, aquel que, por el contrario, ejerce este sacerdocio sin discusión alguna, aunque sus «súbditos» (este es el término a utilizar en lo sucesivo) no hayan sido consultados en realidad, se convierte en un depositario sagrado de la cosa pública, incluso si se trata de un loco como Carlos VI o aunque sea idiota desde el punto de vista médico como Enrique IV de Castilla.

Ahora bien, hasta principios del siglo XV, o incluso algo más tarde, ningún gobernante de Occidente puede jactarse de disponer de un poder de esta índole. Los clanes familiares, los grandes linajes territoriales, las asambleas de representantes de los «órdenes» recortan sus iniciativas. Organismos intermedios como la Iglesia y los municipios se interponen entre el soberano y sus súbditos. Por ello, el monarca rara vez llega a controlar realmente los elementos esenciales que permiten ejercer el poder: la administración, la justicia, el dinero y las fuerzas armadas. Esos mecanismos diversos, cuya reunión en manos de una sola persona darán el fruto venenoso de la monarquía absoluta, que caracterizará uno de los períodos más sombríos de la historia de Europa, vamos a verlos estructurarse poco a poco al injertarse en los cambios económicos y sociales de los que acabo de hablar.

Primero fue la fuerza bruta organizada...

Una regla escasamente ética pero de sentido común establece lo siguiente: por mucho que Montesquieu se muestre en desacuerdo, ningún poder podrá nunca imponer sus puntos de vista, por legítimos que sean, si carece de los medios que le per-

mitan obligar o amenazar. El ser humano está hecho así y solo se le puede convencer cuando actúa en el seno de la colectividad, si la autoridad no separa la mano de la empuñadura de la espada. Esta evidencia, que solo la Iglesia pretende rechazar aunque la utilice en todas sus formas, explica los éxitos o los fracasos de los restantes «estados» medievales. Todos los príncipes lo entendieron, por más que no todos lograran alcanzar la meta, a mediados del siglo XV. terminado ya el desorden increíble que crearon en Europa tantas fuerzas armadas que se destrozaban entre sí.

El ejemplo francés es, sin duda, el más claro y el más duradero. Carlos V había constatado la mediocridad del sistema «feudal», la incertidumbre que provocaban los soldados de fortuna, el costo de las soldadas y el de la artillería de alquiler. En un principio podía contarse con 100 000 hombres pero, a la hora de la verdad, solo se reunían entre 20 y 30 000. Empezó por resolver el aspecto defensivo del problema: fortalezas a cuyo frente situó a capitanes de confianza, milicias de infantes y arqueros que actuaban en los pueblos, unas atarazanas en Ruán, «el recinto de las galeras». En lo restante, sin embargo, siguió aplicando las viejas recetas. Fue Carlos VII quien se encargó de dar el paso decisivo: con ocasión de la tregua concluida con los ingleses en Tours en 1444, organizó tres cuerpos de «fuerzas armadas reales» que constituyeron la base del futuro ejército francés. Dado que una parte de las bandas de soldados había perecido en diversas expediciones a Suiza, tuvo la audacia de enrolar a las restantes, previendo su soldada, sus alojamientos y quiénes serían sus mandos: de esta forma se crearon, en 1445, 20 «compañías de ordenanza» construidas por gentes armadas, a las que se añadieron otras 35 en 1450. De esta forma el rey pudo disponer de unas 3000 «lanzas», cada una de las cuales estaba formada por seis hombres de los que dos iban a caballo. Más tarde, en 1448, creó compañías de arqueros voluntarios, a

razón de un hombre útil por cada 50 «fuegos»: se trataba de campesinos o de ciudadanos que, cada semana, se ejercitaban en el tiro al arco y que hubieran debido proporcionar al rey una cifra comprendida entre 18 y 20 000 infantes en caso de necesidad. Finalmente, en 1449, confió a Bureau de la Riviére la tarea de constituir un cuerpo de artillería, formado por 150 «culebrinas volantes» que, algunos años más tarde, le permitieron alcanzar una victoria total frente a los ingleses. Siguió recurriéndose a la ayuda eventual de las milicias de la nobleza y de las ciudades e incluso se recurrió al apoyo de algunos *condottieri* y de sus tropas, cuando se tenía confianza en su fidelidad, pero se les impuso el pasar revista y controles muy estrictos. Por otra parte, se seguían construyendo fortalezas y botando navíos de guerra. La obra de Carlos VII, continuada por Luis XI sobre los mismos principios, fue objeto de múltiples críticas: las tropas se alojaban en domicilios particulares o se obligaba al pago de una tasa para alojarlas, lo que provocaba el descontento popular: la nobleza despreciaba a sus nuevos compañeros de armas: por otra parte, muchos príncipes conservaron sus propias tropas; finalmente, en diversas ocasiones los arqueros voluntarios combatieron de forma penosa y los navíos no pudieron imponerse en el canal de la Mancha. Pese a ello la artillería real francesa se convirtió en la mejor de Europa hasta el siglo XVIII y, poco a poco, la infantería logró amalgamarse con los soldados de fortuna y arcabuceros profesionales y hacer un buen papel en los campos de batalla.

Los restantes países no alcanzaron un grado similar de perfección en el control de la fuerza pública. No obstante, en Inglaterra, los príncipes disponían de la ventaja inestimable de su larga experiencia en el combate a pie, con picas y con arcos, así como la del *fyrd* anglosajón, la leva general de todos los hombres libres. Pero la escasa demografía inglesa no permitió nunca que los reyes pudieran disponer de más de 5-6000 hombres

en lugar de los 30 000 que, teóricamente, eran sujetos de la leva. Por otra parte, las dificultades que planteaba el transporte de la artillería al continente motivaron el que se descuidara este sector de su arsenal de armamentos, el cual, por otra parte, se consideraba excesivamente oneroso. Las levas de efectivos se forzaron algo más en tiempo de los Tudor, pero los gastos se orientaron sobre todo hacia la armada. He manifestado ya, en otro lugar, el interés que los ingleses sintieron, a partir de este momento, por el comercio marítimo. De forma simultánea se inició la construcción de una flota inglesa. Hay que reconocer que la iniciativa correspondió a Eduardo IV, por más que fuera Enrique VII el que promulgó, en 1485, una nueva «acta de navegación» y construyó los astilleros de HulI y de Bristol. Por una curiosa ironía histórica, Francia, bajo el reinado de Luis XI, contribuyó a este nacimiento de la flota inglesa de manera indirecta, ya que la parte esencial de los fondos que se invirtieron procedían de la pensión de 50 000 libras anuales que el monarca francés entregaba a Eduardo IV según lo pactado en el acuerdo de Picquigny de 1475. Cuando Enrique VIII subió al trono, en 1509, una quincena de navíos podían hacerse a la mar con tripulaciones «nacionales».

Las monarquías de la península ibérica parecen sufrir un retraso un tanto curioso ya que las expediciones que se llevan a cabo en su nombre tanto para luchar contra los moros como para adentrarse en el Océano debieran haberles movido a estructurar unas fuerzas propias. Solo de forma muy lenta aunque con una fuerza penetrante, los españoles proporcionaron a sus reyes un ejército excepcional. Al no poder pagar a mercenarios, como se había hecho hasta la toma de Granada en 1492, los «Reyes Católicos» Isabel y, sobre todo, Fernando, personaje apasionado por todo lo militar, optaron por reclutar a la manera de los Valois. En este caso no se trataba de arqueros voluntarios alistados en los pueblos: los reyes recurrieron a la larga ex-

periencia de combate de los hidalgos y de la caballería villana que, durante siglos, habían luchado contra el Islam. Cualquier señor era un soldado y todos los peones sabían manejar la espada. Si se tiene en cuenta la pobreza de los recursos de la tierra, que motivaba a las gentes a abrazar la carrera de las armas, y la aspereza de un clima que creaba cuerpos sobrios y acostumbrados a los esfuerzos excesivos, podrá entenderse cuál fue el punto de partida de un instrumento militar excepcional. En 1496, los monarcas adoptaron la decisión de designar como movilizable a un hombre de cada doce y estas tropas fueron sometidas a un severo entrenamiento a manos de Gonzalo de Córdoba y de Gonzalo de Ayala. En caso de campaña estos hombres, lanceros, caballeros con espada, arcabuceros, constituían unidades homogéneas, las *coronelía*, cuya resistencia, valor y, también, crueldad, fueron bien conocidos desde principios del siglo XVI, cuando España llevó a cabo expediciones de conquista o de represión: los tercios, una vez hayan sido eliminados los suizos, reinarán sobre los campos de batalla hasta la Guerra de los Treinta Años.

... o no

Nada comparable surgió en otros países. Las milicias urbanas italianas desaparecieron como el humo: los burgueses armados del siglo XVI no eran dignos de sus antepasados de Legnano. El duque Francisco Sforza, buen conocedor de los hombres de guerra, fue el primero que prescindió de ellos. En Roma, los papas guerreros como Julio II preferían a los lansquenetes (*Landsknechten*) procedentes de Alemania, mientras que en Venecia no se tuvo ningún escrúpulo a la hora de enrolar a eslavos o a turcos. Florencia fue la única que se resistió a cambiar durante un cierto tiempo. Por otra parte, Lorenzo el Magnífico no se preocupaba demasiado por estas cuestiones. Cuando los franceses de Carlos VIII se lanzaron sobre Italia se produjo una gran inquietud: se tuvo conciencia de que, en lugar de realizar

sabias maniobras al término de las cuales un ejército podía declararse vencido sin que apenas hubiera corrido sangre —una táctica muy utilizada por los *condottieri* italianos que velaban por la vida de sus hombres, o sea, en último término, por su capital—, los franceses efectuaban cargas, disparaban sus cañones y mataban. Cuando los españoles empezaron a hacer lo mismo, no hubo más remedio que cambiar de actitud: tras su derrota en Prato en 1512, también los florentinos se entregaron a los soldados del Imperio.

Tenemos ahí, sin duda, el crisol tradicional en el que se recluta a la mayor parte de los soldados profesionales. Al igual que en España, la miseria empujaba a los *Ritter*, los caballeros, a enrolarse y a dedicarse al pillaje. No había, aquí, indios americanos a los que se debiera exterminar o reinos italianos que pudieran ser objeto de conquista; no existían tampoco flotas o príncipes a cuyo servicio fuera posible entrar; los infieles, los turcos, no andaban lejos y amenazaban seriamente el Danubio pero, de momento, húngaros, checos y polacos se encargaban de contenerlos. Quizás solo el exceso de guerreros sin empleo pueda explicar el increíble desorden y la anarquía política que reinaban en Alemania. Estos entraban al servicio de un señor local o de un príncipe vecino y de esta manera, se formaban bandas extraordinariamente numerosas: un capitán famoso como Franz von Sickingen llegó a tener, durante un tiempo, quince mil hombres bajo su mando, o sea la mitad del número de soldados que Carlos VIII llevó consigo a Italia. Por otra parte, ningún soberano se mostró capaz de realizar agrupaciones coherentes de soldados tal como se hacía en países situados más hacia el oeste.

Solo surgió una única excepción a este desorden, aunque tuvo una gran importancia: los montañeses suizos, los cuales, tras haber arrancado su independencia a los Habsburgo a fines del siglo XIV, formaron cuerpos de infantería, dada la falta de caba-

llos en su país, que adquirieron gran fama por su extraordinaria resistencia en el combate e interesaron muy pronto a sus vecinos, siempre a la busca de soldados vigorosos y honrados. En efecto, tras haber defendido victoriosamente su propia libertad en Alsacia y en Badén entre 1440 y 1444 y haber logrado destrozar al orgulloso ejército borgoñón junto al lago de Neuchâtel, los suizos demostraron que había llegado a su fin el reinado de la caballería pesada y que la infantería se había convertido en la «reina de las batallas»: cuadros formados por 200 hombres, erizados de lanzas, que barrían lentamente el terreno, permanecían impasibles bajo las flechas ya que llevaban fuertes corazas. ¡Era la aventura de la falange macedonia! Después de 1480 los soberanos pagan a precio de oro la ayuda que reciben de estos montañeses que se muestran disciplinados incluso en la victoria, que solo se dedican al pillaje cuando se les manda hacerlo e, incluso entonces, lo hacen con orden, y que cumplen con su contrato hasta verter la última gota de su sangre. Solo Francisco I, o alguien de su entorno, fue capaz de inventar una réplica a esta nueva táctica: utilizar la artillería para tirar sobre los soldados y no sobre las murallas. Aunque trataron de cerrar las brechas abiertas, los suizos se vieron obligados a ceder en Marignan en 1515, pero no les sucedió lo mismo en Pavía, diez años más tarde, ya que el monarca de la casa de Valois, siempre tan olvidadizo, ordenó cargar a su caballería por delante de sus propios cañones. Suizos contra tercios, casi todos a pie, artillería francesa, flota inglesa, Alemania e Italia como campos de batalla, ¿no parece que nos encontremos en pleno siglo XVII?

Luego, el dinero

El Estado necesita disponer de dinero aunque solo sea para pagar la soldada de sus tropas o para armar sus barcos. Un aspecto esencial del problema está constituido, desde luego, por el volumen de dinero en efectivo disponible y por la calidad de la moneda que se acuña, pero si he hablado de esta cuestión con

anterioridad se debe a que, en este caso, surge como resultado de un impulso producido por las sociedades mercantiles más que como consecuencia de una voluntad concertada de los monarcas. La alianza de los intereses privados con los intereses públicos se manifiesta, con toda evidencia, en este campo, que es de la mayor importancia: el rey actúa como un comerciante o como fiador de los comerciantes. Las aperturas de minas, las nuevas evaluaciones monetarias, las conferencias en las que se discute el valor relativo de los metales preciosos constituyen iniciativas que han sido sugeridas a los monarcas. Resulta, en efecto, sorprendente el observar la pobreza del pensamiento económico en los medios que rodean a los monarcas de cualquier categoría: incluso un mercader que se ha convertido en príncipe como Lorenzo de Medici parece perder, por completo, cualquier tipo de conciencia acerca de los asuntos financieros. El rey de Francia no tiene teórico alguno, ni siquiera del nivel de Nicolás de Oresme, en su entorno, por lo menos hasta Jean Bodin, que es posterior a nuestra época. Gresham no ha nacido aún, y los que aconsejan a los responsables, como Dino Rapondi a Carlos el Temerario, Briqonnet o Wolsey a Luis XII y a Enrique VIII, respectivamente, no son auténticos expertos. Su visión económica es más bien miope: lograr que la gallina ponga huevos sin matarla. Al menos pone huevos.

Dejemos de lado la cuestión de los metales. Lo que nos interesa aquí es el control progresivo, por parte de reyes o príncipes, de todas las posibles fuentes de recursos que pueden llenar sus arcas. Por otra parte, esto no tiene nada de revolucionario: hace ya mucho tiempo que los poderosos avanzan hacia el impuesto real y la administración de las finanzas. No obstante, aunque el camino sea el mismo, cambian las etapas y, a veces, incluso también los medios. En conjunto, el príncipe busca tres elementos fundamentales. Asegurarse, en primer lugar, una amplia base que le proporcione ingresos personales, un patri-

monio propio. Con él no es que se pretenda pagar buena parte de los gasto públicos —incluso el rey de Francia, que tiene un patrimonio propio desde hace mucho, solo obtiene de él, en 1480, un 15 por 100 de sus recursos y los «bosques» del rey de Inglaterra resultan aún más estériles—, sino que constituye, ante todo, la base del «tren» personal del monarca, lo que le permite desplazarse desde un palacio hasta una fortaleza recorriendo tierras de su propiedad, acompañado por toda su comitiva. Por ello los monarcas, como buenos propietarios, realizan esfuerzos para incrementar este patrimonio recurriendo, a veces, a compras y, otras, a incautaciones, cuando se trata de las tierras de un súbdito rebelde al que se puede despojar legalmente de su propiedad: he mencionado ya la incorporación a la corona de España de los bienes pertenecientes a las órdenes militares que se hizo efectiva desde 1523 con autorización del papa pero que, en la práctica, se había iniciado en 1495. Italia, disfrazada de Arlequín, presenta idéntico aspecto: los bienes de los Medici, los de los senadores venecianos, los secuestros de los Sforza, las posesiones de los Este situadas alrededor de Ferrara, constituyen patrimonios inmobiliarios de la misma naturaleza. Como de costumbre, solo el emperador se ve condenado a vivir modestamente.

A continuación, hay que crear un sistema general de imposición. Este puede basarse en la actividad mercantil pero se trata del lado peligroso de la fiscalidad ya que conviene tratar bien a los hombres de negocios. ¿Se gravará, entonces, a los campesinos o a la nobleza? Ya he explicado el papel que jugó en Francia, a este respecto, la benéfica derrota de Poitiers: al obligar al pueblo, a los gentil-hombres y a la Iglesia a pagar un rescate anual, los Valois implantaron la idea de una fiscalidad regular. Incrementaron continuamente esta presión y ya he indicado antes hasta qué punto podían resultar abrumadores los impuestos reales: la venta de los derechos de caza, las tasas a pagar

para el ejército, las «ayudas» indirectas, a razón de 1 sueldo por cada libra de mercancía (5 por 100), un conjunto que aseguró al rey de Francia una posición muy superior a la de cualquiera de sus vecinos debido a su posición financiera desahogada. Feliz aquel príncipe, parte de cuyo prestigio se debía a su brillante corte y a sus castillos que se alzaban a orillas del Loira. Desventurados, en cambio, sus súbditos que se veían aplastados por el «restablecimiento de la buena moneda» y por la «ortodoxia financiera» que tanto estiman nuestros ministros de Hacienda keynesianos. Nos resulta difícil eliminar de las mentalidades contemporáneas las ideas sembradas por los burgueses triunfantes del siglo XIX: los «buenos» reyes que se mostraron expertos Financieros como Carlos V y Luis XI, los reyes «galantes» y que brillaron como el sol, maravillando al mundo, como Francisco I, Enrique IV y otros. En otros países se avanzó más o menos deprisa. Los Tudor aplicaron, sobre todo, sus impuestos al comercio: en un momento en el que este empieza a desarrollarse en Inglaterra, se procede a gravar, al mismo ritmo al que se produce la expansión, los tejidos de lana y las láminas de estaño, lo que produce grandes resistencias en las ciudades portuarias hacia el año 1450 y, sobre todo, entre los años 1487 y 1490. Las mismas dificultades surgen en España, pese a la violenta persecución de los impuestos señoriales: la Mesta, todopoderosa asociación de ganaderos, defiende encarnizadamente sus privilegios y exenciones; por ello el rey Fernando deberá volverse hacia las ciudades en las que nombrará corregidores, responsables de la vigilancia e imposición de las transacciones comerciales.

Si bien el reino de los Valois ha adquirido una ventaja indiscutible en lo que respecta a la presión fiscal, pese a pagar un elevado precio, tal ventaja no existe en lo relativo a la organización administrativa de la exacción. No resulta extraño el que se elaboraran con todo cuidado las estructuras destinadas a co-

brar los impuestos si se tiene en cuenta que los consejeros de los príncipes son, en general, juristas y, por consiguiente, personas profundamente interesadas por los aspectos formales de los problemas: queda claro, a este respecto, que el órgano hizo mucho con vistas a crear la función. La administración financiera francesa data de la época de Carlos V y corresponde al momento en el que se estructura el impuesto del fogaje real que da lugar a la aparición de las «elecciones», las cuales, en un principio, nacen de la buena voluntad de las asambleas de «estados» de *oil* o de *oc*. Tales estructuras se repiten y generalizan en el siglo XV con una diferencia fundamental: los recaudadores siguen recibiendo la denominación de «electos» pero, en realidad, han sido designados y reciben un salario. Ciertas regiones, el Languedoc y la Provenza, conservan el privilegio de repartir y recaudar los impuestos: reciben el nombre de «países de Estado». Por otra parte los tesoreros generales, surgidos de la necesidad de llevar las cuentas y de controlar los impuestos indirectos que aparecen desde fines del siglo XIII o del siglo XIV, están estrechamente controlados por el rey y son elegidos entre sus más fieles servidores o entre personajes ligados al monarca por algún tipo de obligación. Resulta, por ello, curioso el que los Valois no promovieran una organización más centralizada: en realidad parece que Luis XII y Francisco I se dieron cuenta de los inconvenientes que planteaba la existencia de un funcionario con autoridad superior y general en materia de finanzas. No resultaba muy estimulante la experiencia, algo imprecisa por otra parte, de Jacques Coeur, responsable de la fortuna personal del rey, que acabó siendo condenado. De entre los cuatro o cinco «secretarios» que rodean al monarca, uno de ellos podía hacerse cargo de la intendencia de finanzas: pero Jacques de Semblançay, a quien Francisco I confió esta tarea, murió en Montfaucon tal como le había sucedido antes a Marigny. Aún no había llegado la época de Fouquet.

Los duques de Borgoña, por el contrario, intentaron alcanzar en seguida este último estadio. La causa resulta clara: la dispersión de sus estados les obligaba a estructurar organismos y distintos tipos de imposición fiscal para las principales regiones de su principado. No podía pensarse, aquí, en un impuesto de carácter uniforme: la cámara de cuentas de Beaune, que se trasladó a Dijon en 1477, la de Flandes y la de Brabante, creadas en tiempos de Felipe el Bueno, se ocupaban independientemente de los impuestos de cada una de sus circunscripciones. El duque Carlos quiso avanzar un paso más: por una parte suprimió todos los privilegios urbanos, incluso los más venerables de Flandes, lo que provocó revueltas y represiones en Gante, Brujas y otros lugares. Por otra parte, el recaudador general, cargo creado en 1455, fue encargado de coordinar todos los ingresos que, por lo demás, eran de una importancia notoria (se habla de 900 000 ducados). Desgraciadamente, la desmesura de los proyectos del Temerario no podía adaptarse a una organización flexible y, al mismo tiempo, razonable: las deudas que contrajo, sobre todo con Tomaso Portinari, director de la filial de los Medici en Brujas, apenas llegaron a cubrir los gastos de sus expediciones a Suiza. También los Valois se endeudaban con los banqueros lioneses pero estos, en principio, eran monarcas solventes y, en cualquier caso, se habían establecido sólidamente en su trono, mientras que no podía decirse lo mismo del borgoñón. Con la muerte de Carlos el Temerario se hundieron todos estos proyectos.

El caso de Inglaterra se sitúa a una distancia intermedia entre estos dos polos. Desde el siglo XIII los monarcas ingleses, como los Valois, tienen su tesoro real (*Exchequer* y *Wardrobe*) aunque la modesta amplitud de su patrimonio limite, inevitablemente, la cuantía de los ingresos del rey. No obstante, el control eventual del Parlamento o la fuerza de la alta nobleza (el número de condes se reduce de 25 a 16 entre 1412 y 1480 de-

bido a las concentraciones de tierras) limitaban la libertad de percepción de que disponía el monarca. Por ello los Tudor renunciaron a una organización general o a una larga lucha contra las fiscalidades particulares y utilizaron sistemáticamente los servicios de su sello privado, consistente en tomar en anticipo las sumas necesarias reteniéndolas de los ingresos, directos o no, mediante «recibos de caja», como se dirá más tarde. En lo que respecta a España, donde acabamos de ver cómo se estructuraron unos organismos urbanos destinados a la percepción de impuestos, surge el embrión de una cámara de cuentas a la manera francesa, la *Hacienda,* creada en 1495, que permitió a Carlos V lanzar todo el sistema de imposiciones extraordinarias que acabó por arruinarla: no obstante los primeros impuestos de esta índole son posteriores a la etapa que nos ocupa.

La economía de Estado

Vista la panorámica anterior, nos hallamos ante un balance desigual: algo ha empezado con fuerza suficiente como para que conozcamos, de antemano, cuáles serán sus resultados. No obstante, el retraso en el que incurren España o, incluso, Inglaterra si se las compara con Francia, podría explicarse por el hecho de que los dos primeros países citados cuentan, en mayor medida que el tercero, con los beneficios que se obtienen de la conquista de los mares y de las tierras nuevas. Por último, el rey de Francia no tiene necesidad de América o de las Indias, sin que ello implique suponer un espíritu de empresa menor por parte de los hombres de negocios o de los gentilhombres del reino de los Valois. Por lo menos el monarca francés parece estar convencido: aún está lejos la época de los desengaños.

Por otra parte, un fenómeno muy nuevo y muy importante hace que todos estos estados se aproximen entre sí: cada vez más, son considerados como espacios económicos homogéneos cuyos intereses comunes deben ser administrados. Los comer-

ciantes han representado, desde luego, un papel fundamental al imponer la necesidad de controlar el dinero en circulación y de una «política económica» que sirva de base a la fuerza del rey. Se invita a los príncipes a que vigilen y exploten las capacidades productivas en las tierras que dependen de ellos. Esta actitud, que desembocará en el mercantilismo «moderno», se opone, claramente, por una parte a la indiferencia tradicional del poder con respecto a la mercancía y, por otra, a la noción de un mundo cristiano en el que la «frontera», si es que existe, no es nunca económica. En cambio, no faltan los primeros jalones: el exclusivismo de la producción en la ciudad, la fiscalidad que grava las transacciones, los tratos discriminatorios que se imponen a los extranjeros. Todo eso explica los tira y aflojas de la política entre el liberalismo reglamentario y el monopolio de producción, entre el interés de los grupos privados y la creación de organismos «nacionales». Podríamos multiplicar los ejemplos de los distintos hitos o adaptaciones. Me limitaré a tres aspectos que, sin duda, pueden percibirse antes del 1500. En primer lugar el príncipe apoya las iniciativas económicas, no solo porque se trata de un príncipe-mercader como los Medici, o porque sufre la influencia de un consejero interesado (caso de Carlos VII cuando presta atención a Jacques Coeur), sino porque está convencido del interés de un gran proyecto: de este modo Eduardo IV o Enrique VII de Inglaterra sostendrán —y esto es decir muy poco— los esfuerzos de los *Merchants Venturers*, Luis XI fomentará el desarrollo de las sederías en Lyon y en la Turena, creará ferias en Lyon y en Ruán en 1470, multiplicará las concesiones de nacionalidad en favor de extranjeros como los mineros alemanes, los vidrieros italianos o los pañeros flamencos. Podrá observarse que una ironía de la historia un tanto desdichada priva, de manera total o casi total, de este sentido de los negocios a aquellos monarcas que, precisamente, obtendrán los mayores beneficios: los portugueses,

cautivados por la geografía, y los españoles, reacios a cualquier empresa. En segundo lugar, el Estado se ve obligado a intervenir como tal en asuntos que, en principio, son políticos pero que, en la práctica, tienen una dimensión económica: la Mesta ibérica, que se presenta como una «obsesión» de los Grandes de España y que sostendrá al Tesoro castellano; la cuestión del alumbre de Tolfa, que unirá a Florencia y Roma en contra de Génova y Nápoles; el cobre o el oro de Hungría y de Austria que llevará a los Függer a empujar a los Habsburgo en contra del turco; la «etapa» de las lanas inglesas que se desplaza desde Calais hasta Brujas y Amberes siguiendo el albur de la política de los reyes. Se trata de ejemplos esenciales, ya que sus efectos fueron tan amplios como duraderos, y podríamos citar un centenar más, menos espectaculares, pero que insistirían en el hecho de que la política de los estados es, en buena parte, la de los hombres de negocios. ¿Quién podrá extrañarse de este hecho a fines del siglo XX?

El último aspecto es aún más «moderno», en muchos de los sentidos de este término. La guerra puede ser económica. Las emisiones monetarias desvalorizadas que utiliza Carlos VII frente a la buena moneda de Bedford causan profundos trastornos a este último, aunque no pueda afirmarse que el «rey de Bourges» fuera consciente de los efectos que producía. No obstante, no existe duda posible después del año 1470: Commynes da testimonio de que Luis XI utilizó esta arma para «desestabilizar», para utilizar un término usual en la actualidad, la circulación monetaria en los estados de su rival Carlos el Temerario. Por su parte, Florencia intenta rendir por el hambre a Milán bloqueando los puertos de acceso del trigo y de la sal. El conde de Saboya suspende, sin que le obligue a ello ninguna necesidad financiera, el pago de las rentas que debe al propio duque de Borgoña. Roma corrompe a los mercenarios de Venecia ofreciéndoles una paga doble y las «actas de navegación» inglesas

correspondientes al período 1485-1489 se proponen, hasta cierto punto, una finalidad idéntica. Todo ello sin contar las ordenanzas promulgadas por Enrique VII en 1495 en las que se amenaza a la Hansa con rehusar su trigo si no permite que los ingleses accedan a Gdansk. Lo que es bueno para los *Merchants* lo es también para Inglaterra y, especialmente, para los Tudor.

Reyes antiguos y reyes nuevos

Un anciano no cambia de la noche a la mañana. Muchos rasgos del período anterior subsisten en la actitud de los reyes de principios del siglo XVI y ya he señalado que quien se atreviera a rechazarlos se arriesgaría a aparecer como un tirano. Este es el origen de la pompa que rodea al monarca. No se trata de la «etiqueta» del siglo XVII: las «entradas» del soberano, su coronación, sus funerales, la vestimenta arcaica y los emblemas que exhibe en los momentos importantes (corona, manto, cetro, globo) no son elementos de un «culto a la personalidad» —como se dice hoy en día— sino de un culto a la función, sean cuales fueren los méritos de la persona que se hace cargo de la misma. Todos los grandes juristas de los siglos XIV y XV, como Accursio, Ableiges, Rivigny, Petit, consideran que este aparato no es más que una herencia medieval: el rey es la encarnación de la cosa pública, ejerce un sacerdocio y pertenece a una Iglesia. El monarca Valois no se priva, sin duda, de vigilar y limitar las apelaciones a Roma y de abusar de los derechos de regalía en 1438 (por la «Pragmática Sanción» de Bourges); más tarde, mediante los «concordatos» de 1472 y 1502, rechazará la fiscalidad pontificia y gravará con impuestos a la Iglesia «galicana». Del mismo modo, los muy piadosos Reyes Católicos expoliarán a las órdenes religiosas y, muy pronto, los Tudor se apoderarán de los bienes de la Iglesia. No obstante, no todos estos gestos son «modernos»: Roma es una potencia terrestre y se la trata como tal; las iglesias locales se encuentran, desde hace mucho, en manos del rey; sin necesidad de hablar de los carolingios ni

de los emperadores de los siglos XI y XII. ni san Luis, ni Eduardo I, ni Felipe el Hermoso actuaron de otro modo. No se trata, en modo alguno, de una «laicización» de la realeza: si la Iglesia ha dejado de ser el pilar sobre el que se asienta el trono, ello se debe a su propia debilidad.

La naturaleza intrínseca del poder concreto es, a la vez, antigua y nueva. Antes he hablado de poder personal y esta característica se acentúa cada vez más, reforzada por la presencia de personalidades poderosas. Se trata, asimismo, de un poder personal que deja secuelas y escorias tras de sí. En primer lugar, queda muy claro que el poder ya no es feudal: por una parte porque, como veremos en seguida, se va a disciplinar, poco a poco, a los príncipes territoriales; además, porque el monarca no consulta para nada a esos vasallos, sean grandes o pequeños. No obstante, sigue siendo un poder familiar y doméstico que, a veces, se ve sometido a la presión de los regionalismos; las intrigas de los príncipes de sangre, aunque fracasen en la mayoría de los casos, seguirán surgiendo casi hasta la plenitud del siglo XVII, y el centro de decisión, el palacio, está lleno de camarillas. No se trata de un puñado de fieles sino de un conjunto de clientelas: 200 personas en torno a Fernando de Aragón, 400 alrededor del papa, 800 en la corte de Carlos VI y 1000 junto a Francisco I: en estos grupos quedan representados todos los orígenes y formaciones y en ellos se dan ascensiones y caídas en desgracia.

Un personal de esta envergadura numérica produce, din duda, una sensación de pesadez a la hora de adoptar una decisión rápida o, incluso, secreta y eso, a medida que desaparezca la noción de una consulta indispensable a los parientes o vasallos, dará lugar al nacimiento de un órgano capital de gobierno que recibirá la denominación de consejo privado, consejo del rey, gabinete o «secreto» según la terminología utilizada en cada lugar: de él formarán parte una decena de técnicos especializa-

dos, «secretarios de Estado» o «ministros», que ejercen esta función, este ministerio, de acuerdo con la voluntad del rey. En este organismo podemos encontrar a un miembro de la familia reinante, a un militar de renombre, a dignatarios de la Iglesia, o, más frecuentemente, a individuos que se han formado dentro de los organismos de la administración de justicia o en las finanzas. Uno de ellos puede predominar sobre los demás y ser «secretario privado» como Tomás Bekington o Crammer en Inglaterra, «canciller de Estado» como Nicolás Rolin y, más tarde, Granvela en los Estados de Borgoña, o simple favorito en Francia como Étienne Chevalier y Pierre d'Oriole en tiempos de Carlos VII, o como Olivier le Daim y Brifonnet en la corte de Luis XI. Como detalle «moderno» podemos señalar que la vida privada de los príncipes se desborda sobre la vida pública dada la influencia que ejerce un amante o una favorita sobre los ascensos o caídas en desgracia: es el caso de un Beltrán de la Cueva en Castilla hacia el año 1460 o de una Agnés Sorel en Francia, sin contar a algunas de las mujeres de Enrique VIII. Evidentemente, tal como sucede en cada una de las etapas de la evolución del Estado, no tenemos aquí la novedad absoluta: en torno a Felipe el Hermoso, y lo mismo puede decirse de san Luis, algunos íntimos podían acceder a los oídos del príncipe. No obstante, en el caso que nos ocupa, se trata de un auténtico «equipo».

La justicia del príncipe constituye, finalmente, uno de los últimos elementos determinantes de su poder y, también en este ámbito, lo antiguo suscita algo nuevo. La concepción misma de esta justicia ha evolucionado desde la época en la que surgió la obra de los legistas franceses o de los juristas ingleses como Bracton. Se considera definitivamente adquirido el principio, que constituye un pilar del sistema señorial, según el cual la administración de justicia no se delega a los particulares: incluso en el siglo XIV, en el momento en el que, en Francia, Castilla e

Inglaterra, los «Estados», las Cortes y el Parlamento, respectivamente, critican duramente la «tiranía» real, no se contesta en modo alguno el monopolio judicial de que goza el príncipe. El viejo adagio «el rey es la ley» se apoya, con fuerza creciente, en la generalización de la enseñanza romana. Por otra parte se tiene conciencia de que, aunque no la delegue, el rey no puede administrarla solo y lo que se critica es la mala organización de esta justicia pública. Existirán, naturalmente, en Francia hasta la «guerra del bien público» pequeños nobles o incluso príncipes que se aferrarán a la ilusión de sus antiguos derechos. De hecho, lo habitual es que se apele al magistrado. Desde esta época progresa la idea según la cual solo el rey puede designar, desplazar y enseñar a los que han de juzgar en su nombre. Las gentes de la época no tienen, en ningún momento, la impresión de que pueda producirse un riesgo de abuso ya que no existe distinción alguna entre el poder ejecutivo y el judicial.

En este caso será Inglaterra la que sirva de modelo: la justicia «popular» de los tribunales locales seguida por las audiencias públicas presididas por el *sheriff* indican que se estaba acostumbrado a la existencia de una justicia que era, a la vez, real y común y que no se encontraba sometida a la presión de los intereses particulares. Los investigadores del rey tenían la responsabilidad de enmendar las denegaciones o defectos de la justicia. Ahora bien, a partir del siglo XIII, este sistema antiquísimo que, en apariencia, es el más democrático que se conoció en Europa antes de que, mucho más tarde y en la propia Inglaterra, se promulgara el *habeas corpus*, dependía, en último término, del Parlamento. En un principio esta asamblea, que poco a poco se fue reuniendo de forma muy regular, tenía dos funciones: aprobar o rechazar las demandas financieras del príncipe y controlar el uso que se hacía de los créditos concedidos; ejercer, por otra parte, una vigilancia del comportamiento real que acabó por convertir a este organismo, en tiempos de

Eduardo II, en un cuerpo que se interponía entre el príncipe y sus súbditos, particularmente en las cuestiones relativas a las sentencias dictadas por los *sheriffs*. Ahora bien, la designación de los que participaban en estos Parlamentos, representantes de la aristocracia agraria, de la *gentry* y de los comerciantes de las ciudades, tenía lugar en condiciones tales de irregularidad e intrigas que existía el riesgo de que este órgano auxiliar del gobierno se convirtiera en una cámara de presión política y judicial: algo que sucedió efectivamente durante la minoría de Ricardo II. Por ello, una de las obras principales de los Lancaster, entre 1406 y 1463, fue una profunda reorganización del organismo parlamentario: se empezó por hacer que el *sheriff* y el tribunal del condado iniciaran el proceso electoral, de tal modo que fueran designados 64 *lords* o *squires* y 250 «burgueses» que representaban 12 localidades principales, número que no podía modificarse en lo sucesivo (un error de apreciación que resulta sorprendente en pleno período de deserción y de enclaustramiento). Más tarde, en 1453, el rey tomó la decisión de nombrar, personalmente, al presidente del Parlamento, el *speaker*, el cual empezó, de forma irregular, a reunir por separado a los lores y a los comunes. Finalmente, en 1463, el príncipe se reservó la iniciativa de los *bills*, con lo que privó a las cámaras de su posible control. En una etapa ulterior, Eduardo IV fue el responsable de que el Parlamento perdiera sus funciones de vigilancia de la administración de justicia: situó junto a cada *sheriff* a un representante de la corona encargado de suplir y, más tarde, de sustituir al antiguo agente condal, el *coroner*; por otra parte, en 1478, tanto para ayudar a la represión, que se produjo tras su reintronización, como para atajar cualquier veleidad de rehuir el control real, constituyó una «cámara estrellada» que, en un principio, se hacía cargo de las causas políticas pero que, más tarde, calificó como tales, en determinadas circunstancias, a causas de índole muy distinta. Resulta difícil de explicar la rela-

tiva facilidad con la que, ulteriormente, Enrique VIII obtuvo los apoyos necesarios para llevar a cabo su política religiosa, sus ambiciones marítimas y sus proyectos matrimoniales si no se tiene en cuenta que el rey de Inglaterra, si bien tenía menos recursos militares y financieros que su vecino situado al otro lado del canal de La Mancha, disponía en cambio de un arma absoluta dentro de la isla: el control completo de la administración de justicia.

Desde luego, en Francia la situación parecía más difícil de arreglar. La extensión del reino, por una parte, la supervivencia hasta fines del siglo XVI. sobre todo en la zona del Languedoc, de grandes feudos o infantazgos que seguían controlando su propia administración de justicia, o a veces incluso señoríos que, abonando una tasa, podían juzgar en causas de mediana o pequeña importancia, constituían un conjunto de motivos que limitaba las posibilidades de lograr un éxito rápido. Por otra parte, el *bailli* francés no disponía en absoluto de los mismos medios que el *sheriff* inglés. Los esfuerzos que realizaban los Valois debieron limitarse a una cierta uniformización de «estilos» y procedimientos que se utilizaban en uno y otro lugar y a un control de los órganos superiores que eran los parlamentos, amén de eliminar progresivamente, cuando se podía, las justicias residuales acabando con un feudatario y concediendo el derecho de apelación a numerosos grupos e individuos. Con la finalidad, antes mencionada, de llevar a cabo una uniformización de procedimientos, Luis XI exigió, en 1454, en la ordenanza de Montils-lès-Tours, la redacción de nuevos fueros (*coutumiers*) pero la tarea resultó muy larga: la ordenanza de 1553 insistió de nuevo en esta obligación que estaba aún muy lejos de cumplirse. Se obtuvieron mejores resultados con los parlamentos y hay que hablar de parlamentos, en plural, ya que el tribunal único de apelación, que surgió de la corte en el siglo XIII, resultó pronto incapaz, aunque aumentaron notablemente sus

efectivos, de resolver todas las causas que se le presentaban. Ahora bien, además de la venalidad —se le llama las «*épices*»— a la que se entregaban muchos miembros que apresuraban o bloqueaban una causa, cuando convenía, podía temerse que los propios *baillis* y senescales se interpusieran entre los sujetos de la justicia y el rey a quien, simultáneamente, se designaba como único depositario auténtico de la ley. Después de todo, los «estados» del siglo XIV no pedían otra cosa. La justicia real debía aproximarse a los súbditos del monarca: por una parte, con la firma del tratado de Troyes en 1420, el Parlamento se dividió en dos y una parte del mismo se estableció en Poitiers y, por otra, desde 1355, se celebraron *jours, grands jours, assises* y *États* en distintos lugares del Languedoc, todo lo cual constituyó el inicio de un conjunto de reformas que formaron el embrión del tipo de justicia de la monarquía absoluta ulterior: se creó un parlamento en Toulouse en 1444, otro en Grenoble, en 1457, otro en Burdeos en 1462, así como en Dijon (1477). Ruán (1499), Aix (1501), sin contar las asambleas auxiliares que podían preparar expedientes financieros en Montpellier o en Ruán. De forma paralela, los príncipes trataron de eliminar los regalos (*ápices*) y manifestaron mucho interés en supervisar el nombramiento de los magistrados. Por otra parte, el reino quedó dividido en cuatro «generalidades», el país de *oïl*, el Languedoc. Normandía y la región situada más allá del Sena y del Yonne, destinadas, en un principio, al control financiero, aunque el intendente responsable de esta gestión —que aún no llevaba este nombre— era el ojo del rey en toda clase de asuntos. Esta obra no terminó, hasta el advenimiento de los Borbones, que fueron quienes la llevaron a término, pero podemos excusar a los últimos Valois dada la complejidad de los problemas que se les planteaban. Ellos fueron quienes pusieron los fundamentos que serían utilizados en el futuro.

El Imperio constituirá la prueba *a contrario* ya que se trata de un organismo en el cual el responsable es, por definición, una persona que debe velar por la justicia. A veces los soberanos tuvieron conciencia de este hecho, pero la reunión de la Dieta del Imperio, el *Reichstag*, nunca logró estructurar un embrión de organización. Los príncipes, cuyo poder y fortuna se basaban, en muy buena parte, en la administración de justicia, no tenían ninguna intención de renunciar a sus prerrogativas y el emperador carecía de medios para obligarles a ello. De manera casi clandestina funcionó hasta, aproximadamente, 1460 una especie de tribunal itinerante nacido en Westfalia y denominado la Santa Vehma, cuyas actividades fueron fomentadas por Segismundo, quien llegó a participar personalmente en ellas: sus miembros actuaban contra los bandoleros, los herejes y los asesinos y se hacían, asimismo, cargo de la ejecución de las sentencias, con lo que surgía una curiosa forma de justicia privada, un Ku-klux-klan medieval, perfectamente ilegal y muy eficaz. Este movimiento se extinguió, por otra parte, como consecuencia de los abusos provocados por las guerras de Bohemia. En 1495, Federico III obtuvo la creación de un tribunal imperial, una jurisdicción de última apelación, pero nadie acudió a sus requerimientos después de 1500. Por otra parte, el propio emperador, obnubilado por sus preocupaciones austríacas, ocupó el trono imperial durante 41 años (1452-1493) de los que pasó 29 fuera del Imperio: ¿cómo hubiera podido ocuparse de organizar una administración de justicia eficaz? También esta vez muchos hechos ulteriores se explican en función de una carencia tan absoluta, tanto si se trata del movimiento de la Reforma como de la guerra de los campesinos de 1525.

Un rey, una nación

Puede comprenderse fácilmente el que un príncipe rico y poderoso sea objeto de miradas y de reverencia. Cuando se le entrevé pasar en la plenitud de su gloria, cuando sus rasgos

aparecen inalterables sobre una moneda (lo que representaba una novedad), adquiere el aspecto de un semidiós en la mente de aquellos que ya no son sus «hombres» sino sus «súbditos». Los aduladores que le rodean, aterrorizados ante la idea de caer en desgracia, lo halagan continuamente. El desarrollo de la imprenta permite dar gran difusión a los opúsculos de propaganda: Lorenzo de Florencia, el propio Luis XI, Francisco I, Carlos V y, sobre todo, Enrique VIII son objeto de panegíricos, un género literario que se desarrolla, en buena parte, debido al interés que se siente por la Antigüedad. Retratos gigantes de los príncipes se pasean públicamente y los monarcas aparecen como personajes en los «misterios» que se representan ante un pueblo de buena fe que paga por asistir al espectáculo. Erasmo o Maquiavelo, hacia 1515, trazan retratos del soberano ideal en los que añaden, al espíritu de paz y de justicia, el gusto por la gloria y el prestigio personal. Nadie presenta objeción alguna, antes bien al contrario, por grandes que sean las contradicciones en las que se incurre, a las peculiaridades que convierten al príncipe en un hombre distinto, o en todo caso, superior a los demás: Carlos el Temerario porque bebe como veinte hombres, Luis XI porque no bebe nunca, Lorenzo o Renato de Anjou porque escriben versos y pintan, Enrique VIII porque es un atleta, Carlos V porque está enfermo y Francisco I porque los franceses se sienten indulgentes con los aventureros presumidos. Estamos a dos pasos de una religión del príncipe, de una devoción real.

Pero aún no hemos llegado a eso. En primer lugar, todavía es posible aproximarse al monarca: puede encontrarse a Luis XI cuando visita un mercado, la gente va a ver cómo Francisco I y Enrique VIII combaten sin armas, se confunde a Carlos V con un mercader de telas y cuando Federico III huye de Tréveris negocia, por la noche, la compra de un caballo. España no ha esparcido aún por Europa el incienso mortal de El Escorial.

También, por otra parte, porque no se ha disipado aún la idea de un consentimiento popular, aunque sea ficticio: si el rey tiene un oficio sagrado, un «humanismo cívico» como dirá Salutati, se debe a la sangre de su raza pero también al apoyo de sus súbditos. Debe consultarles, sobre todo cuando se propone hacerles pagar. Los monarcas del siglo XV no hubieran podido jamás faltar a esta obligación ya que corrían el riesgo de encontrarse sin dinero al igual que el emperador. No obstante, acabamos de ver que el Parlamento inglés se convierte, poco a poco, en una simple careta complaciente: conserva, en un principio, su imagen representativa pero el rey prescinde de él por completo. El caso de Francia podía resultar más delicado ya que los Valois, debido a sus dificultades financieras en el siglo XIV, se habían visto obligados a convocar con frecuencia, si no de forma regular, las asambleas de estados. En ellas se escuchaban afirmaciones duras pero, al menos, los que hablaban y, en general, cedían tenían la impresión de intervenir en el gobierno de la cosa pública. Se trataba de una costumbre intolerable que obstaculizaba el avance de una monarquía sin control, pero tuvieron que transcurrir casi tres cuartos de siglo para que la realeza pudiera verse libre de tales usos. Se procedió de forma hábil: por una parte, solo se convocaba la reunión de estados locales, lo que resultaba halagador para una región y no implicaba compromiso alguno con las otras; además, el tema de la convocatoria se limitaba a un problema particular; de esta forma actuaron Carlos VII y Luis XI en 1439, 1444, 1454, 1468, 1470; en las etapas intermediarias, o bien se prescindía de toda consulta, como en el caso de los derechos de caza o el impuesto sobre el alojamiento, o se invocaba el parecer de un parlamento. Solo en 1484 los regentes Ana y Pedro de Beaujeu, se creyeron obligados a realizar una convocatoria general en Tours, dadas las dificultades que tenían para hacer frente al problema delicado de tomar las riendas de la situación tal como la había dejado

Luis XI: tuvieron que escuchar tal cúmulo de reproches que, en parte, estaban injustificados ya que la coyuntura estaba mejorando, que, tras tomar nota de la reprimenda, disolvieron los estados. Se produjeron, aún, reuniones «técnicas» en 1493 y 1500 y, más tarde, una reunión general del país de oíl en 1506 en la que Luis XII, tras haber hecho seleccionar cuidadosamente a los representantes, obtuvo el título de «padre del pueblo». Luego se produjo el silencio: Francisco I tenía demasiado trabajo y las ordenanzas, numerosas e innovadoras, que caracterizan su reinado, parecen indicar que el príncipe había logrado oír bastante bien las solicitudes de sus leales súbditos, al menos aquellas solicitudes que podían considerarse mesuradas, sin necesidad de que estos se las pidieran a gritos. El monarca tiene la impresión de encarnar a toda la nación.

He aquí la palabra clave. Es nueva en el sentido que le estamos dando así como profundamente antimedieval. Representa la conciencia que tienen un grupo de hombres y de mujeres de pertenecer, solo ellos, a un ámbito territorial determinado que tal vez corresponda a una única etnia y tenga una sola lengua pero que, sobre todo en este momento, sabe que solo tiene un único señor, una sola cabeza, un único interés común que absorbe los intereses particulares. ¿Es esta la situación hacia 1520?: no estamos nada seguros, pero, sin duda, se avanza en este sentido. Tal vez los franceses y los ingleses no se sientan identificados en las acciones que llevan a cabo sus príncipes ni tengan la impresión de que estas les afectan: tampoco han sido consultados. Pero sin reflexionar demasiado reivindicarán, lo hacen aún, Marignan, mientras que sienten una indiferencia total ante Azincourt y, más aún, ante Bouvines. La Europa de las naciones aparecerá al final de los imperialismos dinásticos nacientes. La Edad Media habrá acabado definitivamente.

Si el propósito de este libro fuera referir acontecimientos dinásticos y militares, mi tarea resultaría, aquí, casi insuperable y su lectura fastidiosa. No obstante, son temas que hay que tocar, aunque sea de manera sucinta. En efecto, ya no se trata, o al menos no se trata exclusivamente, de ajustes de cuentas entre ciudades o entre potentados; tales conflictos se prolongan y reaparecen constituyendo la trama de la historia moderna y de buena parte de la etapa siguiente (piénsese, por ejemplo, en Italia), sobre todo si añadimos a ellos los acontecimientos orientales de los que se ha hablado en el lugar oportuno. Tras estos conflictos que, en conjunto, resultan bastante tradicionales en su origen, ya que en ellos se ventilan sucesiones difíciles, pretensiones familiares o la posesión de un punto estratégico, se perfilan antagonismos que, de momento, son principescos y económicos pero que, más tarde, serán nacionales y que adquirirán una importancia cada vez mayor según espero haber mostrado en las páginas precedentes.

En este confuso tumulto, el hilo conductor me parece bastante claro: los conflictos o las preocupaciones de las monarquías de Occidente ya no tienen lugar en sus espacios tradicionales sino que las rivalidades entre ellas se desplazan a otros lugares. Esta primera idea resulta de una importancia primordial ya que se trata de las cuatro monarquías atlánticas, Inglaterra, Francia, España y Portugal y, sin esta «liquidación», ¿cómo podría explicarse el papel que, las cuatro, pretenden representar en ultramar? Por el contrario, toda la Europa media, central y oriental se convierte en el teatro de los enfrentamientos más duraderos. En otro capítulo se ha dicho algo ya de la Europa del este, que se opone al Islam: recordemos tan solo que, tanto si se trata de Rusia como de Polonia o Hungría, su papel de guardiana de los confines orientales de la cristiandad la sitúa,

en un principio, fuera del alcance del tumulto de la Europa central y la convierte, después, una vez adquirido el *status* de dócil centinela, en una prolongación hacia Oriente del mundo europeo. Quedan el Imperio e Italia, una pareja inseparable y siempre en desacuerdo, presas que, durante mucho tiempo, se arrancarán mutuamente sus vecinos del oeste y del norte. Tratemos de presentar algunos panoramas generales.

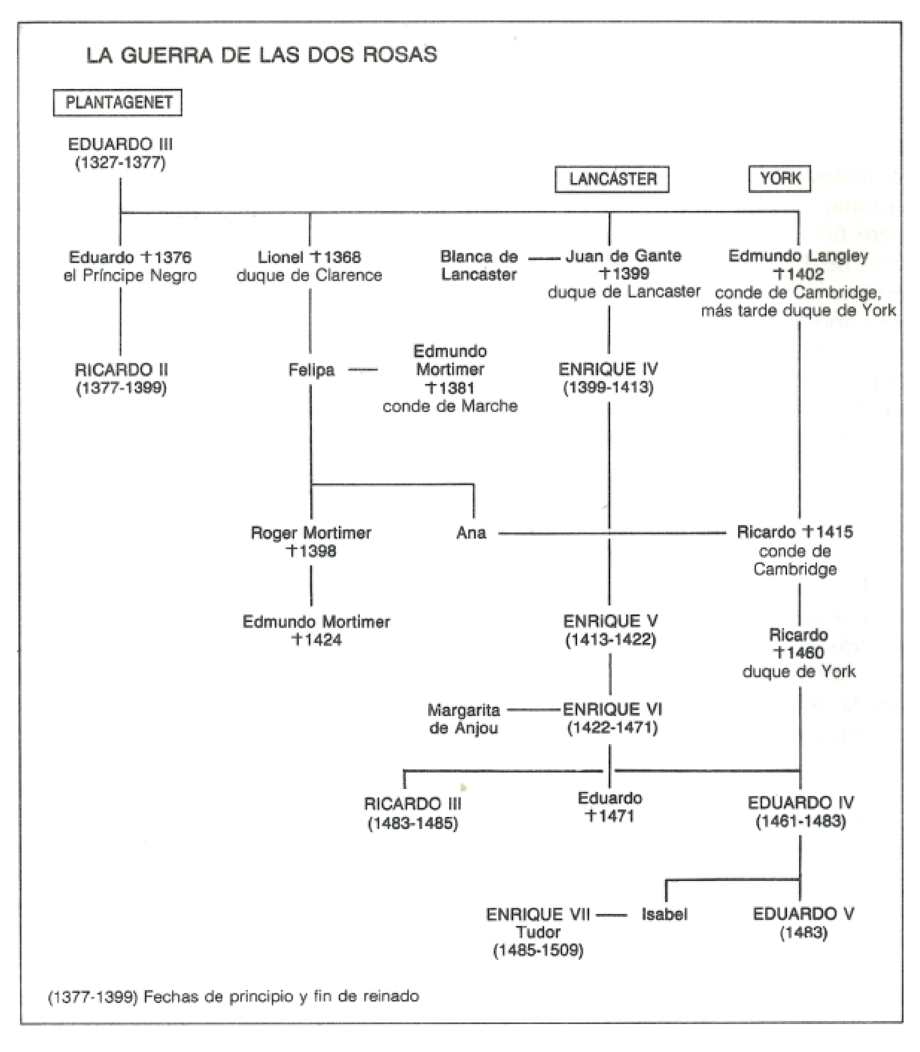
La liquidación de los viejos problemas

Al interrumpir, más arriba en este mismo volumen, la breve narración de la «guerra de los Cien Años», estábamos tocando fondo, con Juana de Arco en la hoguera y dos reyes coronados y consagrados en Francia, el Valois Carlos VII y el Lancaster Enrique VI, el primero pusilánime y mal aconsejado, y el segundo un niño de diez años, controlado por su viejo tío Juan de Bedford. Existe, asimismo, un tercer rey de Francia, el duque Felipe el Bueno. Lo que él mismo ha preparado para vengar a su padre (la entrega de Francia a los ingleses), procederá a deshacerlo por interés. La causa inglesa resulta, desde luego, insostenible, está siendo hostigado en sus propias tierras y, sobre todo, tiene muchísimo que hacer en los Países Bajos en los que se ha iniciado mal la construcción del hermoso edificio que él sueña con convertir en independiente. Por otra parte, la muerte del regente Bedford, su cuñado, le libera de obligaciones morales: siguiendo los buenos consejos de Nicolás Rolin, provoca la convocatoria de conferencias en Arras en 1435; Carlos VII está dispuesto a pagar un alto precio y acepta las condiciones: retractación pública, abandono de las tierras situadas al norte del Somme y el duque queda dispensado de la obligación de rendir homenaje. Los ingleses protestan en vano pero Felipe rompe su pacto. El precio resulta elevado pero con él Carlos VII logra también anexionarse Bretaña (1435), conquistar París (1436) y, una vez recuperado el aliento, adueñarse de Normandía (1451) y, finalmente, de Burdeos después de dos asedios (1453). A los

ingleses solo les quedará Calais, dominio que durará aún un siglo. La «guerra de los Cien Años» casi ha terminado. Las bandas de soldados profesionales así como las de los *écorcheurs* siguen, como he indicado antes, merodeando y, en principio, los ingleses no se dan por vencidos. Solo con ocasión de una visita a la Picardía en el año 1475, Eduardo IV consentirá, tras haber recibido una considerable suma de dinero, en saludar a Luis XI en Picquigny dándole el título de rey de Francia. En realidad, esta vieja disputa de otra época se ha terminado porque ambos reinos tienen que hacer frente a un problema que les afecta directamente: limpiar su territorio de aquellos poderes locales que pueden estorbar la implantación de un poder real más fuerte.

En Francia, el proceso ha recibido el nombre convencional de destrucción del sistema feudal. El mérito suele atribuirse a Luis XI pero es justo recordar que Carlos VII. al formar un ejército asalariado propio, pudo eliminar las ligas nobiliarias de la Praguerie que resultaban, tal vez, más peligrosas, en último término, que los alzamientos de señores feudales, aislados o no, a los que tuvo que hacer frente su hijo: entre 1465, fecha en la que se desembarazó, con mucha cautela, de la «Liga del bien público», y 1481, en que murió Carlos, duque de Maine, último miembro de la casa de Anjou, el monarca Valois logró acabar con casi todas las secuelas de compartimentación feudal de los siglos anteriores. Más que una vana enumeración, lo que tiene importancia en este caso son los procedimientos utilizados, ya que están en radical desacuerdo con los usos del pasado. A veces se trata de procesos seguidos de ejecuciones de rebeldes auténticos o supuestos, como el conde de Saint-Pol, el duque de Alençon y el duque de Nemours; en otros casos, el rey pretende ser el brazo de la Iglesia y acaba con el conde de Armagnac, al que se ha acusado de incesto. Del mismo modo, promete dinero al rey de Aragón para que pueda terminar con los remensas,

recibiendo como garantía el Rosellón (1462): se quedará con la provincia (1473) pese a no haber pagado más que una parte. A veces su actuación se basa en simples alianzas familiares exteriores: su hermana Madeleine se convierte en regente de Navarra y otra hermana suya, Yolanda, en duquesa de Saboya. Más aún, entrega a una de sus hijas, Ana, al duque de Borbón, con lo que logra aliarse con este último, y casa a otra hija, Juana, considerada estéril, con Luis, duque de Orleans, esperando, de este modo, privarle de sucesión. Amenazándole de embargo por deudas, obtiene del viejo «rey Renato» de Anjou primero la promesa de cesión y, más tarde, la cesión efectiva de la Provenza y del territorio de Anjou (1481). En lo que respecta a la Bretaña, confiaba en hacerse con ella pero esto solo resultó posible después de su muerte, cuando su sucesor Carlos VIII se casó con la duquesa Ana renunciando, por ello, a una parte de las tierras adquiridas por su padre a la casa de Borgoña, que tuvo que entregar como compensación por la ruptura de su compromiso con su primera prometida, Margarita de Flandes-Borgoña. Hacia 1500 solo quedaban, dentro del reino de Francia, los feudos de Albret-Navarra, los de Angulema, los de Orleans y los de Borbón. Podemos, desde luego, imaginar que las cosas hubieran podido suceder de otro modo, con lo que la familia de Orleans no hubiera dado el rey Luis XII, la de Angulema el rey Francisco I y la de Borbón-Albret el rey Enrique IV: de hecho, con el advenimiento de este último, termina el proceso de aniquilación de los principados. Pese a todo, Luis XI llevó a cabo de forma indiscutible la obra de limpieza interior del reino: se le reprochó su falta de honradez, su cautela, haberse indispuesto con España por Navarra y el Rosellón, y haber permitido que los Habsburgo se instalaran en las fronteras. Son reproches fáciles y claramente injustos si se considera la situación al otro lado del canal de la Mancha.



Aquí las dificultades eran de otra índole. No se debían tanto a los príncipes autónomos ya que, en Inglaterra, había pocos y, en su mayoría, eran marqueses palatinos de las zonas fronterizas como Percy y Neville frente a Escocia, Lancaster y Tudor en Gales. Por otra parte, estos nobles eran parientes de los reyes en mucho mayor grado que en Francia. El drama se produjo debido a las rivalidades dinásticas, que duraron veinte años y provocaron el enfrentamiento de dos grupos de príncipes: los de la rosa roja, agrupados en torno a Enrique VI de Lancaster, y los de la rosa blanca, emblema de los York, una rama menor de

la familia ya que descendía del tercer hijo de Eduardo III, en lugar de descender del segundo hijo del mismo, como los Lancaster. Esta interminable «guerra de las dos rosas» duró todo el reinado de Enrique VI, el hijo del vencedor de Azincourt, quien, por otra parte, se volvió loco al igual que su abuelo Carlos VI, una irónica venganza de la historia por el tratado de Troyes. Dado que el rey no representaba ningún papel, fueron sus tíos y primos Juan de Beaufort y Juan de Somerset, así como un primo lejano, Guillermo de Suffolk, quienes pretendieron, como «protectores», hacerse cargo del poder en nombre del monarca y de su esposa Margarita de Anjou. Al recordar la revuelta de antaño de los Lancaster contra Ricardo Plantagenet, el duque de York tomó las armas. Los dos artesanos esenciales del conflicto fueron la reina, a la que apoyaba Luis XI cuando la ocasión lo requería, y Neville, conde de Warwick, el «hacedor de reyes». Tras la muerte de Ricardo de York, su hijo Eduardo prosiguió el combate; de acuerdo con las sucesivas actitudes de Warwick, los York se vieron derrotados (1459), vencedores (1460), vencidos (1461) y, de nuevo, victoriosos con lo que Eduardo IV de York se hizo coronar rey. La guerra empezó de nuevo y Warwick destronó a Eduardo en 1470 pero fue, a continuación, derrotado y muerto (1471). La muy oportuna desaparición de Enrique VI aseguró a Eduardo un segundo reinado más estable. A su muerte en 1483, su hermano Ricardo III hizo matar a los dos «hijos de Eduardo» y se apoderó de la corona. Pero los Tudor, que hasta este momento eran aliados de los Lancaster, recibieron el apoyo de Luis XI y le atacaron y eliminaron (1485): el poder quedó, entonces, en manos de Enrique VII Tudor, heredero de los Lancaster por el matrimonio de su padre, y de los York por el suyo propio. Comprometidos en estas reyertas interminables, los Neville y los Percy se vieron reducidos a la obediencia, los Somerset y los Suffolk habían dejado de existir y los Tudor eran reyes. Pero esta solución por el

vacío dejaba a Inglaterra exangüe y, en conjunto, la historia ha juzgado con mayor benevolencia las intrigas de Luis XI.

Lo mismo ha hecho en el caso de la península ibérica que, afortunadamente, resulta menos confuso. Tras un período de rivalidades familiares internas, muy severas en el siglo XIV y a principios del siglo XV, los tres reinos ibéricos conocieron una etapa de relativa tranquilidad. Pero el problema planteado en Castilla por la notoria estupidez de Enrique IV (1454-1474) al que además se calificaba de «impotente», era esencialmente el de la sucesión al principal trono de España, ya que la heredera de Enrique era considerada bastarda, tal vez con razón: en el conflicto intervenían, por una parte, Alfonso V de Portugal y, por otra, Juan II de Aragón. Vencerá este último al casar a su hijo Fernando con Isabel, la hermana de Enrique IV, en 1476. A la muerte del rey Juan, los dos esposos, los Reyes Católicos, reinan de común acuerdo mientras Portugal, por su parte, renuncia a sus aspiraciones. Al anexionar Granada, acaban con esta reconquista que parece sellar el comienzo de un destino común para la península. Pero nadie controla su propio destino: de los Reyes Católicos nace una hija loca, Juana, digna sobrina del estúpido Enrique IV. La casan con el nieto de Carlos el Temerario, Felipe el Hermoso, heredero de la parte borgoñona de los dominios de los Habsburgo. Ahora bien, Fernando sobrevivió a su yerno, que había muerto en 1505. Por ello, a la muerte del viejo rey de Aragón en 1516, será el hijo de Felipe y de Juana, Carlos, al que entonces se llama Carlos de Gante, quien heredará España y las tierras de Borgoña.

La aventura del gran duque de Occidente

Valdría la pena considerar con detalle la tentativa de los duques Valois de Borgoña aunque no hubiera arrastrado secuelas increíbles hasta el fin del Antiguo Régimen. En primer lugar porque constituye el mejor ejemplo de constitución de un conjunto territorial a partir de nada o, si se prefiere, a partir de ele-

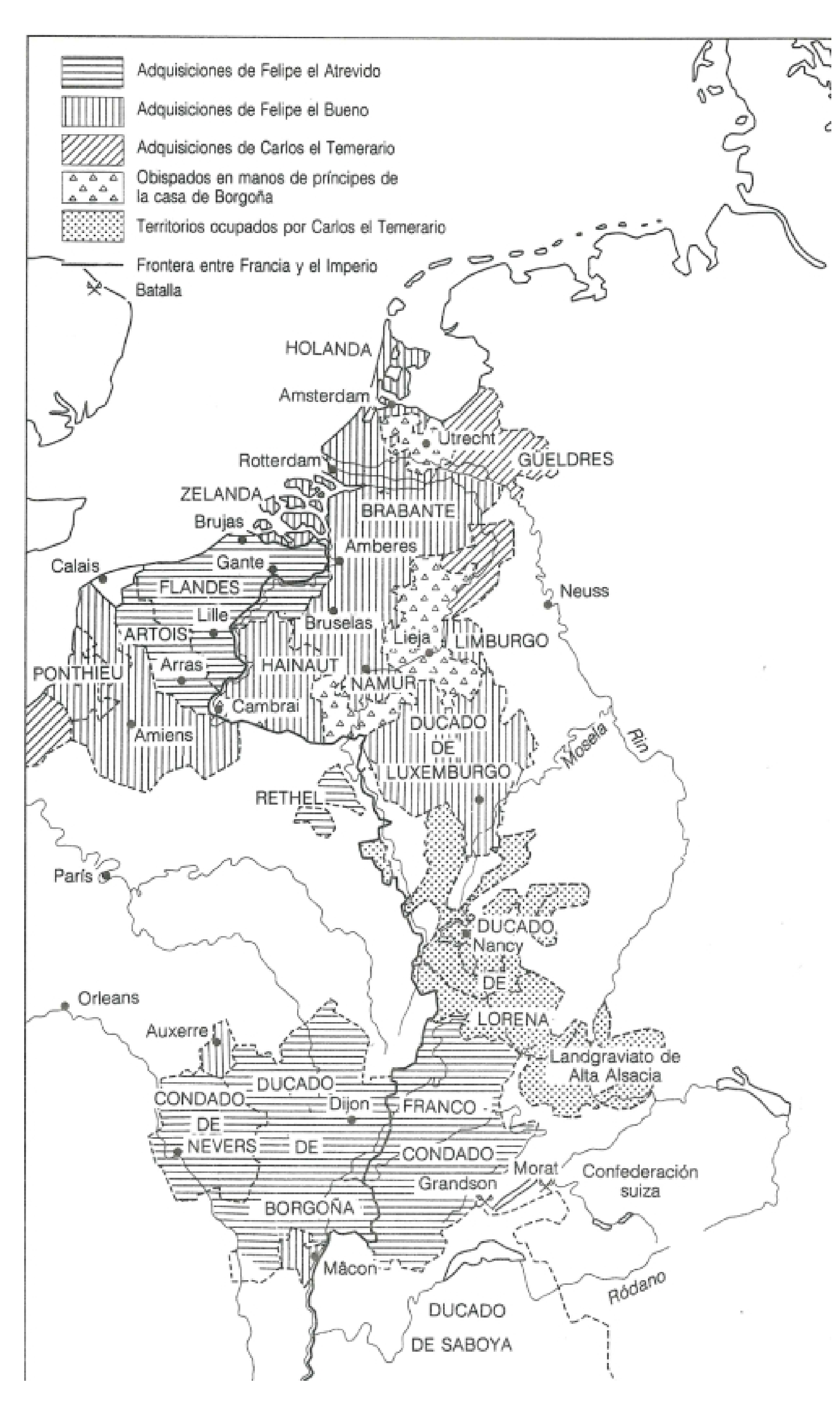
mentos absolutamente heterogéneos: en segundo lugar porque, en el nuevo clima del siglo XV existen pocas tentativas o destinos tan personalizados como este; por último, porque el «estado» borgoñón es el de Van Eyck y de Memling, de Sluter y de Marville, de los hospicios de Beaune y de la plaza mayor de Bruselas, del Voto del Faisán y del Toisón de Oro, y porque existe algo conmovedor en este esfuerzo, un tanto insensato, para volver a la época antigua en la que existía algo entre Francia y el Imperio.

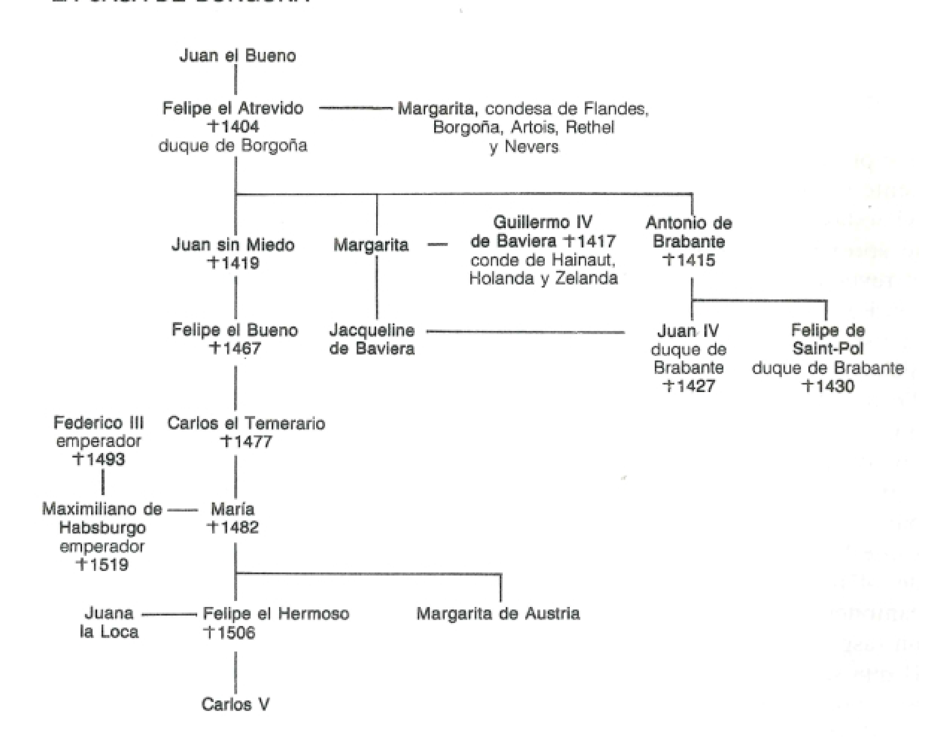
La construcción resulta casi totalmente artificial y dinástica. Entre 1369 y 1470 casi ninguna de la piezas del rompecabezas se une a las restantes a la fuerza, sino que se recurre a las devoluciones, herencias, compras, matrimonios, lo cual implica una continuidad prodigiosa en los designios de los tres primeros duques que sorprende, aún más, dada la divergencia de sus caracteres. Felipe el Atrevido, ponderado, intrigante y calculador frío; Juan sin Miedo, impetuoso y carente de escrúpulos aunque provisto de una rara tenacidad y lucidez, y Felipe el Bueno, espontáneo y desconcertante pero con un extremado orgullo y prudencia: los tres, incluso el último, de quien ya he dicho que entregó Francia a los Lancaster, afirmaron ser y se sintieron, hasta el último momento, «príncipes de la flor de lis», príncipes franceses, y el francés era, por otra parte, la única lengua que hablaban. El esquema se esboza a partir de 1369 fecha en la que el joven duque Valois de Borgoña, hermano del rey Carlos V, se casa con Margarita de Flandes, heredera del condado fabuloso y díscolo así como de la Borgoña situada más allá del Saona. Se ha trazado el camino: entre el bloque borgoñón, situado cerca de Lyon, de Basilea, de Ginebra y de Aviñón, por el que pasa una de las grandes vías comerciales de Europa, productor de telas, sal y vino, y el bloque flamenco, lleno de ciudades, de puertos, de talleres y de guerreros, existe un gran espacio vacío, regado por el Mosa y el Mosela: corresponde a los países valo-

nes, la Champaña y la Lorena. Unir estos dos bloques, llegar al Rin por el este y al Marne por el oeste, controlar toda la «Lotaringia» del siglo IX, implica asimismo controlar lo que se está convirtiendo en el istmo europeo principal; avanzar hacia Holanda por el norte y hacia los puntos claves de los Alpes por el sur implica convertirse en el dueño de Europa. Se trata de una evidencia geográfica: es un sueño magnífico que se verá coronado por el conjunto que constituye el arte renano, el de la Lombardía y los de Flandes y Borgoña.

Los duques se lanzan en pos de esta tarea que, históricamente, plantea enormes dificultades. Todo el bloque constituido por Brabante, el Limburgo y Luxemburgo afecta a la familia imperial procedente de este último país y choca con las oposiciones que formulan los emperadores Wenceslao o Segismundo; deben cuidarse las alianzas, y prever las sucesiones además de las codicias ajenas, como las de Luis de Orleans sobre Luxemburgo: Felipe el Bueno cosechará estos frutos entre 1430 y 1443. Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia pertenecen a Baviera y su heredera, Jacqueline, se encuentra sometida a todo tipo de influencias: así, Inglaterra invoca los acuerdos de la época de Eduardo III y propone a Jacqueline que se case con uno de sus príncipes; esto no deja de jugar un papel en el descontento que el duque Felipe siente con respecto a los ingleses y en el «abandono» de Arras del que hablaba antes. Se ve obligado, por ello, a expulsar, por fin, a Jacqueline, sin excesiva violencia, con el fin de arrebatarle sus tierras, lo que consigue en 1433. A continuación, se apodera de la Gueldre, que ocupa sin brutalidad en 1432, hereda el Auxerrois y, en 1419, compra el condado de Boulogne, que rodea el enclave inglés de Calais; asimismo, se convierte en el dueño de Namur en 1421. Solo Lieja, que ahora está rodeada, no se deja absorber: ha llegado, por tanto, el momento de desenvainar la espada y es lo que hará Juan, que, en 1408, aplastará a los habitantes de Lieja en Othée, mientras que

su hijo se hará cargo del obispado en 1433; más tarde caerán el Artois y las «ciudades del Somme», cedidos por Carlos VII en 1435.


Adquisiciones de Felipe el Atrevido
Adquisiciones de Felipe el Bueno
Adquisiciones de Carlos el Temerario
Obispados en manos de príncipes de la casa de Borgoña
Territorios ocupados por Carlos el Temerario
Frontera entre Francia y el Imperio
Batalla
HOLANDA
Amsterdam
Utrecht
Rotterdam
GUELDRES
ZELANDA
BRABANTE
Brujas
Amberes
Calais
Gante
FLANDES
Neuss
Lille
Bruselas
ARTOIS
Lieja
LIMBURGO
PONTHIEU
Arras
HAINAUT
NAMUR
Cambrai
Amiens
DUCADO DE LUXEMBURGO
Mosela
Rin
RETHEL
París
DUCADO
Nancy
DE
LORENA
Orleans
Auxerre
Landgraviato de Alta Alsacia
DUCADO
CONDADO DE NEVERS
Dijon
FRANCO -
DE
CONDADO
Morat
Confederación suiza
Grandson
BORGOÑA
Mâcon
Ródano
DUCADO DE SABOYA



Se ha dado un gran paso hacia adelante. Hacia 1440 o 1445, Felipe el Bueno podrá dedicarse, con ayuda de Nicolás Rolin, a este gran esfuerzo de unificación administrativa que ya he mencionado. Es el apogeo de la corte de Dijon, de las de Lille y de Gante, de los magníficos banquetes, del voto como cruzado del «gran duque de Occidente». Siguen faltando, no obstante, las llanuras y mesetas en las que nacen el Mosa y el Mosela. Se había contado con que el Lancaster cediera la Champaña pero, desde 1429, esta región pertenece a Carlos VII. Al firmar, en Arras, la paz con su real primo, Felipe muestra sus intenciones de desplazar sus esfuerzos más hacia el este, a Lorena o Alsacia. En estas regiones reina el desorden y están muy fragmentadas:

los Habsburgo tienen algunas tierras a lo largo del Rin; la familia Anjou se abre camino en el ducado de Lorena; debiera ser fácil.

Desgraciadamente, el rey Valois se ve libre, por fin, de sus dificultades y el peligro se le manifiesta de forma patente; multiplica las artimañas legales, apoya a Renato de Anjou en Nancy y advierte al emperador Federico III, un Habsburgo. La muerte de Carlos VII en 1463, luego la retirada y, tres años después (1468), la muerte de Felipe el Bueno cambian el panorama: surgen, por una parte, Luis XI, sutil, inquieto, lioso y carente de complejos, y por otra, Carlos, al que pronto se denominará el Temerario, visionario sometido a arrebatos, imprudente y orgulloso, de un dinamismo furibundo. El duque ataca: le plantea a Luis XI todas las dificultades posibles, tanto familiares como feudales o económicas, se aprovecha de sus imprudencias y llega a obligarle a presenciar cómo aplasta la revuelta de los habitantes de Lieja, un insulto mortal que disimulará tras una sonrisa. Más tarde compra la alta Alsacia en 1469, obtiene del duque Renato II, que se encuentra acorralado, paso libre a través de Lorena y establece una guarnición en Nancy. En 1473 cree haber llegado al final: obtener del emperador en Trèves la promesa de una sucesión por lo menos a una corona; Federico huye por la noche; al mismo tiempo, el rey inglés, Eduardo, cuñado del Temerario, que debía mantener ocupado a Luis XI, se deja comprar; la Lorena se agita y la Saboya se alza en armas: la mano del monarca Valois se encuentra por todas partes. Carlos se enfurece y pierde el control: para liberarse, se lanza en 1476 sobre Suiza. Su magnífico ejército desaparece en Granson y Morat en el otoño de 1476, derrotado por los duros golpes que le asestan las rudas tropas de los cantones helvéticos, a las que creía poder vencer con facilidad. Tiene, entonces, un rasgo de locura: trata de recuperar Nancy, en pleno invierno, frente a Renato II que se ha vuelto a instalar en la ciudad. Sus últimas

tropas se ven dispersadas ante esta capital el 5 de enero de 1477 y, dos días más tarde, encuentran el cadáver desnudo y destrozado del Temerario en un estanque congelado. Según Commynes, esta noticia, que Luis recibe inmediatamente, provoca muestras de alegría, un tanto indecentes, en el monarca.

Indecentes pero, sin duda, también imprudentes. Es cierto que todo parece hundirse en seguida: los flamencos imponen a la joven María, la única hija de Carlos, un «gran privilegio» que restablece sus egoísmos. Luis ocupa la Borgoña, el Comté, la Picardía, el Artois. Pero, esta vez, avanza demasiado de prisa: lo que los duques han construido no es, después de un siglo, un globo hinchado, Al menos el norte resiste, y con dureza, al monarca Valois. María, por su parte, no tiene más solución que la de casarse con Maximiliano de Habsburgo, el hijo del emperador que heredará el trono en 1493. Las perspectivas se alargan tremendamente: en Francia se tiene la esperanza de precaverse frente al peligro proponiendo el matrimonio de Margarita, hija de María, con el rey Carlos VIII pero el proyecto no se lleva a cabo con el fin de respetar los intereses de Bretaña. En cambio, el hermano de Margarita, Felipe el Hermoso, se casa con la heredera de España y, en 1500, nace en Gante su hijo Carlos.

Ha desaparecido el peligro borgoñón pero acaba de nacer, en su lugar, un peligro español; Francia ha perdido Flandes para siempre. Habría que evitar, por lo menos, que estos Habsburgo, que están establecidos en el Comté, en las desembocaduras del Rin y del Mosa y, ahora, en España, Sicilia y Nápoles, se apoderen también del Imperio que, en estos momentos, se encuentra en manos del viejo Maximiliano, el abuelo de Carlos de Gante. Cuando muere el emperador en 1519 se inicia una etapa de increíbles regateos. Carlos logra el trono imperial sobornando de forma desvergonzada sin dejar tiempo a Francisco I para que haga su propia oferta: se convierte en Carlos V a los 19 años. Ha nacido una nueva Europa que es la hija inesperada de los

sueños de los duques borgoñones y de las torpezas de los Valois.

El nacimiento de «las Alemanias»

El regateo desvergonzado de 1519 y, anteriormente, la tentativa de los duques de Borgoña no hubieran sido posibles de no haberse producido la descomposición total del Imperio que durará, todavía, cuatro siglos. Evidentemente, los pueblos germánicos del pasado no eran intercambiables, del mismo modo que, hoy en día, un bávaro no es un renano o un sajón ni, mucho menos, un «prusiano». En tiempo de los Otones, de los Salios, de Barbarroja, muchos ducados, marquesados o *Stämme*, como suele decirse, pretendían tener una base étnica y consuetudinaria propia. Pero, considerándolo todo y con la ayuda del prestigio imperial, existía una Germania, un *Reich*, casi una Alemania, en un grado mucho mayor que España y mayor aún que Francia. Una misma lengua y, con frecuencia, reacciones idénticas daban unidad al conjunto: evidentemente, el occidente francófono estaba sometido a la influencia de los Capetos y el oriente, muy eslavizado, a la de Polonia, pero el centro, desde el Rin hasta el Oder y desde el Báltico hasta el Brennero, constituía un todo.

Este todo estalla a lo largo del siglo XIV y, sobre todo, del siglo XV. Resulta fácil ver la causa de la debilidad de los soberanos: en realidad, dada la imposibilidad de asegurar la implantación de una dinastía, las cosas son exactamente al revés. Los emperadores son débiles porque se les escoge así. Además, pertenecen a familias procedentes de regiones alejadas del centro del Imperio: Luxemburgo, Bohemia y Austria. Todos estos príncipes no son tontos incapaces sino que, a veces, tienen una idea elevada de su función y tratan de mostrarla claramente, como Segismundo cuando convoca el concilio de Constanza. Pese a ello, carecen de medios de acción y no pueden contar ni con los príncipes ni con la misma Iglesia. Con frecuencia se ven

retenidos en su propio patrimonio, marginal, oriental, y ya he mencionado el hecho de que Federico III pasó más tiempo en Austria que en tierras de su imperio. El caos resulta, por ello, total, y la situación fomenta la dislocación del poder.

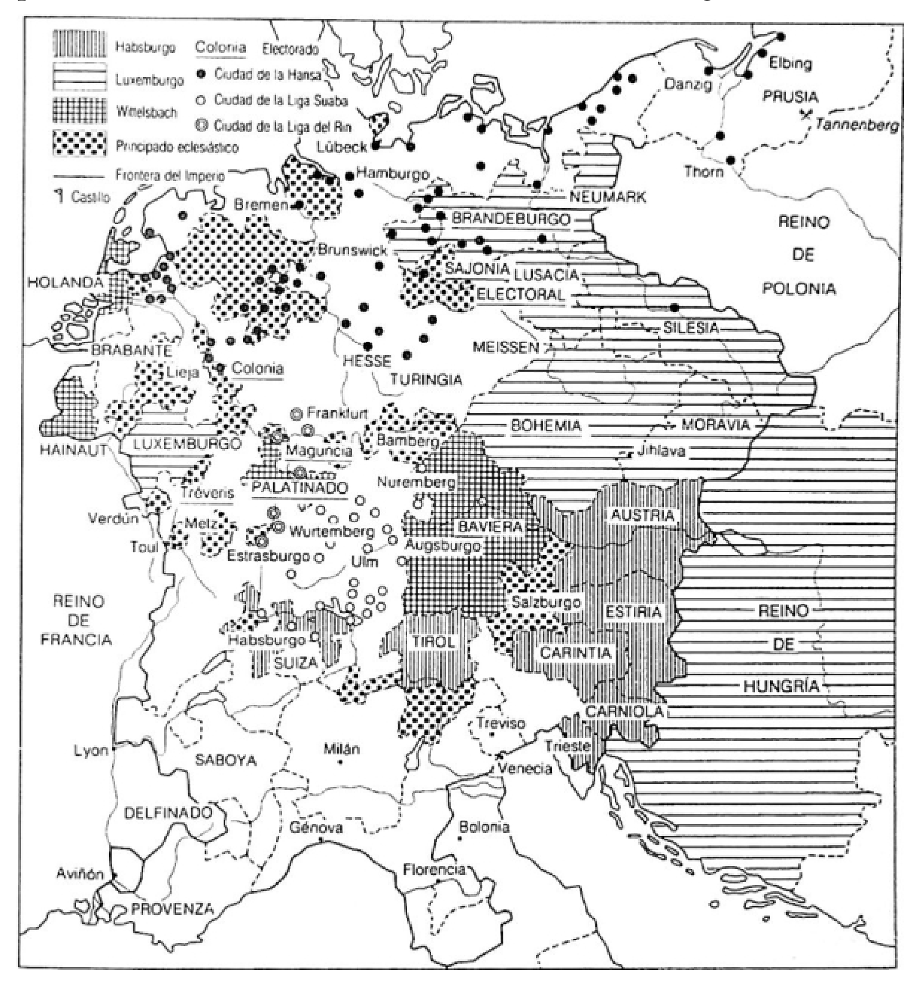
Pero conviene, asimismo, manifestar que esta dislocación es también el resultado del considerable progreso económico de la Alemania del siglo XV: las minas, el fustán, el trigo y el crédito constituyen el soporte de esta lenta conquista del primer lugar, de modo que, al no existir trabas reglamentarias de carácter general, cada área de actividad comercial o artesana se desarrolla en un área territorial o política específica. Cada uno de los 350 *Landsherrschaften*, los 350 «territorios» autónomos que componen el entramado del Imperio, sea cual fuere su extensión, a veces ínfima, tienen su propia especificidad: su príncipe tiene allí su clero, su dieta, su capital, su justicia, sus mercenarios, su caballería, sus mercados e, incluso, su moneda. Tal situación no debe, por ello, interpretarse como un signo evidente de decadencia. No obstante, es fácil entender que haya lugar para imperialismos dentro del cuerpo descompuesto de Alemania y en sus fronteras.

El Imperio es, por consiguiente, uno de los principales fragmentos de Europa en el que surgen proyectos de reagrupación interesados, en los que se manifiesta la ambición de un grupo y la mano de un vecino. Vamos a subrayar un primer rasgo notable: después de Federico II, las ciudades alemanas conocieron una era de libertad casi total. Las ciudades de la Hansa báltica, de la que he hablado extensamente, las de la Liga del Rin y, más tarde, las de la Liga Suaba, que surgen hacia 1380 para oponerse a la modesta fiscalidad de Carlos IV, disfrutan entonces de una independencia de hecho. Este estado de cosas termina a fines del siglo XV, al disolverse las ligas, en el momento en el que la propia Hansa, amenazada por los progresos de los ingleses e incluso de los castellanos, o por las veleidades de independen-

cia de los reinos escandinavos, se encuentra a la defensiva. Después de 1472 los holandeses, que entran de este modo en la historia comercial, obtienen de los daneses el restablecimiento de los derechos aduaneros en el Sund, con el fin de limitar el avance hanseático en el mar del Norte; del mismo modo, en 1478 el gran duque de Moscú cierra el mercado de Novgorod a los alemanes. Sorprende esta pérdida de peso específico de las ciudades en un momento en que las ferias y la producción industrial, sin necesidad de hablar del comercio del dinero, se encuentran en pleno auge en Augsburgo, Nuremberg, Frankfurt y Leipzig. Al igual que en la Italia vecina, esta decadencia debe atribuirse, sin duda, a un desinterés creciente de la gestión municipal por parte de mercaderes y hombres de negocios. Prefieren aconsejar e influir a los príncipes antes que llevar las cuentas de la ciudad.

Si el soberano pasa a segundo término y las ciudades caen en la atonía, la vía queda libre para las pretensiones de los príncipes. Con toda seguridad, el caso «borgoñón», que se ha convertido en español y, más tarde, en austríaco, constituye el hecho fundamental del siglo XV y de principios del siglo XVI. El advenimiento de Carlos V en 1519 introduce un elemento nuevo en Alemania aunque, por un sorprendente retorno al pasado, adquieran, de nuevo, un primer plano los asuntos italianos a los que los emperadores habían renunciado, por fin, desde hacía más de un siglo. Pero otras potencias se preparan: la propia Francia tiene aspiraciones, no a la corona imperial en realidad, ya que la candidatura de Francisco I era más disuasiva que sincera, sino a toda esta «marca» situada en la orilla izquierda del Rin, que seguirá constituyendo el objetivo de la monarquía del Antiguo Régimen y, más tarde, del Imperio. El alba de esta ambición parece apuntar a fines de la Edad Media, pero se actúa con todo el tacto y la cautela que los Capetos habían transmitido a los Valois, los cuales, normalmente, se mostraban más im-

petuosos. Apuntan a la Lorena, donde el rey de Francia tenía a hombres de su confianza en las tres sedes episcopales de Metz, de Toul y de Verdún, mientras sus parientes, los Anjou, ocupan el trono ducal, sus guarniciones están en el Barrois y se encuentran por todas partes su moneda y sus agentes. A partir del reinado de Francisco I será una de las zonas en las que Francia podrá enfrentarse, indirectamente, a los Habsburgo.



Alemania a finales del siglo XIV

El despertar escandinavo resulta tímido, los holandeses tratan de sacudir a Dinamarca y la Liga hanseática se inquieta. En realidad, el peligro se encuentra en otra parte y los alemanes no

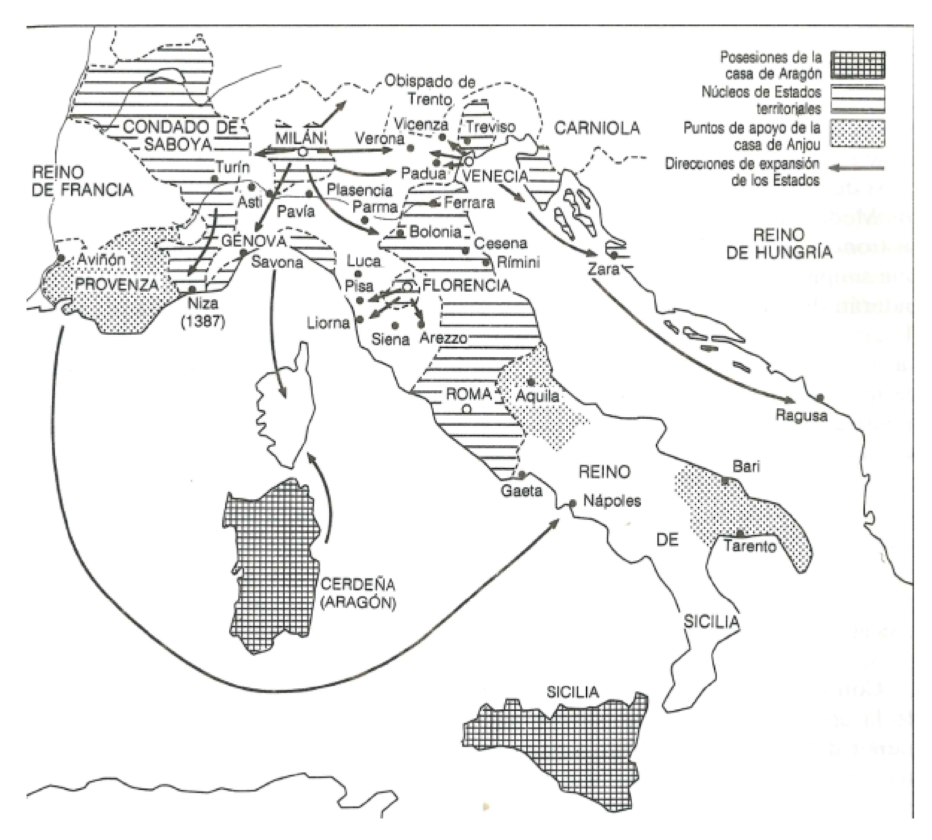
se han dado cuenta: reside en Suecia, en un país cuyos recursos se encuentran aún por explotar y en el que existe una población importante de leñadores y cazadores: todavía no se sabe que, con armas excelentes en la mano, serán en Europa los suizos del siglo XVII. De momento rechazan la tutela danesa, forzando a los reyes Cristian I y Cristián II a llevar a cabo costosas expediciones de castigo, una de las cuales, la de 1520, lleva el nombre siniestro de Blodbad, baño de sangre. De paso, los hanseáticos han resultado eliminados de forma definitiva, expulsados del Sund en 1494, así como de las ciudades de Suecia y Dinamarca, y obligados, por la paz de Malmö de 1512, a renunciar a todos sus privilegios. De momento, la desaparición de la Hansa favorece a los daneses y a los rusos pero también marca el camino a seguir por Suecia.

Por otra parte, dentro del propio cuerpo del Imperio se efectúan reagrupaciones, un fenómeno importante debido, sobre todo, a las consecuencias que tendrá muy pronto en la propagación de la Reforma. Las actitudes que adopta, en este momento, determinado príncipe poderoso podrán tener repercusiones que afectarán, al menos en este plano, a Alemania. Se trata, desde luego, de los Habsburgo, pero también de los Wittelsbach de Baviera, de la casa de Sajonia, y de los recién llegados oriundos de Suabia, los Hohenzollern, a los que Segismundo encomendó la marca de Brandeburgo en 1415, que se apoderaron de la Lusacia y de los bienes de los teutónicos de Prusia, los cuales, tras haberse visto vapuleados por Polonia, se sienten muy felices de encontrar un protector (1455); sobre estos, al menos, saben lo que les espera.

Italia, tierra común

Italia es, más que ningún otro país, objeto de las ambiciones de todos. No se trata de algo nuevo; en cierto modo es hasta tradicional. Demasiados recuerdos memorables, excesivas facilidades mercantiles así como ciudades espléndidas, cortes se-

ductoras, arte e ingenio: resulta imposible no sentirse atraído. Bizancio ya no existe, los emperadores se han retirado, hay dos o tres papas que vagan, desamparados y sin prestigio. Pero estamos en pleno *Quattrocento*. un gran momento de la historia de la humanidad, así como en la época de los Medici, de las carracas genovesas y del florín triunfante. Ahora bien, dentro de la península ninguna fuerza es capaz de aprovechar todas estas virtualidades y riquezas. El *mezzogiorno* se encuentra dividido en dos: la reina Juana II, viciosa y loca, perpetúa, de manera deformada, el recuerdo de la casa de Anjou en Nápoles, pero el rey de Aragón se ha instalado en Sicilia. Esta dualidad debe ser superada y así se hará en beneficio de los españoles. Pese a los esfuerzos del «rey Renato» y de otros, el rey de Aragón se apodera de Nápoles en 1443. Se trata, no obstante, de la parte indolente de Italia. El único elemento enojoso que perdura en este asunto es que los Anjou, que han sido expulsados, mantienen sus pretensiones y se las transmitirán a los Valois cuando se extinga su familia en 1481. El papa, por fin, se ha vuelto a instalar en Roma a partir de 1438, apoyándose en lo que queda de la nobleza latina. Es un príncipe como cualquier otro pero, por lo menos, tiene el suficiente prestigio local para lograr convencer a la mayoría de ciudades-Estado y a los príncipes del centro y del norte (los Este de Ferrara, los Gonzaga de Mantua, los Medici de Florencia, Francisco Sforza de Milán y hasta la egoísta Venecia) para que lleguen, entre todos, a un acuerdo de paz por un plazo de 25 años en Lodi en 1454.



La génesis de los estados italianos en el siglo XIV

Esta armonía resulta enternecedora, pero no hay que dejarse engañar por ella ya que su causa principal es, precisamente, el sentimiento de impotencia y de peligro. Las ciudades ya no tienen milicias dignas de este nombre ni consulados entregados a su tarea, mientras los comerciantes se desentienden de la cosa pública y los mecenas se sienten internacionales. Mientras tanto, las ambiciones se desarrollan en los límites mismos de la península e incluso en el interior de la misma: los italianos cierran filas porque los aragoneses avanzan hacia Roma desde Nápoles, Carlos VII trata de recuperar Génova, el delfín Luis envía tropas contra Milán y Renato de Anjou cruza los Alpes. Solo faltaban los turcos y estos atacan Otranto; también aparecen los alemanes en la persona de Federico III que se dirige a Roma para hacerse coronar en 1452. Una vez han desaparecido estos

peligros, vuelven a surgir las querellas en las que intervienen los extranjeros: un nuevo ensayo inútil de los Anjou contra Nápoles en 1462, una ruptura entre el papa y Florencia en la que muere Julián, uno de los hijos de Cosme (1478), una estrecha alianza de Luis XI con la Saboya y, más tarde, con Milán (1475), la amenaza del Temerario en los puertos de los Alpes, las vueltas y revueltas de la política veneciana, constituyen un caleidoscopio con escasas consecuencias, sin ningún rasgo notable y sin interés, en el que no merece la pena entretenerse. Son las «humaredas» de Italia a través de las cuales pueden verse papas coronados con cascos de guerra, *condottieri* venales, príncipes apuñalados, sangre y fiestas.

Pero estas humaredas abren el apetito y los asuntos serios empiezan cuando termina el siglo, en el momento en el que el papa Inocencio VIII toma la iniciativa de llamar a Italia a Carlos VIII, rey de Francia y teórico heredero de la corona de los Anjou en Nápoles del mismo modo que su sucesor Luis XII lo será de la de los Visconti en Milán, para que ponga orden y expulse a los aragoneses. Nos encontramos en 1494, en el momento en que el monarca Valois cruza los Alpes y da la señal de salida a la «Historia Moderna» de la guerra y de la diplomacia. Hace ya dos años que Fernando de Aragón ha conquistado Granada y no tiene más remedio que apoyar al rey Ferrari, su primo de Nápoles. En Roma, un papa desprestigiado, Alejandro VI, no logrará reunir a los italianos: en Florencia, los Medid han quebrado; en Milán, Ludovico Sforza ya no se siente seguro en su trono y, por último, Venecia es Venecia. A partir de este momento Italia será una simple presa, una presa magnífica: franceses, españoles y alemanes se la disputarán durante tres siglos. Esta es la razón por la que no voy a iniciar el relato de estos primeros actos del enfrentamiento entre los imperialismos antes citados, ya que resultaría injustificable el interrumpir la narración en Marignan en lugar de hacerlo con la batalla

de Pavía o el saco de Roma. Italia, más que nunca, se muestra aquí adelantada con respecto a los demás países: la Europa «moderna» se muestra con claridad en Francia, en España o en el conjunto de pequeños estados que constituyen Alemania; el panorama queda más desdibujado, hacia 1520, en Inglaterra, a lo largo del Rin o del Báltico pero, a partir del 1500, Italia presenta todas las características de la nueva Europa.

Las puertas se abren al mundo

Considerar los «grandes descubrimientos geográficos» como un rasgo propio de la época «moderna» constituye una de esas miopías de historiador, y no la menor de ellas, que se toman como un artículo de fe. Es una idea aún más errónea que la del «Renacimiento» que, por lo menos, contiene la noción de una nueva recuperación de lo antiguo. Aquí no tenemos nada de eso y nos exponemos a no entender nada de lo que constituye la culminación de la Edad Media si separamos de esta a Enrique el Navegante o a Vasco de Gama; todo ello a menos que los consideremos unos locos o, en el mejor de los casos, unos iluminados, lo que constituye una idea que, de forma persistente, suele aplicarse a Colón. Evidentemente, el «salto en el vacío» que representa el viaje hacia el oeste del navegante genovés es, en cierto modo, un gesto simbólico que separa dos etapas. ¿Quién no conoce sus resultados capitales? Pero debe considerarse que constituye la continuación de un millar de ensayos precedentes por lo que no es, en sí mismo, una simple cabezonería imprevista. Tendremos, desde luego, que analizar esta penetración de Europa más allá de sus límites y lo haré cuando tenga que ocuparme de las colonias, de la trata de esclavos y de la violencia que provocó; pero existe también todo lo que pre-

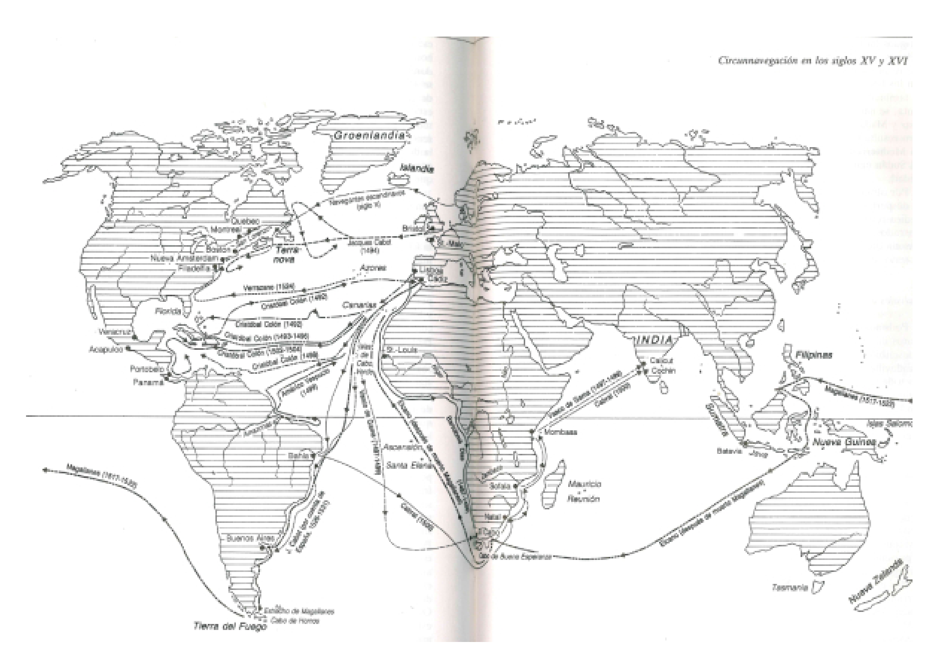
cedió a estos hechos, algo que solo se explica en función de la Edad Media.

¿Por qué «descubrir nuevas tierras»?

El fenómeno cuyas líneas esenciales intentaré trazar podría parecer «exótico» y, de hecho, lo es a pesar de las páginas que, en una y otra parte, se han consagrado a África y Asia. Pero esta irrupción de lo insólito en el horizonte europeo es, precisamente, lo que caracteriza los últimos tiempos de la Edad Media: los hombres de Italia, de Francia o de España fueron conscientes de ello al sentirse dominados por una especie de vértigo, o incluso de miedo, ante el mundo que se abría ante su vista. Para el historiador que escruta el parto y los primeros pasos de este recién nacido, para nosotros, sobre todo, que somos testigos del fin de esta etapa, esta conquista de continentes llevada a cabo por el más modesto de todos, en un proceso que durará cuatro siglos, se inscribe perfectamente en el seno de acontecimientos de naturaleza más familiar, más «naturales», como son la domesticación del mundo eslavo, la marginación del Islam o el fin del mundo griego. También aquí se trata de un conjunto de mundos y riquezas periféricos que «se ponen a disposición» de los europeos occidentales.

Hay que matizar. Si exceptuamos el posible, probable y efímero contacto escandinavo de la altísima Edad Media, América es una tierra desconocida. Sabemos bien que no aparece en ningún esbozo cartográfico cristiano o musulmán anterior a Colón. Los geógrafos árabes del siglo X estiman que la distancia entre la China (Catay) y el Magrib es de unos 16 000 kilómetros, lo que constituye una magnitud notable, pese a lo cual solo creen en la existencia de una única escala posible a lo largo de este trayecto: la de Cipango (Japón). En lo que respecta a los geógrafos cristianos, cuyos conocimientos se desarrollan en gran modo en este período —es el momento en el que surgen los atlas de mercaderes o portulanos y los planisferios—, tanto

si se trata de italianos como Toscanelli o de alemanes como Martín Behaim, siguen creyendo en las estimaciones de los antiguos como Ptolomeo: no más de 4000 kilómetros. Esta diferencia de apreciación tendrá una importancia capital, pero dejémosla de momento. ¿América?: desconocida. En cambio, no hace falta descubrir Asia ya que se encuentra relacionada, desde hace siglos, con el pasado de Europa y del Islam. Se la conoce mal pero se encuentra adecuadamente situada, por lo menos desde la época helenística. Es el símbolo de las piedras preciosas, de las especias y de la seda, un mundo extraordinario que los viajeros árabes como Sulaymân, Abu Zayd Ibn Jurdadhbeh y al-Mas'üdi habían visitado y descrito mucho antes del siglo XIV. Gracias a ellos —Marco Polo resulta un buen testigo— Europa sabe algo, incluso sobre ciertos elementos esenciales como el régimen de los monzones o la distancia entre los oasis. Pero la penetración cristiana no llega tan lejos: la «Parisiense» o el «Marsellés» que los franciscanos, enviados al jân por san Luis, encuentran en plena estepa mongola, son seres marginales, como también lo son los que constituyen los grupúsculos nestorianos de la China los cuales, por otra parte, están formados por orientales. En Pekín, en Cantón y en las Indias, Marco Polo solo vio árabes y algunos judíos. Por otra parte, cuando vuelve a Venecia en 1295 y dicta sus memorias, no es creído por nadie. No obstante, Asia sigue siendo una especie de Edén perdido, aunque posible, donde, tal vez, reine el preste Juan, este aliado que la cristiandad espera encontrar a espaldas del Islam. Se conocen las vías para llegar: caravanas desde Asia Menor o desde el Levante mediterráneo y convoyes marinos desde Ormuz y Adén. La idea se abre paso a fines del siglo XIII: es preciso llegar y establecer un contacto directo si Europa quiere liberarse de la tutela aduanera musulmana que encarece todos esos productos tan apreciados por las cortes de los príncipes.



El caso de África es distinto. El antiguo periplo de Hannon de los relatos antiguos ha quedado reducido a un vago recuerdo. Es la tierra del oro y de los esclavos, pero la cristiandad no presta excesiva atención a estos últimos y, en lo que respecta al primero, durante mucho tiempo se contenta con el que le revenden los bereberes, egipcios o judíos en el Magrib y en Alejandría. Evidentemente, también se busca a un preste Juan en Etiopía y, a lo largo del Nilo o en Tierra Santa, se narran relatos encantadores acerca de los reinos de Mozambique, Zanzíbar y Madagascar, así como sobre los países del Zimbabwe y del Monomotapa. Pero resulta totalmente quimérico el atravesar la muralla musulmana que separa del Mediterráneo al país de Bambuk en el Senegal o, incluso, a los jefes coptos del Sudán egipcio: ni siquiera Carlos de Anjou llegó nunca a plantearse tal posibilidad.

Por otra parte, a principios del siglo XIV no se había producido aún un adecuado despertar de la curiosidad geográfica ni se había operado una selección de los medios concretos de que se disponía para romper el aislamiento de estos mundos separa-

dos. No obstante, sería una equivocación imperdonable el olvidar la influencia que ejercían, en el inconsciente cristiano, el brillo de Asia y el tenebroso misterio africano.

¿Salvajes a los que hay que salvar?

Podríamos adoptar un punto de vista distinto. ¿Se conocieron en Europa los relatos de un Ibn Battûta, peregrino infatigable que, entre 1325 y 1354, recorrió y describió todos estos países? ¿Inspiraron la superchería increíble de Juan de Mandeville (m. 1372) el cual, sin necesidad de abandonar París, describió Asia con toda minuciosidad y fue creído literalmente hasta mediados de este siglo? De cualquier modo, Europa adquirió conciencia del hecho de que estos mundos estaban llenos de almas destinadas a la condenación eterna. Animados por los nestorianos de Karakorum y, más tarde, por los viajes a Europa de monjes orientales como Rabban Sauma en 1287, los hermanos predicadores se sintieron conmovidos: había que convertir a esos paganos o, por lo menos, ayudar a las cristiandades de Oriente. El gran proyecto del catalán Ramón Llull consiste en sustituir la cruzada por la misión y se llevan a cabo intentos en este sentido: hacia 1291, el franciscano Odorico de Pordenone emprende la marcha, dispuesto a convertir a los brahamanes, y Juan de Montecorvino es nombrado «obispo de Pekín»; otros monjes se dirigen a Extremo Oriente hasta 1320 o 1325, aprovechando la «paz mongola». África interesa menos: san Francisco, antes que cualquier otro, había enviado a dos hermanos, destinados al martirio, el Magrib en 1219; conocemos la presencia en Marrakesh, hacia 1220, de una milicia cristiana dirigida por el portugués Pedro pero, probablemente, carecía de objetivos proselitistas.

Por otra parte, esta tarea resultó efímera: después del período 1340-1355 se cierran las rutas de Asia; en Ucrania, los mongoles detienen a los misioneros; en China, los Ming se hacen con el poder religioso; en Delhi triunfa el Islam. En 1402 el es-

pañol Clavijo llega hasta Tamerlán, dispuesto a averiguar cuáles son las intenciones del vencedor de los otomanos: pero se trata de un musulmán que ajusta sus cuentas y no de un «azote de Dios» y, desde luego, no es más que una leyenda el que Ysalguier de Toulouse regresara, en la misma fecha, a orillas del Garona desde Gao, acompañado por una princesa negra convertida al cristianismo. Aún no ha llegado el momento de evangelizar a los negros o a los pueblos de raza amarilla.

O ¿riquezas a arrebatar?

Por otra parte, sin necesidad de perder de vista la posibilidad de una conversión ulterior, tal vez convendría controlar la llegada de todos esos productos exóticos y ruinosos: el azúcar, la pimienta y, sobre todo, el oro del que Europa está empezando a carecer de forma dramática. En España se suspenden las acuñaciones de monedas de oro en 1384 y lo mismo sucede, un año más tarde, en Portugal; en Italia la relación entre el oro y la plata sube hasta un 1 por 12; más hacia el norte, las nuevas minas de Bohemia y de Silesia limitan esta carestía, pero esta distorsión resulta malsana dentro del cuerpo de la cristiandad. El desarrollo del gasto público empuja a los príncipes hacia la guerra pero esta devora, incansablemente, todos los beneficios que produce. ¿Podía la aristocracia renunciar a soñar, a fines del siglo XIV, en consoladoras aventuras caballerescas y piadosas o incluso, de manera más prosaica, iba a prescindir de esta diversificación de sabores que elevaba considerablemente el costo de los suministros de su mesa, mientras los revendedores se sentían amenazados por la falta de existencias?: evidentemente, esta nobleza podía, también, divisar en la lejanía la posibilidad de rehacer su fortuna vacilante. La curiosidad geográfica, la esperanza de lograr conversiones, la búsqueda del metal amarillo, la crisis de ingresos y, quizás también ya en esta época, el interés por hacerse con una mano de obra gratuita, constituyen un

conjunto de razones, sin duda de idéntico peso, cuya acumulación podía aguijonear la audacia.

Como cada vez que nos encontramos en el umbral de hechos decisivos, resulta difícil dar prioridad a un elemento con relación a los demás: el interés —o, en el caso del príncipe Enrique, hasta su muerte en 1460, la pasión— por los descubrimientos que surge en Lisboa y, más tarde, en Lagos en torno a la dinastía de Avis, ¿constituye la causa o el efecto del lugar esencial que ocupa Portugal en este tema? ¿Se trata de una huida hacia adelante que lleva a cabo un país que se encuentra al borde de la ruina, privado de oro y de artesanos? ¿Es un plan madurado durante largo tiempo o una serie de accidentes sucesivos? Por otra parte, genoveses, pisanos y catalanes que van a proporcionar tripulaciones y capitanes, ¿se lanzan a la aventura por avidez de beneficios o porque son los únicos que pueden suministrar tripulaciones con experiencia? ¿Intentaron la aventura cuando la carabela —ese navío situado a mitad de camino entre la lenta *kogge* báltica y la frágil galera mediterránea— les permitió afrontar el oleaje oceánico? O bien, ¿el uso de este nuevo tipo de embarcación, después de 1440 o 1445, es el resultado de los fracasos iniciales?

Lo único cierto es, según parece, el carácter obstinado de los proyectos ibéricos e italianos: llegar a Asia con los menores costos posibles sin pasar por el Egipto mameluco, lo cual implica enfrentarse al África negra. Muy pronto se abandonó la idea de cruzar el continente de norte a sur. De acuerdo con el testimonio de Ibn Battûta y de Ibn Jaldûn, los imperios negros se encuentran, en este momento, en todo el esplendor de su apogeo medieval: los testimonios artísticos descubiertos en Benín y en el país Nupé, así como en Tombuctú y en Cangor, dan muestras de una civilización dueña de sí misma: los viajeros árabes elogian el orden público, la suntuosidad de la corte, la riqueza de las ferias de Malí, Kano y Gao, por más que deplo-

ren los mediocres progresos del Islam y el nivel de vida inferior al del Magrib. Ibn Battûta habla sin tregua de la calidad del hierro, de la belleza de las maderas talladas, de la abundancia de objetos de vidrio o de cobre, un conjunto de productos que alimenta, con los esclavos y el oro, el comercio transahariano en dirección sur-norte o también oeste-este, cuando se hubo abierto de nuevo la ruta que iba hacia Asuán a través de Agadés y del Chad. Los italianos no podían ignorar estos hechos: hacia 1320 un genovés se encuentra en el Tafilalet; hacia 1350, otro había llegado a Tombuctú; a fines del siglo los Songay habían desarrollado un itinerario desde el Chad hasta Fezzán, más breve y menos peligroso que la travesía propiamente sahariana. Los catalanes, los marselleses y los písanos que comercian en Trípoli, Túnez, Bujía y Ceuta pueden avisar tanto a príncipes como a aventureros: no se puede cruzar el gran desierto para llegar al imperio del Congo y, desde allí, hasta Mozambique y a las Indias, de las que se cree que están muy cerca.

África atacada

Es indispensable rodear el continente africano. Esto plantea, en primer lugar, un problema de navegación ya que, si bien los alisios, que surgen muy arriba, junto a las costas de Marruecos, empujan a los navíos hacia el sudoeste, la *volta*, la trayectoria de retorno, exige maniobras y paciencia excepcionales. Los principios son malos: en 1291, dos genoveses, los hermanos Vivaldi, parten y desaparecen; en 1339 se identifica la escala eventual de las Canarias, pero el mallorquín Jaume Ferrer, al tratar de aproximarse a lo que se denominará Río de Oro, se va a pique. Tal vez haga falta primero establecerse firmemente en Madeira y las Canarias, las «islas Afortunadas», según dice Petrarca. Durante el período comprendido entre 1350 y 1402 se llevan a cabo una serie de ensayos con éxito desigual: españoles, portugueses, florentinos y el genovés Malocello descubren en ellas a unos campesinos amables e indolentes, pero no hay oro. Un

normando, Juan de Béthencourt, toma posesión del archipiélago canario en 1402 y lo entrega al rey de Castilla, mientras que Madeira es ocupada por Portugal hacia 1423. Ya en este momento, este último país había llevado a cabo una tentativa difícil: el ejército real se apodera de Ceuta en 1415, logrando con ello el control de uno de los mercados del trigo marroquí, el del Garb, que le hace muchísima falta. ¿Existió el proyecto de ocupar Marruecos? Hemos manifestado antes que existen motivos para creerlo, ya que se produjo un fracaso ante Tánger en 1437, así como nuevas tentativas en 1471 y 1515, pero estos conatos carecieron de consecuencias.

Por el contrario, en el mar se logran importantes progresos gracias al uso de la carabela, a la experiencia, cada vez mayor, de la *volta,* a la escala en las Canarias o en las Azores y al apoyo constante de los príncipes portugueses. Un cabotaje atrevido, en el que marineros vascos, gallegos y del Algarbe sustituyen a los italianos, logra que las carabelas desciendan hacia el sur. En 1434 Gil Eanes logra doblar el peligroso cabo Bojador; en 1444 Dinís Díaz dobla el Cabo Verde; en 1446 se llega a Gambia y en 1460 a Sierra Leona. En 1471, Soeiro da Costa explora la Costa de Oro, la Costa de Marfil y cruza el Ecuador, más allá del cual se ve en dificultades debido al cambio de sentido de los vientos. A partir de este momento se plantarán jalones en la costa para marcar los avances: en 1486, los de Diego Cao, que no osa doblar el extremo meridional del continente, permitiendo que, al año siguiente, Bartolomé Díaz alcance el honor de penetrar en el océano Indico y de nombrar al cabo de las Tormentas con el nombre propiciatorio de cabo de Buena Esperanza. Más allá, los navegantes se encuentran con el monzón y, en 1497. Vasco de Gama bordea la costa africana, hace escala en Sofala, el puerto de Mozambique, y echa el ancla, en mayo en 1498, en Calicut, en las Indias, donde sufre la decepción de ser recibido por un tunecino que habla castellano.

Si solo se tratara de un periplo, la llamada «hazaña deportiva» tendría un indudable mérito. Pero, en este caso, las consecuencias son aún mayores. Al principio, todos estos esfuerzos no logran grandes resultados: en la desembocadura del Senegal, la factoría de Arguin consigue, como mucho, extraer 25 kilos de oro al año, mientras que Ibn Jaldûn estima, aproximadamente, en una tonelada, el tráfico transahariano. Hay que renunciar, por otra parte, a toda posibilidad de llegar hasta donde están los buscadores de oro, remontando los ríos costeros de Gambia o de Guinea, ya que se opone a ello la barrera montañosa. Los que se arriesgan, como Diego Gómez en 1456, no logran grandes beneficios y, por otra parte, reciben la sorpresa —igual a la nuestra— de encontrarse allí con un inglés. Desde luego el oro de Sofala y del Zimbabwe, donde Vasco de Gama establece una factoría en 1502, podría resultar más accesible, pero la distancia es enorme y habría que hacer pasar el metal por Adén lo que implicaría, una vez más, un control musulmán. En cambio, se logra un gran éxito con las especias, la pimienta y la malagueta o «grano del Paraíso», que siempre aparecen en las recetas culinarias de la época, así como con la nuez de cola, el primer excitante, el primer estupefaciente que utilizaron los europeos para estropear su salud. Después de 1485, Fernando Poo tiene el monopolio del tráfico de estos productos a lo largo del golfo de Guinea y, en 1505, Lisboa destrona a Venecia como capital de las especias y de la droga.

Comprar o arrebatar la pimienta a los negros podría constituir un fenómeno de escasa importancia, peor eso no es lo peor: se visitan los mercados de esclavos y empieza la trata que desangrará África hasta el siglo XIX. A partir de 1444, en Lagos, Enrique el Navegante asiste personalmente al desembarco de los 263 primeros esclavos de ambos sexos que surgen de las carabelas y preside la subasta; hacia 1480 se estima que la factoría de Arguin suministra un tráfico de 800 o 1000 esclavos anua-

les. Estas cifras resultan tan elevadas que parece evidente que los negreros disponen de otros mercados además de los de Europa o del Islam: disponemos de pruebas de la llegada de negros a Santo Domingo solo a partir de 1510, y a Cuba desde 1521, pero, desgraciadamente, es probable que este tráfico innoble empezara antes.

Del mismo modo, los contactos entre la Europa conquistadora y el África negra tan próxima se saldan, desde el principio, con resultados negativos. Tal balance resulta sorprendente ya que procede de una prospección que, en un principio, era desinteresada ya que el objetivo esencial de esta circunnavegación no era conocer y explotar África sino, sobre todo, encontrar otra vía de acceso hacia Asia. Evidentemente, las riquezas de África —oro, esclavos, especias, marfil, teca-ofrecían poderosos atractivos y las razzias, seguidas inmediatamente por las primeras transacciones, fueron compañeras inseparables de los descubrimientos. A través de las factorías costeras fundadas en el Senegal —Bezeguiche, Portudal, Joal— y otras en la Costa de Oro —Axim, Shama, San Jorge de la Mina— gracias a su existencia y al cabotaje de las carabelas, se estableció un comercio regular a lo largo de la costa entre el África occidental y Europa. Este comercio abría nuevos territorios y completaba, sin interrumpirlo, el tráfico tradicional transahariano: habría podido constituir una fuente de riqueza para África. No hubo nada de esto si exceptuamos a ciertos soberanos y a algunos estados como, por ejemplo, Mali a fines del siglo XV y durante el siglo XVI: no se produjo un enriquecimiento real ni un fomento del desarrollo. Y esto a pesar de que en África se asentaba una civilización rica, coherente, compleja y notable. Pero frente a la Europa del Renacimiento, prodigiosamente dinámica en su brutalidad, el mundo negro presentaba puntos peligrosamente frágiles e inherentes a su estructura propia. La competencia con Europa resultaba aleatoria debido a la existencia de frenos técnicos a

todos los niveles: la agricultura africana tenía una gran experiencia en el conocimiento de las especies vegetales y de los suelos pero no disponía de tracción animal y los sistemas de abono eran rudimentarios; existía un artesanado de calidad, pero en él no había surgido un embrión de desarrollo real ni en el plano de las técnicas ni en el industrial; la administración resultaba, con frecuencia, competente y atenta pero se encontraba desventajada por la escasa difusión de la escritura y por el carácter sumario de los derechos específicos. Se trataba, por otra parte, de una sociedad que se encontraba, todavía, mal unificada —pese a las brillantes tentativas políticas— e, incluso, desgarrada, más todavía que Europa: existía una multiplicidad de dialectos y no podía recurrirse a una lengua culta única como el latín; el animismo y el Islam se habían fusionado mal y de ello surgía, por ejemplo, la incertidumbre de las prácticas sucesorias en ciertos reinos (Mali) y, sobre todo, el desprecio que los creyentes sentían por los paganos y el enraizamiento de la práctica agotadora —que ya era secular en el momento de la llegada de los europeos— de la trata de esclavos que se dirigía hacia oriente, destinada sobre todo al Islam blanco, y que fue la fuente de la que manó toda la corriente esclavista atlántica; el sedentarismo, por último, era aún precario y los desplazamientos de las poblaciones producían convulsiones (*peul*).

Una sorpresa catastrófica: América

Si la Tierra es redonda, algo que todo el mundo sabe, incluso la Iglesia cristiana, que finge no creerlo, debe ser posible llegar a las Indias navegando hacia el oeste. La dificultad es triple pero se percibe de manera desigual. Tenemos, en primer lugar, la distancia: casi cinco meses en los que no se tiene ninguna seguridad de poderse abastecer, lo que obliga a prever reservas enormes que inundan el navío y reducen el número de tripulantes; no obstante, esta dificultad no se valora adecuadamente en Europa ya que existe un error notable en torno a esta dis-

tancia y el globo de Nuremberg y el de Behaim construido hacia 1480, solo prevén 2500 millas entre las Azores y el Japón. En segundo lugar están las dificultades de la navegación, algunas de las cuales habían sido reveladas por los intentos portugueses a lo largo de la costa africana: inversión de vientos, zona de brumas espesas en el ecuador, olas gigantescas que podían inundar incluso a las carabelas de 300 toneladas; y aún no se sabía nada acerca del mar de los Sargazos y sobre las corrientes intertropicales del Caribe. No obstante, el miedo era, probablemente, lo que frenaba más al navegante: había que navegar en línea recta, sin ninguna referencia costera, sin más guía que la brújula y algunas estrellas eventuales, a través de una inmensidad terrible y desconocida. Se trataba de una empresa insensata que solo podía ser fomentada por la ignorancia de los peligros reales y por las mentiras desvergonzadas de viajeros imaginarios como Mandeville. Hacía falta, asimismo, una voluntad y un orgullo fuera de lo común.

¿Quién no conoce esta hazaña de la historia de la humanidad? Cristóbal Colón es un genovés, excelente marino, apasionado por la geografía y hábil en los negocios; al instalarse en Lisboa en 1477, con unos 25 años, tal vez por cuenta de los Lomellini, ha ideado ya, sin duda, este proyecto, se acostumbra al océano, va hasta Madeira y obtiene audiencia con el rey Juan II: no tiene éxito y no porque su proyecto parezca una locura sino porque en 1485 o 1487 se ha doblado el cabo de Buena Esperanza y los portugueses creen que la ruta de oriente se encuentra en sus manos; ¿para qué buscar otra? Colón se dirige, entonces, a Inglaterra donde no se le escucha, a Francia donde la corte empieza a pensar únicamente en Italia; a partir de 1488, asedia a Isabel de Castilla y, con la ayuda de los franciscanos, trata de convencer a la piadosa e interesada reina; entre tanto, Fernando se ocupa de recoger «uno a uno los granos de la Granada» y considera que estos sueños son costosos y superfluos.

Finalmente, en abril de 1492, en el momento en el que el último rey moro de España suspira al ver cómo se aleja la Alhambra, la reina, entre dos misas, concede al genovés los extraordinarios privilegios que ha solicitado si tiene éxito: el título de almirante, el de virrey y una parte del oro y de las especias. La partida de tres navíos con menos de cien hombres tiene lugar en agosto de 1492. En un principio los alisios son favorables, pero luego viene el desaliento, la distancia infinita, las disensiones, la sed, y el 12 de octubre de 1492, a las dos de la mañana, el grito de «¡Tierra!» lanzado por el vigía de la Pinta.

La tierra es una de las Bahamas, poblada por algunos arawaks amables, completamente desnudos y carentes de oro y de especias. Tras haber explorado el mundo del Caribe, Colón volverá en marzo de 1493 con siete indígenas y un poco de oro. Este primer viaje será seguido por otros tres en los que se reconocerán todas las Antillas, el istmo de América Central e incluso el Orinoco y Trinidad en 1504. En este momento, hace tiempo que Colón ha quedado desacreditado: desde 1494, La Española (Santo Domingo) se ha convertido en el centro de un tráfico de azúcar, de cobre y de esclavos, en el que se manifiestan la avidez y la ferocidad de los «colonos», sean, estos catalanes, castellanos o procedentes de otros lugares. Por otra parte, han aparecido otros pioneros: en 1498-1499 Vespucio, que dará su nombre de Américo a las nuevas tierras, se dedica al tráfico de perlas; en 1500 Bobadilla, nombrado gobernador de Nueva España, hace explorar Cuba y esta es ocupada antes de 1512. Hace ya seis años que Colón ha muerto, olvidado y arruinado en buena parte, creyendo todavía —era el único en hacerlo— que había llegado al Japón.

Juan II se había arrepentido demasiado tarde de no haber aceptado las propuestas de Colón. Logra, por lo menos, que se establezca, entre él y los Reyes Católicos, bajo la supervisión del papa, este pacto de Yalta de la Edad Moderna que es el tra-

tado de Tordesillas de 1494, que divide en dos el Atlántico a lo largo de un meridiano que pasa a 170 leguas al oeste de las Azores, correspondiendo a España lo que se encuentre más allá de la línea divisoria y a Portugal lo que esté más acá. Es una división que surge de la audacia y de la ignorancia ya que, cuando en 1500 Álvarez Cabral, con una escolta de casi mil hombres y siguiendo las huellas de Vasco de Gama, efectúa su *volta* en el hemisferio sur para captar el viento, sin abandonar las aguas portuguesas, topa súbitamente con una costa insospechada, aquella en cuyas orillas crece un árbol tintóreo, *ó brasil*; volverá en 1503 y en 1508, así como también, quizás, algunos franceses, con el fin de explorar las costas hasta Santos: decididamente, tampoco esta vez se trata de la China. Ni es el istmo de Panamá: en 1513 Núñez de Balboa lo cruza y descubre, por vez primera, un inmenso mar que, a primera vista, le parece extraordinariamente «pacífico». ¿Para qué empeñarse en alcanzar Oriente?: ¿no hay en las Antillas, en el Brasil y en África más que suficiente para enriquecer a toda la clase aventurera de esta Europa que está en pleno cambio y para satisfacer a mercaderes y príncipes? Bien dicen los reyes y la Iglesia, en 1512, en Burgos, que esclavizar a los hombre es vergonzoso y que vale más convertirlos; pero una cosa no quita la otra y la cruz cubrirá la carne en venta. Está próxima la indignación de Las Casas que servirá para calmar la conciencia de los conquistadores, nobles que tratan de dominar, seres marginales ávidos de tierras y de oro, truhanes que lo quieren todo. En abril de 1519, Hernán Cortés desembarca, con caballos y cañones, en la bahía mexicana a la que da el nombre de Vera Cruz; en septiembre, Magallanes iza las velas para emprender la vuelta al mundo. Empieza la explotación sistemática del nuevo mundo, una explotación cuyas miserias y beneficios aún no hemos terminado de contar.

Capítulo 10
LA RECONQUISTA DEL HOMBRE

La opresión de las desgracias que durante un siglo o tal vez más azotó a la cristiandad parece ceder un poco pasada la mitad del siglo XV. Al menos, el agobio que pesaba sobre los cuerpos disminuye; se «reconstruye» o se consolida. Por lo demás, es una tregua y no para todos: las dificultades cotidianas, las de la guerra, la miseria, el fisco y el hambre tienen aún muchos días de vida por delante, casi toda la «época moderna». Pero los sufrimientos, se dice, hacen a los hombres mejores, apresuran la maduración de los espíritus y abren nuevos caminos de esperanza o de perfección. Y hemos visto como en plena tormenta material, mientras que la vieja nave cristiana parecía a punto de zozobrar, se multiplicaban los signos de una poderosa afectividad, de un dinamismo intelectual o de una fertilidad de invención que hacían decir a Michelet que el siglo XIV era el más grande de todos: Poggio escudriña las bibliotecas, Bruni traduce a los griegos. Parentucelli convertido en Nicolás V funda la Vaticana, Gerson amonesta a los reyes, Wyclif medita lo que Hus osará hacer. Sluter. Van Eyck. Ghiberti… ¿Para qué alargar la lista? Todos estos hombres, pero también los que los pagaban y los que los leían, los oían o los veían estaban íntimamente relacionados con la «Edad Media»; les bastó dar una nueva luz, aquí y allí, pero sobre todo en Italia, a una antigua flor. Sin duda, puede temerse que salvo la angustia de una salvación comprometida por la omnipresencia del pecado y de la muerte violenta, el grueso de los fieles cristianos no captara la mutación o las tribulaciones de los pensadores: además, se les ve permanecer frioleramente al abrigo de las verdades enseñadas desde hacía siglos. Ahora bien, lo que separa las dos mitades del siglo XV, hasta el punto de que frecuentemente se ha querido situar allí

un «final de la Edad Media» como mínimo prematuro, es precisamente esta penetración de lo «moderno» en la masa de los hombres, esta conquista, esta progresiva reconquista de su alma.

Los nuevos caminos

«En 1453 —decían los viejos manuales—, cuando los turcos toman Constantinopla y Gutenberg inventa la imprenta, se acaba la Edad Media». En lo que respecta a los turcos, tan solo aprovecharon la ocasión. En cuanto a la imprenta, el asunto es más serio.

Difundir el conocimiento

Como todo el mundo sabe, entre dos fases de desprecio, el europeo reconocía maravillado a los chinos el talento de haber inventado la imprenta antes incluso que la plancha para hacer billetes y la pólvora de cañón. Por lo demás, poco importa ya que ninguna receta llegó al Oeste. Lo que sorprende es que haya sido necesario esperar al final del siglo XIV para que germine la idea de simple sentido común de que una cohorte de monjes copiando de común acuerdo una Biblia solo abastecería a una ínfima minoría de lectores y que incluso los 250 manuscritos conservados en Roma del *Román de la Rose* no suponía mucho frente a los millones de potenciales aficionados que representaban, sin duda, hacia 1350 los clérigos y los burgueses. De manera que se está en el derecho de suponer que es la demanda la que impulsó a hacer crecer la oferta, y que la imprenta nació de la necesidad que se tenía de ella.

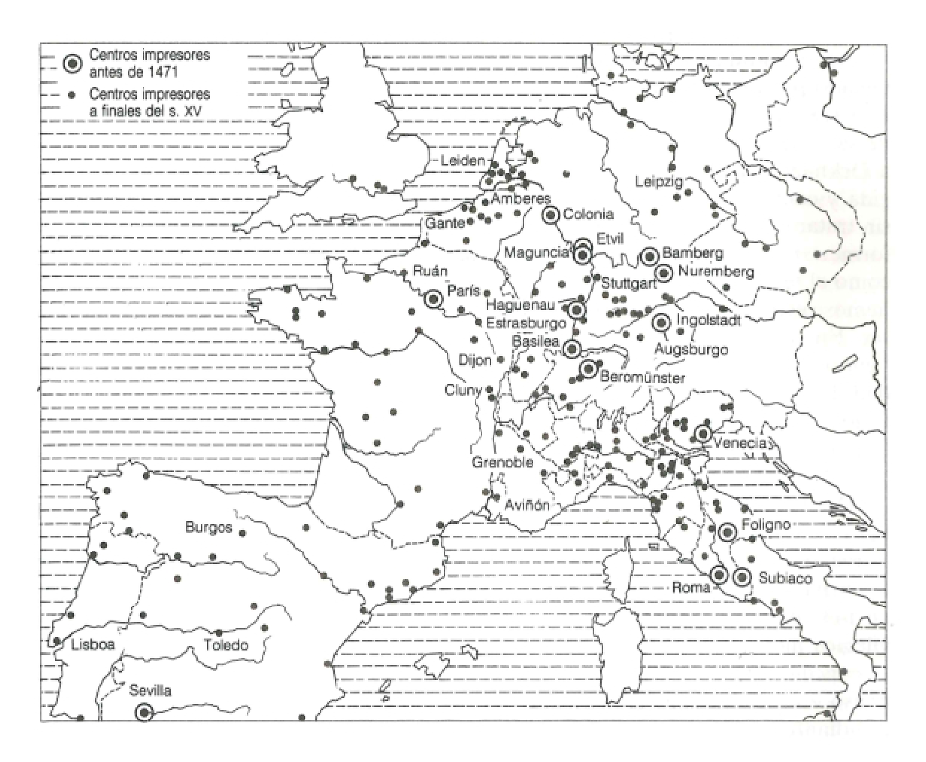
Se saben cuáles fueron los primeros pasos: en un principio existían unas figurillas o nombres de jefes destacados recortados con un cuchillo en la madera y luego untados de tinta que se trasplantaban al pergamino para no pagar a un miniaturista

o revelar que un *condottiere* era iletrado. Esta «xilografía» dejó huellas entre 1380-1390 y 1418-1420. La fragilidad del sistema procedía del ablandamiento de la madera progresivamente colmada de tinta y del carácter forzosamente estereotipado del dibujo. El metal podía paliar el primer obstáculo, pero grabar una página entera sobre cobre o hierro planteaba problemas técnicos. Utrecht, Estrasburgo y Aviñón se disputan, sin prueba alguna, la idea de haber pensado en ello, de haberlo intentado hacia 1439 o 1444. Concedemos al maguntino Gutenberg el mérito tradicional de haber tenido en 1453 la triple idea genial de la prensa de tornillo, de los caracteres aislados que se juntan y luego se dispersan y de la aleación de plomo, estaño y antimonio que permitía un uso de una duración razonable. La Biblia que imprimió por este sistema —a tal señor, tal honor—, así como el salterio de 1456, marcan un hito en la historia del hombre.

Pues, contrariamente a muchas «invenciones» cuyo éxito es lento o su progreso oscuro, en este caso ocurrió todo lo contrario: antes de 1485 funcionaban prensas en Estrasburgo, Basilea, Nuremberg, Rotterdam, París, Sevilla. Zaragoza, Lyon, Venecia, Milán, Florencia y Roma. Por una vez, los italianos se dieron prisa; se desquitaron, pues desde 1476 se imprime literatura griega en Lombardía y desde 1500 Aldo Manuncio divulga desde Venecia la letra «redonda» y la «itálica», rivales que triunfan poco a poco frente a la «gótica» del Rin.

No es necesario extenderse sobre los efectos —al menos teóricos— de este medio de divulgación: puesta a la disposición personal de un texto puro sin pasar por la inevitable glosa profesoral o canónica; posible meditación de las Escrituras con el margen de interpretaciones erróneas que produciría la ignorancia y donde, desde 1494, Brandt veía una de las locuras de su Nave de los locos; pero también muerte de la miniatura delicada, en lo sucesivo carísima por su unicidad; y textos fijados

de una vez por todas como lo fueron las costumbres de antaño, cuando se redactaron. Pero no hay que creer que estos objetivos se alcanzasen de golpe: se ha calculado que hacia 1515 debía haber en Occidente alrededor de 25 000 Biblias impresas en circulación, y de ellas un tercio en alemán, frente a una cincuentena de millones de habitantes, una Biblia por cada aldea de 2000 almas; las tiradas parece ser que oscilaban entre los 300 y los 1500 ejemplares. A pesar de todo, esto supone una difusión cien veces mayor que la de las más apreciadas novelas de antaño.



Difusión de la imprenta a finales del siglo XV

En cambio, es esencial recordar que antes de 1520 las tres cuartas partes de esta producción son obras religiosas: 60 ediciones de la Imitación de Jesucristo, 16 de la Vulgata solo en París y 22 en Alemania. Además, estas ediciones corresponden a traducciones, lo que justifica el segundo plano de la «deman-

da»: la Biblia se edita en alemán en 1466, en italiano en 1471, en holandés en 1477, en castellano en 1485 y en francés en 1487. El *illiteratus* de la Edad Media puede beber directamente en la fuente.

La leche agotada del Alma máter

En 1470 Guillermo Fichet hace instalar, no sin dificultad, una prensa en el colegio de Sorbon en París. Las viejas universidades acogían mal esta novedad que destruía la resonancia de su palabra. Por otra parte, ¿era aún posible esperar de ella un alimento suficiente? Los sarcasmos de un Villon pueden no ser más los de un estudiante rechazado, pero una vez eliminado el papel político desempeñado por los más ilustres maestros en las reuniones conciliares, la Universidad no habría podido salvar su lugar más que cambiando sus métodos y el contenido de su enseñanza. Ahora bien, en este último plano sigue siendo celosamente fiel a Ockham, e incluso a santo Tomás; los colegios, antaño simples lugares de acogida y convertidos en centros de estudio, se especializan en las ramas del saber, sin tratar de mantener lo que hoy se llamaría una «pluridisciplinariedad», muy conforme, sin embargo, a la mentalidad de la época. Cada colegio llega a ser así como el templo de la ley, y la Sorbona encarna la teología tradicional. Más arriba hemos recordado el progresivo desmedro del reclutamiento de maestros y escolares. En cuanto al método escolástico, retrocede ante el abandono del sistema antiguo de la *lectio*, la *quaestio* y la *disputatio*, muy poco adaptado a la impetuosidad de oyentes en lo sucesivo muy sagaces. De esta época procede la mala reputación que aún tiene: a fuerza de razonar para alcanzar lo justo se «raciocina»; al perseguir lo verdadero autoritariamente, se glosa con presunción; a medida que se agudiza la crítica, aumenta el carácter de sistema.

Desde Gerson o Salutati no faltaron los universitarios que denunciaron el peligro y desearon la reforma. Una reforma

más urgente aún en la medida en que el Estado, consciente de las debilidades de los maestros, entabla la lucha contra sus privilegios: en París. Carlos VII limita los privilegios fiscales de los profesores en 1437 para castigarlos por sus compromisos con los ingleses, y en 1445 los privilegios judiciales a petición de la Santa Sede a quien los maestros exasperan en el concilio de Basilea. Se intenta una reorganización: el cardenal de Estonville pensó en París, el año 1452, en un juramento de los maestros, un internado de estudiantes y una remuneración fija. El proyecto no prosperó porque el papel de las asociaciones de este tipo estaba, de hecho, anticuado. En 1533 se podrá convertir en «caballeros» a todos los profesores de universidad, pero no será más que un elemento residual de la inteligencia.

El auditorio no está constituido ya por jóvenes clérigos menesterosos y apasionados: de ahora en adelante se trata de espíritus más distinguidos, de una aristocracia de iniciados o que cree serlo. A menudo, se trata de una corte principesca en la que se presume de ser un hombre culto: consecuencia lógica, después de todo, del mecenazgo surgido a partir de 1390 o 1400. En Florencia, el austero Cosme de Medici comprendió desde 1434 que esta práctica era uno de los signos del poder y llama a Poggio o a Alberti. Lorenzo el Magnífico, que era un excelente escritor, funda una «Academia» a la manera griega, hacia 1470, donde se imparten enseñanzas de poesía, astronomía y elocuencia. Lionel d’Este en Ferrara, Federico de Montefeltro en Urbino, e incluso Francisco Sforza, el *condottiere* inculto, en Milán, se rodean de italianos, flamencos y españoles; en Roma, Bessarión, decididamente latinizado, preside la *Sapiencia* desde 1465. Para no quedarse a la zaga y a despecho de las fiestas, bailes y ágapes tradicionales, Francisco I creará su Colegio de lectores reales de Francia a donde atrae a los hombres de talento.

En estas nuevas escuelas, donde se hace alarde ante todo de valorizar al hombre, se mezclan en realidad muchas corrientes más o menos puras. Dejando aparte el interés del mecenas por todo lo que realza su honor, y por tanto su fuerza si es príncipe, se distinguen resurgencias menos confesables: en Roma, Besarión, poco antes de su muerte en 1472, deploraba las mezclas de antiguallas y recuerdos que databan de Cola di Rienzo tendentes a una especie de nacionalismo de vía estrecha; en París, y en muchas pequeñas ciudades italianas, se trata a menudo de vencer el aburrimiento, de introducir en los debates ideológicos un poco de esta cortesía marchita, de esta desvergonzada sensualidad a la que tan aficionadas son las corles; en Florencia o en Milán se habla de vuelta a la naturaleza, al campo, una loable intención tan solo desarrollada artificialmente a través de muy vanos ejercicios de poesía neolatina o, aún peor, de una huera verborrea. Es cierto que se glosa a Cicerón y a Estrabón, que se explica Tito Livio, que se enseñan las letras clásicas, que se escucha a Gemisto Pletón, refugiado en Italia desde 1439, comparar a Platón y Aristóteles, o a Filelfo increpar a los que no piensan como él pero, en definitiva, estos maestros de nuevo cuño, ¿tienen más contacto que los demás con la masa?

Los padres fundadores

El «humanismo» es una manera de ver las cosas, no una escuela de pensamiento. Al situar al *homo faber* en el centro de sus construcciones ideológicas, el siglo XIII, la Edad Media «clásica» había sido «humanística». El gran impulso del individualismo que caracteriza al siglo XIV, e incluso los cenáculos parlanchines que rodean a los príncipes cultos, corresponden al mismo deseo de valorizar la criatura ya sea a través de la expresión artística, ya sea a través de la búsqueda metafísica. Cuesta algún trabajo, pues, delimitar lo que la tradición historiográfica califica específicamente de humanismo y donde se mezclan la busca de un mundo desaparecido, el mundo antiguo, en que se estaba

convencido, sin ninguna duda, de que el hombre era todo, pero también la tradición cristiana de la obra de Dios. La incompatibilidad de estas dos nociones no se manifiesta en seguida a los pensadores y artistas: durante cien años vagaron de una a la otra en pos del hombre libre como Diógenes; unos lo acorralaron en las obras antiguas, otros intentaron captar un gesto o su mirada y unos terceros quisieron volver a imaginar un ambiente donde sería valorizado. Esta loca indagación para ir de la belleza de las cosas a la belleza de las ideas es típicamente medieval; ver en este «humanismo» un rasgo «moderno» nos parece aberrante; es el resultado natural de la conquista del hombre sobre sí mismo, precisamente en el momento en que sucumben el argumento autoritario y el magisterio eclesiástico.

Sin pretender establecer clasificaciones subjetivas, es menester poner un poco de orden en la abundancia de iniciativas en muchas de las cuales coinciden el maestro, el poeta, el artista, el filósofo y el sabio. Y si Italia aparece más a menudo que otros países es porque reúne las condiciones políticas e intelectuales más adecuadas para este despuntar: baste, por lo demás, pensar en las feroces y constantes codicias de las que fue objeto entre 1480 y 1530. De entrada, hay que iluminar las dos primeras generaciones, la de mediados del siglo XV y la que se extingue a su término.

Empecemos por Lorenzo Valla. Este romano que va de corte en corte, entre ellas la del catalano-aragonés Alfonso V, antes de volver a Roma en 1448 donde morirá nueve años más tarde, bien merece el título de «padre de los humanistas», del siglo XV se entiende. En primer lugar por su dedicación a devolverle a los textos su forma auténtica y primera, como lo hizo en 1456 con la Vulgata, llena de errores de traducción, o por descubrir supercherías tales como la famosa donación de Constantino al papa Silvestre en la que se fundaba desde hacía siete siglos las pretensiones temporales del papado. Y luego por la franqueza

de su independencia tanto respecto al estoicismo o el epicureísmo a la manera de Petrarca, posiciones cómodas y un poco vanas, como a una escolástica atascada en la interminable glosa de Ockham. Valla pide una cultura nueva como soporte de una creencia renovada: no cree posible una síntesis seria de las filosofías paganas y de la fe, pero evita romper con la Iglesia. Lo evita, es cierto, pero negar la exactitud de un texto admitido desde hace mil años como base de la creencia, y reducir a la nada la realidad de la autoridad concreta de Roma, es ir bastante lejos.

Nicolás de Cusa es alemán, sensible al misticismo del maestro Eckhart, sensible también al mensaje platónico. Es un eclesiástico, cardenal en 1499, con temple de hierro, espíritu vigoroso y una inmensa cultura: no puede pensar en socavar la Iglesia, y como legado en Alemania mostrará una férrea energía. Pero sufre por las ignorancias, la amoralidad y el formalismo de los ministros de Dios: mientras Valla busca otra cosa, él desea una reforma en el propio cuerpo eclesiástico. Es un hombre del pasado, nutrido de tomismo y buen conocedor de las iluminaciones intelectuales de san Bernardo (De la docta ignorancia, 1440), pero que cree que la ciencia y la experimentación son indispensables para el progreso de la cultura, lo que hace de él un hombre del presente. En cuanto al futuro (Cima de la contemplación, 1463), lo ve en el marco de una Iglesia judeocristiana (dedicó mucho tiempo al estudio de la Cábala judía), iluminada por la gracia hasta el misticismo, pero sólidamente fundada en la matemática, camino del infinito. Es una especie de neoplatonismo, e incluso el inicio de un cierto panteísmo. Su muerte, acaecida en 1464, detiene la evolución de un pensamiento que difícilmente le habría permitido permanecer en el seno de la Iglesia.

La siguiente generación es una heredera de la anterior, aunque más florentina que romana, y gravita en torno al Magnífi-

co: Marsilio Ficino (muerto en 1499), eminente traductor de Platón, Plotino y Porfirio y, de hecho, verdadero introductor del platonismo en la Academia laurentina, se inclina hacia una religión natural de la que sería borrado el pecado original. En cuanto al joven conde Della Mirándola, Pico, cuya reputación como poseedor de ciencia sobrehumana ha llegado hasta nosotros por haber presentado 900 propuestas sobre todos los temas imaginables, su brillante aunque breve carrera (murió a los treinta años en 1493) le condujo al extremo límite de la interpretación de las Escrituras: sin duda, tampoco él habría podido evitar la condena de la que su rechazo de la Trinidad y su visión panteísta de la Creación le hacían acreedor.

La expresión: un paso en el vacío

Tal vez sorprenda y disguste que se califique así la era de Memling o de Mantegna. Sin embargo, y respecto a un período más largo, tal es la impresión que se desprende de la segunda mitad del siglo XV cuando se piensa en la fecundidad precedente. Se tiene la sensación de un refrenamiento o de repeticiones en las obras literarias o artísticas; en el momento en que se establece la base del «humanismo» al precio de tormentos y angustia tiene lugar también una especie de espera de algo nuevo en ciernes que inmoviliza la pluma o el pincel.

Por lo demás, es la literatura la que ofrece a este respecto el más claro espectáculo de comedimiento: misterios o farsas, estancias o *canzone* francesas o italianas se estancan; se recurre a lo antiguo a través de un artificial uso de la caballería, de la *gentilezza*; a pesar de su fama, el *Orlando innamorato* de Boiardo y su continuación, el *Orlando furioso* de Ariosto, no son más que hermosas anécdotas y relatos morales. Los géneros literarios parecen como paralizados por la fragmentación del mundo letrado; en las cortes, las bagatelas; en las academias, el pensamiento serio; entre las gentes de la ciudad, el teatro. Y la Historia, la de los príncipes, ejercicio de memorialistas que defien-

den a quienes pagan o bien a sí mismos; una pléyade en torno a los duques de Borgoña, pero sobre todo Felipe de Commynes: sus memorias, escritas antes de 1498 o 1500, no son ni las de Froissart ni incluso las de Villani; este soldado, diplomático e intrigante vio con claridad y lejos: hay en sus descripciones de los mecanismos e intrigas políticos una lección que se anticipa a Maquiavelo.

Se dice fácilmente que desde las primeras incursiones francesas en Italia, los príncipes fueron deslumbrados por el «Renacimiento» en la península y quisieron imitarlo. Hay que preguntarse cómo y dónde. Al norte de los Alpes, en cambio, reina la tradición: Saint-Maclou y Bron a principios del siglo XIV no sienten su Toscana, apenas algunas loggias o columnatas en Blois o en otras partes. Más aún: el *duomo* de Milán, proseguido en 1490, tiene algo de teatral y de germánico muy ajeno al pequeño círculo florentino. No obstante, el reinado de Alberti (muerto en 1472) es el que codifica la arquitectura antigua; pero no ha llegado aún el momento. Igual decepción nos acecha una vez muertos Van Eyck (1411) o Masaccio (1428). En primer lugar, la escultura desaparece del primer plano en favor de la pintura, o más bien de la miniatura gigante aún tan cercana al «gótico»: en el norte, naturalmente, como es el caso del maguntino Memling (muerto en 1494) que pinta en Brujas escenas místicas teñidas de algunos detalles realistas a la flamenca, o de Fouquet (m. 1481), pintor habitual del rey, inclinado a la virtuosidad ingeniosa, a los medios tonos que aconseja Alberti, e incluso en Italia: Uccello (m. 1451), un alumno de Ghiberti, apasionado por la policromía, por la pululación y por los detalles ínfimos; Filippo Lippi (m. 1969), su alumno Ghirlandaio y su hijo Filippino, que gustan de la actitud dramática, del naturalismo, de la sensualidad; Mantegna (m. 1506), campeón de la perspectiva, de los volúmenes opuestos, de los claroscuros; Guido di Pietro; fray Juan de San Marcos de Florencia, el «An-

gélico» (m. 1455), pintor del medio tono y de la luz interior; y también Sandro Boticelli (m. 1510), cuya finura de pincelada, gracilidad de trazo y transparencia de sus desnudos le aseguraron, como al Angélico, un lugar de primer orden en una historia del arte en que no son más que un modesto eslabón entre los iniciadores de 1400 y los gigantes de 1500. En cambio, el carácter disperso de esta pintura italiana sorprende mucho más que en el ámbito de lo escrito: todos estos hombre trabajaron en Padua, Orvieto, Mantua, Urbino, Ferrara, Rímini, Florencia, Fiésole, Pisa, Prato, en la capilla Sixtina y en los diversos oratorios y salas que cada papa cree necesario añadir al Vaticano en la morada de su predecesor.

Aceleración, estallido

Cuando no escogían 1453 como término de la Edad Media, los manuales afirmaban: «En 1492, fecha en que Colón descubrió América y los reyes españoles destruyeron el reino de Granada, último resto de la dominación musulmana en Europa, acabaron los tiempos medievales». Los símbolos son útiles y llamativos, pero los de 1492 son aún menos válidos que los de 1453, pues Colón nunca pensó encontrar América y transcurrirá mucho tiempo antes de que el azar se convierta en necesidad; en cuanto a los musulmanes, vueltos a Ceuta y otros lugares desde el principio del siglo, se encuentran bien instalados después de 1492, si se ha de creer lo que decían de ellos los servios o los húngaros. Decididamente, hay que llegar más lejos. Sobre todo en el dominio en el que nos movemos en este momento; pues el establecimiento de estructuras verdaderamente nuevas se hace siempre esperar, tanto como se estancan el arte y las letras. ¿Por qué detenerse en el concilio de Basilea que acaba en un desastre, o en el grito de Savonarola, o en las lan-

guideces de fray Angélico? En este caso, habría sido necesario escoger entre Ockham o Wyclif; pasado 1400 el historiador es arrastrado por el ritmo cada vez más acelerado del movimiento: debe penetrar, con toda rapidez, en pleno siglo XVI.

La derrota de Roma

Cuando llega a su fin la crisis conciliar y el cisma a mediados del siglo XV, el pontífice romano puede creerse vencedor de una dura lucha contra los intelectuales que querían controlar su poder, contra las camarillas internacionales que habían manipulado a sus predecesores a merced de los intereses dinásticos u otros. Martín V o Eugenio IV se creen incluso autorizados a no tener en absoluto en cuenta compromisos adoptados en una consulta regular de los padres conciliares; blandiendo alto la supremacía pontificia frente a un Imperio hecho jirones, o a la unión de las Iglesias, ese postre seco que se pone cada siglo bajo la nariz de los fieles, se proponen hacer bogar la nave romana como en tiempos de Inocencio IV o, al menos, de Aviñón.

No ven que se hunde lentamente. En primer lugar, el comportamiento individual de los pontífices da lugar a críticas: naturalmente, no es fácil indignarnos por una «pornocracia» digna del siglo X, denunciar la venalidad, la codicia, la impiedad incluso de algunos, el constante recurso a la intriga o a la violencia de todos. A primera vista, la embriaguez del poder en una Italia asolada, o un desenfrenado apetito de lujo y de goces no son rasgos pastorales: en Roma se maquina el asesinato del duque de Milán, Galeazzo María Sforza, en 1476, o la conspiración de los Pazzi que cuesta la vida de 1478 a Julián de Medici; en Roma se urden oscuras negociaciones con los turcos a propósito de Otranto donde el sultán se atrevió a desembarcar en 1480. El cardenal Cibo, convertido en Inocencio VIII tiene hijos que colocar; el de La Rovere, convertido en Julio II. lleva casco y entra por la brecha en La Mirándola bombardeada; el

punto culminante se alcanza, como se sabe, con el clan español de los Borgia, después de 1492: Rodrigo se convierte en Alejandro VI y tiene tres amantes; César se consume por obtener con la espada o el puñal un reino italiano; y su hermana Lucrecia quedó como el símbolo de la lujuria y la malignidad. Todo esto es cierto y deplorable, pero los contemporáneos no parecen haber tenido muchos miramientos: el veneno, el adulterio o la palabra escarnecedora eran moneda corriente; la subasta de la tiara comprada por Alejandro VI es seguida poco después por la puja por la corona de Carlomagno; Francisco I se alía con los turcos y reniega de sus juramentos; Enrique VIII cambiará la religión de sus súbditos para cambiar de esposa, etc. Sería simplista ver en el despertar de 1517 una reacción contra la vida privada de los papas, e incluso contra el famoso tráfico de días de indulgencia: después de todo, en Roma reinan el arte y la filosofía, y la indulgencia no es más que una letra de cambio semejante a las que dan los bancos italianos de la época.

En realidad, el mal es otro. Procede en primer lugar de los allegados a la sede apostólica, de todos esos universitarios, humanistas y cardenales que piensan, traducen y enseñan. Incluso aquellos cuya vida está al servicio de la jerarquía establecida, para quien el orden establecido por Dios no es discutible, como es el caso de Gerson o Nicolás de Cusa, se ven inducidos, a través de un concilio o fuera de él, a interrogarse sobre la naturaleza de la autoridad pontificia. Antes incluso de 1430. Nicolás de Clamanges y Gerson consideraban que el papa indigno debía ser destituido por el cuerpo eclesiástico y sus mandatarios. La obra crítica de filólogos o exégetas como Valla o Pico desvaloriza la Escritura, denuncia los abusos de interpretación y sitúa a la Cábala o a Platón al mismo nivel que los evangelistas. Por otra parte, estos «humanistas» no son atormentados por la desesperación o el misticismo: razonan e interiorizan la fe, razón por la que desprecian los intermediarios, consideran la je-

rarquía superflua y las ceremonias rituales una forma vacía. Los exiliados griegos desempeñaron, por lo demás, un activo papel en esta desacralización de la Iglesia terrenal: Gemisto Pletón, ese intransigente espartano, esboza hacia 1440 en sus Leyes una especie de república cristiana, o más bien deísta, en la que costaría trabajo encontrar el lugar de un papa. Y Erasmo y Maquiavelo, ¿no asestaron también golpes mortales a la Biblia?

El ataque procede también de los príncipes; su hostilidad responde a la contienda política, a la susceptibilidad de un poder que no encuentra motivo alguno para mirar por Roma en plenas «guerras de Italia»; cuando hacia 1478 Luis XI prohíbe a la Inquisición operar en el Delfinado, no es para proteger a los valdenses acorralados allí, ni para protestar contra los sangrientos abusos del Santo Oficio; se burla de unos y otros, pero el Delfinado es suyo; cuando en 1516 Francisco I firma un concordato con él papa León X que le concede el control de los bienes de la Iglesia en el reino, como pronto lo harían los príncipes «reformados» de Alemania, no es para evitar los excesos de la fiscalidad romana y salvar a los «galicanos», sino para llenar sus arcas y dominar a sus obispos.

Al doblegamiento de la dignidad pero también de la fuerza romana no sucederá, pues, un restablecimiento de la situación por obra de un príncipe como en el siglo X o incluso el XI; el emperador Maximiliano, *Max ohne Geld,* siempre apurado de dinero, es, como se decía ya en su época, «un cascabel en una ballena vacía» y los reyes tienen mucho que hacer. La Iglesia habrá de sacar su nueva fuerza de sí misma. Pero ¿podrá hacerlo sin el esfuerzo de los fieles? El clero no presenta, sin duda, tantos vicios e ignorancia como se tenía la costumbre de decir después de la Reforma; pero es débil, poco ordenado, falto de lo necesario. Son numerosos los pontífices que tuvieron una clara conciencia del inminente desastre. A este respecto, la elección

en 1458 de Enea Silvio Piccolomini para el trono de san Pedro, en el que tomó el nomine de Pío II en recuerdo de uno de los primeros papas ilustrados en el siglo II. suscitó una gran esperanza, pues este sabio, historiador y humanista, aunque era hostil a la idea conciliar, podía agrupar a gentes de buena voluntad: fue un total fracaso, pues Pío II se comprometió en el callejón sin salida de una anticuada cruzada; murió, desesperando de la Iglesia, en 1464. Por lo menos, activos legados intentaban reanimar aquí y allí a los clérigos indolentes como Nicolás de Cusa en Alemania y Jiménez de Cisneros en España (antes de 1517). Por otra parte, la vitalidad reformadora no se puede negar: afecta a antiguas órdenes monásticas como Cluny, suscita creaciones como los hermanos Mínimos de Francisco de Paula en el sur de Italia, y mantiene las prédicas y los ejemplos de piedad; entre 1400 y 1520 Roma canonizó a 90 personajes, intelectuales y clérigos por lo general. Progresa la idea de un gran concilio reformador; incluso Julio II se muestra partidario de él. En 1512 convoca un sínodo ecuménico preparatorio, pero le inquietan otros deseos: hacer pintar la capilla Sixtina, contener a los franceses, velar por Venecia. La asamblea se prolonga cinco años sin decidir nada, elaborando una lista de cuestiones dignas de interés. Se prepara en marzo de 1517. ¡Demasiado tarde!; seis meses después Lutero mostrará sus 95 propuestas en la puerta de la Schlosskirche de Wittenberg.

La época de los gigantes italianos

Ahora el árbol da sus frutos; el largo camino medieval llega a su término: se cierra con la extraordinaria generación que vivió y trabajó durante las dos primeras décadas del siglo XVI, portugueses y españoles en los mares, italianos, franceses, holandeses, alemanes e ingleses en el firmamento del pensamiento, del arte y de las ciencias.

Pocos espíritus han marcado tanto, no ya su época, sino todos los siguientes siglos como Leonardo da Vinci (1452-1519);

con un entusiasmo a veces exagerado, se le ha atribuido hasta nuestros días una verdadera presciencia del maquinismo y de las técnicas realizadas en el siglo XIX, y, de hecho, se pone de manifiesto en sus innumerables manuscritos experimentales, que concibió tanto el gato hidráulico como el carro de combate, el avión y el submarino, imaginó los tiros rasantes de artillería y el sistema de defensa que ilustró Vauban, concibió la idea de las eras geológicas, explicó el papel de las capas freáticas, presintió la gravitación y la propagación de las ondas y practicó la disección. Lector y traductor de Euclides, de Vitrubio, de Plinio, de Ptolomeo y de Celso pero también de sabios árabes, acumuló, como Pico della Mirándola con quien se encontró, un conocimiento científico aparentemente sin igual de su época; la práctica de la inducción experimental, raíz del razonamiento en las ciencias, le debe sus primeros pasos reales, así como la mecánica y la matemática, «paradigmas absolutos del saber». Lo que Bacon o Alejandro de Hales habían vislumbrado en el siglo XIII. él lo aplicó. Razón por la que el pensador prevalece finalmente en él sobre el artista: es su atracción hacia la dinámica y los problemas del equilibrio, su búsqueda de juegos de fuerzas, musculares, arquitectónicos y cromáticos, lo que le inclinó hacia la arquitectura y las artes plásticas. Pero toda esta parte de su obra, no obstante la más conocida, lleva una muy profunda marca de empirismo: sus cuerpos humanos denotan una perfecta observación anatómica, sus vegetales una indudable competencia botánica, sus paisajes una aguda preocupación geográfica: para lograr la impresión óptica más exacta, Leonardo usó el procedimiento del *sfumato,* envolviendo en una nube vaporosa, por lo general degradada hoy día, un gran número de obras. El espíritu matemático que dominaba su inteligencia le arrastró a las composiciones geométricas, a menudo de tipo piramidal, y muchas han planteado a los especialistas en psicopatología arduos problemas de interpretación. Leonardo difícil-

mente habría podido asentarse en medio de la efervescencia de acuciantes inspiraciones: primero trabajó como pintor en Florencia, luego, a los treinta años, en 1483, llegó a Milán donde entró al servicio de Ludovico el Moro; volvió a Toscana y de nuevo a Milán: después viajó a Roma antes de ser acogido en Amboise el año 1515 por Francisco I que supo retenerlo hasta su muerte. De la Virgen de las Rocas (1481) a la Cena (1497) y más tarde a la Sagrada Familia (1503) y al retrato de Mona Lisa o la Gioconda (1507). Vinci no cesó de perseguir, como con una doble mirada, a la vez lo visible y el símbolo que revelaba lo invisible o el cosmos, y así surgen esos fondos azulados que recuerdan el papel del agua en el universo, la vaporosa aureola que rodea los retratos, sobre todo femeninos. Leonardo se consideraba un «hombre universal» y la variedad de sus talentos podía justificar esta vanidad; pero, como suele suceder en estos casos, sus compatriotas no le comprendieron bien. Tuvo que soportar decepciones y críticas, y padeció mucho la dureza de los juicios emitidos sobre él por Miguel Ángel.

Michelangelo Buonarroti (1475-1564) era veinte años más joven que Leonardo; sin embargo, este toscano está en definitiva más cerca que Leonardo del mensaje neoplatónico revelado a mediados del siglo XV en Florencia: para él, la salvación del alma está en el centro de la actividad del artista; las teorías matemáticas del saber y las reglas geométricas de Vinci le parecen una ofensa a la Idea: es menester, por el contrario, arrancar a la materia bruta las formas que permitirán visualizarla; por eso la escultura prevalece en él sobre la pintura, ya que permite reflejar mejor, a través del poder de los movimientos forzados, a través del exceso de los sentimientos expresados, esa lucha titánica, «prometeica», de la humanidad tratando de volver a Dios, a la fuerza, a la esencia. A partir de entonces, la arquitectura solo es la envoltura, indiferente a la geometría, en que se podrá inscribir este proyecto. Más aún que Leonardo, Miguel Ángel,

en el curso de una vida muy larga y atormentada que acabó con diez años de retiro piadoso, no cesó de cambiar de maestros y de proyectos que su carácter irascible dejaba a menudo insatisfechos o inacabados. Trabajó sucesivamente en Roma, Florencia, Venecia, Bolonia, de nuevo en Florencia, y en Roma. Desde su Pietà de 1498, expresó ese gusto por el sufrimiento y la suntuosidad que alcanzará su cima en el célebre Moisés destinado a la tumba de Julio II (1514); sus pinturas de la Capilla Sixtina (500 m^2 de bóveda y paredes) le exigirán cuatro años de un trabajo prodigioso (1508-1512) en que abundan las referencias a la Antigüedad; no pudo decidirse a acabar la iglesia de san Pedro, bastante mediocremente iniciada a partir de 1506 por Bramante. Este temperamento melancólico, este artista «dantesco» que desfoga en sus angustiosas poesías su hastío del mundo, fue en definitiva un sorprendente eslabón entre el atormentado siglo XIV y el barroco siglo XVII.

A pesar de los indiscutibles méritos que tuvieron, Rafael y Maquiavelo no pueden ser colocados a su mismo nivel. Raffaello Sanzio (1483-1520) aprovechó el éxito, que se prolongó hasta el siglo XIX. del «academicismo», que concede un lugar privilegiado a la simetría, al matiz de los colores, a la anécdota; naturalmente, la originalidad del pintor es muy amplia, pero su preocupación por el equilibrio «clásico», su dominio de la luz y el favor oficial del que gozó por parte de los pontífices romanos durante quince años le valieron una mayor consideración que cualquier otro artista de la época: se le encargó la decoración de los aposentos pontificios, obra en la que trabajó desde 1509 hasta su muerte. Nicolás Maquiavelo (1469-1527) comparte con Dante el dudoso privilegio de haber unido su nombre a una actividad espiritual que sus obras desmienten; su vida de diplomático florentino que acabó en el exilio apenas tiene interés; pero su obra esencial. El Príncipe, redactada en 1513, es uno de los más notables tratados de politología de todos los

tiempos. Sin duda, la obra lleva la marca de las circunstancias: la destrucción del poder de los clérigos y la apelación a una especie de superhombre virtuoso remite a la preReforma y a César Borgia; pero la descripción del Estado ideal es el modelo del despotismo ilustrado. Maquiavelo detesta el Imperio, aboga por una sociedad irreligiosa en la que el Evangelio no ablande ya a los hombres y cree en la virtud de unos cuantos, a quienes tal vez les baste con aparentarla. A propósito de él se ha hablado de cinismo; pero la palabra debe ser tomada en el sentido que le daban los antiguos: el gobierno de los prudentes, de los realistas, de los que poseen la *virtus*, es decir, la fuerza del espíritu.

El contagio

Aunque Leonardo da Vinci murió en Clos-Lucé y Pico della Mirándola visitó París en 1485, la mayoría de los italianos permanecieron en su país: por lo demás, solo tenían ocasión de ver acudir a sus ciudades lanceros y aficionados a las riquezas o al arte. De tal modo que, pasados los Alpes, la fisionomía del mundo del espíritu cambia. Es a Italia a donde irán todos aquellos cuyos nombres citaremos a continuación. Pero no son simples imitadores, sino como discípulos preocupados por probar su propia ciencia antes de emprender el vuelo. De manera que el pensamiento de muchos de ellos sobrepasó pronto su propio país de origen y, una vez abandonada la península, surge un universalismo de humanistas sin cuya aprehensión tal vez no se comprenderían muchos de los progresos de la Reforma cristiana.

Erasmo de Rotterdam (1469-1536) ha quedado como el símbolo del humanismo: un afable sabio, circunspecto y letrado, maestro elocuente, estilista de talento que sabía griego y hebreo. Este hombre modesto, ordenado sacerdote en 1493, fue todo esto, lo que le protegió bastante suavemente de las incertidumbres de un duro mundo; como un Petrarca del siglo XIV,

fue de corte en corte, protegido por reyes y príncipes, enseñó en Londres, París y Basilea y visitó Italia y el Imperio. Pero lo más sorprendente de este personaje, tratado por todos con indulgencia, es la extraordinaria resonancia que tuvieron en él mensajes procedentes de todos los horizontes espirituales, lo que explica que estudiara y comprendiera el misticismo de Ruysbroeck, la exigencia textual de Valla y el neoplatonismo de Nicolás de Cusa; estuvo de acuerdo con Lutero, admiró a Maquiavelo y trató mucho a Budé. De esta síntesis salieron esas especies de fríos breviarios que son las Anotaciones sobre el Nuevo Testamento (1505) y el Ensayo sobre el libre albedrío (1511). Erasmo evitó salir del regazo de la Iglesia, incluso una vez que Julio II le liberó de sus votos; pero apenas creyó en la gracia divina, consideró los sacramentos meros símbolos y abogó por una creencia medida por el rasero de la razón. Un admirable, aunque imposible equilibrio.

Sus amigos ingleses no tuvieron suerte: John Colet (m. 1519) de quien fue discípulo en Londres y Tomás Moro (m. 1535) que le dedicó en 1516 su Utopía se enfrentaron al ockhamismo o a la razón de Estado, lo que condujo al primero a la miseria y al segundo al patíbulo. En Francia es sorprendente el desfase respecto a Italia o Erasmo: es probable que el peso de la Universidad ahogara durante más tiempo que en otros lugares la aparición de un pensamiento nuevo. Por lo que la Francia de Carlos VIII y de Luis XII es sobre todo la patria de la filosofía y de la historia: Guillermo Fichet (m. 1486) y, más tarde, Guillermo Budé (m. 1540) dedicaron su celo a la primera; y se tiene la sensación de una gran influencia italiana u holandesa; en cuanto a la segunda, sin olvidar a Commynes, ya citado, el nombre de Roberto Gauguin (muerto en 1501), jurista canónico así como historiador, es más un recopilador que un pensador. De manera que habrá que esperar mucho tiempo hasta que surga un «padre fundador» del humanismo francés: Jacques Lefévre

d'Étaples (muerto en 1536), editor de Ariosto pero tentado por el neoplatonismo de Ficino, a quien conoció en Italia, es uno de los primeros franceses que se separó de la escolástica; pero sus ensayos son todavía muy tímidos: sus comentarios sobre los Evangelios y su traducción de la Biblia no dejan vislumbrar una ruptura con la ortodoxia; hasta que en 1519, siendo vicario del obispo de Meaux, abrió un «círculo» de reflexión sobre la reforma de la Iglesia.

Alemania sigue en silencio. Entre sus comerciantes que hacen números, sus guerreros que se enrolan, su emperador arruinado y sus príncipes que coleccionan indulgencias, Nicolás de Cusa, dolorido, no halla más que campesinos agobiados por la miseria y malos sacerdotes; en Italia se considera el Imperio como una tierra de bárbaros. No obstante, el alma alemana trata de expresarse y, durante esta generación pionera, Alberto Durero (1471-1528) le prestó su buril. Lo esencial de esta célebre obra se sitúa entre 1495 y 1519: anteriormente Durero, grabador de madera en Nuremberg, y luego en Alsacia, estuvo durante mucho tiempo en Italia estudiando el estilo de Mantegna y en los Países Bajos el de Van Eyck y Memling; después realizó sus primeros grabados en cobre, primeramente muy «góticos» y después más preocupados por el naturalismo y la perspectiva. Durero se apoyaba en un profundo sentimiento religioso que lo inclinó más tarde hacia una gran comprensión respecto a la Reforma. Tal vez sus contemporáneos se sintieron más seducidos por la claridad de sus paisajes y la originalidad de sus gradaciones de luz: desde el punto de vista de una búsqueda de la espiritualidad renovada, su Apocalipsis de 1498 y su San Jerónimo traducen la creciente angustia de los cristianos. Y es precisamente a la explosión de esa angustia a la que nos vamos a referir ahora.

La explosión final

Los crímenes que cubren el inundo volvieron a abrir las llagas de Cristo; desde que, hacia 1420 o 1430 se reanudó la guerra o la peste, ningún alma entró en el paraíso; no es el cisma el que excita la inquietud de los fieles, ni tal vez tampoco la indignidad de los pontífices o la insuficiencia de los sacerdotes, es el miedo a los turcos, un castigo bien merecido que envía Dios; es el miedo a morir en pecado. El viejo consuelo de los tiempos antiguos que hacía creer al pobre que su hambre y sus penas le valdrían el ser salvado no se acepta ya en un mundo en que la enormidad de los riesgos alcanza a todas las clases sociales, y por vías diversas; por el contrario, es en la Europa más retrasada, la más afectada también por los desastres, por el hambre de dinero o el hambre a secas, donde el miedo es mayor. La angustia brota a través de los cantos (el Dies irae es de esta época), a través del arte, en el Apocalipsis de Durero o la sangrienta Crucifixión de Grünewald; ningún artista expresó mejor esta locura, este horror, este temor que Jerónimo Bosco (muerto en 1516): su Juicio final mezcla los fantasmas prehistóricos, los mitos paganos y la brujería en un alucinante bullicio de monstruos, de formas híbridas, de escenas delirantes, mitad macabras, mitad eróticas y de seres torturados, gesticulantes, baldados, siniestra caricatura de todas las angustias.

¿Qué se puede esperar de los humanistas cargados de ciencia y urbanidad que disertan en torno al Magnífico o meditan en su gabinete? El consuelo solo podrá llegar de la ayuda mutua, de la unión de los más amenazados; y es bien cierto que en este aspecto existe una dimensión proletaria en el espíritu de la Reforma. O bien cada cual deberá llevar en sí mismo el hierro: justificar su fe a través de las obras y, para hacerlo mejor, ceñirse a las Escrituras de las que, precisamente, los sabios ofrecen una versión más pura y los impresores ejemplares traducidos; en tal caso, ¿no está la muchedumbre de fieles habilitada para ejercer por sí misma y sin intermediarios su propio sacerdocio?

Hay allí, se dirá, razonamientos de clérigos o de sabios. Pero ¿por qué no habría de comprender el pueblo angustiado a través de los signos multiplicados que le era menester orientar su propio destino?

Algunos devotos exaltados le invitaron a hacerlo: en 1481 y 1491 unos iluminados irrumpen en Notre-Dame de París, rompen los cálices y pisotean las especies sacramentales; en 1499 en Toulouse y en 1510 en Berry, milicias laicas quieren castigar a sacerdotes indignos y abuchean a los obispos. En Florencia surge un cabecilla tras la muerte de Lorenzo: Jerónimo Savonarola, elocuente dominico, que proclama allí en 1494 a Cristo Rey; durante tres años la dictadura de la virtud aterroriza la ciudad sin socorrer la miseria; al menos, la visión apocalíptica del fraile que predijo la caída del Anticristo Borgia y el fin de la Iglesia seduce a las muchedumbres y a numerosos letrados hasta que, excomulgado, atacado y abandonado, Savonarola acaba quemado en Florencia en mayo de 1498. Lutero tiene a la sazón quince años.

Alemania encuentra en Durero un medio para expresarse. Es muy poco. Los males de los que sufre la cristiandad adquieren allí el carácter de dureza y simplicidad que siempre caracterizó la espiritualidad germánica; falta incluso el recurso del humanismo y se siente más que en otros lugares el alejamiento de una Iglesia que, al romper con la vieja escolástica, ha perdido de vista la experiencia religiosa, la aspiración de fe de la que precisamente los Países Bajos y Renania son intensos locos. Además, los abusos de las costumbres de la época cristalizan un descontento más profundo: incluso un príncipe de loable mérito como el elector de Sajonia. Federico, conserva 17 143 reliquias gracias a las cuales tiene asegurado un gran número de años de indulgencia. La gente de la ciudad que habla y los campesinos que guardan silencio están cansados de asedios, de alertas y de epidemias. Hay que ser osado.

Martín Lutero creció en un medio social modesto; acceder a un convento de hermanos agustinos en 1505 fue para él una promoción; pero un viaje de negocios a Roma en 1511 hace vacilar su severa moralidad, su horror de la sensualidad. Se sume en las Epístolas de san Pablo, en la Biblia. Una fogosidad brutal y una naturaleza instintiva y ardiente le convencen de que la salvación se justifica por la fe, de que lodos los fieles pueden ejercer el sacerdocio, de que los materiales de la jerarquía son una obra demoníaca. Lutero, espíritu turbulento y obstinado, pasa por alto los consejos de prudencia; el fracaso del sínodo de 1517 le decide: presenta en octubre de este año en Wittenberg 95 tesis que traducen con brutalidad la lenta sedimentación acumulada desde hacía cien años en Italia y otros lugares. El cardenal Cajetan rechaza estas peticiones, a pesar de todo muy familiares para un humanista como él, pero evidentemente reservadas a una minoría selecta. Lutero persiste. Es citado a comparecer en Roma en agosto de 1518, parece posible un arreglo. Pero Lutero se mantiene firme. En junio de 1519, Carlos de España acaba de ser elegido emperador del Sacro Imperio en deshonrosas condiciones para toda la cristiandad; fray Martín se decide: ese mismo mes rompe definitivamente con Roma, niega todo poder temporal al papa y pide un concilio general y la sublevación de los cristianos.

Esta vez llegamos a un viraje decisivo; ya no se trata de apartar a un Savonarola o un Hus: en menos de seis o siete años Europa entera explota y arrastra con ella la sombra de la Edad Media.

CONCLUSIÓN GENERAL

Han transcurrido mucho más de mil años desde que atravesamos en el umbral de nuestro primer volumen las puertas de la Edad Media. En realidad, en medio de las brumas en que se hundía la Antigüedad, no las vimos muy bien. ¿Nos fijaremos mejor en el momento de abandonar «el mundo que hemos perdido»? ¿Cuándo salimos de la «Edad Media»? «Cuestión ociosa», «falso problema», he aquí la respuesta fácil y despreciativa de quien no ha sabido resolver esta dificultad, o cualquier otra. Sin embargo, ninguna pregunta sobre el devenir de los hombre es inútil, sobre todo cuando se trata de ese nivel esencial que es el principio de la conquista del mundo por Europa.

Acabar con la Edad Media

En primer lugar, no existe una ruptura clara. Como recordamos no hace mucho, ¿quién podría ver de un primer vistazo la diferencia entre el obrero parisiense que vive en tiempos de Luis XI y su nieto bajo el reinado de Francisco I, o entre la Pragmática Sanción y el concordato de 1516, entre Uccello y Leonardo, el condestable de Saint-Pol y el de Borbón, los negocios de Jacques Coeur y los de Jacobo Függer? Se trata, todo lo más, de una cuestión de volumen. Peor aún: mucho más adelante, por ejemplo cuando nadie sostendría la idea de una Edad Media persistente, digamos hacia 1580 o 1600, ¿no se ven a plena luz estrechamente mezclados elementos estructurales o dinámicas que la pereza historiográfica no dejaría de calificar como «renacentistas»?: un racionalismo sistemático, un individualismo exacerbado, un apasionado culto de la interioridad; pero junto a todas esas secuelas «góticas» y prácticas sociales formales, existe un culto al rey, un misticismo que desdeña lo nuevo. Y cuántos problemas de rostros dobles: la tendencia «democrática» de la convocatoria popular y el nacimiento de una idea nacional, ¿son frutos medievales o modernos?, sin ha-

blar de la sempiterna «irresistible ascensión de la burguesía», verdadera escala de Jacob, de la que probablemente Hamurabi vio subir los primeros peldaños hace ya bastantes milenios.

«Situémonos en la perspectiva de la larga duración», como se dice hoy día en lugar de decir «retrocedamos». La «Europa de las catedrales», cuyas debilidades y sombras son conocidas, comenzó a transformarse en la segunda mitad del siglo XIII. lo que motivó la cesura cronológica de nuestro tríptico; «en los buenos tiempos de monseñor san Luis» se perciben los primeros signos de una conmoción del orden señorial aquí, de un nivel técnico allí, de una relativa sobrecarga demográfica en otros lugares, o de una confusión de los espíritus, de una escisión social entre los que dominan, de una pauperización de los más humildes y, como más arriba se Ira tratado de explicar, de las primicias de una «crisis del feudalismo». Si el período de 1230-1260 corresponde al apogeo del mundo medieval, convendría, en buena lógica, detenerse ahí. Es una solución; como la de parar la historia romana ante el cadáver de Marco Aurelio; el resto no puede ser más que «declive», «otoño», «baja… alguna cosa». Pero al igual que la «Antigüedad tardía» supo hacer nuevo lo viejo, asimismo el siglo XIV es «medieval»; se ha hablado de su brillantez intelectual, riqueza afectiva, poderosa esperanza, y también, a pesar de la otra cara de la moneda, la peste o la guerra, de sus logros y novedades. Radical en sus actitudes, en sus soluciones, e incluso revolucionario en muchas ocasiones, el «gran siglo» de Michelet quiso simplificar, unificar, contrastar; más que resolver, planteó los problemas; avanzó hacia el individualismo y la crítica; rechazó e incluso destruyó los límites de las costumbres; estableció la pluralidad de las verdades en espera de la de los mundos, y reaccionó frente al argumento de autoridad. Pero, llegado a su término, hacia 1410 o 1420, no había arreglado nada. Ahora bien, el período que sigue más que actuar sueña, más que inventar se informa: el siglo

XV no puede en absoluto contener un corte que nos satisfaga; todos los datos que podrían servirnos de prueba lo sobrepasan; ni Hus, ni Gutenberg, ni Colón pueden hacer que nos detengamos, son eslabones, en el mejor de los casos. Es menester barrer estas falsas apariencias y penetrar atrevidamente en el siglo XVI, pues aquí la liberación de nuevas energía es una realidad: durante dos o tres décadas por lo menos. Podríamos referirnos, por tanto a: 1519, fecha del desembarco de Cortés, la partida de Magallanes, la elección de Carlos V y la rebelión de Lutero; y a 1525, fecha del camino a Eldorado, el bloqueo de Albuquerque en el mar Rojo, el saco de Roma y la gran guerra de los campesinos, por no citar mas que algunos «hechos»; pero unos pertenecen a la Edad Media, otros son «modernos». Ahí está el fallo.

Naturalmente, lo que viene a continuación salta literalmente a la vista: América es hija de la Edad Media, pero madre de la modernidad; su nombre significará pronto poder y riqueza, pues sostendrá a Europa entregándose a ella. El Islam, perdido en los esplendores de Golconda, se adormece lentamente antes de convertirse a su vez en una presa: aún se producen algunos sobresaltos a lo largo del Danubio pero ¿se creyó realmente, se cree hoy día en todo caso, que Solimán pudo amenazar el destino de una Europa que había alcanzado la madurez? Bloqueado en Europa, rechazado en el Mediterráneo, rodeado en Asia y contrarrestado en África, el Islam estará, y durante mucho tiempo, a la defensiva. África, apenas penetrada, es puesta en venta y entregada cabeza por cabeza. Asia podrá hacer un papel mejor a pesar de los portugueses, los jesuitas y sobre todo los rusos que pasan a partir de ahora el Ural en cada temporada de caza persiguiendo la marta cibelina o el oso en una Siberia inviolada. En efecto, China parece capaz también de experimentar una expansión a la europea, pero todos sus intentos se malogran o al menos no son explotados; sigue siendo un mundo aparte, un

mundo «no desenclavado», como diría Fierre Chaunu en su peculiar lenguaje. En estas circunstancias, pasado 1520, el mundo tendrá en lo sucesivo un centro, uno solo, que parece estar en condiciones de absorber la «riqueza de las naciones»: Europa necesitó cuatro siglos para alcanzar este nivel; y se mantuvo en él otros cuatro siglos.

Acabar con los «órdenes»

Un peligro acecha al historiador en busca de «períodos»: el peso de las palabras, a la vez el que tienen hoy día y el que se les da al referirlas a los tiempos pasados. En efecto, para qué negar a los «tiempos modernos» el naciente capitalismo bajo el pretexto de que los mecanismos económicos de este modo de producción se disciernen desde el siglo XIII entre los comerciantes italianos, en tanto que existe la preocupación de definir en el capitalismo mucho más las relaciones de dominación que las estructuras económicas. Del mismo modo, nos hemos esforzado por expresar nuestras reservas —y esto es decir poco— en contra de la palabra «feudalismo» para caracterizar la Edad Media.

La misma observación se puede hacer respecto a la expresión «sociedad de órdenes». Desde los siglos X y XI, en que se formuló su «doctrina», hasta el XV, en que el deterioro de la estructura salta a la vista, la Edad Media, sus clérigos seguramente, sus dominantes sin duda, y los demás tal vez (a fuerza de oírselo repetir en el púlpito), borraron voluntariamente la noción de «clases» en favor de la de «órdenes» querida por Dios; una «quimera» de la sociedad sin duda, que no podía impedir los choques, las rivalidades o las luchas, pero que asignaba a cada cual su papel en una armonía presuntamente consentida. ¿Se puede afirmar seriamente que esta es todavía la distribución de los hombres en tiempos de la Contrarreforma, de la monarquía absoluta o de las Luces?

Que el puñado de escritores y eclesiásticos que domina a los demás continuará clamándolo bien alto, e incluso creyéndolo (cosa que dudamos), no tiene nada de extraño: cada uno se defiende como puede. Pero no ver en los sobresaltos campesinos, los estallidos religiosos, las reivindicaciones parlamentarias y las explotaciones del «pacto colonial» signos de luchas de clases o la propia negación de la idea de órdenes, es huir ante las palabras, como hace un momento, aunque se sienta personalmente cierta aversión por las palabras «rojas».

Volvamos al momento en que se aleja nuestra Edad Media de los órdenes. De la hermosa construcción en que cada cual había de encontrar su lugar apenas quedan más que ruinas: en la ciudad, el desarrollo del salariado, el hermetismo de los gremios, los riesgos de malventa y la reanudación del alza de los precios desplazaron las relaciones maestros-oficiales del desequilibrio al motín; una «cuestión obrera» flanqueada de marginados dispuestos a la «conmoción» preocupa a un empresariado cuya sistemática búsqueda del beneficio, antaño reservado a un puñado de comerciantes, se convierte en regla de oro. La desaparición de la «buena mercancía» equivale a la del «común beneficio». En el campo, la crisis que sacudió el mundo señorial solo fue superada, aunque no en todas partes, al precio de un abandono de las relaciones sinalagmáticas del tiempo pasado: las garantías aportadas antaño por el amo se vinieron abajo con su papel militar o judicial. El brutal apremio aparece claramente. Se puede, si se quiere, no calificar más que de «furores» las explosiones que tras la llamarada de 1525 sacudieron los «estratos» campesinos. Pero esto no es más que la negación del orden de los *laboratores*.

En cuanto al orden de los guerreros, desprovisto de su función de defensor del pueblo cristiano y de depositario de la fuerza y de la justicia, ¿dónde está? En un extremo de la cadena se sitúan algunos príncipes que solo son monarcas de poca

monta, «electores del Imperio», duques de Milán o de Anjou, condes de marcas inglesas, «grandes» de Castilla o Aragón; en el otro, hidalgüelos famélicos, gentes a quienes algunos signos externos de prestigio les sirven aún para que se les hable con el sombrero en la mano, pero sobre todo muy preocupados por entrojar algo con que pasar el invierno. Entre ambos extremos se encuentra la «nobleza doméstica» que los reyes cargan de hombres nuevos que aprecian la pluma de ganso o la lana de carnero, sin otros contactos con los que fueron «sus hombres» que el informe de un intendente, las cuentas de un arrendatario o la breve visita entre dos sesiones de tribunal o dos viajes reales que se siguen de oficio o por intrigas, en busca de una pensión. Sobre esta clientela a la antigua —¡y por una vez es conveniente la palabra «Renacimiento»!— flotan aún algunos oropeles «góticos»: las órdenes de caballería, tardía vicisitud del *miles christi*, la *gentilezza*, hija bastarda de la cortesía y de las costumbres de los habitantes de la ciudad; y el rechazo del trabajo, innoble degradación; ya que pretender beber su vino, ir a caballo, llevar un traje con ornamentos y despreciar a los paletos, hace mucho tiempo que dejaron de ser signo de nobleza.

Por lo demás, y para echar tierra, sin discusión, sobre la sociedad de los órdenes antes de 1500, nace un monstruo que substituye al esquema divino y que maneja las clases a su gusto: el Estado, el de los reyes, los príncipes, las ciudades libres alemanas o italianas, y de la propia Santa Sede. Oímos exclamar a los nostálgicos de lo antiguo —no sin razón, ya que existe un claro reflejo romano en el rostro de este hijo del medioevo—, o indignarse a los turiferarios de Carlomagno, siempre recluidos en el centro de la docena de clérigos que piensan entre ellos, o discutir a los glosadores de Juan de Salisbury, de Pierre Dubois, de Felipe de Mézières o de Marsilio de Padua, pero ¿no consideran a estos pioneros como sus émulos del siglo XVI? En realidad, la idea de Estado es de todos los tiempos, lo que importa

es verla apoderarse de las fuerzas armadas, de la fiscalidad, de la justicia, intervenir en los gremios, controlar las finanzas y los reglamentos de los grupos donde los hombres se creían a salvo, municipios, gremios y cofradías. Ahora bien, ¿no es la emergencia de este cuerpo superior único lo que anula todas las funciones específicamente atribuidas en la sociedad a uno u otro orden? Naturalmente, no importa qué politólogo se apresurará a mostrar que no hay un Estado-tipo y que entre el imperio teocrático y la república parlamentaria son posibles todos los estadios. Es evidente, y el siglo XV dudó, aquí como en todos los ámbitos, entre vías diferentes; el principio conciliar en Constanza o en Basilea, los consejos provinciales de los estados borgoñones, las Cortes de España o el Parlamento de Inglaterra, así como los *Stande* alemanes autónomos, disputan el poder a los reyes, las ciudades, el emperador y el papa. Pero después de 1460 o 1470 hay un retroceso: los cuerpos privilegiados no son ya más que cuerpos privilegiados, la jerarquía se endurece, el poder absoluto «a la romana» prevalece poco a poco sobre el poder «gótico» de los intermediarios. Decididamente la vía escogida es la monarquía absoluta: Carlos V. Enrique VIII y Francisco I dan el mismo paso y casi el mismo año.

El tiempo del despotismo y de las naciones ha llegado

La Europa del papa-emperador no se había mostrado nunca capaz de controlar el dinero y las fuerzas armadas, cuanto más la economía; no había hallado remedio más que en una religión del príncipe que prolongaba el magisterio de la Iglesia, o en una visión universal cristiana; el resto podía venir por añadidura. El pueblo conservará durante mucho tiempo esta visión religiosa, mucho más allá del momento en que los reyes la cambiaron por una visión política. Esta discordancia fundamental es uno de los principales resortes de la historia social «moderna»; falta completamente en los tiempos medievales, en que el príncipe absorbe y representa a sus súbditos. Muchos humanistas inten-

taron acercar los dos polos: Erasmo aconseja a Carlos V, Moro a Enrique VIII y Budé a Francisco I. Desean ilustrar a estos príncipes como los filósofos del siglo XVIII lo harán con los déspotas de entonces. ¡Demasiado tarde! La artillería reemplaza en lo sucesivo al latín.

En efecto, se trata de potentados: concentran en sus manos los caminos, el dinero, el ejército, el correo y pronto la flota; solo de ellos dependen las expediciones coloniales, las dignidades, los castigos; su efigie invadió las monedas o los monumentos y quedó inscrita en los corazones; están vinculados con los hombres de negocios, los banqueros y los negreros; son a la vez rehenes y comanditarios. Pues si el Estado es el rey, el rey es la ley, y la ley es el beneficio. La guerra no es ya un asunto de honor —incluso se verá a un rey de Francia traicionar su palabra bajo las aclamaciones de su pueblo—, sino monetario, comercial, un insidioso instrumento de ruina para el vecino, guerra de tarifas, guerra de influencia. La economía ya no es la base de la supervivencia, sino de la potencia: especulación en torno a la morera, cercados de Inglaterra, Mesta ibérica, monopolios de la sal. ¿Son los reyes los perceptores o los pueblos?

Uno de los tradicionales cumplidos de la historiografía del siglo XIX, si no de la nuestra, consiste en alabar el «puño de hierro» de estos reyes. Imbuidos de jacobinismo o nostálgicos de un poder centralizador del que carecen, historiadores de Francia, de Alemania, de Austria, de Italia y de España admiraron durante mucho tiempo a estos hombres en torno a los cuales cámaras ardientes y banquillos llevaban a cabo lo que osaban pensar, en tanto que el fisco llenaba de nuevo las cajas mitad con plata, mitad con sudor. Aparecen así reyes dignos de este nombre, «restauradores de finanzas» (¿a qué precio?), «unificadores de regiones» (al servicio de una cultura única), «fundadores de imperios» (peor para los Negros o los Rojos) y, por último, «obreros de la nación». He aquí la gran palabra: la palabra

que la Edad Media quiso contener a nivel de los grupos universitarios o izar con una mayúscula junto al de la cristiandad. Ahora se extiende por toda el área económica dominada por el príncipe; pues, al principio al menos, «nación» es sinónimo de mercantilismo y de egoísmo dinástico; es cierto que cuando en el siglo XIX se le añadan los conceptos de lengua, raza o «cultura», las cosas empeorarán aún más. Por el momento, estas «naciones», delicias de nuestros padres, están sobre todo en manos de potentados sagaces, calculadores y glotones: se llega a hacer creer al pueblo que forja su propio destino defendiendo su independencia, pero no existe demasiada preocupación por la siembra del odio, en el momento de las primeras labranzas «modernas».

Así, la Europa de los reyes sucede a la cristiandad medieval y es el preludio de las naciones. El estallido no es completo, es cierto. La recuperación económica, o incluso, durante un tiempo, la de la población continuaron manteniendo su superioridad sobre los demás mundos, y estas recuperaciones existen en todas partes. Incluso se ha podido decir que, económicamente hablando, la Europa del siglo XVI es más homogénea, está más unida que la de 1300: la extrema disparidad de valor de los granos de Polonia a Sicilia o de la relación oro-plata de Lisboa a Bohemia se atenúa lentamente; cuando la plata o el oro de América invadan el continente, el alza global de los precios se extenderá a toda Europa, la de los reyes, aunque las condiciones económicas naturales o el nivel de las técnicas favorezcan más al norte y al noroeste de Europa, la de los protestantes, mientras que la Europa central y la del sur, la Europa de los católicos, es la primera en recibir los frutos de la colonización.

De la esperanza a la tristeza

Al alba del siglo XVI, durante algunas décadas aún, la Edad Media, cuyas razones de existencia expiran una tras otra, produjo una extraordinaria llamarada de inteligencias. En primer

lugar Italia y posteriormente el resto de Europa se colman de verdades nuevas; hay una floración de espíritus brillantes, extravagantes, creadores, que atraviesan una ardiente sed de placer, un inmenso deseo de crear, una acuciante necesidad de ampliar el horizonte de los conocimientos: se han citado cien, pero hay millares. En todas partes se habla de paz universal, de Reforma, de pluralidad. El diapasón de la comprensión humana va de Calvino a Lippi, de Cortés a Las Casas. Todo es posible en una Europa liberada de las últimas trabas para su «despegue»: la ganancia, la empresa y el individuo prevalecieron sobre la buena mercancía, la costumbre o el bien común.

Un breve momento de éxtasis y esperanza, calderón de la Edad Media. Pues bastarán dos generaciones para entrar en el catecismo, la intolerancia, la moral mundana, el elitismo. La sospecha religiosa resurge de sus cenizas, relevada por la sospecha cívica; y el desarrollo del pensamiento se desvía hacia la triste búsqueda del infinito. Europa está en condiciones de conquistar el mundo, es cierto, pero ha hecho mal su entrada al igual que está en camino de hacer mal su salida. Al gran impulso que dio la Edad Media, y que apareció al principio del siglo XVI, sucede el oscurantismo de los tiempos modernos; llegó y abarcaría dos siglos, el tiempo de los jesuitas, de la corte, de la trata y del mercantilismo, los tiempos «clásicos», como se dice todavía, con una aberración que desconcierta a todo medievalista y, según él lo espera, a todo hombre que ama o ha amado la ciudad griega, la República romana, las «Luces» o la época de las Revoluciones. Al menos le queda al historiador de la Edad Media, para consolarse de semejante tristeza, el espectáculo no desde luego de nuestras catedrales o del esqueleto de nuestros castillos, sino el de nuestros pueblos, de nuestros caminos, de las parcelas de nuestros campos, de los nombres de nuestros mojones, de las yuntas que nos rodean, y de una cultura popular que no han conseguido arrancar aún los «progresos» del si-

glo XX. No, la Edad Media, y desde muchos puntos de vista, no ha sido traicionada, ni olvidada, ni perdida: aún estamos en ella.

GLOSARIO

Como en el caso de los dos tomos que preceden a este, solo se han tenido en cuenta los términos que aparecen repetidas veces y cuyo significado no se ha especificado; por otra parte, se han eliminado aquellos cuyo significado es notorio o fácil de encontrar en un diccionario común.

academia: nombre de los jardines atenienses donde Sócrates y más tarde Platón realizaban sus reuniones. En la Italia del siglo XV designa a un círculo ilustrado

ajís: entre los turcos, agrupación piadosa que a menudo corresponde a una actividad profesional común a sus miembros.

akritai: Guarnición de soldados en las fronteras, en Bizancio.

alberghi, albergue: tasa recaudada en beneficio del príncipe y de sus agentes con el pretexto de alojar a su séquito.

almuédano: religioso que llama a la oración en tierras del Islam.

Amt: en el Imperio, organización de un oficio; por extensión, el barrio en el que se ejerce.

annatas: tributos correspondientes a un año que debe un beneficiario eclesiástico a la Santa Sede cuando toma posesión del beneficio.

apanage (= infantazgo) **:** Concesión que hace un rey o un príncipe a un miembro de su familia, hijo o hermano, de unas tierras y de los poderes de *ban* inherentes a ellas; en principio vuelve al patrimonio en caso de desherencia; a menudo se trata de una concesión durante un período de transición antes de la anexión definitiva al patrimonio, por ejemplo al dominio real.

artes liberales: disciplinas fundamentales de la pedagogía antigua y más tarde medieval: retórica, gramática, dialéctica, geometría, aritmética, astronomía y música.

avaritia: se trata de la falta de caridad moral más que de la avaricia en su sentido restringido; disputa a la *superbia* el primer lugar en la lista de pecados.

baile, bayle: adulto que se hace cargo de un menor; y esta misma custodia. Por extensión, se utilizaba en el sur de Francia para designar a los representantes de un gremio en una corporación urbana. En otro sentido: patio de una fortificación.

ballesta: arma de tiro, que proyecta un cuadrillo por medio del disparador de un resorte metálico: la precisión del tiro, la potencia de alcance (tiro mortal a 200 m) hicieron que la caballería la considerara temible e «innoble»; su peso y las dificultades de su manejo requerían dos personas para cada una.

beg: véase *bey*.

begardos: creyentes cristianos dados al misticismo, que formaban comunidades de laicos, a veces itinerantes y que practicaban la ayuda a los necesitados; la Iglesia les consideraba sospechosos por la falta de reglas establecidas.

beneficio (de la iglesia) **:** Designa toda función, sea o no de cura de almas, asignada a un clérigo en el cuerpo eclesial.

bey (beg, forma más oriental), **beylik, beyler-bey:** jefe de una tribu turca, y después representante local de la autoridad del sultán entre los otomanos; el territorio que domina; nivel superior de un bey que manda sobre varios beylik.

bill: Disposición reglamentaria, o ley, decretada por el soberano inglés.

bogomilos: secta búlgara que negaba la transubstanciación.

bolsa: originariamente, almacén de mercancías en Europa occidental; por extensión, lugar de transacciones comerciales sobre muestras, después oficina de cambio, y, por fin, banco.

book of copyholders: libro en el que se transcribían los nombres de los tenentes por carta (*copy*) en los *maners* ingleses; *status* social bajo.

boyardos, boïars: nobleza terrateniente húngara o búlgara.

bula: medalla de plomo o de oro (véase *crisóbula*) que sirve para autentificar determinados documentos pontificios o imperiales; por extensión, el propio documento.

cábala: conjunto de libros santos judíos, anteriores a la era cristiana, en los que se hallan agrupadas las nociones de explicación literaria y numérica del mundo, que se han comparado a una especie de enciclopedia del judaísmo.

cadastro, catastro: libro de bienes raíces que comporta en principio la designación de los elementos de un patrimonio inmobiliario, su localización, las cargas que pesan sobre ellos, así como la enumeración de los individuos que residen en ellos; base de una imposición territorial.

Calimala: calle de Florencia situada en la ciudad romana a la altura del Palacio de Señoría, donde se reúnen los comerciantes y los cambistas; el «arte» que practicaban, ventas a larga distancia y transporte; después, liquidaciones de cuentas, tomó el nombre de la calle: se habla del «arte di Calimala».

canzone: composición literaria italiana, de estilo lírico, y a menudo acompañada de música polifónica.

carraca: barcos de carga, en especial en Génova, que podían arquear hasta 1000 toneladas.

casane: casas piamontesas o lombardas especializadas en los préstamos y el cambio.

catasto: *véase cadastro.*

censes: Explotación de gran tamaño, generalmente arrendada en el norte de Francia.

cequino (it, zeccihino) **:** el ducado veneciano; del nombre de la Zecca, el arsenal donde se forjaba.

claret: vino tinto de Burdeos exportado a Inglaterra.

clothier: en Inglaterra, hombre de negocios eventualmente comprador de rebaños, que explota la lana de los corderos para venderla o para hacerla hilar y tejer.

colloquia: reuniones, a menudo clandestinas, de trabajadores en el seno de los gremios o incluso no inscritos en ninguno de ellos.

concordato: término polisémico, pero usado en general para designar un acuerdo entre el papado y un Estado sobre los problemas de disciplina y de jerarquía eclesiásticas.

condottiero: jefe militar que establece un contrato (*condona*) con mercenarios a sus órdenes.

contado: el territorio (*comitatus*) de una «ciudad» italiana; por extensión, el campo vecino.

coq: Expresión nacida en realidad en el siglo XVI y que designa a un notable de la aldea.

corpo: el capital, en general familiar, depositado en una compañía italiana.

cottager, cottier: campesino inglés establecido en un trozo de tierra de pequeño tamaño, a menudo situado en los límites del manor y obligado a trabajos duros y frecuentes.

crisóbula: documento legislativo o privilegio bizantino, con sello dorado.

curia: cualquier «tribunal» de Estado; pero, por fijación semántica, el tribunal pontificio.

chorfa (*shurafâ'*)**:** grupo de pastores árabes del sur de Marruecos, que se dicen descendientes de la tribu de Idrîs I, o del Profeta, y que pretenden crear un dominio local independiente del poder de los almohades o de sus sucesores.

danza macabra: tema iconográfico muy apreciado a partir de finales del siglo XV y que representa la Muerte arrastrando a todos los estados del mundo en una ronda infinita; el propio origen de la palabra «macabra» constituye un problema: puede tratarse de Macabré, nombre de un pintor de la época, o bien del nombre bíblico Macabeo.

décima: décima parte de los ingresos de una iglesia recaudados, con la autorización del papa, por un rey para hacer frente, en principio, a los gastos de carácter religioso, cruzadas, peregrinajes, etcétera. Poco a poco se convirtió en un impuesto regular sobre el clero.

défens (= dehesa) **:** se dice de un bosque cercado para su repoblación o para sustraerlo a los «usos comunes».

delfín: título llevado por determinados príncipes de la región franco-provenzal, en especial por el príncipe del «Delfinado»; cuando esta región fue anexionada a la corona de Francia, se prometió a los representantes locales que el heredero del trono llevaría este título hasta su llegada al poder (c/. «príncipe de Gales» en Inglaterra).

demo: circunscripción urbana o rural bizantina.

disputatio: uno de los ejercicios preferidos de la escolástica en el que el maestro y los alumnos, o los maestros entre sí, llevan a cabo públicamente confrontaciones eruditas sobre un texto o un tema, en general escogido con anterioridad.

diván, dîwân: término persa retomado por los árabes y más tarde por los turcos para designar los registros fiscales; por extensión, las oficinas de administración pública, y, por último, el consejo del príncipe.

djizya: impuesto de capitación pagado por los no musulmanes.

dominante: metrópolis; en Venecia, designa a la ciudad cuando interviene en sus posesiones de ultramar y también los derechos que recauda en ellas.

enclosures (forma inglesa) **:** fenómeno de cercado de tierras cultivables para convertirlas frecuentemente en prados.

enfíteusis: alquiler de tierras a largo plazo (99 años, en general) que confería al que lo recibía, a cambio de la mejora del bien cedido, unos derechos reales sobre el suelo.

escala: lugar de ancoraje en una etapa comercial marítima; esencialmente se usaba respecto a los puertos de Siria y Palestina; («escalas de Levante»).

escolástica: arte pedagógico de las universidades medievales; más tarde se replegó en el marco de las simples fórmulas de enseñanza, de donde procede el término peyorativo actual.

estilo: manuales de jurisprudencia acompañados de formularios destinados a facilitar el procedimiento de los juicios y los reglamentos de justicia.

etapa: punto de desembarco de una mercancía; por excelencia, las lanas inglesas en el continente.

ferme: arrendamiento a corto plazo, renovable, y que fija el montante de los cánones que supondrá la duración del contrato; en el caso de un cargo, tanto si es público como si no lo es, el arrendatario paga el valor presumible de los ingresos del cargo y los cobra a los administrados.

fiqh: la jurisprudencia en el derecho musulmán.

fisco: a finales de la Edad Media, adquiere su significado actual de exigencias financieras, a partir de su antiguo significado de bien público.

fogaje: tasa, en principio excepcional, recaudada por «fuego».

forest: En Inglaterra, la tierra real, sea cual sea su cobertura vegetal.

franc-archer: soldado de infantería ejercitado en el tiro al arco; se trata de un reclutamiento ocasional, que exonera en este caso del pago de la talla, lo que da origen al nombre de «franc».

fréreches: administración y gestión de un bien por hermanos.

fuego: el grupo doméstico; su nivel cuantitativo es problemático y, por otra parte, ha debido variar; se convierte en una base de imposición fija («fuego fiscal») independientemente del número real de los individuos que residen en él («fuego real»).

funduq, fundaco (alhóndiga) **:** mercado con almacén, reservado en principio a un grupo de comerciantes extranjeros al país o a la ciudad; utilizado en Oriente pero también en Italia.

fustán: técnica de tejido, tal vez de origen oriental, que consiste en mezclar hilos de algodón con hilos de seda, o de lana.

futuwwa: sociedad urbana en el Islam; fuerza política de inspiración a menudo shī‘í y susceptible de jugar un papel en las celebraciones religiosas urbanas.

fyrd: reclutamiento de hombres libres entre los sajones.

gabela: tasa recaudada sobre la venta de sal, bajo control de oficiales reales dueños de los «graneros».

gablete: arquería de piedra, a menudo de forma angular, que corona los tímpanos de las iglesias.

galicanismo: actitud de los príncipes o prelados franceses respecto a la Santa Sede y que tiende a distanciarse de las prescripciones disciplinarias procedentes de Roma; la palabra no es medieval.

Gártner: campesino alemán en una situación de penuria, parecida a la del *cottier* inglés.

gasaille: contrato de alquiler de rebaños, o contrato entre un ganadero que recupera sus animales en alquiler después de haber vendido su propiedad a un burgués, y cuyos beneficios se distribuyen según reglas muy variables; forma de crédito agrícola.

gaste: tierra abandonada.

gâzî: entre los turcos, cofradía piadosa.

gentilezza: la cortesía en Italia; tiende a tomar un significado más urbano y «burgués».

gentry: mediana aristocracia terrateniente en Inglaterra.

gesta Dei per francos: expresión consagrada por las narraciones que se refieren a las cruzadas y que consideran a los europeos el brazo de Dios en las guerras santas.

Gewerke: gremio, en Alemania.

gibelinos: en las ciudades italianas, los partidarios de las intervenciones extranjeras para restaurar el orden; en razón de la sospecha de que sean agentes del emperador, se alejan poco a poco del poder.

gótico: término despreciativo inventado en Italia, en el siglo XV, para designar las antiguas formas de expresión medieval, tanto en arquitectura como en grafía.

grandes: específicamente, los grandes terratenientes de la Meseta castellana.

güelfos: en las ciudades italianas, los partidarios de la autonomía urbana, pero con matices, puesto que los Blancos

desean que el papa vuelva a tener el control y los Negros son más independientes respecto a Roma.

habeas corpus: célebre *bill* inglés de 1679 que concede a toda persona el derecho de defenderse personalmente frente a un tribunal antes de ser detenido.

hanbalíes: partidarios de Ibn Hanbal, pensador de tendencia ismâ'ilí en Persia.

hesicasmo: creencia sostenida por algunos eremitas griegos, según la cual el fiel es admitido para que pueda contemplar la luz que emana de la faz de Dios antes del Juicio.

hospodar: «príncipe» en húngaro; utilizado en términos rumanos para designar a los príncipes que pagan tributo a los otomanos.

indulgencias: dispensa parcial de las penas que presuntamente deben cumplirse en el Purgatorio por parte del pecador, después de un acto de piedad especialmente meritorio; en el siglo XV dio lugar a una inflación de concesiones de este tipo, incluso a su venta.

iqtâ' concesión, en principio con un plazo fijado, de una tierra fiscal, que hace un príncipe a un servidor, un guerrero o un terrateniente, en el Islam.

itálica: tipo de caracteres de imprenta utilizado en Italia a partir de 1465, en oposición a los que se fundían más al norte («góticos»); en realidad, se trata de lo que llamamos letras «romanas», puesto que nuestra «itálica» fue más tardía.

jan: título de los príncipes mongoles; pero también especie de mercado situado fuera de las ciudades, en el Islam.

jaráy: a finales de la Edad Media, cualquier impuesto sobre la tierra, en el Islam.

Junker: terrateniente alemán, de origen noble; sobre todo en las regiones orientales.

jutba: el rezo del viernes en el Islam, en el que se proclama el nombre del jefe religioso al que se encomienda la comunidad.

kârimí: comerciantes egipcios, a veces judíos, que ejercían su actividad en el mar Rojo y hacia Asia.

kâshif: inspector de impuestos y más tarde recaudador en el Egipto mameluco.

kephale: circunscripción rural bizantina.

koiné: conjunto, comunidad, área cultural y religiosa.

Kossáten: campesinos alemanes en una situación bastante mediocre; véase *Gartner*.

kulak: en la Rusia del siglo XIX se dice de los campesinos bienestantes, propietarios de los aperos y en general liberados de la servidumbre; por extensión, los medievalistas usan este término en referencia a la Edad Media.

larghezza: fase de abundancia de la liquidez monetaria en los lugares de cambio o de comercio.

lectio: ejercicio escolástico que consiste en la lectura (que hace el maestro o un alumno) de un texto y en su explicación literaria.

legistas: término posterior a la Edad Media pero que designa a los especialistas en derecho, a menudo además oficiales reales, que rodean a los príncipes en el siglo XIV.

limes: la frontera del Imperio romano.

logoteta: oficial palatino bizantino; competencias fiscales.

madrasas, medersas (en el oeste) **:** centros de cultura y enseñanza en el Islam.

malos usos: las innovaciones señoriales que el conservadurismo campesino juzgue por principio contrarias al orden establecido.

mansa: En África negra, consejo tribal; por extensión, el propio rey que encarna la sabiduría de los ancianos del consejo.

melláh: barrio judío en las ciudades del Islam.

mesnada: el conjunto de criados, parientes, clientes que acompañan al señor o al príncipe y forman su «casa».

mesta: asociación de ganaderos, esencialmente de ovejas, en Castilla; por extensión todas las manifestaciones de trashumancia ibérica.

mezzadria: contrato de aparcería a corto plazo y renovable; en Italia, se debe entregar la mitad de la cosecha (*ad medietatem*, aparcería).

milagros: género teatral muy apreciado por la gente de las ciudades, trataba a menudo temas profanos y religiosos; en general eran interpretados por actores ocasionales en la plaza pública o el atrio de un iglesia, por ejemplo en ocasión de una entrada real.

milenarismo: convicción escatológica que lleva a sus adeptos, en espera del fin de los tiempos, a diversas manifestaciones públicas (predicaciones, procesiones, penitencias públicas) o privadas (retiros, mortificaciones, etc.).

ministro: el que tiene una función, *ministerium*; pero en el siglo XV, el término tiende a concentrarse en los oficiales que rodean al príncipe y ejercen una función particular; sin embargo, el significado moderno no aparecerá hasta el siglo XVI.

misterios: véase *milagros*. En este caso, el tema es exclusivamente religioso.

muda: flota veneciana comercial acompañada de galeras de guerra.

muftí: hombre piadoso con reputación por su ciencia religiosa; puede ejercer una especie de responsabilidad pública

asistiendo a actos de la vida cotidiana (por ejemplo, una boda).

mülk: bien personal entre los otomanos.

nominalismo: actitud filosófica tradicional entre los cristianos a partir del siglo XIII y que da primacía a la razón y a la dialéctica sobre el postulado ontológico.

nourkiage: contrato entre un ganadero y un hombre de la ciudad (en el norte de Europa) parecido a la *gasaille* (ver este término).

óbito: el día de la muerte; por extensión, el aniversario de esta muerte y los oficios que solicitan en esta ocasión el moribundo o sus herederos.

orden tercera: agrupación, sin reglas, de fieles piadosos que aunque permanecen laicos se proponen aplicar de forma estricta los preceptos admitidos por determinadas órdenes, en especial los franciscanos.

Österlingen: comerciantes alemanes de la Hansa.

patricios: los notables de las ciudades; se trata de una expresión poco afortunada y muy ambigua.

peones: soldados de infantería y pequeños campesinos sin caballos.

perfecto: entre los cátaros designa al creyente que observa todas las exigencias de la fe (abstinencia completa) y puede administrar en el momento de la muerte el sacramento de *consolamentum.*

poorter: comerciante, en especial de tejidos, de las ciudades de Flandes; por extensión, los notables.

portulanos: mapas que informan de los lugares de fondeadero; representación cartográfica de origen mediterráneo.

predestinación: elaborado por san Agustín, elemento del dogma cristiano que considera que Dios ha destinado a cada

criatura a ser salvada o condenada según la importancia que conceda a la gracia divina.

presidios: establecimientos portugueses en África.

pronoia: en Bizancio, concesión de una tierra pública o no pública a cambio de un determinado número de elementos de encomendación a la persona del emperador.

qajsariyya: mercado público en las ciudades del Islam.

quaestio: ejercicio escolástico que sigue a la *lectio* (véase este término); discusión de los términos y de las ideas que se desprenden de un texto estudiado.

quietismo: actitud cristiana mística que considera que la perfección y el acercamiento a Dios no requieren obras exteriores ni un perfeccionamiento constante; los begardos y los hesicastas estuvieron influidos por esta filosofía (véanse begardos y hesicasmo).

rat: cuerpo municipal en las ciudades alemanas.

realistas: por oposición a los nominalistas (véase *nominalismo*), los realistas estaban convencidos de la realidad de los conceptos ontológicos; su influencia se debilitó a finales de la Edad Media.

regalía: conjunto de derechos públicos detentados por el rey y eventualmente delegables por él.

reservas: posibilidad por parte del papa de nombrar a determinados beneficios vacantes reservándose en este caso una parte de los ingresos.

revista: presentación, por un *condottiero* a los oficiales del príncipe que le contrata, de la lista de sus hombres y de su armamento.

Ritter: caballero, en Alemania; la palabra tomó la acepción peyorativa de reitre en el siglo XV.

sandjaq: entre los otomanos, unidad territorial bajo el mando militar de un miembro de la familia del sultán.

shari'a: la ley musulmana en su conjunto, los usos de la vida religiosa y jurídica.

soccida: arrendamiento de ganadería del tipo de la *gasaille* (véase este término).

sottoposti: subempleados; en realidad, parados en Italia.

squire: escudero, en Inglaterra; por un deslizamiento de la palabra tiende a designar a un pequeño terrateniente.

Stämme: grupos étnicos o culturales (está en discusión) en Alemania, que sirvieron de base a los principados territoriales de una cierta extensión.

stretezza: fase de contracción en la circulación monetaria en los lugares de comercio.

sufismo: mística musulmana que invita al creyente a llevar una vida que le prepare para el éxtasis o para la meditación en una situación de aislamiento.

superbia: orgullo. Junto con la *avaritia* (véase este término) es el más temible de los pecados cristianos.

takehan: paro en el trabajo, huelga, en general acompañado de manifestaciones y agitación social.

themas: circunscripción provincial bizantina.

tîmâr, timariote: cesión de tierra fiscal entre los otomanos, a título personal, y con la posibilidad de recaudar impuestos basados en ella; el beneficiario.

tîmiûrí: descendiente o sucesor de Tîmûr Lang (Tamerlán).

transubstanciación: elemento del dogma cristiano que considera la Eucaristía como la transformación real en pan y vino del cuerpo y la sangre del Cristo.

udj: entre los otomanos, territorio fronterizo en caso de guerra.

ulemas (‘ulamâ’): doctores de la fe en tierras del Islam; se erigen en jueces y consejeros.

ulus: una parte del dominio mongol, generalmente devuelta por el gran Jân a un miembro del clan de Gengis Jân.

vaqif: entre los otomanos, equivalente del *Waqf*, tierras consideradas como bienes de las comunidades religiosas, aunque hayan sido tomadas y cedidas a un laico.

villein: el campesino inglés en general; pero contiene un significado preciso: campesino con un estatuto jurídico mediocre, pero superior a los *cottiers* e inferior a los *yeomen* (véanse estos términos).

woolman: comerciante inglés que compra la lana antes de esquilar a las ovejas y la revende después ya esquilada a un precio más alto; forma de especulación y también de avance de fondos.

Wüstungen: en Alemania, los suelos que vuelven a convertirse en bosque o en landa.

xilografía: grabado sobre madera; durante mucho tiempo grabado de una imagen, y más tarde caracteres de imprenta.

yeomen: campesinos ingleses libres y en general propietarios de sus tierras.

yermo: el desierto; tierra abandonada.

zakât: limosna legal impuesta a los creyentes en el Islam.

zelotes: agrupación piadosa bizantina, partidarios de una actitud mística, incluso puritana, en la vida corriente y que en general se hicieron adeptos de las convicciones del *hesicasmo* (véase este término).

zoco (sûq): mercado en el Islam.

zupan: jefe de tribu y más tarde príncipe territorial servio.

OCCIDENTE CRISTIANO

1250

Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1250 Muerte de Federico II 1259 Tratado de París, Luis IX-Enrique III 1259-1265 Revuelta de los barones ingleses (Simon de Montfort) Provisiones de Oxford	1252 Emisión del florín 1254 Ligas de las ciudades alemanas Organización del «Parlamento». *Ordonnances* de Luis IX. *Enquêteurs* (pesquisidores) Libro d'Étienne Boileau (1256-1268) Estatuto de Marlborough	1252 Tortura autorizada en la Inquisición 1252-1257 Huelgas universitarias 1253 Muerte de Robert Grosseteste 1257 Fundación del Colegio de Sorbon Sainte-Chapelle de París
1262 Creación del reino de las Baleares 1265 Toma de Murcia. La Reconquista se detiene	Hambrunas en Europa central (1263-1264, 1271-1273)	Catedral de Colonia S. Urbano de Troyes Baptisterio de Pisa Miniaturas de la Escuela de París La *Summa* de Tomás de Aquino (1252-1265)
1264-1267 Señorío güelfo en Florencia 1266 Conquista de Nápoles por Carlos de Anjou	Las *Siete Partidas* de Alfonso X 1266 Emisión del *gros* y del escudo	Enseñanza de Buenaventura (1256-1259) de Roger Bacon (1265-1270), de Siger de Brabante (1268-1270)
1270 Muerte de Luis IX 1271 Compra de los países de Oc a la corona	1270 Portulano genovés 1273 Fundación de la Mesta	Rutebeuf, *La leyenda dorada* Bruno Latini 1270 Condena del averroísmo
1273 Fin del interregno: elección de Rodolfo de Habsburgo	Abundantes manumisiones en Europa	1274 Concilio de Lyon (Unión de las Iglesias) Muerte de Tomás de Aquino y de Buenaventura

1250

Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1248-1254 Cruzada de Luis IX a Egipto		
1251 Mongha, jân mongol Mongké		1253 Misión de Guillermo de Rubruck
1251 Miguel VIII toma de nuevo Bizancio	1253 Los genoveses en Safi	1256 Fin del califato ʿabbâsí
1254 Golpe de estado mameluco	1255 Peregrinaciones negras Malí domina la ruta del oro	1258 Dispersión de los shîʿíes El sufismo
1255 Hûlagû destruye Bagdad	1260 Alfonso X en Salé	
1258 Hûlagû dispersa a los «Asesinos»	1260-1266 Viajes de los Polo a Asia	
1259 Los latinos son derrotados en Pelagonia	1261-1263 Devaluación del nomisma Auge de las minas de los Balcanes	1274 Unión de las Iglesias
1261 Baybars vence a los mongoles en Ayn Djâlût		
1265 Formación de la Horda de Oro		
1269 Los meriníes en Fez		
1270 Cruzada de Túnez		
1272 Los hâfsíes en Tremecén		

	Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1275	1272-1307 Eduardo I 1277 Los Visconti en Milán 1278 Ottokar de Bohemia deja el poder 1282 «Vísperas sicilianas» 1283 Los teutones en Prusia 1284 Meloria: Génova derrota a Pisa 1284-1285 «Cruzada de Aragón» 1285 Sometimiento del país de Gales 1285-1314 Felipe IV el Hermoso 1291 Revuelta de los cantones suizos 1293 *Ordonnances* de justicia 1294-1298 Guerra franco-inglesa	Molinos de papel — Telares Práctica del descuento Expulsión de los judíos (1276-1290) Revueltas urbanas (1280-1285) Generalización de la rueca Ferias de Champaña controladas por el rey Hambruna (1280-1282) 1277 Los genoveses llegan a Londres por mar 1284 Emisión del ducado Mapamundi alemán 1294 Privilegio de la Hansa en Dinamarca 1294-1296 Cambios monetarios 1297 Cierre del Libro de oro veneciano	Adam de La Halle (1262-1277) Beaumanoir (1283) Fin de los decretales Frescos de Asís Cimabue Se acaban las catedrales de Amiens, Albi, Bourges, Estrasburgo, Upsala, Beauvais, York, Exeter Palacio viejo de Florencia-Siena 1280 Muerte de Alberto el Grande 1284 Muerte de Roger Bacon Muerte de Siger de Brabante 1290 Llull parte en misión 1294 El «gran rechazo» de Celestino V 1298 Bonifacio VIII canoniza a Luis IX
1300	Guerra de Flandes 1302 Derrota de Courtrai 1304 Reconquista de Flandes 1307 Llegada al poder de Eduardo III Revuelta escocesa 1310 Enrique IV en Italia Insurrecciones urbanas en Toscana y Roma. 1314-1315 Ligas nobiliarias 1315 Los suizos derrotan a los Habsburgo 1320-1325 Guerra civil en Inglaterra	Los legistas 1302 Convocatoria de los «Estados» 1308 Revueltas urbanas en París Manipulaciones monetarias en Francia e Inglaterra Apogeo de los tejidos flamencos Inicio de una industria inglesa Desarrollo de la letra de cambio 1314 Reloj público 1315-1317 Carestía general 1324 El *Defensor Pacis* 1322-1328 Revuelta del Flandes marítimo Los *Karles*	Jubileo de Bonifacio III 1303 El papa es detenido en Anagni 1304-1308 Duns Escoto 1305 Pietro dei Crescenzi 1304-1310 Giotto en Asís Duccio en Siena 1305-1313 Jean de Joinville 1307-1314 Proceso de los templarios 1309 Clemente V en Aviñón 1311-1312 Concilio de Vienne Autorización del tomismo Condena de los «espírituales» 1312-1314 La *Divina comedia* de Dante 1311-1316 Inicio de la instalación en Aviñón 1318-1324 Enseñanza de Ockham en Oxford y París

Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*	
1260-1294 Kubilai Ján Los mongoles en China	1285 Devaluación del nomisma	1275 Arzobispado en Pekín	1275
1277 Inicio de la destrucción de los estados latinos	1288 Los genoveses en Ceuta	1285 Hospital de Qalawoun	
1281 Baybars vence a los mongoles en Homs	1288-1291 Segundo viaje de Marco Polo	1291 Muerte de Saadi, el poeta de las rosas	
1282-1328 Andronico III	Apogeo del comercio de los Ravini	1295 Control de La Meca por los mamelucos	
1282-1321 Esteban Milutin en Servia	1291 Los hermanos Vivaldi parten a Guinea	La Alhambra de Granada	
1287 Ataque mongol a Polonia	1298 Revisión de los ʿiqtʿas en Egipto		
1291 Caída de S. Juan de Acre	Fortificación de los genoveses en Galata		
Desplazamiento de los turcomanos			
1303-1311 La «compañía catalana» en Oriente	1302-1303 Privilegios venecianos	1307 Montecorvino, arzobispo de Pekín	1300
1308 Fin de los sultanatos de Rûm	1304 Monopolio genovés sobre el alumbre	1312-1315 Los Santos Apóstoles de Tesalónica	
Creación de beyliks en Anatolia	Devaluación del nomisma	1314 Pordenone viaja a Asia	
1314 Primeros ataques otomanos a Europa	Revueltas nobiliarias en Bizancio	1320 Muerte de Al-Farisí	
1321-1341 Guerra civil en Bizancio	Parecos fijados al suelo	Babás y derviches en Anatolia	
Caída de los imperios negros	1312 Los genoveses en Canarias	Mistra	
Songay	1315 Redistribución de ʿiqtâʿs en Egipto	1324 Peregrinajes de Mussa a La Meca	
Mussa, emperador de Mali	Inicio de la trata de negros en el Nilo		

	Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1325	1327-1377 Eduardo III	1328 Cassel: Felipe VI derrota a los flamencos	*Ars nova* en música
	1328 Elección de Felipe VI de Valois	1332 Revueltas campesinas Presión fiscal señorial	1325-1330 Guillermo de Ruysbroeck Maestro Eckhart Movimiento de los flagelantes
	1328 Luis de Baviera, emperador	1338-1345 Arteveldo y los ganteses	
	1337 Eduardo III reivindica el trono de Francia	1343-1345 Quiebras en Florencia	1330 Muerte de Giotto y Lorenzetti
	1340 La Écluse		1341 Petrarca es coronado en Roma
	1342-1382 Luis de Hungría	1345-1350 Matanzas de obreros en Flandes Fiscalidad pontificia Reunion de los «Estados» o Cortes	1342-1345 Juan Buridán
	1343-1382 Juana de Nápoles		1346 Clemente VI compra Aviñón a los angevinos
	1345-1378 Carlos IV	1347-1349 Cola di Rienzo en Roma	
	1346 Crécy		1347 Universidad de Praga Manuales de cirugía
	1347 Calais Guerra de Bretaña	1347-1351 Peste	
1350	1350-1354 Juan el Bueno	1351 Estatuto de los trabajadores	1353 El *Decamerón*
	1356 Poitiers	1358 Los *jacques*	1364 Universidad de Cracovia
	1360 Brétigny	1360-1363 Peste-Pogroms Las «Compañías»	1365 Universidad de Viena
	1362-1370 Guerra Hansa-Dinamarca Tratado de Stralsund Reconquista de los Estados de la Iglesia por Albornoz	1362-1384 Los Tuchins	1367 Primera vuelta a Roma Catalina de Siena
		1357-1378 Étienne Marcel Los «Estados». Gran *Ordonnance* de Oil (1357) Diversificación de los servicios reales	
	1364-1380 Carlos V		1374 Muerte de Petrarca Muerte de Boccaccio Inicio de las *Crónicas* de Froissart
	1365 Guérande: fin de las guerras de Bretaña	1356 Bula de oro alemana	
	1369 Felipe el Atrevido, conde de Flandes Nájera (1367), Montiel (1369): expulsión de Pedro el Cruel	1363 Etapa de lanas en Calais 1368-1371 Peste-Pogroms	

	Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1325	1326 Osmán I en Bursa		Teodoro Metochytes
	1331 Orjân I en Nicea		Gregoras Palamas
	1337 Los meriníes en Tremecén	1341 Revueltas en Tesalia y Morea	Barlaam
			Movimiento zelote y hesicasta
	Musa de Malí en Gao	1346 Génova en Quíos	
	1346-1355 Esteban Dusán, «emperador» servio	1348 Privilegios florentinos	Código de Esteban Dusán
		Cierre de la ruta de Irán	
	Caída de los iljânes mongoles de Persia		1326-1349 Viajes de Ibn Battuta
		Tarifas proteccionistas en Egipto	
	1347-1354 Juan VI Cantacuceno		1346 Un patriarca en Skopja
		Peste	Monasterio de Decani (Servia)
1350	1354 Orjân I en Gallípolis	1355 Cierre del mar Negro	1351 Concilio hesicasta
	1362 Murâd en Andrinópolis	Desarrollo de Ragusa	Eutimio el Búlgaro
	1362-1389 Murâd I	Éxodo rural	
	1367-1370 Viajes de Juan V a Occidente	Donación de tierras a la nobleza servia	
	1371 Murâd en Macedonia	Secularización de los bienes de la Iglesia griega	
	Desaparecen los reinos eslavos		
	1373 Anatolia y Armenia, otomanas	Se inicia de nuevo el comercio en el mar Rojo	
	1365 Cruzada de Alejandría	Peste	
	1370 Tamerlán, rey de Transoxiana		
	1373 Los genoveses en Chipre		

	Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1375	1370-1375 Reconquista de Du Guesclin 1377 Independencia de Bretaña 1378-1392 Anarquía en Italia 1380-1388 Minoría de Carlos VI Los *marmousets* 1385 Ricardo II bajo tutela 1386-1434 Ladislao Jagellón 1388 Confederación suiza 1392 Locura de Carlos VI 1395 Génova francesa 1397-1399 Intento de independencia de Ricardo II. Deposición	«Deserciones» Las remensas 1378-1385 Revueltas generales: Ciompi-Wat Tyler Maillotins-Harelle, etc 1381 Acta de navegación Reacción señorial 1388-1390 Disolución de las ligas urbanas alemanas 1388-1391 Peste-Pogroms Uso de cañones Introducción de los merinos	1377 Segunda vuelta a Roma 1378 Gran cisma Sustracciones a la obediencia hacia 1390 Hermanos de la Vida Común 1380 Muerte de Catalina de Siena 1376-1384 Enseñanza de Wyclif 1386 Universidad de Heidelberg Christiane de Pisan 1387 Chaucer Catedral de Canterbury Sluter en Dijon
1400	1404 Muerte de Felipe el Atrevido 1407 Asesinato de Luis de Orleans Guerra civil: armañacs-borgoñones 1413 Revuelta *cabochiana* 1415 Azincourt 1419 Asesinato de Juan sin Miedo 1420 Troyes: Enrique IV, rey de Francia 1422 Muerte de Carlos VI y de Enrique V Bedford, regente 1424 Verneuil: los ingleses en el Loira	1408 Fundación de la Casa de San Jorge Remensas Ley de reforma Caída de la moneda Valois 1410-1437 Segismundo, emperador 1412-1447 Felipe María Visconti, duque de Milán 1420 Ferias de Lyon *Merchants Venturers* 1418-1423 Peste Formación de los Estados borgoñones	1409 Pisa: el cisma tricéfalo 1414-1418 Concilio de Constanza Fin del cisma 1415 Ejecución de Jan Hus 1419 Levantamiento checo Guerras «husitas» Los lollardos Nicolás de Clamanges Vicente Ferrer Salutati en la Sapience Ghiberti: el baptisterio de Florencia Donatello: *David* Los hermanos de Limbourg Brunelleschi: el Duomo de Florencia *Imitación de Jesucristo*

Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*	
			1375
1380 Dimitri Donskoi derrota a los mongoles 1381 Murād en Tesalia 1389 Kosovo: los servios son eliminados 1392 Servia y Bulgaria ocupadas 1395-1396 Tamerlán, dueño de Persia e Iraq 1396 Nicópolis: Bayaceto I derrota a los cruzados 1398 Bayaceto en el norte de Siria 1398 Tamerlán llega a las Indias 1399 Manuel Paleólogo en Europa Tamerlán destruye el jānato de los Carneros Negros	1375-1385 Apogeo del comercio veneciano en Creta y el Egeo Desarrollo de *pronoia* autónomas Hambrunas Peste 1380 Los mandingas controlan el cobre de Takkeda	El arte de Samarcanda	
			1400
1401 Tamerlán en Siria 1402 Ankara: Bayaceto es derrotado y capturado 1405 Muerte de Tamerlán 1414-1415 Manuel II en Morea 1415 Los españoles en Ceuta 1421-1451 Murād I restablece el dominio otomano 1423 Los venecianos en Tesalónica 1424 Se paga tributo a Bizancio 1424 Ocupación de Madeira	Devaluación de la moneda mameluca Peste 1402 Béthencourt en Canarias	1406 Muerte de Ibn Jaldûn 1412 Código de minas de Esteban Lazarević	

	Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1425	1429-1431 Juana de Arco 1435 Arras: Felipe el Bueno se reconcilia con Carlos VII 1436-1441 Guerra de la Hansa contra Holanda y Dinamarca 1437 Reconquista de París 1443 Alfonso de Aragón en Nápoles 1444 Tregua de Tours 1450 Sforza, duque de Milán 1450 Federico III, emperador	1434 Cosme de Medici se instala de nuevo en Florencia 1438-1440 Peste Los estranguladores Primeros signos de reconstrucción La carabela 1440 La Praguería nobiliaria Vuelta a una acuñación correcta 1445 Organización del ejército real	1425 Universidad de Lovaina 1429 Muerte de Gerson Nicolás de Cusa - Le Pogge - Lorenzo Valla 1428 Muerte de Masaccio Van Eyck - Alberti - Luca - Della Robbia - Brunelleschi 1430-1438 Movimiento taborita 1438 Pragmática Sanción galicana 1439 Unión de las iglesias de Ferrara 1440 Muerte del Maestro de Flémalle Saint Maclou de Ruán Catedral de Sevilla Palacio Pitti La *Danza macabra* de los inocentes 1448 Concordato alemán de Viena 1449 Disolución del concilio de Basilea
1450	1450-1453 Se acaba la reconquista Valois 1454 Paz de Lodi 1460 Llegada al poder de Luis XI y de Eduardo IV 1460-1465 Reglamentos bálticos 1462-1465 Expulsión de los angevinos 1465 Jorge de Podèbrady, rey de Bohemia 1468 Llegada al poder de Carlos el Temerario 1468 Derrota de Lieja 1469 Lorenzo el Magnífico 1473 Encuentro en Tréveris entre Carlos y Federico III 1474 Matrimonio de los «Reyes Católicos» 1475 Acuerdo de Picquigny, Luis XI-Eduardo IV	Sayaterías El alumbre de Tolfa 1453 Caída de Jacques Coeur 1460 Bolsa de Amberes *Boom* minero Nuevas ferias Se afirma el relanzamiento económico 1465 Ligas nobiliarias (Bien público) 1470-1471 Conferencias monetarias de Brujas Inicio de *enclosures* Relanzamiento demográfico	1452 Reforma de la Universidad por el cardenal d'Estouteville 1455 La Biblia de Gutenberg *Muerte del Angélico*, de Ghiberti 1460 Muerte de Donatello 1463 La Academia romana 1464 Muerte de Nicolás de Cusa y Roger de la Pature 1469 La Academia florentina Muerte de Filippo Lippi 1470 Imprenta Fichet en París 1472 Muerte de Alberti 1474 Muerte de Uccello Marsilio Ficino-Pico della Mirandola Villon-Gozzoli

Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*	
1425 Murad II en Tesalónica	Descenso demográfico en los Balcanes	1430 Muerte de Andrei Roublev	1425
	Desarrollo del tímâr		
	1431 Los portugueses en las Azores	Gemisto Pletón y Besarión emigran	
	1434 Paso del cabo Bojador		
1443 Resistencia de Hunyadi en Hungría	1434-1436 Proteccionismo en Egipto		
1444 Victoria turca en Varna	Peste	1439 Unión de las iglesias	
1446 Morea sometida a tributo			
1448 Inicio de la resistencia albanesa			
	1444 Los portugueses en las islas de Cabo Verde		
1453-1463 Muhammad II toma Constantinopla, Atenas, Bosnia	1456-1458 Devaluación del dinar egipcio	1460-1466 Mezquita de Kaitbey en El Cairo	1450
1453-1478 Casimiro IV	Cierre del zoco de Alejandría	1473 El Gran Serrallo	
1456 Muerte de Hunyadi Matías Corvino en Hungría	1460 Muerte de Enrique el Navegante	1474 Mezquita del conquistador en Estambul	
1462-1505 Iván III	1470-1475 Revisión de los tîmârs.		
1465 Iván III en Tver	1471 Se pasa el Ecuador		
1468 Muerte de Skanderbeg en Albania			
1471 Iván III en Novgorod			

	Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*
1475	1476-1477 Caída del Temerario 1480 Muerte del rey Renato 1482 Tratado de Arras, Luis IX-Maximiliano 1483 Muerte de Eduardo IV 1483-1491 Regencia de los Beaujeu 1485 Bosworth: subida al poder de Enrique VII Tudor 1492 Matrimonio de Carlos VIII y Ana de Bretaña Toma de Granada 1493-1519 Maximiliano, emperador 1494 Muerte de Lorenzo el Magnífico 1494-1498 Carlos VIII en Nápoles	Derrota de los feudales 1484 Inútil reunión de los Estados en Tours La Mesta pasa a los reyes 1485-1489 Inicio de los Függer 1486 Supresión de los «malos usos» Acuñaciones de monedas de calidad Savonarola 1493 Se elimina la Hansa	1418 La Inquisición en España Desarrollo de las prensas La Biblioteca vaticana El Duomo de Milán Se inicia S. Pedro de Roma-Batalha Verrochio-Botticelli-Ghirlandajo-Fouquet (1481)-Memling (1494) Vinci (1481-1497): primeras obras Brandt-Commynes-Lefebvre d'Étaples 1492 La esfera de Behaim Elección de Alejandro VI Borgia
1500	1500-1501 Luis XII en Nápoles y Milán 1504 Los españoles derrotan a los franceses en Gaeta 1511 La Santa Liga contra Francia 1515 Marignan 1516 Muerte de Fernando de Aragón 1519 Elección de Carlos Quinto en el Imperio	Aumento de los precios agrícolas 1517-1519 Encuestas de Wol-sey sobre los *enclosures* La gran revuelta alemana	1500 Muerte de Ficino Muerte de Robert Gaguin 1503-1513 Julio II Miguel Ángel en la Sixtina 1505-1511 Erasmo 1506 Muerte de Mantegna 1508 Bramante de San Pedro 1509-1519 Grabados de Durero 1510 Muerte de Botticelli 1513 *El Príncipe* de Maquiavelo 1516 Muerte de Hieronymus Bosch, *el Bosco* *La Utopía* de Tomás Moro 1517-1520 Lutero 1519 Muerte de Leonardo da Vinci 1520 Muerte de Rafael

Acontecimientos políticos	*Economía y sociedad*	*Expresión y pensamiento*	
			1475
1475 Los otomanos en Caffa. 1476 en el Friul. 1480 en Otrante. 1481 en Ucrania	Encuesta demográfica en Turquía	Pinturas de Herat Shīʿismo sufí en Persia	
Muerte de Muhammad II			
	1482 Se llega al Congo		
1487 Iván III en Kazán	1488 Díaz en el sur de África	1497 Mezquita de Ali Pacha en El Cairo	
1494 Tratado de Tordesillas	1497-1499 Vasco de Gama en las Indias		
			1500
1501 Ismāʿil, shah de Persia (sefevíes)	1500 Bobadilla en Cuba Cabral en Brasil		
1512-1520 Selîm I	1504-1509 Alburquerque en Malacca		
1514 Tchaldiran: los sefevíes se consolidan en Persia	1506 Muerte de Colón	1505 Mezquita de Bayaceto en Estambul	
1514 Toma de Siria	1512-1515 Ocupación de las Caribes		
1517 Toma de Egipto	1513 Se alcanza Florida		
1520 Toma de Ifriqiyya	1519 Cortés en México		
	1519 Magallanes		
	1521 Caída de México		
	1521 Carolina 1522 El Pacífico 1524 La bahía de Hudson Almagro se dirige a Perú		

BIBLIOGRAFÍA

No es necesario repetir aquí los títulos suministrados ya en los volúmenes precedentes, a menos que estas obras comporten desarrollos fundamentales para la comprensión de un período; el lector podrá consultar, para los trabajos generales, las bibliografías ya mencionadas.

LA EUROPA OCCIDENTAL

ALGUNOS TÍTULOS QUE PROPORCIONAN UNA VISIÓN DE CONJUNTO

1.º Manuales

De entrada, los manuales de la *Nouvelle Clio* referidos a este período:

Génicot, L., *Le XIIIe siècle européen,* n.º 18, 1968; hay trad. cast.: Europa en el siglo XIII, Labor (N. Clío), Barcelona, 1976[2].

Guenée, B., *L'Occident aux XIVe el XVe s.: les États,* n.º 22, 1980[2]; hay trad. cast.: Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados, Labor (N. Clío), Barcelona, 1973.

Heers, J., *L'Occident aux XIVe et XVe siècles: aspects économiques et sociaux,* n.º 23, 1973[4]; hay trad. cast.: Occidente durante los siglos XIV y XV, Labor (N. Clío), Barcelona, 1984[2].

2.º Presentaciones de síntesis sobre el conjunto de la Europa occidental

Delumeau, J., *La civilisation de la Renaissance*, 1967.

Ferguson, W. K., *Europe in transition, 1300-1500,* Boston, 1962.

Hilton, R. H., «Y eut-il une crise générale de la féodalité?», *Annales ESC* (1951).

Huizinga, J., *L'automne du Moyen Âge,* 1975[2]; hay trad. cast.: El otoño de la Edad Media, Alianza Editorial, Madrid,

1984.

Lewis, A. A., «The closing of the medieval frontier, 1250-1350», en Speculum (1958).

Miskimin, H. A., *The economy of the early Renaissance Europe, 1400-1460*, Nueva Jersey, 1969; hay trad. cast.: Economía de Europa en el alto Renacimiento, 1300-1460, Cátedra, Madrid, 1980.

Mollat, M., *Genèse médiévale de la France moderne, XIVe-XVe s.*, 1956[3].

Perroy, E., *La Guerra de Cent Ans*, 1978[2]; hay trad. cast.: La guerra de los Cien Años, Akal, Madrid, 1982.

—, «Les crises du XIVe siècle», en *Annales ESC* (1949).

Wolff. P., *L'âge de l'artisanat*, en *Histoire générale du travail*, t. 2, 1960; hay trad. cast, en Grijalbo, México, 1965.

3.º Síntesis que conciernen especialmente a un país

Chrimes, S. B., *Fifteenth century England, 1399-1509...*, Manchester, 1972.

Favier, J., *Philippe le Bel*, 1978.

Gieysztor, A., *Histoire de la Pologne*, 1971.

Jacob, E. F., *The fifteenth century, 1399-1485* (Inglaterra), Oxford, 1961.

Labande, E. R., *L'Italie de la Renaissance*, 1954.

Lewis, P., *La Franca à la fin du Moyen Âge*, 1977 (trad. fr.).

Luzzatto, G., *Storia economica d'Italia*, Londres, 1961.

Mackisak, M., *The fourteenth century, 1307-1399* (Inglaterra), Oxford, 1959.

Valdeavellano, L. de, Historia de España, Madrid, 1964[3].

Vicens Vives, J., Historia social y económica de España, Barcelona, 1957.

Vilar, P., *La Catalogue dans l'Espagne moderne,* 1962; 3 vols.; hay trad. cast.: Cataluña en la España moderna. 1: Introducción. El medio natural y el medio histórico. Crítica, Barcelona, 1978; 2: Las transformaciones agrarias, Crítica, Barcelona, 1978; 3: La formación del capital comercial (en prensa).

EL ENTORNO HUMANO Y MATERIAL, LA FAMILIA Y LA VIDA COTIDIANA

1.º Hombres y naturaleza

Alexandre, P., *Le climat au Moyen Âge en Belgique...,* Lovaina, 1976.

Baratier, E., *La démographie provénçale du XIIIe au XVIe s.,* 1961.

Bautier, R. H., «Feux, population et structure sociale au milieu du XVe s.: l'exeraple de Carpentras», en *Annales ESC* (1959).

Biraben, N., y J. Le Goff, *L'homme et la peste,* 1976-1979, 2 vols.

Klapisch, C y D. Herlihy, *Les Toscans et leurs familles...,* 1978.

Leroy-Ladurie, E., *Histoire du climat depuis l'An mille,* 1967.

Mols, R., *Introduction à la démographie des villes d'Europe du XIV au XVIII s.,* Lovaina, 1954-1956, 3 vols.

Russell, J. G., *British medieval Population,* Alburquerque, 1948.

Titow, J. Z., «Some evidence of ghe thirteenth century population increase», en *Econ. Hist, rev*. (1961-1962).

Ziegler, P., *The black Death,* Londres, 1969.

2.º La casa

Archéologie du village médiéval, 1967.

Beresford, M. W., *The lost Villages of England,* Nueva York, 1954.

Chapelot, J. y R. Fossier, *Le village et la maison au Moyen Âge*, 1980.

Demians d'Archimbaud, G., *Les fouilles de Rougiers*, 1980.

Géographie historique du village et de la maison rurale (Coll. Bazas, 1978), 1979.

Villages désertés et histoire économique, 1965.

3.° El grupo familiar y la vida cotidiana

Boulay, F. R. H. du, *An Âge of Ambition: English Society in the late Middle Âges*, Londres, 1970.

Contamine, P., *La guerre au Moyen Âge* (Nouvelle Clio n.º 24), 1980; hay trad. cast.: La guerra en la Edad Media, Labor (N. Clío), Barcelona, 1984.

—, *La vie quotidienne pendant la guerre de Cent Ans en Frunce et en Angleterre*, 1976.

Famille et párente dans l'Occident médiéval (Coll. París, 1975), 1977.

Faral, E., *La vie quotidienne au temps de saint Louis*, 1942.

Heers, J., *Fétes, jeux et joules dans les sociétés d'Occident à la fin du Moyen Âge*, Montreal, 1971.

Lagarde, G. de. *La naissance de l'esprit late au déclin du Moyen Âge*, 1953-1962, 5 vols.

Piponnier, F., *Costume et vie sociale à la cour d'Anjou, XIVe XVe s.*, 1970.

Singer, C., *History of Technology*, t. 1, Oxford, 1956.

Stouff, L., *Ravitaillement et alimentation en Provence aux XIVe et XVe s.*, 1970.

White, L., *Medieval Technology and social Change*, Oxford, 1962; hay trad. cast.; Tecnología medieval y cambio social, Paidós, Barcelona, 1984.

LA AUTORIDAD, EL ESTADO, LAS INSTITUCIONES

1.º La naturaleza del poder y su ejercicio

Autrand, F., *Pouvoir et société en France, XIVe-XVe s.,* 1974.

Bloch, M., *Les rois thaumaturges,* 1961[2].

Cazelles, R., *La société politique et la crise de la royauté sous Philippe de Valois,* 1958.

David, M., *La souveraineté et les limites juridiques du pouvoir monarchique, du IXe au XVe s.,* 1954.

Folz, R., *L'idée d'Empire en Occident, Ve-XIVe s.,* 1953.

Font-Rius, J. M., Instituciones medievales españolas, Madrid, 1949.

Guenée, B., «État et nation en France au Moyen Âge», en *Rev, hist*. (1967).

«Y a-t-il un État des XIVe et XVe s.», en *Annales ESC* (1971).

Lot, F. y R. Fawtier, *Histoire des institutions françaises au Moyen Âge,* 1957-1962, 3 vols.

Marongiu, A., *Storia del diritto publico,* Milán, 1956.

Mitteis, H. *Der Staat des hohen Mittelalters,* Darmstadt, 1968[8].

Rubinstein, N., *The Government of Florence under the Medicis,* Oxford, 1966.

Strayer, J. B., *Medieval Statecraft and the Perspective of History,* Princeton, 1971.

—, *On the medieval Origins of the modern State,* Princeton, 1970; hay trad. cast.: Sobre los orígenes sociales del Estado moderno, Ariel, Barcelona, 1981.

Ullmann, W., *Law and Policies in the Middle Âges,* Londres, 1975; hay trad. cast.: Principios de gobierno y política en la Edad Media, Revista de Occidente, Madrid, 1971.

Vaugham, P., *Valois Burgundy,* Londres, 1975.^

Wojciechowski, Z., *L'Etat polonais au Moyen Âge,* Varsovia, 1949.

2.° Estados y parlamentos

Favier, J., «Les légistes et le gouvernement de Philippe le Bel», en *Journal des sav*. (1969).

Fawtier, R., «Parlement d'Angleterre et États généraux de France au Moyen Âge», en *c. r. de l'AIBL* (1953).

Gilíes, H., *Les États de Languedoc au XVe s.,* Toulouse, 1965.

Guenée, B., *Tribunaux et gens de justice dans le bailliage de Senlis (1330-1550),* 1963.

Marongiu, R., *Medieval Parliaments,* Londres, 1968.

Richardson, H. G., *The english Parliament in the Middle Âges,* Londres, 1981.

Strayer, J. R., *Les gens de justice du Languedoc sous Philippe le Bel,* Toulouse, 1970.

Víala, A., *Le Parlament de Toulouse et l'administration royale laíque, 1420-1525,* Albi, 1953, 2 vols.

3.º Los problemas de las finanzas y de la economía

Cambridge economic History of Europe, The, t. 3: Economic organization and Policies in The Middle Âges, Cambridge, 1965.

Favier, J., *Finances et fiscalité au bas Moyen Âge,* 1970.

Finances et comptabilité urbaines du XIIIe au XVIe s. (Coll. Blankenberg, 1962), Bruselas, 1964.

Fournial, E., *Histoire monétaire de l'Occident médiéval,* 1970.

Gandilhon, R., *Politique économique de Louis XI,* Rennes, 1941.

Impôt (L') dans le cadre de la ville et de l'État (Coll. Spa, 1964), Bruselas, 1966.

Ladero-Quesada, M. A., «Les finances royales de Castille à la veille des temps modemes», en *Anuales ESC* (1970).

Rey. M., *Les finances royales sous Charles VI,* 1965.

Spufford, P., *Monetary Problems and Policies in the burgundian Nederlands, 1433-1496,* Leiden, 1970.

Steel, A., *The recept of the Exchequer, 1377-1485,* Cambridge, 1954.

EL MUNDO DEL CAMPO

1.º Trabajos de síntesis

Abel, W., *Crises agraires en Europe, XIIIe—XXe s.,* 1973 (trad. fr.).

Bader, K. S., *Studien zur Rechtsgeschichte des mittelalterliches Dorfes,* Colonia, 1957-1962, 2 vols.

Bean, J. M. W., *The Decline of English Feodalism, 1215-1540,* Manchester, 1968.

Duby, G., *L'économie rurale et la vie des campagnes...,* 1962, 2 vols; hay trad. cast.: Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval, Edicions 62, Barcelona, 1973[2].

Histoire de la France rurale, t. 1 y 2, 1975.

Kosminski, E. A., «The Evolution of feodal Rent in England from the XIIth to the XVth Century», en *Past and Present* (1955).

Slicher van Bath, B. H., *The agrarian History of western Europe,* 1963.

2.º Algunos elementos de valorización de la tierra

Devéze, M., *La vie de la forét française au XVIe s.,* 1961.

Dion, R., *Histoire de la vigne et du vin en France,* Doullens, 1959.

Donkin, R. A., «Cattle on the Estates of medieval Cistercians Monasteries», en *Econ. Hist, rev*. (1962-1963).

Flatrès, P., «La structure agraire du Devon… et les enclósures des XIIIe et XIVe s.», en *Annales de Bretagne* (1949).

Fourquin, G., «Les débuts du fermage: l'exemple de Saint-Denis», en *Études rurales* (1966).

Higounet, C., *La grange de Vauleren...*, 1965.

Hilton, R. H., *The Decline of Serfdom in medieval England*, 1976.

Jones, P. J., «Per la storia agraria italiana nel Medioevo», en *Riv, storic. ital.* (1964).

Klein, J., *The Mesta*, Cambridge (Mass.), 1920; hay trad. cast.: La Mesta, Alianza Editorial, Madrid, 1981[2].

Recueil de la société Jean Bodin: la tenure, t. 3 y 4, Bruselas, 1938, 1949.

3.º Monografías regionales típicas

Bean, J. M. W., *The estafes of the Percy family, 1416-1537*, Londres, 1958.

Bois, G., *Crise du féodalisme: économie rurale et démographie en Normandie oriéntale*, 1976.

Boutruche, R… *Seigneurs etpaysans du Bordelais pendant la guerre de Cent Ans*, 1965[2].

Charbonnier, P., *La seigneurie en Auvergne...*, Clermont-Ferrand, 1980[2].

Fourquin, G., *Les campagnes de la región parisienne à la fin du Moyen Âge*, 1964.

Gautier-Dalché, H., «Sepúlveda à la Fin du Moyen Âge», en *Le Moyen Âge* (1963). Génicot, L., *L'économie rurale namuroise au bas Moyen Âge*, 3, vols., Lovaina, 1943, 1960, 1982.

Guérin, L., *La vie rurale en Sologne aux XIVe et XVe s.*, 1960.

Hilton, R. H., *The economic Development of some Leicestershire Estafes in the I4th and 15th Centuries*, Oxford, 1947.

Lartigaut, J., *Les campagnes du Quercy aprés la guerre de Cent Ans*, Toulouse, 1978.

Le Mené, M., *Campagnes angevines; étude économique, 1350-1530,* 1982, 2 vols.

Le Roy-Ladurie, E., *Montaillou, village occitan...*, 1975; hay trad. cast.: Montaillu, aldea occitana, de 1294 a 1324, Taurus, Madrid, 1981.

Lorcin, M. T., *Les campagnes de la région lyonnaise aux XIVe et XVe siècles,* Lyon, 1974. Miller, E., *The Abbey and Bishopric of Ely*, Cambridge, 1969[2].

Neveux, H., *Vie et déclin d'une structure agraire; les grains du Cambrésis...*, 1980.

Plaisse, A., *La baronnie du Neufbourg...*, 1961.

Raftis, J. A., *The Economy of the Estates of Ramsey abbey*, Toronto, 1957.

Saint-Jacob, P. de, «Études sur l'ancienne communauté rurale en Bourgogne», en *Anuales de Bourgogne*, 1941, 1943, 1946, 1953.

Sicard, G., *Le métayage dans le Midi toulousain à la fin du Moyen Âge*, Toulouse, 1957.

Sivery, G., *Structures agraires et vie rurale dans le Hainaut*, Lille, 1978-1980, 2 vols.

4.º Los movimientos

Fourquin, G., *Les soulévements populaires au Moyen Âge*, 1972; hay trad. cast.: Los levantamientos populares en la Edad Media, Edaf, Madrid, 1976.

Hilton, R. H., Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381, Siglo XXI, Madrid, 1984 (trad. cast.).

Mollat, M. y P. Wolff, *Ongles bleus, Jacques et Ciompi*, 1970.

EL MUNDO URBANO, LOS CAMBIOS

1.º Algunas presentaciones de síntesis

Brezzi, G., *I communi medioevale nella storia d'Italia*, Turín, 1965[2].

Histoire de la France urbaine, t. 1, 1980.

Lestocquoy, J., *Les villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens*, 1954.

Recueil de la société Jean Bodin: la ville, t. 6 y 7, Bruselas, 1954-1955.

Roerig, F., *Die europäische Stadt und die Kultur der Bürgerstums im Mittelalter*, Colonia, 1964[3].

2.º La sociedad urbana

Fédou, R., *Les hommes de loi lyonnais à la fin du Moyen Âge*, 1964.

Geremek, B., *Le salarial dans l'artisanat parisién aux XIIIe—XVe s.*, 1969.

—, *Les marginaux parisiens aux XIVe —XVe s.*, 1977 (trad, ir.).

Gouron, A., *La réglementation des métiers au Languedoc au Moyen Âge*, Ginebra, 1958.

Graus, F., «Au bas Moyen Âge: pauvres des villes et pauvres des campagnes», en *Anuales ESC* (1961).

Le Goff, J., *Hérésies et société dans l'Europe préindustrielle, XIe—XVIIIe s.*, 1968; hay trad. cast.: Herejías y sociedades en la Europa preindustrial (siglos XI-XVIII), Siglo XXI, Madrid, 1987.

Maschke, R., «Continuité sociale et histoire urbaine médiévale», en *Anuales ESC* (1960).

Mollat, M. y P. Wolff, *Ongles bleus, Jacques et Ciompi*, 1970.

Roslanowski, T., *Recherches sur la vie urbaine dans les villes de la moyenne Rhénanie septentrionale, XIe—XVe s.*, Varsovia, 1964.

Verlinden, F., *L'esclavage dans l'Europe méditerranéenne,* Brujas, 1955-1970, 2 vols.

3.° Comercio y comerciantes

Baratier, E. y F. Raynaud, *Histoire du commerce de Marseille, 1291-1480,* t. 3, 1951.

Bautier, R. H., «Recherches sur les routes de l'Europe médiévale», en *Bull, phil. et hist*. (1960-1961).

Carus-Wilson, E., *Medieval Merchant Venturers,* Londres, 1954.

De Roover, E., «Le marché monétaire au Moyen Âge», en *Rev, hist*. (1970).

—, *L'évolution de la lettre de change, XIVe —XVIIIe s.,* 1952.

—, *The Rise and Decline of Medid Bank,* Cambridge (Mass). 1963.

Dollinger, P., *La Hanse, XIIe—XVIIe,* 1964.

Dubois, H., *Les foires de Chalon-sur-Saône et le commerce de la vallée de la Saône,* 1976.

Hubert, J., *Les routes du Moyen Âge (Les Routes de France),* 1959.

Le Goff, J., *Marchands et banquiers du Moyen Âge,* 1956; hay trad. cast, en Eudeba, Buenos Aires, 1975.

Mollat, M., *Le commerce maritime normand à la fin du Moyen Âge,* 1952.

Pernoud, R., *Les villes marchandes aux XIVe—XVe s.,* 1956.

Power, E., *The Wooltrade in English medieval History,* Londres, 1941.

Recueil de la société Jean Bodin: La foiré, t. 5, Bruselas, 1953.

Renouard, Y., *Les hommes d'affaire italiens au Moyen Âge,* 1968[2].

Sapori, A., *Le marchand italien au Moyen Âge,* 1952.

Sprandel, R., *Das Eisenwerk im Mittelalter*, Stuttgart, 1968.

Wolff, P., *Commerce et marchands de Toulouse (vers 1350-vers 1450),* 1952.

4.º Algunas monografías urbanas

Becker, M. B., *Florence in transition*, Baltimore, 1967-1968, 2 vols.

Carrére, C., *Barcelona, centre économique de l'époque des difficultés, 1382-1462,* 1967, 2 vols.; hay trad. cat.: *Barcelona 1380-1462, un centre económic en época de crisi*, Curial, Barcelona, 1977 y 1978 (2 vols.).

Chevalier, B., *La ville de Tours et la société tourangelle, 1356-1520,* Lillc, 1974, 2 vols.

Desportes, P., *Reims et les Rémois aux XIIIe et XIVe s.,* 1979.

Favreau, R., *La ville de Potiers a la fin du Moyen Âge*, 1978, 2 vols.

Heers, J., *Gênes au XVe s.,* 1961.

Herlihy, D., *Medieval and Renaissance Pistoia*, New Haven, 1967.

Joris, *A., La ville de Huy au Moyen Âge...*, 1959.

Higounet-Nadal, A., *Périgueux aux XIVe et XVe s.,* Burdeos, 1978.

Lejeune, J., *Liège et son pays*, Lieja, 1948.

Renouard, Y., *Les villes d'Italie de la fin du Xe au debut du XIVe s...* 1969[2].

Schneider, J., *La ville de Metz aux XIIIe et XIV s.,* Nancy, 1950

Tenenti, A., *Florence à Vépoque des Médicis,* 1960; hay trad. cast.: Florencia en la época de los Médicis, Edicions 62, Barcelona, 1974.

Van Houtte, J. A., *Bruges, essai d'historie urbaine*, Bruselas, 1967.

Vercauteren, F., *Les luttes sociales à Liége, VIIIe—XIVe s.,* Lieja. 1946.

LA VIDA ESPIRITUAL Y CIENTÍFICA

1.º La Iglesia y las herejías

Cohn, N., *Les fanatiques de l'Apocalypse,* 1964; hay trad. cast.: En pos del milenio, Barral, Barcelona, 1972.

Delaruelle, E., E. R. Labande P. Ouriac, *L'Église au temps du Grand Schisme et la crise conciliaire, 1378-1449* (*Histoire de l'Église,* t. 14), 1962.

De Vooght, P., *L'héresie de Jean Hus*, Lovaina, 1975², 2 vols.

Genèse et début du Gran Schisme d'Occident (Coll. 1979), 1980.

Gili, G., *Constance et Bâle-Florence,* 1965.

Leff, G., *Heresy in the Middle Âges, Manchester, 1961, 2* vols.

Le Roy-Ladurie, E., *Montaillou, village occitan...,* 1975 (véase *supra*).

Macek, J., *Jean Hus et les traditions hussites,* 1973; hay trad. cast.: La revolución husita, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Mac Farlane, K. B., *John Wycliffe and the Beginning of English Nonconformity*, Londres, 1966.

Mollat, G., *Les papes d'Avignon, 1305-1378,* 1965¹⁰.

Ourliac, P., *Études d'historie de droit médieval,* 1979.

Rapp, F., *L'Église et la vie religieuse à la fin du Moyen Âge* (Nouvelle Clio, n.º 25), 1981²; hay trad cast.: Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media, Labor (N. Clío), Barcelona, 1973.

Renouard, Y., *La papauté d'Avignon,* 1962.

2.º Mentalidades y prácticas

Ariès, P., *L'homme devant la mort,* 1977.

Chaunu, P., *Le temps des réformes; la crise de la Chrétienté; l'éclatement, 1250-1550,* 1975.

Chiffoleau, J., *La comptabilité del l'Au-delà. Les hommes, la mort et la religión... (vers 1320-vers 1480),* Roma, 1980.

Delaruelle, E., *La piété populaire au Moyen Âge,* Turín, 1975.

Duby, G., *Fondements d'un nouvel humanisme, 1280-1440,* Ginebra, 1966; hay trad. cast.: Fundamentos de un nuevo humanismo, Edad Media y Renacimiento, Carroggio, Barcelona, 1966.

Lorcin, M. T., *Vivre et mourir en Lyonnais à la fin du Moyen Âge*, Lyon, 1981.

Martin, H., *Les ordres mendiants en Bretagne, 1230-1530...*, 1975.

Mort (La) au Moyen Âge (Congreso de 1976), Estrasburgo, 1977.

Rapp, F., *Réforme et réformation à Strasbourg... (1450-1525),* 1974.

Tenenti, A., *La vie et la mort à travers l'art du XVe s.,* 1952.

Toussaert, J., *Le sentiment religieux en Flandre à la fin du Moyen Âge,* 1963.

Vauchez, A., *La sainteté en Occident aux derniers siècles du Moyen Âge,* Roma, 1981.

3.º La enseñanza y las doctrinas

Beajouan, G., *L'interdépendance entre la Science scolastique et les techniques utilitaries, XIIe—XVe s.,* 1957.

Bec, C., *Les marchants écrivains: affaires et humanisme à Florence, 1375-1434,* 1967.

Crombie, A. C., *Histoire des Sciences de saint Augustin à Galilée (400-1600),* 1966[2]; hay trad. cast.: Historia de la ciencia.

De san Agustín a Galileo, Alianza Editorial, Madrid, 1979[2], 2 vols.

Études sur la Renaissance et l'humanisme platonicien, 1961.

Febvre, L. y H. J. Martin, *L'apparition du livre,* 1971.

Gandillac, M. de, *La philosophie de Nicolás de Cues,* 1941.

Garin, E., La educación en Europa, 1400-1600, Crítica, Barcelona, 1987.

Gille, B., «Les développments technologiques en Europe de 1100 à 1400», en *Cahiers d'hist, mondiale* (1956).

Lagarde, G. de, *La naissance de l'esprit laïc au déclin du Moyen Âge,* 1956-1963, 5 vols.

Leff, C., *The Dissolution of the medieval Outlook.,* Nueva York, 1976.

—, *William of Ockham. The Metamorphosis of scholastic Discourse,* Manchester, 1975.

Le Goff, J., *Les intellectuels au Moyen Âge,* 1962.

Renaudet, A., *Préréforme et humanisme à París...,* 1953[2].

Renucci, P., *L'aventure de l'humanisme européen au Moyen Âge,* Clermont-Ferrand, 1953.

Rouche, M., *Des origines à la Renaissance (Histoire générale de l'enseignement et de l'éducation en France),* 1981.

Science (la) antique et médiévale (des origines à 1450) (Histoire génerale des sciences, t. 1), 1966[2].

Van Steenberghen, F., *La philosophie au XIII*[e] *s.,* Lovaina, 1966.

Verger, J., *Les universités au Moyen Âge,* 1973.

Vignaux, P., *Le nominalisme au XIV*[e] *s.,* 1980[2].

ARTE Y EXPRESIÓN (entre una extensa bibliografía)

Alazard, J., *L'art italien des origines a la fin du XIV*[e] *s.,* 1949.

—, *L'art italien du XV*[e] *s.,* 1951.

Cali, F., *L'ordre flamboyant et son temps. Essai sur le style gothique du XIVe au XVIe s., 1967.*

Cartellieri, O., *La cour des ducs de Bourgogne,* 1946.

Chailley, J., *Histoire musicale du Moyen Âge,* 1950.

Chastel, A., *Art et humanisme à Florence au temps de Laurent le Magnifique...,* 1961.

Evans, J., *English Art, 1307-1461,* Oxford, 1961.

Francastel, P., *La figure et le lieu; l'ordre visuel du Quattrocento,* 1967.

Male, E., *L'art religieux de la fin du Moyen Âge en France...,* 1949[5].

Meiss, M., *French Painting in the Time of Jean de Berry,* Londres, 1968/1974, 3 vols.

—, *Painting in Florence and Siena after the Black Death...,* Princeton, 1951.

Monnier, P., *Le Quattrocento,* 1901.

White, E. H., *The Birth and Rebirth of pictural Space,* Londres, 1957.

LOS OTROS MUNDOS

BIZANCIO Y LOS ESLAVOS

1.º Los problemas del Imperio de Oriente.

Ahrweiler, H., *L'idéologie politique de l'empire byzantin,* 1975,

Barker, J., *Manuel II Paleólogue, 1391-1426,* 1969.

Bratianu, G., *Priviléges et franchises municipals dans l'empire byzantin,* 1936.

Cambridge medieval history; t. 4, 1966.

Charanis, P., «Social, economic and political Life in the byzantine Empire», en *Variorum reprints,* Londres (1973).

Geanaklopos, D., *The Emperor Michael Palaelogus and the West, 1258-82,* Cambridge (Mass.), 1959.

Kirsten, E., «Die byzantinische Stadt», en Berichte zum XI. intern, byz. Kongress (1958).

Lai'ou-Thomadakis, A., *Peasant Society en the late byzantine Empire*, Princeton, 1977.

Lemerle, P., «Equisse pour une histoire agraire de Byzance…», en *Rev, hist*., 1958.

—, *Byzance (Variorum reprints),* Londres, 1978.

Nicol,. D,. *The late Centuries of Byzantium...*, Londres, 1977.

Ostrogorsky, G., *Pour l'histoire de la féodalité byzantine*, Bruselas, 1954.

Tafrali, A., *Thessalonique au XIV*[e] *s.,* 1913.

Runciman, S., *The Fall of Constantinople*, Cambridge, 1965.

Vryonis, S., «The Question of the Byzantine Mines», en *Variorum reprints*, Londres (1971).

Zakythinos, D., «Clise monétaire et crise économique à Bizance du XIII[e] au XV[e] s.», en *Variorum reprints,* Londres (1973).

2.º Los problemas de los Estados herederos

Balard, M., *La Romanie génoise (XII*[e]*—début XV*[e] *s.),* Génova, 1978, 2 vols.

Bratianu, G., *Le commerce génois dans la mer Noire, au XIII*[e] *s.,* 1929.

—, *Les Véniúens dans la mer Noire au XIV*[e] *s.,* Bucarest, 1939.

Ducellier, A., *La fagade maritime de l'Albanie au Moyen Âge...*, Salónica, 1981.

Hili, G., *A History of Cypus...*, Cambridge, 1940-52, 4 vols.

Jacoby, D., *La feódalité en Gréce médiévale; les «assises de Romanie»...*, 1971.

Jirecek, C., *Geschichte der Serben*, Amsterdam, 1967, 2 vols.

—, *La civilisation serbe au Moyen Âge*, 1920.

Kalic-Mijuskovic, K., *Belgrade au Moyen Âge*, Belgrado, 1967.

Miller, W., *The Latins in Levant; a History offrankish Greece, 1204-1566*, Londres, 1964.

Oikonomidés, N., *Hommes d'affaires grecs et latins à Constantinople (XIII[e]—XV[e] s.)*, Montreal, 1979.

Thiriet, F., *La Romanie véntienne au Moyen Âge*, 1959.

Zakythinos, D., «*Le despotat grec de Morée*», en *Variorum reprints*, Londres (1975).

EL ISLAM ORIENTAL

1.º Los mamelucos

Ayalon, D., *Gunpowder and firearms in the Mameluk Kingdom...*, Londres, 1956.

Darras, A., *L'Egypte sous le régne de Barsbay*, Damasco, 1961.

Garcin, J. C., *Un centre musulmán de la Haute Égypte médiévale: QCts*, El Cairo, 1976.

Gaudefroy-Demombynes, M., *La Syre à l'époque des Mamelouks*, 1923.

Heyd, W., *Histoire du commerce du Levant au Moyen Âge*, Amsterdam, 1959 (trad. fr.). Hitti, P., *History of Siria...*, Londres, 1951.

Labib, S., *Handelsgeschichte Ágyptens in Spatmittelalter*, Wiesbaden, 1965.

Rabie, H., *The financial System of Egypt (714-1341)*, Londres, 1972.

Russel, D., *Medieval Cairo,* Londres, 1962.

Setton, K. M., *The later Crusades, 1189-1311,* Filadelfía, 1962.

Wiet. G., *L'Égypte arabe (Histoire de la nation égyptienne, IV),* 1937.

2.º Los otomanos

Alien, W. E. D., *Problems of Turkish Power in the 16th century,* Londres, 1963.

Babinger, F., *Mahomet II le Conquérant et son temps*, 1954.

Beldiceanu, N., *Le tîmâr dans l'Etat ottoman (début XIVe s.-début XVIe s.),* Wiesbaden, 1980.

—, *Recherches sur la ville ottomane au XVe s.,* 1973.

Bombad, A., *Storia della letteratura turca,* Milán, 1956.

Cahen, C., *Preottoman Turkey*, Londres, 1968.

Gabriel, A., *Une capitale turque: Brousse,* 1958.

Inalcick, H., «Capital Formation in the Ottoman Empire» *en The journ, of ec. hist*. (1969).

—, «Ottoman Methods of Conquest» *en Studia islámica* (1954).

Inalcick, N., *The Ottoman Empire; The classical Âges, 1300-1600,* Londres, 1973.

Jansky, H., «Die Eroberung Syriens durch sultán Selîm I», en *Mitt, zur Osmalis. Gesch,* (1923).

Koprolu, M. F,. *Les origines de Tempire ottoman,* 1935.

Merriman, R. B., *Suleiman the Magnificent,* Cambridge (Mass), 1944.

Minorsjy, V., *La Perse au XVe s. entre la Turquie et Venise,* 1933,

Shaw, S. J,. *History of the Ottoman Empire and modern Turkey,* t. 1, Cambridge, 1976.

Vogt-Goknil, U., *Les mosquées turques*, Zurich, 1953.

Vryonis, S., *The Decline of medieval Hellenism in Asia minor and the Process of Islamisation...*, Los Ángeles, 1976.

Wittek, P., *The Rise of the Ottoman Empire*, Londres, 1971[2].

3.º Los mongoles

Boyle, J. A., *History of Irán*; vol. 5: *The Saljuq and Mongol Periods*, Cambridge, 1968.

Grousset, R., *L'empire des stepes*, 1939.

Hambis, L., *La description du monde par Marco Polo*, 1955.

Lemercier-Quelqueja, Y., *La paix mongole*, 1970.

Spuler, B., *Die Mongolen in Russland; die goldene Horde*, Wiesbaden, 1958.

—, *Die Mongolenzeit (Geschichte der islamischen Lünder, II)*, Leiden, 1952.

Vladimirtsov, B., *Le régime social des Mongols; le féodalisme nómade*, 1948.

EL ISLAM OCCIDENTAL Y ÁFRICA

1. ° El Magrib

Abun-Nasr, J. N., *A History of the Maghrib*, Cambridge, 1971.

Arie, R., *L'Espagne musulmane au temps des Nasrides (1232-1492)*, 1973.

Bel, A., «Le soufisme en Occident musulmán aux XIIe et XIIIe s.», en *Annales de l'I. des Ét, orient. d'Alger (1934).*

Brunschvig, R., *La Berbérie oriéntale sons les Hafsides, des origines à la fin du XVe' s.*, 1940-1948.

Dufourcq, C. E., *L'Espagne catalane et le Maghrib aux XIVe et XVe s.*, 1966; hay trad. cat.: *L'expansió catalana*, Vicens Vives, Barcelona, 1969.

González-Palencia, A., Historia de la España musulmana, Barcelona, 1951.

—, Historia de la literatura árabe-española, Barcelona, 1945.

Julien, C. A., *Histoire de l'Afrique du nord,* 1952, 2 vols.

Ladero-Quesada, M., Granada, historia de un país islámico, Gredos, Madrid, 1979.

Le Tourneau, R., *Fez in the age of the Merinids,* Oklahoma, 1961.

Mantran, R., *North África in the 16th and 17th Centuries (Cambridge med, hist. of Islam, V),* 1970.

Marfais, G., *L'architecture musulmane d'Occident,* 1964.

Messier, R. A., «The Almoravide; West African golf and… the Mediterranean bassin», en *Journ, of econ, and soc. Hist, of the Orient* (1974).

Premare, A. de, *Maghreb et Andalousie au XIV*[e] *s.,* Lyon, 1981.

Rosenthal, F. J., *Political thought in medieval Islam,* Cambridge, 1958; hay trad. cast.: El pensamiento político en el Islam medieval, Revista de Occidente, Madrid, 1967.

Schmidt, N., *Ibn Khaldun, historian, sociologist and philosopher,* Nueva York, 1930.

Talbi, M., «Ibn Khaldun et le sens de l'histoire», en *Studia islámica,* 1967.

Verlinden, C., *L'esclavage dans l'Europe médiévale,* t. 1 y 2, Brujas, 1955-1977.

2. ° El África negra antes del Islam y de la cristiandad

Cambridge history of África, III, 1977.

Cissoko, S. M., Tombouctou et Vempire songhay, Dakar, 1975.

Comevin, E., Histoire de l'Afrique, I, 1967.

Devisse J., D. y S. Robert y C. Vanacker., Tegdaoust: recherches sur Awdaghost, 1970-1979, 2 vols.

Diop, C. A., L'Afrique noire précoloniale: étude comparée des systémes politiques…, 1960.

Hama, B., Histoire des Songhay, 1968.

Henige, D. P., The Chronology of oral Tradition, Oxford, 1974.

Hunwick, J. O., Religión and State in the Songhay Empire, 1464-1591, Londres, 1966.

Izard, M., Introduction a Vétude des royaumes mossi, 1970, 2 vols.

Koubel, L. E., «Le probléme de l'apparition des structures étatiques au Soudan occidental», en Congrés des african. (1972).

Levtzion, N,. Ancient Ghana and Malí, Londres, 1973.

Ly, M., L'empire du Malí, Dakar, 1977.

Malowist, M., «The social and economic Stability in the west Soudan…», en Past and Present (1966).

Mauny, R., Tableau géographique de l'ouest africain au Moyen Âge…, Dakar, 1961.

Monteil, G., «Les empires du Mali», en Bull, comité étud^ hist, de l'AOF, 1929.

Niane, D. T., Recherches sur Vempire du Mali au Moyen Âge, 1975.

Raimbault, M., «Les recherches archéologiques au Mali…», en Rech., Pédagogie et culture (1981).

Rouch, J., *La religión et la magie songhay*, 1980.

Sol (le), la parole et l'écrit; 2000 ans d'histoire africaine (Mélanges Mauny), 1981.

Thilmans, G., C. Descamps y B. Khayat, *La protohistoire du Sénégal*, Dakar, 1981.

Tymowski, M., «Le Niger, voie de communication des grans États du Soudan occidental…», en *Africana bulletin* (1967).

Urvoy, Y., *Histoire de Vempire du Bornou,* 1949.

3.º La penetración musulmana

Abitbol, M., «Juifs maghrébins et commerce transaharien du XIIIe au XVe s.», en *Mélanges Mauny* (1981).

Cahen, C., «L'or du Soudan avant les Almorávides: mythe ou réalité?», en *Mélanges Mauny* (1981).

Devisse, J., «Routes de commerce et échanges en Afrique occidentale… aux XIe-XVe s.», en *Rev, d'hist, éc. et soc.* (1962).

Levicki, T.. *West African Food in the Middle Âges...,* Cambridge, 1974.

—, «Les origines et l'islamisation de la ville de Tadmakka…», en *Mélanges Mauny* (1981).

Meillassoux, C., *L'esclavage en Afrique avant la traite atlantique,* 1980.

Stepniewska, B., «Portée sociale de l'Islam au Soudan occidental aux XIVe-XVIe s.», en Africana bulletin (1971).

Triaud, J. L., *Islam et société soudanaise au Moyen Âge,* Ouagadougou, 1973.

Wilks, I., *The transmission of islamic Learning in the western Soudan...,* Cambridge, 1968.

4.º Los portugueses

Chaunu, P., *L'expansión européenne du XIIIe au XVe s.* (Nouvelle Clio n.º 26), 1969; hay trad. cast.: La expansión europea, Labor, Barcelona, 1982.

Diffie, W. V., *Foundations of the Portuguese Empire,* Minneapolis, 1977.

Godinho, V. M., *L'économie de l'empire portugais aux XIVe-XVe s.; Por et le poivre...,* 1969.

La Ronciére, C. de, *La découverte de l'Afrique au Moyen Âge*, El Cairo, 1924-1927, 3 vols.

Ricard, R., *Études sur l'histoire des Portugais au Maroc*, Coimbra, 1955.

Wilks, I., «Les débuts de la traite portugaise en Afrique», en *Miscellanea Niermeyer* (1967).



ROBERT FOSSIER (Le Vésinet, Francia, 1927 - Meudon, Francia, 2012). Fue un historiador francés dedicado a la Edad Media. Fue uno de los medievalistas más importante del siglo XX, muy influido por la Escuela de los Annales, pero sin alcanzar tanta fama como Georges Duby y Jacques Le Goff. Amplió el conocimiento de la Edad Media en los campos de la historia social y económica.

Fue uno de los difusores de la teoría del incastellamento junto con Pierre Toubert. Contribuyó a desmitificar muchos conceptos que se tenían sobre la Edad Media. En una de sus entrevistas declaró «estoy convencido de que los hombres de la Edad Media somos nosotros».

NOTAS

[*] La transcripción de los términos árabes de este capítulo ha sido realizada por Julio Samsó, catedrático de árabe de la Universidad de Barcelona. (*N. del e.*) <<

[*] La transcripción de los términos árabes de este capítulo ha sido realizada por Julio Samsó, catedrático de árabe de la Universidad de Barcelona. (*N. del e.*) <<

ÍNDICE

ÍNDICE